

DIEGO ABAD DE SANTILLÁN

MEMORIAS

1897-1936



Llené millares y millares de páginas, en periódicos, en revistas, en libros a lo largo de buena cantidad de decenios. No se encontrará en toda esa montaña de papel una sola línea que aplauda la resignación ante la injusticia; pero tampoco una sola línea de exaltación de la violencia por la violencia misma. Me he sentido siempre tan lejos de la mansedumbre obsecuente como de la protesta brutal, homicida, de la ley de la selva.

Este libro es un relato apasionante que constituye además un documento de primera mano sobre el momento histórico en el que desarrolló sus actividades políticas Diego Abad de Santillán.

Su militancia, que le obligó a viajar continuamente por muchos países, le convirtió en un testigo excepcional de las luchas obreras en Europa e Hispanoamérica durante la primera mitad del siglo. Tras su participación en las huelgas de 1917 en España y de 1921 en la Argentina se vinculó a los grupos libertarios que actuaban en Alemania, y en 1922 fue uno de los fundadores de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Tras la contienda civil y la revolución, Abad de Santillán dejó España, y durante más de treinta y cinco años ha residido en la Argentina. De nuevo incorporado a la vida española después de su regreso en 1976, ha querido dejar constancia de su testimonio.

Diego **ABAD DE SANTILLÁN**
MEMORIAS
1897-1936

Un testimonio directo de las luchas sociales en uno de los periodos más agitados del movimiento revolucionario internacional

espejo
de
españa



Diego Abad de Santillán

MEMORIAS

1897-1936

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



CONTENIDO

I. 1897-1913

DE LA EDAD MEDIA A LA ERA DEL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

II. 1913-1918

EN LA ESPAÑA MONÁRQUICA

III. 1918-1922

POR SEGUNDA VEZ EN LA ARGENTINA

IV. 1922-1926

EN LA ALEMANIA SOCIALDEMÓCRATA Y PRENAZI

V. 1926-1933

POR TERCERA VEZ EN LA ARGENTINA

VI. 1934-1936

EN LA ESPAÑA REPUBLICANA

ACERCA DEL AUTOR

I. 1897-1913

DE LA EDAD MEDIA A LA ERA DEL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

a) Los primeros años en una aldea, sin historia escrita, de las montañas de León

Mis primeros recuerdos son de una aldea perdida en las montañas de la provincia de León. Su nombre: Reyero. Allí nací, en el último lustro del siglo XIX.

La aldea está situada en el centro de un valle junto a otros tres poblados, Pallide, Viego y Primajas, y rodeada de picos puertos: Pardomino, sierra de Valdecolle, Bostocín, Valdihuende y Recubiles. Recorre el valle un arroyuelo formado por tres vertientes; una nace en Pardomino y baja por Primajas, a la que se conoce con el nombre de El Monasterio; otra tiene origen en los altos de Linares, divide los términos de Reyero y Pallide, y una tercera, que procede de Recubiles y Bostocín, conocida con el nombre de Valdarriero, que discurre por detrás del pueblo. El arroyo así formado se llama Arianes y lleva sus escasas aguas al río Porma.

Nada concreto podría decir del pueblo natal y de su historia y prehistoria. Parece ser que alguna vez se llamó también Riario o Riero y que hubo un poblado anterior a la época romana en sus proximidades, Noanca o Noántica, donde se levantó una ermita, desde la cual se trasladó la imagen de la santa a la actual iglesia.

La vida de la aldea carecía de acontecimientos dignos de ser registrados en crónicas y memoriales. La vida se reducía a vegetar. Simplemente a eso. El trabajo, el esfuerzo, el sacrificio de cada día, que se repetía sin mayores variantes a través de generaciones y generaciones, no ofrecía motivos de expectación ni dentro ni fuera de los límites de aquel modesto centro milenario, de vida vegetativa, enclavado en las estribaciones difícilmente intercomunicables de los Picos de Europa. No se sabe que hayan salido de aquel lugar ni caballeros heroicos capaces de merecer la atención de los cronistas oficiales cortesanos, ni se sabe de la existencia de personalidades de algún relieve que tuvieran cierta gravitación más allá de los límites del valle. De que hubo algún señor feudal asentado por allí parece dar testimonio un sarcófago de piedra, con algunas monedas de cobre y un anillo de oro entre los restos que contenía, que fue hallado en las proximidades de una construcción, en un sitio conocido como Paseo de los Frailes. Pero durante la infancia jamás oí hablar de ningún personaje destacado. El más notable del que tengo memoria era un pariente mío, el tío Federico de Isoba, famoso en aquellas aldeas perdidas por su serenidad y su valentía para hacer frente a los osos con un hacha de mano, con la que les daba muerte al abalanzarse sobre él. En tiempos más recientes, de otra rama de nuestra familia, trascendió el nombre de un

canonista que fue general de una orden religiosa muy antigua: la de los dominicanos.

Es probable que aquel rincón, marginado de todo contacto con el mundo exterior, se haya poblado en tiempos lejanos con fugitivos, desertores de las legiones de Roma primero, refugiados de otras invasiones extrañas después, ya que era un sitio ideal para asegurarse la independencia contra el dominio de los caudillos triunfantes, romanos, godos o sarracenos. Es probable también que anteriormente levantaran algún poblado los iberos o los celtas, porque la caza ofrecía medios de vida primitivos y el valle posibilidades para la cría del ganado y el cultivo.

No obstante, andando el tiempo, después de la guerra de siete siglos contra los musulmanes, el casi inaccesible valle fue descubierto y visitado periódicamente por cobradores de impuestos y tributos, que reclamaban contribuciones en nombre de algunos señores, condes o reyes, que mandaban y dictaban leyes en algún lugar lejano del que jamás se había oído hablar. También comenzaron a aparecer por allí sargentos de la milicia para reclutar mozos en edad de servir al rey, personaje algo mítico sobre el que no se tenía una idea concreta, como tampoco se tenía de sus funciones o del lugar geográfico de su residencia.

De aquellos mozos que eran llevados a servir al rey, muy a menudo no se volvía a tener noticias. Si algunos regresaban, como regresaron algunos de la guerra de Cuba durante los primeros años de mi infancia, lo hacían convertidos en sombras de lo que fueron más que en promesas para una vida futura. El

recuerdo de aquellos que fueron sacrificados sin saber por qué ni para qué, creó luego una corriente emigratoria en los mozos, que procuraban salvarse de obligaciones extrañas en pos de objetivos que resultaban más extraños aún.

Algunos estudiosos han sostenido que en nuestro valle predominó, en los tiempos de la llamada Reconquista, el lenguaje que brotaba en la antigua Castilla, llegado hasta allí desde el noroeste de Santander, mientras que el bable astur-leonés se extendió hacia el sur y el oeste. Sin que signifique motivo de orgullo patriótico alguno, como para nuestro paisano Antonio de Valbuena, que recogió en sus relatos algunos hechos curiosos de un abuelo mío, parece ser verdad que la lengua castellana fue muy antigua en nuestra región, y se enriqueció con aportes propios de los que se conservan todavía no pocos vocablos.

Se ha dicho también que algunos labradores montañeses, en los años que los historiadores calificaron de Reconquista, se sumaron con su caballo a las huestes de los astur-leoneses. Muchos miembros de lo que después fue la nobleza castellana, de la Castilla integrada en el reino de León, tuvo su origen en esos labriegos a caballo atraídos por la perspectiva del botín, que recibieron como premio algún castillo o algunas tierras de labor y se convirtieron en señores feudales, primero de siervos moros, luego de siervos cristianos.

También hemos encontrado, al correr de los años, en viejos papeles, constancia de que algunos pobladores de nuestras montañas embarcaron para América en las primeras expediciones de la conquista y colonización del nuevo

continente y dieron origen a familias de fuste en la vida política, en la agricultura y la industria nacientes, y participaron posteriormente en las luchas por la independencia de las antiguas colonias. No sería difícil dar algunos nombres de personalidades procedentes de nuestras montañas, que hicieron historia fuera de ellas, porque encontraron campo propio para hacerla. En cambio, los poblados primitivos de los que huyeron, ya sea por espíritu de aventura, por afán codicioso o por escapar a persecuciones debidas a su origen racial o religioso disidente, no hicieron historia. Permanecieron ignorados y apenas lograron figurar en los catastros fiscales o en los registros minuciosos de las oficinas de reclutamiento para los ejércitos del rey.

En la aldea propia, en las circundantes, en las del otro lado de los picos y collados próximos, todo se reducía a trabajar en los meses propicios para el trabajo, con el fin de sobrevivir durante los largos meses de invierno, en los que la nieve paralizaba la vida de la región. La economía era de autoabastecimiento. Se tenía una vaga noción de que más allá de las cimas circundantes había otros pueblos, otra gente. Pero eso era todo. No se dependía en nada, o en casi nada, de los de fuera. Desde el siglo XIX, y especialmente a mediados de ese siglo, comenzó una activa emigración de labriegos y de desertores del servicio militar a las nuevas repúblicas de América. Unos tenían preferencia por Cuba, otros por México, otros por las repúblicas del Plata, siguiendo las huellas de emigrantes anteriores.

Cuando se produjeron los últimos estertores de las guerras coloniales, en Cuba, en Puerto Rico, en las Filipinas, y en los

círculos bien nutridos de la península madre se decía que había de sacrificarse hasta el último hombre y hasta la última peseta para conservar los restos del Imperio; la fuga de los jóvenes en edad militar, pese a todas las trabas, se volvió espectacular. Aquellos jóvenes que huían, no entendían por qué tenían que ir a matar y morir. No sabían nada de sistemas políticos, ni de los intereses del alto comercio, ni de privilegios de casta. Sólo sabían que no querían ser embarcados como ganado sumiso para matar supuestos rebeldes o para morir en sus manos.

A nuestro pueblo no llegaban periódicos, ni revistas, ni libros, a excepción de algún boletín oficial. Los devocionarios y los catecismos del padre Ripalda eran la única fuente de sabiduría libresca. La otra sabiduría, la que atesoraban los aldeanos, era la que emanaba de la vida misma, de sus tradiciones, de su moral heredada. Los que habían salido de la aldea en busca de jornales en algún lugar lejano, volvían, si volvían, enfermos o decepcionados, y esos conatos de independencia no prosperaban en moralidades colectivas. Ir a misa, confesarse y comulgar los domingos y fiestas de guardar era algo imperativo a lo que no había valor para negarse, por no singularizarse como incrédulos o vacilantes en el ámbito del pequeño campanario. Los indianos que volvían de Ultramar no solían volver ricos, sino enfermos y acabados, para morir entre los suyos. Los que habían prosperado, echaban raíces en los nuevos ambientes lejanos e iban perdiendo todo interés por el retorno.

Bueno, en una aldea así, una aldea que no había experimentado cambios ni progresos desde la alta Edad Media, una aldea perdida en las montañas de León, incomunicada, con

largos inviernos que lo cubrían todo de nieve hasta el punto en que a veces había que cavar un túnel para llegar los domingos a la iglesia o para llevar los animales a beber a la fuente; en una aldea de las derivaciones de los Picos de Europa, que lleva el nombre de Rejero, sin historia escrita de su pasado y sin posibilidades de historia activa en el futuro, nací el 20 de mayo del año 1897, si no han errado los registros parroquiales.

Al trasponer los 75 años se me insistió desde diversos sectores y desde diversos países, que debía hacer un relato de lo vivido, de lo visto a lo largo de esa curva larga y relativamente agitada. No se me ha persuadido, sin embargo, del valor o utilidad de ese relato. La infancia fue como la de millones de niños españoles en el agro abandonado e ignorado. La juventud fue más o menos como la juventud pobre de todos los tiempos. La familia, una de tantas familias de emigrantes que buscó en otros horizontes lo que no podía hallar en la aldea natal. En lo ocurrido después, no es mérito ni motivo de orgullo haber sobrevivido en más de una contingencia en la que otros, amigos y compañeros, han sucumbido. No es tampoco un timbre honorífico el no haberme considerado nunca vencido, porque no hice con ello más que ser fiel a un modo de ser. He escrito mucho a través de los años. Mucho sobre otros, sobre amigos y sobre adversarios.

Acepto ahora el compromiso de escribir sobre mí mismo, y vuelvo atrás en el camino de los recuerdos.

Los primeros son los de la aldea natal. Recuerdo que a pesar del bajo nivel de vida de todos los aldeanos, parientes y vecinos, había desniveles. Nadie, no obstante, disfrutaba de

una holgura susceptible de marcar diferencias de clase. Todos pertenecían a la categoría de labradores de escasos recursos, aunque dentro de esa escasez hubiera diferencias. Algunos habitaban una casa más sólida y más amplia. Otros podían permitirse el lujo de mantener un caballo o un asno, porque tenían más prados para segar la hierba y llenar la tenada de alimento para el invierno. La mayoría no estaba en situación de mantener ni caballo ni burro. Disponer de un par de bueyes para el arado y el carro era privilegio que no todos disfrutaban, y en consecuencia debían conformarse para el trabajo con un par de vacas, que toleraban mansamente el yugo y además proporcionaban algún jarro de leche para las necesidades de la familia.

Había quienes sacrificaban a comienzos del invierno un par de cerdos y a veces un ternero, con lo cual su despensa exhibía, hasta la matanza del próximo año, jamones, chorizos, morcillas. Ésos eran los ricos del pueblo. Los más sacrificaban un cerdo solamente. Su despensa era menos abundante, pero el hambre no se conocía de forma extrema en ningún hogar. El trigo cosechado aseguraba el trozo de pan, al que solía agregarse la escudilla de leche o algún trozo de aquellos chorizos curados al humo. En la casa de los más acomodados se disponía de algunas golosinas de fuera, tabletas de chocolate para festejar fiestas solemnes, rompiendo así con la práctica del auto-abastecimiento total.

Mi familia pertenecía a la jerarquía de las más pobres, de las que poseían menos tierras. Se vivía estrechamente, pero sin envidias ni humillaciones. En nuestro fuero interior y en el respeto de los vecinos no éramos inferiores a los que mataban

dos cerdos y un ternero y uncían al carro y al arado un par de bueyes o lucían a caballo la holgura en que vivían.

Mi madre era la menor de un hogar con cuatro hermanos. Al casarse habían recibido escasas parcelas familiares y a mi madre le correspondió muy poco. Si bien su dote no era envidiable, era rica en juventud, en alegría de vivir y en disposición para todo esfuerzo y todo sacrificio. La abuela materna vivía y trabajaba con nosotros, y el abuelo salía la mayor parte del año a ganarse algunos jornales en las minas de Andalucía.

Mi padre era herrero, del valle de Riaño, descendiente de una dinastía de herreros con siglos de práctica en el oficio, que se transmitía de padres a hijos con todos sus secretos y argucias. El hierro era dócil y maleable en sus manos y lo mismo producía hachas para el corte de la leña que rejas para el arado, aros para las ruedas del carro, llaves o herraduras, y tenía fama el temple que sabía dar a los instrumentos cortantes. Había sido herrero en un pueblo de los Picos de Europa, en la provincia de Santander, y había llegado al nuestro para cumplir con las tareas de su oficio, el mismo que habían ejercido su padre y sus abuelos, aprendido de lejanos ascendientes. No era dueño de tierras, pero en aquel ambiente aspiró a tenerlas. Un artesano podría subsistir con el fruto de su trabajo, pero no se concebía que un hombre no tuviera tierras, especialmente si pensaba formar una familia, familia en la que, además, todos eran factores activos de la economía hogareña.

La vivienda de los abuelos, en la que nací, era una

construcción de aproximadamente el siglo XVI, con dos plantas. En la inferior, se recogía el ganado: las vacas, las ovejas, las cabras. En la superior, donde no podía moverse de pie una persona adulta, estaban las camas, la cocina, el comedor e incluso el telar de la abuela. El techo era de paja, lo que hace suponer que en la época de su construcción no abundaban allí las tejas.

Mi padre no se resignó con aquella vivienda modestísima, incómoda e insuficiente e inició muy pronto la construcción de una casa nueva con el recurso de su trabajo y del intercambio de servicios con canteros y carpinteros. En 1900 nos trasladamos a ella y allí nació un nuevo miembro de la familia: mi hermana Julia.

Como había que adquirir algunas tierras, las indispensables al menos para disponer de hierba para alimentar a los animales durante el invierno, y del trigo y legumbres necesarias para el propio sostén, mi padre partió en 1900 para la Argentina, con el fin de ganar allí el dinero suficiente con que hacer frente al costo de las tierras adquiridas. Se radicó en Santa Fe, donde se hallaba ya uno de sus hermanos, también herrero y dueño de una herrería. Para gentes de oficio y diestros en él, como era mi padre, no era entonces difícil la vida, así que le fue fácil contribuir desde allí al pago de las deudas causadas por la compra.

A propósito de la compra de las tierras, recuerdo que se produjo por ellas un litigio que fue comentado durante muchos años por el temple que demostró mi madre en aquella ocasión. En la compra de las tierras, debido a la ausencia de mi padre,

había intervenido un pariente nuestro que no era del pueblo, y como había quienes se consideraban con mayores derechos para adquirirlas, surgió una tenaz oposición al nuevo propietario. Mi madre luchó años enteros por sus derechos contra personajes más influyentes que se oponían a esa compra. El pleito fue ganado en primeras instancias por sus adversarios en la audiencia de Valladolid, pero más tarde el Supremo Tribunal de Justicia de Madrid falló en su favor. Cuando muchos años después traducía esa hermosa joya jurídica de Rudolf von Ihering, *La lucha por el derecho*, recordé el ejemplo de tenacidad que dio mi madre en aquel pleito que se hizo famoso en nuestras montañas.

Seguimos siendo campesinos pobres, pero ya con suficientes elementos en tierras y en aperos. Contábamos incluso con un par de vacas para el arado y el carro. Todo lo demás, la siembra y la recolección, la trilla del propio trigo, el hilado y el tejido del propio lino y de la lana de las ovejas propias, dependía del esfuerzo y de la dedicación de mi madre, que no contaba con más ayuda que la de la abuela, que cooperaba en todo lo posible.

Desde muy niño llevaba yo las vacas a pacer al borde de algún camino o a la vera de algún arroyo. Recuerdo que sufría las mayores angustias cuando, por algún motivo, las perdía de vista un momento. Recuerdo también que nunca fue necesario que se me hiciese comprender que yo debía ayudar a mi madre en las tareas del campo o en el cuidado de las vacas o en la recolección de la hierba para llenar la tenada para el invierno. Eso era algo que había considerado como cosa natural, pese a que aún no tenía edad para hacerlo. Y recuerdo algo más.

Había en las cercanías un cementerio. Nadie pasaba por allí cuando llegaban las sombras del anochecer o la noche misma.

Pero yo había visto que en su perímetro crecía muy buena hierba y un atardecer franqué la puerta de entrada a mis vacas para que aprovecharan su exuberante vegetación. Después, en muchas ocasiones, volví a conducir las a aquel sitio, sin dejarme llevar por el temor supersticioso a los muertos.

El instrumental que se utilizaba en las tareas del agro era el mismo que se empleaba ya en la España romana desde comienzos de la era cristiana. El arado de mancera, el yugo, las horquillas y bieltos, el trillo, todo. Los mismos instrumentos de trabajo se utilizaron a lo largo de la Edad Media, y antes y después del descubrimiento de América. La misma técnica agrícola, la misma rutina milenaria.

A pesar de ello, se había logrado llegar a un nivel suficiente de nutrición para el hombre y las bestias. Como, además de los que se sumaban a las expediciones para el descubrimiento y la colonización de las nuevas tierras sometidas a España después de los viajes de Colón y otros navegantes y conquistadores, no faltaban en España misma guerras civiles dentro, y guerras exteriores, se había mantenido un control y una limitación al desarrollo demográfico, antes del proceso decimonónico de la emigración masiva.

Había una escuela y había también un maestro con más o menos vocación para enseñar algunos rudimentos del saber. Eso era un signo de los nuevos tiempos, pues el maestro asumía tareas que hasta entonces habían estado a cargo del

párroco, que no se destacaba precisamente por su cultura general. No eran muchos los conocimientos que se prodigaban en la escuela, pero se enseñaba a leer, a escribir y también algunas operaciones ariméticas elementales. Y eso bastaba. E incluso sobraba, porque la vida cotidiana no exigía esos conocimientos. Eran suficientes, en la práctica, la rutina y el saber tradicionales. Por otra parte, saber leer no era importante, porque no había nada que leer. El catecismo no era para leerlo, sino para aprenderlo de memoria. Pero, con todo, en los últimos decenios del siglo XIX, una escuela fue una conquista del espíritu liberal de algunos sectores de la política española.

Fui a la escuela, en especial durante los largos y duros inviernos, y la dejé sin saber propiamente qué podía hacer con los conocimientos adquiridos. Allí no tenían aplicación ni importancia. Lo realmente importante para la vida del labriego era disponer de un poco más de tierra para su subsistencia. Tan importante, que, si alguna vez hubo disputas entre los vecinos, era por eso: por un trozo más de tierra. Recuerdo que había una parcela sobre un camino con una cerca de piedra para evitar que entrasen en ella animales extraños. Durante el invierno procurábamos que esa pared se cayese con el fin de levantarla nuevamente en la primavera y ganar en esa operación unos centímetros a costa de las tierras fiscales. Al cabo de unos años, repitiendo la operación, se podía ensanchar la parcela en unos pies más. Ésa era la mayor codicia de un labrador honrado y, en general, creo que todos lo eran. Y la honradez y el sentido moral dominante no eran producto de una enseñanza o de un catecismo. No era inculcada, sino vivida en la práctica de cada día y a lo largo de muchos días. De ahí su

solidez y su arraigo. Se procuraba comportarse con los demás como se deseaba que los demás se comportasen con uno.

Todos eran creyentes por tradición y procuraban no pecar contra los diez mandamientos. Pero, a veces, algunos eran dados de lado en ciertas circunstancias. Por ejemplo, no había en nuestro valle bosques, que tal vez hubo siglos atrás, y no se podía esperar la llegada de los meses de invierno sin haber acumulado el combustible necesario para resistirlo. El combustible requerido, la leña, había que buscarlo a escondidas en los montes pertenecientes a pueblos que estaban al otro lado de las colladas y de las sierras, es decir, que había que robarlo, corriendo el riesgo de la multa y el decomiso si el ladrón era descubierto. Pero como de esos pocos carros de leña, robados en montes pertenecientes a pueblos favorecidos por esa riqueza, dependía la supervivencia durante el invierno, se estaba seguro que Dios haría la vista gorda ante el pecado. Mi madre, que era profundamente religiosa, hacía la señal de la cruz, se echaba el hacha al hombro y salía silenciosamente a media noche hacia el monte ajeno. Talaba con valentía y vigor hayas, encinas y robles, y luego arrastraba los troncos como podía a la vera del sendero de montaña. Unas horas más tarde, a las cuatro o cinco de la madrugada, uncía yo mis vacas al carro y me encaminaba hacia el otro lado del collado, separación jurisdiccional de nuestro valle, donde mi madre me aguardaba con los troncos talados y a punto para ser cargados a mi llegada.

Llevar el carro por aquellos caminos, a los seis o siete años de edad, me pareció una proeza inconcebible cuando, algunos años después, volví a recorrer a pie aquellos senderos de

cabras. Pero si era una proeza que un niño pudiese conducir un carro por aquellos riscos, mientras las vacas mansas y dóciles tiraban de él, mucho más peligroso y heroico era bajar, durante el regreso, con el carro cargado de troncos. El esfuerzo de las vacas no consistía entonces en tirar del carro hacia adelante, sino en resistir tirando hacia atrás, afirmándose como podían en las sinuosidades del escarpado camino para contenerlo. El conductor se situaba entonces a la cabeza de los animales, y los contenía para que no mermasen la resistencia, pues un pequeño desliz, un paso en falso que impidiese por un segundo a una de las vacas sostener el carro, era el fin seguro del carro, de las vacas y de los conductores. En cierta ocasión, estuvimos mi madre y yo al borde de que ocurriera una catástrofe.

Había un refrán por aquellas montañas: «Cree en Dios, pero ten por el carro.» Lo que estuvo a punto de ocurrirnos a nosotros seguramente les había ocurrido ya a muchos, y el refrán no hacía más que reflejar una larga experiencia. Mi madre, que creía firmemente en Dios, reaccionó instintivamente cuando una de las vacas pisó en falso, e hizo frente al peligro para salvar el carro y la carga, en vez de eludirlo apartándose. Pasado el susto detuvo la marcha, se santiguó y dio las gracias a Dios, pero las dio después de salvar la situación, no antes.

En ocasiones algún vecino nos prestaba un burro, y yo, como único varón de la familia, solía llevar un par de costales del trigo de nuestra cosecha al molino hidráulico más cercano, a unos cinco o seis kilómetros de distancia del pueblo. Un día, cuando regresaba, el burro quiso solazarse y comenzó a revolcarse en el camino, tirando la carga al suelo. Yo no tenía

fuerzas para levantar los costales de harina y cargarlos de nuevo, y, como nadie pasó por allí, estuve durante más de una hora sin saber qué hacer. Finalmente salí del paso haciendo rodar los sacos hasta un barranco lindero, colocando al animal de forma que pudiese recibir la carga cuando ésta cayese del barranco sobre él. Esa vez el asno se prestó dócilmente a la maniobra.

Aunque era una ayuda eficaz en la casa y en todas las tareas del agro, principalmente se me dedicaba al oficio de pastor. Aunque sólo tenía seis o siete años, me encargaron muchas veces el cuidado del rebaño de ovejas del pueblo, y para cumplir mi misión tenía que quedarme a dormir en Recubiles, en una choza de pastores que estaba junto al corral en el que se reunía la majada al llegar la noche. Decir que no he sentido miedo, especialmente cuando oía el aullido de los lobos a lo lejos, sería una vana jactancia. Yo sabía bien que tenía que hacerlo. Sabía que si los lobos atacaban había que encender ramas y troncos y arrojárselos hasta que huyesen. Pero nunca tuve oportunidad de hacerlo y no sé si, dado el caso, me hubiera encerrado en la choza y abandonado el ganado a los lobos hambrientos.

Cerca del corral corría un arroyuelo y más de una noche, sediento, no me atreví a llegar hasta él. Muchos años después pude comprender que el miedo es un sentimiento muy humano y que el valor consiste en disimularlo. Unos, por profesión, saben hacerlo mejor que otros.

Cumplidos los siete años, en asamblea, o hacendera, o consejo del pueblo, se consideró que yo reunía las condiciones

de un mozo y se me encomendó el cuidado del ganado mayor: las vacas de los vecinos. Ésa era una tarea que se cumplía rotativamente entre las familias del pueblo, y como yo era el único hombre que había en la mía, ese reconocimiento fue como un privilegio. Recibía una perra gorda, diez céntimos, y un trozo de pan y queso para el sostén de la jornada, que iba desde la salida hasta la puesta del sol. No sé si otros pastores solían hacerlo también, pero en más de una ocasión ordeñé alguna de las vacas para complementar la comida. A veces oía luego el comentario de la dueña del animal elegido por mí para el ordeño, quejándose de la poca leche que daba. Cuando más adelante supe la vida que llevaban niños de mi edad, que trabajaban jornadas de diez o doce horas en las modernas fábricas de la urbe, y las comparaba con la que yo había llevado, de trabajo duro, sí, sin alegría, sin juegos infantiles, pero al aire libre, comprendí que había salido ganando.

Probablemente el millón de niños que habría en las aldeas españolas no ha tenido una infancia más holgada ni más atractiva que la mía. Habrán contado, quizá, con la presencia del padre, o con hermanos mayores, sobre los que recaerían las labores más pesadas. Podrán haber aprendido a jugar, o a ser niños, pero sus perspectivas de futuro no eran más alentadoras que las mías. Sin embargo, es probable también que entre ese millón de niños hubiese habido pasta para empresas de mayor vuelo si hubieran contado con recursos o salidas adecuadas para emprenderlas. Pero en su mayor parte, o en su casi totalidad, se veían obligados a proseguir la vida vegetativa de su aldea, pegados a la tierra como adscritos a la gleba, sin más horizonte que el de continuar la senda de sus antecesores y sin más finalidad que terminar como ellos.

A fines del verano de 1905, después de la siega y la cosecha, después de trillado el trigo en las eras, llegó de América mi padre. Ya se había saldado la deuda contraída para la compra de las fincas.

Pero mi padre no tenía en la aldea otro porvenir que el de la vuelta a la fragua. Artesano como era, entregado desde niño a su oficio, no le tenía apego a la tierra y resolvió emigrar nuevamente, cruzar el Atlántico con su familia, es decir, con mi madre, mi hermana y yo. Para cubrir el costo de los pasajes (entonces se viajaba sin pasaporte), fue preciso deshacerse de las vacas y las vendimos en una feria que distaba unas tres leguas del pueblo. Aquél fue un momento muy triste. Quizá la primera gran tristeza sufrida, porque aquellos animales estaban integrados a nuestras vidas. Más de una lágrima me costó separarme de ellas.

Quedaban en la aldea otros niños, menores y mayores. Quedaban vecinos que siempre nos habían tratado con afecto. No dejábamos atrás más que amigos, gentes honradas y laboriosas. Pero despedirme de mis vacas, dejándolas en manos extrañas, pensando que quizá no las tratarían con el mismo cariño con que las había tratado yo, me dejó un sabor amargo y la sensación de haber sufrido una gran pérdida. Tal vez este sentimiento no pueden comprenderlo quienes no hayan convivido con esos animales, condenados, como un gran sector de la humanidad, a trabajar y a dar todo lo que tenían y podían en beneficio de extraños, sin conocer ni esperar una muestra de gratitud por sus servicios. Por lo que a mí respecta, se había producido algo así como una simbiosis entre las humildes vacas, que uncíamos al carro o al arado, y el círculo

familiar. Habían pasado a formar parte de nuestra comunidad íntima y como tal las trataba. Por eso sentí tanto su pérdida. Por eso sufrí pensando en su destino, que se me antojaba similar al nuestro.

Se acercaba el invierno y nevaba ya cuando salimos del pueblo hacia la estación del ferrocarril hullero. Éste nos condujo hasta el empalme donde debíamos tomar el tren que nos llevaría al puerto de mar: Vigo. Yo jamás había visto una locomotora, con su conjunto de vagones de carga y pasajeros, ni me los había imaginado siquiera. Era como si un aldeano de la Edad Media (y en la Edad Media transcurría la vida cotidiana de nuestra aldea y de las aldeas vecinas) hubiese sido repentinamente transportado por arte de magia a la era del vapor de los siglos XVIII y XIX. En la Edad Media habíamos vivido hasta allí, con un sistema económico familiar de autoabastecimiento, y de pronto, sin transición, entrábamos en el mundo del ferrocarril, de la navegación a vapor, en el mundo de las fábricas y de las calderas. Si bien esa situación no era mejor que la conocida, correspondía, al menos, a los nuevos tiempos. Y nos dejamos llevar con esa mansedumbre y esa resignación a que nos habían habituado desde que vinimos al mundo, esa mansedumbre y resignación que predicaba el señor cura en su misa dominical.

Sentí en ese momento que dejaba atrás el mundo de la estabilidad, el mundo de la seguridad, para entrar en un mundo de horizontes inciertos. No sabía adonde iba, ni qué encontraría al llegar a destino. Lo que sí sabía era que, de permanecer en el pueblo, no tenía otro porvenir que el de aprender el oficio de herrero para continuar la tradición

paterna, como era norma, y el de cultivar las tierras que ya eran nuestras, plenamente nuestras. Después, ¿qué otro camino quedaba que el de seguir la ruta de los demás? Ser contribuyente fiel del fisco, soldado del rey cuando llegase el sorteo de quintas, matar moros en Marruecos, como las generaciones anteriores habían matado cubanos y filipinos, o morir en su territorio. Como perspectivas, no eran muy halagüeñas precisamente.

Han pasado muchos años, pero el recuerdo de aquella aldea perdida entre montañas abruptas y collados me ha quedado vívido en la memoria. Recuerdo la casa construida a fines del siglo pasado, que ya no es nuestra. Recuerdo las tierras por las que tanto luchamos y en las que tanto hemos trabajado, con fe, con sacrificios, y que tampoco son nuestras ya. Recuerdo a muchos muchachos que conocí durante la infancia, de los cuales, quizá, no viva ya ninguno. Los recuerdos del pueblo y de sus contornos están tan vivos en mí, que estoy seguro podría llegar con los ojos vendados a cualquiera de los lugares que conocí y recorrí siete decenios atrás.

Sí... Ha pasado mucho tiempo desde entonces... He conocido muchos países, me he familiarizado con muchos climas, pero no he olvidado aquellos años, mis primeros años, duros y difíciles, en aquella aldea olvidada, perdida en las montañas de León. He vivido mucho también. Y la vida, a lo largo de los años, va moldeando, limando aristas, cambiando las personas... Pero en lo fundamental, en lo profundo del ser, sigo siendo el mismo: un campesino, un labrador, aunque sin tierras y sin vacas.

b) Emigrantes de tercera

Si las duras condiciones de vida que conocí en la infancia, de lucha incesante por la supervivencia, no eran una excepción, ya que con algunos matices y gradaciones distintos, eran la condición de centenares de millares, de millones de niños españoles a fines del siglo XIX y comienzos del XX, las experiencias de la emigración tampoco constituyen una excepción. Desde mucho tiempo antes y durante mucho tiempo después, enormes contingentes de emigrantes pasaron por las mismas experiencias.

Inglaterra tenía por entonces el monopolio casi absoluto de los mares y el transporte de los emigrantes pobres se había convertido en una de las mayores y redituables fuentes de ingresos para las compañías navieras. El emigrante de tercera era carga fácil de transportar y muy bajo el costo de ubicación y manutención durante el mes y medio que duraba la travesía.

Los barcos, si no eran los mismos que se habían empleado para transportar a los negros cazados en África, para ser vendidos en las colonias españolas, portuguesas e inglesas, eran muy parecidos. Sólo que la mercancía negra tenía otro precio y se procuraba que llegase a destino en buen estado, para obtener por ella un provecho redituable en el mercado de esclavos. Pero con el emigrante de tercera, que ya había

pagado su pasaje, no había tal preocupación. Poco importaba que llegase o no a destino. Era una carga que ya había rendido su tributo a los armadores y de la que había que librarse lo antes posible.

El pasajero era sometido a un régimen muy parecido al carcelario, que años después y en más ocasiones de las que hubiera deseado, me tocó experimentar.

Para el pasajero de tercera no había comedor ni servicios de ninguna clase. A las horas de comer se llevaban unas grandes ollas a cubierta, se formaba una larga fila y el pasajero acudía con un plato de hojalata, donde se le servía un rancho nada apetecible, que luego comía sentado en el suelo o de pie, apoyado contra las barandillas de cubierta.

Los dormitorios eran colectivos. Consistían en un amplio salón atestado de literas, dotadas de jergones de arpillera y paja, donde proliferaban las pulgas, las chinches y los piojos. No había limpieza ni medios para realizarla.

Cuando la situación se volvía francamente intolerable, se procedía a fumigar con desinfectantes, para limitar en alguna forma la superpoblación de insectos. Pero los resultados de la fumigación duraban poco.

Las cucarachas, las pulgas y los piojos, a los pocos días, eran nuevamente dueños del lugar. La higiene de los emigrantes se hacía al terminar el viaje, pero en tierra.



1910. Embarque de emigrantes en el puerto de Barcelona

En la promiscuidad imperante, mal nutridos y sin ninguna clase de higiene, parece raro que no se produjesen epidemias. Ello se debía principalmente a la recia constitución de los emigrantes, que provenían en su mayor parte de ambientes campesinos, libres de la contaminación propia de los grandes centros urbanos, que debilitan y predisponen el organismo a cualquier agresión ambiental.

Mi padre, más experimentado que los demás, pues ya había hecho un viaje, movilizó a algunos compañeros de penurias con el fin de elevar una queja al capitán. Pero el intento no prosperó. El pasajero de tercera no tenía derecho a nada. Y menos que nada, a protestar.

Después de haber subsistido en aquel antro de suciedad durante más de seis semanas, soportando el trato despótico no sólo de los oficiales sino también de los tripulantes, llegamos al puerto de Buenos Aires. Transcurrían los últimos días de 1905. Se nos alojó en las dependencias de la Dirección de

Inmigración, en el Hotel de Inmigrantes, que nos pareció confortable en comparación con el barco inglés. Allí pudimos, al fin darnos un baño y libramos de las pulgas y los piojos que se habían empeñado en acompañarnos a tierra.

Buenos Aires me impresionó como una ciudad monstruosamente grande. Y lo era realmente, porque ya en los primeros decenios del siglo constituía una de las mayores aglomeraciones urbanas en el área de la lengua castellana. Para los que, como yo, y como yo era casi la totalidad de los inmigrantes, acababan de salir de una aldea que poco o nada se había modificado en un milenio, aquello era como si se nos hubiese transportado bruscamente, sin transición ni adecuación previa, del medievo a la era moderna, a la de los primeros automóviles y los primeros tranvías eléctricos. Era otro mundo, con otro clima, con otra gente y con otro modo de vida. Un mundo completamente distinto. Pero se hablaba castellano. Un castellano con variantes llamativas y a veces pintorescas, pero que no obstante se entendía. Eso hacía que uno sintiera que no se había alejado del todo de casa.

No permanecí mucho en Buenos Aires. La meta de mi familia era la ciudad de Santa Fe, entonces no más que una gran aldea, pero más antigua que Buenos Aires.

La ciudad, a orillas del río Paraná, había sido fundada por Juan de Garay con pobladores procedentes de Asunción del Paraguay, antes de la fundación definitiva de la capital argentina. En esa época conservaba aún numerosos edificios, o restos de los mismos, pertenecientes al período colonial. Allí había estado mi padre cinco años desde su primer viaje,

trabajando para el pago de unas tierras que luego habíamos abandonado. Allí tenía mi padre un hermano, con una herrería primitiva, pero con trabajo suficiente para sostener una familia. Allí comenzamos una nueva vida y rompimos con un mundo que estaba atado al pasado, donde las cosas debían ser como habían sido... Y desde allí nos fuimos dando cuenta de que el mundo era más grande y la vida más compleja de lo que habíamos imaginado... Y comenzamos a mirar más lejos...

c) La lucha por el pan de cada día

Los comienzos fueron para mi familia como para la gran mayoría de los inmigrantes pobres: de lucha, de adaptación a una nueva realidad, de fe en un mañana mejor. Aquellos que llegaban con un oficio, o provistos de una firme voluntad de trabajo, tenían las puertas abiertas y posibilidades para mejorar su suerte. Pero el camino no era fácil. Por el contrario, era muy duro. No faltaban las decepciones y abundaban los momentos de depresión y de arrepentimiento, por haber abandonado unas bases seguras de subsistencia tradicionales, en pos de una aventura preñada de incertidumbre, con más de una amargura y con muy pocas alegrías.

Al llegar a Santa Fe nos alojamos en un conventillo. El conventillo era una casita modesta, con numerosas habitaciones que daban a un alero que hacía las veces de galería abierta. Cada una de esas habitaciones daba albergue a una familia entera, o a un grupo de hombres solos, y era

dormitorio, comedor y lugar de estar, todo a la vez y en muy pocos metros cuadrados. Cada familia disponía de un brasero de carbón para hacer la comida, o para calentar el agua del mate, infusión muy popular en las provincias del Río de la Plata. Había un servicio de baño para todos los inquilinos y se vivía en una promiscuidad que nada tenía que envidiar a un campamento de gitanos. El conventillo fue vivienda popular en la gran ciudad de Buenos Aires, y su vida, con sus dramas y comedias, pasó a las canciones típicas, a los tangos, e inspiró piezas teatrales, novelas y poemas.

Pues bien, nuestro conventillo, en el que nos alojamos al llegar, estaba en la calle 25 de Mayo, cerca de la plaza España, en el extremo norte de la ciudad. Era una zona casi totalmente formada por casas de una sola planta, que recorría una línea de tranvías arrastrados por caballos. Por sus calles estrechas se veían carros de dos ruedas, tálburis, unos coches de fabricación local, volantas, y era común ver jinetes que llegaban a la ciudad desde las chacras y campos vecinos. Cuando nos instalamos en el conventillo, no pudimos menos de añorar la casa que habíamos dejado en el pueblo, la casa propia, espaciosa y sin extraños, en la que sólo había quedado la abuela con sus ovejas y sus cabras.

Como no constituíamos todavía una familia en la que varios de sus miembros pudiesen salir a la calle para ganar un jornal en cualquier ocupación, y no disponíamos tampoco de recursos para una actuación independiente, mi padre buscó una colocación. Como buen herrero que era, no le fue difícil. Encontró rápidamente trabajo en los talleres del ferrocarril francés, que tenía allí su cabecera, y agregó a su salario normal

el producto de las horas extras o del trabajo a destajo. Mi madre contribuía lavando y cosiendo para fuera. Después de unos meses nos fue posible alquilar una vivienda mejor, más espaciosa e independiente, pero no mucho más comfortable.

Yo había sido admitido en una escuela primaria, en el tercer grado, lo cual significaba que disponía de algunos conocimientos básicos. Cuando llegó el verano y terminó el curso, trabajé lavando tazas y copas en un bar. Me pagaban poco, pero era algo, y todo venía bien. Fui un año más a la escuela, hasta el cuarto grado. Y se acabó. Había cumplido los diez años y era ya edad para entrar en la vida activa del trabajador. Mi padre no concebía otro modo de vida ni otro destino que aquel que él mismo había tenido desde su infancia. Comencé a trabajar en una herrería que producía coches, o volantas, como allí se les llamaba, que estaba cerca de la plaza España. La pesada maza que debía manejar, al ritmo que el maestro daba a su martillo para moldear el hierro al rojo sobre el yunque, era un esfuerzo excesivo y agotador para un muchacho de mi edad. Pero yo era fuerte y sano. Y podía soportarlo, aunque por las noches regresaba a casa extenuado. Recuerdo que por aquellos días la familia aumentó con un miembro más, mi hermano Lorenzo, el primero nacido en aquellas tierras.

Después de la herrería trabajé en diversos oficios. Tantos, que sería difícil recordarlos con exactitud. Trabajé en una carpintería, y las nociones del oficio que allí aprendí me sirvieron años después, en ciertos azares de la vida, para desempeñarme como medio oficial carpintero. Trabajé también como peón de albañil en una obra en construcción,

preparando mezcla y llevándola en baldes a los andamios. Al parecer no lo hacía tan mal, puesto que al terminar la construcción había alcanzado ya la jerarquía de medio oficial, y con un compañero de trabajo, de mayor edad y más experiencia, contratamos por nuestra cuenta el revoque de la casa, con lo cual pudimos aumentar nuestros ingresos habituales. De haber continuado un tiempo más en esa actividad habría podido ser un albañil tan competente como cualquier otro.

De aquellos primeros años recuerdo algunos conatos de huelgas obreras en las que se destacaron algunos paisanos o amigos, lo que me causaba cierto orgullo y admiración. Recuerdo también algunos actos públicos que se realizaron en las plazas de la ciudad, protestando contra el proceso y fusilamiento en Barcelona de un tal Francisco Ferrer, creador de escuelas para hijos de obreros y campesinos. Como aquellos actos eran algo que rompía la rutina pueblerina, en distintas ocasiones me mezclé entre el público asistente, tratando de entender de qué se trataba. Pero mis conocimientos no me permitían aún valorar las palabras de los oradores, muchos de los cuales fueron después mis amigos y compañeros. Pero eso fue con el correr del tiempo, cuando ya sabía quién era Francisco Ferrer y cuál había sido el delito cometido.

Ocurrió también, por entonces, en Buenos Aires, un hecho que causó sensación en todo el país. Un joven inmigrante judío ruso había atentado contra la vida del jefe de policía, Ramón L. Falcón, y le había dado muerte. Yo no entendía los motivos que habían impulsado a aquel joven anarquista a obrar como obró, y ninguno de aquellos con quienes tenía trato supo

explicármelo. Muchos años habían de pasar todavía para que me enterase de la matanza que había tenido lugar en plaza Lorea de Buenos Aires, en la que el jefe de policía había mandado ametrallar a los concurrentes a un acto en celebración del 1º de Mayo, y en qué forma había impresionado este hecho el ánimo del joven revolucionario ruso. Lejos estaba de suponer en aquellos momentos que años después, bastantes años después, al autor de aquel atentado, Simón Radowitzky, y a mí, había de unirnos una grande y profunda amistad y que juntos habíamos de compartir diversas contingencias de la vida. Pero como ya he dicho, eso fue mucho después. Cuando sabía más y entendía las cosas de otra forma que cuando solamente contaba once, doce o trece años de edad.

Deseoso de elevar el nivel de vida de la familia, de obtener más ingresos para asegurar el porvenir, mi padre arrendó una chacra de unas treinta o cuarenta hectáreas a pocas leguas de la ciudad. Eso no era ni muy difícil ni muy costoso por aquellos años y en aquellos lugares, donde, a diferencia de nuestra aldea natal, lo que sobraba era tierra y faltaban quienes trabajasen en ella. Como mi padre tenía su trabajo en la ciudad, él permaneció en ella mientras el resto de la familia nos trasladamos a la chacra a fin de trabajarla. Como mis hermanos eran aún pequeños, todas las tareas estaban exclusivamente a cargo de mi madre y de mí.

Nos dedicamos a cultivar alfalfa, maíz, legumbres y hortalizas. Criábamos cerdos y manteníamos algunas vacas. Con la ayuda de unos prospectos comerciales logré armar una máquina segadora de alfalfa y un rastrillo mecánico, todo con

tracción caballar. En poco tiempo y con gran esfuerzo, un esfuerzo muy superior al que había desarrollado en mis diversos oficios en la ciudad, la tierra comenzó a rendir sus frutos. De tanto en tanto iba a la ciudad con el carro cargado de alfalfa, que previamente había acumulado en las parvas, para venderla.

—Si seguimos teniendo suerte y Dios nos ayuda —solía decir mi madre—, pronto podremos comprar un terreno en la ciudad y construirnos una casa propia.

Aquello me llenaba de satisfacción, porque comprendía que los esfuerzos realizados no eran vanos. Y trabajaba más, con más ahínco que nunca, desde antes de salir el sol hasta mucho después de haberse puesto, reservando para el descanso sólo las horas indispensables. Sin embargo, fue por aquellos tiempos cuando comencé a sentir una inquietud, algo que nunca había experimentado hasta entonces y que no acertaba a definir.

Por las noches, después de terminada la agotadora jornada de trabajo, mientras mi madre limpiaba la cocina y se ocupaba de que mis hermanos se acostasen, solía sentarme bajo el alero de la casa y observar el campo, aquel campo inmenso, tranquilo, silencioso, tan distinto al de mi valle natal, encerrado entre abruptas montañas. Allí, en aquellos campos jóvenes del Nuevo Mundo, campos llanos como la palma de la mano, sin serranía ni collados, podía verse el horizonte.

—¿Qué piensas...? —me preguntó una noche mi madre, que había salido de la casa sin que yo me diese cuenta.

—No sé... Que la tierra ha cambiado... —le respondí sin saber exactamente qué quería decir.

Pero ella pareció entenderlo.

—Sí... —dijo después de un instante de silencio—. Todo es distinto...

Poco cultivada, letrada apenas, pero poseedora de una gran intuición, que no es otra cosa que la sabiduría de los siglos, mi madre se había dado cuenta de lo que pasaba por mi interior, desde mucho antes que yo mismo tuviera conciencia de ello. Sabía que de haber permanecido allí, en la aldea, yo hubiera seguido un camino trazado con anterioridad, porque todo tenía que ser como había sido. Y no cabía ninguna modificación. No había razón para ello. Hubiera permanecido apegado a la tierra como parte de la tierra misma, porque la tierra era una necesidad vital. Y ese apego venía de muy atrás, quizá de un milenio, o más, transmitido de generación en generación. Sabía también que allí la tierra era una finalidad, la de sobrevivir; en cambio en las tierras del nuevo mundo era un medio. El medio de lograr un bienestar mayor, adquirir la casa propia, hacer quizá una pequeña fortuna para tranquilidad de la vejez. Y comprendió también que yo, aunque no lo supiera todavía, buscaba otro camino. Cuando yo mismo, poco a poco, fui dándome cuenta, descubrí otra cosa. Descubrí que la casa propia, el mayor bienestar, la posible pequeña fortuna para tranquilidad de la vejez, eran cosas que me tenían sin cuidado. Que no las ambicionaba en absoluto. Y hoy, en la vejez, al recordar aquello, me doy cuenta de que, como entonces, siguen teniéndome sin cuidado.

Desde aquel momento mi madre comenzó a presionar sobre mi padre, al que veíamos de tanto en tanto, porque seguía con su trabajo en la ciudad, para que dejásemos la chacra. No le fue fácil, pero finalmente logró su objetivo. En el otoño, tras levantar la última cosecha, vendimos las máquinas, los caballos, las vacas y regresamos a Santa Fe. Con el producto de la venta, más lo que habíamos podido ahorrar en aquellos años de trabajo, compramos un terreno en las afueras de la ciudad y edificamos la casa propia. Se había cumplido el sueño de los emigrantes de tercera.

Cuando volví a la ciudad, mi padre me buscó trabajo en el Ferrocarril Central Norte, en los talleres de armado de vagones.

—El ferrocarril es un trabajo seguro... —me dijo—. Un trabajo para toda la vida... Y se puede progresar...

Comencé a trabajar. Hice de todo. Ajusté tuercas. Pinté vagones. Ayudé a los más expertos. Pero sabía que aquello era transitorio; que no era para toda la vida, como decía mi padre. Que no iba a terminar mis días retirándome a la pasividad con una pensión del ferrocarril.

A medida que pasaba el tiempo iba fortaleciéndose en mi mundo interior la ambición de saber, de estudiar, de conocer, no con un sentimiento de rechazo ni de menosprecio por lo que estaba haciendo, sino con ansia de nuevos horizontes, ansias de emprender la marcha hacia un indefinido más allá.

Recuerdo que un día hice una marca en una de las ruedas de un vagón. Recuerdo también que al hacerlo pensé que pronto aquel vagón iba a salir del taller de armado y que comenzaría a

rodar por lugares lejanos, y que, posiblemente, algún día lo volvería a encontrar en otro lugar y en otras circunstancias. Mientras llegaba la hora de volar, seguía trabajando, aunque a veces no podía evitar que me invadiese un sentimiento amargo, como el del galeote amarrado al asiento, que remaba, sí, pero que remaba en un barco que no era el suyo y que, además, no lo conducía a ningún puerto.

Hallé colocación por un par de meses como una especie de sirviente de unos ingenieros franceses encargados de la prolongación de una línea ferroviaria iniciada en el territorio boscoso del Chaco y que debía llegar a la provincia de Santiago del Estero; debió de ser hacia 1911 o comienzos de 1912; la misión consistía para mí en cuidar del instrumental y de los efectos personales de los ingenieros. Y la base de las operaciones era una estación ferroviaria terminal, Charaday; el alojamiento, una tienda de campaña. Abundaban por allí los indios y ambulaban hombres de todo origen, díscolos, al margen de lo que suele llamarse mundo civilizado, con algunos conatos de familia trashumante. La vida en aquellos lugares tenía poco precio y no era raro encontrar los domingos o los lunes algún cadáver insepulto, como balance de alguna riña a cuchillo después de las libaciones alcohólicas de fin de semana. La escasa policía de campaña no se preocupaba de averiguar los hechos ocurridos y menos de buscar a los homicidas; importaba más sepultar a los muertos para que no quedasen expuestos a los banquetes de las aves de rapiña y de las fieras del bosque.

En aquel lugar se me dejó al cuidado de los objetos y utensilios de los ingenieros, en compañía de algunos peones,

mientras la expedición se internó en el bosque en busca del mejor recorrido para la línea férrea en proyecto... Disponía en la tienda del infaltable Winchester, que jamás había manejado, pero de poco podía valerme cuando se me presentaban grupos de indios que pretendían cambiar pieles de felinos de la selva por cartuchos para continuar su caza y sus andanzas. No hace falta decir que aquellas visitas me estremecían y que procuraba salir del paso con la entrega de algunos cartuchos. La cercanía de algunos peones aliviaba la tensión.

En una ocasión llegó no sé de qué lugar un indiecito de aproximadamente la misma edad mía y con gestos agresivos y provocativos. Nos trezamos en lucha cuerpo a cuerpo, pero yo tenía más fuerza que él y lo derribaba a tierra; el indio volvía a ponerse de pie y a arremeter como una fiera salvaje. La pelea duraba demasiado y temí que a la larga mantuviese él más resistencia y entonces la cosa habría terminado mal para mí. El indiecito no cedía en sus embestidas. Logré sujetarlo en tierra, pero no se daba por vencido, y en vista de sus reacciones no vi otra salida que la de echar mano al cuchillo que llevaba siempre a punto en el cinto. Justamente en aquel momento llegaron algunos peones que me acompañaban en la carpa de los ingenieros, paralizaron la pelea y alejaron al muchacho. De no haber sido esa coincidencia habría tenido que herirlo o matarlo, y no faltó mucho para convertirme en un homicida, aunque en aquella zona el hecho no habría tenido consecuencias. Lo que no pude explicarme es la agresividad inmotivada de aquel hijo de la selva.

Regresamos todos sanos y salvos a Santa Fe.

Había en la ciudad una escuela nocturna en la que se aprendían rudimentos de tipografía; regenteaba y enseñaba en ella un impresor de origen italiano, Colmegna. Me atrajo la novedad y no tardé en familiarizarme con el componedor, y en poco tiempo habría podido perfeccionar el oficio y habría sido un tipógrafo más. Aquellos elementos me sirvieron años después para componer un periódico, compaginarlo e imprimirlo.

Todavía probé fortuna en una escuela comercial, cuyo destino me habría llevado a ser tenedor de libros en alguna empresa. Todo me resultaba fácil, lo captaba todo rápidamente; lo que no captaba era mi porvenir en cualquiera que fuese el oficio; no sabía lo que deseaba, pero me iba apartando de lo que no quería. No sé si tal estado de ánimo es común en la adolescencia de todos o si era algo peculiar mío. Alrededor no había nadie que comprendiese mi inconformismo, nadie que me explicase nada positivo para justificar o apartar de mí esa actitud.

Un día me puse a contemplar en un lugar de carga de la zona del puerto cómo unos hombres corrientes, no gigantes, recibían sobre sus hombros, de un carro, bolsas de trigo de un peso que oscilaba entre los cien y ciento veinte kilos, con los que subían por unas planchadas de tablas al barco que llevaría los cereales hasta el puerto de Buenos Aires. Aquello era mortal y me causó una impresión duradera. ¿Cómo podían resistir aquellos estibadores semejante peso? Andando el tiempo, cuando ya veía las cosas con otros ojos, aun me tocó ayudar a que aquel peso de las bolsas fuese reducido, una reivindicación que costó muertos y heridos en los puertos

fluviales y en los del Atlántico. Pero cuando me apesadumbraba ante aquel espectáculo, no tenía ninguna idea de que fuese factible un alivio.

No estaba en condiciones de percibir el alcance de un movimiento popular entusiasta en torno a unas elecciones que se realizaron en 1912 para la renovación de las autoridades provinciales, nada sabía de ese mundo ni de su significación. Por primera vez se hacía el ensayo del sufragio universal. Había en Santa Fe un médico muy querido por el pueblo, al que prestaba sus servicios profesionales con abnegación y simpatía. Alguna vez lo vi en casa en relación con algún problema de salud de mi madre, y era afable, amistoso, solidario. Cuando la clientela abonaba algún peso por sus servicios, recibía la remuneración, pero en general no reclamaba nada. Se contentaba con servir al prójimo. Se trataba del doctor Joaquín Menchaca, alistado en las filas del viejo conspirador Hipólito Yrigoyen, y el de Santa Fe fue el primer triunfo de la Unión cívica radical en el país. Pero en 1912 no estaba yo todavía en condiciones de comprender el significado de aquel triunfo.

Muchos años después, cuando el doctor Menchaca era ya un hombre de edad avanzada, he tenido con él animadas conversaciones, y me ha relatado escenas de disentimiento con el jefe de su partido y con sus propios correligionarios. Y en la memoria de aquellos encuentros me quedó algo que me dijo de su pasado. Por su modo de ser y de pensar, simpatizaba con el pensamiento anarquista, pero ¿qué podía hacer cuando en sus comienzos no había en la ciudad más que un solo anarquista? Y me dio el nombre, que no recuerdo, un sastre. Fue a la militancia política porque juzgó que era el camino más

apropiado para ser útil al pueblo, y para entonces ya había en la ciudad núcleos libertarios conscientes, de los cuales recibió muestras de simpatía y apoyo.

d) La ruptura de una tradición milenaria

El disconformismo que experimentaba al tener que moverme dentro un círculo con horizontes delimitados, el afán de reivindicar la propia personalidad frente a los cánones consagrados por la rutina y el anhelo de hallar un rumbo propio a la vida podrían considerarse como las consecuencias lógicas de un cambio generacional. Pero entonces, en los primeros años del siglo, ese afán de cambio era aún algo más. Era una expresión aislada de un proceso colectivo, de ruptura con un mundo agonizante que poco después, con la primera contienda mundial, iba a fenecer definitivamente.

Se vivían los estertores de lo que podríamos llamar el mundo de la estabilidad, un mundo que era así porque había sido así y así había de ser, y se vislumbraban ya los primeros síntomas del cambio, del advenimiento de un mundo distinto en el que las viejas estructuras, consideradas inamovibles por el simple hecho de haberse mantenido en pie durante siglos, iban a desmoronarse. Unas, por sí solas, por el simple embate de los nuevos tiempos. Otras, sacudidas por ideas nuevas de nuevas generaciones, empeñadas en modificar, en buscar nuevos derroteros.

Aquel viejo mundo, el de la estabilidad, había sufrido muy pocas variaciones, por no decir casi ninguna, en el transcurso de los siglos. Señores y siervos, patronos y asalariados, eran cambios más de forma y denominación, que cambios de fondo. El señor nacía señor, el siervo nacía siervo. El patrono nacía patrón, era hijo de patronos y padre de nuevos patronos, porque heredaba y dejaba en herencia las condiciones para serlo. El asalariado, el campesino, el artesano, a su vez nacía asalariado, campesino o artesano. Los campos estaban bien delimitados y cambiar de condición, si bien era difícil por las estructuras imperantes, lo era aún más por la fuerza del hábito. Transitando durante siglos las mismas huellas, el sendero se había marcado y la costumbre obligaba a seguirlo. Era un mundo que se regía por las experiencias del pasado. El diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo, decía un antiguo refrán, y esto se consideraba un axioma sobre el que no cabía discusión. Los viejos sabían más que los jóvenes y los ancianos más que los viejos. Y la autoridad de los que se consideraban más experimentados, era un hecho indiscutible y un derecho inapelable.

Mi padre, forjado en ese mundo, no concebía que sus hijos pudiesen emprender otro rumbo que el tradicional en sus antepasados, y su hostilidad a todo intento de seguir nuevos derroteros fue directa y manifiesta.

Yo seguía trabajando en los talleres del ferrocarril, y a medida que transcurría el tiempo aumentaba mi disconformidad con aquella existencia de horizontes estrechos, y era mayor mi afán por saber, por informarme, por todo aquello que me resultaba desconocido. Una noche, durante la

cena, hice no sé qué comentario acerca de que me gustaría estudiar.

—Estudiar es cosa para vagos o para señoritos... —dijo mi padre sin mirarme—. Y yo no he criado ni vagos ni señoritos...

Y como aquello era algo definitivo, sobre lo cual no había discusión, siguió comiendo. Yo intenté replicar, pero ante una seña de mi madre opté por callar.

No obstante, trataba de informarme y leía todo cuanto caía en mis manos, libros, periódicos, folletos. Y cuanto más leía y me informaba, mayor era mi afán por saber, porque iba descubriendo que había un mundo mucho más amplio y más vasto que aquel en el que se desarrollaba mi vida. A mi padre le molestaba aquello, porque atribuía a mis lecturas el cambio que se iba produciendo en mí, que me iba haciendo distinto y que me apartaba del carril que ya tenía trazado. En más de una ocasión, al verme enfrascado en la lectura de algún libro, me lo arrebatava de las manos y decía:

—¡Si no tienes nada que hacer, haz algo más útil!

Y siempre me encontraba alguna ocupación dentro de la casa, cuya utilidad, si bien era discutible, yo aceptaba sin chistar por no aumentar la tensión existente entre ambos, aunque sabía que más tarde o más temprano, esa tensión conduciría a una ruptura inevitable.

Si mi padre no podía aceptar que yo quisiese elevar las miras y estudiar, mucho menos podía aceptarlo en mi hermana Julia, ya que por ser mujer sus perspectivas de futuro eran más

limitadas, claras y definidas. Casarse, tener hijos y cuidar de una familia. Todo lo que se apartara de eso, estaba, en concepto de mi padre, no sólo contra sus principios sino contra la condición específica de una mujer de bien. Pero mi hermana tenía otras ideas. Desde muy niña, y una niña era por entonces, tenía una orientación vocacional bien definida. Quería enseñar y seguir la carrera del magisterio. Más tarde, cuando inició, con la complicidad de mi madre, los estudios secundarios, hubo de hacerlo ocultándose, como si al estudiar cometiese un acto pecaminoso.

Contrariamente a mi hermana, yo seguía sin una orientación definida. De haberseme sometido a un test vocacional, no habría dado ningún resultado positivo. No perseguía objetivo determinado alguno ni sentía vocación por una carrera en especial. Estaba disconforme y me colocaba espiritualmente fuera de la órbita de la vida circundante, pero no me fijaba metas precisas que alcanzar. Decía que no a las exigencias del ambiente que me rodeaba, pero no decía sí a nada concreto.

Cuando mi padre comprendió que los hijos mayores escapaban a su hegemonía, el desencuentro fue en aumento y todo intento de imponer su autoridad no hizo sino empeorar la tirantez. Contrariamente a él, mi madre jamás quiso imponerse a sus hijos, sino por el contrario, respaldarlos, apoyarlos en las rutas que tomaban, dando de sí todo lo que podía para que avanzasen hacia sus aspiraciones. Ella, que no quiso hacer valer su autoridad, fue por eso mismo centro de una autoridad moral acatada hasta sus últimos instantes, cuando dejó este mundo a los 97 años de edad. La ruptura generacional era insalvable. En la otra rama familiar, en la del hermano de mi

padre, también había comenzado a disgregarse la tradición familiar. Uno de los hijos había dejado, con el consiguiente disgusto de su padre, la fragua y el yunque, y tras unos breves estudios comerciales había iniciado una nueva actividad.

Yo, por mi parte, había llegado a darme cuenta de que si algo quería hacer, tenía que hacerlo lejos de allí. No sé cómo, ni cuándo, ni por qué, nació en mí la idea de regresar a España, de cuya existencia casi había comenzado a enterarme desde América. Un día lo comenté con mi madre.

—Tu padre se va a oponer... —me dijo.

—Lo sé... —asentí.

Ella permaneció en silencio un instante, como si meditase sobre aquella posibilidad. Pero creo que ya había pensado en ello y estaba convencida de antemano de que, dadas las circunstancias, aquello era lo más conveniente.

—Sí... Se va a oponer... —repitió para sí, como pensando en voz alta. Luego me miró y agregó—: Pero si crees que es lo más conveniente para ti, hazlo... Yo te ayudaré en lo que pueda.

Desde aquel día la idea del regreso a España dejó de ser un deseo abstracto para convertirse en un plan concreto. Trabajé más que nunca en aquella espera. Aparte de mi trabajo en los talleres del ferrocarril, cuyo sueldo entregaba íntegramente en casa, hice todos los trabajos que se me presentaban y en los que podía reunir algún dinero extra. Mi madre me ayudó cuando podía con el poco dinero de que podía hacerse por su lado. Yo no aspiraba a mucho. Sólo a llegar a España. Luego,

sobrevivir, era algo que me tenía sin cuidado y que a mi madre, por su parte, tampoco le preocupaba mucho. Yo había aprendido de niño a sobrevivir y tanto ella como yo sabíamos que bien o mal seguiría sobreviviendo.

Una noche, cuando ya disponía de los medios para emprender el viaje, le dije a mi padre:

—Quiero volver a España...

—¿A qué?...

—A estudiar...

Me miró despectivamente.

—¡No digas tonterías! —dijo.

Y no me hizo más caso, como si todo lo que yo pudiese decir no fuese más que lo que él consideraba uno de mis muchos desvarios. Desvarios que con mano de hierro y un poco de tiempo habrían de pasar.

Yo no dije nada. Sabía que todo intento de diálogo era imposible.

No era sólo una generación la que se interponía entre nosotros y hacía imposible el diálogo. Era todo un mundo. Aquel mundo del pasado y de la estabilidad que moría y el otro, el de las transformaciones, que comenzaba a nacer.

A la noche siguiente, a la hora de la cena, hora ritual donde

toda la familia debía estar alrededor de la mesa, faltaba yo. Aquella mañana me había marchado.

Aquel viejo mundo, el de la rutina milenaria, de las costumbres arraigadas que habían forjado verdades absolutas que nadie se atrevía a discutir, tenía muchas desventajas.

Tenía en cambio algunas ventajas que luego, nunca, nunca más, volvimos a tener. Una de ellas es que entonces, antes de la primera guerra mundial, no se habían inventado todavía los pasaportes. Gracias a ello, pocos días después de los hechos que acabo de narrar, apenas cumplidos los quince años, embarcaba para España como pasajero de tercera en un barco similar al que siete años atrás me había llevado por primera vez a las costas de América. Era la mía una aventura audaz, de perspectivas inciertas y final imprevisible, ya que no me guiaba una meta fija. Pero estaba tranquilo. Sabía que era el medio de encontrar mi camino, y fuese éste cual fuese, lo había de recorrer con gusto, porque sería el mío, el que yo habría elegido. No hice cálculos ni me tracé planes; pero detrás de esa aventura quedaba mi madre, y ella, por propio impulso, supo ensanchar sus áreas de ocupación, instalar un almacén de comestibles, y con los beneficios de esa nueva tarea, pues tenía calidad para toda empresa, no me faltó su ayuda. Mi padre hubo de avenirse, con disgusto, al hecho consumado.

II. 1913-1918

EN LA ESPAÑA MONÁRQUICA

Había cumplido los dieciséis años cuando volví a la aldea natal que había abandonado a los ocho. Podía mirar hacia una trayectoria variada y activa que no habían recorrido otros muchachos a esa edad, aunque para otros haya habido un pasado de infancia y de adolescencia a tono con su desarrollo y su aprendizaje en el arte de ganarse el pan cotidiano; un aprendizaje que yo había hecho casi desde el momento de dar los primeros pasos.

En la aldea todo permanecía inalterado; mi abuela se mantenía pobremente con unas cuantas ovejas y algunas cabras, y se sintió feliz con mi retorno e hizo todo lo que pudo, y más de lo que podía, nonagenaria, para que me sintiese a gusto en la casa familiar.

Yo era su nieto preferido y se desvivió para que no me faltase nada. En aquellos primeros encuentros, con la imaginación, con la fantasía en otros afanes, no supe valorar los sacrificios y el heroísmo de la abuela, pero andando los años he vivido con el remordimiento de no haber hecho por ella lo que merecía, y sobre todo por no haberla llevado a nuestro lado en América,

donde habría sido otro firme pilar de la familia, como mi madre, como otra madre.

Las dudas, las vacilaciones, las inquietudes que pudieron salir por unos momentos a flote en el curso del viaje de regreso; todas las inquietudes y temores en torno al acierto o al desacierto de aquella aventura, se desvanecieron al encontrarme nuevamente en la aldea natal.

No sabía explicarme por qué, pero experimenté algo como una sensación de que lo echo era lo que correspondía hacer, pues tenía por delante horizontes, caminos para llegar a metas que no habría alcanzado en América. ¿Qué metas? No se había aclarado el panorama confuso de un mañana, de uno o más objetivos concretos a alcanzar. Había recorrido muchos caminos y ninguno me había seducido o conformado para jugar todas las cartas en él.

Persistía la nebulosa sobre el norte hacia el cual guiar los pasos en la vida. ¿Un solo punto de mira, un solo objetivo concreto cuando había tantos motivos de atracción, tantas metas sugestivas? No tropecé con nadie que hubiera podido hacerme comprender que era más aconsejable concentrarse en un afán, afirmarse en una ruta, primero, y posponer otros afanes y la marcha por otras rutas. Pero ese positivismo y ese practicismo no me atraían tampoco. Sin embargo presentía que en España estaba más cerca de mí mismo que en la sucesión de trabajos y esfuerzos en América, sin que ninguno lograra colmar mis anhelos oscuros, indefinidos, pero reales y dominantes. Los jóvenes y no jóvenes que había conocido cifraban su ambición suprema en llegar a un nivel de riqueza,

por cualquier medio, en crearse una situación holgada, segura, confortable, y nada de eso me atraía a mí.

No habría sido un demérito que un joven que había trabajado duramente desde su primera infancia, tuviese sueños de prosperidad material, de seguridad en un nivel de vida mejor, en una más justa consideración social. Para los más eso era comprensible y justificable, pero la verdad es que yo no había sentido nunca esa codicia, y tal vez por ello pueda juzgarse mi vida de estudiante como una frustración en las andanzas y escenarios ulteriores. Tampoco en ese campo me sentí movido por ambiciones concretas. Quizá un trasfondo de quijotismo, de un perpetuo más allá, fue una modalidad espontánea, natural, madura o inmadura, pero más fuerte que ningún otro motivo concreto.

Volver a la aldea natal fue como volver al punto de partida. ¿Emprendería una nueva ruta o trataría de encontrarla sin una previa inclinación o vocación concreta? Todos los caminos eran míos y podía tomar el que me pareciese mejor, o los que me pareciesen mejores para avanzar por ellos. En el caso de errar, de equivocarme, sería yo, y nadie más que yo, el responsable del error o la equivocación, y sobre la marcha alterarían el rumbo. Mi destino estaba en mis manos y eso me hacía sentirme más seguro y más dueño de mí mismo. Pero, ¿son los dieciséis años los más adecuados para esa autonomía, sin asesoramiento ni consejo ni freno de nadie? La experiencia y un normal sentido común no refrendarían ese salto en el vacío, ese vuelo al azar.

Me unía una vinculación amistosa con todos los vecinos de la

aldea, pero era demasiado joven para mezclarme con los mozos de más edad, y tenía una formación y un pasado que tampoco me permitían sentirme identificado con los muchachos de mi edad. Entre los jóvenes con los cuales la compenetración y la amistad fue mayor, hubo uno, tal vez un año o dos menor que yo, de una familia que habitaba la casa lindante con la nuestra, de posición económica relativamente desahogada. Nos habíamos llevado bien desde niños y creo haber influido en él sembrando en su espíritu anhelos superiores a los de la cotidianidad aldeana. Se llamaba Amable González. Un año más tarde inició los cursos para el magisterio en León y fue un excelente director de escuelas en tiempos de la segunda República, y pagó con la vida esa vocación y ese delito al producirse años después la guerra civil. Un destino del que habría podido librarse de no habernos vuelto a encontrar en 1913 o 1914.

Ingresé en el Instituto de León para cursar los estudios secundarios, con miras a seguir luego una carrera universitaria. Había hallado alojamiento en la casa de un funcionario administrativo del Instituto, originario de nuestras montañas, en la calle de San Pedro, a pocos pasos de los restos de las murallas romanas. Naturalmente, no podía resignarme a cursar año por año los planes de estudio. Reduje la permanencia en el Instituto a dos años y medio, lo que para otros, estudiantes normales, era de seis.

Leía mucho, de todo; no me contentaba con los libros de texto en vigor; devoraba todo lo que me proporcionaba generosamente el director de la Biblioteca provincial, con el que no tardé en mantener buena amistad. Es probable que no

todas aquellas lecturas hayan sido debidamente digeridas, pero dejaron en mí, eso sí, un sedimento mayor, más vasto del común en la mayor parte de mis compañeros.

No rehuía los encuentros y reuniones con los otros estudiantes, y no dejaba de participar activamente en cualquier movimiento de protesta y hasta en algunos conatos de huelgas, pero me atraía más la contemplación de las joyas arquitectónicas del León antiguo, que me fascinaban extraordinariamente. La Catedral, el antiguo convento de San Marcos, el Panteón de los Reyes, los restos de las murallas de las legiones romanas, páginas de historia imperecedera que trataba de penetrar con la contemplación silenciosa. Me conmovió la prisión de Quevedo en San Marcos, por cualquiera que fuese su delito. Las tallas maravillosas en piedra, obra de auténticos artistas creadores de otros siglos, avivaban mi admiración, lo mismo que las forjas magistrales que eternizaban la pericia de aquellos artesanos; las vidrieras de las aberturas de la catedral eran creaciones dignas de admiración. He visitado en años posteriores muchas otras catedrales, tanto en España como fuera de España, en Europa y en América, pero nunca, ninguna de ellas, con todas sus maravillas artísticas, tuvo tantos motivos de atracción y de respeto como las que despertaron en mí las de León, un inspirado poema en piedra. Los artesanos que habían sido capaces de llevar a cabo aquellas obras maestras no eran obreros rutinarios, como los de mi tiempo, cuya máxima aspiración era un mejor salario y una jornada reducida. Horas y horas transcurrían en la contemplación de la ornamentación del patio catedralicio, un libro abierto a la imaginación y a la fantasía, cuyos alcances no acababa de descifrar.

Como suele ocurrir a muchos en la adolescencia y en la primera juventud, me sentí inclinado al periodismo y a la versificación, y se me abrieron demasiado precozmente las puertas de algunos diarios locales para publicar lo que entonces creía que eran productos de alta inspiración. Nada se hubiese perdido si aquel fervor juvenil hubiera buscado y hallado otros medios de expresión, pues lo que se tomaba entonces como inspiración homérica no era más que un sarampión pasajero e intrascendente. Pude comprobarlo más tarde, cuando cayó en mis manos por azar algún opúsculo impreso de aquellos años. Por suerte esas inclinaciones poéticas o presumidas como tales no hablan en favor de esos devaneos estériles, nubes u obnubilaciones de paso que no quedan siquiera en el recuerdo, como no quedan del sarampión juvenil, en aquellos años inevitable.

Por los afanes políticos a que otros dedicaban todas sus energías y ambiciones, no tuve nunca la más mínima atracción; en realidad, no establecía diferencias entre monárquicos, republicanos y socialistas.

De todos había en el León de entonces, representantes sobresalientes y a todos los veía con agrado y con respeto, y con algunos he mantenido relaciones amistosas; pero la verdad es que me atraían más las personas, principalmente las que se distinguían por su jerarquía moral o intelectual, que por su credo político, social, religioso.

No hacía discriminación alguna entre los unos y los otros, y si solía inclinarme, en cierto sentido, un poco más hacia los que se denominaban republicanos, se debía más al ejemplo de su

conducta abnegada que al contenido de su doctrina. Todavía no era capaz de distinguir entre un régimen político monárquico y un régimen republicano y menos aún socialista.

Recuerdo que me inspiraba admiración y veneración ver a don Gumersindo de Azcárate, ya entrado en años, cuando recorría, en compañía de sus amigos, la calle Mayor, en sus visitas eventuales a la ciudad natal. Pero las pasiones políticas colectivas no me atraían, no las comprendía, y por eso no me enrolaba en uno u otro sentido; no me sentía ni conservador ni revolucionario, ni experimentaba hostilidad o apego hacia ninguno de esos sectores.

Visitaba con curiosidad, con respeto, con admiración, las joyas arquitectónicas religiosas, pero no secundé la rutina externa de los creyentes. Podía convivir con todos, pero sin formar en las filas de ninguno. No obstante, creo que, a pesar de esa falta de interés o de conocimiento de los gregarismos políticos y sociales del momento, en los que quien más, quien menos, tomaba una posición, fueron aquellos años vividos en la gran aldea histórica que era la capital de mi provincia, los que moldearon espontáneamente mi modo de ser y ahondaron el terreno en el que habrían de asentarse un día convicciones que persistieron, con pocas o ninguna variante, a lo largo de toda una vida, sin influencias personales decisivas ni de sector.

Había nacido católico, como católico había sido bautizado sin pedir mi opinión; había concurrido en la infancia a la misa dominical de la aldea natal y nunca había dudado de que era católico, como no había dudado de que había nacido español. ¿Qué había ocurrido? ¿Cuándo había abandonado el camino

del creyente, que seguí por la ley de la herencia, para marchar por otro, sin hostilidad hacia nadie, sin ruptura? No pude precisarlo entonces y menos aún podría precisarlo hoy, porque ese cambio no fue producto de lucubraciones intelectuales ni de influencias externas. Fue en mí un proceso natural, como el del crecimiento, y se había ido produciendo poco a poco, sin que yo mismo me diese cuenta. De lo que no pude apartarme jamás era de la tesitura moral que había practicado y vivido desde los primeros pasos.

Obtuve el título de bachiller y se cumplió así la primera etapa de mis aspiraciones. Entonces partí para Madrid con el deseo de iniciar allí estudios superiores. No llevaba en las alforjas una línea predeterminada, una ambición definida, una motivación pragmática. Sólo me guiaba el afán de saber, de saber más, sólo eso.

En Madrid

Después de algunas aventuras intrascendentes en Barcelona y en Bilbao, mientras rugía la primera gran guerra mundial, no sin deseos de ver de cerca los acontecimientos si los recursos pecuniarios lo hubiesen permitido, opté por dirigirme a Madrid, aunque la capital catalana me atraía también. En unas semanas que pasé en ella, alojado en una muy modesta pensión, solía concurrir, en las primeras horas de la noche, a un café en las proximidades de la calle de Tallers, nutrido por clientela masculina y femenina. Vi allí a un hombre de edad

más que madura, de talla por encima de la corriente, a quien saludaban con respeto, y a quien esperaba una mujer que ya había sobrepasado los treinta o treinta y cinco años. No conocía a nadie. El concurrente recibido con evidente respeto se llamaba, por lo que pude percibir, José Prat, nombre que a mí no me decía entonces nada. También oí comentar la muerte de un tal Anselmo Lorenzo, del cual no sabía nada, y por tanto no tenía motivos para fijar la atención en lo que de él se decía. Unos años más tarde sabía algo más acerca de José Prat, que había sido redactor de una publicación anarquista de Buenos Aires a la que estuve vinculado estrechamente, y también acerca del otro, el que había muerto pocos meses antes, supe lo que no podía saber entonces: que había sido uno de los más firmes puntales del moderno movimiento obrero español.

En Madrid hallé alojamiento en una pensión barata de la calle Jacometrezo. La poblaban algunos huéspedes estables, de recursos escasos, y otros que llegaban y se marchaban sin dejar huella, a no ser la falta de pago, que soportaba pacientemente la familia a cargo de la pensión. Allí conocí comiquillos de pueblo que buscaban la gloria en la capital de España; toreros sin nombradía que trataban de sobrevivir hasta lograr que fuesen admitidos en alguna cuadrilla para exhibir su valentía y adquirir fama y poder codearse con los Gallos y Belmontes, vi cómo uno de esos héroes malogrados en la primera experiencia se cortaba la coleta y renunciaba a la gloria soñada. Conocí aficionados a la creación literaria que buscaban oportunidades para mostrar sus condiciones, autores de dramas y comedias que en alguna ocasión lograban acceso a los teatros, al Novedades y otros, y a cuyos estrenos asistía para aplaudir sus aciertos o desaciertos: lo mismo nos daba.

Entre los clientes estables de la modesta pensión había un general mexicano, anciano ya, que pasaba las horas en un sillón de ruedas, muy poco comunicativo y que parecía rememorar en su habitual mutismo un pasado de más esplendor. No recuerdo ni me interesó entonces en qué sector de la beligerancia mexicana libró sus batallas; pero que no pertenecía a los vencedores parecía evidente. No era corriente que un general de las repúblicas hispanoamericanas se hallase en condiciones tan míseras, próximo a sucumbir en una pensión de última categoría; lo corriente era lo contrario, que disfrutasen en su alejamiento de la patria del lujo y esplendor que proporcionaba la adhesión a cualquiera de los dictadorzuelos del otro lado del mar. Por entonces conocí en una librería al poeta mexicano Urbina, pero por todas las apariencias vivía en un nivel distinto al del general mexicano.

También compartían nuestro alojamiento un sacerdote entrado en años y otras gentes que parecían náufragos o sobrevivientes de un pasado mejor. El sacerdote era alto, barbudo, de rostro pálido y modales finos y agradables; hicimos pronto amistad y juntos ambulábamos por aquel barrio de damas de toda edad en busca del pan de cada día o de cada noche. Ibamos al café y divagábamos sobre temas que nos parecían importantes. Las damas del barrio que salían a la calle al entrar la noche, conocían y apreciaban a mi compañero de andanzas y él parecía conocerlas a todas. No era raro en el Madrid de entonces, una gran aldea cordial. Así fui viendo y palpando de cerca cómo ese llamado mundo del placer, del oficio de la prostitución, no era de placer, sino de dramas personales y de vidas frustradas.

Podría narrar trayectorias muy dolorosas de esas pobres mujeres de la calle, entre las que había gestos de dignidad y de solidaridad conmovedores...

El más joven de aquella concentración espontánea de la pensión barata de Jacometrezo era yo, y el único a quien no movía la codicia de gloria o de dinero ni la ambición de escalar posiciones. ¿Para qué? Con las sesenta pesetas que me enviaban los familiares todos los meses desde la Argentina, era casi un privilegiado.

Ingresé en la Universidad, en la facultad de Filosofía y Letras, sección de lenguas y literaturas clásicas. ¿Por qué? No sabría explicarlo ni recuerdo el motivo preciso de esa elección. Podría haber elegido una carrera más práctica y utilitaria para triunfar en la vida a su amparo, pero la verdad es que no sentía ninguna atracción por esa ruta pragmática. Quería estudiar, saber, pero no ligaba ese afán a los cálculos y alicientes de la rentabilidad. Cuando advertí más adelante que mi destino no podía ser otro que el del ingreso en el cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios o en la docencia, fue tarde para rectificar, y ocurrieron acontecimientos que cortaron ese rumbo por el que no sentía ningún entusiasmo, ninguna vocación. Si hubiese experimentado alguna inclinación a ese encasillamiento, me habría acomodado igualmente a los múltiples oficios posibles en los que pude prosperar: el de campesino, el de albañil, el de carpintero, el de herrero u otros, pues no era el trabajo lo que intentaba eludir.

Hice, por un lado, la vida corriente del estudiante, del estudiante pobre. Asistía a las clases en la calle de San

Bernardo; entré en relaciones personales con algunos profesores y algo como un espeso muro me separaba de otros. Había entre ellos sabios auténticos y sencillos, de trato afable, dispuestos a escuchar a los alumnos y a responder a sus consultas, y los había impenetrables, como atrincherados en su saber y en su jerarquía.

Algunos atraían por su accesibilidad y otros parecía que dictaban la clase sin interés ni ligazón alguna con los que les escuchaban; más que maestros eran funcionarios a quienes sólo interesaba la función a su cargo por la remuneración que percibían. No sentían ni captaban la fecundidad del trato entre el profesor y el alumno en las clases o al margen de las normas reglamentarias.

No pasó mucho tiempo, y ya me parecía estrecho el horizonte de las lenguas y literaturas clásicas; me atrajo la antropología y asistí a los cursos del Museo del ramo y aprendí a medir cráneos y a deducir por el índice cefálico el origen aproximado de los mismos. Y cuando los horarios lo permitían, concurría a la cátedra de don Santiago Ramón y Cajal, más por la atracción y la admiración que sentía por el gran investigador que por la histología misma, aunque también ella me interesaba. Los asistentes más atentos a la exposición del gran histólogo del sistema nervioso no eran los estudiantes regulares de la facultad de Medicina, sino los profesionales ya licenciados y doctorados, muchos de ellos extranjeros. Me atrajo también la paleografía, que enseñaba el conde de Las Navas, y fui más de una vez a la riquísima biblioteca del Palacio Real, a manipular viejos pergaminos y documentos para aprender a descifrarlos.

La lengua y la literatura latinas estaban a cargo de don Julio Cejador; el árabe lo enseñaba Asín Palacios, una autoridad que imponía respeto aun cuando no descendía de su pedestal, pese a que no parecía un maestro humanamente frío. El griego estaba a cargo de Alemany Bolufer.

El doctor Luis Simarro enseñaba psicología experimental, wundtiana, la dominante entonces, antes de la irrupción del freudismo. Por algunos años me sentí atraído por la psicología y hasta tuve el pensamiento de resumir su historia antigua y moderna, y si no llevé a cabo esa ambición, los conocimientos adquiridos me sirvieron para traducir y editar años después muchas obras de esa especialidad.

Con don Julio Cejador tuve mayor contacto y simpatía y hasta solía ayudarle en la corrección de pruebas de sus libros; en alguna ocasión me encontré en su casa con otro estudiante, Pedro Sainz Rodríguez, que nació y permaneció en la línea de Menéndez y Pelavo y de Adolfo Bonilla y San Martín. Aunque concurría a la cátedra de Metafísica de José Ortega y Gasset, sacaba más provecho de las conversaciones en el trayecto a pie desde la calle de San Bernardo hasta la Biblioteca Nacional, en el curso del cual solía acompañarle algunas veces con Alfredo Villacián, un talento frustrado en plena juventud.

Era la mía una existencia bohemia, indisciplinada, atraída en todas las direcciones. El Madrid de entonces ofrecía fácil acceso a las tertulias de escritores, de poetas, de dibujantes y pintores, madrileños y no madrileños, y tuve amistosas relaciones con muchos de ellos. La capa española era la prenda inseparable en los meses de invierno. Y en ese ambiente seguí

escribiendo versos, como en León, y algunos vieron la luz en opúsculos destinados al olvido. Otros jóvenes de mi edad malgastaban su tiempo y sus energías de otro modo, quién sabe si con mejor o peor provecho. Y con todo, no dejé de leer apasionadamente todo lo que caía en mis manos y todo lo que me seducía en las familiares librerías de viejo.

Los judíos españoles

A fines de 1915, la llegada de una delegación de judíos españoles residentes en Turquía me causó una honda impresión. Uno de ellos era director de una escuela de comercio en Salónica; el otro era un escritor joven. Exteriormente no se distinguían de nosotros; hablaban un magnífico español, sin reminiscencias siquiera del ladino del siglo XV; nos mostraron periódicos y libros escritos en nuestra lengua y publicados por ellos en Salónica, y nos hablaban de sus antepasados de Córdoba, de Sevilla, de Granada; muchas familias expulsadas de España por los Reyes Católicos después de la conquista de Granada, conservaban todavía reliquias de aquel mundo, como las llaves de las casas forzosamente abandonadas.

Aquello era algo enteramente nuevo para quienes escuchábamos absortos aquellos relatos; nos presentaban un capítulo nuevo de nuestra historia, capítulo deformado y falseado por los historiadores, por la mayoría de los historiadores. Jamás se nos había ocurrido meditar en la razón o sinrazón de la expulsión de los moros y de los judíos, tan

españoles, y en buena parte más españoles que los vencedores de una guerra civil de siete siglos.

Los delegados de los judíos de Salónica venían a solicitar del gobierno el reconocimiento de su condición de españoles, para acogerse a la protección, aunque sólo fuese diplomática, ante las emergencias de la guerra. No pedían la admisión en España de los 30.000 compatriotas que representaban, sino simplemente la ciudadanía.

Un pequeño núcleo de estudiantes rodeamos con afecto y comprensión a los sefarditas y les brindamos nuestro apoyo moral y nuestra simpatía. Pero el profesorado universitario no quiso comprometerse ni en favor ni en contra; se lavó las manos como Pilatos. Alentado por mis relaciones con Julio Cejador, me atreví a pedirle su apoyo y tuve la sensación de que recibió mi proposición como si hubiese ido a proponerle un grave pecado. En cambio, el sabio Luis Simarro, que conocía perfectamente el problema sefardí, sin solución después de varios siglos, se mostró dispuesto a toda la ayuda que de él dependiese. Estoy seguro de que si hubiésemos recurrido a Ramón y Cajal, también éste se habría puesto a nuestro lado.

Por mediación de Simarro hubo una entrevista con el jefe del gobierno, conde de Romanones. Éste expresó que conocía la cuestión que se le planteaba, que personalmente tenía simpatía por los judíos españoles, pero que, si accediese a lo que se le pedía, veinticuatro horas más tarde dejaría de ser gobierno. Y para que él no dejase de ser gobierno, los delegados de Salónica volvieron a su punto de partida con las manos vacías y las esperanzas perdidas.

De esa aventura de los compatriotas descendientes de los desterrados por los Reyes Católicos no quedó probablemente más que lo que dejaron como inquietud permanente en un pequeño grupo de jóvenes universitarios de Madrid.

Por mi parte, no he vuelto a olvidar a esos españoles en el exilio desde 1492, ni a ellos ni a los judíos en general. Entré con el tiempo en contacto con la otra rama judía, la de los askenazi, y he tenido en esa vasta comunidad de hombres sin patria los amigos más fieles, en Hispanoamérica, en Alemania misma, en los Estados Unidos. Tuve ocasión de leer las obras fundamentales sobre ese capítulo de nuestra historia, las de Fernández de los Ríos, Ángel Pulido y muchas otras, de españoles y no españoles. Y aun he podido dar a conocer la última obra de Pedro González Blanco, Contribución de los judíos españoles a la cultura universal. Y recuerdo siempre a Ernst Toller, el dramaturgo famoso, cuando un día le comentaba que, cualquiera que nos viese juntos, no podría dictaminar que yo era español y él judío alemán.

—¿Judío alemán? —me respondió—. No, mis antepasados eran de Córdoba y se salvaron a través de Portugal de la decisión de los Reyes Católicos.

Y no podía alejar de la imaginación a los judíos de Salónica cuando fueron asesinados en masa, durante la segunda guerra mundial en Turquía, por el nazismo hitleriano.

Conservadores y liberales, izquierdas y derechas

Ni ayer, ni hoy mismo, he querido distinguir, separar como si se tratase de razas inconciliables, a los políticos conservadores y a los políticos liberales, a los que luego se catalogaron como hombres de derechas y de izquierdas. Nos ha impresionado y atraído más la calidad humana, la solidez de su formación, su cultura, sus aspiraciones honestamente sentidas que el rótulo, el sector, la secta o la iglesia de su predilección. Me entusiasma la trayectoria de un Joaquín Costa, de un Giner de los Ríos, de un Dorado Montero, de un Gumersindo de Azcárate, de un Adolfo Posada, lo mismo que la de los que se distinguían de ellos por su formación en otros ambientes y tradiciones. Leía sin distinción, con fruición y provecho, lo que me parecía más lúcido, racional, serio, en la producción bibliográfica de unos y de otros. No daba por los republicanos más que por los monárquicos, por los que se aproximaban en sus aspiraciones a mis vagos ensueños de futuro más que por los que disentían y tomaban otros derroteros. No era sujeto de partido, de ningún partido, y auguraba que un día esas diferencias serían acertadas o borradas por la evolución y el cambio inevitable del mundo.

Un día fui con Antonio Lozano, el militante libertario entonces más en vista, al entierro de don Gumersindo de Azcárate, no tanto porque era paisano mío, como por su alta jerarquía intelectual y moral. Al despedir en el cementerio a la concurrencia, Antonio Maura saludaba a los asistentes al sepelio, y tanto Lozano como yo pudimos escabullirnos y salir sin pasar por delante del famoso político conservador. Todavía conservaba el recuerdo de lo ocurrido en 1909, especialmente

la ejecución de Francisco Ferrer en Barcelona, a cuyos actos de protesta asistí cuando no había cumplido doce años de edad.

Por un sentimiento de solidaridad, no aprendido en los libros, sino en la vida misma, estuve siempre del lado del pueblo, el del trabajo baxo e vil, para ayudarle a alcanzar una condición de dignidad y de respeto, para ayudarle a conquistar derechos cuando no tenía más que deberes; pero esa adhesión no era fruto de una convicción razonada, sino algo espontáneo, que no se vinculaba a ninguna posición política ni a ningún credo social.

Instintivamente, sin obedecer a ninguna consigna, me mezclé en aquellos años con todos los que se agitaban por ideales y aspiraciones que juzgaba nobles, generosos, cualesquiera que fuesen sus actores y protagonistas. Era uno más y tomé parte en toda agitación, sin investigar el motivo, sin ningún programa concreto, siempre con total desinterés, sin que nadie me llamase y sin responder a ningún llamado. Algo como lo que es característico de las agitaciones juveniles, estudiantiles y obreras de estos tiempos, a cuyos actores interrogaríamos en vano sobre los móviles de su descontento y de sus protestas.

La generación de 1915-1916

Se habla de la generación del 98, el año del último hundimiento del imperio colonial español; fue aquélla una generación que no formó nunca un conglomerado homogéneo,

persistente, una orientación política y social estable, definida. Lo que la hizo aparecer como manifestación coherente fue el descubrimiento del atraso de España, su pobreza, sus defectos y errores. La de 1915-16, la de la revista *España*, marca una inclinación manifiesta o larvada hacia una España europeizada, y ese matiz fue el que no pude comprender; y no alentaba ninguna posición definida en ese punto, pero por un oscuro instinto me sentía más atraído hacia una España española, sin que tuviese ninguna hostilidad hacia los que vivían al otro lado de las fronteras.

Muchos de esos hombres de la generación de 1915-1916 habían sido más o menos fruto de la Institución Libre de Enseñanza, la creación de Giner de los Ríos. Abundaban los profesores de merecido renombre, especialistas en diversas ciencias y disciplinas; era la hora de José Ortega y Gasset, de Gregorio Marañón, de Eugenio D'Ors, de Manuel Azaña, de Luis Araquistáin, de Julián Besteiro y muchos otros. No se puede negar a esos hombres inteligencia clara, jerarquía cultural, patriotismo; pero fallaron en el hallazgo de una coordinación para gravitar de un modo práctico en la vida del país, todavía en la etapa de la restauración canovista con su carga regresiva.

Personalmente sentía respeto por esos hombres y asistía atento a las lecciones de los titulares de cátedras en la universidad o a sus conferencias en el Ateneo; pero estaba personalmente en el ambiente de la generación bohemia de aquellos años, bohemia, literaria y artística, que no carecía de valores auténticos y de inquietudes, aunque tampoco careciese de singulares representantes de la picaresca en todos los niveles de la moral y de lo amoral. Conocí ese ambiente, en el

que figuraba un Emilio Carrere como rey de la bohemia madrileña, pero esa vinculación no me impedía obrar en el campo de las fantasías conspirativas, propias de la edad inmadura e inquieta.

El simple hecho de conocer y mantener amistad con dos o tres soldados de un cuartel, me parecía bastante para soñar con la sublevación del cuartel entero en favor de cualquier protesta popular.

Era aquélla una época de cupletistas famosas, de autores teatrales de toda categoría, de zarzuelas, de atisbos de teatro social en comedias y sainetes, de músicos y compositores populares, de novelistas; era la época de esplendor de Jacinto Benavente, de los hermanos Álvarez Quintero y de muchos otros, la época de pintores de fama o sin fama, en un Madrid accesible, atractivo, inolvidable.

Pululaban por las peñas de café, especie de ateneos espontáneos, sin sometimiento a ninguna ley de asociación, peñas formadas en torno a algunas figuras de cierto relieve y popularidad; en Fornos se reunían los que acataban el predominio de Ramón Gómez de la Serna, el de las greguerías; y en otros lugares, el Español, el Varela y muchos más se encontraban devotos de otras personalidades de renombre. Recuerdo a Eduardo Zamacois, a Antonio de Hoyos y Vinent, a Alfonso Vidal y Planas, a Pedro de Répide, a Alberto Insúa, a los asturianos González Blanco. Con Eugenio Noel, que había pasado algún tiempo en la cárcel por unas notas sobre Marruecos, nos reuníamos a menudo también en un café. Le escuchábamos con interés los relatos de sus andanzas y solía

contarnos el éxito de su campaña contra la tauromaquia, a la que dedicó años enteros de su militancia. Era un buen orador y arrancaba aplausos fervorosos a sus oyentes; en un pueblo, no sé ya cuál, pronunció una brillante conferencia contra el toreo, y fue entusiastamente aplaudido, y al pasar un año o dos después por el mismo lugar, se encontró con una plaza de toros nueva, en donde los que le habían aplaudido a él dedicaban su fervoroso entusiasmo a los toreros que se presentaban en el lugar, a los que el propio Noel también admiraba.

Llegaban a Madrid poetas, artistas, aficionados a la literatura desde las provincias próximas o lejanas y más de uno me seguía con fidelidad para que le hiciese conocer las peñas literarias y artísticas.

Uno de ellos era un muchacho de baja estatura, rubicundo, y de aspecto exterior no del todo atractivo; se llamaba Guillermo de Torre, y durante un par de años no se apartó de mí. Me pidió una vez que lo llevase a la tertulia de Eugenio Noel y no pude negarme. Al día siguiente de ese encuentro, Noel me pidió que no llevase a personas como ésa, que le causaban cierta repulsión instintiva. Guillermo de Torre adquirió luego renombre con su estilo singular, bautizado como ultraísta; era muy estudioso, pero había en su pequeñez física una indomable pasión por salir del anonimato, lo que logró con el tiempo. Si en los ambientes que yo frecuentaba no halló la horma de su zapato, lo encontró en la *Gaceta literaria*, de Ernesto Giménez Caballero.

Por mi parte continuaba leyendo vorazmente y llegué a

formar una abundante biblioteca de autores clásicos; no había limitaciones en esa pasión. Todo me parecía poco y es muy probable, o seguro, que no estaba en condiciones de comprender y valorar todo lo que leía. Es fácil concluir que habría sido mejor, más aconsejable, limitar esa voracidad y ahondar progresivamente en cualquiera de los campos que me atraían, en lugar de abordarlos todos a la vez, y eso aconsejaríamos hoy a los jóvenes inquietos, inconformistas, rebeldes a toda disciplina.

«Los Ciegos»

Uno de mis amigos de aquellos años de la primera guerra mundial era Antoni las Heras, ciego, que publicaba una revista tiflófila, con la misión de interesar a las gentes por la situación de los invidentes y de vincular a éstos en España alentándolos a adquirir conciencia de su capacidad para ganarse la vida con multitud de trabajos a su alcance. Contaba la revista con valiosos colaboradores, uno de ellos Max Nordau, residente en Madrid entonces. Yo ejercía las funciones de secretario de redacción. Así como las pasiones y ajetreos políticos y partidistas no me atraían de manera alguna, una labor como aquélla, de solidaridad con los no videntes, me pareció digna de bajar de las nubes hacia una realidad efectiva con un sector relativamente importante de la población, desprovisto de un sentido, pero con sobradas cualidades para hacerse valer por otros en los que no eran inferiores. Exhortamos a crear lugares

de trabajo adecuados a su condición, al aprendizaje de oficios manuales diversos para valerse por sí mismos y a no resignarse con la mendicidad tradicional.

Antonio las Heras elaboraba atrevidas visiones de cambio político-social y en eso veía un poco más lejos que muchos de los que disponían de ojos sanos y normales; recuerdo que uno de sus proyectos de reforma consistía en sustituir el ministerio de la Guerra por un ministerio para la lucha por la paz y la concordia entre los hombres. Fue aquélla la primera actividad práctica, pragmática, a la que me dediqué con entusiasmo. Realizábamos visitas a personalidades videntes y no videntes, y era Antonio mi guía en la ciudad, y conocí así muchos casos de gran sugestión, como el de un compositor ciego entonces con cierta fama.

Mi condición de secretario de redacción de la revista tuvo algunas derivaciones ingratas; por ejemplo, un día firmé un ensayo desde la Cárcel Modelo y causó una borrarina de suscriptores y benefactores.

Pero eso no afectó a Antonio y seguimos con la publicación y firmes en la misión de despertar a los no videntes para valerse de su capacidad laboriosa, que no mermaba más que en algunos aspectos de la vida cotidiana. Nuestro fervor combativo quería crear en los no videntes hasta un sentimiento de orgullo en su condición, pues no tenían mucho que envidiar a los que disponían de ojos sanos y no veían y andaban a tientas por el mundo.

Unos años después, en lugar de ofrecer mi ayuda a los ciegos

que solían ver mejor y más lejos que los videntes, concentré todos los afanes en procurar que los que disponían del órgano de la vista aprendiesen a ver el mundo que les circundaba y en el que se movían como inválidos.

El año 1916

Inconformista y bohemio siempre, continuaba estudiando, más fuera de las clases oficiales y de su rutina que en ellas. Ni entendía ni me seducía la ubicación política, los entredichos y separaciones pasionales de los que intervenían o querían intervenir en las cosas de gobierno. Lo que sí me entusiasmaba eran los estudios, los trabajos, los planteos que hacían sobre las cosas de España, antiguos o menos antiguos y contemporáneos. Había nombres que eran para mí polos de atracción y de admiración, sin preocuparme mayormente de su significación en la beligerancia por un mundo mejor artillado y más justo. La valoración más acertada de su pensamiento y de sus motivaciones había de ser fruto de otros estímulos posteriores al del período estudiantil irregular. Pero ya en 1916 dejé de lado las improvisaciones y versificaciones inmaduras y me dediqué a otras improvisaciones en prosa. De esas improvisaciones surgió un opúsculo o más de uno, sobre el derecho de España a la revolución. ¿A qué revolución?

No quedó de su contenido ningún sedimento en la memoria;

no he vuelto a ver aquel ensayo. Sólo recuerdo que el impresor Felipe Peña Cruz me aconsejó que firmase con algún seudónimo, para evitar inconvenientes, y entre él y Juan González Olmedilla, otro amigo de aquella época, surgió el seudónimo, Diego Abad de Santillán, que oscureció y anuló el nombre de pila y el apellido usado hasta entonces, y que algo se difundió por el mundo en más de un idioma. Por eso tiene para mí cierta significación el año 1916, como año de mi segundo nacimiento.

Poco después de ese opúsculo sobre el derecho de España a la revolución, publiqué una *Psicología del pueblo español*, un libro que tampoco he vuelto a ver y que no he tenido interés en volver a verlo. Por mucho que hubiese manejado hasta allí fuentes de todo origen, por muchas apreciaciones sobre nuestro pueblo que me hubiesen quedado en la memoria, todo ello no era bastante para justificar el abordaje de un tema semejante.

Recuerdo que algunos comentarios periodísticos hicieron elogios inmerecidos de ese trabajo. Antonio Zozaya, que no me conocía personalmente, estimó que esa obra era fruto de muchos años de investigación y de esfuerzo, un juicio que me hizo perder la fe en los juicios periodísticos sobre las nuevas publicaciones. El propio Julio Cejador ha escrito elogios sobre mi persona y mi calidad que por suerte no extraviaron la propia autovaloración; lo hizo en un artículo que publicó la revista *Ideas y figuras*, que había reiniciado en Madrid entonces el poeta argentino Alberto Ghirardo, autoexiliado en España.

Aquéllas eran manifestaciones inmaduras, energías

malgastadas prematuramente, porque el saber y la meditación sobre ideas y experiencias no pueden ser resultado de la mera inquietud, sino de los años y de la vida misma.

Hubo en 1916 una activa agitación obrera, popular, con motivo de las condiciones económicas, de la carestía de las subsistencias, y se decretó una huelga general que no tuvo mayor repercusión. Nos figuramos entonces que esa huelga podía adquirir caracteres más llamativos y eficaces si fuese acompañada por movimientos de protesta y de acción de los estudiantes y de los tres o cuatro amigos que hacían el servicio militar en cuarteles madrileños.



1916. Manifestación en Madrid contra la carestía de la vida

Sin vinculación alguna con los centros de acción política y social, apenas sabía de la existencia en la calle Horno de la Mata de un antiguo centro republicano federal, asiento también de algunas organizaciones obreras, como la de los canteros, a algunos de los cuales conocía; sabía de la existencia

de la Casa del Pueblo, en la calle Piamonte, y alguna vez fui a ella para asistir a actos públicos. Pero se me habría puesto en un aprieto si alguien me hubiese preguntado lo que significaban esas entidades; lo único que sabía era que se trataba de algo del pueblo y no quería conocer más pormenores ni los necesitaba.

Las agitaciones populares de ese año me llevaron un par de semanas a la Cárcel Modelo y dio la coincidencia de que por entonces fue detenido y conducido al mismo lugar un revolucionario ruso.

Un revolucionario ruso era para la juventud inquieta de aquellos tiempos un símbolo, un motivo de admiración y de veneración. Sabíamos de Gogol, de Dostoievski, de Turguenieff, de Bakunin, de Tolstoi, de Kropotkin. El ruso retenido en la Cárcel Modelo tuvo pronta asistencia jurídica y periodística y fue puesto en libertad, pero expulsado de España.

El azar quiso también que en la misma residencia forzosa me volviese a encontrar al año siguiente, y recordamos entonces los contertulios de la prisión que aquel revolucionario ruso de 1916 era nada menos que León Trotski, motor principal de la revolución de octubre en Rusia.

La huelga general de agosto de 1917

Ignoraba todos los antecedentes de la huelga de protesta de

agosto de 1917; lo único que había trascendido era que la vida se había vuelto difícil, por la escasez y la carestía de las subsistencias. Los industriales y comerciantes habían realizado muy buenos negocios con los países en guerra; algunos habían amasado respetables fortunas y era imperativo que cediesen algo en favor de los asalariados, del pueblo. Sabía que una delegación asturiana a un congreso de la Unión General de Trabajadores, había pedido acuerdo para una acción defensiva conjunta con otra central sindical, la Confederación. Sabía que se había producido un conflicto importante en los ferrocarriles y que por fin se había resuelto ir a una huelga general en toda España. En el Comité de huelga de la Unión General de Trabajadores figuraba un profesor de la Universidad, a cuya cátedra de Lógica asistía más o menos irregularmente. En un mitin de la Casa del Pueblo hicieron uso de la palabra, junto a oradores de la Unión General de Trabajadores, tres miembros de la Confederación, el aragonés Ángel Lacort, Ángel Pestaña y Salvador Seguí, nombres enteramente nuevos para mí, todos elocuentes, persuasivos, razonables. Vistos desde lejos, sin contacto personal anterior ni posterior, no los habría reconocido en la calle. El mitin fue presidido por Julián Besteiro y a ése sí lo reconocía bien. De la Confederación tampoco sabía nada.

La huelga reclamaba mejoras salariales, la libertad de los presos por cuestiones políticas y gremiales y otras reivindicaciones. Eso bastaba para que no pudiese quedar entre los que se contentan con ver los toros desde la barrera segura. Nadie reclamaba mi presencia insignificante, ninguna obligación me ligaba a ese movimiento; pero era cosa del pueblo, y eso bastaba.

Me acompañaban algunos amigos de las tertulias de los cafés sacramentales en que nos reuníamos, y en los que aprovechaba, en los inviernos crudos, el calorcillo de esos locales con relativa aglomeración de clientes. Cooperamos con los trabajadores en huelga en el alejamiento de los lugares de trabajo de los que no se habían adherido al paro, sin necesidad de ninguna acción violenta. Asistí al desalojo de los obreros y empleados de una cervecería famosa y a otros espectáculos similares. Unos pocos estudiantes, muy pocos, estuvieron también en la calle, pero no hubo ningún signo de una solidaridad estudiantil colectiva con la gesta obrera.

En un choque, con armas tan desiguales como los máuseres y las piedras y trozos de ladrillos en Cuatro Caminos, pude eludir la detención y refugiarme en la casa de un amigo que regenteaba una escuela popular en aquella barriada; se llamaba Ramón Merino Gracia, que después adquirió renombre como uno de los primeros adeptos del bolchevismo soviético. Por entonces no había percibido que estuviese vinculado en ninguna tendencia específica; pero lo cierto es que, mientras ocurrían en Cuatro Caminos aquellos encuentros violentos y la zona fue ocupada luego militarmente, él estaba tranquilo en su casa, como ajeno a lo que acontecía.

Pero si había logrado librarme en Cuatro Caminos, no pude hacer lo mismo al día siguiente, o dos días después, al repartir octavillas en favor de la huelga. ¿En nombre de quién o de qué? No lo sabía ni me interesaba mayormente. Sé que fue en la zona del Rastro.

El Comité de huelga fue detenido y sometido a la justicia

militar; de ese Comité formaban parte Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit y Daniel Anguiano. Corrieron noticias de ejecuciones en la Cárcel Modelo. Fui detenido y conducido a un juzgado de aspecto poco acogedor, casi tenebroso, y encerrado con otros en un calabozo. No presté declaración alguna, pero el juez, sin verme siquiera, sin interrogarme, dispuso que fuese sometido a proceso y que se me condujese a la Cárcel Modelo. Los guardias encargados de cumplir esa misión me preguntaron si quería que me llevaran en un coche de alquiler, si tenía con qué abonar ese transporte de lujo. No tenía con qué pagar, pero aunque lo hubiera tenido, no me habría prestado a pagar el viaje. Se me ató codo con codo para evitar cualquier intento de fuga y así atravesé la ciudad desde el juzgado a la Moncloa, con cierto orgullo interior, como si hubiese realizado un acto de heroísmo. Supe más tarde que el fiscal solicitó una condena de doce años de presidio por excitación a la rebelión. Probablemente se quiso o se supuso que aquella situación me serviría de escarmiento para lo sucesivo.

Cuando llegué a la Cárcel Modelo con mi compañía de dos guardias, regresaba con fuerte escolta el Comité de huelga, que había sido condenado a la pena capital por un tribunal marcial; la pena fue conmutada por la de prisión perpetua y poco después los condenados fueron trasladados al presidio de Cartagena para cumplir el fallo de la gracia real en él.

En la Cárcel Modelo fui alojado en una galería destinada a un grupo de anarquistas madrileños, todos de más edad que yo, pertenecientes a diversos oficios, de la madera, del calzado, de la metalurgia. Todos me acogieron con simpatía y afecto, como

si fuese uno de ellos, como si todos formásemos una gran familia. No sabía lo que era el anarquismo, pero tampoco me había dejado llevar o influir por las leyendas terroríficas que se habían difundido contra esa corriente de pensamiento político, social y moral; pero el compañerismo cordial, solidario, me causó una impresión imperecedera. Hombres que se comportaban así con un joven desconocido, no podían abrigar más que sentimientos de alta jerarquía moral. No fueron sus ideas, que me parecían generosas, pero ingenuas, las que me atraieron, sino la conducta de los que las predicaban lo que en lo sucesivo selló mi destino. En el clima afectivo en que viví tantos meses arraigó firmemente la actuación ulterior, y no he vuelto a sentirme a gusto y entre los míos más que cuando, en el curso de los años, he tropezado con gentes animadas por la misma condición humana y moral que distinguía a mis compañeros de la cárcel madrileña, y ningún ambiente que se apartase de ella me atrajo, cualquiera que fuese su denominación y su profesión de fe. Algunos opúsculos de Pedro Kropotkin que me ofrecieron, como uno titulado *A los jóvenes*, me gustaron por el tono sugestivo que traducía, pero no me sentí seducido por esas lecturas.

Consagré todos los minutos libres a la lectura voraz, insaciable. Alguien debió de intervenir, porque del Instituto de Reformas Sociales y de la Biblioteca Pedagógica me hacían llegar toda la bibliografía que solicitaba y que llevaban a mi celda mensajeros de esas instituciones. No se había democratizado todavía la condición de los procesados, y los llamados presos políticos podían recibir visitas diarias de familiares y amigos, y hasta mi celda llegaban a menudo, entre otros, el joven Guillermo de Torre y especialmente Antonio las

Heras, el amigo ciego, en cuya revista seguía colaborando sin ninguna cortapisa.

Tal era mi pasión por la lectura que a veces renunciaba a la hora de recreo en uno de los patios de la prisión. Los alojados en mi galería tenían el patiecito destinado a los locos como lugar para el desahogo diario fuera de las celdas; con los locos nos llevábamos muy bien y nos esperaban con sincera cordialidad.

Cuando me negaba a dejar la celda, solía ir a ella a conversar conmigo el director de la cárcel, para exhortarme a interrumpir las lecturas. No recuerdo el nombre de ese director, que llegó a testimoniar una amistad real. Había sucedido en el cargo a Millán Astray, el padre del famoso legionario, al que muy a menudo llevaban a la cárcel los agentes del orden por sus contravenciones y escándalos públicos en los locales nocturnos del Madrid de entonces. El nuevo director era un funcionario con sentido humanitario, buen psicólogo, y acabé por sentir sincero afecto hacia él. Quizá por su mediación, también el vicedirector y los guardianes se comportaban conmigo con la máxima tolerancia, aunque, por lo demás, yo no daba motivos para quejas y medidas disciplinarias de rigor.

Un día apareció en las horas de visita mi padre, llegado de América para cerciorarse personalmente de lo que pasaba. Supe que la abuela, cuando llegaron al pueblo demandas de informes reglamentarios con motivo de mi detención y procesamiento, se sintió tan afectada que murió poco después; la impresión que le había causado la noticia de que su nieto preferido estaba en la cárcel, agotó sus últimas reservas vitales.

¿Qué delito habría cometido?

Mi padre acudió con un paquete de frutas y otros alimentos; le expliqué lo ocurrido y me vio sereno y alegre. No tenía prisa por salir del encierro mientras fuese abastecido de los libros solicitados. Consumimos algunas frutas y al marchar dejó entre los paquetes la navaja que habíamos empleado. Al regresar del recreo cotidiano en el patio de los locos, se presentó en mi celda el subdirector de la prisión con otros guardianes. Habían descubierto la navaja y eso era un delito grave en una prisión. No me había dado cuenta del descuido de mi padre y la explicación debió de ser persuasiva, pues todo terminó en el acto sin ninguna ulterioridad. Era evidente que no había habido ninguna intención extraña en ese desliz involuntario, que merecía una pena severa en los reglamentos carcelarios.

Los alojados en la misma galería de la prisión no tardaron en considerarme uno de ellos, sin ninguna discriminación ni reserva. En varias ocasiones, de un Comité pro presos de Barcelona, administrado por Tomás Herreros, recibían los presos libertarios algunas pesetas con las que mejoraban algunos días la alimentación; ¿por qué figuraba yo entre los beneficiarios de esos envíos? No sabía nada de Tomás Herreros, ni del aludido Comité pro presos; pero no pasaron muchos años sin que supiera algo de lo mucho que entonces ignoraba; Tomás Herreros fue uno de mis amigos y compañeros de confianza hasta su muerte en 1937, una nutrida página de la historia social de Cataluña.

No había duda de que los alojados en la galería en que fui alojado yo, me consideraron pronto como un compañero más,

aunque no pertenecía a ningún grupo político o social y a ninguna organización afín, y jamás había declarado adhesión alguna que me comprometiese y me definiese. Lo que era por dentro debió de bastar a aquellos circunstanciales compañeros de prisión. Y por dentro no era hombre de partido, de ningún partido, de ningún dogma o doctrina. Quizá por ello se vio en mí un candidato, sin el más lejano intento de adoctrinamiento.

Había leído la recomendación que hacía Elias Reclus a su hermano Elíseo cuando fue apresado como uno de los insurrectos de la Comuna de París en marzo de 1871:

—Haz ejercicios, practica la gimnasia.

Elíseo Reclus había tenido un arma de fuego en la mano en aquellos acontecimientos, pero no había disparado un tiro; no había nacido para hacer fuego contra nadie; pero tampoco podía permanecer pasivamente al margen de un movimiento de protesta y de rebelión popular como aquél.

Con esa recomendación fraterna como incentivo, hacía metódicos ejercicios cuando la escasa luz de la celda me impedía la lectura. Procuraba marchar unos veinte o treinta kilómetros por día y calculaba la distancia sumando los dos metros que recorría en una dirección del espacio disponible y los dos metros en sentido contrario, y así hasta cumplir la meta kilométrica fijada. Y con el pesado sillón de madera que me servía de asiento hacía una media hora o más de ejercicio, además de un número dado de flexiones gimnásticas. Y eso me mantenía físicamente sano y ágil.

Entre los trabajos que me absorbían, figuraba una

investigación sobre la verdad. ¿Qué es la verdad? Reuní una copiosa acumulación de definiciones, en los filósofos de la Grecia antigua, en los filósofos y teólogos de la Edad Media y entre los tratadistas modernos. No recuerdo a qué conclusiones llegué en torno a ese tema; creo que concluí con una simple recomendación pragmática. Seguí un tiempo con esa investigación. ¿Qué es la verdad? Los originales de ese entretenimiento se hallaban en una imprenta de Buenos Aires un par de años después, en la que publicábamos un diario. La imprenta fue clausurada policialmente y mis originales desaparecieron, y no lo deploro, pues no habrían ayudado a la humanidad a un esclarecimiento fecundo sobre ese interrogante al que hoy no sabría tampoco qué responder.

Hubo en 1918 elecciones de diputados a Cortes y los miembros del Comité de huelga de agosto de 1917 fueron presentados como candidatos; Largo Caballero triunfó en Barcelona, y los demás también resultaron triunfantes en otras circunscripciones. Fue promulgada una amnistía, con la cual se contaba de antemano de un modo u otro, y los presos por cuestiones políticas y sociales volvieron a la calle, alegres, pero con más ilusiones que antes de entrar en la prisión bajo proceso o en los presidios como condenados a penas monstruosas. La larga permanencia bajo proceso en la Cárcel Modelo de la Moncloa no había llevado a ninguna rectificación; pero me quedó el recuerdo imborrable de compañerismo, del sentido moral y humano de los anarquistas madrileños con los que había convivido; pero no tenía todavía más claridad que antes con respecto a mi actuación futura.

Volví a encontrarme con algunos sargentos juntistas que

había conocido a los cuales habré ayudado a la formulación de sus reivindicaciones y objetivos, siguiendo las directivas del coronel Márquez y de sus Juntas de defensa de altos oficiales del ejército. De aquel núcleo de sargentos rebeldes, sólo recuerdo el nombre de uno de ellos, Tomás de la Llave, a quien volví a encontrar en 1931 en Madrid.

Mientras disfrutaba del hospedaje gratuito en la Moncloa, se hizo presente un grupo militar de las oficinas de reclutamiento, como candidato que era al próximo sorteo de quintas, para recoger la información del caso, las medidas corporales y demás requisitos. Esa perspectiva de un nuevo período a costa del Estado, sometido a la disciplina de un cuartel, no me seducía. Algo como una objeción de conciencia surgió espontáneamente.

Se me presentaba este dilema: perder un nuevo año en el cumplimiento del deber militar y presentarme luego a exámenes en la Universidad para llevar encima un título del que tampoco habría hecho uso, pues no me atraían sus posibilidades, o buscar la salida ilegal de España y regresar a América. Antes de realizarse el sorteo de las quintas, en el que, lo supe después, había quedado libre, pude obtener un documento oficial con ayuda del crítico de arte José Francés. Se trataba de una partida de nacimiento de un amigo con el que ocupaba una modestísima vivienda en la zona de Lavapiés, de veintiocho años de edad. Y con el nombre de ese amigo embarqué en Vigo y desembarqué en Buenos Aires en los últimos meses de 1918. Entonces no era tan complicado el procedimiento para la obtención de pasaporte como lo fue más tarde. La guerra mundial había terminado y Woodrow Wilson

soñaba con un sistema de entendimiento internacional para poner limitaciones a catástrofes como la que acababa de sufrir la humanidad.

En aquellos últimos meses en España, me quedó en la memoria una visita inesperada en mi domicilio. Un joven de más edad que yo, catalán, vino a verme un día. No le pregunté el nombre ni el camino que había seguido para encontrarme; fue antes de la muerte de Gumersindo de Azcárate, a cuyo entierro asistí. Tenía aspecto de hombre enérgico, pero franco. Por entonces no tenía prevenciones ni desconfianza y el desconocido no me causó ningún recelo. Fue muy parco.

—Ahora que has quedado libre, ¿qué piensas hacer?

Respondí que no quería hacer el servicio militar y que proyectaba salir de España.

Por único comentario, el desconocido respondió:

—Me parece bien.

Y se despidió sin darme mayores explicaciones. Y tampoco yo me sentí inclinado a pedir las.

Con más experiencia, el comportamiento habría sido otro, naturalmente. No supe ni me interesó saber quién era el visitante y por qué había ido a verme, pero conservé en la memoria los rasgos físicos de su prestancia y la expresión de su semblante. En 1923 llegó a mis manos en Berlín una publicación editada por los españoles refugiados en Francia, y al hojearla no pude menos de estremecerme. El catalán que

me había visitado en Madrid era Salvador Seguí, que acababa de ser asesinado en Barcelona por pistoleros de los Sindicatos libres. Para entonces ya estábamos más cerca y en relaciones orgánicas con el movimiento a que pertenecía y al que yo pertenecía también. Los amigos de la galería de la Cárcel Modelo, aprovechando uno de sus viajes a Madrid seguramente le habían hablado de mí en términos que le impulsaron a verme. ¿Para que fuese con él a Barcelona?

Era la tercera vez que cruzaba el Atlántico.

III. 1918-1922

POR SEGUNDA VEZ EN LA ARGENTINA

Búsqueda de rumbos y caminos

Aunque toda experiencia nueva era para mí atractiva y sugestiva, no la vivía como fortalecimiento de una aspiración o preconcepción; no avanzaba por la vida con anteojeras hacia una meta cualquiera, sino con los ojos abiertos a lo que viniese. Me impulsaba en todo caso un inconformismo oscilante más que una búsqueda concreta y definida.

No se me había planteado todavía el interrogante decisivo: ¿qué hacer?, ¿qué rumbo tomar, qué objetivo habría de ser el que centrara mis afanes o ambiciones? Elegí un poco al azar una carrera como habría podido elegir otra, porque en cualquiera habría encontrado motivos de atracción, pero en ninguna un centro permanente y definitivo para encasillar en él la vida. Me atraían muchos rumbos, muchas cosas, pero no me decidía por ninguno, porque ninguno colmaba mi sed de ver, de saber. Con el contrapeso de una ambición de bienestar personal todo habría sido más fácil, pero esa ambición me faltaba desde la infancia. Sin embargo, alguna vez me vería

obligado a tomar una decisión, un oficio, una ruta, un puesto en el casillero económico-social en que vivimos, en que sobrevivimos.

En otros tiempos y en otras circunstancias, el destino del hombre lo marcaban los señores, los amos o el padre imperativo, o la codicia personal, el azar o la tradición ambiental y familiar. El individuo en esas condiciones quedaba encadenado, amarrado a un destino, y se resignaba más o menos con él, y así transcurrían sus días, sus años, dócilmente o no totalmente domado. En mi caso había roto con los mandatos impuestos autoritariamente por la tradición y no había decidido aún cuál sería la senda que iba a tomar. Podía mirar a un pasado de trabajos de toda naturaleza en las montañas natales, en los campos agrícolas argentinos, en las más variadas tareas de la industria naciente en las ciudades. Había convivido con el estudiantado secundario y universitario; había leído con pasión libros de todo contenido, literario, histórico, jurídico, filosófico, económico; es probable que el exceso de esa nutrición intelectual no me haya dejado tiempo para meditarla, para extraer de esa carga espiritual básicas orientaciones satisfactorias. Con mucho menos vivían otros su vida más o menos satisfechos, pero a mí todo me parecía poco, siempre había un más allá que me acicateaba. El pragmatismo no me había aprisionado en sus redes.

Había cumplido los veinte años y no me preocupaban los que habría de cumplir; sentía vocación por todo lo noble y lo digno y no me ligaba a nada en particular. A esa edad, y muchas veces antes, afloran ambiciones, realizables o irrealizables, generosas o de cortos alcances, egoístas. Se aspira a ser rico, a

ser poderoso, a ocupar altos cargos en la escala del poder. A mí no me atraían la riqueza ni el esplendor de la figuración. Pude haberme sentido atraído por el ejemplo y la consagración de algunos maestros por los que he sentido admiración y respeto, pero algo me distanciaba de las ataduras a cualquiera que fuese el rumbo permanente y absorbente. Reconocía en lo más íntimo que era preciso ya elegir, afincarse en algo, pero ¿en qué? Hice una breve experiencia en el periodismo noticioso, pero no llegó a cautivarme. No ambicionaba la riqueza, no soñaba con ser rico. Ningún vicio me dominaba; mi vida se contentaba con poco. Tampoco me podía inclinar a la burocracia pública de relumbro, aunque para ella suelen hacer menos falta condiciones personales que para el ejercicio de un oficio determinado.

Nada egoísta me acicateaba en la decisión de un rumbo determinado para el futuro. En mi fuero interno seguía gravitando el inconformismo, la inadaptación juvenil, soñadora, y no me era fácil superar esa etapa si debía ser superada. La credulidad religiosa de los años de infancia se había desvanecido sin ninguna crisis, sin ninguna ruptura repentina y espectacular. Como normas de conducta me bastaban las que había conocido y practicado desde los primeros años, desde mi infancia. Los catecismos que se imponen de fuera adentro no se habían integrado en mi modo de ser, de sentir y de pensar; y era difícil que pudiera sustituirlos por los opúsculos de propaganda de los sectores políticos y sociales beligerantes, que me daban la impresión de ser como otros catecismos.

Hasta allí lo que me había quedado grabado en firme fue el

ejemplo de la vida, la conducta, la cordial amistad y solidaridad de los compañeros de prisión en 1917-1918. Se llamaban, se calificaban de anarquistas. Me importaba poco la calificación, lo que me había atraído y cautivado era su moralidad, ese clima afectivo y fraterno en que vivían, ese respeto a la personalidad de cada uno. Sin ese experimento de 1917-1918 quizá hubiera tomado el rumbo que he seguido, pero no tan pronto y con tanta naturalidad, porque a él me llevaban la escasa o nula inclinación al encumbramiento personal y la sensibilidad ante el dolor y el sufrimiento del prójimo. Aquello de compórtate con los demás como quisieras que los demás se comportasen contigo, no era un imperativo dictado por ninguna autoridad extraña; era algo que condecía con mi modo de ser y de sentir.

Cuando se abrieron las puertas de la prisión madrileña, continué ofreciendo lo poco que podía ofrecer a la orientación y formación de los ciegos para el aprendizaje de oficios manuales adecuados, a fin de que se sintiesen útiles para sí mismos y para los demás; y también volví a enlazar con las inquietudes de los sargentos que aspiraban a defenderse por medio de una Junta, como las de los coroneles. Pero hasta allí no había comprometido en nada mi independencia ni actuación futura, y nada sabía y nada quería saber de una integración o incorporación a una tendencia político-social cualquiera, a un partido o a una organización.

Y salí de España sin llevar una idea concreta de lo que significaba el movimiento obrero y socialista, a pesar de lo que me ha costado la simpatía hacia todo acto de protesta de los trabajadores en las huelgas de 1916 y 1917. Antes de embarcar

supe la llegada a Madrid de un emisario de Moscú, del Moscú revolucionario, y algunos estudiantes entraron en contacto con él, pero a mí no me sedujo esa novedad, a pesar de la simpatía y de la admiración que sentía por los hechos que se desarrollaban en el escenario ruso.

Viajaba con la carga de una nebulosidad romántica más que con la visión y la valoración de una nueva estructura política, económica y social, aunque era evidente, era palpable que la existente, la dominante, mostraba abundantes signos de inconsistencia, de resquebrajamiento de sus pilares históricos. Ante ese panorama, intuitivo más que razonado, me consideraba revolucionario, por inconformismo, pero sin una conciencia clara y razonada de lo que era una revolución, más inclinado en aquella época y más propenso a las manifestaciones externas de descontento, de rechazo, que a meditar serenamente sobre los cambios y los caminos que requiere una transformación de los alcances de la que se pretendía en el ambiente general como urgente, como posible, como inevitable.

No hacía falta ningún don especial de captación para percibir la existencia del mundo del trabajo más o menos cohesionado, ese submundo que algunas veces hacía sentir su presencia airada en demanda de sus derechos pisoteados e ignorados; se presentía que ese submundo menospreciado y marginado en la escala social quería abrirse camino para superar un orden de cosas que llevaba en sí los signos de una explosión ruidosa. En el clima de ese tumultuoso aquelarre llegué a la Argentina por segunda vez.

Por otra parte, y a la distancia de los años, el cambio revolucionario que germinaba instintiva, obscuramente en las grandes masas obreras y en los ambientes literarios simpatizantes, no era algo inalcanzable. Solamente hacía falta que se articularan adecuadamente las fuerzas existentes para realizarlo, porque el equilibrio del orden político y social en que se vivía pasaba por un período de fragilidad, y la sustitución del patrón soberbio en la fábrica o en el latifundio no implicaba mayores complicaciones. El complejo económico no había llegado entonces a la condición que adquirió más tarde, sobre todo en la vida industrial, en la que los técnicos, los expertos fueron adquiriendo un dominio y un peso que no era fácil suplantar; a no ser que esos técnicos y esos expertos se sumasen conscientemente a las reivindicaciones de los trabajadores. Y en cuanto a la agricultura, la desaparición del dominio latifundista, de los amos de la tierra que disfrutaban de sus rentas lejos de ella, era una condición previa para la prosperidad de la labor del campesino arrendatario y del peón míseramente asalariado.

La primera guerra mundial

Había terminado la guerra iniciada en agosto de 1914, la que por su expansión fue luego calificada como primera guerra mundial, ya con el presentimiento de que no sería la última. Triunfaron en ese encuentro los aliados —Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos—, y quedaron vencidos los imperios centrales: Alemania, Austria-Hungría y Rusia.

En España hubo partidarios de los primeros y de los segundos y la discrepancia condujo a una política de neutralidad, de no compromiso político y militar con los unos ni con los otros. Pero esa neutralidad no impidió que se reanimase la producción industrial con destino a los bandos beligerantes más accesibles para la negociación renditiva. El abastecimiento de producción española a los beligerantes fue el origen de grandes fortunas de industriales antiguos y de industriales y comerciantes improvisados.

Personalmente no estaba en condiciones de tomar partido en favor de los unos o de los otros en la sangrienta hecatombe para moverme a una adhesión precisa, consciente y motivada; pero había escuchado leyendas y comentarios en la infancia, transmitidos de boca en boca, sobre la presencia de las tropas napoleónicas, primero, y de los sostenedores, luego, de la Santa Alianza en España, y sobre excesos de los invasores y también sobre victorias de nuestros campesinos en la lucha contra ellos; esas reminiscencias no favorecían una posición amistosa hacia los franceses.

En general, los sectores monárquicos y conservadores, en sus diversos matices, no ocultaban su vinculación ideológica y política con los Imperios centrales; los liberales y republicanos se sentían más predispuestos en favor de los aliados; y hasta en las filas libertarias, en las que no estaba todavía orgánicamente vinculado, hubo expresiones de preferencia por las llamadas democracias aliadas, más cerca de la democracia que sus adversarios; pero la mayoría de la población, de izquierda, de derecha o de centro, prefirió la neutralidad, y el gobierno acabó por adoptar esa posición.

El conflicto armado en Europa repercutió hondamente en la vida de todos los pueblos, beligerantes y neutrales; en unos, luego, por los efectos de la costosa victoria; en otros, por la amarga decepción de la derrota, y en todas las latitudes, próximas o lejanas, hubo como un despertar pasional y se vivió en aquellos años como en el comienzo de una nueva era histórica. Repercutió sobre todo, más que ningún hecho trascendente, el hundimiento del imperio de los Romanoff en Rusia y la descomposición de sus ejércitos, y sobre todo la habilidad de algunos revolucionarios para improvisar una fuerza armada y un mecanismo gubernativo como instrumento dominante contra todas las corrientes divergentes. En la primera fila de esos activistas rusos, nada escrupulosos en cuanto a los medios para asegurar el triunfo y para andamiar un nuevo poder que puso fin al régimen de transición de Kerensky, estaba aquel ruso que había ocupado una celda en la Cárcel Modelo de Madrid en 1916, León Trotsky, amparado doctrinariamente por Lenin, refugiado en la Europa occidental desde 1905 y enviado a Rusia en un convoy ferroviario lacrado. Ni Lenin ni Trotsky encabezaban una corriente política de arraigo en el país de origen, pero pronto fueron más capaces de movilizar fuerzas de toda naturaleza y de todo origen para imponerse a sus rivales, los mencheviques, los socialistas revolucionarios, los anarquistas, todos con un pasado meritorio de sacrificio en la lucha contra el zarismo. Quizá uno de los más activos de ese pequeño grupo, el de los bolcheviques, fuera el georgiano Stalin, que había adquirido fama como asaltante, cuyo atraco al expreso de Tiflis proporcionó un botín que sirvió para sostener a sus amigos refugiados en la Europa occidental.

En la tentativa revolucionaria frustrada de 1905, obra de las

corrientes sociales avanzadas, se habían constituido espontáneamente por los obreros y los campesinos en rebelión los soviets, los consejos, y fue en nombre de esos soviets populares como los bolchevistas Lenin y Trotsky enarbolaron el estandarte y la consigna de la dictadura de los soviets, la dictadura del proletariado, y fueron eliminando física y políticamente a todos los rivales directos y posibles. Los soviets fueron adscritos al partido bolchevista, y cuando intentaron reivindicar su libertad, su autonomía, fueron castigados despiadadamente, como en la Ucrania campesina, como en Kronstadt.

Pero de lo que ocurría realmente en el antiguo imperio de los zares se sabía muy poco en los países occidentales, y lo que traspasaba las fronteras era interpretado como indicio de que se estaba gestando allí una gran revolución social; y como las potencias de Occidente se oponían con todos sus recursos y hasta querían oponerse militarmente a aquellos acontecimientos, y lo hubieran hecho de no haber amenazado los trabajadores europeos con una huelga general que habría sacudido peligrosamente al continente, se fue creando un clima de adhesión al bolchevismo, a los soviets, en los ambientes obreros y en los círculos intelectuales, a lo que se llamó revolución rusa, soviética, y ese clima cobró color y contagió a otros países de Europa, a Alemania, a Hungría, a Polonia, Italia, etc.

En la Argentina

Embarqué en Vigo con destino a Buenos Aires en el último trimestre de 1918, con pasaje de tercera, en uno de esos barcos ingleses que habían tenido en la abundante emigración española un excelente negocio, una mina de oro.

Las primeras semanas, los primeros meses, residí en Santa Fe, donde habitaba la familia, en la casa que habíamos construido con nuestro esfuerzo de campesinos y que se fue ampliando en lo sucesivo. La hermana que me seguía en edad ejercía ya el magisterio como maestra de vocación; también ella había roto con la presión paterna, que no concebía otro modo de vida y de acción que el del oficio manual para los varones y las labores domésticas o tareas similares para las mujeres. Mi madre había amparado siempre valerosamente la vocación y la independencia de los hijos. Los otros dos hermanos, argentinos de nacimiento, eran demasiado jóvenes para tomar todavía rumbo propio. En conjunto, una familia de inmigrantes integrada al país de residencia y que se desarrollaba según otras normas que las tradicionales.

No tardé en vincularme en los núcleos libertarios de la ciudad, principalmente con los agrupados en la biblioteca Emilio Zola, que había sido fundada en 1911, en plena reacción desde los festejos del primer centenario de la independencia, un centro de acción cultural y obrera y que, a falta de otras organizaciones, ejercía a veces las funciones de una federación obrera local. Por ella desfilaron generaciones de obreros y estudiantes de la ciudad y de la provincia, que conservaron siempre un recuerdo cariñoso de su paso por ella o de lo que a

ella debían en su despertar a la conciencia de los nuevos tiempos.

Intenté llevar a una revista la acumulación del saber libresco de los últimos años, y publiqué la denominada *La España futura*, de la que vieron luz pocos números, y comencé a colaborar en la prensa obrera y anarquista argentina. La revista se imprimió en los talleres del diario *La Protesta*, entonces en la calle Humberto I de Buenos Aires, un foco laborioso en el que me sentí a gusto. Me hallaba allí un atardecer cuando se dio a conocer un telegrama llegado momentos antes, y que sacudió a todos los asistentes; Apolinario Barrera, el administrador dinámico y abnegado del diario, acababa de ser detenido por una escampavía chilena en aguas del estrecho de Magallanes, junto con Simón Radowitzky, al que había logrado facilitar la fuga del presidio de Ushuaia. La conmoción del personal de la casa fue tremenda y en pocas horas se produjo una vigorosa agitación en todos los locales obreros y en barrios de la capital argentina, y una nutrida muchedumbre se puso en marcha hacia la embajada chilena en actitud de protesta; pero las fuerzas policiales, alarmadas a tiempo, impidieron que esa muchedumbre llegase a su objetivo. Radowitzky había dado muerte al coronel Ramón L. Falcón, jefe de la policía de Buenos Aires, en noviembre de 1909, en castigo por los asesinatos del primero de mayo de aquel año en la plaza Lorea. No fue condenado a muerte por ser entonces menor de edad, pero un menor de edad que ya había conocido el intento revolucionario de 1905, en Rusia, en el curso del cual una bala zarista le atravesó un pulmón, pero la herida cicatrizó sin ulteriores consecuencias. Apolinario Barrera, el «indio» Barrera, por lo menos desde la semana de mayo de 1910, fue uno de los ejes

simbólicos y activos del movimiento anarquista argentino, por su alta talla imponente, su abnegación, su valentía.

No manejaba la pluma, no era ése su fuerte, pero era respetado y también temido y admirado por su entrega total a la causa de la que había hecho meta y razón de su vida. Había sido condestable de la marina y, en los momentos adecuados, sabía imponerse como hombre de mando. En la semana de mayo de 1910, cuando un destacamento policial apuntaba sus armas contra la protesta de un fuerte grupo de presos, su voz de mando: «¡Alto el fuego! ¡Firmes!», permitió al oficial que mandaba aquel destacamento volver en sí y evitar la matanza ordenada en uno de los cuadros del Departamento de policía.

Los dos, Barrera y Radowitzky, que aún habría de sufrir otros diez años en el presidio de Ushuaia, fueron hasta sus últimos días mis más fieles y cordiales amigos y compañeros, en las buenas y en las malas. Barrera fue entregado por los chilenos a un barco de guerra argentino, que lo condujo a Río Gallegos, en el sur patagónico, donde quedó retenido un año y medio.

La Argentina, desde el punto de vista social, obrero, libertario, era como una prolongación de España o de Italia; y los fugitivos y refugiados rusos y judíos que habían logrado salir primero de la Rusia zarista y luego de la Rusia bolchevista, formaban núcleos importantes. Todos se encontraban pronto como hermanos en el mismo esfuerzo en torno a la prensa, a las asociaciones obreras, a los ateneos de difusión cultural, a las escuelas libres, a los conjuntos teatrales. *La Protesta* publicó en sus ediciones páginas en italiano, en ruso, en idish. Esa comunidad por encima de toda discriminación racial fue

fecunda y alentadora por la colaboración resultante en toda la labor solidaria y de lucha por el derecho. El proletariado urbano era, en su inmensa mayoría, europeo, español o italiano en primer término, y la represión periódica era dirigida sobre todo contra los «agitadores» extranjeros; aunque ya en la década del 20 los presos por cuestiones sociales eran argentinos en su mayoría, o hijos o nietos de inmigrantes.

De ese conjunto armónico de lenguas y razas surgió un matiz, una tónica propia en la literatura, en el teatro, en la poesía. El nacionalismo exacerbado después de la primera guerra mundial no había causado todavía los estragos que causó luego. Por ejemplo, el llamado teatro nacional fue creado y enriquecido por anarquistas militantes, como Florencio Sánchez, Alberto Ghirardo, José de Maturana y muchos más. Se fundaron numerosas bibliotecas populares en ciudades grandes y pequeñas y también en las zonas agrícolas, y sería digna de evocación la cantidad de escuelas fundadas y sostenidas por los anarquistas, sin contar los sindicatos en todo el país y a veces hasta en los lugares más apartados.

En 1910 se dio vida a una Federación obrera de oficios varios en Río Gallegos, cerca del estrecho de Magallanes, y su animador fue José Mata, que ofició muchos años como corresponsal de *La Protesta*. La tónica dominante en esas creaciones era la siguiente: procurar por todos los medios hábiles la instrucción entre los asociados y sobre todo recomendar la abstinencia de las bebidas alcohólicas por ser perjudiciales para el organismo humano y, a la vez, causa de inmoralidad. Las bibliotecas y las escuelas estuvieron estrechamente ligadas a la organización obrera.

La Federación Obrera Regional Argentina (FORA) se había fundado en 1901, y a su orientación y cimentación habían contribuido teóricos de la Primera Internacional, entre ellos Antonio Pellicer Paraire, militantes españoles, italianos, rusos; publicaba un órgano de prensa propio, *La Organización Obrera*, pero contó desde su origen con un portavoz permanente, *La Protesta*, cotidiano desde 1904, por iniciativa del médico irlandés Juan Creaghe. La FORA fue hasta 1930 la organización obrera mayoritaria y la más combativa en el país, equivalente a lo que fue desde 1910 la Confederación Nacional del Trabajo en España.

En un período de clandestinidad, con todos los locales obreros en clausura rigurosa, con sus militantes presos, perseguidos o expulsados del país si eran extranjeros, preparé un esbozo de la historia de esa organización, que se publicó en 1932, al iniciarse el gobierno del presidente Agustín P. Justo; ese trabajo dio origen a una serie de estudios sobre el movimiento obrero argentino desde el ángulo de las diversas centrales sindicales y de los sectores en relativa discrepancia. También pude sistematizar la trayectoria de *La Protesta*, fundada en junio de 1897 con el nombre de *La Protesta Humana*, cuyos talleres fueron incendiados en 1910, cuando veían la luz en ellos dos diarios, *La Protesta* y *La Batalla*, este último vespertino; ese trabajo se publicó en el Certamen internacional de *La Protesta* en 1927.

Aparte de la ayuda espontánea de los amigos y simpatizantes para el sostenimiento del diario, se hicieron famosos en Buenos Aires los picnics veraniegos de *La Protesta* en la isla Maciel, que constituyeron durante varios años un espectáculo

de aglomeración dominguera masiva, que partía de los muelles del puerto de la Boca. Todas las lanchas de vapor del puerto quedaban adscritas al servicio de esa congregación multitudinaria. En la isla Maciel lo mismo se instalaban puestos de venta de libros y opúsculos que servicios de comida campestre y de bebidas sin alcohol. Los resultados prácticos de esas reuniones significaban una buena contribución financiera para el diario; pero al mismo tiempo eran una oportunidad en la gran ciudad para el conocimiento personal de los simpatizantes y de sus familias en un ambiente cordial y amistoso.

Sin la prédica y la presencia del diario, en torno al cual y para su sostén se reunieron siempre militantes libertarios abnegados, capaces de todo sacrificio, no se sabría explicar el desarrollo y la orientación del movimiento obrero argentino.

Movido por la simpatía personal de los que estaban entonces sacrificándolo todo, incluyendo su porvenir y el de sus familiares, de sus hijos, sin contar los riesgos permanentes en que vivían y combatían, comencé a colaborar en *La Protesta*, un compromiso en el que había que exponerlo todo, jugarlo todo. Había muchas más publicaciones, al servicio de todas las manifestaciones del movimiento, revistas, semanarios, periódicos de la organización obrera nacional, de las federaciones provinciales y de muchos de los sindicatos en el orden local.

Espectáculo casi cotidiano era la represión policial, la aplicación de las leyes de excepción, los procedimientos brutales contra las huelgas o manifestaciones públicas y los

encarcelamientos al azar. La hostilidad permanente contra todo gesto obrero reivindicativo de mejores salarios y condiciones de vida más tolerables. Para los trabajadores no nacidos en el país —y eran una masa importante—, se había acuñado la fórmula de «agitadores extranjeros», y desde las leyes represivas y arbitrarias de 1902, completadas en su rigor con las de 1910, la expulsión del país de militantes obreros libertarios fue un hecho vulgar, un procedimiento de rutina. La expulsión se cumplía por simple decisión policial que refrendaba el Poder ejecutivo en funciones sin ninguna defensa judicial. Esas expulsiones y deportaciones, a no ser por los inconvenientes que causaban en las familias de las víctimas elegidas, no tenían mayores consecuencias para la vitalidad y el vigor del movimiento, al que se procuraba herir de ese modo; pues fuera de los casos en que se tratase de un militante a quien esperaban sanciones graves en el país de origen por su actuación anterior, el cambio de escenario no exigía esfuerzos especiales ni imponía algo como un aprendizaje. El militante activo expulsado de Buenos Aires continuaba su obra en Barcelona, o en Milán, con la misma naturalidad y espontaneidad que allí de donde había sido deportado arbitrariamente, sin ningún otro delito que el de aspirar a una mayor justicia y a una mayor libertad. Por otra parte, el balance de los millares de obreros y periodistas, de «agitadores extranjeros», no dio ningún beneficio al país que empleaba ese procedimiento tan poco humano y racional, pues al cabo de los años no eran los «agitadores extranjeros» los que predominaban, sino que los puestos vacantes por la acción de las leyes de residencia y defensa social eran ampliamente ocupados por una mayoría de nacionales, de hijos del país.

La semana trágica de enero de 1919

Desde diciembre de 1918 se mantenía una huelga por mejoras salariales y por mejoras en las condiciones de trabajo en los talleres metalúrgicos de la empresa Vasena en Buenos Aires. La obstinación cerril de la empresa en el rechazo de las condiciones que pedían los trabajadores, obligó a recurrir entonces al arma de la huelga. La empresa en conflicto contrató obreros no agremiados para vencer a los huelguistas. Destacamentos policiales bien armados fueron puestos a las órdenes de la empresa y no se pudo evitar que surgiesen encuentros entre los huelguistas y los contratados para romper la huelga. En una de esas ocasiones en que se enfrentaron los dos sectores, el de los obreros huelguistas y el de los rompehuelgas, las fuerzas policiales hicieron fuego y causaron cinco muertos y un número mucho mayor de heridos. La intención de los que se habían declarado en huelga consistía en persuadir a los que la traicionaban del mal que hacían a sus hermanos y se hacían a sí mismos.

La indignación causada por ese hecho violento fue total y espontánea en los sectores obreros de Buenos Aires y también en los sectores no obreros. Los cadáveres de los huelguistas muertos fueron llevados al hombro por sus compañeros hasta el cementerio de la Chacarita, un largo trayecto en el que no faltaron explosiones de indignación, incendios y agresiones de las fuerzas policiales que causaron varios centenares de

muertos y heridos. La huelga general fue un hecho antes de ser declarada por la FORA del quinto congreso; la ciudad quedó dominada por las grandes masas populares y el pánico se había adueñado de los espíritus ante aquella explosión justificada. Fueron asaltadas las armerías y así hubo en muchas manos escopetas y revólveres. El propio Departamento de policía estaba más propenso a ser abandonado que a ser defendido por sus hombres.



La semana trágica argentina. Entre el 7 y el 14 de enero de 1919, la represión de policías y militares contra trabajadores causó al menos 700 muertos en Buenos Aires

La FORA del noveno congreso declaró también la huelga. Las tropas del ejército comenzaron a tomar posiciones, aunque en aquellas horas no había que descartar que los soldados llegasen a desobedecer a sus mandos. El general Luis Dellepiane se hizo cargo del Departamento de policía y

comenzó por imponer la disciplina en las filas de los guardianes del orden, desmoralizados en vista de su impotencia para controlar la situación y ante el espectáculo de los grupos populares armados y en actitud ofensiva. La FORA del noveno congreso entró en negociaciones con las autoridades y levantó el paro, mientras la del quinto congreso intentó continuarlo, aunque ya era evidente el cansancio de una «semana de holgorio», como la calificó el escritor Arturo Cancela. Hemos criticado acerbamente la «traición» de la FORA del noveno congreso, pero ¿adonde se quería ir, adonde se podía ir? La verdad es que no había preparación para llegar muy lejos, por vivaz que fuese el jacobinismo juvenil y también no juvenil en aquellas jornadas luctuosas.

No se ha logrado recoger datos concretos sobre el número de muertos y heridos que dejó como saldo la semana trágica de enero de 1919 en Buenos Aires, pero puede asegurarse que se acercan al millar, si esa cifra no fue sobrepasada.

Las detenciones de sospechosos de intervención en los hechos memorables o de simpatía con la explosión popular, sumaron en todo el país más de cincuenta mil; se publicó que los prontuariados en esas jornadas de la represión alcanzaron a 55 000.

Me hallaba entonces en Santa Fe y entablé conversaciones con los anarquistas locales para estudiar el modo de secundar la explosión de Buenos Aires, pero mis proposiciones estaban emparentadas con soluciones como las que habría propuesto o comentado con los sargentos madrileños que querían constituir su propia Junta de defensa. Pero todo quedó

interrumpido por el encierro en el Depósito de contraventores, en el que se hallaban un par de centenares de obreros y estudiantes en condiciones nada confortables.

En aquellas semanas de encierro, uno de los detenidos, albañil, nos explicó que había trabajado en la construcción de la prisión, y otro agregó que había participado en la armadura de las rejas tras las cuales se encontraba, confesiones que me hicieron meditar sobre la necesidad de una moral distinta en el mundo del trabajo, incluso en el mundo del trabajo asalariado.

Dos o tres semanas después, los presos de Santa Fe estábamos en la calle, y varios centenares de los detenidos en Buenos Aires y otros lugares fueron deportados de conformidad con la llamada ley de residencia, previa concentración en la isla Martín García de la mayoría de los así castigados, con culpa o sin ella.

Como *La Protesta* fue el único diario que había salido a la calle en las jornadas trágicas con varios boletines informativos y de estímulo a la lucha, su local fue clausurado, y Emilio López Arango, su redactor principal, logró llegar a Santa Fe, donde tenía familiares.

No tardamos en proyectar una revista, juntamente con José Torralvo, activo militante campesino andaluz hasta los sucesos de 1909, la ejecución de Francisco Ferrer; entonces, para salvarse, emigró a América y engrosó las huestes obreras que construían el canal de Panamá. Finalmente llegó a la Argentina, se instaló en Rosario y actuó en el periodismo y juntamente con Amadeo Lluan (Enrique Nido) mantuvo la revista *Estudios*.

Dimos a la revista proyectada en Santa Fe el título de *La Campana*, y sólo vieron la luz algunos números, con limitada circulación en aquellas circunstancias de extrema represión; no tuvo más trascendencia que la del gesto de haber querido expresar que no estábamos vencidos.

Aparte de la clausura de *La Protesta*, la semana trágica puso fin a otro diario de la mañana, *Bandera roja*, animado por Enrique García Thomas, Julio R. Barcos, Fernando Gonzalo y otros, diario de buena circulación, inclinado a la sugestión del bolchevismo, una sugestión que todavía no estaba enteramente superada por falta de información exacta de lo que ocurría en Rusia, en parte, y en parte también por el rechazo de toda crítica y de toda duda sobre aquellos acontecimientos, pues un trasfondo de jacobinismo revolucionario no había sido todavía superado y continuó abierta o velada su gravitación, especialmente en los jóvenes, pero también en los no del todo jóvenes.

Otro núcleo libertario que disentía de *La Protesta*, y especialmente en una larga hostilidad contra Apolinario Barrera y Emilio López Arango, en el que sobresalían por sus antecedentes y su calidad literaria Rodolfo González Pacheco, Teodoro Antilli, Carlos S. Bianchi y otros, intentó la publicación de un diario en sustitución de *La Protesta*, clausurada. Yo mismo, en aquella paralización forzosa, me hice cargo de una revista de tono anticlerical, a dos tintas, con ilustraciones llamativas de *L'asino* de Roma, de gran tirada, cuyo fundador, Oreste Ristori, de larga trayectoria en el Brasil y en la Argentina, había sido deportado y logró arrojarse al agua en Montevideo.

Desde la capital uruguaya me remitía su colaboración con diversos seudónimos, y cuando, por alguna causa, no podían llegar esos aportes, los reemplazaba yo bajo la firma de los habituales y supuestos colaboradores.

Se imprimía aquel semanario en los talleres de un diario italiano y, a raíz de un conflicto del mismo con los vendedores de diarios, suspendí la revista en solidaridad con la huelga y no pude encontrar otros talleres adecuados para continuarla, y dejó de ver la luz. Alcanzaba una tirada de unos 50 000 ejemplares, pero no era adecuada para mi modo de encarar y de sentir la acción propagandista, y no deploré su desaparición.

En reemplazo de *La Protesta*, desde el 29 de julio de 1920, se dio vida a otro diario, *Tribuna obrera*, en una imprenta particular; pero, aunque apoyado por los sindicalistas afines, no pudo llenar el vacío que había dejado el viejo vocero libertario.

Los talleres instalados en la calle Humberto I habían sido trasladados a los depósitos de una empresa amiga de maquinaria gráfica, autorizada para ello por la policía con el pretexto de que no habían sido saldados los compromisos contraídos para el pago de las máquinas, y luego los instaló en un nuevo local en la calle Perú, casi esquina a Brasil.

Una campaña de moralización frustrada

Forzosamente inactivo por algunos meses, pues el diario *La Protesta* no pudo reaparecer hasta octubre de 1920, un amigo

radicado en el norte de la provincia de Santa Fe, Gregorio Valverde, tuvo la ocurrencia de poner en marcha un periódico semanal en aquella zona, en la cabecera del departamento Nueve de Julio, si me prestaba a secundarle en el proyecto. Me presté al ensayo.

Para iniciar la publicación fue adquirida una máquina Minerva de pedal y unas cajas de tipos. Yo mismo componía a mano las páginas y las imprimía una a una en la Minerva, y luego distribuía la composición para el número siguiente.

De algo me servían los rudimentos tipográficos que había recibido en cursos nocturnos durante el período escolar, rudimentos que me había transmitido un experto italiano, Colmegna, fundador luego de una gran empresa librera y editora. Después tuve un ayudante en aquellas tareas.

Como programa de la nueva hoja me había impuesto la moralización política y social de la zona. Se había impuesto y consagrado como hábito, en los partidos triunfantes en las elecciones, dejar que sus adeptos robasen ganado en las estancias de los perdedores; y cuando los ganadores de hoy perdían mañana, debían dejar que los cuatrerros de su bando esquilmasen las estancias de los derrotados.

Además se me informaba acerca de la moralidad o inmoralidad en la esfera municipal local. Y me impuse como deber enderezar las cosas en un sentido de convivencia, de respeto mutuo, de honradez.

Esa utopía se vio con disgusto por aquellos que se sentían afectados, o señalados, o aludidos por la empresa quijotesca, y

en alguna ocasión me rozaron descargas de revólveres enemigos, quizá más con la intención de atemorizarme, de amedrentarme que con la de dar en el blanco. Pero circularon rumores de que sería asaltada y destruida la pequeña imprenta para imposibilitar la publicación del periódico, y tuve que tomar algunas precauciones. Mientras componía y distribuía la composición, colocaba el revólver cargado sobre las cajas para tenerlo a mano y a punto. Pero se acabó reconociendo que no era oportuna ni fecunda la campaña moralizadora, y como no estaba dispuesto a cambiar de tono y ajustarme a los imperativos de la hora, dejé la empresa en otras manos y me alejé de allí. Era lo mejor que podía hacer.

Poco después se me invitó a participar en la reanudación de la vida del viejo diario anarquista. Y ése fue desde entonces y por muchos años mi centro de acción favorito, un esfuerzo que resumía las máximas ambiciones.

El grupo editor de «La Protesta»

Encontré en el grupo editor de *La Protesta* el clima afectivo, de compañerismo, de trabajo, de abnegación que me había atraído en la época de la residencia en la Cárcel Modelo de Madrid. Si tenía, y creo seguir teniendo, una virtud, era la del trabajo, que no fue ni es para mí un pasatiempo, ni una maldición, ni un simple recurso para vivir, sino la razón de la vida y de todos los afanes. Y todos los integrantes del grupo editor habían tomado su función y su responsabilidad en serio,

y a esa función lo sacrificaban todo; si era necesario, también la vida. Pero no había esa coincidencia en los redactores y administradores solamente, sino también en el personal de los talleres, jóvenes y no jóvenes. Cuando era necesario, cuando había que afrontar una crisis, una dificultad, también el personal obrero renunciaba al horario habitual y hasta renunciaba al salario. Así se formó como una vasta familia solidaria y en ella se vivía y se sufría a gusto.

El diario no publicaba avisos comerciales; se mantenía con la ayuda de los suscriptores, con la laboriosidad de los paqueteros y con el trabajo de imprenta para los sindicatos afines. El diario era algo sagrado para todos nosotros y había más probabilidad de tener que darle mucho más de lo que de él se percibía para sobrevivir precariamente. Y no una vez, sino muchas veces, no sólo no había con qué remunerar al personal gráfico y, por descontado, a la redacción y a la administración, sino que había que contentarse con una especie de rancho de cuartel o de prisión para sostenerse en pie y continuar en aquella trinchera.

Como nuestra vida material era comúnmente mísera, algunos amigos cuyo standard de vida era más holgado, nos hacían llegar prendas de vestir todavía presentables, no siempre a la medida, o zapatos usados, pero todavía aprovechables, que no solían ajustarse al pie de los nuevos usuarios, con las consiguientes consecuencias. Pero cuando se realizó una investigación comercial por una agencia norteamericana sobre el crédito que podía darse a los diarios de Buenos Aires, en la lista, que se nos hizo conocer confidencialmente, todos los diarios aparecían con un máximo

de crédito, con excepción de dos que figuraban con esta calificación: crédito ilimitado. Uno era *La Prensa*, el coloso de la avenida de Mayo, y el otro el pequeño David, *La Protesta*. No he de negar que esa calificación y su reconocimiento nos llenó de orgullo. Probablemente aquello era sobre todo el reconocimiento de una conducta.

Cuando reapareció el diario en su nuevo local de la calle Perú, después de la semana trágica de enero de 1919, el administrador Apolinario Barrera se encontraba todavía en la cárcel de Río Gallegos, en el territorio de Santa Cruz; e iba a pasar una buena temporada en la prisión antes de recuperar la libertad. Su puesto fue ocupado por Mariano Torrente, que no conocía límites a su actividad día y noche, aunque su estado de salud habría aconsejado un poco de moderación; le secundaba Joaquín Gómez, que había abandonado un cargo cómodo en una empresa, familiar rentable, para sacrificarse plenamente en tareas oscuras de colaborador eficiente en la administración. Tanto Torrente como Gómez eran gallegos, con muchos años, gran parte de su vida, de residencia en el país. En la redacción no había quien sustituyese a Emilio López Arango, de Cudillero (Asturias), autodidacto perfecto. Fue mi amigo y compañero fiel hasta su trágico fin, y en todos los años de nuestra colaboración e identificación, sólo pudo comprarse un traje de segunda mano en una tienda de ropavejeros, y me lo mostraba con orgullo. Jamás faltó a su puesto, estuviese sano o enfermo, estoico siempre y siempre decidido a exponer su criterio sobre temas doctrinarios y tácticos, sin preocuparse de la adhesión o el rechazo y la crítica de los demás. Por su modo de ser, por su apariencia externa, parecía duro; no dejaba traslucir fácilmente su emotividad interior, su sensibilidad. Se

hacía respetar por su conducta, por su firmeza, por su laboriosidad, pero los que no lo conocían a fondo lo juzgaban frío, hosco, insensible, en contraste con Apolinario Barrera, que desde lejos imponía respeto y hasta cierto temor, pero que de cerca y en el trato personal era transparente, de una efusiva amistad en su modo de ser y de sentir. De temple distinto, no siempre coincidente, los unía la misma pasión por el sostenimiento del diario, y ninguno escatimaba sacrificio alguno para ese objetivo, y lo mismo uno que otro soportaban pacientemente todas las privaciones y penurias resultantes de su entrega total, plena, al diario y a la difusión de nuestros escritos de propaganda y de esclarecimiento.

Medio oficial carpintero

Un día, ya entrada la noche, apareció la policía en nuestro local, no recuerdo con qué motivo, y cargó en los vehículos de transporte con el personal de redacción y administración del diario, al que alojó en la cárcel de Villa Devoto. Dejó únicamente a Mariano Torrente, al que vieron con tal semblante físico que no quisieron ser causantes de que pudiese morírseles entre las manos. Así me lo dijo un día el jefe de la sección de Orden social.

Yo habitaba lejos, en la casa de un carpintero valenciano amigo, de Sueca, una casucha de campo, en Villarreal, a la altura de Liniers. Una pequeña porción de terreno anexo permitía al matrimonio cultivar algunas verduras para el

consumo hogareño y disponer de un pequeño gallinero, todo lo cual significaba un complemento del jornal y cierta garantía en los períodos de falta de trabajo.

Como la distancia requería casi una hora de viaje en tranvía, me retiraba del diario antes que los demás. Por ese motivo no fui con los compañeros de tareas a Villa Devoto, pero esa circunstancia no fue una ventaja, porque me encontré repentinamente sin recurso alguno, aunque podía contar con albergue gratuito.

Había que buscar y encontrar algún trabajo para subsistir hasta que fuese reabierto el local y liberados los presos.

Vi en un diario un aviso en el que se pedía un medio oficial carpintero, y como había hecho algunas prácticas en los trabajos manuales escolares y además podía contar con el asesoramiento del carpintero valenciano amigo, me presenté en la dirección indicada y no tuve dificultades en ser aceptado.

El patrón era un carpintero independiente que realizaba trabajos en el barrio en que habitaba y con ello se mantenía holgadamente y sin compromisos extraños; a lo sumo recurría a un ayudante en casos de excepción.

El medio oficial solicitado debía montar un tinglado en un local de la calle Tucumán con destino a un negocio de cristalería.

Recibí las instrucciones más necesarias del carpintero valenciano y me proporcionó además algunas herramientas. Comencé a aserrar las tablas para armar la estantería. Un joven

italiano, poco más o menos de la misma edad mía, que estaba allí con la misión de ayudarme en la tarea, no en calidad de medio oficial, sino de peón, advirtió que mi pericia para manejar la sierra no era la más recomendable y me indicó un procedimiento mejor. Luego se puso a tararear una canción revolucionaria italiana y entramos en conversación.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Soy anarquista individualista.

Como no era el momento propicio para debatir en torno al individualismo anarquista, no le dije lo que yo era o creía ser: un anarquista de la línea kropotkiniana.

El medio oficial carpintero y el peón a sus órdenes realizaron con más o menos acierto el trabajo encomendado, una obra que no llevaba ciertamente la marca de la profesionalidad, pero el dueño del local tenía prisa y lo único que deseaba era que terminásemos pronto para instalarse en él.

El medio oficial y el peón tuvieron curiosidad, en un encuentro después de muchos años, de ver lo que había sido de aquella obra maestra y comprobaron con asombro que se mantenía tal y como la habíamos dejado.

Se me encargó luego otro trabajo, esta vez más aproximado al de la competencia de un verdadero medio oficial; el carpintero valenciano de Sueca me dio todas las instrucciones del caso para que pudiera salir a flote, y creo haberlo logrado a medias.

Pero los presos del diario fueron puestos en libertad y volví a mi puesto, en el que estaba seguro de realizar la tarea con más dominio que en el ramo de la carpintería.

El peón ayudante de 1921, Enrico Arrigoni, había logrado huir del fascismo mussoliniano que le acosaba y hallar refugio en la Argentina después de andanzas por diversos países europeos; adquirió luego un nombre con sus publicaciones periodísticas, sus relatos y sus obras de teatro, que firmaba como Brand. Era estrictamente vegetariano, y en ese dogma alimentario no coincidíamos, aunque eso no era motivo para desencuentros fundamentales.

Después de darnos a conocer nos enteramos de que nuestro patrón era también un anarquista vasco que residía en la Argentina desde fines del siglo XIX y que había intervenido en la fundación y difusión de publicaciones libertarias desde algo después de 1902, José María Saga. Cuando estuvimos a su servicio unas semanas, tampoco él supo quiénes éramos y cómo pensábamos.

Los arbitrarios cierres de nuestro diario eran accidentes muy usuales por cualquier motivo. Algunos eran esperados, y cuando se rememoraba el gesto de Simón Radowitzky en noviembre de 1909, llevábamos una manta para no tener que dormir en el pavimento desnudo y frío del cuadro quinto del Departamento de policía, al que seguramente seríamos llevados.

Una trilogía inolvidable

En vista del tiempo que me exigía el viaje en tranvía desde el local del diario hasta Villarreal, fue preciso pensar en el arriendo de una habitación más cercana y encontramos con Enrico Arrigoni, el ex peón amigo, una en la calle Sarandi, en una casa en que habitaban varias familias, cada una en una pieza, con un baño común para todos. Pero entretanto habíamos trabado amistad con un compañero alemán, anarquista tolstoiano, Kurt Guillermo Wilckens, que había logrado huir de Alemania, al estallar la guerra mundial, como objetor de conciencia. Con documentación falsa penetró en los Estados Unidos, se incorporó a los IWW y trabajó en las minas del sur estadounidense. Cuando recrudeció la furia xenófoba y reaccionaria contra los IWW y se descubrió su identidad, su destino estaba sellado. Mientras era conducido en un convoy ferroviario con un grupo numeroso de mineros sindicalistas hacia una Penitenciaría federal, el tolstoiano consecuente, que era vigoroso, inutilizó a uno de los guardianes de los presos y aprovechó una curva en que disminuyó la velocidad del convoy para arrojarse al vacío. Se salvó del peligro mortal que había afrontado y, cuando se conoció lo ocurrido en la próxima estación ferroviaria y se ordenó la búsqueda y captura del fugitivo, no pudo ser hallado. Sus peripecias para salir de los Estados Unidos y penetrar en la Argentina en un barco carguero son más propias para una novela de ciencia-ficción que para ser relatadas en frío.

Fue descubierto en Buenos Aires y se dispuso una indagación de sus antecedentes; la policía seguía sus pasos a fin de encontrar el menor pretexto para deportarlo. Apenas hablaba

castellano, y uno de nuestros sindicatos, el de los lavadores de autos, le hacía ganar algunos jornales y con ellos se mantenía en su parca vida; no fumaba, no bebía y se alimentaba de frutas.

Nos sentimos tan compenetrados el individualista italiano Arrigoni, el tolstoiano alemán Kurt G. Wilckens y yo, que no quisimos separarnos ya y resolvimos tomar la habitación de la calle Sarandi para tener al menos un techo. Entramos en la vivienda de noche, para que los demás vecinos no advirtieran que no teníamos muebles ni una mala silla; sólo unos jergones maltrechos para no dormir en el suelo. Con tablas de los fardos de papel del diario que iba llevando a la morada, improvisamos una mesa y algún que otro sustituto del mobiliario ausente. Mis dos compañeros eran vegetarianos, y con los escasos ingresos Kurt adquiría alguna fruta. Parte de ella la llevaba a la Penitenciaría nacional para aliviar la situación de algunos presos a los que había conocido antes de ser detenidos, entre ellos al panadero Silveira.

Con ayuda de Arrigoni, que entonces conocía el alemán mejor que yo, y de Wilckens mismo, hemos traducido informes y artículos de la prensa libertaria alemana para su reproducción en *La Protesta*. Seguramente, si volviéramos a leer aquellos trabajos, advertiríamos más de una imperfección y más de una deficiencia, pero no una traición o desfiguración del pensamiento de los autores.

Fue aquél un perfecto grupo de afinidad, solidario, fraterno, sin importar en modo alguno la diferencia de apreciación y de táctica en la lucha por un mundo mejor.

El individualista, el tolstoiano y yo, apegado al movimiento obrero, a los sindicatos de lucha social, no imaginábamos que esas diferencias ideológicas pudieran ser motivo de distanciamiento, de resquebrajamiento de la unión fraternal.

Esa convivencia cimentada en el respeto y el aprecio y la confianza mutuos, sobre la misma tónica moral, fue para mí siempre, en lo sucesivo, una norma inviolable.

Siempre he preferido la convivencia en el respeto a la personalidad espiritual de cada uno que la sumisión y el acatamiento dogmático a principios y tácticas que a lo sumo unen por fuera, no por dentro.

El bolchevismo ruso

La sugestión mundial de los acontecimientos en Rusia que llevaron a la caída y ejecución de los Romanoff, fue uno de los graves problemas que fue preciso encarar y dilucidar. Primero había que saber algo concreto de lo que ocurría realmente en el antiguo imperio de los zares y acerca de los hombres que habían ocupado el puesto vacante en la conducción de los destinos del gran país y sus aspiraciones. No era fácil desentrañar la madeja, pero pese a la confusión de un lado, por la adhesión ciega al nuevo régimen, y de otro por la hostilidad irreductible de los sectores y ambientes conservadores, no tardamos en saber algo de lo ocurrido, por ejemplo, con los marinos y obreros de Kronstadt, que

reclamaban los soviets libres sin la forzada sumisión a los dictados del partido gobernante, por cuyo motivo fueron asesinados por el llamado ejército rojo que había sabido articular León Trotski con los restos desmoralizados de los ejércitos del zar, desarticulados por la derrota; nos enteramos del avasallamiento traicionero de los campesinos guerrilleros de Ucrania, que habían combatido bravamente contra los ejércitos de ocupación alemanes y austríacos y operaban bajo la conducción de nuestro compañero Néstor Makjno, y supimos del exterminio de los socialistas revolucionarios, partido que integraba María Spirodonova, y de la persecución y la muerte en los campos de concentración de los anarquistas rusos, herederos del movimiento ideológico y social histórico que había luchado y se había sacrificado a través de los años por la liberación del pueblo ruso; supimos del domicilio forzado de Pedro Kropotkin en Dimitrof, lejos del contacto con los amigos y compañeros, para dificultar así su posible influencia. Divulgamos la respuesta de Errico Malatesta a una carta de Hermán Sandomirsky, anarquista ruso pro bolchevista; difundimos el ensayo de Rudolf Rocker en torno al significado y a las diferencias inarmonizables entre el anarquismo y el bolchevismo. Ya relativamente claros ante ese panorama pasional, traduje y publicamos el libro *Dictadura y revolución*, de Luigi Fabbri, coincidiendo plenamente con su juicio sobre la antinomia insuperable de la revolución y la dictadura. Mucho nos ayudaron en ese esclarecimiento los amigos rusos y judíos rusos llegados a la Argentina o vinculados más estrechamente que nosotros con las cosas de Rusia. A la libertad y a la justicia no se llega más que por la justicia y la libertad, y no por la ruta de la suplantación de un absolutismo por otro, aunque en los primeros momentos todos hayamos sido sacudidos por los

hechos más o menos tergiversados de la información que salía de las fronteras rusas.

Se argumentaba contra nuestro modo de ver y nuestra repulsión creciente del bolchevismo que se trataba de una dictadura circunstancial, que duraría hasta el aniquilamiento del capitalismo y del poder de la burguesía y que luego nada se habría opuesto a la futura cooperación entre el socialismo libertario y los autoritarios. Naturalmente, la historia y el buen sentido nos enseñaban que toda dictadura circunstancial tiende por la lógica de los hechos a volverse definitiva, a eternizarse en el poder, a crear una nueva teología política. Había que encerrarse en una miopía o una ceguera voluntaria y servil para abrigar ilusiones respecto a la provisionalidad de la dictadura, aunque se encubriese con el manto de la llamada dictadura del proletariado. Eran dos mundos inconciliables el de los bolchevistas, y el nuestro, y ninguno de los que considerábamos como nuestros maestros tuvo vacilaciones en tomar la posición que correspondía tomar.

En las filas obreras afrontamos inflexiblemente con López Arango y otros colaboradores una lucha sin tapujos, abierta, contra las infiltraciones de los adeptos del leninismo y del trotskismo, y mantuvimos una campaña tenaz, dura, contra aquellos de nuestros antiguos compañeros que se dejaron seducir más allá de lo tolerable por los nuevos mandarines del Kremlin. Y no contentos con la batalla en el área de nuestra actuación directa y en los países vecinos, la extendimos a España, a nuestro país de origen, en donde combatimos ásperamente toda propensión a una tolerancia cualquiera con la llamada dictadura del proletariado, el nuevo disfraz del más

extremo autoritarismo, antiobrero, antisocial, antirevolucionario.

Nos situamos en ese combate en una trinchera, y desde una trinchera se combate más que se razona. Quizá pudiera argumentarse que la dureza de nuestra beligerancia tuvo consecuencias, distanciamientos, hostilidades que habrían podido suavizarse, evitarse con una táctica de relativa blandura, pero todo el que se movía fuera de nuestra trinchera era tomado como un enemigo al que había que combatir sin ningún miramiento.

Entre los planes de infiltración en el mundo del trabajo organizado, en Europa, en América, en Asia, hizo su aparición el proyecto de Internacional Sindical Roja, que encabezaba y dirigía A. Losovsky, en contraposición a las corrientes de la socialdemocracia, de la segunda Internacional marxista; esa ofensiva del Kremlin fue para nosotros decisiva en el agudizamiento de la intolerancia. Las medias tintas eran consideradas por nosotros más peligrosas que las posiciones francas contra nuestra manera de ver y nuestra concepción del movimiento obrero. La batalla fue larga y obstinada, frontal, implacable, y acabamos por imponer la clarificación de lo que significaba para el mundo la dictadura bolchevista y el veneno corruptor de su empeño de captación de los trabajadores organizados en los diversos países. La victoria no fue total, pero logramos mantener la independencia de nuestro movimiento. Naturalmente, nos aferramos cada día más al contenido y a la significación de las ideas fundamentales del anarquismo, hasta querer fundirlas con la razón de ser del movimiento obrero, para que éste no se desviase de sus anhelos de liberación del

hombre, que no podían alcanzarse con el simple cambio de manos de las palancas supremas del poder.

Algunos de los que no vieron con simpatía nuestro ensañamiento contra el dogma de la dictadura del proletariado, volvieron a integrarse en el movimiento libertario, y otros se alejaron desde entonces y se perdieron definitivamente, pasando unos al campo enemigo con armas y bagajes y alejándose otros, desde entonces, de toda beligerancia.

De la lucha cerrada, pasional, pudo surgir más de un matiz sectario que no nos hizo ningún bien; pero en aquellas circunstancias no podíamos ceder, no concebíamos la posibilidad de ceder. El instrumento de la dictadura, cualquiera que sea el nombre bajo el cual se encubra, aunque fuese la dictadura nuestra, no es el camino para una revolución liberadora y justiciera, sino una reafirmación del absolutismo estatista, y ahí está la historia para demostrar en qué forma la dictadura bolchevista significó la aparición de la era histórica del totalitarismo fascista, nazi y otros similares.

La agitación obrera, las organizaciones sindicales

Apolinario Barrera había regresado de la prisión patagónica y retomó su puesto en la administración de *La Protesta*, que no era una función burocrática, sino un puesto de lucha. No escaseaban los motivos para permanecer alerta, para alentar la beligerancia reivindicativa de los obreros de la industria y de

los trabajadores de la tierra, peones y arrendatarios, y abundaban los abusos y los desmanes de los agentes del orden público. Además era imperiosa la campaña permanente en defensa de los presos por cuestiones sociales y gremiales y en solidaridad con Radowitzky, héroe del pueblo. Además nos considerábamos obligados a prevenir y a combatir cualquier desviación o confusión ideológica y táctica.

Como en la España de 1869-1870 y siguientes, nos aferramos a algo como la Alianza de la Democracia socialista bakuniniana, en lugar de permanecer como simples guardianes de la asociación de los trabajadores y de sus derechos. Nos atribuimos la misión de ser guardianes inflexibles de las ideas que dieron nacimiento al movimiento obrero de España e Hispanoamérica, y machacábamos diariamente sobre esos temas hasta llegar a expresiones de intolerancia, a una rigidez dogmática que en tiempos normales de reflexión habríamos sido los primeros en censurar. Pero ante los peligros y embestidas de los diversos sectores político-sociales y singularmente ante las maquinaciones moscovitas, no pudimos menos de liarnos la manta a la cabeza y arremeter contra tirios y troyanos.

La Federación Obrera Regional Argentina, la FORA, era la organización obrera de mayor arraigo y, con excepción de los períodos de extrema represión que debilitaban sus filas, era la central sindical mayoritaria y rectora. Pero también tenían vigencia y representatividad los llamados sindicalistas puros, los que se adhirieron a la modalidad de la Charte d'Amiens, muchos de ellos, y los más representativos, procedentes del anarquismo de comienzos del siglo, que se oponían a la

declaración del comunismo anárquico como finalidad de la organización obrera, finalidad adoptada por la FORA en su quinto congreso en 1905.

La polémica y las divergencias en torno a esa interpretación se mantuvieron muchos años y no contribuyeron al fortalecimiento del trabajo organizado, sino a disputas, disidencias y rivalidades que habrían podido evitarse, en beneficio de un nuevo orden de cosas.

Pero en aquel momento, y ante la ofensiva abierta e insidiosa de los agentes de Moscú, no hallamos mejor baluarte que la del abroquelamiento en esa interpretación del movimiento obrero, como si por el hecho de la recomendación de un congreso en favor de una posición ideológica, ya se hubiera asegurado esa posición en el cerebro y en el corazón de los trabajadores adheridos a los cuadros integrantes de la organización respectiva.

También combatieron los socialistas de la corriente marxista en la lucha por el control de las organizaciones obreras. Los intentos de sindicalismo confesional no cristalizaron en corrientes de agremiación estables, y el obispo Miguel d'Andrea apenas logró algún eco en las empleadas de comercio.

Los sindicalistas de la *Charte d'Amiens* abogaron incansables por el buen acuerdo o la reagrupación de los sindicatos existentes y a constituir en una sola central sindical; pero a ese objetivo se opusieron tanto los socialistas marxistas como los que militaban en nuestro sector; y cuando el bolchevismo

esgrimió maquiavélicamente esas consignas de la unidad, no vacilamos en la más obstinada resistencia, en una indomable hostilidad a esa táctica de infiltración.

En 1909 la Unión General de Trabajadores, de inspiración marxista, cambió de nombre para reanimar el movimiento minoritario que representaba, y adoptó el de Confederación Obrera Regional Argentina (CORA), y como tampoco ese cambio diera resultados positivos, decidió en 1915 volcarse globalmente en la FORA y quedó marginada la recomendación del comunismo anarquista como finalidad. Se mantuvo así una FORA: calificada como del noveno congreso, para distinguirla de la del quinto, cuando los antiguos foristas en minoría acordaron reagruparse como FORA del quinto congreso y ésta volvió a gravitar, mientras la novenaria, la del noveno congreso, se fue desintegrando; en marzo de 1922 se hizo un intento de reanimar esa corriente con el nombre de Unión Sindical Argentina, en la que predominaban inicialmente los sindicalistas con su máximo exponente teórico Sebastián Marotta, obrero gráfico e historiador del movimiento obrero argentino.

Las divergencias internas, muchas veces de origen personalista, las intromisiones de los partidos políticos que aspiraban a contar con el apoyo proletario en las urnas, la ofensiva bolchevista, todo contribuyó a imposibilitar la alianza o la unidad de las organizaciones obreras, como desde los tiempos de la primera Internacional, y al final la victoria fue del estatismo moderno y del capitalismo.

La FORA del quinto congreso contaba con unos 400

sindicatos adheridos y estaba en vías de incorporar otros más. En su congreso de 1920 se reafirmó el federalismo interno, y se reconoció la Federación Regional Portuaria, una primera federación de industria; se agregó a su nombre el adjetivo comunista, en reemplazo del distintivo comunista anarquista, y se acordó que no se considerase con indiferencia el problema del acercamiento de las fuerzas proletarias organizadas. Se tomaron acuerdos contra la permanencia de funcionarios rentados en los comités superiores de la organización; se propuso la celebración de un congreso sudamericano de organizaciones obreras cuando fuese posible una gira de propaganda por el continente; se aprobó la entente proletaria para la lucha en favor de los presos, contra la ley de residencia y la de defensa social, en favor de la libertad de la prensa obrera y revolucionaria. También se acordó abogar por una Internacional sindicalista revolucionaria que continuase la tradición de la primera Internacional.

Y en cuanto a la revolución rusa, se aprobó este acuerdo: «El proletariado de la región argentina, reunido en su primer congreso extraordinario de la FORA comunista, con asistencia de delegados de 220 sindicatos adheridos y 56 autónomos, expresa su solidaridad hacia la revolución rusa y hacia todas las fuerzas revolucionarias que con tesón y energía tienden en su renovación incesante a la elevación moral y material de todos los trabajadores del mundo, y en especial modo hacia los anarquistas que en Rusia, como en todas partes, luchan por el triunfo de sus ideales, fuerza dinámica creadora y transformadora de todos los valores morales y sociales que impulsará a la humanidad en su marcha ascensional hacia el porvenir.»

Al someter a examen, en calma, los acuerdos del congreso extraordinario de la FORA en 1920, no pudimos menos de advertir dos tendencias, una inclinada a todas las concesiones a la postura moscovita de la dictadura del proletariado y otra adversa a toda concesión en ese terreno; una propensa a la ruta del fusionismo obrero con miras a una unidad de las organizaciones proletarias y otra en discrepancia con esos objetivos. El agregado comunista a la FORA se prestaba a diversas interpretaciones y confusiones, aunque se quisiera dar con él la apariencia de fidelidad a la distinción de la FORA: la del quinto congreso con relación a la del noveno.

No estuvimos conformes con la posición ambigua adoptada sin mayor ahondamiento en los temas discutidos ni vimos con mucha simpatía a los dirigentes que habían emergido en aquellas circunstancias. López Arango previó un peligro de absorción y de desequilibrio en la Federación Obrera Regional Portuaria, la primera de nuestras federaciones de industria. En ese punto no adopté una posición personal, ni favorable ni desfavorable, y unos años más tarde me encontré en la misma actitud neutral cuando escuché a Juan Peiró exponer su plan de reorganización industrial de la Confederación Nacional del Trabajo en medio de un extremo acaloramiento opositor. Ni en 1921 ni en 1931 me pareció que la cuestión merecía tan agrias disputas y discrepancias.

Por desgracia, muy pronto se iba a poner en el tapete la prueba de la ausencia de acción solidaria, conjunta, de las dos organizaciones sindicales regionales, la FORA del noveno congreso y la FORA del quinto, y lo mismo, luego, de ésta y de la Unión Sindical Argentina.

No se produjo una respuesta adecuada contra el bárbaro ataque por sorpresa contra una pacífica demostración obrera en Gualeguaychú. Entre Ríos, el primero de mayo, llevado a cabo por elementos de la Liga Patriótica Argentina, fundada por Manuel Carlés como imitación de las escuadras fascistas en Italia; varios trabajadores murieron en Gualeguaychú y otros resultaron heridos.

En la madrugada del 26 de mayo de 1921, elementos de la misma tendencia nacionalista penetraron en el local de la Unión Chauffeurs de Buenos Aires, en la calle de Bartolomé Mitre, y dieron muerte a dos obreros que hallaron en él, hecho que condujo a numerosas detenciones de compañeros de las víctimas y a la clausura de locales obreros.

Las dilaciones y los inconvenientes para una acción conjunta defensiva y también ofensiva, de las dos centrales sindicales, malograron la protesta legítima esperada contra esas agresiones y provocaciones.

El 26 de agosto de 1921, en una reunión de delegados gremiales de la FORA se acordó dar por terminado todo intento fusionista o de alianza sindical, habiendo comprendido y comprobado que se habían introducido en las organizaciones obreras agentes políticos que actuar bajo la sugestión directa o indirecta de Moscú.

En aquellas circunstancias no pudimos permanecer pasivos, neutrales y comenzamos a plantear en el diario nuestra impaciencia.

Tal vez con un poco de excesiva fe en la acción jacobina,

fruto de la época de agitación y de convulsión en que vivía el mundo y que había suscitado un vigoroso despertar de las grandes masas trabajadoras, exhortábamos a una acción solidaria, a una mancomunidad contra los enemigos que tomaban posiciones activas frente al peligro revolucionario. Constituíamos una fuerza, pero una fuerza que no actuaba como debía actuar en una gran batalla.

En aquella época la salida, la solución, estaba o parecía estar en la decisión de la fuerza contra la fuerza, en el todo o nada, sin pararnos a reflexionar que entre el todo o nada hay siempre algo aprovechable, aunque sólo sea como escalón, como peldaño en el obligado ascenso.

Y eso lo vieron perfectamente los sectores del conservatismo y de la reacción, que se apresuraron a oponer sus milicias de combate y de agresión contra las posibles milicias del mundo del trabajo organizado, y contaron para ello con la tolerancia y el apoyo de los poderes públicos.

La huelga de La Forestal

La Forestal era un poderoso feudo inglés, dedicado a la explotación de los bosques milenarios de quebracho como fuente de materia curtiente y como maderas incorruptibles para diversos usos, entre ellos para la construcción de vías

férreas. La Forestal supo dominar durante varios decenios a las poblaciones indígenas y también a los inmigrantes desvalidos en su vasta zona de acción, casi de la dimensión de un Estado europeo, con un régimen de explotación opresiva bajo la ley suprema de la policía de los propios establecimientos, pagando míseros salarios, corrientemente con vales para el abastecimiento en los propios almacenes de la empresa, como en las tiendas de raya del México porfirista. Los peones de La Forestal vivían y trabajaban totalmente indefensos y a merced de los capataces y de los cancerberos brutales al servicio de la empresa, en un régimen próximo a una verdadera esclavitud.

Conocedores de lo que ocurría en el área de la poderosa empresa, se pensó desde el ambiente de nuestra biblioteca Emilio Zola de Santa Fe en la organización de alguna ayuda efectiva a la masa nativa esquilmada en las vastas extensiones de la entonces gobernación del Chaco y el norte santafecino. Entre los dispuestos a correr el riesgo de la iniciativa recuerdo a Lorenzo Coccia, mecánico, de complexión fuerte, de alta talla y de dones singulares de simpatía. Había quedado fuera del Ferrocarril Central Norte, en el que trabajaba, a raíz de una huelga reciente, y no vaciló en ofrecer sus servicios en las instalaciones mecánicas de La Forestal. Como no abundaba el personal experto en el manejo y atención de máquinas y utensilios complejos, fue tomado como un obrero privilegiado y no tardó en iniciar el contacto con los proletarios indígenas y los inmigrados, y con la ayuda de otros compañeros y simpatizantes, vio la luz un periódico en lengua guaraní, *Aña Membuy*. Su lectura produjo sensación entre los peones de los quebrachales, a quienes se les exhortaba en su propia lengua a defenderse.

En nuestro diario informábamos de la gestación del movimiento reivindicativo en una empresa que no había conocido hasta allí protesta alguna de sus esclavos, y si alguna se produjo fue silenciada de conformidad con la ley de la selva. Se llegó a una paralización del trabajo, a una huelga que se extendió como un reguero de pólvora en los vastos dominios. La empresa pidió la intervención de tropas del ejército, porque los efectivos de la policía provincial no ofrecían suficientes garantías en una situación como la que se presentaba.

Las fuerzas militares movilizadas no encontraron motivos suficientes para una acción represiva a fondo, y su presencia sirvió para poner fin a la huelga a cambio de algunas migajas de mejoras en los salarios y en el trato y las condiciones de vida, de alojamiento y otras.

Cuando se retiraron las tropas de la zona, la empresa se olvidó de los compromisos contraídos y la huelga se reanudó con mayor vigor y unanimidad, y esta vez el ejército procedió violentamente, en marzo-abril de 1921, contra los huelguistas, como si se tratase de someter a un país enemigo. El saldo fue un conjunto de muertos y heridos y una buena cantidad de presos.

Ese movimiento reivindicativo y justo fue silenciado, y todo cuanto intentamos desde Buenos Aires para responder a esos atropellos con un gesto solidario de los trabajadores organizados en las centrales sindicales, quedó sin efecto.

Y de ese modo se dejó vía libre a la repetición de esos procedimientos brutales contra los obreros.

Por entonces hubo también algunos paros ferroviarios, especialmente en los ferrocarriles del Estado, y en una oportunidad los huelguistas procedieron a actos de sabotaje que inutilizaron una docena de locomotoras y otros instrumentos de trabajo.

Recuerdo que, lo mismo que habíamos apoyado y defendido fervorosamente la huelga de La Forestal, hemos censurado, aunque no en la prensa, no en público, a los autores de esos desmanes, pues se trataba de bienes que habían sido adquiridos con dineros del pueblo entero a través de impuestos y tributos recaudados por el Estado, y el pueblo volvería a sufragar, aunque fuese indirectamente, la reparación de los daños causados. Aunque en los congresos obreros se aprobó el sabotaje como arma de lucha sindical, no hemos podido reconocerlo y defenderlo con justificativos morales, ni entonces ni después.

La huelga de los maestros santafecinos

Como si no tuviese bastantes motivos de preocupación con los movimientos obreros en todo el país, mi hermana Julia había logrado crear la Asociación gremial del magisterio en la provincia de Santa Fe, y un día esa entidad, después de una amplia propaganda previa de esclarecimiento a los padres de familia y a la población en general, declaró la huelga en protesta por el atraso de catorce meses en el pago de los sueldos. Era la primera huelga organizada del gremio de la

enseñanza y contó con la simpatía de todos los sectores; los sindicatos obreros abrieron sus puertas para que los maestros en huelga diesen en ellos sus clases a fin de que los niños no perdiesen el año. Los dirigentes y animadores más visibles del movimiento, mi hermana Julia, Marta Samatán, Ángela Sologuestia, Raimundo Peña y otros, fueron sancionados con la destitución de sus cargos docentes. La huelga se mantuvo desde abril a septiembre de 1921. Era gobernador de la provincia de Santa Fe el político radical Enrique M. Mosca. Los sancionados por su intervención en la huelga del magisterio eran bien conocidos por sus méritos y por su vocación para la enseñanza, y al año siguiente tuvieron que ser reincorporados.

Gracias a ese acto legítimo y justo, los sueldos de los maestros comenzaron a pagarse regularmente en lo sucesivo. En la protesta intervino también, con su apoyo decidido, el profesor Zenón Ramírez, miembro de una ilustre familia santafecina y padre del futuro pianista y compositor Ariel Ramírez.

La huelga de la Patagonia

Eran muchos los motivos de interés para nuestra tarea de información y de orientación, y pronto tuvimos que dar de lado lo ocurrido en la región chaqueña para afrontar otros movimientos colectivos en Buenos Aires y en otras partes del país. Ocupó nuestra atención pronto una huelga importante en la lejana Patagonia, por iniciativa de los peones de las estancias

ovejeras, todas o casi todas de propiedad de hacendados ingleses, norteamericanos y también españoles y de otras nacionalidades. Eran raros los estancieros argentinos, para quienes aquella región era prácticamente desconocida. El negocio principal del lejano Sur era la lana y había también algunos frigoríficos para la carne ovina.

Las reivindicaciones de los huelguistas eran tan elementales y tan intrascendentes, que apenas llamaron nuestra atención, aunque la prensa bonaerense agitó permanentemente, como respondiendo a una consigna, a una palabra de orden, la leyenda de los «bandoleros del Sur». Publicamos información que nos llegaba de Chubut, de Neuquén, de Santa Cruz, pero no pusimos en la defensa de ese movimiento de huelga el calor que poníamos en otros que nos parecieron de mayor significación.

Sin embargo, comenzamos a preocuparnos más seriamente cuando el gobierno de Yrigoyen envió tropas del ejército para que pusieran fin a la huelga, ello en respuesta a las reclamaciones de los hacendados y de los diplomáticos compatriotas de los hacendados.

El teniente coronel Héctor Domingo Varela desembarcó en Santa Cruz con sus tropas, entró en contacto con los hacendados y con las asociaciones de huelguistas y no vio motivos para la alarma difundida en el país por la prensa grande. Las reclamaciones obreras eran más que justas, y si pecaban era por su modestia.

Se firmó un convenio por obreros y patronos que aseguraba

la pacificación de la zona. Ese convenio se firmó el 30 de enero de 1921, en presencia del nuevo gobernador de Santa Cruz, Ignacio Ángel Izza, y del teniente coronel Varela, por las partes en conflicto.

La Sociedad Obrera de Río Gallegos hizo conocer un manifiesto en el que reivindicaba sus exigencias y aclaraba que los obreros no eran responsables ni moral ni materialmente de ninguno de los hechos de fuerza producidos durante la huelga. Se pedía también que se desmintiese por completo la injuria de bandoleros que se había aplicado a los huelguistas y la destitución de las autoridades que se habían ensañado contra los trabajadores bajo la inspiración de los estancieros. También pedía que el gobernador garantizase que no se tomarían represalias de ninguna clase contra los obreros que participaron en la huelga.

Con la mediación del gobernador Izza y del juez Ismael Viñas se dio por terminado el conflicto y las tropas se retiraron a sus cuarteles de origen sin ninguna intervención, hecho que no fue del agrado de algunos hacendados y de sus colaboradores, que habían soñado con un escarmiento ejemplar por el atrevimiento que habían tenido los modernos esclavos de reclamar un mínimo de respeto a sus derechos.

De la segunda etapa de mi vinculación con Santa Fe me quedan en la memoria nombres de personalidades vinculadas a la vida intelectual y social, como el doctor Horacio Quiroga, Luis Bonaparte, Raúl Villarroel, Pío Pandolfo, Salvador Caputto; este último, que había buscado refugio en la ciudad después de la represión de 1910, había fundado un diario local, *El Litoral*, y

no olvidaba su pasado en el movimiento libertario; con él y José Torralvo y otros solíamos encontrarnos a menudo en la carpintería de un excelente ebanista asturiano. Con todos ellos mantuve larga amistad hasta su muerte, sin mayor preocupación por las eventuales diferencias de criterio, pues nos importaba a todos más la conducta recta de cada uno, y ésa en la pequeña ciudad era bien conocida por todos.

Nueva huelga y su represión sangrienta

Apenas reembarcadas para sus cuarteles las tropas del teniente coronel Varela, comenzó la acción provocativa de los elementos patronales agrupados en la Sociedad Rural de Río Gallegos, en unión con algunos funcionarios del gobierno, Edelmiro Correa Falcón, el comisario Ritchie y otros.

Lograron el apoyo de hacendados influyentes y poderosos y el convenio firmado quedó sin vigencia y la situación volvió a ser la misma de antes de la primera huelga.

¿Qué hacer? La Sociedad Obrera protestó cuanto pudo y al final no tuvo otro remedio que recomendar un nuevo paro de los peones de las estancias. La Sociedad disponía de una imprenta y lanzó por su intermedio manifiestos y consignas hacia toda la región.

La prensa grande capitalina reanudó su campaña contra los «bandoleros del Sur» —era la definición consagrada, ¿por

quién?— para calificar a los huelguistas. La gran mayoría de los peones de las estancias era de origen chileno, y también había españoles y de otras nacionalidades; los argentinos eran escasos, pero entre ellos estaba un entrerriano, «Facón Grande» (José Font).

Desde nuestro diario dedicamos los mayores esfuerzos a clarificar la situación contra las diatribas y tergiversaciones de los interesados en ellas, sin preocupación por la verdad. Dedicamos páginas enteras a la defensa de la huelga y del proletariado patagónico, gracias a los informes de nuestros colaboradores espontáneos y de periodistas liberales, como el abogado José María Borrero.

La situación se agravó de día en día hasta el punto que el presidente Irigoyen volvió a disponer que partiese hacia el sur el teniente coronel Varela con las fuerzas de su mando para poner fin al nuevo conflicto. Cuando el jefe militar pidió instrucciones a su antiguo compañero de conspiración, Irigoyen, el presidente, respondió:

—Obre usted según su conciencia.

Intentamos llevar la protesta a la calle y la Federación Obrera Local Bonaerense convocó a un mitin en la plaza Once de Septiembre, que prometía ser una imponente aglomeración obrera. Pero las medidas preventivas de la policía imposibilitaron la concentración en la plaza y en sus proximidades.

Al acto público convocado fuimos Kurt G. Wilckens y yo, y repentinamente Wilckens desapareció de mi lado y en la

confusión no advertí qué había sido de él. Sus ojos de lince habían divisado en la plaza a los jefes policiales, a quienes conocía por los interrogatorios a que había sido sometido unas semanas antes y quizá juzgó que no convenía que le echasen mano en aquellas circunstancias.

Poco después comenzaron a llenarse los calabozos de las comisarías circundantes con detenidos por el grave delito de hacer acto de presencia o escuchar la protesta obrera solidaria en favor de los huelguistas patagónicos. En uno de esos calabozos, con capacidad para tres o cuatro presos, fuimos encerrados una quincena de los asistentes al mitin prohibido, y varios vigilantes ponían el hombro a la puerta y empujaban violentamente para que cupiésemos todos en un lugar tan reducido. Era un día caluroso y algunos de los compañeros se desvanecieron, pero no podían caer al suelo y permanecieron sin conocimiento, oprimidos por la concentración insoportable.

Unas horas más tarde, todos, tambaleantes y a punto de perder el equilibrio, fuimos trasladados al Departamento central de policía. Vi desde alguna distancia a Apolinario Barrera, a quien los empleados subalternos no se atrevieron a impedir el acceso al despacho del jefe de la repartición; había ido en son de protesta, especialmente a raíz de la detención mía.

Me llamó el jefe de policía a su despacho y me saludó con muestras de consideración. Me preguntó qué había sido de mi amigo alemán, y no podía decirle más que la verdad, que se había separado de mí sin darme cuenta y que no sabía dónde estaba. En la misma noche se dispuso mi libertad y creo que la

de todos los demás detenidos. Un contratiempo sin trascendencia.

Continuamos la batalla a través del diario. Las tropas nacionales cumplían entretanto la suya en la caza despiadada de huelguistas. No tardaron en llover informes sobre las ejecuciones sumarias de los peones detenidos, que se entregaban sin ninguna resistencia, porque ningún delito habían cometido. ¿Cómo tolerar aquello en silencio o con indiferencia?

Al llegar una noche a la habitación que ocupábamos en la calle Sarandi, encontré a Wilckens, que apenas leía el castellano, repasando páginas de los diarios hostiles y de lo que nosotros reproducíamos en el nuestro. Las lágrimas le empañaban los ojos.

—Esto es una masacre en regla —me dijo con profundo abatimiento.

Y eso era lo que hacía aquella expedición militar contra los huelguistas del Sur. Wilckens, como por instinto, con su hipersensibilidad y su experiencia en los Estados Unidos, había comprendido a la distancia lo que estaba ocurriendo en la Patagonia. El dolor del amigo nos dio nuevo vigor para continuar la campaña de defensa y de protesta, y eso nos absorbió por entonces día y noche.

Y día y noche continuaron las tropas matando huelguistas, individualmente y en masa, en grupos numerosos, a los que hacían cavar previamente una trinchera que iba a servir de fosa mortuoria para sus cadáveres.

Los horrores de aquella masacre, la definición instintiva de Kurt G. Wilckens, es una de las páginas más negras y más injustificadas de la historia argentina en la primera mitad del siglo. Aquellos horrores fueron descritos mientras ocurrían, pero luego se esclarecieron con pulcritud histórica por investigadores ulteriores. Nosotros no habíamos exagerado, y quizá todavía quedáramos cortos.

No se ha podido confirmar la cifra de los huelguistas asesinados; se habló de 1 500; es posible que no hayan sido tantos, pero la verdad es que no fueron muchos menos de un millar los sacrificados tan bárbaramente. Fue aquél un procedimiento para poner fin a una huelga que no se había empleado en tal grado hasta allí en ningún otro país del mundo.

La Sociedad Obrera de Río Gallegos, el eje y la inspiración del proletariado patagónico, había sido fundada por obreros libertarios llegados a aquellas latitudes hacia 1910, y siguió en manos de obreros anarquistas, abnegados propagandistas de sus ideas con la palabra, la difusión de escritos y con su conducta. Desde 1921 fue su secretario y animador principal Antonio Soto, nacido en El Ferrol en 1897, residente en la Argentina desde su infancia; le secundaban Domingo Barón, Baltazar Lorigo, algunos rusos libertarios y otros de toda procedencia. Había permanecido esa Sociedad en la FORA del noveno congreso desde 1915, pero toda su actuación y propaganda se mantuvo en los carriles de la FORA del quinto congreso.

La FORA novenaria se veía comprometida por la paralización

de los puertos de Río Gallegos, San Julián, Santa Cruz y Puerto Deseado; y la Federación Obrera Marítima, a través de su secretario, Francisco J. García, que mantenía buenas relaciones con el presidente Yrigoyen, envió delegados para que interviniesen en los conflictos planteados y orientasen de otro modo los choques que afectaban a los puertos del Sur, entre ellos a Santiago Lazzaro, Rogelio Lorenzo y otros. Cuanto más se esforzaron esos emisarios por difamar y desprestigiar la obra generosa y valiente de Antonio Soto, mayor fue la adhesión que rodeó a éste por parte de los militantes de la región.

Ante esa realidad, surgió en la FORA del quinto congreso la idea de hacer llegar a Río Gallegos un miembro activo del Sindicato de albañiles, y así partió para aquel destino Santiago González Diez, que había sido designado encargado de las obras del Banco de la Nación en aquel puerto. Al mismo tiempo oficiaría como corresponsal clandestino de *La Protesta*. Todo se hizo con el mayor sigilo, pero fue reconocido por alguien que lo había visto activo en el movimiento obrero de la Capital Federal y fue denunciado, siendo ejecutado en el acto el 18 de diciembre de 1921. Santiago González Diez era coprovinciano mío, de Cistierna, nacido en 1884. Dejó mujer e hijos, a quienes se trató de socorrer en los primeros tiempos de su orfandad.

De los distinguidos en aquellos años como dirigentes del movimiento obrero patagónico, uno de los pocos que se salvó, por negarse a la rendición y a la entrega a las tropas, y cruzó la frontera argentino-chilena, fue Antonio Soto, que murió en Punta Arenas en 1969.

Balance deprimente

Habíamos consagrado todas las energías, todo el fervor combativo, toda la pasión de cada hora, de cada minuto, a la ayuda solidaria en favor de los huelguistas del sur patagónico. Fue aquélla una batalla en la que nos considerábamos involucrados por completo y de cuyo desenlace nos juzgábamos personalmente responsables, aunque la batalla la hubiésemos librado con la pluma desde las páginas del órgano de prensa consagrado por entero a toda causa noble y digna, y la de los huelguistas de los feudos ganaderos del sur argentino era una causa noble y digna, y era imperativa una acción solidaria al menos de los trabajadores organizados, de los sindicatos que se definían como agrupaciones de lucha.

Al finalizar el año 1921 tuvimos que confesarnos que habíamos perdido, que se había abandonado a los hermanos del Sur por los del resto del país a un destino trágico, a la muerte, sin un gesto de protesta, sin una réplica adecuada. La prédica cotidiana de *La Protesta* era secundada por otras publicaciones afines, como el semanario *La Antorcha*, y en esa actitud no hubo discrepancias ni resquemores personalistas; pero no fue secundada por la prensa del sector sindicalista, ni por la del socialismo parlamentario, que no supo o no quiso comprender lo que estaba ocurriendo y las consecuencias que podría tener para el porvenir del país. Si culpa, y grave, había en los que ordenaron y ejecutaron aquella carnicería salvaje, no se podía borrar la culpabilidad de las organizaciones obreras que hicieron tan poco o no hicieron nada para tender la mano

a los que se encontraban inmerecidamente en una situación de tan extrema gravedad.

Se cantaban himnos a la lucha de clases, a la conciencia de clase, y se quería interpretar y explicar la historia como un largo proceso de la lucha de clases. No nos habíamos detenido en el estudio y la comprensión de esa teoría y de la verdad y la consistencia de esas frases de amplia circulación; pero el apasionado batallar de 1921 no me había proporcionado materia ni razones para incorporar esas frases y esos mitos al propio mundo interior; por algo como por un instinto hemos cifrado desde entonces las esperanzas mucho más que en la condición de clase, en la persona humana, en la dignidad del hombre, y esas cualidades no pertenecen a un sector social determinado, sino a los que tienen sensibilidad para captar lo antihumano y valor para arrostrar las consecuencias.

En diciembre de 1921 se daba por terminada la operación nada honrosa del ejército en la operación de la Patagonia.

Nuestro diario clamaba en aquella amarga decepción, en aquella profunda derrota sin lucha: «Las organizaciones obreras de la costa Sur, por razones de vecindad, están obligadas a tomar resoluciones terminantes apoyando a los huelguistas de Santa Cruz. El Consejo federal (de la FORA del quinto congreso) confía que todos los trabajadores del país sabrán cumplir con su deber solidario.» Y se agregaba como colofón a esas exhortaciones: «Pero ese deber solidario no fue practicado; las organizaciones obreras de la costa Sur pertenecientes a la FORA novenaria no se movieron. Los huelguistas fueron abandonados.»

Unos días después, el 12 de diciembre, clamábamos en vano:

«Nuestra cobardía es aplastante y trabajo es sacudirla. Parece que nos han legado una pesada herencia del amorfismo camaleónico y el tartufismo socialista. ¿Acaso no debemos avergonzarnos de no ser capaces de alcanzar un poco de agua a esos hombres que se defienden como leones, sin tregua, acosados por todas las jaurías? Pero somos unos revolucionarios espléndidos; hemos aprendido a charlar en las tribunas, a desvirgar cuartillas con nuestra prosa rotunda, y a contar cuentos de acciones... que están por hacerse, y ya nos ha parecido ir demasiado lejos.

»¿Qué esperan los revolucionarios de toda la región argentina para pronunciarse en favor de los compañeros de Santa Cruz? ¿Qué es lo que debe hacerse para aliviar la situación de aquellos luchadores, para atenuar la reacción que amenaza destruirlos? Los anarquistas no deben esperar órdenes de las entidades proletarias y revolucionarias; cada organismo revolucionario, cada colectividad debe salir adelante con su iniciativa y empeñarse en llevarla a buen término. Hágase lo que se pueda y como se pueda, ¡Pero hágase algo!»

Llamadas sin eco, voces en el desierto. A fines del mismo mes, el 27 de diciembre, expresábase en el diario la amargura de la insolidaridad practicada. «Todo lo bueno, lo indiscutiblemente grandioso del movimiento patagónico va a ser destruido entre las manos de la soldadesca sin que el proletariado regional trate si quiera de evitarlo.» Y al día siguiente se volvía sobre lo mismo: «Un precioso movimiento

ahogado en sangre... Se asesinó a los trabajadores y se destruyó también a todas las organizaciones de resistencia en la costa patagónica, matando así dos pájaros de un tiro. Pero ese tiro nos cubre de vergüenza. Nada hicimos por ese movimiento y la burguesía lo ahogó en sangre y lodo.» Y se despedía el año así: «¿Quién vengará a los caídos? Las víctimas del sur claman justicia. Nosotros no se la llevaremos porque nuestra cobardía no nos ha permitido dar un paso en su favor. Hemos contemplado impasibles la carnicería patagónica...»

Unas semanas después se publicaron aparte documentos, relatos, páginas escalofriantes acerca de lo ocurrido, como en el opúsculo *Santa Cruz*, difundido por *La Antorcha*; como en el titulado *La Patagonia trágica*, de la Federación Obrera Local Bonaerense y otros. Pero esos responsos tardíos no saldaban la deuda que considerábamos impagada.

Cuando nos encontrábamos en la modesta habitación destartalada de la calle Sarandi los tres ocupantes, los tres reflejábamos en el semblante, en los gestos, en el silencio, el peso abrumador de los hechos sangrientos del Sur y nuestra impotencia; los tres, sin palabras, nos movíamos tristes, abatidos, y hasta como avergonzados. Kurt G. Wilckens no era locuaz, pero reflejaba en su rostro, en su mirada, en sus movimientos, el drama que vivía. Para Arrigoni el balance de 1921 era continuación del retroceso que se había operado en el mundo y en aquella emergencia no recurría a las salidas humorísticas, porque la catástrofe experimentada no se prestaba a ellas. Y lo que ocurría en nuestro reducido ambiente de convivencia queremos suponer que era la tónica de millares de hogares en Buenos Aires y en el resto del país.

¿Qué hacer? Hemos seguido dando en el diario informes y noticias de lo acontecido, transmitidas por los pocos que se habían salvado hasta allí. Eran como flores sobre las tumbas apenas cubiertas de los asesinados fríamente.

El teniente coronel Varela imaginó que su hazaña sería premiada con un ascenso o con una recepción triunfal a su regreso como vencedor, lo mismo que en las expediciones contra los indios de la provincia de Buenos Aires, las malocas, aunque éstas se justificaban en parte como respuesta a los malones indígenas; pero el presidente Yrigoyen, al que había llegado seguramente parte de la verdad de lo acontecido en Santa Cruz y de la responsabilidad de su antiguo compañero de conspiración, ni siquiera se dignó recibirlo. La luz había comenzado a hacerse, aunque era ya demasiado tarde, en muchos, en casi todos los sectores político-sociales de opinión.

La campaña periodística persistente contra los «bandoleros del Sur» fue una infame entrega a intereses mezquinos de los hacendados extranjeros que dictaban la ley en aquellos territorios justamente con el apoyo de los que se llamaban nacionalistas, para llamarse de algún modo, y habían comenzado a hacerse presentes como salvadores de la patria en peligro.

Alemania, próxima meta

En la pequeña comunidad amistosa y cordial, en las horas de

la noche en que nos reencontrábamos, solíamos comentar los sucesos de Alemania, el aplastamiento del espartaquismo de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg en Berlín y otras ciudades industriales, y el asesinato de ambos; nos conmovía el aplastamiento de la República de los Consejos de Baviera por orden del socialdemócrata Gustav Noske, en cuya tarea se cubrió de gloria el ejército imperial, derrotado por los ejércitos aliados; en Baviera fue asesinado el noble socialista Kurt Eisner y luego fue muerto brutalmente Gustav Landauer, una de las personalidades más brillantes del pensamiento libertario en Alemania, escritor profundo, filólogo, filósofo, que había intervenido en la República bávara de los consejos en el área de la educación. En las fortalezas y prisiones de la Alemania socialdemócrata quedaban todavía compañeros y amigos nuestros, como el poeta Erich Mühsam, el dramaturgo Ernst Toller, entre otros. Desde Berlín obraba Rudolf Rocker, uno de los grandes oradores alemanes de entonces, que había regresado a su país después de treinta años de exilio y de lucha desde Londres, y desplegaba una activa acción oral y escrita, no sin sufrir algún tiempo en el Polizei-prásidium, mientras Gustav Noske, el Thiers de la Alemania socialdemócrata, intentaba defender su expulsión como apátrida.

En alguna ocasión había expresado yo, en los coloquios de nuestro refugio de la calle Sarandi, el deseo de estudiar medicina, para contar con una profesión independiente, que no me habría impedido continuar la beligerancia por un mundo mejor en el terreno favorito.

Tenía presente el recuerdo del doctor Juan Creaghe, irlandés, al que se debió la publicación de *La Protesta humana*,

semanario, como *La Protesta*, diario, afamado como médico y activo en la propaganda ya en su ciudad natal, Sheffield, y en la Argentina; partió un día, ya entrado en años, hacia los Estados Unidos, con el propósito de colaborar en la lucha revolucionaria del magonismo en México; el doctor Juan Lazarte desarrollaba una excelente labor como médico y como propagandista desde su lugar de trabajo en San Jenaro, un pueblo de la provincia de Santa Fe; y lo mismo muchos otros simpatizantes de Córdoba, Rosario, La Plata, Buenos Aires, algunos sobresalientes cirujanos, clínicos, especialistas y profesores universitarios, con los cuales contábamos en toda iniciativa de interés; el cirujano Lelio Q. Zeno había integrado la redacción de *La Protesta* juntamente con el escritor Elias Castelnuovo un tiempo atrás.

Fue Kurt G. Wilckens el que se apresuró a sugerir que los estudios de medicina debía hacerlos en Alemania, donde se daban entonces las mejores condiciones, incluso económicas, para ello, a causa de la devaluación del marco. También Arrigoni coincidió en esa sugerencia, explicando sus experiencias y aventuras en aquel país después de la gran guerra.

No podía suponer, no podía imaginar, que Wilckens tuviera en su fuero interno el deseo de que me alejase de la Argentina; un año más tarde comprendí o adiviné que ya entonces germinaba en él un plan que no podía llevar a cabo estando yo allí. Pero la idea de tomar rumbo hacia Alemania no me pareció descabellada; el regreso a España era para mí de excesivo riesgo por la situación en que se hallaba Barcelona, asolada por el pistolero de los Sindicatos libres, pues esa vez no era ya

un elemento de fuera, con mera relación amistosa con algunos anarquistas, sino uno que se habría sentido moralmente forzado a engrosar los núcleos de la resistencia.

Alemania era entonces el centro estratégico europeo con más posibilidades revolucionarias y no quería que el estudio regular me dejase aislado de ellas; además, era el foco de convergencia de los revolucionarios de oriente y de occidente, el obligado lugar de tránsito de los que iban al paraíso soviético, o volvían de él y sobre el cual ya habíamos fijado documentalmente nuestra posición.

Vencido en la batalla periodística contra la represión de las huelgas patagónicas y otras en zonas más cercanas, no me fue difícil la decisión en favor de la aventura de Alemania. Apolinario Barrera comprendió que desde allí podría ser también útil para el diario y me pidió que fuese con las funciones de corresponsal de *La Protesta*. En esa posibilidad no había pensado, ni tampoco en la utilidad que podía tener para nuestro movimiento en América del Sur el contacto directo con el movimiento y el pensamiento libertario y sindicalista europeo, y especialmente con el alemán. Eso lo comprendí mejor hallándome ya en Berlín.

Como se trataba de una decisión personal, recurrí a la ayuda familiar para el viaje y la primera permanencia en el país de destino, ayuda que nunca me había faltado, cualquiera que fuese la estrechez del hogar. La hermana que me seguía en edad, Julia, volvió con entusiasmo y vocación al magisterio después de unos meses de castigo a causa de la huelga del gremio, y el tercero de los hermanos, Lorenzo, era todavía muy

joven y cursaba los estudios secundarios mientras prestaba servicio en un establecimiento comercial para ayudarse. La menor, Sara, todavía se hallaba en la escuela primaria. Mi madre, como siempre, era el respaldo incommovible de sus hijos, cualquiera que fuese la dirección que tomaran, que no podía ser nunca una dirección reñida con el modo de ser de cada uno y con las bases éticas en que habíamos crecido.

Antes de partir, Enrique Nido (Amadeo Lluan), que regenteaba una escuela libre de primera enseñanza en Rosario, admirador de Francisco Ferrer desde el primer quinquenio del siglo en Barcelona, había propuesto al grupo editor la publicación de una revista o suplemento para la propaganda en un tono más elevado y amplio que en el diario, obligado a reflejar en sus páginas la lucha cotidiana y reivindicativa de los trabajadores. Enrique Nido era autor de un volumen titulado *La concepción filosófica del anarquismo*. La propuesta de Nido fue aprobada y a poco de llegar yo a Alemania vio la luz el primer número del *Suplemento de La Protesta*, en formato tabloide, con ilustraciones de artistas amigos. López Arango escribió en ese suplemento artículos y relatos en estilo más depurado que los del diario, y allí reflejó algunas de sus experiencias, entre ellas las del trabajo de los estibadores del puerto en uno de los períodos en que nuestros talleres habían sido clausurados; y Nido dio a conocer en esa publicación el fruto de sus años maduros. El *Suplemento* fue luego, durante nueve años, mi tribuna favorita y la que, en el curso de su existencia, absorbió las mejores plumas del pensamiento libertario mundial.

Aparte de las ediciones de *La Protesta*, uno de cuyos títulos recoge la tesis lombrosiana sobre los anarquistas y la réplica de

Ricardo Mella, fue creada una editorial autónoma, Argonauta, por un grupo amigo en el que intervinieron Juan Luis Guerrero, Juan Raggio, José María Fernández, Enrique Matera y un núcleo de compañeros judíos, que hizo conocer el ensayo de Rudolf Rocker, *Bolchevismo y anarquismo*, y otros trabajos por el estilo, y también el libro *Dictadura y revolución*, de Luigi Fabbi, que yo había traducido. También se quería publicar la obra postuma de Pedro Kropotkin, *Ética*, y me comprometí a pedir a Ricardo Mella que fuese su traductor; la muerte impidió a Kropotkin terminar ese trabajo.

Kurt G. Wilckens me recomendó que le hiciese llegar algunos libros y opúsculos de orientación tolstoiana que circulaban en alemán en aquellos años del fervoroso *Nie wieder Krieg* (No más guerra jamás), una consigna que glosó Rocker en una conferencia en un congreso de obreros metalúrgicos en Dusseldorf: ¡No más guerras, abajo la guerra, pero abajo también los martillos y herramientas que producen las armas!

Me despedí de los integrantes del grupo social que formábamos de hecho el individualista insobornable, el tolstoiano ejemplar y el militante entregado a las luchas obreras, sin que esa disidencia ideológica y táctica haya causado en ninguno el más insignificante motivo de distanciamiento; y es que tal vez, en el fondo, todos teníamos ingredientes individualistas, tolstoianos y sindicalistas.

En los primeros meses de 1922, en un barco alemán de carga y de pasajeros partí para Hamburgo, con Berlín como meta. Casi simultáneamente, Arrigoni pudo esconderse en un barco petrolero norteamericano, y después de nada alegres

experiencias y peligros, logró llegar a los Estados Unidos. Kurt G. Wilckens quedó solo y eso era quizá lo que más deseaba en su fuero interno; todavía no podía adivinar por qué.

Lo mismo que al embarcar en 1918 para la Argentina por segunda vez, llevaba como recuerdo inolvidable el de los anarquistas madrileños con los que había convivido en una galería de la Cárcel Modelo durante año y medio, al embarcar en 1922 para Alemania, dejaba en Buenos Aires, aparte del personal fraterno de la redacción, la administración y los talleres de *La Protesta*, el grupo afín de la editorial Argonauta y a muchos otros que había sabido valorar por su integridad moral, su militancia abnegada y su sacrificio permanente en favor de la misma causa, y con los que mantuvo una vinculación de profunda amistad mientras vivieron.

IV. 1922-1926

EN LA ALEMANIA SOCIALDEMÓCRATA Y PRENAZI

El cuarto cruce del Atlántico

Pasajero de tercera clase, como siempre, embarqué en una moderna nave alemana, construida en los primeros tiempos de la posguerra. Había una notable diferencia entre el moderno transatlántico alemán y los barcos negreros ingleses de comienzos del siglo. Había limpieza a bordo, no se daba la promiscuidad y la falta de toda higiene; se podía viajar en tercera clase, o como turista, o en segunda o primera clase; había una escala de lujo, pero los viajeros eran todos personas.

El mundo de la posguerra mundial era otro. Todo daba la impresión de que la caza de negros en África para su venta en las plantaciones del Caribe o en las posesiones ganaderas y otras de todo el nuevo continente había pasado a la historia, y que también había terminado el humillante transporte de emigrantes españoles para las nuevas naciones independientes, México, Cuba, Argentina y otros lugares. Los pasajeros, aunque fuesen de tercera, no eran tratados con menosprecio y altanería por la oficialidad del barco ni por la

tripulación de servicios; eran seres humanos y se respetaba su dignidad. Las chinches, las pulgas y los piojos no eran ya inseparables compañeros de viaje en las travesías oceánicas. Además, la duración del viaje se había reducido por lo menos a la mitad del tiempo antes requerido.

En muchos aspectos el mundo, el mundo de la raza blanca, había alterado su ritmo y sus perspectivas, aunque el trecho a recorrer para alcanzar un equilibrio estable, una justicia básica y una libertad sin cadenas viejas y nuevas, todavía no estaba a la vista. La inquietud, la rebelión, el descontento, la explosión pasajera no asentaban en una conciencia esclarecida de los fines y los medios; pero no estábamos en la realidad que habíamos vivido y sufrido tan sólo a comienzos del siglo.

Habíamos visto derribar tronos seculares y milenarios, pero para suplantarlos por tronos nuevos, republicanos o socialistas, y los cambios operados eran más de nombre que de fondo. La palabra revolución estaba en millones de labios, pero en ello se traslucía más el ansia de un cambio que la visión clara de una construcción económica y social nueva y justiciera, fruto de una madurez del cerebro y de un asiento sólido en el corazón.

No dictaban ya la ley en Alemania los Hohenzollem ni en Rusia los Romanoff; pero eso no bastaba, y algo nos decía que una revolución era un asunto de más envergadura y de más trascendencia que la de la simple sustitución de unos amos por otros, aunque los que habíamos entrado a formar en las huestes de la beligerancia social en el curso de la gran guerra y en las agitaciones subversivas que siguieron en todo el mundo a la hecatombe sufrida, no estuviésemos todavía en

condiciones de ver las cosas con la serenidad y la claridad necesarias para una orientación razonada y racional siempre.

Encuentro con Ricardo Mella

No podíamos pasar por Vigo sin visitar a Ricardo Mella, por quien sentíamos el mayor respeto y una gran admiración. Durante varias generaciones había sido uno de los focos de iluminación intelectual y moral más brillantes en los países de habla castellana. Estábamos habituados a reproducir sus escritos, a propagar sus interpretaciones de los hechos ocurridos y de sus perspectivas. Además me había encargado el grupo amigo de la editorial Argonauta que le encargásemos la traducción de la *Ética* que había dejado Pedro Kropotkin al morir, una obra incompleta, pero que presentíamos de gran valor, y le pidiese que prologase su versión a nuestra lengua. Hasta entonces no había más que la edición rusa de Golos Truda. La proposición no le pareció mal y se mostró dispuesto a afrontar esa tarea, pero Mella no conocía el ruso y no se había dado ninguna versión en algún idioma occidental. Por eso fue preciso recurrir a un buen traductor del ruso y la obra circuló luego, pero sin la colaboración del admirado maestro gallego, cuyo prólogo habría sido de gran valor. Hacía poco que habíamos editado la interpretación lombrosiana de los anarquistas y la réplica contundente que Mella había hecho a esa monstruosidad.

Pero no era sólo la *Ética* de Kropotkin lo que nos movió a

acercarnos en Vigo al maestro; deseábamos ardientemente forzarle de algún modo a romper el silencio después de su última batalla desde los periódicos *El Libertario* y *Acción libertaria*, en estrecha colaboración con Pedro Sierra y Eleuterio Quintanilla. Frente a la hecatombe mundial de 1914-1918, mantuvo una posición parecida a la de Kropotkin frente a la Alemania imperial, mientras que la mayoría de nuestros compañeros se habían negado a hacer distinciones entre los imperios centrales y las potencias de tinte más democrático de Occidente, como Anselmo Lorenzo y la gran mayoría de los libertarios españoles. No imaginábamos que, en ocasión de la segunda guerra mundial, íbamos a mantener todos, casi sin excepción, una actitud muy similar, pues preferíamos el triunfo de los franceses, de los ingleses, de los americanos, al triunfo del totalitarismo de Adolfo Hitler y de Benito Mussolini, sin ignorar por ello la distancia que luego habríamos de mantener con los vencedores. La actitud de Mella y de sus amigos en 1914-18 no había disminuido nuestro respeto y nuestra vinculación y echábamos de menos su contribución a nuestra prensa.

Hablamos también de España, del pistolero oficializado y del antipistolero defensivo de los que corrían el riesgo de aumentar la lista de los asesinados a mansalva. No podía mantenerse en silencio; nos hacía falta su palabra esclarecedora, su consejo, su experiencia y su clarividencia. Teníamos clara conciencia de lo que ese hombre, de apariencia modesta, de talla más bien baja, de cuerpo enjuto, podía dar, y no nos resignábamos a que se mantuviese exteriormente ausente. Nos replicó sin rasgo alguno de amargura y de hostilidad, con una serenidad impresionante:

—Ésta es la hora de Ángel Pestaña y de Salvador Seguí; hay que dejarles el campo libre, no hay que estorbarles.

No lo entendimos entonces, o no queríamos entenderle. Para no estorbarles con sus inigualables lecciones de alta moral, orientadoras, prefería permanecer en silencio. No nos dejó satisfechos la respuesta a nuestras incitaciones, pero no estábamos en condiciones de calcular si su intervención hubiera podido servir de contrapeso a la nueva corriente impulsiva, batalladora de aquellos años, entonces objetivo de la más inhumana represión en Cataluña. Pero algo habíamos podido captar: la era histórica en que habíamos entrado no era la de fines del siglo XIX ni la de los primeros quinquenios del siglo XX. El diálogo forzado de las pistolas no era el diálogo en que Ricardo Mella hubiera podido desempeñar un papel digno de su pasado y de su capacidad.

Naturalmente, no era fácil intervenir, en aquellas circunstancias, para un hombre de razón y de arraigada conciencia moral, cuando de lo que se trataba era de salvar la vida propia y la de los compañeros y amigos en peligro permanente. Un drama que no ha sido esclarecido todavía imparcial y serenamente.

Ante una insinuación de llegar a Cataluña antes de continuar el viaje hacia Alemania, no vacilé en desaconsejarme; la misma visita a Vigo podía tener riesgos graves en aquellos momentos.

En Berlín

Desembarqué en Hamburgo y fue fácil entrar en contacto con anarquistas de aquel gran centro industrial y social; eran de orientación individualista y disponían de un órgano de prensa, *Alarm*, de no muy amplia difusión, y la redactaba Cari Lange. Un miembro de la redacción de *La Protesta* tenía todas las puertas abiertas en los centros libertarios europeos.

Continué pronto el viaje a Berlín en tren.

Los primeros pasos en la capital del Reich fueron dirigidos hacia los centros anarquistas y sindicalistas, con los que ya estábamos en contacto desde lejos. Después iniciaría los trámites para el ingreso en la Universidad.

Los anarquistas berlineses publicaban un semanario, *Der freie Arbeiter*, a cargo de Fritz Oerter, con la colaboración de su hermano. El semanario era órgano de una Federación de grupos libertarios dispersos por Alemania. La corriente stirneriana tenía un propulsor y defensor en John Henry Mackay, pero no tuve oportunidad de entrar en relaciones con él y en mi inclinación pasional de entonces tampoco tenía mucho interés en hacerlo.

Los sindicalistas habían surgido en el último decenio del siglo pasado de una escisión en las organizaciones obreras sometidas al Partido socialdemocrático; fue su promotor Gustav Kessler, con la cooperación activa de un obrero magdeburgués de la construcción, Fritz Kater. Constituían una fuerza minoritaria, pero coherente, con un basamento ideológico que fue avanzando hacia el anarcosindicalismo.

Publicaba un semanario prestigioso, *Der Syndikalist*, a cargo entonces y por varios años todavía de Augustin Souchy, nacido en Ratibor, que había sido enviado a Rusia para asistir al congreso de la Internacional Sindical Roja y prestó oportunos servicios a Angel Pestaña para que no se comprometiese en documentos que le harían aparecer como adherente de la nueva Internacional sindical y del soviétismo. De ese viaje a Rusia, observador meticuloso, surgió el libro esclarecedor *Cómo viven los obreros y los campesinos en Rusia y en Ucrania*, en el que presentó a Occidente el primer panorama documental sobre la Rusia bolchevista.

Der Syndikalist era en lengua alemana el portavoz equivalente a nuestras publicaciones periódicas centrales de España y la Argentina. Algún tiempo después de la guerra, el éxito de la propaganda sindicalista permitió la publicación de un cotidiano obrero revolucionario, *Die Schófung*, en Düsseldorf.

Souchy, cuatro o cinco años mayor que yo, se había adherido en su juventud a la línea de pensamiento de Gustav Landauer; durante la guerra buscó refugio en Suecia y al poco tiempo hablaba y escribía en sueco como si fuese un hijo del país. Allí difundió las ideas de Landauer en el primer libro que vio la luz sobre ese pensador vilmente asesinado en un cuartel de Munich en 1919.

La Freie Arbeiter Union Deutschland (FAUD) había concurrido en 1913, con Fritz Kater como delegado, a una conferencia celebrada en Londres, a la que también concurrió José Negre, en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo de

España, y representantes de Holanda, de Suecia, de Francia y otros países. El objetivo de esa conferencia era la reconstrucción de la trayectoria de la primera Internacional, una agrupación de centrales obreras independientes de todo partido político. La guerra mundial puso fin a ese intento, que iba a resurgir y a cristalizar nueve años más tarde.

El núcleo dirigente de la FAUD, tanto por la coincidencia ideológica y táctica como por la calidad de sus miembros, fue para mí, desde el primer momento, el centro de atracción y de relaciones.

Fritz Kater, el «viejo Fritz» como se le llamaba, era el prototipo del militante obrero y fue el alma de la organización sindicalista desde la última década del siglo pasado, y me sentí en seguida estrechamente ligado en confianza y amistad con él, y su hija menor, Elisa, iba a ser pronto mi compañera, y lo sigue siendo al escribir estas líneas a lo largo de más de medio siglo.

A la Comisión administrativa de la FAUD pertenecía también Max Winckler, que se había distinguido en una propaganda del tipo de la desarrollada en España por *Generación consciente* de Alcoy, después *Estudios*, de Valencia. También Franz Barwich, objetor de conciencia en 1914 y prisionero en Moabit por ése motivo, el padre de un niño entonces que había de ser uno de los grandes físicos atómicos, llevado a Rusia por los rusos invasores y condecorado luego con la medalla Stalin por sus eminentes servicios científicos en la esfera de su predilección. Como había logrado el respeto y la confianza de la comisariocracia, fue enviado años más tarde a una conferencia en Ginebra y aprovechó la oportunidad para desertar del

paraíso soviético; antes de morir escribió un libro, *El átomo rojo*, en el que describe la obra a que había tenido que concurrir con sus conocimientos en el país de Lenin y Stalin.

El local de la Comisión administrativa de la FAUD, en la Warschauerstrasse, fue el punto obligado de convergencia de los revolucionarios de Oriente y de Occidente, de América y de Asia, que encontraban allí apoyo y solidaridad, pese a las difíciles circunstancias por que atravesaba Alemania después de la derrota.

Ese ambiente de simpatía, de clima fraterno, fue el que me atrajo con preferencia a ningún otro; fui bien recibido en él y ese afecto y esa confianza valían tanto como la atracción misma de la comunidad de ideales.

El encuentro con Rudolf Rocker fue de compenetración instantánea. El brillo de sus ojos, la cordialidad de sus maneras, su gesto amistoso hizo que desde el primer momento no hubiese distancias, como en el caso de Ricardo Mella; los dos eran figuras prominentes de un pasado que no había vivido yo y que apenas conocía, o sólo un poco vagamente. Rudolf Rocker y su compañera Milly Witkop fueron para mí como una familia propia desde el día en que nos conocimos hasta su muerte en los Estados Unidos, después de la segunda catástrofe mundial.

Rocker era un enamorado de España desde su juventud; estuvo vinculado siempre en Londres a los españoles refugiados allí y con los de paso, con Fernando Tarrida del Mármol, con los deportados sobrevivientes del proceso de

Montjuich en 1896-97, con Francisco Ferrer. Del afecto de Rocker por España y por los españoles, basta saber que un hijo suyo lleva el nombre de Fermín, en homenaje a la memoria de Fermín Salvochea.

Como al mismo tiempo que ingresé en la facultad de Medicina de la universidad de Berlín, debía cumplir la misión periodística a que me había comprometido, uno de los nuevos amigos, aproximadamente de la misma edad mía, que había trabajado en las salitreras chilenas en una de sus aventuras juveniles y había participado en algunas de las huelgas sangrientas de los obreros maltratados de aquella región, y hablaba bastante bien el español, me sirvió de algo así como secretario, pues mi dominio del alemán no era todavía muy seguro. Se trataba de Theodor Plivier, también miembro de la FAUD y encargado un tiempo de la redacción del *Syndikálist*. Era un temperamento bohemio, algo como un precursor del jipismo, con la cabellera larga, indisciplinado e indisciplinable, al menos por entonces. Con los años adquirió fama como novelista y escribió relatos como *Los generales mueren en la cama*, *Leningrado* y otros muchos. Todavía en la década del 40 me pedía materiales para actualizar sus recuerdos en torno a las salitreras de Taparacá, con el propósito de escribir una novela sobre ese tema. En el tiempo en que me ayudaba como secretario para acelerar traducciones y recoger materiales, con lo poco que yo le daba, publicó un llamado titulado *Hunger* (Hambre), con un magnífico grabado de Kate Kollwitz y un brillante ensayo literario.

Eran aquellos años de juventud y de resistencia y se soportaba todo. La asistencia a las cátedras y laboratorios en la

facultad de Medicina no me privaba del contacto con el movimiento social alemán y de otros países, especialmente con España, ni la constante contribución al diario *La Protesta* y singularmente a la revista semanal, el *Suplemento*. Apolinario Barrera había presentido instintivamente la utilidad de mi aventura en Alemania.

Los emigrados rusos

Los emigrados y fugitivos rusos fueron pronto mis amigos, y si pude serles de alguna utilidad en las horas difíciles que vivían algunos de ellos, todos lo compensaron con su colaboración en el esclarecimiento de los horrores de la dictadura imperante en Rusia. Emma Goldman y Alejandro Berkman habían logrado que se les autorizase a salir del paraíso soviético después de la matanza de obreros y marineros de Kronstadt. También había cruzado la frontera bien guardada Alexander Schapiro. Por la presión de delegados occidentales a los congresos moscovitas, fueron liberados de las prisiones de la Cheka algunos de los presos, y otros pudieron valerse de los propios medios para salvarse, como P. Archinof.

Los emigrados rusos con los que tuve en seguida estrecho contacto eran anarquistas y sindicalistas, obreros, campesinos, intelectuales, partidarios todos de los soviets libres, integrantes de la makjnovitschina ucraniana.

Con todos hemos mantenido cordiales relaciones y si yo pude ayudar materialmente a algunos, ellos me compensaron con creces en la labor informativa que cumplía.

Grigori Maximof era un hombre de edad mediana, serio, reposado, poco dado a las expansiones verbales, con un pasado de actividad intelectual. Logró entrada con su compañera en los Estados Unidos y allí publicó un periódico en lengua rusa y algunos libros que vieron la luz en inglés también, uno de ellos sobre el pensamiento de Miguel Bakunin, otro sobre la represión y la matanza de revolucionarios en Rusia por el nuevo poder dictatorial, como *The guillotine at work* (La guillotina en acción).

Volin (Vsevolod Mikailovitsch Eichenbaum), de carácter abierto, expansivo, acogedor, con la sonrisa franca y amistosa en los labios, con la larga barba canosa que le daba una apariencia de apóstol; ni en su corazón ni en su cerebro cabían pensamientos retorcidos.

Había redactado el órgano de prensa de la makjnovitschina, *Nabat*, y siguió escribiendo hasta su muerte, en periódicos doctrinarios e informativos, en libros; su obra *La revolución desconocida* fue traducida a diversos idiomas, una de las mejores contribuciones a la historia de la revolución rusa; con su ayuda preparé la edición castellana de la *Historia del movimiento makjnovista* de P. Archinof, que publicó la editorial Argonauta.

Efim Yartchuk, un sobreviviente de la rebelión de Kronstadt, en la que tuvo un papel importante como miembro del Soviet de obreros y marinos; de talla menuda, ágil, me proporcionó excelentes contribuciones sobre los hechos vividos en las jornadas memorables de la revolución, que vieron la luz en el *Suplemento* y en el diario.

Piotr Archinof, guerrillero makjnovista, no hablaba más que el ruso y no despertaba a simple vista la simpatía que suscitaba Volin; parecía más hecho para empuñar las armas que para esgrimir la pluma, y sin embargo su historia de la gesta de Makjno se divulgó en el mundo occidental; él, con la ayuda de Volin, elaboró un plan de organización del movimiento anarquista que se divulgó y comentó en la prensa libertaria, en general con escasa adhesión por el matiz demasiado autoritario, casi militar, de sus tesis orgánicas.

Alexander Schapiro había salido de Rusia al mismo tiempo que Emma Goldman y Alejandro Berkman. Era un políglota perfecto, lo mismo escribía y hablaba en ruso que en inglés, en francés, en alemán, en idish; fue el principal animador de la editorial Golos Truda de Moscú hasta la ruptura definitiva con los nuevos amos del Kremlin.

Sindicalista libertario, había participado en 1913 en Londres en la conferencia tendiente a reconstituir la Internacional bakuniniana, y fomentó en Berlín la misma iniciativa desde su llegada en 1920. Con ayuda de Schapiro dimos la primera traducción del libro ruso de Bakunin, *Estatismo y anarquía*, en una lengua occidental.

Recordamos también a Mark Mrachtny, polemista insobornable, rudo en sus reacciones contra todo vestigio bolchevista, liberado de una prisión de la Cheka después de la muerte de Kropotkin en Dimitrof; en una conferencia preparatoria del congreso constituyente de la Asociación Internacional de los Trabajadores, apareció un representante de los sindicatos rusos y fue Mrachtny el que se encargó de

cerrarle el paso y de abrumarlo con su reacción. Fue luego redactor del periódico en idish de Nueva York, *Freie Arbeiter Stimme*.

Había algunos expatriados más jóvenes y con todos convivimos armoniosa y solidariamente aquellos años, hasta que les fue preciso buscar nuevo refugio y muchos lograron asentar un tiempo en Francia, otros hallaron entrada en los Estados Unidos o en América del Sur; entre estos últimos, Anatol Gorelik.

En varias ocasiones pasó por Berlín Sacha Kropotkin, la hija del sabio, a la que visitaba en esas ocasiones; en una de esas oportunidades se habló de un congreso socialista que iba a realizarse en Hamburgo, al que acudirían los que desempeñaban cargos de relieve en diversos gobiernos europeos. Sacha me propuso que fuésemos juntos a presenciar ese congreso de Minister-sozialisten y esa invitación me sentó como si me hubiese hecho una proposición deshonesta. Ir a un congreso de socialistas ministeriales me parecía como incurrir en un grave pecado; ¡ni siquiera como observador! ¿Qué iban a decir los amigos y compañeros de ese contacto, aunque fuese desde el rincón más oscuro del mero observador?

El ambiente de los exiliados, refugiados y fugitivos rusos en Berlín fue para mí familiar, y familiarmente los traté a todos; el que no hablaba alemán, entendía algo el francés, y el ruso mismo nos era a veces más asequible que el alemán de Archinof.

Como es natural en todas las emigraciones políticas, sobre

todo si hay en ellas representantes de la intelectualidad, los llegados a Berlín dieron a luz ya en 1922 la revista *Rabotschy Put*, en cuyas páginas reflejaban sus experiencias y sus inquietudes y, como surgieran algunas discrepancias, el pan de cada día de todas las emigraciones políticas, se publicó en 1923 otro órgano periodístico, *Anarkitchevsky Westnik* (El mensajero anarquista), al que siguió *Dielo Truda* desde 1925 a 1932. Por mi parte, pese a las estrechas relaciones con todos, no quise tomar parte en las discusiones y discrepancias de los emigrados y me contenté con abrir una ventana al mundo de habla castellana para sus mejores trabajos, a través del diario, de la revista y de las empresas editoras de nuestra literatura en Buenos Aires, desde donde se divulgaban por todo el continente americano. España atravesaba los años difíciles de la dictadura del general Primo de Rivera y toda posibilidad de propaganda había quedado cerrada o poco menos; París ocupó entonces, con los refugiados del otro lado de los Pirineos, el puesto que no era posible sostener en España.

Néstor Makjno se encontraba todavía prisionero en Polonia, después de un penoso calvario en Rumania, y se luchaba con todos los medios jurídicos para salvarlo de las garras de los hombres del Kremlin, que temían su influencia entre las masas campesinas ucranianas. Cuando llegó a Berlín, libre, yo estaba ya preparando mi regreso a la Argentina, y hubo poca oportunidad para una vinculación semejante a la que tenía con los otros emigrados.

Francesco Ghezzi

Una tarde visitaba a Yartchuk y a su compañera en su buhardilla, el refugio que se había encontrado para su alojamiento; ya había divulgado sus escritos sobre la matanza de Kronstadt por León Trotsky y su Ejército rojo. Nos habíamos sentido ligados por espontánea amistad y compañerismo desde el primer encuentro y en la medida de las posibilidades solía llevarle alguna ayuda. Me planteó aquella pareja un dilema en su estrechez económica: Si podía llevarles algo para comer y fumar, bien; si los recursos no daban para todo, preferían que no les dejase sin cigarrillos. El matrimonio Yartchuk, desplazado de su ambiente, de la esfera de su lengua propia y de sus luchas sociales por la libertad, tenían en el tabaco algo como una droga. Mientras conversábamos apareció otro visitante, un compañero italiano, Francesco Ghezzi, fugitivo de las hordas fascistas y reclamado por el gobierno de Italia como vinculado a hechos resonantes de la juventud antifascista rebelde de Milán y otros centros de la península italiana. Bastaron pocos segundos para que nos considerásemos como conocidos y amigos de toda la vida.

Atraía Ghezzi, por todo su ser, su mirada afectiva y su rostro, que revelaba franqueza, cordialidad sincera. Para los libertarios italianos, un redactor del diario anarquista de Buenos Aires era título suficiente de presentación, pues se sabía de nuestra permanente vinculación con Errico Malatesta, con Luigi Fabbri, con Armando Borghi y tantos otros.

Ya entrada la noche, salimos juntos del domicilio más que modesto de los Yartchuk y marchábamos, felices del encuentro, por las callejas no muy iluminadas de Berlín. Relaté a Ghezzi mi encuentro con Enrico Arrigoni y otros italianos

llegados a la Argentina y él me informaba de la suerte de algunos compañeros en Italia. Nos sentíamos felices por el inesperado encuentro. Repentinamente nos vimos rodeados y una docena de fusiles apuntaban hacia nosotros, intimándonos a la entrega sin resistencia. Por mi parte no tenía ninguna intención de resistir en aquellas circunstancias y ante aquella sorpresa, y tampoco hizo gesto alguno Ghezzi en ese sentido. Después de palparnos para comprobar si llevábamos armas, se nos condujo por la nutrida escolta con los fusiles siempre apuntándonos, hacia el Polizeipräsidium en la Alexanderplatz. Encerrados en una dependencia de ese centro, sobre el que circulaban rumores tenebrosos acerca de lo ocurrido en él en los últimos años, Ghezzi me dijo con resignación:

—Mi juventud ha terminado.

Después comprendí mejor que entonces el sentido de esas palabras resignadas. Ghezzi era reclamado por Mussolini, y las autoridades alemanas no podían negarse a la entrega del joven revolucionario, una entrega segura a la muerte.

Cuatro o cinco días después se me puso en libertad, al comprobar que yo ni era italiano ni otro refugiado al que buscaban por delitos similares a los de Ghezzi. Se trataba de Ugo Fedeli, con el que todavía no me había encontrado y que era demasiado prudente para arriesgarse en lugares seguramente vigilados.

Al salir del Polizeipräsidium corrí a informar a la Comisión administrativa de la FAUD e instantáneamente se realizaron los pasos más urgentes para salvar al prisionero. Se organizaron

demostraciones de los simpatizantes alemanes y fue entonces, delante del Polizeipräsident, cuando escuché, por primera vez, una canción con música de origen polaco que en las primeras semanas de nuestra guerra civil fue divulgada para el himno *¡A las barricadas!*

No era posible consentir en silencio la entrega del amigo al régimen mussoliniano y a alguien se le ocurrió, no sé si a Augustin Souchy, una salida que dio resultado positivo. Se hallaba en Berlín Karl Radek, que algo sabía de la clandestinidad en la Alemania de la guerra y de la posguerra; se le explicó el caso de Ghezzi y ofreció esta solución: el gobierno ruso reclamaría al prisionero por un supuesto delito anterior a aquellos de que se le acusaba en Italia. La estratagema fue bien vista por el gobierno alemán y no hubo inconveniente en entregar el prisionero a las autoridades rusas.

Ghezzi fue transportado a Rusia como preso político y allí puesto inmediatamente en libertad. No hemos vuelto a verle ni volvimos a tener vinculación directa. De cuando en cuando hemos visto en la prensa libertaria campañas en su favor, como la de Nicolás Lazarevicht. Pero entretanto el poder había pasado a manos de Stalin, y Ghezzi fue ejecutado en el curso de las purgas de 1936. Es imposible concebir que, al conocer algo de lo que ocurría en España, no hubiera hecho todo lo posible por acudir a nuestro lado.

Muchos de aquellos a quienes hemos querido entrañablemente fueron cayendo en el camino, y a Ghezzi lo hemos tenido siempre presente y nos parece que lo estamos viendo como aquella noche en que fuimos conducidos, entre

fusiles a punto de hacer fuego, hacia el Polizei-prásidium de Berlín.

Pasada la agitación para salvar al amigo, no hubo más remedio que continuar las tareas impostergables. Concurría a la universidad y escribía muchas horas diariamente para nuestra prensa, y si el azar nos vuelve a poner en contacto con la labor de aquellos años, nos parecería imposible que hayamos podido abarcar tanto y realizar tanto.

La historia social de España

Rudolf Rocker dictó un cursillo de varias conferencias sobre la historia del movimiento obrero español en una institución cultural berlinesa a mediados de 1922. Naturalmente, no podíamos faltar a esa cita. Rocker no sólo era un gran orador, sino depositario de una vastísima cultura y un admirador de España y de lo español de todos los tiempos. Sus conferencias sobre la historia del movimiento obrero español fueron impresionantes, tanto por su contenido como por el calor de su elocuencia; fueron seguidas con la máxima atención por todos los oyentes, y fueron decisivas para mí. No había escuchado nada semejante ni había leído tampoco nada concreto al respecto. Conocía algo de nuestro pasado, de nuestras conquistas, de nuestros descubrimientos, de sus reyes, de algunos de sus grandes hombres, pero aquel cursillo de Rocker me hizo comprender que había otra España, marginada, difamada, calumniada y ferozmente reprimida.

Al terminar el cursillo me acerqué al orador; era necesario que me diese una copia de su exposición magistral para darla a conocer en nuestra prensa o en un libro. Lo mismo que me había ocurrido a mí, les ocurría a otros de los asistentes y ocurriría a los lectores de lengua española cuando conociesen aquellas lecciones. Rudolf me dijo entonces que no era posible, que el tema de la historia social de España no podía entonces ser abordado por nadie que no fuese el doctor Max Nettlau. No comprendí el alcance de ese rechazo; tampoco sabía mucho de Max Nettlau, el redescubridor de Miguel Bakunin, pero cuando lo conocí y entré en relaciones estrechas con él, comprendí la razón que había tenido Rocker. La historia del movimiento social, obrero y socialista de España, era por aquellos decenios monopolio indiscutible del sabio de Viena.

De aquellas conferencias en Berlín y de mi vinculación con Max Nettlau data mi interés por la historia del mundo del trabajo en España. Publiqué un primer esbozo sobre el tema que había hecho Arnold Roller y que sólo había circulado en alemán. Pero las circunstancias azarosas de la beligerancia me impidieron la consagración a ese estudio, cuya trascendencia comprendí plenamente; pero en los diez años que siguieron dejé la palabra al doctor Nettlau para que llenase el vacío con su colaboración permanente en el *Suplemento de La Protesta* y con varios libros documentales destinados al mismo objetivo.

Creo que algún mérito me corresponde por ello, en el planteo de nuestro pasado por el más erudito y el más noble y probo de los historiógrafos del socialismo, que no por mirar hacia el ayer dejó de dirigir la mirada también al mañana.

Fueron Rocker y Nettlau en lo sucesivo, no sólo amigos queridos, sino también mis maestros admirados, a los que debo lo poco que pueda representar en el movimiento y el pensamiento al que consagré la vida entera. Y fueron también los maestros de toda una generación en parte gracias a ese trasvase de su saber y de su sano juicio, de su interpretación de la realidad de cada día para deducir de ella las mejores enseñanzas y las mejores tácticas de lucha contra el mal, contra la injusticia.

Una docena de años después, en condiciones apremiantes a raíz de una de mis más agobiantes derrotas, un editor español, de Cataluña, quiso aliviar mi estrechez económica a condición de que escribiese una historia del pueblo laborioso y del campesinado español, conocedor de mi interés por esos temas, y respondí sin vacilar: «Todavía están vivos Rudolf Rocker y Max Nettlau, y ese tema les pertenece a ellos.»

En aquellos años era muy escasa la preocupación de los estudiosos por nuestro pasado como pueblo, y circulaban leyendas terroríficas, absurdas y malévolas. Gracias a esos amigos, desde Berlín y desde Viena, he logrado poner al alcance de las nuevas generaciones un panorama que ningún otro, o casi ningún otro, en nuestro ambiente, habría podido ofrecer.

La Asociación Internacional de los Trabajadores

Desde hacía un par de años había vuelto a resurgir la idea de la mancomunidad de las asociaciones obreras libertarias por encima de todas las fronteras. La guerra de 1914-1918 había frustrado el intento de 1913 en Londres y la penetración en las filas del trabajo organizado de la Internacional Sindical Roja debía ser mediatizada de algún modo.

Al llegar a Berlín se agitaba la meta de la reagrupación de nuestras fuerzas obreras organizadas. En España, algunos miembros de la Confederación Nacional del Trabajo, de Cataluña y de Andalucía, se habían vinculado por convicción o por interés a la Internacional moscovita y aspiraban a abrirle la ruta para afianzarse en nuestro país.

Los esclarecimientos de Ángel Pestaña, después de su asistencia al congreso de la Internacional Sindical Roja en Moscú, y el informe de Gastón Leval, que había ido a Rusia en representación de los grupos anarquistas españoles, no se habían dado a conocer todavía. En la Argentina habíamos llegado a conclusiones claras hacía ya tiempo, por la mayor vinculación con los emigrados rusos y judíos y por el estrecho contacto con los militantes más representativos de los diversos países.

La creación o recreación de una Internacional obrera independiente de todo partido político y de todo gobierno, absorbió muchas de mis horas para lograr la incorporación de las organizaciones obreras afines de Hispanoamérica a ese objetivo. Los IWW (International Workers of the World) de los Estados Unidos, diezmados por la represión xenófoba, no se encontraban en condiciones muy favorables para secundarnos,

y además, los sobrevivientes se consideraban ellos mismos, al amparo de su denominación, como una verdadera Internacional.

En Italia, la Unione Sindacale Italiana atravesaba por un período de clandestinidad precursora de su extinción, con la mayor parte de sus militantes conocidos en la emigración para salvar la vida, o en las catacumbas o imposibilitados para toda iniciativa.

En Francia habían penetrado las directivas de Moscú y no se podía contar más que con fragmentos de la antigua CGT, también bastante diezmados, que encabezaban Pierre Besnard y algunos otros sindicalistas fieles.

En Portugal, la dictadura del general Carmona había silenciado a la Confederação Geral do Trabalho, y su órgano de prensa, *A Batalha*, veía la luz irregularmente. Cuando me entrevisté en Lisboa con Manuel Joaquín de Souza, éste pensaba que aquel tropiezo iba a ser cuestión de pocos meses y que pronto sería superado. Su optimismo carecía de todo fundamento, como se vio luego.

Nos quedaba en Europa la FAUD de Alemania, la Sveriges Arbetaren Celtraorganisation (SAC), una central sindicalista holandesa, la NSV, núcleos en Noruega, en Dinamarca, en Checoslovaquia, y núcleos minoritarios y simpatizantes perseguidos y marginados en los países avasallados por las unidades militares soviéticas o por dictaduras como la de Pilsudski en Polonia. Y esas fuerzas no bastaban para reunir un congreso obrero internacional con la ambición de contrarrestar

la obra disolvente de la Internacional Sindical Roja, que procuraba expandir al máximo el descrédito de la Internacional Sindical de Ámsterdam, amparada por la socialdemocracia europea y complicada de hecho, voluntariamente o por cobardía, con la suerte de la reciente guerra mundial, durante la cual ni los dirigentes de las organizaciones obreras ni la de los partidos socialistas habían hecho nada positivo contra la carnicería humana en Europa, y se sometieron pasivamente a los respectivos gobiernos.



1922. Constitución de la AIT.

De izda. a dcha. y de arriba a abajo: Ritter, Schuster, Borghi, Lindstan, ?, Dissel, Orlando, Souchy, Shapiro, Rocker, Giovannetti, Lansink, Severin, D'Andrea y Abad de Santillan.

Había que echar una mano y tomé a mi cargo la vinculación con los países de Hispanoamérica, desde México a la Argentina. No fue difícil la adhesión de algunos de ellos, en los países que todavía podían moverse sin las trabas de las dictaduras militares o civiles.

La Federación Obrera Regional Argentina, la similar del Uruguay, en la órbita directa de *La Protesta*, se sumaron sin vacilación. Logré atraer a la Confederación General de Trabajadores de Chile, a la del mismo nombre en México, a entidades representativas del Paraguay, del Perú, del Brasil, aunque en estos últimos países el régimen político imperante no permitía el envío de delegados directos al congreso proyectado, y en ese caso se me pedía que los representase yo. La FORA envió delegados para que me secundasen en el congreso constituyente de diciembre de 1922 y también en el de Ámsterdam en 1924; Chile, México y Uruguay me confiaron su representación. Lo importante no era la delegación directa, sino la presencia de las organizaciones afines de la forma que fuese.

Habíamos celebrado una conferencia en Innsbruck en 1923, para facilitar la asistencia de los delegados italianos, y allí estuvieron Armando Borghi y A. Giovanetti.

Nos preocupaba la inseguridad en aquel momento de la CNT. Ferozmente perseguida nuestra organización en España y con la acción tesonera de los partidarios de Moscú, la situación no estaba todavía definida. En su congreso extraordinario de 1919, se había adoptado una actitud ambigua, y entonces era comprensible, con respecto a la revolución rusa, y recurrimos a todos los medios, a la correspondencia privada y a la prensa, para esclarecer la situación.

Se realizó el congreso constituyente de la nueva Internacional en Berlín, con la asistencia de las organizaciones obreras independientes, sindicalistas revolucionarias; la FORA

envió un delegado directo, el carpintero A. Orlando, y el indirecto era yo mismo. De España no sabíamos nada concreto al iniciar las sesiones. La decisión se tomaría en una conferencia clandestina que se realizaría en Zaragoza, y allí se resolvió romper todo vínculo con la Internacional Sindical Roja y fueron enviados dos delegados al congreso de Berlín, Avelino González Mallada y Galo Diez, que llegaron cuando el congreso había terminado. Se resolvió pasar por alto la ausencia española en las sesiones regulares y los delegados se adhirieron a la declaración de principios adoptada y a las resoluciones y acuerdos que habíamos tomado. La CNT se incorporó a la Asociación Internacional de los Trabajadores, pues otra actitud habría acarreado una grave situación interna. El informe de Pestaña sobre su viaje a Moscú había llegado oportunamente.

La declaración de principios de la nueva Internacional fue elaborada por Rudolf Rocker y aceptada sin discusión por todos los delegados. La delegación francesa proponía que el nombre de la nueva institución fuese Asociación Internacional de los Trabajadores Sindicalista Revolucionaria, y por sugerencia mía el nombre quedó como Asociación Internacional de los Trabajadores, una especie de reviviscencia de la primera Internacional.

En ese congreso nos encontramos representantes de la vieja guardia sindicalista libertaria y los de la nueva generación. De Suecia llegaron Albert Jensen, E. Lindstan, Franz Severin; de Holanda, B. Lansink y militantes jóvenes como Arthur Müller Lehning y Albert de Jong; por la Unione Sindacale Italiana acudió Armando Borghi, ya en el exilio, con su compañera, la

poetisa Virgilia d'Andrea; por varios países de Hispanoamérica asistí yo; la FORA había hecho llegar un delegado directo además, Orlando Ángel. Había delegados de Noruega, de Checoslovaquia, de los emigrados rusos, etc.

La Asociación Internacional de los Trabajadores no nació en un período propicio para su desarrollo e incluso para su mera subsistencia. No tardaron en surgir dictaduras militares, como la de Primo de Rivera en España, con lo cual la organización quedó fuera de la ley por siete u ocho años; se agravó también la dictadura de Carmona en Portugal y se consolidó el fascismo en Italia; también en los países americanos irrumpieron desde entonces frecuentes dictaduras antiobreras, de signo militar o político regresivo.

Acontecimientos penosos

En 1922 nos llegó la noticia de la muerte, en la penitenciaría de Leavenworth (Kansas), de Ricardo Flores Magon, el adalid de más jerarquía en la lucha contra el régimen porfirista. Si no estaba en relación directa con el gran revolucionario mexicano, hacía muchos años que seguía los pormenores de su calvario desde España y desde la Argentina, y mantenía estrechas y amistosas relaciones con sus amigos de México y con sus herederos espirituales. Emma Goldman y Alejandro Berkman también sentían viva admiración por Ricardo Flores Magon, a quien habían conocido en Los Ángeles poco después de su forzado exilio en los Estados Unidos, y con el cual habían

simpatizado fraternalmente. Igualmente Rocker y Max Nettlau tenían en alto concepto al revolucionario valeroso.

Pasados los primeros momentos de abatimiento por esa pérdida irreparable, me dispuse a rendir de algún modo tributo al que fue alma ardiente y abnegada de la revolución mexicana, y en la conmemoración del primer aniversario de su muerte llené un número íntegro del *Suplemento de La Protesta*, con el título de *Ricardo Flores Magon, el apóstol de la revolución social mexicana*. Los amigos de México reprodujeron ese trabajo con un prólogo de Librado Rivera, compañero del mártir, al que acompañaba en Leavenworth, con una monstruosa condena por su actitud condenatoria de la guerra mundial.

Si hacía muchos años que México era para nosotros un país al que considerábamos como algo nuestro, por las vinculaciones que manteníamos con los sobrevivientes y herederos de la epopeya contra el porfirismo, desde entonces lo fue mucho más. Por aquellos años, una de las fuentes para el estudio de la revolución mexicana fue nuestra presentación sintética del panorama de tantos años de sacrificio, y los materiales reunidos sobre el México revolucionario, entre los que figuraba una colección bastante completa del periódico *Regeneración*.

Pero la conmoción que nos había causado la muerte de Ricardo Flores Magon, en una penitenciaría norteamericana, no iba a ser la última. A comienzos de 1923 una carta de Roque Matera, de Buenos Aires, me preguntaba si sabía algo de Kurt G. Wilckens, que había desaparecido de los ambientes que solía frecuentar y se ignoraba su paradero. No nos causó

ninguna inquietud esa desaparición de Kurt, pero muy pronto iba a tener la explicación. El 27 de enero de 1923, por la mañana, arrojó una bomba contra el teniente coronel Héctor B. Varela al salir de su domicilio en la calle Fitz-Roy. Como en el acto de arrojar la bomba salió una niña de un portal y seguramente iba a resultar víctima inocente de las esquirlas, se atravesó de un salto en amparo de la niña y quedó él mismo herido en las piernas. La bomba había dejado al militar que dirigió la matanza de la Patagonia y a Wilckens aturridos y heridos. Kurt se arrastró dificultosamente hacia el militar y lo ultimó con las balas de su revólver Colt.

La noticia de lo ocurrido me conmovió profundamente. Reviví las escenas de nuestra amistad perfecta y jamás habría vacilado en dejar que el teniente coronel Varela continuase viviendo si su fin iba a ser el sacrificio del amigo tolstoiano. Pensé entonces que si hubiésemos permanecido en la Argentina Arrigoni y yo, el sacrificio de nuestro compañero no se habría producido, pues a raíz de su amistad con nosotros no se nos habría eximido de las peores persecuciones y venganzas. Y vida por vida, no habríamos consentido que Kurt sacrificase la suya en un gesto de represalia, por justificado que fuese.

Los diarios porteños publicaron fotografías de nuestro moblaje de la calle Sarandi.

Mal herido y mal atendido, nuestro amigo fue llevado a la enfermería de la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras y allí continuó penosamente la curación. Desde su celda, tan pronto como pudo, me escribió reiterando el pedido de libros y opúsculos tolstoianos que circulaban en Alemania y Austria, y

me informaba que en la celda contigua se encontraba nuestro amigo Horacio Badaraco, acusado de haber estado en relaciones amistosas con el autor del atentado.

El proceso contra Wilckens habría sacado a luz los crímenes perpetrados con autorización directa o con tolerancia por el gobierno y habría descubierto entonces lo que después fue aclarado amplia y documentadamente. Había que impedir el escándalo. Los nacionalistas lograron introducir entre los guardiacárceles a un instrumento de sus planes, un tal Pérez Millán, que había resultado levemente herido por los huelguistas del Sur en la primera huelga. Una noche, por la mirilla de la puerta de la celda que ocupaba Wilckens, descargó su fusil y dio muerte a nuestro amigo en el camastro que ocupaba, el 16 de junio de 1923, todavía no repuesto de las heridas recibidas en ocasión del atentado contra el teniente coronel Varela.

Una huelga general espontánea en Buenos Aires y otros lugares del país fue la respuesta de los trabajadores, pues Wilckens había entrado, como Simón Radowitzky, en el cariño y la admiración del pueblo laborioso argentino.

Pero el capítulo de la tragedia no había terminado. ¿Qué hacer con Pérez Millán, el asesino? Si se le procesaba y se le encerraba en la Penitenciaría nacional, los presos de la misma, políticos y comunes, no tardarían en poner fin a sus fechorías. En tales casos la solidaridad es algo como una obligación imperativa. Se resolvió hacerlo pasar por loco y fue conducido al Hospicio de las Mercedes, para alienados. En ese Hospicio había un joven yugoslavo, Lucich, que sufría manía de

persecuciones, especialmente contra los médicos, y al enterarse de que el matador de Wilckens estaba allí, pidió a los amigos de fuera que le llevasen un revólver y una noche disparó sobre el supuesto loco dándole muerte, para castigar así el asesinato de Wilckens.

Cuando me llegó la noticia del fin trágico de Kurt, la única reacción fue echarme a llorar. Elisa no podía comprender entonces la causa de esa conmoción y no eran aquéllos momentos para aclararle el porqué de aquel desahogo amargo, ni era momento para relatar lo que significaba para mí el fin del amigo querido.

Todavía quedaba en aquel 1923 otro motivo de sobresalto y de emoción. El 10 de marzo de 1923 fue asesinado Salvador Seguí en la calle de la Cadena, en Barcelona, junto con Comas, que le acompañaba, por pistoleros mercenarios. El hecho había consternado a todos los que sabían de su valor y de su significación en las luchas obreras y en la organización de los trabajadores. Era una de las grandes personalidades del movimiento confederal de España, junto con mi paisano Ángel Pestaña. Mucho me impresionó esa muerte vil, pero fue mayor la impresión cuando, poco después, vi su retrato en una publicación de los emigrados españoles de la dictadura primorriverista, en la que se relataba la trayectoria de ese luchador, en el que reconocí a aquel catalán que había venido a mi hospedaje en Madrid en 1918 para preguntarme qué pensaba hacer después de haber sido amnistiado. No le pregunté entonces quién era ni cómo se llamaba, aunque de nada hubiesen valido las respuestas, pues entonces no estaba familiarizado con los nombres de los miembros activos del

movimiento obrero, de los que apenas sabía algo sobre Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero.

Se había proyectado un encuentro anarquista internacional en Berlín, y desde Francia se me anunció que acudiría al mismo un militante japonés, el más activo en la difusión de nuestra literatura, Sakae Osugui. Debería orientarle a su llegada y servirle de traductor; dominaba el francés y el inglés. Pero no llegó.

Supe después que había sido detenido por la policía francesa en ocasión de una manifestación del primero de mayo en París y embarcado para el Japón y pocos meses después nos llegaron noticias de lo ocurrido.

Las bandas imperialistas de Tokio asaltaron una noche su vivienda y unos días después apareció en un pozo el cadáver de Sakae Osugui, de su compañera Noe Ito y de un sobrinito que albergaban. El ejemplo de Italia, de Alemania, era seguido también en el Japón para desbrozar el camino de sus ambiciones eliminando a eventuales adversarios.

Trabajo y lucha

Seguí concurriendo a las clases en la facultad de Medicina y a sus laboratorios; escuchaba a los maestros en las diversas especialidades; además concurría al Museo etnográfico y también hallaba tiempo para revisar viejas publicaciones y

libros y opúsculos raros, en el Archivo de la socialdemocracia, a cargo de un viejo miembro de nuestros sindicatos de oposición, que volvió con el tiempo a las filas originarias. Contribuía al diario *La Protesta* y sobre todo al *Suplemento*, en el que concentraba el mayor esfuerzo. Reuní en torno a la revista colaboraciones valiosas de todos los países y lenguas y en ella comenzó a publicar estudios sobre el México liberal y revolucionario José C. Valadés, luego una de las autoridades en esa materia.

Pero no contento con esa actividad en el diario y en la revista, comencé a preparar traducciones de libros, como la primera biografía de Errico Malatesta, escrita por Max Nettlau y publicada en alemán por la editorial de mi suegro, Fritz Kater; el autor de la obra hizo nuevos agregados para la edición castellana.

También me puse a difundir los escritos de Miguel Bakunin, casi desconocido en nuestra lengua, fuera de las páginas extraídas de sus manuscritos por Eliseo Reclus, a las que puso el título *Dios y el Estado*, y algunos trabajos relativos a la orientación ideológica de la primera Internacional y algunos otros fragmentos. Bakunin escribía en ruso, en alemán, en francés y también en italiano; el único libro suyo escrito en ruso, *Estatismo y anarquía*, no había sido traducido a ninguna lengua occidental y recurrí a la ayuda de Alexander Schapiro para incorporarlo a las ediciones de Buenos Aires. También la obra de Rudolf Rocker *Johann Most, la vida de un rebelde*, y otros trabajos suyos sobre temas de actualidad, teóricos y tácticos, encontraron amplia difusión en nuestra lengua, así como ensayos sobre la historia de la Internacional en España,

por Max Nettlau, y utopías de un mundo mejor, como *El humanisferio*, de J. Dejacque, y otras, de J. Grave, de S. Faure. Con todo eso teníamos en marcha una activa editorial, en aquellos años la más importante en lengua castellana. Tanto era así que Max Nettlau comenzó a elaborar una nueva biografía de Bakunin en cuatro tomos, una iniciativa que tuvo mala suerte, porque su publicación fue interrumpida en 1930 en Buenos Aires por el golpe de Estado del general Uriburu, y un segundo intento en Barcelona fue malogrado por el fin de la guerra civil. De los originales de la traducción hecha, que el propio autor revisó a petición mía, no he vuelto a tener noticias.

Todo ese afán no me impedía seguir de cerca las cosas de España a través de la correspondencia con los comités de la CNT y con los grupos libertarios formados en el exilio en Francia. El atentado contra el verdugo de Barcelona en 1924, oscuro ya entonces, fue un nuevo pretexto para intensificar la ofensiva policial despiadada. Para salvar la vida, muchos militantes, que no lo habían hecho antes, tuvieron que cruzar la frontera pirenaica y se refugiaron en el país vecino, aunque con el alma quedaban en España. Por eso era fácil encontrar en Francia voluntarios para cualquier aventura contra la dictadura primorriverista. El 6-7 de noviembre de 1924 se produjeron los hechos de Vera del Bidasoa, en los que intervinieron centenares de refugiados, y algunos de ellos perdieron la vida en la intentona, que desde lejos no nos pareció del todo clara y más bien tuvimos la sensación de que se trataba de una maquinación orquestada más o menos hábilmente por las propias autoridades españolas. Eusebio C. Carbó, entonces en Perpignan, nos dijo que había hecho todo lo que pudo para

paralizar a los compañeros que acudían entusiastas a aquella aventura, porque tampoco había visto claros sus orígenes; pero los comprometidos no le hicieron caso. Más tarde se supo algo más concreto al respecto y se confirmaron las sospechas que habíamos tenido.

Tropezamos a veces con algunas manifestaciones y juicios sobre temas actuales de Ángel Pestaña, de Juan Peiró, de Eusebio C. Carbó, de Felipe Alaiz y en la prensa de aquellos años quedaron vestigios de esos desencuentros, quizás exageradamente puritanos. Veíamos fantasmas donde no los había, pero la situación que atravesaban nuestros amigos en la península hizo que nos considerásemos obligados a intervenir desde lejos para prevenir peligros de desviaciones que juzgábamos trascendentes. Todo apartamiento de la visión que alentábamos en torno a la visión del movimiento obrero anarquista, nos parecía un delito y por algunos sectores se nos alentaba a mantener ese purismo dogmático. Fueron años de batalla y en la batalla no se razona con serenidad. De esa batalla surgió el libro *El anarquismo en el movimiento obrero*, en colaboración con Emilio López Arango, libro que editó en Barcelona en 1925 Martín Barrera, con el apoyo entusiasta de Tomás Herreros. Todavía pesaba en nosotros el período de la ofensiva pasional contra la penetración bolchevique en el movimiento obrero. No se razonaba, se combatía como desde una trinchera. En esa línea que defendíamos desde la prensa de Buenos Aires, se publicó en Blanes, por Manuel Buenacasa, Magriñá y otros compañeros, el periódico *El Productor*, todos ellos más o menos aferrados a nuestra interpretación, que nos toleraban por afecto personal figuras como Malatesta y Nettlau, pero que no compartían; tampoco la habría

compartido Miguel Bakunin, por el que sentíamos tanta admiración.

Remembranzas

En 1923 realizó la AIT una conferencia en Innsbruck, en los Alpes austríacos, lugar de extraordinario atractivo. Partimos desde Berlín Rudolf Rocker, Augustin Souchy y otros delegados. Al llegar a Munich, en Baviera, la policía alemana hizo descender a Rocker del compartimiento que ocupábamos en el tren, sin fijar la atención en ningún otro de los acompañantes. A Rocker se le seguían los pasos en sus recorridos por el país y se le temía por su ascendiente en los medios obreros. Fue rigurosamente registrado y hasta se le hizo descalzar para revisar los zapatos. No se hallaron bombas ni documentos que pudieran comprometerle y se le permitió seguir el viaje. En Innsbruck esperaban A. Giovanetti y A. Borghi, representantes de la Unione Sindacale Italiana, y allí conocí personalmente a Pierre Ramus, director de *Erkenntnis und Befreiung* de Viena, con el que hacía años estaba en relaciones epistolares; algunos trabajos suyos habían sido publicados en *La Protesta*.

En aquella conferencia alpina, apareció algún número del *Suplemento*, en el que figuraba la *Historia del movimiento obrero español*, por Arnold Roller, que había iniciado investigaciones sobre el tema; la redacción había hecho algunas notas aclaratorias. Pierre Ramus preguntó a Rocker quién había hecho aquella traducción y aquellas anotaciones y

Rocker le dijo que eran mías, lo cual asombró al activo militante libertario austríaco, pues en ese campo no era común que interviniesen jóvenes, sino personalidades más maduras y con larga barba blanca.

Terminada la conferencia regresamos a Berlín sin ningún contratiempo.

El doctor Nettleau venía todos los veranos a vernos y eran ésas las ocasiones propicias para conversaciones más íntimas, y así pude conocerlo y valorar más a fondo sus méritos, su saber, su independencia intelectual. En el verano de 1924 los refugiados rusos me pidieron que los presentase al sabio que había rescatado a Bakunin del olvido y de las leyendas hostiles. No pude rehusarles esa petición y una tarde nos reunimos en la pequeña habitación que ocupábamos con mi compañera, habitación del tamaño de una celda de prisión, y en ella se acomodaron o quedaron de pie Volin, Yartchuk, Archinof y otros más, y también Ugo Fedeli.

A Nettleau no le atraía el contacto multitudinario; mantenía las mejores relaciones con uno o dos amigos de cada país y eso le bastaba. No se abrió sino escasamente al diálogo y no se mostró muy expansivo.

Cuando los refugiados rusos se despidieron me dijo que ciertas personas, como Piotr Archinof, le hacían daño; y es que ese compañero ya andaba con la idea de la Plataforma, una asociación casi militar del anarquismo, algo que el sabio vienés no podía admitir ni soportar. El diálogo que mantuvo fue casi exclusivamente con Volin. Archinof acabó por regresar a Rusia,

perdonado por su pasado, lo que no impidió que Stalin acabara por disponer su ejecución.

Nettlau era el polo opuesto de toda dogmatización y de toda regimentación. La tolerancia y la libre experimentación eran para él fundamentales. Me contó de sus encuentros en Londres con Kropotkin y de la cerrazón agria de éste a toda duda sobre la superioridad del comunismo anárquico, negándose a escuchar la más mínima objeción al respecto. Cuando unos años después traducía páginas de Malatesta en las que admitía la pluralidad de soluciones económicas, no pude menos de pensar en el fruto de la larga y cordial relación del gran revolucionario italiano con Max Nettlau, una posición a la que yo mismo me sumé, algún tiempo después, abiertamente. Entre los muchos españoles que llegaron por aquella época a Berlín, la mayoría en tránsito para hallar refugio en la Unión Soviética o con fines de estudio directo de la nueva situación allí, ó para salvarse de persecuciones en el país de su actuación, recuerdo especialmente a uno que fue acogido con singular simpatía y afecto: Valeriano Orobón Fernández, vallisoletano, singularmente dotado; había dirigido en Francia uno de los periódicos de la emigración del período de Primo de Rivera; tuvo que ponerse a salvo para escapar a la detención y a un proceso. Vino a verme en los primeros meses de 1926, y trabó también relaciones con Rudolf Rocker y con Augustin Souchy; era fácil advertir que se trataba de un joven excepcional.

Halló medios de vida como profesor de las escuelas Berlitz y cuando comprobaron sus condiciones didácticas lo trasladaron a Viena y fue conectado con Max Nettlau. En general, no

queríamos que se perturbara al sabio historiógrafo con visitas de admiradores, pero cuando conoció a Orobón quedó inmediatamente prendado de su personalidad. No ocurrió con él lo que había ocurrido con Archinof.

Un ofrecimiento inesperado

Nuestro hogar había crecido con la llegada de un hijo y buscamos una vivienda más adecuada, fuera de la zona central de la gran ciudad. Uno de los miembros de la FAUD tenía una casita modesta con una pequeña huerta de frutales en Alt-Glienicke, lugar adecuado para el verano, pero también se utilizaba para el invierno, pues una estufa de carbón servía para caldear el ambiente en caso necesario; allí reunimos todos nuestros enseres, la máquina de escribir, los libros, las ropas.

Si el cambio al domicilio anterior lo habíamos hecho con un carrito de mano alquilado al efecto, esa vez tuvimos que recurrir a un carrito tirado por un caballo. Nuestro ajuar iba en aumento.

Aunque distábamos una media hora de tren, no faltaban visitantes, amigos y parientes en la nueva morada. El alquiler era bajo y teníamos a disposición la fruta del huertecito, que regábamos y atendíamos en los momentos en que dejábamos en paz la máquina de escribir. El heredero, de menos de un año, podía desarrollarse allí mejor que en una habitación de la gran ciudad. Lo que decayó fue la asistencia a la facultad y los trabajos más o menos reglamentarios de la carrera.

Nos tocó un invierno extremo; no le temíamos a la nieve, pero la temperatura llegó a 35 y hasta 40 grados bajo cero; se congeló el agua de las cañerías y la estufa encendida no alcanzaba a templar el ambiente y apenas se sentía su efecto a pocos centímetros de distancia.

Nos trasladamos momentáneamente a la vivienda de un cuñado, en la que disponíamos de una cocina grande y de algún rincón para dormir y trabajar.

Con los nuevos huéspedes, el departamento era un lugar un tanto caótico y agitanado, pero como tan sólo permaneceríamos allí hasta que la ola de frío polar decreciese un poco, aquel trastorno no nos complicó la vida; los cuñados no tenían hijos entonces y las molestias de nuestra presencia eran soportables.

Además nos llevábamos muy bien con el matrimonio, Lotte y Willy. Lotte acudía siempre que le era posible a sacar a nuestro hijo a pasear en trineo, si el tiempo lo permitía.

En la cocina atiborrada y en desorden que nos servía de dormitorio, había un rincón para mi máquina de escribir, y un día apareció allí un señor de Cataluña, alto, con los signos externos de un status económico muy distante del nuestro. Elisa vio en su mano un brillante que debía de valer una fortuna. Nos dio su nombre y nos dijo que le habían proporcionado la dirección en la FAUD. Venía de Barcelona con el propósito de hacernos una oferta. Algo sabía de mí, de mi pasado, aunque jamás nos habíamos visto. El ofrecimiento era el siguiente:

Era propietario de una imprenta en la que ya su padre había trabajado hacía muchos años para las organizaciones libertarias, ubicada en la calle de la Unión. Por su parte estaba ligado a diversas industrias y negocios, propios o en los cuales tenía intereses.

Ponía a mi disposición la imprenta en plena capacidad de producción y además un millón y medio de pesetas para que hiciese con todo ello lo que quisiera, libremente, como si se tratase de una empresa propia. La propuesta no podía ser más tentadora; pero surgían algunos inconvenientes; primero, no podía abandonar el diario, la revista, la empresa editorial de Buenos Aires; habría sido para aquellos amigos una deserción imperdonable, y no la concebíamos posible.

Barrera y López Arango eran mis amigos íntimos y lo sacrificábamos todo por aquella empresa de propaganda a la que dábamos todas las horas, todos los esfuerzos y todos los anhelos.

En segundo término, el general Primo de Rivera no habría visto favorablemente nuestra presencia en Barcelona. Lo mismo que en algunos aspectos de carácter moral, de responsabilidad, de dedicación al trabajo éramos conocidos y respetados, podría ocurrir que las leyendas y fantasías que suelen circular fácilmente no diesen de mí la imagen real. Me hubiese sido muy grato contribuir al mantenimiento y al esclarecimiento de nuestro movimiento en España, pero tenía que ser a costa de la participación en el de la Argentina y América del Sur.

No pregunté a aquel señor de qué modo había pensado en mí para arriesgarse a hacer la oferta que me hacía. Pensé que no pudo ser más que por medio de Tomás Herreros, de Ángel Pestaña, de Antonio García Birlan o de algún otro de los amigos de Barcelona. No acepté la imprenta ni el millón de pesetas, pero quedé hondamente impresionado y el gesto de aquel catalán quedó grabado para siempre en el recuerdo.

Realizaba ese imprevisto visitante ediciones de libros para utilizar los espacios libres de la imprenta y me pidió que le hiciese llegar originales que juzgase adecuados; le envié, entre otros, la *Incitación al socialismo*, de Gustav Landauer, y a vuelta de correo me llegó el pago correspondiente.

No tengo propensión al rencor ni siquiera contra los que hayan procedido mal conmigo o me hayan dañado de algún modo; los olvido muy pronto. Pero no olvido a los que me hayan hecho un bien o hayan intentado hacerlo. Y a aquel señor de Barcelona no lo he vuelto a olvidar y tampoco habría podido hacerlo.

Pasada la ola meteorológica de tan bajas temperaturas, volvimos a nuestra casita campestre de Alt Glienicke, y reanudamos la rutina, apenas interrumpida, del trabajo sin descanso.

El segundo congreso de la AIT en Ámsterdam

En marzo de 1925 realizó la Asociación Internacional de los Trabajadores su segundo congreso. La cita fue para Ámsterdam

(Holanda). Era una oportunidad para encontrarme y reencontrarme con viejos y nuevos compañeros, de Suecia y Noruega, de Dinamarca, Holanda, Italia, Francia, España y Portugal, sin contar a muchos otros elementos afines que acudirían a presenciar la reunión. De la Argentina había llegado el tucumano Julio Díaz y los dos representábamos a la FORA; además tenía la representación de la CGT de México y de otras instituciones y núcleos de América del Sur.

Por España acudió Eusebio C. Carbó; por Italia, Armando Borghi; también había llegado un delegado directo de la CGT portuguesa, donde el régimen del general Carmona, continuado por Salazar, iba a poner pronto fin a toda manifestación de la organización obrera. En España misma toda actividad social era imposible; los que no habían podido emigrar a Francia, debían cuidarse para no engrosar estérilmente la población carcelaria.

En Alemania, la crisis económica era grave y no se veía una salida; la desocupación, el paro obrero se extendía por todas partes y era poco menos que inútil centrarse en la reclamación de más altos salarios. Por Alemania asistieron los miembros de la Comisión administrativa de la AIT, Rocker, Schapiro, Souchy; y Fritz Kater por la FAUD

Fue por entonces cuando iniciamos una campaña en nuestra prensa en favor de una disminución de la jornada laboral, no para acortar el horario de trabajo, sino para incorporar de ese modo a los sin trabajo, aun a costa de la reducción del nivel salarial alcanzado por los trabajadores que tenían ocupación.

Sosteníamos en aquellas circunstancias que había que sacrificar, por parte de los trabajadores activos, una parte de sus ingresos para dar cabida en el proceso productivo a cierto número de los sin trabajo y sin auxilio de paro. De ahí la proposición de la jornada de seis horas, que fue aprobada por el Congreso sin mayor discusión. Ante la crisis mundial que se avecinaba, que se preveía inevitable, mucho antes del Crack de 1930 en los Estados Unidos, la disminución de la jornada laboral, aun a costa de un acortamiento de los salarios corrientes, me parecía un aporte sustancial de los mismos trabajadores ante una situación en extremo difícil, pues además se imponía el progreso tecnológico y la estructura productiva que se llamó luego la racionalización. La disminución de la jornada podía ser un alivio, aunque no un remedio para curar todos los males del sistema económico irracional y monopolista. En muchos otros congresos obreros se propuso la jornada de seis horas como una defensa y una respuesta a la crisis creciente, amenazante.

Tuve algunos choques, no en el congreso mismo, sino marginalmente, con Alexander Schapiro y con Eusebio C. Carbó; con el primero en razón de la falta de pago puntual de las cotizaciones de nuestros países de América, en lo que no le faltaba razón, pero yo no quise reconocer esa falla aludiendo a los altos gastos realizados para la defensa de los presos, que eran entonces muchos; con el segundo, al pretender que admitiese un delegado de la Unión Sindical Argentina, aunque sólo fuese como observador. Ese delegado era Luis di Filippo, al que conocía desde sus primeros pasos en el movimiento en Rosario. Mi réplica a Carbó consistió en sostener que el asunto de la armonía de las organizaciones sindicales de la Argentina

debía tratarse en el propio país y no fuera, y la admisión de un delegado en el Congreso, aunque fuese como observador, podría traer más conflictos que beneficios.

Eran aquellas discrepancias mínimas, pero daban margen para mayores desavenencias. La experiencia ulterior me hizo ver que muchas de las disputas y muchos de los desencuentros que suelen producirse en las filas de los movimientos revolucionarios son causados mucho más por diferencias temperamentales que por motivos propiamente ideológicos y tácticos, fuera de los casos en que la orientación común es inconciliable si por un lado se reivindica la libertad, la autonomía, y de otro la tiranía, la dictadura, el centralismo absorbente, como era el caso del bolchevismo y del sindicalismo libertario, incompatibles.

El congreso terminó con un acto público en un vasto salón en el que Rudolf Rocker supo elevar el nivel de aquellas jornadas con una brillante intervención; intervención aplaudida hasta por los que no habían entendido el significado literal de sus palabras. Había llegado al alma de los oyentes con el tono de su voz, con sus gestos, con su elocuencia. ¿Qué importaba lo que decía, el pensamiento concreto? Bastaba su modo de decirlo, la atracción de su personalidad en la tribuna.

En Holanda y en Francia

En Holanda tuve el primer contacto físico con la monarquía.

Una tarde fui en compañía de Albert de Jong a una exposición de flores en Harlem, una ciudad no lejos de Ámsterdam. Como era una hora avanzada y se cerraría pronto el amplio local, entré a toda prisa y tropecé con una señora de edad madura, bastante entrada en carnes, a la que acompañaba una niña de doce o trece años y un señor de alta talla. Pedí perdón como pude por aquel pequeño incidente y entré en el salón. Albert de Jong me preguntó luego si sabía a quién había atropellado, y me explicó que aquella señora con la que había chocado apenas en mi precipitación era la reina Guillermina y la niña la princesa heredera, y tuvo alguna calificación despectiva para el caballero que las acompañaba. Me estremecí entonces por lo ocurrido, pero después de ocurrir. ¿Era posible tropezar así, como con un transeúnte cualquiera, con la reina de un país? En España no se habría podido imaginar un encontronazo de esa naturaleza con la majestad real, y en todo caso no habría dejado de tener consecuencias.

Después tuve ocasión de ver en las calles de Estocolmo, en Suecia, al rey Gustavo, como un ciudadano cualquiera, sin acompañamiento alguno. Como era una figura conocida, era saludado respetuosamente por los que lo hallaban en su camino. Y también vi en Copenhague al rey de Dinamarca, en bicicleta, en dirección a una pequeña granja que atendía personalmente. Algo por el estilo no lo había experimentado en las repúblicas democráticas en que había vivido, en las que un presidente era algo excepcional que apenas tenía contacto con su pueblo; y en España tampoco se concebía algo así.

Habría deseado permanecer algunos meses en Holanda. Me había encontrado con J. Giesen y con Barthelemy de Ligt, del

Bureau Internacional Antimilitarista, un ambiente de alta jerarquía intelectual y moral. Por recomendación de Giesen fui a vivir en la casita que ocupaba un objetor de conciencia belga, Adamas, no lejos de Harlem. Su larga barba blanca le daba una apariencia de profeta bíblico. Mi presencia en aquel lugar, con la esposa de Adamas y una niña, era un alivio económico, porque no tenían ningún ingreso fijo y dependían de la solidaridad del Bureau Internacional Antimilitarista. Adamas no se preocupaba de esas pequeñeces; era amigo de los pájaros, y como yo le proporcionaba todos los días algunos fondos, compraba todos los granos posibles y era un espectáculo mañanero la concentración de millares y millares de pájaros de Holanda y de Bélgica para el desayuno que les ofrecía aquel amigo.

Aquello era muy humano, muy simpático, muy digno, pero me resultaba un poco caro; los pájaros rodeaban a Adamas como a un cordial amigo y tuve que hacerle comprender que mis recursos no permitían tanta generosidad con las aves.

La presencia en aquella casita del amigo de las aves, que debía acarrear perjuicios a los que trabajaban sus huertos en los alrededores, y de un extranjero que manejaba muchas horas la máquina de escribir, llamó la atención de las autoridades locales, que hicieron averiguaciones y supieron que había llegado al país como delegado al Congreso de las organizaciones obreras sindicalistas revolucionarias, y eso fue bastante. Se resolvió que debía abandonar Holanda y se fijó el plazo para la salida. Los compañeros de la NSV querían interponer recursos para evitar esa resolución, pero no lo estimé necesario. La madrugada del día fijado para abandonar

el lugar, estaba la policía holandesa a la puerta para acompañarme a la frontera que eligiese.

Previamente se había hecho conocer la situación a un grupo de compañeros jóvenes, y ellos me ayudaron a salir por el fondo de la casa sin ser visto, y a emprender a pie la fuga, independiente de la compañía policial indeseada.

La meta primera era La Haya, donde debía actuar de traductor en una intervención oratoria de Armando Borghi, que hablaría en italiano en una reunión de holandeses. Caminamos muchas horas por sendas poco transitadas y al oscurecer llegué a destino. Al llegar al local de la anunciada conferencia e iniciado el acto, me quedé profundamente dormido. Cuando llegó el turno de la versión que haría en alemán al terminar el orador la exposición, me despertaron. ¿Qué había dicho? No lo sabía, no lo había oído. Fue probablemente esa frustración la que hizo que Borghi y yo no hayamos tenido en lo sucesivo las relaciones propias de la misma línea ideológica, aparte de la diferencia temperamental que nos separaba.

De La Haya fuimos al día siguiente a Bruselas, y de Bruselas a París. El anecdotario de esas andanzas es denso.

Llegados a la capital francesa, Borghi sugirió que debía inscribirme en un curso de interés para nosotros en la Sorbona, sobre temas económicos y sociales, dictado por especialistas de gran jerarquía. No me pareció mala la idea. Fui a las oficinas correspondientes a pedir la inscripción para asistir al curso de mi interés. Cuando los funcionarios vieron por encima la documentación que presentaba, como alumno de la

universidad de Berlín, exclamaron con furia mal contenida:

—¿Cuándo nos van a pagar los «boches» las deudas de guerra?

¿Qué tenía yo que ver con eso? No debía nada a Francia. Pedí la devolución de mis papeles y renuncié a la inscripción en el curso recomendado.

Hallándome en París no podía dejar de visitar a Jean Grave, el centro motor muchos años de la propaganda anarquista en Francia a través de *Les Temps Nouveaux* y de sus libros, difundidos también en lengua española, sobre todo desde Barcelona, desde Valencia y desde Buenos Aires. Manteníamos buenas relaciones y él sabía lo que representaba, nuestro foco de acción en la Argentina. Grave era diametralmente lo contrario de Sebastián Faure, gran orador, de buena talla, de prestancia atractiva, de gestos cordiales; Jean Grave no atraía, no impresionaba por su modo de ser; parecía demasiado concentrado en sí mismo y la obra esencial de su larga trayectoria de beligerancia, desde *La Révolte* a *Les Temps Nouveaux*, fue producto de su pluma, no de su palabra. Fue secundado siempre por Pedro Kropotkin y también por Eliseo Reclus. La armonía entre Faure y Grave no era posible; eran dos temperamentos y dos cualidades que no se toleraban.

Hablamos del movimiento anarquista en Francia y no disimuló su acritud y su disconformidad. Las nuevas generaciones no querían saber nada de él y vivía bastante aislado en Robinson. Para mí era una página de historia y me imponía respeto, aunque no siempre hayamos coincidido en

algunos puntos y menos en aquellos años en que la tolerancia y la convivencia no eran notas dominantes. Me ofreció las memorias de su pasado y de su interpretación de hechos en debate siempre, y las fuimos publicando en el *Suplemento*; posteriormente aparecieron en la lengua original, no muy favorablemente acogidas por los compañeros viejos y jóvenes a causa de los acontecimientos amargos que narra en ellas, especialmente sobre las diversas oleadas de mera violencia, exaltada sin límites por literatos disconformes que veían como una panacea la propaganda por los hechos de rebelión, cualquiera que fuese el daño que hacían y los estragos que causaban al movimiento libertario.

En el curso de la conversación, mientras nos sentábamos a la mesa que había cubierto la compañera con algunas pastas dulces de mi preferencia, Jean Grave me dijo:

—¿Sabes que ha muerto hace pocas semanas en tu país (creía que yo era argentino) ese cochon de Girault?

No lo sabía, pues en los años en que Girault vivió en la Argentina, desde 1898 hasta su muerte, jamás tuvo contacto alguno con el anarquismo en aquel país, aunque algunos viejos camaradas franceses sabían de su existencia allí. Ese cochon de Girault era el individuo que había arrojado una bomba en la procesión del Corpus en la calle Cambios Nuevos de Barcelona, origen de la tragedia de las torturas y ejecuciones en el castillo de Montjuich, una página de horror como pocas otras, hasta llegar a la civilización en que estábamos viviendo, en la que los Girault abundan, procedentes de los más variados orígenes.

En Francia se habían reunido varios millares de libertarios españoles, unos de la época del pistolero auspiciado por el general Martínez Anido y las organizaciones patronales catalanas, otros que hubieron de salvarse al otro lado de la frontera pirenaica ante el acoso de la dictadura de Primo de Rivera. Los grupos anarquistas españoles formaron un Comité de relaciones, antecedente de lo que fue luego en España la FAI Surgieron periódicos de propaganda, *Iberión*, *Liberión* y algunos otros, y sobre todo la *Revista Internacional Anarquista*, en tres idiomas, español, francés e italiano. Esa floración de la propaganda libertaria en Francia tuvo detrás a Buenaventura Durruti, a Francisco Ascaso y a Gregorio Jover. Sebastián Faure fue encargado de la preparación de una enciclopedia anarquista y lo encontré en la imprenta en que se imprimía. Sebastián se había esforzado apasionadamente en la defensa de Durruti y Ascaso cuando fueron reclamados por el gobierno argentino, que llegó a enviar un barco de guerra en su búsqueda, malograda por una vigorosa agitación que sacudió en favor de los reclamados a la opinión pública de Francia y otros países de Europa. Sebastián no tenía rival en Francia desde una tribuna pública por su elocuencia avasalladora.

En Buenos Aires publicamos sus *Propos subversifs* y su utopía *Mon communisme*.

Ascaso y Durruti no estaban entonces visibles. Visité la Librería Internacional, otra creación suya, a cargo de Ferandel, centro importante de difusión de nuestra literatura, la versión externa de lo que sus promotores, de fama mundial por su combatividad, llevaban dentro, en el cerebro y en el corazón.

Vuelta a Berlín

Regresé a Berlín y me concentré, más que en los últimos tiempos, antes del congreso de Ámsterdam, en la asistencia a la facultad de medicina, sin abandonar por ello mis tareas y mis contribuciones a la prensa de Buenos Aires y a sus afanes editoriales. Sin embargo, había perdido mucho del interés inicial por esa carrera.

Había hecho una experiencia importante, y pude comprobar que los alemanes no eran una raza superior, sino que su nivel, su captación de los problemas y su capacidad para resolverlos era la común en cualquier otra parte. La diferencia estaba en que, mientras la mayoría de ellos se concentraba en una dirección persistente, en una dedicación constante, adquiriendo un dominio en el oficio o la especialidad de su elección, que quizá no alcanzáramos los que entretanto habíamos andado o probado cien caminos. Cualquiera que se ajustase lo mismo a un solo objetivo podría alcanzar la pericia y el dominio a que llegaban pacientemente los alemanes. En ningún instante tuve la sensación de que los no alemanes, los llamados latinos, éramos una raza, un conglomerado inferior.

Comprobé el resurgimiento agresivo, ampliamente amparado por las fuerzas industriales y financieras y por los núcleos todavía poderosos del imperio, del nacionalismo, de la antirrevolución, corriente que podría, resultar peligrosa dada la situación que atravesaba el país, con grandes masas sin trabajo

y con un gobierno teóricamente perfecto con su Constitución de Weimar, pero prácticamente ineficiente, que se resistió a mirar de frente el robustecimiento de sus adversarios de derecha, de centro y de izquierda. Los asesinatos políticos no hacían más que continuar los métodos aplicados por Gustav Noske; Walter Rathenau fue ultimado, porque estorbaba a los que aspiraban a una nueva Alemania superpotente, revanchista.

Al triunfo ulterior de la reacción nazi contribuyó eficazmente el stalinismo de Ernst Thälman. El comunismo era una fuerza importante, pero era más dinámico que la socialdemocracia de Fritz Ebert, y hallaba eco en su prédica contra el partido gobernante. Pero mientras las gentes adictas al comunismo y sus dirigentes centraban el peso de su agresión y de su hostilidad contra la socialdemocracia, las formaciones paramilitares del hitlerismo no tenían ninguna traba en sus ejercicios, que solíamos descubrir en nuestras excursiones domingueras. Las advertencias y reparos que se hacían a los socialdemócratas y a los líderes de los sindicatos centrales que conocíamos, no tuvieron más éxito que las que hicimos unos años después a los republicanos en el poder en España.

En el huertecito de Fritz Kater, lugar de recreo y descanso tanto como complemento alimenticio para el hogar, al que el viejo Fritz iba los días festivos cargando al hombro a su nieto, nos reuníamos algunas veces con Rudolf Rocker, Emma Goldman y otros antiguos militantes de la época de la ley bismarckiana contra los socialistas y para cambiar impresiones sobre el ayer vivido y el mañana por vivir, nada lisonjero. Eran encuentros muy gratos.

En una de esas ocasiones me decía Emma que un militante no puede cargar con el peso de una familia, para no correr el riesgo de hacerle sufrir las consecuencias de los altibajos de la lucha; lo decía al ver a nuestro pequeño moverse en el huerto del abuelo.

Los problemas de España no los dábamos de lado en ningún momento; la guerra de Marruecos era una preocupación obsesiva y la denunciábamos como un semillero de nuevas guerras; era una empresa imperialista de los gobiernos de España y de Francia, dirigida contra pueblos que ningún mal habían intentado contra los proletarios españoles y franceses; y como toda guerra sólo era ejecutada, pagada, sufrida, por los trabajadores en forma de soldados o de asalariados en las fábricas de armas y municiones. Poner obstáculos en el camino de la guerra de Marruecos es obra de humanidad y un deber revolucionario. Conservo en la memoria una reunión a la que asistieron Rudolf Rocker, Emma Goldman y Alejandro Berkman, Max Nettlau y el doctor M. A. Cohn, de Nueva York.

El doctor Cohn era un hombre rico y quiso testimoniar su generosidad ofreciendo al sabio vienés un traje nuevo, pues llevaba el único que le quedaba, bastante maltrecho desde la guerra mundial y las penurias sucesivas. Nettlau, que admitía con gratitud la ayuda que yo le proporcionaba por su contribución a nuestra prensa, rehusó aceptar el ofrecimiento del hombre rico. Me dijo:

—Hoy quiere que me cambie de indumentaria y mañana puede querer que me afeite la barba. ¡No!

La reunión convocada era para proponer el traslado a los Estados Unidos de las colecciones documentales de Max Nettlau. La idea me hizo saltar del asiento.

Mientras los demás asistentes hubieran querido razonar en torno al pro y al contra del proyecto de trasladar a los Estados Unidos aquél tesoro único, yo no pude aguantar y reaccioné con cierta virulencia. Y eso debió de ser un alivio para el sabio y también para Rudolf. Se quedó en que esas colecciones no podían salir de Europa.

Desde entonces comenzó Arthur Müller Lehning a trabajar pacientemente para que el doctor Nettlau se aviniese a reunir su riqueza documental en Ámsterdam. Fue una brega larga, paciente, tenaz, y acabó triunfando. Yo no estaba ya en Alemania. Nettlau mismo fue alojado en el Instituto de historia social que había fundado el profesor Posthumus en Ámsterdam.

Era un período lleno de inquietudes, de motivos de agitación, de lucha, de intensa preocupación.

Sacco y Vanzetti continuaban en peligro en Boston y su causa absorbía los mayores esfuerzos de todos los que sabíamos de su inocencia. En España, la dictadura de Primo de Rivera era insoportable, y hay que haber vivido aquella época para comprender actitudes e iniciativas que de otro modo parecerían anómalas o excesivamente peligrosas.

Nuestra situación interna en la Argentina

La historia de desencuentros y hostilidades internas en el movimiento libertario es desconsoladora y amarga, como la del enconamiento de tantos años entre los colectivistas de la primera Internacional y los comunistas anarquistas kropotkinianos y luego, o simultáneamente, entre los individualistas stirnerianos y los de tendencia comunitaria, socialista. Un fenómeno que cuesta explicar si no se recurre al espíritu de secta, tan arraigado en todo grupo humano.

En la Argentina, las discrepancias e incompatibilidades personales se fueron agravando en los últimos años hasta el extremo que se reclamó con insistencia mi retorno, aunque sólo fuese por un año, imaginando que mi presencia pudiera ser un calmante en aquella beligerancia intestina. No me consideraba con tanto poder como para curar de raíz esos males, y resistía la invitación. ¿Y pretendíamos ser portavoces de la concordia universal, de la confraternización de todos los seres humanos?

Mi amigo Apolinario Barrera, todo abnegación y capaz como pocos en las funciones a su cargo de administrador de *La Protesta*, había tenido que abandonar el diario, que era como la razón de su vida. El delito cometido era el siguiente: Barrera vivía con su compañera y una hijita de pocos años en una habitación de los talleres gráficos, respirando el aire malsano del ambiente, contaminado por el plomo de las linotipias y por el funcionamiento, día y noche, de las máquinas. La salud en

esas condiciones corría riesgos inevitables, y una compañera nuestra, una vieja amistad, Salvadora Medina Onrubia, esposa del propietario del diario *Crítica*, no pudo tolerar con indiferencia aquella situación y propuso que Barrera asumiese alguna función directiva en los talleres del diario vespertino por unas horas y con esos ingresos podría alquilar una vivienda habitable, más sana para él y su familia.

López Arango y otros miembros del grupo editor no quisieron tolerar esa salida; Barrera, no sin hondo pesar, dejó la administración del querido diario. Hombre de gran austeridad moral y de honestidad ejemplar, fue designado entonces intendente general de los grandes talleres de *Crítica* y así quedó rota una vinculación estrecha y vital de muchos años en torno al diario anarquista.

Por otra parte, se habían agudizado las rencillas en el propio movimiento obrero, el de la FORA, acaudilladas por elementos en disidencia con López Arango. ¿Cuáles eran las razones de esa disidencia? Expansiones de un personalismo y de una larvada ambición de liderazgo, de destacarse de algún modo en el seno de un movimiento ideológico y reivindicativo en el que mi amigo había puesto todas las cartas de su baraja. Se publicaron periódicos libertarios independientes y gremialistas con el solo objetivo de avivar una crítica no siempre coherente y razonada, pues fuera de ese matiz de oposición al máximo responsable de la conducción del diario, no había nada fundamental que nos separase a unos de otros. Por otra parte, los redactores de uno de esos periódicos, el semanario *La Antorcha*, estaban dotados de reconocidos méritos y de preclaros antecedentes y habían adquirido influencia en

diversos grupos y sectores y su beligerancia era secundada por *Pampa libre*, otro órgano de prensa de Santa Rosa, en La Pampa, por *Ideas*, periódico de La Plata, y otras publicaciones. De todos ellos lo único que nos separaba era el modo de ser bohemio o semibohemio de algunos de sus responsables, que no condecía con la moralidad nuestra. Además de esas disidencias internas, estaban las discrepancias y rivalidades con las otras centrales sindicales, la Unión Sindical Argentina y las organizaciones que seguían las recomendaciones e inspiraciones del Partido socialista y de las corrientes comunistas.

En septiembre de 1924, a propuesta de la Federación Obrera local Sanjuanina y de la Federación provincial de Mendoza, de la FORA, fueron marginados los grupos responsables de *La Antorcha*, de *Pampa Libre* e *Ideas*, una excomunión que excluía de todo cargo representativo en los sindicatos a los simpatizantes de esos núcleos. Movidos por esa excomunión, un grupo de miembros de la FORA llevó a cabo un sorpresivo ataque violento contra los animadores de *Pampa Libre* y quedó herido Jacobo Prince, un militante muy capaz y una promesa que, si no quedó en el local asaltado, cargó todo el resto de su vida con los efectos vergonzosos del acto infamante.

Desde Berlín condené ese procedimiento y no pude considerar desde entonces a los ejecutores de ese hecho vandálico dignos de marchar a nuestro lado. Exhorté desde lejos a la concordia, a la aproximación fraterna, porque de otro modo podríamos llegar a cada vez mayores desastres.

Aquel campo de Agramante, en un ambiente que tenía por

esencia una doctrina, una orientación moral superior, estaba dando el espectáculo de una caída demasiado peligrosa para no sentirse alarmados. Además, en aquellas circunstancias, con el fascismo en Italia, con una Alemania al borde del colapso, una España en que la dictadura seguía causando males crecientes a nuestro movimiento y al país en general, éramos el movimiento social más importante, después del español, entonces en trance difícil.

Como en todos los años de mi permanencia en Alemania habíamos realizado una labor juzgada positiva, inspirábamos confianza en todos o en casi todos, también entre los eventuales disidentes, con los que nada me impedía el contacto personal y la discusión amistosa. Por eso surgió la idea de que podría ser un factor decisivo de la pacificación interna. Pero una vez más iba a experimentar que en ciertas condiciones es más fácil y quizá más acertado tomar partido por la guerra que por la paz, aunque hubiese llegado a la convicción de que era preferible salir vencidos a resultar vencedores en la guerra.

Planteadas aquellas luchas suicidas, pude haber hecho otra cosa y dejarlas a su arbitrio; pero el alejamiento del diario no habría sido ninguna solución, pues tampoco nos habríamos podido integrar con los que lo combatían. Eso aparte de la amistad y confianza que me inspiraban Barrera y López Arango, de cuya honestidad e integridad tenía plena conciencia.

Resistí meses y meses a las llamadas urgentes y al fin no tuve más remedio que embarcar por tercera vez para la Argentina, en la segunda mitad de 1926. Marché solo, en la vaga

confianza de que la difícil misión podría cumplirse en un año. En Berlín quedaron Elisa y mi hijo y allí quedó también mi biblioteca y la copiosa documentación que había reunido. Un año pasa pronto, y pronto volvería a trabajar como antes, sirviendo de nexo a nuestras publicaciones con el movimiento social libertario de Oriente y de Occidente, del Norte y del Sur.

Mientras navegaba por el Atlántico se produjo en París la detención de Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y Gregorio Jover; se les acusaba de haber organizado un atentado contra Alfonso XIII, que había de pasar por la capital francesa, procedente de Londres, en los primeros días de junio. De la noticia me enteré después de la llegada a Buenos Aires.

V. 1926-1933

POR TERCERA VEZ EN LA ARGENTINA

En el Cap Polonio, nuevo transatlántico alemán, llegué a Buenos Aires en la segunda mitad del año 1926. Algo había cambiado en el mundo del transporte desde 1905, el año de mi primer cruce del Atlántico. Antes, los pasajeros de tercera eran considerados y tratados poco más o menos como se consideraba y trataba a los esclavos, más bien peor, porque un esclavo costaba algún dinero y un pasajero de tercera no significaba nada después de haber abonado el precio del viaje, importando poco que llegase vivo o no a destino. Se había realizado un progreso efectivo, pues hasta en la clase más barata, la de tercera, se podía viajar con limpieza, con cierto confort, con buena higiene; las semanas que duraba el cruce del océano no eran de sufrimiento y de irritación, sino de descanso.

Ocupaba la presidencia de la República Argentina, por segunda vez, el anciano Hipólito Yrigoyen, que reemplazó a Marcelo T. de Alvear al cumplir éste su mandato; las dos presidencias habían resultado del sufragio universal implantado por el presidente Sáenz Peña, y los votos se habían

volcado en favor de los candidatos del partido opositor, la Unión Cívica Radical. El período de Alvear transcurrió relativamente en calma, sin las turbulencias, protestas y huelgas del primer período presidencial de Yrigoyen; incluso se había querido promover una ley de jubilaciones y pensiones para los obreros y empleados después de cierta edad. Y fueron mis amigos y compañeros los que se opusieron arduamente a la aprobación de esa ley. Era aquella una época en que se veía la revolución a la vuelta de la esquina, que se impondría fatalmente y para lo cual no hacía falta prepararse, estudiar los problemas que el cambio social, económico y político acarrearía. Para esa revolución no era favorable una ley que suavizase las tensiones de los que llegaban al límite de su capacidad productiva y quedaban abandonados al azar de la improvisación para sobrevivir. Contra la ley de jubilaciones y pensiones se llegó a decretar una huelga general de protesta, y el proyecto fue retirado de la Cámara de diputados. Con la cobertura de las jubilaciones no se haría más que reforzar el burocratismo oficial y mermar los presumidos anhelos revolucionarios del proletariado. El mesianismo y el jacobinismo estaban de moda y pesaban más de lo que habría podido ser inofensivo. ¡Reformas no, revolución! ¡O todo o nada!

Unos años más tarde, las jubilaciones y pensiones para obreros y empleados, después de un límite de edad activa o en casos de invalidez, fueron una potente añagaza demagógica para triunfar en las urnas. Se habían olvidado enteramente las previsiones anunciadas por la organización obrera que enarbolaba la revolución social como única meta imperativa.

El retorno de Hipólito Yrigoyen al poder no fue un acierto de sus adeptos, sobre todo a causa de la edad y también porque no había sabido comportarse en su período anterior con el acierto debido, pues se llegó a extremos como la semana trágica de enero de 1919, las huelgas de La Forestal, la masacre de la Patagonia, los excesos delictivos del nacionalismo naciente. Si ya entonces no se había mostrado capaz de manejar, de controlar, de dominar el complejo aparato gubernativo a sus órdenes, había que prever que no podría hacerlo a la edad a que había llegado ya y con la obsesión de querer resolver por sí mismo los incontables problemas que aparecían a cada instante. De ahí la forzada lentitud de las decisiones, que llegaban tarde o no llegaban. Y por añadidura no se rodeó de colaboradores que hubieran podido secundarle con eficacia y con acierto, pues contaba con adhesiones numerosas y valiosas en la juventud y en personalidades maduras, de capacidad en diversos sentidos del quehacer político, económico, cultural y social. En una palabra, tuve la impresión, antes de llegar a la Argentina y después de haber llegado, de que Yrigoyen no debió ser presidente de la República por segunda vez, y no me movía en ello ninguna prevención contra la persona ni contra sus intenciones.

Había un trasfondo patriarcal en el comportamiento de Yrigoyen y lo veía pasar diariamente por la esquina de nuestro local en la calle Perú y Brasil, saludando con la mano tendida a los vecinos del barrio que salían a la puerta de sus casas a la hora de su paso hacia la Casa Rosada, y no era raro que nos saludase a nosotros también, confundiéndonos con los otros vecinos y adeptos, que lo estimaban y respetaban como a uno de los suyos.

Con todas sus deficiencias y sus errores, fue Yrigoyen una figura histórica popular, casi mítica, más propia de otra época que de aquella en que le tocó vivir; de honestidad y austeridad raramente inigualables en la escena política, vivía modestamente, muy modestamente, y jamás cobró un sueldo del Estado por sus funciones, el polo opuesto de otros personajes que aprovecharon la oportunidad para entrar codiciosamente en el saco de los fondos públicos.

Por mi parte no llegaba a un país extraño ni como extranjero; la Argentina era mi segunda patria y estaba tan identificado con ella como cualquiera de los nacidos en su territorio. En ese apego, sin dejar nunca de ser hondamente español, hasta patriota español, era también argentino y patriota argentino, y convivía con el mismo interés y la misma adhesión interior, simultáneamente, en los dos radios de acción, de experiencia y de vida preferidos o recibidos por los azares de la existencia.

Alegrías y amarguras

El grupo editor de *La Protesta* no dependía en su formación, en su estructura, del sufragio de las agrupaciones de afinidad o de los sindicatos que seguían sus orientaciones. Surgió en un momento crítico de una asamblea de militantes en circunstancias difíciles para enfrentar una grave conmoción interna, tanto económica como ideológica. Desde entonces,

hacía casi dos lustros, era un ente autónomo, a la luz en toda su actuación, y se reforzaba o evolucionaba por sí mismo y no se había dejado más mecanismo para su alteración o su destitución que el del apoyo o el rechazo de los lectores y suscriptores de las publicaciones. Aparecían así núcleos rivales, de hostilidad más de raíz personal que de otra naturaleza, que se consideraban más capaces, más eficientes que los integrantes del grupo editor; y para ocupar el puesto que ambicionaban como si fuese una apetecible canonjía, no tenían otro camino que el de poner en marcha un periódico o revista para demostrar su valer, con los consiguientes rozamientos.

Esa estructura del grupo editor tenía sus ventajas y también sus desventajas. Las primeras eran las de una mayor afinidad en el esfuerzo y una mayor confianza mutua, cuando esa afinidad y confianza existían plenamente. De las desventajas, por fuerza habré de referirme a algunas.

En otras oportunidades he tenido a mi cargo periódicos, revistas, empresas editoras que eran órganos y propiedad de organizaciones afines, con registro legal o sin él; o he sido propuesto para esta o la otra función orgánica en ellas. Lo mismo que se me nombraba para tal o cual cargo, podía ser reemplazado o destituido si no llenaba las aspiraciones que dichas organizaciones tenían. Para asumir la conducción de un órgano de prensa de esas organizaciones en las que estaba integrado, no renunciaba a la propia personalidad y a la propia orientación, pues no siempre existía absoluta identificación; pero en ese caso quedaba el recurso de las notas firmadas, mientras que lo demás reflejaba las actividades, las aspiraciones y los acuerdos orgánicos.

El grupo editor de *La Protesta* funcionaba desde hacía muchos años como un núcleo de afinidad moral y de buen acuerdo ideológico y ponía todas las ambiciones y todos los esfuerzos y sacrificios en la tarea de mantener la vida del diario y de sus demás publicaciones. Las rupturas eventuales, por divergencias o por retiros voluntarios o no, se iban resolviendo apaciblemente, por el alejamiento de los unos o la incorporación de los otros. Cada uno de los integrantes del grupo no representaba más que lo que significaba como valor efectivo en el aporte a la obra en que estábamos comprometidos, y esos sacrificios y esa abnegación eran el vínculo que nos unía y nos mantenía juntos.

No por ello faltaban disgustos y discrepancias, como ocurren hasta en el seno de la familia más unida y armónica.

Cuando se me invitó a regresar de Alemania, aunque sólo fuera por un año, como se me decía, se imaginaron que podía apaciguar disidencias y enconos internos en el movimiento libertario de la región y en el propio círculo del grupo editor.

Desde lejos sabía de algunos de esos litigios con núcleos señalados, pero poco o nada de aquellos que más iban a afectarme personalmente, porque involucraban a amigos y compañeros entrañables, que me inspiraban la más absoluta confianza, estuviesen cerca o estuviesen lejos.

En el diario no tenían noticias de la fecha exacta de mi llegada. Desde el puerto me dirigí a la calle Perú. Se puede suponer la emoción del reencuentro. No dejó de apenarme la ausencia de Apolinario Barrera, al que no podía imaginar fuera

del ámbito de la administración de la empresa y de la beligerancia en torno a la misma. No pregunté por la razón de esa ausencia; ya la conocería. Su puesto de tantos años y de tanta responsabilidad había sido ocupado por Mariano Torrente, gráfico de oficio, formado en aquel ambiente de sacrificio y de rectitud que caracterizaba al núcleo formado en torno al diario anarquista, único en el mundo.

Emilio López Arango no intentó simular su emoción al volvemos a ver. Me alojé en la casa que había alquilado en la cercana población de Remedios de Escalada, en la que vivía con su compañera, Carmen, y sus tres hijitos de corta edad. Se llegaba allí en ferrocarril desde la plaza Constitución, no lejos del diario. Para mí fue algo maravilloso escuchar las conversaciones de los pasajeros, pues hacía cinco años que casi no había vuelto a oír y a hablar el español. Me parecía aquello otro mundo, más vivaz, más efusivo, más comunicativo que el que había dejado atrás.

En la redacción figuraba también José María Acha, un militante de edad madura, con antecedentes de su actuación en diversos lugares del país, en Chivilcoy, en San Juan, espíritu combativo por temperamento, con predisposición en los últimos años a la guerrilla contra los disidentes reales o presuntos de las propias filas. También era redactor Juan Crusao (L. Woolands), de origen irlandés, que escribía en lenguaje gauchesco con gran éxito; un opúsculo suyo, *Carta gaucha*, fue difundido en más de cien mil ejemplares y leído con agrado por la novedad de las ideas de justicia, de libertad, expuestas en el estilo de un Martín Fierro. De la información gremial se ocupaba Benassi Aladino, del gremio de chóferes.

No había tenido antes contacto con los nuevos redactores y estaba animado de la mejor disposición para colaborar con todos ellos. En una primera reunión informal y amistosa sugerí la conveniencia de que desapareciesen de las páginas del diario todos los vestigios de polémicas internas y todo personalismo agresivo contra compañeros, cualesquiera que fuesen, que mantuviesen otro criterio.

No era una tarea insuperable el recurso al razonamiento sereno y a una tónica general que permitiese un acercamiento y diese mayor sentido al compañerismo. López Arango se identificó con esa sugerencia y no se volvió a leer en sus editoriales ni en las otras notas una alusión siquiera que pudiese lesionar a ninguno de los adversarios que había tenido en los últimos años.

También Juan Crusao se ajustó plenamente a esa línea de conducta, aunque por su parte no se había distinguido en la divergencia polémica interna. En cambio no era fácil el cambio para J. M. Acha, que escribía bien, con estilo ágil, pero no se sentía inspirado para hacerlo más que cuando arremetía contra alguien que no estuviese en perfecto acuerdo con él; y parece que no veía enemigos más que en los que de un modo u otro estaban con nosotros o cerca de nosotros, pero con independencia.

Se incorporó poco después a la redacción un joven electricista, Manuel Villar, que no tardó en identificarse con el grupo editor y que mereció desde los primeros momentos la confianza y la simpatía de todos sus compañeros de tareas. Su misión consistía entonces en reflejar en el diario las

alternativas del movimiento obrero, en el que ya había adquirido buen nombre por su actuación y en el que se le respetaba por cuantos lo trataban.

Una noche los linotipistas, compañeros también, que sabían a qué directivas habíamos resuelto ajustarnos, me pidieron que leyese una nota virulenta en la que su autor, Acha, arremetía con la pasión de los años recientes contra no recuerdo qué compañeros o grupos de la vereda de enfrente. Di de lado la nota y llené el espacio correspondiente con algunos comentarios improvisados. Al día siguiente, Acha no aludió siquiera a la supresión de su artículo, aunque no ignoraba por qué no se había publicado. Unos días más tarde volvió a su agresividad habitual y temperamental y no tuve más remedio que sugerirle que si no se sentía con fuerzas para acompañarnos con otro estilo, debía abandonar la redacción.

Ningún miembro del grupo editor hizo la menor objeción, y menos que todos López Arango. J. M. Acha no volvió a aparecer, pero encabezó desde fuera un nuevo frente hostil contra López Arango, aunque no se atreviese todavía a incluirme a mí en su nueva ofensiva. Lo hizo años después. Aquello era como una enfermedad incurable.

No hice ninguna gestión personal para un encuentro con los militantes de los sectores disidentes, en primer término con el grupo de *La Antorcha*, en el que figuraban Teodoro Antilli, Rodolfo González Pachero, Alberto S. Bianchi, Horacio C. Badaraco.

Conocía bien a ese núcleo, sabía de su calidad literaria, y las

diferencias con sus miembros eran más bien temperamentales y de incompatibilidad personal que de carácter doctrinario. Antes «habían hecho una guerra sin tregua contra Apolinario Barrera, por el estilo de la que hacía Acha contra ellos; después la meta de sus hostigamientos fue López Arango.

La puerta para el diálogo con unos y con otros estaba abierta y por mi parte deseaba que la conducta adoptada y mantenida allanase por sí sola la senda de la pacificación y de la conciliación. Como en las viejas disputas religiosas, las que tenían lugar entre nosotros terminarían en el cansancio, el agotamiento o el freno de cualquier desastre.

Si López Arango no se hubiese mostrado tan coincidente con la actitud de apaciguamiento interno que yo deseaba en la batalla cotidiana, habría tenido que proponerle, como amigo, que se alejase del diario, y sabía que lo hubiese hecho sin la menor vacilación. Pero nuestra amistad era firme y yo reconocía su capacidad y su progreso en los planteos doctrinales. Por otro lado, no era fácil encontrar otro que fuese tan íntegro en la entrega a la obra común como él. Yo no deseaba quedarme en la Argentina, sino regresar a Europa y estar más cerca de España, y era mucho lo que estaba en juego para que el fruto del largo y costoso sacrificio cayese en manos menos responsables. En los veintisiete años de existencia azarosa de nuestra publicación, no había llegado nunca al nivel alcanzado entonces, a pesar de tantos obstáculos y tantas dificultades como había que afrontar y que vencer.

Enrique Nido

Tuvimos una pérdida sensible; Enrique Nido (Amadeo Lluan) había muerto en Rosario, mientras yo navegaba desde Hamburgo. Con él, no integrado en la redacción del diario, pero que estaba ligado con ella desde hacía años, habría podido dialogar a fondo para buscar las salidas más efectivas y oportunas. Tampoco tendría a mi lado a Apolinario Barrera, para examinar juntos la mejor solución en aquellas contingencias.

A propósito de Enrique Nido, se me había escrito a Berlín que los amigos y parientes de Anselmo Lorenzo enviaban a Rosario (Argentina) manuscritos y notas del gran internacionalista, que parece que eran fragmentos de la continuación de *El proletariado militante*. La familia de Nido, estando la muerte del deudo tan reciente, no me dejó examinar sus papeles, ignorando quizá el derecho que tenía a hacerlo por tratarse de lo que se trataba.

¿Quién era Enrique Nido? Nació como Amadeo Lluan en Barcelona, en 1869, y murió en Rosario (Argentina), en junio de 1926. Estuvo en estrechas relaciones con las familias de Miranda y Anselmo Lorenzo, con Tomás Herreros y otros viejos militantes; fue un admirador y colaborador de Francisco Ferrer en sus escuelas. Tuvo la obsesión de viajar a Madrid y aplicar algún castigo a los que intervenían en el proceso contra el fundador de las Escuelas modernas a raíz del atentado de

Morral contra los reyes, hecho en el que Ferrer no tuvo ninguna participación, ni directa ni indirecta. Fue uno de los que contribuyeron al descubrimiento del papel que jugaba Juan Rull, provocador, a quien desenmascaró en una asamblea obrera.

Emigró a Francia y actuó en la propaganda libertaria en Marsella, exilio motivado por el ajusticiamiento de uno de los verdugos y torturadores de Barcelona, cuyos desafueros le habían dado notoriedad. Denunció desde allí la misión de Juan Rull en las explosiones de bombas en Barcelona. Emigró luego a la Argentina y el 1º de mayo de 1909 presenció en Buenos Aires la matanza de obreros libertarios reunidos en la plaza Lorea, siendo jefe de policía el coronel Ramón L. Falcón. Unos meses después se produjo el fusilamiento de Francisco Ferrer en el castillo de Montjuich, y quiso vengar su muerte atentando contra el cónsul español en Rosario, ciudad en la que se había radicado; empleó para esa represalia unos explosivos y sufrió, por efecto de los mismos, mutilaciones en una mano. Fue detenido y condenado a cinco años de prisión, que cumplió en la cárcel rosarina.

Al recuperar la libertad instaló una escuela racionalista en un barrio obrero de Rosario, establecimiento que mantuvo hasta su muerte con el respeto de todos. Publicó, junto con José Torralvo, una revista, *Estudios*, en la que volcaban ambos sus pensamientos y meditaciones. De su moralidad espiritual es testimonio el libro *El pensamiento filosófico y el anarquismo* (1921).

Vinculado por amistad con el Grupo editor de *La Protesta*,

propuso la publicación de una revista, y de esa iniciativa surgió el *Suplemento de La Protesta*, al que dio una serie de contribuciones importantes. Al iniciar una serie de obras de carácter histórico con el volumen *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España*, de Max Nettlau, que envié desde Holanda, escribió un prólogo para esa colección, uno de sus últimos escritos. También recogió artículos y notas suyos dispersos en un volumen titulado *Páginas dispersas*.

De su lucidez mental ofrece una prueba el artículo «El dogma de la dictadura», en el *Suplemento de La Protesta* (12 de abril de 1922):

«Las clases están destinadas a desaparecer del mundo social, y no a perpetuarse en la historia con supersticiones y predomios recíprocos de unos sobre otros. Los obreros no pueden aislarse de los hombres de talento, de los privilegiados de la naturaleza, porque con ello renunciarían a su propia elevación personal y se condenarían a eterna ignorancia.

Los sabios y los grandes técnicos son también obreros. Son trabajadores del espíritu que han hecho tanto por el progreso del mundo como los propios obreros. Los ejércitos de la inteligencia han cometido errores, pero no los han cometido menos las falanges proletarias de la sociedad. No ahondemos ahora, con el dogma de la dictadura del proletariado, las distancias que nos separan a unos de otros por la posición distinta que ocupamos en la sociedad...

»El anarquismo, al rechazar universalmente la dictadura proletaria, hizo honor a su alto concepto moral de la humanidad. Más todavía si se considera que en sus tres cuartas partes, él se halla integrado por trabajadores manuales en favor de los cuales se quisiera instituir la dictadura de clase. Renunciando a este privilegio, a los beneficios de esta dominación, nunca estuvo más digno, más altamente humano el proletariado consciente que sigue las huellas y las inspiraciones de los anarquistas...»

El drama de las divergencias entre amigos y compañeros

Las divergencias internas de la Argentina no eran una rareza en el movimiento anarquista de los diversos países, que puede ofrecer un angustiosa sucesión de esas guerras civiles, basadas en motivaciones fútiles e inconsistentes la mayoría de las veces, la ocupación de un puesto directivo en un sindicato, la disputa por un puesto en la redacción de un periódico, la pretensión de poner mejor el punto sobre las íes.

En el caso de López Arango, fue, sin quererlo, el objetivo de toda la enemistad de grupos diversos; pero como lo conocía a fondo, por fuera y por dentro, no vacilé en mantener mi plena solidaridad con él. Como no obstante la conducta pacificadora seguida, no decreció la animosidad de los últimos años contra el amigo, el objetivo de su eliminación por el solo hecho de llevar varios años en un puesto de beligerancia y de sacrificio, sin un solo indicio que afectase a su integridad y a su capacidad, lo que se logró con ello es que me sintiese más

solidario con él, en respuesta a la injusticia que se cometía con ese azuzamiento contra un elemento valioso y poco menos que insustituible en su puesto.

Con Apolinario Barrera no había querido encontrarme para no lastimar con ello a los mismos integrantes del Grupo editor que habían motivado o tolerado su alejamiento de una trinchera que era para él motivo de orgullo y desde la cual supo dar el ejemplo y ocupar siempre el lugar de más peligro. Pero aunque no quise intervenir para superar una situación irreversible, interiormente seguí considerándolo como un hermano mayor.

Un día tuve que pasar por alto los miramientos que había tenido para no herir susceptibilidades entre los que causaron o silenciaron sus sentimientos ante el hecho del alejamiento de Barrera por las razones que he señalado. Se proyectaba un alzamiento en armas en el Paraguay contra la dictadura imperante en aquel país entonces, una de las muchas dictaduras que soportó, y en ese alzamiento proyectado intervenían amigos nuestros, que me anunciaban su llegada a Buenos Aires en busca de la ayuda posible que pudiesen recibir, naturalmente en armamento. Habían calculado que Barrera, por sus antecedentes, podría ayudarles, y me pidieron que sirviese de mediador; sabían con seguridad que en el diario *Crítica* no faltaban armas largas, pistolas y municiones para eventualidades posibles de defensa en aquellos años. Y esas armas para la defensa no podían estar en manos más seguras que en las de Barrera.

No pude negarme a la misión que me pedían y una noche fui

con los delegados paraguayos al despacho de Barrera en el vespertino *Crítica*, en donde actuaba como intendente general. La impresión que recibí con aquella visita fue conmovedora, me abrazó y besó casi lagrimeando. Había sufrido mucho al verse forzado a romper con lo que había sido tantos años el centro y la razón de su vida. Por lo que a mí respecta, no hacía falta que le testimoniase que seguía siendo el mismo de siempre. Aunque pasaron varios meses desde mi regreso sin habernos encontrado, él tenía que suponer cuál era mi actitud ante él; resignado a dejar el diario por el que tanto había hecho, trabajado y sufrido, nuestro encuentro fue para él un alivio que le aseguraba que los amigos con los que había compartido tantas fatigas y tantos peligros, seguían siendo los mismos. Ayudó a los paraguayos en lo que pudo, y todavía recogieron algunas piezas más a través de nuestros compañeros, sindicatos y agrupaciones. Pero el proyecto insurreccional no pudo llevarse a cabo entonces.

Desde la noche de la visita a Barrera, el vínculo restablecido sirvió para que, con cualquier pretexto, nos hiciese llegar abundante material de imprenta, herramientas, tipos, haciéndolo pasar como material de desecho. Un hombre que era prototipo de integridad y de honradez no creía alterar para nada esa moralidad de su conducta cuando se trataba de aportar algún auxilio a los talleres de *La Protesta*.

Un desgajamiento que pudimos evitar, pero que no lo hicimos ante el riesgo de crear nuevas tiranteces, nos produjo disgusto. El *Suplemento* de *La Protesta* contaba con colaboradores de renombre en Europa y América. Sus páginas interiores se dedicaban a las artes plásticas, a la literatura, a la

poesía, todo ello a cargo de Atalaya (Valenti Costa), crítico de arte reputado y escuchado; Alvaro Yunque dio a conocer allí narraciones y poemas que formarían sus primeros libros; grabadores y dibujantes embellecían el *Suplemento* con sus aportes, como Ballester, Carlos Giambiaggi y otros muchos. La revista era así un instrumento de cultura que hallaba cada vez más amplios círculos de lectores, y era referente orientadora en las artes plásticas gracias a ese núcleo de poetas, escritores, críticos de arte, dibujantes y pintores. Advertí que entre López Arango y esos colaboradores no se cambiaban siquiera saludos, aunque fuesen de mera cortesía externa. En cambio yo me llevaba muy bien con ellos, y además no significaban un gravamen para las finanzas, pues solamente Atalaya recibía un pequeño sueldo por la atención del semanario en la esfera de su competencia.

Quizá para alejar a esos colaboradores, López Arango propuso transformar el *Suplemento* semanal en revista quincenal, de 32 páginas, consagrada a la propaganda ideológica y a la historia social. De esa manera quedaban sin espacio las colaboraciones que chocaban, por los motivos que fuesen, pues no investigué las causas, con la sensibilidad del amigo.

Pude evitar ese distanciamiento y no lo hice, pero de todos modos la convivencia amistosa de los así distanciados no habría tenido continuidad, y entre perder a uno o a los otros, opté por conservar a López Arango, pues su función era vital, fundamental en aquellos momentos para la empresa a nuestro cargo.

Como la situación que se fue planteando no hacía prever un pronto retorno a Alemania, y menos en el plazo de un año, opté por gestionar la llegada de Elisa y de mi hijo, y a fines de 1927 estaban ya en Buenos Aires, sin hablar una sola palabra en castellano. Fuimos a vivir a Remedios de Escalada en la casa arrendada por López Arango para su familia. Mi hijo, de apenas tres años, no tardó en servir a la madre, a las pocas semanas, para las compras cotidianas de comestibles.

Realizaciones y disgustos

Se iban a cumplir treinta años de la aparición del primer número de *La Protesta*, entonces *La Protesta Humana*, el 13 de junio de 1897, y se me ocurrió festejar el acontecimiento con un Certamen internacional, al que contribuyeron Max Nettlau con una bibliografía del anarquismo suramericano, José C. Valadés con una bibliografía y documentación sobre la primera Internacional en México, yo mismo con una breve historia de la publicación, su significado y sus peripecias, y otros. Me habían servido de estímulo los Certámenes de España en el siglo pasado, como el de Reus en 1885.

Pero no se habían acabado los motivos de disgusto, los cismas, las maquinaciones turbias. Era como para desesperarse, para darse por vencido, para refugiarse en uno mismo como último baluarte.

Por asuntos de familia y de propaganda estuve unos días en

Rosario y en Santa Fe, y al regresar me encontré con una situación que no habría podido imaginar. Benassi Aladino me informó a solas, en confianza, de unas reuniones que habían realizado en mi ausencia. En ellas resolvieron forzar el retiro de López Arango del diario. Ya estaba todo resuelto; sólo faltaba mi visto bueno. Se trataba de algo como un golpe de Estado para remover el personal de redacción, de administración y de los talleres. Entre los promotores de ese cambio el acuerdo era perfecto. El iniciador de esa conspiración se había unido con la hija menor de la familia Mancebo, a la que todos apreciábamos entrañablemente; las dos muchachas actuaban con buen éxito en nuestros cuadros filodramáticos.

El cambio propuesto en la reunión celebrada durante mi ausencia daría este resultado: Mancebo padre asumiría las funciones de administrador de *La Protesta*; B. Aladino continuaría en la redacción; Benigno Mancebo, el menor de la familia, se haría cargo de la imprenta como obrero gráfico que era. Yo seguiría siendo director del diario, de la revista y de la empresa editorial.

Aquello me pareció un cuento de brujas, fruto de una imaginación calenturienta, algo enteramente anormal, pues aun en el caso improbable de éxito en la casa, sería repudiado por el movimiento a que pertenecíamos. Escuché en perfecta calma exterior, cualquiera que fuese la impresión de asco que sintiese por dentro. Se habían tomado todas las medidas para eliminar a López Arango de todos modos, también por la fuerza.

No dije una palabra a López Arango, ni a Mariano Torrente, ni

a Manuel Villar, ni a Joaquín Gómez. Pero a Aladino le dije que desde aquel momento dejaba de pertenecer a la redacción del diario. Con él se retiró de los talleres, avergonzado, Benigno Mancebo, y toda la familia Mancebo, por la que sentíamos un gran afecto, quedó en lo sucesivo desligada y marginada de nuestro ambiente amistoso.

Benigno viajó luego a España, actuó ejemplarmente entre los gráficos madrileños de la CNT y fue fusilado al terminar la guerra civil. Nos apenó de veras la pérdida de esa familia, llevada a aquella actitud por individuos sin grandes frenos morales; pero no había otra salida en aquellas circunstancias.

Ninguno de los miembros del Grupo editor me preguntó nada sobre lo ocurrido ni yo quise aclarar las causas del alejamiento de esa familia y de los promotores de la conspiración incalificable, aunque sospecharon que algo grave había tenido que ocurrir. En el diario no se publicó una sola línea al respecto, ni se nos ocurrió limitar la actuación futura de los que habían maquinado aquel golpe de Estado; fuera del diario, que hiciesen lo que quisiesen y pudiesen.

Teníamos a uno de los ex redactores, J. M. Acha, como centro de agitación en la provincia de San Juan y en Buenos Aires mismo contra López Arango, aunque los tiros fueran ya más contra mí; tendríamos otro centro de acción de esa naturaleza, el que constituyó B. Aladino, que logró incorporarse al Consejo federal de la FORA, desde donde iba a tener ocasión de vengarse plenamente de la humillación sufrida, contribuyendo dos años más tarde a una de las más humillantes derrotas sufridas por los trabajadores de la

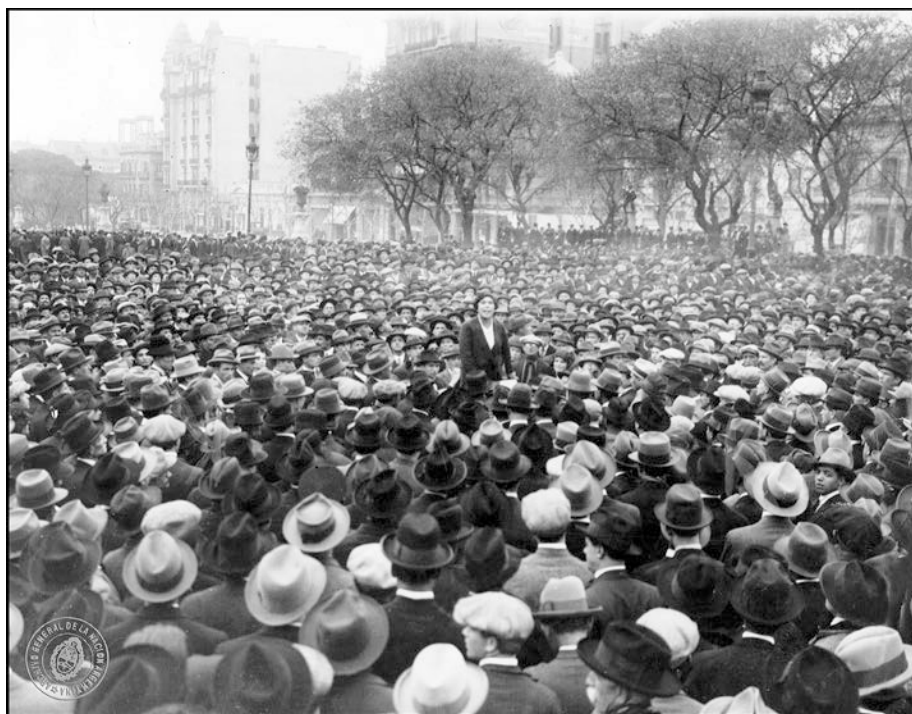
Argentina hasta allí, derrota que cambió por muchos años los destinos del país y puso fin a nuestra futura beligerancia y gravitación.

Tal vez insisto demasiado en presentar ejemplos de nuestros malentendidos y rencillas internas, pero son un hecho que merecería ser estudiado e interpretado con serenidad, pues si es verdad que las embestidas de las fuerzas de la reacción capitalista y estatal nos han causado muchos daños, fueron más y más graves los que nos causaron las desavenencias, los personalismos, los odios, justamente en un movimiento que ideológicamente ha representado los más altos valores morales en lo individual y en lo colectivo. De los zarpazos de la reacción hemos podido reponernos tarde o temprano, pero del veneno odioso de los personalismos, que hace enemigos furiosos de los que son o deben ser hermanos, en algunos períodos históricos, nos ha costado generaciones enteras librarnos, aunque fuese pasajera.

De la teoría a la acción

La labor cotidiana era abrumadora, sin contar en ella incidentes penosos como los mencionados. Por un lado no cesábamos en la campaña por la liberación de Simón Radowitzky; divulgué una pequeña biografía del héroe que el biografiado encontró perfecta. Simultáneamente asistíamos a los últimos episodios de la lucha por Sacco y Vanzetti, iniciada hacia 1920. Estábamos persuadidos de su inocencia, aunque

sin esa persuasión, como nos dijo una vez Albert Einstein en su casa de Charlotemburgo, la pena de muerte era motivo suficiente para la protesta. La Argentina fue uno de los países en que la agitación en favor de los condenados de Boston adquirió mayor intensidad, con numerosas huelgas generales en Buenos Aires y ciudades de provincias. Todo fue en vano, porque Sacco y Vanzetti fueron a la silla eléctrica el 25 de agosto de 1927. En nuestras publicaciones de aquellos años creemos haber acumulado suficiente material para que los estudiosos puedan formarse un juicio definitivo sobre las víctimas y sobre el crimen inhumano de sus jueces y verdugos.



1927. Protesta en Buenos Aires por la ejecución de Sacco y Vanzetti

Pero si eran imperiosas las campañas orales y de prensa en favor de causas justas y contra injusticias notorias, no eran menores las preocupaciones que nos causaba el crecimiento de

la desocupación obrera en marcha o en perspectiva no lejana. La primera guerra mundial abrió el cauce a grandes transformaciones tecnológicas; advino lo que se llamó racionalización en la economía industrial en desarrollo, un perfeccionamiento del mecanismo productivo con una merma creciente de la mano de obra necesaria. A consecuencia de esa racionalización, que no podía ni debía evitarse, preveíamos graves consecuencias, y por los efectos de la previsión de esa realidad inminente, de esa perspectiva, inicié una vasta propaganda en favor de la reducción de la jornada de trabajo; en algunos congresos obreros nacionales e internacionales fue adoptada como consigna urgente esa reducción de la jornada; para mí no se trataba simplemente de trabajar menos, sino de repartir el trabajo, aun con una eventual reducción de los salarios, para que se mantuviese activo el mayor número posible de trabajadores que iban a engrosar de otro modo las cohortes crecientes de los desocupados. La legislación laboral no estaba todavía generalizada para responder a esa crisis con eventuales ayudas del Estado, cuyo importe tendría que salir sobre todo de los ingresos de los trabajadores mismos, directa o indirectamente.

La desocupación representaba una catástrofe para centenares de millares, para millones de hogares proletarios; el reparto del trabajo disponible, por iniciativa de los trabajadores mismos, era un gesto de solidaridad que podía evitar riesgos mayores. Pensé que, a no ser que se soñase con una inmediata revolución social, el reparto del trabajo era ineludible, aun al precio de disminuir así los ingresos mismos de los trabajadores; era una respuesta social y humana a la crisis que se veía venir, porque hay leyes en la mecánica

económica que no se pueden soslayar ni burlar por mucho tiempo.

El mal transitorio de una reducción de los ingresos, aunque fuesen ya parcos, limitaría el engrosamiento de las filas de los parados, y si reducíamos la jornada con ese fin, dejábamos en las organizaciones del trabajo la iniciativa para ulteriores intervenciones. Ésa fue la razón de la campaña por la jornada de seis horas. Compartir el trabajo en esa forma era como reducir las extremas privaciones que íbamos a soportar y que se conocieron efectivamente a partir del crack norteamericano de 1930. El gesto solidario que proponía sería de mucha mayor significación que el óbolo caritativo probable en favor de los parados y de los amenazados con el paro.

Si como coronación de la primera guerra mundial me tocó conocer el proceso de la racionalización industrial, todavía iba a palpar de cerca los efectos y repercusiones de la automatización, de la cibernética, cuyos avances permitían aumentar la productividad sin un aumento consiguiente de la mano de obra, incluso restringiéndola considerablemente. Ya comenzaba a ponerse en claro que, si las grandes masas trabajadoras de otros tiempos eran necesarias, imprescindibles, lo eran más en su función de consumidoras que de productoras. Eso nos planteaba problemas nuevos, para cuyo enfrentamiento hacía falta una estrategia y una táctica nuevas, que no sabíamos establecer y definir con la precisión y la lógica con que habíamos enfrentado la era del capitalismo anterior a la primera hecatombe mundial. Ya entonces se me presentaban como demasiado simplistas, ingenuas y engañosas las frases hechas y consagradas y muchos dogmas vigentes,

pero sin vigencia real, puro rutinarismo de pensamiento y de acción.

En aquella situación conflictiva y ante la crisis que no sabía cómo contener ni acertaba a enfrentar, a no ser que apelara al recurso dialéctico fácil de la superación del sistema capitalista, una solución para un mañana más o menos lejano, pero no para cubrir las necesidades del día actual y del día siguiente; en esa situación, hallándome en la Argentina, me puse a propagar la creación de focos de vida económica y social en forma de comunidades de trabajo, basadas sobre todo en el aprovechamiento de la tierra, algo que no era entonces inaccesible, y que no impedía poner todas las cartas que hubiese, y se supiesen poner, en las soluciones mesiánicas, milagrosas, como la de la revolución que expropiaría a los expropiadores.

La profusión de recetas dogmáticas, de nuevos catecismos en la interpretación económica, que se presentaban como verdades infalibles, han perjudicado y trabado posibles progresos y mejoras, avances y reajustes constantes.

No renunciaba al paraíso del socialismo por medio de la transformación repentina, total, revolucionaria, del régimen capitalista; pero era más lógico que, si se quería entrar en ese paraíso, se comenzase por construirlo, por echar sus cimientos, de abajo arriba, de lo pequeño a lo grande y en lo posible ahora mismo, no en un futuro soñado, desde el día de la gran revolución palingenésica.

Había callado, para no discordar con los propios amigos, por

ejemplo, ante la oposición que se hacía a las cooperativas de producción y de consumo, aunque me causaba envidia una gran empresa cooperativa que habían fundado en Buenos Aires los socialistas marxistas, El Hogar Obrero; pero ya entonces había publicado en castellano una obra de Gustav Landauer, *Aufruf zum Sozialismus*, una llamada, una incitación a comenzar, en los límites posibles, la construcción del socialismo, la siembra de la pequeña semilla, en contraste con el socialismo destructivo que no ofrecía otro cambio que el de un poderoso Estado totalitario nuevo para que sus timoneles, sus mandarines, dictasen la ley en lugar de hacerlo los mandarines que sufríamos. También Rudolf Rocker me ayudó con una exposición elocuente de los lineamientos del socialismo constructivo, que difundí a través de nuestra revista y que luego circuló ampliamente en libro.

Durante un par de años exhorté machaconamente a crear focos de vida independiente, autónomos, aunque sólo fuesen relativamente independientes, autogestionarios, como se ha bautizado luego esa corriente de pensamiento y de acción; pues no era difícil entonces asegurar esos centros de vida para contar en ellos con bases de subsistencia y de refugio frente a la crisis inminente y contra las crisis futuras. Por lo demás, ¿no daríamos así nosotros mismos el ejemplo de cómo se podía erigir una empresa de características comunitarias, sin que la plusvalía de nuestro trabajo pasase a poder de un propietario o de un grupo de propietarios? Las ideas expuestas por Gustav Landauer y por Rudolf Rocker eran aproximadamente las mismas que trataba de alentar apasionadamente desde un país que ofrecía entonces excelentes posibilidades y perspectivas para realizarlas.

En contraste con esas soluciones prosaicas, de sentido común, se solía propagar rutinariamente como objetivo y meta la revolución épica, total, como una panacea para curar todos los males repentinamente, al día siguiente del triunfo en una batalla para la que no teníamos ninguna preparación real, ni material ni moral ni intelectual.

Se dejaba para mañana lo que podíamos y debíamos realizar hoy, edificar hoy, en los límites posibles, sin daño para nadie y con beneficio evidente para los que consagrasen sus fuerzas a esas construcciones de los basamentos de una nueva convivencia social. Era factible la adquisición de tierras y no era difícil, al menos no era imposible, asegurar así, con el trabajo normal de cada día, a núcleos de compañeros y a sus familias, no sólo subsistencia, sino también cierta prosperidad.

Sin renunciar a la esperanza de la lotería de una revolución milagrosa, aunque esa revolución no estaba en contradicción con la que se podía y debía hacer todos los días, veía en esas realizaciones la erección de pilares más persuasivos que las prédicas habladas o escritas sobre el proceso revolucionario para curar todos los males. Pero en especial me interesaba cobijar al mayor número de nuestros amigos ante la tempestad gravísima que se avecinaba, aunque fuese como arcas de Noé para salvamos del diluvio.

Tampoco me seducía el apego del asalariado a la finalidad de un empleo seguro y su reducción ordinaria a una simple pieza dócil de un gran mecanismo manejado por manos extrañas, pues íbamos comprobando que su ambición se reducía a acrecentar los ingresos salariales, cualquiera que fuese la

ocupación, hasta en las más directamente antisociales, y todo lo demás era secundario, y a lo sumo se expresaba en canciones de protesta en los primeros de mayo solemnes, y se cubrían las integraciones al sistema imperante con el carnet de un partido político de marca socialista o de una organización sindical revolucionaria. Las agitaciones populares, los movimientos reivindicativos que aparecen fácilmente en los períodos de crisis graves no me atraían singularmente, no les veía una trascendencia promisoriosa y fecunda, pues todo se aplacaba cuando la crisis se superaba, aunque fuese con el recurso a la devaluación de la moneda para engañar a los que clamaban por más altos salarios. La ruta de la revolución era para mí la de la justicia y la libertad, y esa ruta exigía en los que avanzaban por ella, fe, esperanza y preparación para un nuevo orden moral, más que eventuales gestos pasajeros repentinos, de desesperación y de irritación.

La insistencia con que machaqué día tras día en favor de la creación de comunidades de trabajo autónomas, singularmente en la tierra, no obtuvo ninguna respuesta positiva y alentadora. Ya casi decepcionado de esa prédica, un compañero judío ruso puso a mi disposición una isla de su propiedad en el delta del río Paraná para que se hiciese en ella la experiencia que había venido propagando sin resultados positivos. Y cuando se hacían los preparativos para la instalación de ese primer ensayo, irrumpieron los acontecimientos políticos de septiembre de 1930 que pusieron un alto a toda empresa de ese carácter y nos imposibilitaron toda acción y toda propaganda durante años.

En resumen, un doble fracaso: ni se puso en marcha la

propaganda en favor de la jornada de seis horas como una expresión de solidaridad de los que trabajaban con los amenazados por la desocupación masiva; ni se comprendió todo lo que habría significado la pululación de núcleos de vida autónoma en el agro, sin perjuicio de los ensayos similares en la vida industrial, en la de la pequeña y mediana industria. Fue, pues, una doble frustración. Pero esas frustraciones no contribuyeron a admitir que una revolución es la que se construye por el mero triunfo en las barricadas, si esas barricadas llegan a levantarse, sino la que se va andamiando material y moralmente todos los días, con la fe, con el trabajo, con la conducta.

Un modo de hacer, de construir y asegurar esa revolución es predicarla día a día con el ejemplo, como habrían podido hacerlo los ensayos de trabajo comunitario y fraterno. Los mitos revolucionarios esgrimidos por movimientos, por partidos que se declaran pomposamente agentes o instrumentos de la revolución, han hecho a la revolución más daño que la oposición y la resistencia de los enemigos de todo cambio de estructuras.

Ofensiva contra un brote de violencia y de terror

La historia es una larga sucesión de violencias interhumanas, de arriba y de abajo, de los fuertes contra los débiles, de los ricos contra los pobres, de las mayorías contra las minorías, y al revés, de los pobres contra los ricos, de los débiles contra los fuertes, de las minorías contra las mayorías, y es también una

larga sucesión de resistencias y protestas con objetivos claros o sin ellos; pero también es una larga sucesión de resignaciones pasivas, de sumisiones voluntarias. Hasta el punto que se llega a dudar si la cadena de violencias que esgrimen los opresores es anterior al sometimiento y a la mansedumbre de los oprimidos o al revés, si primero aparecen los que se arrodillan y crean desde esa sumisión a los déspotas. Hay antecedentes y campo de acción para todas las interpretaciones y para todos los gustos.

Se lucha desde hace milenios, más o menos ostensiblemente, por un orden de cosas más solidario, más fraternal, en el que el hombre no sea lobo para el hombre, y se lucha de muchas maneras, con la resistencia y la reacción individual, impulsiva, vengativa, o con métodos colectivos, de acción comunitaria. Y también desde hace milenios nos encontramos con los que predicán y practican la resignación y la mansedumbre a cambio de una bienaventuranza eterna para después de dejar este mundo, y los que propagan la rebeldía y la acción ofensiva y defensiva contra el mal. No hemos llegado todavía a coincidencias racionales para superar esas contradicciones y esos contrastes.

Sin necesidad de una fundamentación doctrinaria, pensamos y sentimos que mientras exista la violencia y la opresión y la explotación del hombre por el hombre, no es sano, no es moral, no es aconsejable la pasividad, la tolerancia del mal, y más bien cabe la exaltación de los que sacrifican su vida, su bienestar y su seguridad para allanar y suavizar el camino a los demás, a los hermanos acobardados y temerosos, vencidos sin lucha.

Llené millares y millares de páginas, en periódicos, en revistas, en libros a lo largo de buena cantidad de decenios. No se encontrará en toda esa montaña de papel una sola línea que aplauda la resignación ante la injusticia; pero tampoco una sola línea de exaltación de la violencia por la violencia misma. Me he sentido siempre tan lejos de la mansedumbre obsecuente como de la protesta brutal, homicida, de la ley de la selva. Y he conocido y tratado y convivido con muchos amigos y compañeros que entraron en la historia como símbolos del llamado anarquismo heroico —el heroísmo cantado por los que no tienen pasta de héroes—, que vengaron crímenes antisociales incalificables, y que eran por toda su formación y su trayectoria esencialmente antiviolentos y hasta tolstoianos y cristianos.

En el anarquismo español, italiano, francés, alemán, americano, hubo algunas explosiones de violencia, de actos individuales de represalia con muchos motivos de justificación y en algunos casos sin clara justificación. He registrado y en lo posible he tratado de justificar, de explicar, de comprender el sacrificio de la vida o la libertad de los actores de esas manifestaciones extremas; la lista es relativamente nutrida. Lo que no hice nunca es la apología puramente lírica de esos hechos, apología cantada por gentes que han sido incapaces de acercarse en nada a la abnegación y al heroísmo de los admirados protagonistas. Con esas apologías literarias, poéticas, del gesto violento, se ha creado la leyenda del anarquismo terrorista, violento, que hizo posible las peores represiones gubernativas, la atribución gratuita de toda acción individual de fuerzas con las que no hubo en absoluto ningún contacto o vínculo, como en el caso de la bomba de la calle

Cambios Nuevos en Barcelona, en el curso de una procesión religiosa en 1896. Pocos, si hay algunos, de esos apologistas sistemáticos de la violencia y de los actos de terror han sido capaces de aproximarse al comportamiento que exaltaban como sacerdotes desde el púlpito de cualquier sucedáneo de una iglesia. ¿Cuántos periódicos llamados libertarios aparecieron con el nombre de Ravachol? ¿Y cuántos de los exaltadores del ravacholismo han seguido o intentado seguir tan sólo las huellas de su héroe?

Hubo contingencias históricas en las que no cabía otra posibilidad de defensa y de supervivencia que la del ataque, como en los años del terrorismo de los llamados Sindicatos libres en Cataluña en 1920-1923. ¿Qué otro recurso quedaba a los que eran objetivo de las balas mercenarias que el de adelantarse y disparar primero cuando era posible? En esos períodos en los que hubo que organizar y articular lo mejor posible la defensa contra la agresión amparada y auspiciada por los gobiernos y por las clases patronales, no cabía otro comportamiento que el de la comprensión y también el del apoyo y el aliento a los dispuestos al contraataque. Pero he estado, entonces y siempre, lejos de convertir esas emergencias en doctrina, en dogma y en táctica permanentes, porque la idea y la concepción de la revolución que propagamos son muy distintas y contrarias a esos procedimientos. En los momentos de anormalidad manifiesta, de violencia de los de arriba, se pueden adoptar muchos procedimientos de defensa y hemos visto surgir espontáneamente individuos que juzgaron que debían ofrendar su vida para poner coto o castigar abusos irritantes o que creyeron que con su sacrificio los podrían contener.

Se puede deplorar que haya que llegar a esos holocaustos, pero se comprende el sentido moral y social de esos actos, aunque se piense distintamente con respecto a la eficacia o ineficacia de esos sacrificios, que quedan como motivos de admiración y de respeto para los que estuvieron en condiciones de valorarlos. De haber sabido o intuido lo que proyectaba Kurt G. Wilckens después del final de las huelgas patagónicas de 1921, hubiera hecho e intentado todo lo posible para persuadir y disuadir al querido amigo de un sacrificio que apenas quedaría en la memoria de los pocos que lo conocieron y trataron.

Si una gran causa de justicia y de libertad no tiene más porvenir que el que pueden darle hechos de abnegación individual y de sacrificio de vidas ejemplares, es que no ha llegado su hora ni a la madurez necesaria para abrirse camino. Es natural, es imperativo que, ante la perspectiva segura de una catástrofe, se tomen las medidas adecuadas para evitar sus alcances y disminuir sus estragos, y en algunas de esas ocasiones, poco o nada inclinado al recurso extremo a la violencia individual, no he vacilado en propiciar cualquier sacrificio o en fomentarlo, poniendo de mi parte lo que estuviese en mi poder. Pero se trataba de momentos excepcionales y ante peligros colectivos trascendentes. Sin embargo, a pesar de ello no he dejado de ser enemigo, de ser hostil a todo método de terror, tanto si partía de los enemigos como si partía de los propios amigos. Pero también hubo momentos en que no vacilé en cooperar en todo lo que me fue posible para contener, o intentarlo, ofensivas inhumanas y antisociales de la más repulsiva crueldad y criminalidad.

¿Qué hacer si una manada de felinos sanguinarios y voraces invade una pacífica comunidad humana y la ataca con su furia? Un deber de humanidad impone acudir en defensa de las posibles víctimas, entre las cuales también podemos caer nosotros mismos. Matar a esas bestias feroces no es delito, es una obligación moral, especialmente cuando no se dispone del poder de amansar las fieras, como se dice que hacía Francisco de Asís.

Poco después de mi regreso a Buenos Aires encontré un brote de terrorismo y de violencia, llevado a todos los extremos, bajo la inspiración y la acción de un joven italiano que había conocido en su país los crímenes y excesos de las hordas mussolinianas.

Había crecido en ese clima de extrema violencia y virulencia y concibió algo como una respuesta, una represalia, pero desde lejos, desde Buenos Aires, sin elección precisa de eventuales cómplices y culpables del fascismo.

Después de una bastante larga trayectoria de hazañas, en las postrimerías de la dictadura del general Uriburu, fue detenido y ejecutado y puso de relieve en aquellos momentos una desafiante serenidad ante el pelotón de ejecución.

Severino di Giovanni, que tal era el nombre de ese joven cultor de la violencia, llegó a la capital argentina con una pesada carga de recuerdos inolvidables y encontró ambiente propicio para toda suerte de gestos de apariencia reivindicativa y de protesta: explosiones de bombas en dependencias oficiales italianas, en teatros, en los Bancos y adquirió

renombre por su audacia y sangre fría en asaltos y atracos para hacerse con los recursos financieros para sus actos vengativos, importando poco si en esos actos caían víctimas inocentes.

Aunque estaba muy lejos de aplaudir y reconocer esos hechos en la significación que se les quería dar, no habría aludido a ellos siquiera si su autor e inspirador no se vanagloriase de que lo hacía en nombre de sus convicciones anarquistas y como anarquista enemigo de la sociedad reinante. Eso no lo podía tolerar ni debía tolerarlo, porque era tanto como dar la razón a la leyenda que circulaba en todas las latitudes y que se complacía en amalgamar el anarquismo y las bombas, el anarquismo y la violencia indiscriminada. Con esos procedimientos, como el de las bombas de Juan Rull en Barcelona, se procuró justificar los más espantosos procedimientos represivos para destruirnos.

Fue aquélla una de las grandes batallas que libramos López Arango y yo en aquellos años. Comencé por difundir por todos los medios el significado de nuestra razón de ser y el sentido ético superior que guiaba nuestros actos. Durante meses y meses transcribimos en las páginas del diario y en la revista las opiniones de los militantes anarquistas más acreditados de todas las épocas.

Habían dejado honda huella en Buenos Aires hombres como Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Gregorio Jover, en su campaña ilegal para hacerse de recursos con que continuar la obra iniciada en España por ellos y otros contra la criminalidad amparada y fomentada oficialmente para la eliminación física de los militantes libertarios más conocidos. Pero la calidad de

esos combatientes era otra. Y cualquiera que fuese la significación de los hechos que habían protagonizado, no se encubrían con su adhesión a las ideas anarquistas. En alguna ocasión, cuando les dije que no había escrito una línea en defensa ni estímulo a aquella campaña iniciada en México y terminada en el Banco de la Nación de San Martín, en Buenos Aires, me dieron la razón y me dijeron que había cumplido con mi obligación, pues lo suyo había sido una decisión estrictamente personal, acertada o no, para los fines que yo conocía. Si la organización obrera de que formaban parte hubiese decidido algo por el estilo y caían por ello en poder del adversario, entonces tenían derecho a la solidaridad y al apoyo de todo el movimiento, como en el caso de una guerra contra el enemigo. La guerra que ellos habían hecho fue una guerrilla exclusivamente suya, fruto de su decisión personal, y por consiguiente no tenía ninguna obligación de asumir su defensa en el caso de que la suerte les fuese adversa. Por otra parte, se trataba de unos militantes valientes y abnegados que tenían el orgullo de haber vivido siempre de su trabajo cuando no se hallaban tras las rejas, y esa conducta completaba su honradez interior intachable. En la aventura internacional que cumplieron, sin causar víctima alguna, el móvil fue la solidaridad con sus compañeros perseguidos y ultimados sin piedad y el castigo de los que incitaban, amparaban o ejecutaban el asesinato. De los resultados de su búsqueda de recursos financieros para la lucha a que habían sido impulsados, podían rendir cuenta plena.

Se podía estar de acuerdo o en discrepancia con ese procedimiento de guerra, pero no se podía menos que respetar la finalidad y la honradez de los ejecutores, los más eficientes

enemigos del atraquismo en España cuando fue posible una acción pública de organización y de propaganda a la luz del día.

El brote de violencia y de terror encabezado por Severino di Giovanni en Buenos Aires era de otra naturaleza y de otra calidad ética. Los atracos a Bancos y pagadores eran su medio de vida y pretendía justificar esa conducta con la aplicación de algunos de los recursos así logrados a la publicación de periódicos para su defensa y de algunos trabajos nada menos que de Elíseo Reclus, que seleccionaba Aldo Aguzzi.

Nada hubiésemos dicho de esos hechos en los que la vida humana era sacrificada sin ninguna consideración, pero la justificación de esa violencia y de esos atracos desde el punto de vista de la doctrina anarquista nos obligó a enfrentar esa desviación intolerable con la acentuación del contenido moral, solidario, del anarquismo, siempre humano y siempre humanista. Además de todo lo que hemos escrito nosotros, López Arango y yo, sobre el tema de la violencia, en el diario y la revista, hemos sacado a relucir notas, declaraciones, ensayos sobre casos similares escritos por las plumas más acreditadoras del anarquismo en el mundo, de antiguos y contemporáneos, de Kropotkin, de Malatesta, de Reclus, de Rocker, etc. Se podría formar con todo ello una copiosa antología sobre la condena de esas agresiones al azar, sin justificación moral de ninguna clase.

Se daba el caso que justamente los dos hechos de violencia individual más significativos en la Argentina, la muerte del jefe de policía de Buenos Aires, coronel Ramón L. Falcón, y la del teniente coronel Héctor B. Varela, el responsable máximo de la

represión de la huelga patagónica, en 1921, habían sido ejecutados por nuestros más cordiales amigos, y jamás habíamos ocultado esa amistad ni hemos dejado de esclarecer los hechos de que fueron autores.

Se agravó la situación interna por el hecho de que algunos de los periódicos que habían promovido la campaña contra nuestro diario y contra López Arango, si no aplaudieron la entrega de Di Giovanni a los atracos y a la violencia con el pretexto del antifascismo, no la rechazaron y otorgaron con esa actitud algo como un reconocimiento de esos hechos en tanto que legítimas expresiones revolucionarias.

No entraba en nuestra intención y en la razón de nuestra resistencia que continuase o se interrumpiese esa acción antisocial; no era asunto de nuestra incumbencia; lo único que no podíamos silenciar era que todo se hiciese al amparo de las presuntas ideas anarquistas de sus autores.

Nos visitaban constantemente emisarios, voluntarios o forzados, para que, si no queríamos aplaudir y aprobar aquellas proezas, cesásemos en la campaña contra la violencia indiscriminada y el terror. Recuerdo a Aldo Aguzzi, fino periodista libertario italiano, que fue en diversas oportunidades a vernos con los signos del temor que le embargaba, para que nos llamásemos a silencio so pena de sufrir las consecuencias, las amenazas a que se le obligaba a servir de vehículo. Incluso antiguos amigos, que se habían dejado llevar por la aureola del ilegalismo que rodeaba a Durruti y a Ascaso y que se consagraron a imitarlos, pero sin recurrir para ello a ninguna máscara ideológica, como Miguel

Ángel Roscigna, antiguo obrero panadero, fue un día a vernos, corriendo con el riesgo de ser descubierto, para aconsejarnos que suavizáramos la campaña que sosteníamos, dado el carácter violento y vengativo del protagonista de esas proezas que nos desprestigiaban como movimiento social por la justificación que esgrimía, aunque a ningún sector, ni a las propias autoridades del país, se les había ocurrido englobarnos a todos en el mismo saco.

Siguieron lloviendo las amenazas, pero no eran ellas las que podían alterar nuestra opinión ni silenciar una prédica que correspondía a la esencia ética de nuestras ideas, por las que no hemos vacilado nunca en darlo todo, también la vida si era necesario.

Continuamos impávidos la tarea cotidiana. Nos interesaba entonces sobremanera, y nos sigue interesando siempre, que el anarquismo no sea interpretado y confundido con una doctrina de violencia, sino como una nueva y más alta moral individual y social.

Con el terrorismo, fomentado por una literatura de ficción, y que en circunstancias excepcionales ha podido tener razón de ser y motivos más o menos plausibles y justificables, no queríamos reconocer ningún parentesco. Como esa predisposición y esa seducción por los métodos violentos, de terror, no encontraron entre nosotros la acogida y el apoyo que requerían para su cultivo, buscaron mejor refugio en los movimientos sociales de la llamada extrema derecha, en las diversas modalidades del fascismo, del totalitarismo. Si para otros el fin justifica los medios, fórmula que traduce el más alto

grado de amoralismo, para nosotros, los medios, cualesquiera que sean las metas, los objetivos, deben armonizar siempre con los fines perseguidos; si queremos un régimen de justicia, hay que recurrir a procedimientos de justicia; si queremos la vida en libertad, no podemos instalarla con la ayuda, con el recurso de la tiranía, de la dictadura; los medios deben siempre corresponder a los fines.

En muchas circunstancias he propiciado y defendido tácticas y sugerencias que con los años y las experiencias he llegado a desechar, y he variado de actitud en la interpretación de los hechos; pero en lo que se refiere a la ligazón de la idea anarquista con la violencia y el terror, una tergiversación fomentada por la leyenda hostil que logró hallar cierto eco en algunos momentos en el propio ambiente, no he tenido jamás motivo para cambio alguno. La violencia como arma y como táctica de lucha por la justicia y la libertad es la mejor escuela de la contrarrevolución, no una vía transitable hacia una revolución liberadora.

Huelgas y conflictos obreros

No habíamos logrado resultados efectivos y duraderos en cuanto a la pacificación interna y a la armonía en el movimiento al que consagrábamos las mejores energías; pero el crecimiento y la expansión de las organizaciones sindicales de la FORA eran bastante satisfactorios en aquellos años de crisis. Sólo la Federación Obrera Local Bonaerense contaba con

21 sindicatos, algunos de ellos muy nutridos; la Federación local de la vecina Avellaneda, separada de la capital por el Riachuelo, la integraban siete sindicatos combativos. En el congreso nacional de agosto de 1928 estuvieron representados más de un centenar de sindicatos; y a fines de 1929 se presentaba este balance:

Comenzó el año con la huelga de panaderos de Buenos Aires, en la que participaron alrededor de siete mil obreros; siguió la huelga de albañiles de Bahía Blanca, en la que intervinieron dos mil trabajadores; el paro de los ladrilleros en Lomas de Zamora, el de la empresa Thyssen; la huelga de los albañiles de Resistencia, en el Chaco; la de pintores, de Tucumán, etc. Hubo un paro de 24 horas contra las agresiones provocativas de la Liga patriótica y de la Asociación nacional del trabajo, en el puerto de Buenos Aires; el 14 de mayo se inició la huelga de albañiles en la capital federal, que se mantuvo un mes y costó algunas víctimas; en junio se produjo un conflicto en la empresa Minetti de Rosario, que involucró a los obreros portuarios y finalmente a todo el proletariado rosarino, con una huelga general solidaria que se mantuvo una semana; también se inició poco antes la huelga de la General Motors, la poderosa empresa norteamericana, huelga que terminó diez meses después con el triunfo y en cuyo desarrollo se pusieron en práctica procedimientos de lucha relativamente originales. En septiembre, octubre y noviembre hubo paralizaciones del trabajo por mejoras salariales de los albañiles de Mar del Plata, de los estibadores y los ladrilleros de la misma ciudad, movimientos que culminaron con otros tantos triunfos.

Me refiero especialmente a algunos de los movimientos obreros reivindicativos controlados por organismos de la FORA y, en consecuencia, alentados por nuestro diario. Pero eso no quiere decir que nuestras actividades se circunscribieran a las reivindicaciones obreras. Si esas reivindicaciones eran promovidas por los trabajadores, no les faltaba nunca nuestro apoyo más decidido, como en San Francisco (Córdoba), en el mes de noviembre, donde una huelga dejó, la secuela de numerosas víctimas de la represión policial; lo mismo que en Ingeniero White, pródiga en acontecimientos y en el curso de la cual Mariano Mur decidió ejercer por propia iniciativa un acto de represalia contra un patrón empeñado en llevar la huelga hasta el agotamiento de la resistencia de los trabajadores.

No se interrumpía por esos accidentes la propaganda en favor de la liberación de Simón Radowitzky y eran incontables los manifiestos en su favor de sindicatos, bibliotecas y agrupaciones en torno a esa reclamación. El 28 de mayo de 1929 hubo una huelga general de relativa amplitud en demanda de la liberación del prisionero y se realizaron mítines y concentraciones en todo el país con el mismo objetivo.

El obrero Ángel Amendola fue asesinado por las asociaciones patronales en el puerto de Buenos Aires y con ese motivo se produjo un paro de 48 horas en las actividades portuarias.

Me recordaba personalmente de la pena que me causaban las jornadas de 10, de 12 y más horas unos pocos años antes, y no había olvidado la impresión que me había causado el espectáculo de los estibadores que cargaban bolsas de cereales

con un peso de 100 y 120 kilogramos. La reducción del peso de las bolsas costó muertos, heridos y numerosos presos.

¿Hasta cuándo iban a persistir y a absorber las mejores energías aquellas y otras modalidades de trabajo injustas e intolerables? La beligerancia en torno a mejores salarios y a condiciones más tolerables de trabajo, concentraba las mejores fuerzas y los más abnegados esfuerzos, aunque a veces también se producían conflictos por motivos morales.

Ya comenzaba a ver cada día más claramente que el movimiento obrero debía tener horizontes y metas de mayor alcance que los de la lucha por el pan cotidiano, por esencial que éste fuera. Pocas corrientes sociales modernas pueden atribuirse una parte tan importante como la que corresponde a nuestro movimiento en el mejoramiento de la condición de oprobio en que vivían los trabajadores en la era del capitalismo y de la máquina a vapor. Pero eso no bastaba, y de ahí las exhortaciones sin eco en favor de una mayor participación directa en la conducción de la vida económica, en la instalación de comunidades de trabajo, sobre todo en la tierra; en favor de empresas cooperativas múltiples en las ciudades. Me pareció insuficiente y no bastante formativa y educativa la mera acción de protesta y reivindicadora de mejoras transitorias y muchas veces engañosas, pues con ellas no se afectaba en manera alguna el sistema económico que combatíamos como injusto y cuyo cambio se propiciaba en la propaganda teórica cotidiana, en la cual el anticapitalismo no iba más allá de unas palabras y unas frases de rutina que no comprometían a nada positivo.

Aludí a la huelga en la empresa General Motors Co.,

producida en los primeros meses de 1928 por acuerdo de la Union Chauffeurs. El paro fue inicialmente importante, pero al prolongarse, dispuesta como estaba la empresa a no ceder, a no dialogar con los huelguistas, la unanimidad de la primera hora se fue debilitando, especialmente en aquel período de crisis aguda en que se vivía, y poco a poco volvieron muchos, si no todos, al trabajo, único recurso para sobrevivir.

Los militantes responsables consideraron que si no se utilizaban otros procedimientos de lucha que los del paro de las actividades, el conflicto planteado habría de darse por perdido. Se dejó a los obreros que volvieran a sus tareas, su única fuente de vida; no se les podía exigir una paralización demasiado prolongada; en cambio, se acordó echar mano a otra táctica, la del boicot a los productos terminados de la empresa en litigio a partir de una fecha dada.

Se nos pidió ayuda para divulgar los alcances del boicot y se comenzó así la impresión de carteles murales de manifiestos, de octavillas sobre el conflicto y sobre el boicot decretado sindicalmente contra los productos que saliesen en lo sucesivo de los talleres de la orgullosa empresa, que juzgaba deshonroso tratar con su personal asalariado y que no había perdido hasta allí en el mundo una sola huelga iniciada por sus obreros.

Como en ese caso se trataba de un núcleo de militantes de toda confianza, responsables, les prestamos toda la ayuda que pudimos; con ese núcleo se vincularon jóvenes entusiastas y deseosos de entrar en acción; aquella lucha fue una escuela en la que aprendieron muchos a luchar y a sacrificarse

responsablemente. Después de una intensa campaña pública para advertir a la población que no debía adquirir los coches de la empresa boicoteada, se procedió a un sabotaje metódico. Los coches nuevos de la General Motors Co. ardían en sus estacionamientos, sin que fuesen sorprendidos los incendiarios. En los ocho o diez meses que duró esa acción, no se produjo ningún daño a las personas; ardieron en total unos 600 coches nuevos. Uno de los últimos pertenecía a un comisario de La Pampa, que se había jactado de que con él no se atreverían; fue a despedirse de las autoridades del Departamento de policía antes de partir para su destino y cuando salió de esa comisaría vio que su flamante vehículo ardía irremisiblemente.

Llegó un momento en que la admirable maestría de los saboteadores y nuestra propia capacidad para ayudarlos había llegado al extremo del cansancio y de las posibilidades. Era difícil continuar aquel desgaste y se temía que la menor imprudencia, un incalculado azar, pudiese dar con los ejecutores de aquellos actos, todos vinculados estrechamente con nosotros. Los riesgos eran grandes y graves.

En esas circunstancias, una mañana se presentó en la dirección de *La Protesta* un señor, norteamericano por su apariencia, campechano, sin ninguna inhibición, con los signos de una plena franqueza en sus modales. No recuerdo si le acompañaba alguien. Dijo que era el gerente de la General Motors Co. de la Argentina y tenía orden de la casa central de llegar a un acuerdo para poner fin al conflicto existente, y que ése era el objeto de la visita.

Respondí, con simulado asombro, que no teníamos nada que ver con aquello de que nos hablaba; que solamente éramos redactores de un diario obrero y no participábamos en ninguna otra actividad. El gerente de la General Motors Co., Mr. De Tonnay, sonriente, replicó en tono amable y seguro de sí mismo:

—La empresa ha gastado mucho dinero para romper la huelga y para impedir el boicot subsiguiente, y esta vez se declara vencida. Por eso vengo a verlos. Quiero llegar a un arreglo.

Mr. De Tonnay sabía que no éramos huelguistas, que no habíamos incendiado coches boicoteados; pero seguramente sabía también que sin el apoyo que habíamos ofrecido para la larga y arriesgada brega de diez meses, la lucha no se habría podido mantener.

Finalmente nos prestamos a hacer averiguaciones para ver si dábamos con el Comité de huelga, que es con el que podría tratar el asunto el señor gerente.

En la noche del día siguiente se realizó la reunión de Mr. De Tonnay con el Comité de huelga en uno de nuestros locales, cerca de la plaza Once de Septiembre. Mr. De Tonnay apareció en mangas de camisa, con gesto seguro y confiado. También yo tuve que asistir a la reunión.

Después de las primeras escaramuzas y subterfugios, el Comité de huelga aludió a que el incendio de los automóviles que ardían en las calles de Buenos Aires podría deberse a algún desperfecto del carburador, pero ante un ¡no, no! del gerente

de la empresa hubo que poner las cartas sobre la mesa, francamente.

Mr. De Tonnay expuso que tenía orden de poner fin a la huelga y que se le había autorizado a compensar los gastos hechos por el sector vencedor con 5.000 dólares.

Se le respondió que con ello no se alcanzaría a pagar a la imprenta de nuestro diario el papel empleado en la propaganda del boicot. Mr. De Tonnay respondió que la empresa que representaba era rica y él se comprometía a gestionar el aumento de la cantidad ofrecida. Pero la verdad era que todos estábamos vencidos, y, por parte de los combatientes, agotados. Se convino en poner fin a las hostilidades, en terminar la larga lucha. Era peligroso continuarla, porque de algún modo se había sabido y presumido la intervención de *La Protesta*, y los chóferes vinculados con ella podrían ser objeto de especial vigilancia en lo sucesivo, aunque hasta allí habían quedado fuera de toda sospecha.

Los cinco mil dólares entregados se repartieron entre el Comité pro presos, una donación para Errico Malatesta, en poder del fascismo en Italia, y algo también para saldar la deuda con nuestros talleres. La distribución de esas sumas se dio a conocer en nuestro diario para prevenir cualquier malentendido o suspicacia.

Recuerdo el final del conflicto con la General Motors Co., no por la intervención solidaria que tuviéramos en él y por haberse dirigido a nosotros el gerente de la empresa, sino

porque el asesor letrado de la General Motors fue unos años después miembro del gobierno del general Agustín P. Justo y aprovechó el poder que detentaba para retirar la franquicia postal de que disfrutaba nuestro diario, la manera más elegante para impedir su existencia después de 31 años, aunque siempre una existencia azarosa.

Los colectivos y los colectiveros

Si no otro mérito, tengo el de haber propuesto y tenido éxito en la introducción en el léxico popular argentino de las palabras colectivo y colectivero, con un nuevo sentido. El origen de esos términos es el siguiente:

Hubo en 1928 una crisis deprimente de los servicios de taxímetros en Buenos Aires; pasaban los meses y aquella situación no mostraba perspectivas de un fin próximo. El gremio de taxistas sufría las consecuencias del poco uso de sus coches, que circulaban horas y horas vacíos, consumiendo inútilmente nafta. Algunos taxistas optaron por arrinconar su coche en espera de tiempos mejores o para siempre, y procuraban buscar otra actividad para obtener el pan cotidiano.

Teníamos una estrecha vinculación con el gremio de chóferes; los afectados por la crisis pasaban a todas horas por la redacción para hacernos conocer sus puntos de vista y conocer los nuestros. Se hablaba de pedir ayuda al municipio

de la Capital Federal a fin de no privar a la ciudad de un servicio público como el que mantenían. A esas peticiones al gobierno o al municipio me opuse terminantemente. Y por más que me esforzaba por hallar una salida honrosa, no se me ocurría ninguna, y el porvenir del gremio, en el que contaba con tantos amigos, me atormentaba tanto como a los que padecían aquella situación, que tenía visos de prolongarse.

Entre las docenas de taxistas que acudían al diario para comprobar si teníamos algo como la piedra filosofal para descubrir alguna luz, menciono a uno solo, Juan López, gallego, esperantista, que firmaba sus colaboraciones en nuestra prensa con el seudónimo «Saluto».

Solía traerme informaciones de los países de Oriente, de China, Japón, la India, que tomaba de publicaciones en esperanto de aquellos países. De apariencia quijotesca, al volante de su vehículo, viejo y maltrecho, al verle me recordaba al caballero de la Mancha y a su Rocinante.

Descartado lo del recurso al municipio, ¿qué hacer? Y fue entonces cuando se me ocurrió lo siguiente: en lugar de circular con los taxímetros al azar en busca de pasajeros, habría que obrar de otro modo, ponerlos en filas, con recorridos fijos, de tal lugar a tal otro, como los tranvías eléctricos y con una tarifa baja, popular, equivalente a la de los tranvías.

El amigo Juan López se entusiasmó con esa idea, que le pareció excelente, y quedamos en que la expondría en la primera asamblea del gremio, y así lo hizo.

En la nutrida asamblea del local de la calle Bartolomé Mitre al

3200, la proposición fue tomada con sorna por algunos y muy en serio por otros.

Me dolió un tanto que entre los que intentaron ridiculizar, aunque sin éxito, aquella solución, estaban militantes muy conocidos de la FORA.

No obstante esa actitud de unos pocos que se consideraban en posesión de la verdad suprema, un par de días después comenzaron a formarse líneas de taxímetros con recorridos fijos, señalados en un tablero en la delantera de los coches. El taxi particular, se convirtió en taxi colectivo. Eran coches grandes: podían transportar con unos asientos fácilmente agregables, hasta seis pasajeros. Avanzaban rápidamente y competían con éxito con los tranvías; la población de Buenos Aires tomó esos vehículos con simpatía. En pocas semanas no alcanzaban los taxis de la gran ciudad para cubrir las líneas establecidas espontáneamente. Fue todo un éxito, un éxito con amplio respaldo popular. El gremio entero, que andaba cabizbajo, triste, desanimado, mostró en pocos días la sonrisa del triunfo.

El taxi colectivo fue el vehículo favorito de Buenos Aires, hasta el punto que los tranvías circulaban casi vacíos, como circulaban antes los taxis. Y como se trataba de intereses extranjeros, ingleses, hubo reclamaciones y protestas, pero el presidente Yrigoyen se mostró firme y tomó el partido y la defensa de los colectivos y los colectiveros. Hubo contratiempos y alteraciones con el cambio de gobierno y la entrada en el mismo de representantes del capital inglés, pero los tranvías acabaron por desaparecer unos años más tarde.

El primitivo taxi colectivo fue transformado en microómnibus, que manejaba el mismo conductor, sin ayuda extraña, de cobradores de los boletos. Los microómnibus siguieron llamándose colectivos, y fue con ellos con lo que se hizo posible el conglomerado urbano bonaerense, disperso en numerosas pequeñas ciudades, como una unidad funcional. Juan López, después de aquel acontecimiento de la movilización de los taxis, vendió su destartalado coche y regresó a su tierra, si no recuerdo mal a la provincia de Pontevedra, y levantó una muy modesta vivienda en tierras fiscales, y paulatinamente fue formando allí una colonia de amigos, que cultivaban la tierra y disponían de una vaca para la leche. Al producirse la guerra civil en julio de 1936, ese soñador inofensivo fue ejecutado por los llamados nacionalistas. No merecía ese destino.

Al advertir el espectáculo de la nueva modalidad del transporte de pasajeros en Buenos Aires, mi sugerencia fue que lo más lógico en aquellas circunstancias, lo más seguro, lo más prometedor era constituir un gran consorcio que abarcase el transporte urbano y suburbano de pasajeros y también el de larga distancia. Pero el movimiento obrero y la mentalidad difundida a la sombra de un revolucionarismo dialéctico, no estaban preparados para tanto, y me faltó el Juan López, el «Saluto», para interpretar ese paso constructivo de incalculables consecuencias.

En lugar de una gran empresa socializada, conducida por los mismos trabajadores, se formaron varios centenares de pequeñas empresas independientes, a razón de una por cada línea establecida. Así se demostró, por un lado, capacidad para

afrontar una contingencia muy crítica y abrumadora, pero no se supo convertir aquella realización magnífica en uno de los pilares y de las palancas para una nueva Argentina, como pudo hacerse también de haber comprendido la prédica estéril que habíamos hecho en favor de la institución de comunidades de trabajo en la esfera agropecuaria.

Alejados por unos cuantos años de aquel país, al regresar de nuevo a comienzos de 1940, me ha ocurrido más de una vez que, al subir a un colectivo y disponerme a abonar el boleto correspondiente, el conductor me interrumpía:

—¡No! ¿Cómo voy a cobrarte a ti? Sé quién eres y lo que te debemos.

Aún pude en esa nueva etapa prestar algunos servicios a los colectiveros, ayudándolos a montar una fábrica cooperativa de carrocerías, una compañía propia de seguros y en la redacción de un órgano de prensa y de propaganda. Pero el poder económico que pudieron tener los colectiveros unidos, amalgamados, no lo tuvieron ya.

No obstante, los colectivos quedaron, y quedaron los colectiveros, dos voces nuevas en el léxico popular. En mi fuero interno no dejó de sentir cierto orgullo por haber dado el primer impulso para esa salida en una gravísima crisis de ese gremio.

La Asociación Continental Americana de los Trabajadores

La vinculación de las fuerzas obreras organizadas y afines en el orden continental americano era una aspiración relativamente antigua. En el Congreso extraordinario de la FORA en 1920 se había aprobado una resolución en ese sentido; y en 1927, y en lo sucesivo, se expuso desde la organización sindical libertaria argentina la idea de un encuentro con las de los demás países y se formalizó un secretariado de relaciones internacionales con el propósito de llegar a un congreso continental, aspiración a la que había contribuido todos aquellos años mi vinculación desde Alemania, desde la Asociación Internacional de los Trabajadores, con los diversos países de Hispanoamérica.

Los amigos de la Confederación General de Trabajadores de México, en la que intervenían José C. Valadés y Enrique Rangel, entre otros de nuestra plena confianza, perseguían el mismo propósito y estrecharon las relaciones con la FORA para ese fin. En 1925, los compañeros mexicanos habían convocado en Panamá a las agrupaciones y organizaciones sindicales libertarias de Hispanoamérica y algo similar hizo la FORA en 1927, pero ambos intentos carecieron de la adhesión suficiente para llegar a la constitución de un organismo continental de relaciones. La situación política interna de varios de los países de nuestra lengua y el Brasil, con los que en circunstancias más o menos normales se habría podido contar, no era ya favorable, y muchas veces era declaradamente hostil a todo intento de acercamiento por encima de las fronteras.

Finalmente fue convocado, por nuestro impulso persistente,

el Congreso continental obrero en Buenos Aires para mayo de 1929 e inauguró sus sesiones en el amplio local de la FORA en la calle Bartolomé Mitre al 3200. Fue un acontecimiento auspicioso, cordial, aunque quizá un poco tardío. La historia política del mundo, y también de América, había tomado el rumbo que condujo a los desastres y hecatombes que ha soportado desde entonces la humanidad.

Estaba representada la FORA por Emilio López Arango, Suceso y Serafín Fernández; el Centro Obrero Regional del Paraguay, por Juan Deilla; la Federación Obrera local de La Paz (Bolivia), por Miguel Rodríguez; la Confederación General de Trabajadores de México, por Enrique Rangel; el Comité de Acción sindical de Guatemala, por Manuel Grajeda; Joao Martín representaba a la Unión General de Trabajadores de Uruguay, a las federaciones locales de Bagé, de Pará, de Río de Janeiro, de Pelotas y el sindicato de canteros de Uniao do Leao; la Federación Obrera Regional Uruguaya, por Pascual Minotti. Acudieron además, con delegaciones indirectas, entidades afines de La Paz; de *La Protesta* (Lima); de un Centro de estudios sociales de San José (Costa Rica); del periódico Cultura proletaria, de Nueva York, representados por A. Furnarakis, Manuel Villar, J. Mayo y yo mismo.

El secretariado de la Asociación Internacional de Trabajadores estuvo presente por medio de Augustin Souchy; el Bureau Antimilitarista de La Haya asistió por mi mediación. Dos refugiados chilenos, Pedro Ortúzar y Armando Treviño, miembros de la sección chilena de los IWW, acudieron e intervinieron en el Congreso. También acudieron delegados fraternales de diversas entidades afines de Buenos Aires.

Era la primera vez que se realizaba una concentración continental de esa naturaleza, aunque ya por entonces algunos de los países estaban bajo las garras de dictaduras militares y políticas antiobreras, como el Perú, el Brasil, y en otros la amenaza de ese rumbo estaba pendiente.

Para esa reunión había preparado yo mismo una Declaración de Principios y un estatuto orgánico, que fueron aprobados sin discusión. Procuraba de ese modo mantener algunas posiciones y fórmulas tradicionales y, por otro, imprimir una mejor comprensión de la hora en que vivíamos, sus peligros, la crisis económica mundial que se avecinaba. La organización social que se proponía como finalidad debía ser la reorganización de la vida económica sobre la base del trabajo de todos y de cada uno, una organización articulada de abajo arriba, frente a las corrientes que propiciaban el nuevo orden de arriba abajo, con la autoridad política provista del poder de dictar la ley.

«La Asociación Continental de los Trabajadores, que recoge la experiencia del último siglo de luchas y que tiene en cuenta las enseñanzas de la experiencia y de la vida, repudia la conquista del Estado político como medio de emancipación proletaria y concentra todas sus energías en la organización del trabajo sobre las piedras angulares de la libertad, de la utilidad y de la solidaridad. En consecuencia aspira a un régimen social donde el trabajo sea base y garantía de libertad y de justicia para todos...

»El socialismo libertario no puede ser realizado más que por la revolución social. En consecuencia, los trabajadores

revolucionarios deben prepararse intelectual y prácticamente para tomar posesión de los medios de producción, distribución y transporte a su alcance y para utilizarlos automáticamente al día siguiente de la revolución...

»La base de las organizaciones obreras libertarias es el federalismo. Los individuos se asocian voluntariamente en el sindicato, los sindicatos forman las federaciones y el conjunto constituye el organismo nacional, conservando tanto el individuo como el grupo asociados su autonomía dentro de la Internacional de los Trabajadores.

»La organización por oficio o por rama industrial o las organizaciones en las modernas empresas socializadas, debe quedar librada a la mejor utilidad reconocida por los interesados.

»El federalismo es una concepción organizadora en línea convergente que no se destruye siempre que se obtenga la relación de intereses en el plano de la inmediata concreción de una fábrica, de un pueblo, de una región, teniendo en cuenta que el hombre se debe primero al medio ambiente en que vive como ente social y después a su oficio como productor.»

Como objetivos inmediatos, aparte de una mayor participación de los trabajadores en los resultados de la producción, mediante el aumento del salario, se recomienda la reducción de la jornada con vistas a la crisis inminente, y ya en acción, que dejará millones de desocupados, en paro forzoso, y

la defensa de las conquistas sociales, económicas y morales con todos los medios de la acción revolucionaria que no contradigan los elevados fines perseguidos.

La lucha contra el militarismo y la guerra por medio de la propaganda, del boicot a la industria de los armamentos y la negativa individual y colectiva a servir en el ejército; el desconocimiento de las barreras artificiosas de las nacionalidades estatales y la proclamación de la patria universal del trabajo y de la comunidad de intereses de los trabajadores del mundo; la producción consciente y responsable como condición previa de una transformación social prometedora: el ejercicio constante de la solidaridad en favor de las víctimas de la lucha revolucionaria contra el capitalismo y el estatismo; el estímulo y el apoyo a todas las corrientes y movimientos sociales y de cultura que, aun sin coincidir con nosotros en los objetivos finales enteramente, con su acción y propaganda contribuyen a debilitar los puntales del autoritarismo político y del privilegio económico, sin abandonar por eso la propia cohesión interna ni perder de vista las finalidades que singularizan el movimiento liberador del trabajo que representamos.

En una exposición pude denunciar el fácil engaño y la fácil confiscación del mero aumento de los salarios, mientras se dejaba que aumentasen los precios de las subsistencias y se permitía que la plusvalía fuese en proporción creciente al sostén del Estado, cada día más y más absorbente; también pude advertir, cosa rara en un congreso obrero, sobre la necesidad de defenderse contra la devaluación del signo monetario, un modo de volver ilusorios los aumentos

salariales. No recuerdo que se haya hecho hasta allí una exhortación de esa naturaleza.

Como síntesis de esa intervención, se aprobó esta resolución:

«La conferencia continental de trabajadores revolucionarios, aun propiciando con plena fe y confianza en el porvenir una transformación completa del orden político y del orden económico capitalistas, reconoce la urgencia de la lucha por el pan y los mejoramientos cotidianos como exponentes de la voluntad proletaria de operar esa transformación. Además comprueba la multiplicidad de formas de explotación del hombre por el hombre en el terreno de la industria, donde aparece como productor; en el comercio, donde aparece como consumidor; en el campo de la especulación financiera, en el radio de acción del capitalismo agrario, latifundista, etc., y opina que la obra revolucionaria definitiva lo mismo que la defensa cotidiana, deben llevarse a cabo en todos los frentes posibles...»

Con destino a ese encuentro continental presenté algunos otros trabajos, uno sobre el militarismo, la guerra y la reacción; otro sobre la reducción de la jornada de trabajo, difundidos en folletos y memorias. El dedicado al militarismo y a la guerra lo hacía como representante del Bureau Internacional Antimilitarista de La Haya, y decía entre otras cosas:

«Los intereses de los proletarios tienen tan poco que ver con la guerra de los gobiernos burgueses como con la que

podrían declarar los Macdonald y los Müller o con la de los bolchevistas. Y desde el punto de vista revolucionario y moral es tan condenable y criminal la guerra contra los pueblos coloniales para explotarlos y reducirlos a la sumisión, como la guerra entre los pueblos civilizados.

»Somos también de opinión que, después de todos los resultados de la investigación histórica, entre los pueblos civilizados, no hay provocadores y provocados, pues todos son provocadores; no hay agresores y agredidos, sólo hay agresores; no hay defensa nacional, sino defensa de los intereses comerciales o industriales o financieros de las clases privilegiadas y dirigentes. Si hay en las guerras modernas agredidos, provocados, son los pueblos coloniales... Por estas razones no reconocemos tampoco la distinción entre guerras ofensivas, imperialistas, y guerras defensivas, de defensa nacional. Y un estudio de los materiales conocidos de la última guerra (la de 1914-1918) nos lleva a confirmar este punto de vista y a repartir por igual entre todos los beligerantes la responsabilidad de la tragedia de cuatro años...»

En muchos aspectos, podemos suscribir todavía algunos puntos de la actitud mantenida en 1929 y en otros quizá veamos las cosas con mayor claridad y mejor experiencia.

Max Nettlau me envió desde Viena una carta sobre el proyectado Congreso, con recomendaciones y estímulos que han merecido la atención propia y la de los que la leyeron, porque fue dada a conocer en nuestra prensa.

La Asociación Continental encargó el secretariado para las relaciones internacionales a Emilio López Arango y a Manuel Villar; a cargo de este último pasó la revista *La Continental Obrera*.

El asesinato de Emilio López Arango

Después de la conspiración en la propia casa, entre integrantes o vinculados al Grupo editor de *La Protesta* para alejar a López Arango, por las buenas o por las malas, del diario, y en vista de la campaña hostil desde diversos núcleos y periódicos y desde diversos lugares, llegué finalmente a la conclusión de que había que privar de objetivos a aquellas campañas malevolentes que concentraban tantas energías y causaban tantos disgustos cuando había a la vista grandes peligros para todos.

Resolví hacer lo que tal vez habría debido hacer desde el primer momento. Pedí al amigo que se alejase del diario y que me ayudase desde fuera. Quería hacer frente solo a la envenenada situación interna, porque en ese clima era imposible continuar. Yo estaba seguro de que, al encontrarse fuera de la redacción del diario, la enemistad que se había desencadenado contra él se iría extinguiendo, porque era un militante inflexible en la línea que juzgaba buena, y, en todo momento, de una conducta ejemplar y de una integridad moral insobornable. Pasados aquellos momentos, podría volver al

puesto que había ocupado con dignidad y con entereza, y yo podría volver a Europa.

Comprendió López Arango que debía hacer lo que le sugería, sin un gesto de asombro, pero no sin dolor íntimo, porque el puesto que ocupaba no era una canonjía ni algo que materialmente fuese codiciable, sino un puesto de sacrificio, de la más alta e intransferible responsabilidad y de permanente penuria.

Un par de días después de pedirle que me dejase solo, ya había hallado trabajo en su oficio de panadero, en un pequeño establecimiento cerca del lugar donde habitaba. Entre los panaderos, López Arango era muy respetado y querido y redactaba el periódico órgano del gremio desde hacía más de dos lustros. Desde el punto de vista de la comodidad personal, salía ganando, porque nuestros ingresos para poder vivir, cuando los había, eran inferiores a los de cualquier obrero de oficio, y además no tenía necesidad de afrontar la oleada de odios y resquemores que se había desencadenado contra él, un fenómeno morboso que no es del todo raro en ambientes que suelen desarrollarse en condiciones anormales. Su rectitud y su inflexibilidad lo hicieron blanco de muchos enconos, en las organizaciones sindicales no adheridas a la FORA, que sabían de su carácter indoblegable, y también en algunos núcleos de la FORA misma y del movimiento libertario, en el que hay siempre resistencia a la prolongación en los cargos más o menos rentados. Yo recordaba que Anselmo Lorenzo, el símbolo de la Internacional española, había sido forzado a dimitir de sus funciones en el Consejo Federal en varias ocasiones, una de ellas casi con violencia física.

Es fácil decir desde fuera que en tales circunstancias se echa todo a rodar y se aparta el que es objeto de esos ataques, injustos y de esos celos y envidias. Y hay razones para concluir que en circunstancias como aquéllas era preferible ceder a litigar contra una malevolencia irresponsable, contagiosa y dañina. El liderazgo prolongado en cargos de la organización obrera o de los partidos políticos, y en este caso en una empresa de la que se responsabilizaba un grupo editor independiente, sin ligazón orgánica con el movimiento obrero ni con una organización libertaria específica, no era aconsejable que se eternizase. Los valores personales auténticos raramente quedan mucho tiempo marginados o inactivos.

Teníamos plena confianza de lo que podía significar para nuestro amigo una temporada, aunque fuese de pocos años, fuera del ajetreo cotidiano del diario y de la atención a las minucias incontables y absorbentes de un movimiento como el que nosotros alentábamos. Había leído poco, muy poco; le cautivó en un período de desocupación en Buenos Aires el hallazgo, en una librería de viejo, de *La conquista del pan*, de Pedro Kropotkin. Si pudiese tomarse un tiempo de sosiego para dedicarse a la lectura y a la meditación, había en él pasta para una muy fecunda y razonada labor futura. En el diario, lo que había pesado más era su conducta rectilínea, su honradez y un espíritu ilimitado de sacrificio, y ese contenido moral y esa gravitación no podían ser negadas o pasadas por alto mucho tiempo.

Pedí al amigo que me dejase descansar unos días antes de afrontar luego la actuación agobiante que me echaba encima

con el diario, con la revista, con la empresa editorial. Era mucho, pero no había opción a negarse a cumplir ese compromiso. Manuel Villar, el más joven de los redactores, además de su labor en el diario, dirigía *La Continental Obrera*, órgano de la ACAT, y era una ayuda valiosa y segura; también teníamos en la redacción a un poeta bohemio, Pedro Godoy, de oficio panadero, si puede hablarse de oficio, y Fausto Falaschi, un alto valor intelectual y moral, nos ayudaba con sus colaboraciones.

El 25 de octubre de 1929 viajé a Santa Fe, residencia de la familia, a fin de tomarme un breve descanso para la perspectiva que iba a asumir por el tiempo que me permitiesen las propias fuerzas. El futuro de López Arango era en parte el propio futuro, porque los dos habíamos hecho del diario y de las labores anexas, no sólo el centro de nuestros más altos anhelos, sino una parte esencial de nosotros mismos. No concebíamos que ese instrumento de propaganda y de acción, al que habíamos dedicado años tan intensos de nuestra vida, pudiese caer en manos menos identificadas con él. Apenas hube llegado a Santa Fe, un llamado telefónico de Buenos Aires me transmitió la noticia escalofriante: López Arango había sido asesinado, mientras yo viajaba de noche, a la puerta de su propio domicilio. Quedé mudo, aterrado, sin creer que tal cosa hubiese podido ocurrir, sin comprender la tragedia que ese hecho significaba. En peligro de ser asesinados estábamos los dos, se nos había hecho saber por todas las vías posibles, hasta por la misma policía de Buenos Aires; pero esas amenazas no nos habían intimidado ni nos habían hecho vacilar un instante en lo que juzgábamos el cumplimiento de nuestro deber.

Aquello que me anunciaron no era concebible; sin embargo, y sin querer hacerme a la idea de la muerte del amigo, volví a tomar el tren para Buenos Aires, sin un minuto de descanso. Viajé toda la noche, sin cerrar los ojos, con la mente fija en una realidad trágica en la que no quería darlo todo por perdido; quizá se tratara sólo de un intento de asesinato; quizá sólo hubiera sido herido.

A las ocho de la mañana entré en los talleres del diario. El personal estaba como aterrado, acongojado; era verdad lo que se me había comunicado; no hacían falta palabras; aquellos rostros no mentían. No pude cambiar una sílaba con ellos; me senté a la máquina y escribí un editorial sobre la tragedia. De lo que dije en ese editorial sobre la personalidad que se nos había arrancado criminalmente, sobre lo que significaba esa pérdida, no tengo idea alguna; aquella nota no volvió a caer en mis manos.

Todos los compañeros de tareas guardaban silencio; no hacía falta expresar lo que cada cual sentía. Los linotipistas y los tipógrafos se pusieron a trabajar, y algunas lágrimas se fueron deslizando sobre sus mejillas mientras lo hacían, pero caían sobre el yunque cotidiano. ¡Había que continuar la tarea, a pesar de todo!

López Arango había nacido en Cudillero (Asturias) el 25 de marzo de 1893, tenía cuatro años más que yo. Dejaba a su compañera, Carmen, con la que se había unido en 1917, y tres herederos varones todavía en la infancia.

No tardaron en ir llegando los amigos de más confianza. Los

panaderos habían tomado como rehén a uno de los adversarios de López Arango, José María Acha, al que yo había alejado de la redacción por su obstinación en continuar el azuzamiento contra eventuales adversarios colaterales, y luego centró sus odios temperamentales contra el diario y contra mi amigo, a pesar de que él no había intervenido personalmente en mi decisión. Si se probaba que había tenido alguna conexión con el asesinato, los que lo tenían en sus manos estaban decididos a ajusticiarlo.

También acudieron a verme algunos núcleos disidentes que se habían manifestado en oposición a López Arango, y me aseguraron que condenaban el crimen y que todavía no sabían de dónde había partido la mano asesina. No nos quedaba ninguna duda de la verdad de lo que decían los que declararon su modo de ver y de sentir, cara a cara, de compañero a compañero. Creemos que no hubo uno solo de los adversarios que dejara de protestar contra aquel hecho monstruoso, sin beneficio para nadie y con daño y vergüenza para todos.

No se tardó en señalar al autor de la tragedia infausta. Era el mismo italiano que pretendía que su acción violenta y de terror, al amparo de su pregonado antifascismo, lo mismo que habría podido refugiarse en cualquier otro pretexto, fuese reconocida por nosotros como una legítima expresión del anarquismo. Lo que creyó una culminación heroica de su presunto credo, fue su declinación, porque desde entonces no volvió a encontrar el apoyo o la tolerancia que había disfrutado hasta allí en algunos ambientes cargados con una pasión de hostilidad contra nuestro diario y especialmente contra mi compañero y amigo.

Se organizaron grupos dedicados a la caza del asesino, pero fue difícil hallarlo, aunque seguramente, tarde o temprano, habría sido hallado. La violencia es matriz de la violencia. Yo mismo paralicé aquella búsqueda a los pocos días. El mal estaba hecho y no quise aumentarlo con la represalia; por justa que fuese. El asesinato ya no podía respaldarse en el reconocimiento y la tolerancia de ningún sector del movimiento libertario.

Continuamos la labor y tuve algunas entrevistas, no muchas, con núcleos que habían sido adversarios. Recuerdo un encuentro en La Plata con Jacobo Prince y José María Lunazzi; Prince había quedado maltrecho para todo el resto de su vida, y en los momentos en que escribo estas líneas vive todavía, a raíz de un ataque salvaje, criminal, de elementos que se decían de la FORA, en Santa Rosa, La Pampa, donde publicaba un periódico independiente, hecho que he condenado y descalificado enérgicamente desde Berlín en notás y comentarios. Después de esa entrevista en La Plata, el periódico *Ideas*, que se publicaba en esa ciudad, fue impreso en lo sucesivo en los talleres de *La Protesta*, a lo que no opuse ninguna objeción, a condición de que cumpliesen con el pago correspondiente, porque de otro modo me crearían algunos problemas.

Pero también esa impresión del periódico *Ideas* en los talleres a nuestro cargo tuvo repercusión en aquellas circunstancias nada normales. Un miembro del Grupo editor, Joaquín Gómez, entregado a una tarea abnegada durante muchos años en la imprenta y en la administración del diario, me dejó en el mostrador la llave de la caja y desapareció sin

despedirse siquiera ni explicar su actitud, si esa actitud tenía explicación.

En ese clima de intemperancia se había vivido los últimos años. En este caso contaba ya con una ayuda generosa y leal, la de José Berenguer, que quedó luego y por muchos años estrechamente ligado al viejo vocero y a los intentos para hacerlo reaparecer después de los períodos de crisis que iban a presentarse pronto.

Con el ejemplo y con la prédica por encima de las bajas pasiones que lo habían empañado todo, procuré que se suavizaran los desencuentros internos. El precio había sido y era demasiado alto.

De todos modos, había que cumplir la misión que habíamos asumido, cualquiera que fuese el costo.

Después del gesto de sacrificio de Kurt G. Wilckens y su vil asesinato en la Penitenciaría Nacional, el fin de Emilio López Arango, cuando tanto prometía para el porvenir, eran hechos que no podría borrar del alma. ¿Serían los últimos por los que he llorado y sufrido hondamente?

Una tarde llegó a la redacción del diario un funcionario policial con la orden de que le acompañara al departamento de policía. No me planteó la opción de ir o no ir; tuve que resignarme a ir, sin saber por qué motivo. Me aguardaba el jefe de la sección de Orden Social, Juan Garibotto, y me examinó desde el escritorio de su despacho.

—Veo que no lleva armas. Le aconsejo que vaya armado, y

cualquier tropiezo que haya por ello, que se me comunique en el acto.

Me explicó que había recibido informes de sus agentes de que entre los adversarios con que contaba por mi actuación, existía el propósito de poner fin a mi vida. No me dijo de dónde partían las amenazas, pero sus agentes habían tenido conocimiento de ellas y quería prevenirme. Me propuso que admitiese una custodia, y como eso era para mí inaceptable, volvió a repetirme que fuese armado. Le respondí que mi itinerario sería el mismo de todos los días, y por otra parte, en el caso de un atentado premeditado, de poco valía llevar un arma encima o no llevarla.

Uno de los peligros contra mi vida a que aludió el jefe de la sección de Orden Social, lo supe más tarde, partía de la Federación Obrera Marítima, integrante de la Unión Sindical Argentina; me lo confesó el propio secretario de esa Federación, el correntino Juan Antonio Morán, convertido luego en fiel amigo y compañero. Mi delito consistía en defender a los estibadores de la FORA, que trabajaban tradicionalmente en la sección portuaria de Boca y Barracas, lugar que intentaban invadir los estibadores de Diques y Dársenas.

Esa rivalidad había dado origen a encuentros violentos, con muertos y heridos. Por mi parte no reclamaba desde el diario más que el respeto a los lugares tradicionales de cada sector obrero, y no habría callado en el caso que los estibadores de la FORA hubiesen intentado invadir la sección de Diques y Dársenas. Se me pedía hasta en sendos editoriales del órgano

de prensa de los obreros marítimos que impidiese aquellos encuentros a tiros, cuando el asunto debía ventilarse entre las mismas organizaciones obreras rivales.

En ocasión de uno de esos tiroteos de los grupos laborales en la zona portuaria de Boca y Barracas, una mañana me llevaron a la redacción del diario cuatro heridos de bala, para que los llevase a algún médico de confianza para su examen y curación. Ignoraba el estado de gravedad y en el momento no se me ocurrió más que el nombre de un médico, el de Juan Emiliano Carulla, que había estado vinculado, cuando era estudiante, con nuestras actividades después del terror desencadenado en mayo de 1910 y había colaborado en la publicación de algún número clandestino de *La Protesta* en Montevideo y en su introducción en Buenos Aires. Se hallaba ya en las filas del nacionalismo y por tanto ideológicamente enfrentado con nosotros. Pero en aquella emergencia no vacilé en recurrir a él; tenía la seguridad, de todos modos, de que no se habría atrevido a una acción deshonestas, a una denuncia del caso que me había llevado a su consultorio.

Explicué a Carulla el objeto de la visita; a la puerta del consultorio esperaban, en un taxi, los cuatro heridos, y le pedí que los atendiera momentáneamente. Me respondió que se había dedicado enteramente a la clínica, que no había tomado un bisturí en la mano y, en consecuencia, no podía asumir la responsabilidad que le pedía. No hubo más remedio que buscar otra solución, y como no sabía la gravedad de los heridos ni podía asegurar que alguno no se me muriese en el coche, pensé en recurrir a Apolinario Barrera, y, por su indicación y mediación, los portuarios baleados fueron llevados

al consultorio privado del médico del diario *Crítica*, siendo atendidos allí y se comprobó que las heridas de bala no eran graves.

Nada trascendió de esa peregrinación en busca de un médico. El más alarmado era yo mismo, pues los portuarios heridos, que habían perdido mucha sangre, sólo se quejaban de que tenían sed y pretendían que los dejase bajar al paso por algún café para tomar un líquido refrescante.

El golpe de Estado del general Uriburu

No sabría explicar cómo y por qué he tenido muy a menudo una especial sensibilidad para captar acontecimientos políticos y sociales peligrosos antes de producirse, en contraposición a los que ni siquiera los perciben en sus alcances después de producidos. Se me podría acusar de algo así como de ser un profeta de desastres.

El movimiento de oposición, abierto o conspirativo, contra el presidente Hipólito Yrigoyen y sus colaboradores, lo había detectado antes de que me llegasen informaciones de las reuniones de aspirantes a la sucesión, que solían realizarse en dependencias del diario *Crítica*. Estaban ya en el ambiente las sugerencias de las ideologías nacionalistas totalitarias, como las de Charles Maurras, y la Action française, y un Leopoldo Lugones no vaciló en anunciar la hora de la espada.

Al abrigo de esas corrientes bautizadas como nacionalistas, se gestó en la Argentina un proceso reaccionario, regresivo, de corte totalitario, para seguir la moda europea de aquellos años; aunque también sin esas influencias era posible que el descontento reinante acudiese a la ayuda de los cuarteles, aunque hacía ya muchos años que la conspiración como oficio había decrecido aparentemente; el último gran conspirador había sido Yrigoyen.

Yrigoyen, en esa ocasión, no supo ser el contraveneno de esas infiltraciones. Era demasiado viejo ya y se rodeó y dejó rodear y que se amparasen en su nombre y en su prestigio de conspirador, gentes no del todo recomendables y que en la primera oportunidad de peligro lo abandonaron. En un momento histórico en que se requerían actitudes y soluciones prontas y acertadas, respuestas claras a las amenazas cada día más visibles y desafiantes, Yrigoyen, siguiendo su manera de ser, quería controlarlo todo, resolverlo todo, y así terminó por no controlar ni resolver nada; sus decisiones, cuando las tomaba, llegaban demasiado tarde.

Lo mismo que sabía yo acerca del movimiento político-militar en gestación, seguramente noticias concretas o rumores por el estilo han tenido que llegar a la esfera del gobierno y han llegado hasta Yrigoyen mismo, aunque éste se había encerrado en un mundo aparte y no tenía más contacto regular que con unos pocos elementos genuflexos sin mayor competencia para advertir lo que ocurría fuera del estrecho círculo presidencial. Y si yo calibraba como muy graves la noticias de los preparativos reaccionarios, el yrigoyenismo apenas les prestó atención, creyéndose en seguridad y cerrando los ojos a los

acontecimientos que por mi parte veía venir, que todo el que tenía un par de dedos de frente tenía que prever.

Como única respuesta a la vocinglería creciente de los nacionalistas, que se llamaban patriotas, se organizaron núcleos aparentemente de combate con el nombre de Klan radical, que pudieron tomar decisiones salvadoras y oportunas, pero no lo hicieron. Según mi apreciación, ese Klan estaba más propenso al enfrentamiento con sectores inermes no yrigoyenistas, de los que no había nada que temer, que con el enemigo auténtico. De todos modos, presintiendo lo que podía ocurrir en cualquier momento, y conociendo el sentido paternalista, la psicología íntima del anciano presidente en razón de todo su pasado, nuestra antigua compañera Salvadora Medina Onrubia, esposa del propietario del diario *Crítica*, Natalio Botana, decidió con algunos amigos nuestros acercarse a Yrigoyen y plantearle cara a cara la liberación de Simón Radowitzky, cuya historia, y cuyo martirio a lo largo de veinte años, le eran bien conocidos. Y no costó mucho esfuerzo a Salvadora ni a sus acompañantes lograr que Yrigoyen resolviese abrir las puertas del presidio de Ushuaia a nuestro compañero, con la única condición de que saliese del país. Un par de semanas más tarde, el destino de Simón habría quedado definitivamente sellado.

Vivía Yrigoyen en un modesto piso de la calle Brasil, casi como un anacoreta, y éramos vecinos del mismo barrio. Podíamos censurar su política, pero conocíamos su trayectoria, su modo de ser, por los relatos que nos hacían amigos y conocidos y no sentíamos ninguna animosidad especial contra el hombre, aunque no era mucho lo que debíamos a su política

social, más torpe y miope que malintencionada. Era sabido por todos, además, que fue el único gobernante argentino que no cobró jamás un sueldo del Estado y que todos sus emolumentos eran destinados a instituciones de bien público. Un hombre de esa tesitura moral tenía que inspirar respeto, aun con el contrapeso de sus deficiencias en otros aspectos.

Cuando alguien del movimiento obrero se acercaba a él, quedaba prendado por la cordial recepción y por sus testimonios de buena voluntad. A algunos de ellos, como a Francisco J. García, secretario de la Federación Obrera Marítima, le ocurrió eso, y esa aproximación contribuyó tanto como la expedición punitiva del teniente coronel Héctor B. Varela, a la tragedia de la Patagonia obrera. Algo similar ocurrió, por ejemplo, a mi amigo José Torralvo, el militante campesino andaluz, desde comienzos de siglo hasta la ejecución de Francisco Ferrer, luego un excelente periodista en Santa Fe y Rosario, cuando en funciones del oficio, conoció a Yrigoyen y lo trató de cerca, aunque sólo fuese por unos minutos; quedó admirado de la calidad humana del jefe radical. Gracias a ese fácil acceso fue posible la liberación de Radowitzky.

Y no son éstos los únicos casos. Uno de nuestros redactores, Florentino Garibaldi, guiado por la más noble de las intenciones, maduro sobreviviente de la reacción del Centenario de la Independencia, en 1910, se acercó a altos funcionarios de la presidencia y al, mismo Yrigoyen para gestionar también la libertad de Radowitzky, y por ese delito tuvo que abandonar automáticamente la redacción. En ese punto, en relación con todo contacto y diálogo con las

autoridades oficiales, se mantenía en nuestro ambiente una extrema y absoluta intolerancia.

Con los únicos que teníamos contacto era con los funcionarios policiales, y no por voluntad y decisión propias. Y a ese trato forzado y habitual debemos el que no se nos haya distinguido con especial animosidad; al contrario, quizás hemos suscitado en ellos, o en algunos de ellos, una cierta simpatía y comprensión al conocer nuestra conducta.

Y no me cuesta reconocer que más de un peligro y más de un riesgo me fueron ahorrados por esos funcionarios, que sabían de mí y de todo lo que hacía o dejaba de hacer tanto como yo mismo.

Cuando fueron llegando confidencialmente informes sobre lo que se tramaba para poner fin a la presidencia de Yrigoyen, no vacilé en valorar lo que eso significaba para el porvenir del país, que era también mi país, aunque no hubiera nacido en él. No fue Yrigoyen y su partido, la Unión Cívica Radical, lo que teníamos en vista, sino muchos años de historia y de luchas para alcanzar cierto grado de reconocimiento jurídico y de respeto social, y todo eso peligraba.

Comencé a dar señales de alarma en un tono apasionado; recordé lo ocurrido en Berlín cuando las tropas imperiales de Von Kapp se adueñaron de la ciudad y los trabajadores y empleados de toda categoría respondieron con la huelga general absoluta, de brazos caídos, lo cual impidió a las tropas que dominaban la ciudad todo movimiento y abastecimiento, toda comunicación telefónica o telegráfica. A los pocos días del

intento de poner fin al gobierno de la socialdemocracia, los triunfadores tuvieron que abandonar la ciudad, convertida en ciudad muerta, y una vez desalojada recuperó instantáneamente su vida normal. No hubo acuerdos, alianzas, frentes únicos, sino una espontánea decisión de no prestar ningún apoyo, directo o indirecto, a las tropas conquistadoras. La fórmula que se impuso fue ésta: marchar cada cual con entera independencia, pero pegar unidos contra el peligro común.

Apelaba a ese ejemplo y a otros muchos y apelaba a las organizaciones obreras de todas las tendencias para que defendiesen las conquistas que tanto habían costado y pedía que no se las dejaran arrebatarse por el brote fascista amenazante. Todavía ignoraba quién era el general que asumiría las funciones dictatoriales; había varios aspirantes; pero cualquiera que fuese, impondría un régimen dictatorial y ese horizonte nos bastaba para estimular por todos los medios a resistir a esa regresión.

No tengo a mano aquella serie de notas editoriales a lo largo de casi un mes y me habría sido grato releerlas y transcribir algunos pasajes que resultaron proféticos.

Aquellas semanas fueron las más tensas y apasionadas que he vivido. Anuncié que si los trabajadores no se defendían y no se disponían a defender las conquistas logradas a costa de los sacrificios de varias generaciones beligerantes, pagarían con no menos de medio siglo las consecuencias de la cobardía de que se harían culpables. Años después se me ha dicho que el gran político liberal rosarino Lisandro de la Torre habría dicho a

algunos de sus seguidores que nadie había preanunciado el porvenir del país con tanta claridad como nuestro diario; y desgraciadamente, así fue, y el reconocimiento, por venir de donde venía, fue para mí como un galardón honroso.

Exhorté a través de las páginas del diario, y directamente por la palabra, a los núcleos fogueados que habían conducido la huelga de la General Motors Co.; los encontré en algún aspecto comprensivos, pero reticentes en cuanto a jugar la carta brava que era preciso jugar en aquella emergencia. Se me alentaba por algunos a persistir, con plena adhesión a mis llamados, pero en los centros sociales dirigentes, ni los socialistas, ni los sindicalistas de la Unión Sindical Argentina, ni los propios núcleos libertarios daban muestras de alguna disposición para un comportamiento activo con el fin de obstruir el golpe de fuerza que se preparaba. Se objetó por algunos dirigentes obreros que lo que estaba en juego no era más que una simple competencia y una rivalidad de los sectores burgueses y que nada teníamos que ver ni que preocuparnos de ese conflicto puramente político. Era la tesis que mantenía en el Consejo Federal de la FORA un ex redactor de *La Protesta*, al que había alejado de nuestro ambiente por su deslealtad.

Aquella ceguera fue para mí desesperante y no sé cómo pude resistir la tensión de aquellas semanas. Los propios radicales, comenzando por el clan constituido hacía poco para la lucha contra sus adversarios y enemigos, con todas las armas que hubiesen deseado a su alcance, se esfumaron o poco menos y no dieron muestras de resistencia contra el golpe militar inminente.

Propuse a algunos amigos, especialmente a los chóferes, que se constituyesen en Consejo Federal de la FORA, pues el que ejercía esas funciones había desaparecido y se mantenía en las sombras de la clandestinidad, sin dar señal alguna de vida. Si esos amigos formalizaban en aquellos momentos un Consejo federal de emergencia, reconocido por nuestro diario, aún se podría movilizar una buena parte de los trabajadores organizados y se arrastraría de ese modo a los propios adeptos del radicalismo entonces acobardado y sin conducción. Los amigos a quienes hice esa proposición no se atrevieron a asumir tal responsabilidad y quizás pensaran que yo exageraba la gravedad del momento que vivíamos y que habíamos de sufrir muchos años por venir.

El general Uriburu, que fue el jefe supremo del movimiento dictatorial del 6 de septiembre de 1930, no pudo contar con la adhesión de las tropas de la guarnición y hubo de contentarse con los cadetes del Colegio Militar, y con esa hueste llegó a la Casa Rosada, donde destituyó al vicepresidente Martínez, que se había imaginado que se le respetaría y se le elevaría a la presidencia en premio a su pasividad y a su cierto grado de complicidad.

El refrán que dice que Dios ciega a los que quiere perder, se cumplió esta vez exactamente. Ya en la Casa de Gobierno los vencedores, sin más que una pequeña confusión en la plaza del Congreso, donde sonaron algunos disparos y hubo algunas bajas, todavía quedaba en pie el arsenal, a cargo del general Severo Toranzo.

Desde la Casa de Gobierno se emplazó al general Toranzo a la

rendición y la entrega de ese reducto importante, y al anochecer no tuvo más remedio que entregarlo para evitar su bombardeo por las nuevas unidades militares que se habían ido sumando a los fáciles vencedores, pues una vez Uriburu en la Casa de Gobierno se le adhirieron los que no lo habían hecho antes y se pusieron a sus órdenes. Meses después, y en el exilio, el general Toranzo me explicó que no había rendido el arsenal esperando que nosotros, y con nosotros el pueblo, fuésemos en busca de armas.

Una derrota sin lucha, más vergonzosa que una derrota tras la lucha; pudo ser un gran triunfo y salvar con él a un país de una larga etapa histórica regresiva e inestable.

Habíamos perdido; la prédica apasionada fue estéril. Reuní a la gente del diario y les dije que eran libres de continuar o de marcharse. No podía prever los peligros que se cernían sobre nosotros, pero sí anuncié que eran muchos.

Uno de los redactores, el poeta popular Pedro Godoy, tuvo la honradez de confesar que tenía miedo, que no valía para afrontar aquella situación preñada de malos augurios. Le agradecí la sinceridad y le dije que se alejase lo antes posible del local. Los demás, Manuel Villar, José Berenguer y los linotipistas y tipógrafos no se movieron ni quisieron moverse de sus puestos, aunque en aquellas jornadas el diario era como un imán para atraer el rayo. Todavía al día siguiente de la toma del poder por el general Uriburu dimos la noticia del fusilamiento de Joaquín Penina en Rosario, un compañero nuestro, corresponsal del diario, catalán, tolstoiano, vegetariano, un alma transparente. Fue sorprendido mientras

preparaba un manifiesto contra el alzamiento militar, y ejecutado instantáneamente. Un crimen innecesario e indigno, pero se quiso testimoniar así que la ley marcial vigente debía cumplirse.

El 7 de septiembre por la tarde apareció en nuestros talleres un grupo de agentes de policía al mando del subcomisario del barrio. Traían orden de proceder a un registro y no pudimos objetar el procedimiento. Se inició la investigación sin la animosidad y el celo de otras veces; daban aquellos funcionarios la impresión de que simplemente querían sentar el precedente de que se había cumplido una misión ordenada. El subcomisario o comisario entró en la redacción y abrió un cajón de mi escritorio, en el que halló dos pistolas, una, la propia, y otra, la que había escondido allí un obrero portuario que se encontraba en aquellos momentos en el local. El funcionario policial volvió a cerrar el cajón, diciendo:

—Armas de defensa personal.

Por mucho menos se nos habría conducido antes al Departamento de policía y se nos habría hecho purgar ese delito con algunos días o semanas de prisión en la cárcel de Villa Devoto. El procedimiento y la conducta observada en el registro me dejó un tanto intrigado; no era un enemigo recalcitrante el responsable máximo de aquella visita.

Poco después llegó Rodolfo González Pacheco, el animador de *La Antorcha*, a testimoniar que se hallaba totalmente identificado con la posición que había mantenido. También estaba alarmado por las consecuencias que iba a tener el golpe

militar triunfante. Había que hacer algo. Pero ¿qué hacer y cómo?

Acudió Juan Antonio Morán, secretario de la Federación Obrera Marítima, identificado también con mi comportamiento y con mi actitud. Proponía que respondiésemos con una huelga general revolucionaria y por su parte respondía de que serían obstruidas las vías fluviales para inmovilizar las unidades de la escuadra.

Llegó también una delegación de la provincia de La Rioja y de otras provincias interiores, asegurando que los servicios ferroviarios serían paralizados en las provincias de su influencia y que había perspectivas de una acción popular armada, con el apoyo de las fuerzas policiales todavía adictas al yrigoyenismo.

Todo dependía de que lográsemos encauzar una resistencia popular desde Buenos Aires.

Se me invitó para la mañana siguiente a una primera reunión en la Asociación de Trabajadores del Estado, en la calle Defensa. Allí se acordó en principio trabajar activa y urgentemente en favor de una huelga general revolucionaria. Morán prometió que lograría, por buenas o por malas, y era muy capaz para salir airoso por las buenas o por las malas, que las organizaciones ferroviarias suscribiesen un manifiesto declarando la huelga general en comunidad con las demás organizaciones. Horacio C. Badaraco fue encargado de redactar un manifiesto en este sentido. Era importante que lo firmase también la FORA, por su carácter de central sindical independiente, no comprometida con ningún sector político.

Cuando expliqué que no creía que eso fuese factible, González Pacheco exclamó:

—Dime dónde se encuentra el Consejo federal de la FORA y yo iré a pedirle de rodillas que considere la situación y que no traicione con su pasividad al pueblo argentino.

Quedamos en reunirnos a la mañana siguiente en el mismo local para recoger las firmas del manifiesto que estaría ya redactado por Badaraco, declarando la huelga general.

Al encaminarme al local de la Asociación de Trabajadores del Estado, me alcanzó González Pacheco con un taxi para que no siguiese adelante, pues la policía había tomado posiciones en torno al local de la reunión. Era tarde ya para reaccionar en aquellas condiciones. Volví al diario abrumado por la derrota y la impotencia.

Al anoecer de ese mismo día apareció, por debajo de la persiana metálica de la entrada a los talleres del diario, una carta sin firma, un anónimo. Se prevenía en ella que debía alejarme inmediatamente del lugar y ocultarme, pues había sido señalado por mis infracciones a la ley marcial, lo que implicaba la ejecución sumaria sin ninguna formalidad de proceso o de interrogatorio, como en el caso de Joaquín Penina.

¿Quién escribió el anónimo? ¿Quién hizo esa advertencia?

Mis sospechas apuntaron al comisario o subcomisario del barrio. Podía ser también una comunicación de gentes del diario *Crítica* o de algún funcionario del gobierno depuesto que

me conocía por algún motivo. A quienquiera que fuese ¡muchas gracias! porque la advertencia tenía razones bien fundadas. Rehusé abandonar el diario, que no podía aparecer en aquellas condiciones, pero Manuel Villar, José Berenguer y los demás amigos presentes me obligaron a ponerme a salvo por el momento.

Elisa y mi hijo quedaban en un segundo piso del mismo edificio de los talleres y de la redacción, en una modesta habitación sin mucha ventilación y sin ninguna luz natural.

Pasé la noche en Avellaneda, en la casa de un amigo panadero de mi plena confianza. Mucho no dormí, si dormí algo, a pesar del cansancio. Pero a la mañana siguiente, como arrepentido por el abandono del diario en la noche anterior, decidí volver a mi puesto y regresé a Buenos Aires. Al doblar la esquina de la calle Caseros y Perú, un vigilante de guardia me detuvo alarmado:

—Métase en ese portal, que vinieron a buscarle.

No resistí a esa orden oportuna. Vi antes de ocultarme a la gente del barrio en los balcones y vi un piquete de soldados de la Intendencia que, al no hallarme, se retiraban del local; la pieza señalada y buscada no estaba allí, y no tenían orden de llevarse a un sustituto. No cabían ya las vacilaciones. En la casa del portal donde me hizo entrar el vigilante de guardia, para que no me descubriesen los soldados, vivía un empleado de la administración del diario y, alejado el peligro, fui llevado a la vivienda de un compañero que habitaba en una casa contigua a la iglesia de Nueva Pompeya.

Al enterarse de lo ocurrido, Apolinario Barrera hizo que fuese llevado a su casa, en el barrio de Mataderos, en Liniers, y allí estuve varios días, y allí fui visitado por los familiares y amigos de confianza.

Era imposible permanecer en el país; la reacción se había desatado con furor y la mejor suerte que hubiera corrido, aun en el caso de que me salvase de la aplicación de la ley marcial en vigor, habría sido el traslado al presidio de Ushuaia, adonde fueron transportados algunos millares de detenidos después de sufrir un penoso calvario en las prisiones de la Capital Federal y de las provincias.

Teníamos en las islas del Delta del Paraná muchos elementos de confianza para hacerme llegar a la costa uruguaya; pero en aquellos momentos debía de haber sido redoblada la vigilancia para evitar la fuga por esa vía a complicados con el gobierno depuesto. Barrera propuso una salida arriesgada: la del barco de la carrera a Montevideo, como un pasajero cualquiera.

Esa vía regular y normal era aparentemente la menos vigilada, según las indagaciones hechas expresamente. Y para el caso de una detención, Barrera había agrupado en la zona del puerto y por el camino que había de seguir para llegar al barco, alrededor de un centenar de vendedores y de personal adicto del diario *Crítica*, que le obedecían ciegamente, armados con revólveres y pistolas. En todo caso, la detención habría dado origen a encuentros sangrientos.

No ocurrió nada, y hasta parecía que había desaparecido la vigilancia habitual. Subí al barco, pagué el precio del pasaje y

no hubo ningún inconveniente. El barco partió a su hora y a la mañana siguiente desembarqué en Montevideo, la Suiza de América, refugio tradicional de los perseguidos políticos desde los tiempos de José Batlle y Ordóñez.

Exilio en la República Oriental del Uruguay

En la Argentina no me sentí nunca extranjero, y por eso los muchos años de residencia, de trabajo y de sinsabores y alegrías en ella no fueron nunca años de exilio. La misma estructura social del país era, especialmente en los centros urbanos y en las zonas de colonización agrícola, un resultado de la inmigración española, italiana, suiza, alemana, inglesa, judía.

No se conocía la xenofobia hasta que se dieron algunas manifestaciones de esa patología en la época del fascismo italiano o del hitlerismo alemán o por efecto de algunas manifestaciones regresivas de literatos franceses. La exacerbación nacionalista de los últimos años era producto de importación de modas europeas, esgrimidas por hijos de inmigrantes y hasta por inmigrantes llegados con esa infección.

Por mi parte, habiendo vivido en aquel país desde 1905, y mi padre desde 1900, con algunas interrupciones, me consideraba tan argentino como cualquier otro, nativo o no; además parte de mis hermanos eran argentinos nativos.

Tampoco el clima político y social del Uruguay era el de un país extranjero. Era acogedor, más acogedor aún que el de la Argentina, más familiar, con menor distancia interior. Se podía encontrar a los ministros del poder ejecutivo, a los altos funcionarios, a veces al propio presidente de la República, en el café, y dialogar con todos en la más perfecta democracia política. En ese aspecto era un oasis en América, un oasis único, cimentado en una arraigada orientación liberal. ¿Que había algunos ricos y un buen número de pobres? En cambio no había barreras de clase, y los pobres, consagrados a un trabajo tesoero, podían mejorar su suerte.

Desde el puerto me dirigí a la casa de Ugo Fedeli, donde vivía con su compañera Clelia, viejos amigos de la época de mi residencia en Berlín, donde habían encontrado un refugio. Con ellos habitaba también Simón Radowitzky.

Al llegar encontré inquieta a la pareja, con aire de angustia. Simón había desaparecido hacía varios días.

—Parecía enloquecido —me dijeron—, porque había corrido el rumor de que te habían fusilado en Buenos Aires.

Tuve repentinamente la intuición de lo que ocurría. Pregunté si había algún conocido o amigo que tuviese algún taller de fundición o algún taller mecánico. Me dieron el nombre de un carnicero catalán, refugiado en el Uruguay a raíz de acontecimientos sociales en Barcelona.

Me dirigí al lugar indicado y acerté. Allí estaba Simón, poco visible para el cliente eventual de paso. Al verme dejó las herramientas y nos fundimos en un cordial abrazo. Vi en su

semblante como si le hubiese quitado de encima un gran peso. Preparaba unas granadas caseras y se había decidido al máximo sacrificio si me hubiese ocurrido lo que temía, y cuando nadie pudo informarle concretamente de mi paradero, ni siquiera Apolinario Barrera, que no le quiso insinuar nada por teléfono, porque estaba en su casa y habría sido peligroso.

Al verme de repente y en pie, abandonó Simón todo plan de represalia y creo que a los pocos minutos se había borrado de su memoria lo que había sido su obsesión de los últimos días.

Simón era el polo opuesto de todo espíritu de violencia. Respiró como después de una pesadilla y volvió a ser lo que era: un niño grande, afectivo, cordial. El ajusticiador del coronel Ramón L. Falcón, cuando fue visto de cerca en Montevideo, con sus exquisitas cualidades morales y humanas, fue recibido y tratado por todos con afecto y confianza.

Quedamos en la casa de Ugo y Clelia como dos miembros más de la familia; Ugo era un buen mecánico, muy responsable en su trabajo, cumplidor, y tuvo que cargar unas semanas con el sostén de dos nuevos comensales.

También había llegado un tiempo atrás a Montevideo Luigi Fabbri, el íntimo colaborador de Errico Malatesta, una de nuestras figuras internacionales más conocidas y queridas, ligado a nuestro diario de Buenos Aires, en el que publicábamos además una página semanal en italiano. Con Luigi estaba su compañera Bianca, y no tardó tampoco en llegar, después de los consabidos inconvenientes para salir de Italia, su hija Luce. Con ellos y otros refugiados formamos una

fraterna familia, cada uno de los integrantes pendientes de la situación en los respectivos países de origen: Italia, España, la Argentina, Rusia.

Para los que vivíamos al otro lado del río de la Plata, Montevideo, y en general toda la República Oriental, no era algo lejano, extraño, desconocido. Buenos Aires y Montevideo eran dos centros perfectamente compenetrados y familiares, dos centros de un mismo país, aunque autónomos, independientes.

Muchos de nuestros compañeros uruguayos eran viejos conocidos personales y con ellos se vincularon jóvenes estudiantes y profesionales, todos dispuestos a la colaboración con nosotros, a participar en cualquier esfuerzo en el que pudiesen poner de manifiesto su apoyo y su solidaridad. La parte sombría, negativa, del exilio elegido, y no había otro más a mano, ni mejor situado, era la falta de posibilidades de trabajo para los recién llegados. Abundaba la solidaridad moral, la acogida cordial; el resto, el pan de cada día para todos, no estaba ya al alcance de nuestros amigos.

Pero además de los refugiados del campo obrero y libertario, de las filas sociales beligerantes, comenzó la invasión masiva de refugiados políticos del régimen derrocado en septiembre, de todas las jerarquías. Urgía una campaña en favor de los millares de presos que poblaban las cárceles argentinas. Y apenas dos semanas después de mi llegada a Montevideo comenzaron las deportaciones de militantes obreros españoles, italianos, rusos y otros.

Había que hacer algo, paralizar de algún modo esas expulsiones al azar, entre cuyas víctimas podía haber algunas destinadas a los verdugos del país natal. Recordé, y me lo recordó también el doctor Julio Grauert, que había una ley de Batlle y Ordóñez, de fines del siglo pasado, según la cual no podían pasar por aguas uruguayas detenidos políticos contra su voluntad.

Hablamos de esa ley con autoridades gubernativas, con altos funcionarios, con los jueces de turno, y no obtuvimos respuestas claras ni actitudes firmes al respecto. La ley no había sido derogada y pedíamos con insistencia su acatamiento.

En esos trámites y negociaciones nada prometedoras llegó una primera remesa de deportados en un barco español de la firma Ibarra. La policía argentina custodiaba los camarotes en los que se encerraba a los expulsados del país y, al reiniciar el barco la marcha desde Montevideo hacia su destino, bajaba a tierra.

No sabíamos quiénes eran los deportados ni cuántos; pero no importaba: eran presos políticos que pasaban por aguas uruguayas contra su voluntad.

Simón Radowitzky fue a eso de las once horas de la noche a exhortar al juez en funciones a intervenir y a dictar la liberación de los deportados. El juez escuchó a Simón y no se creyó en la obligación de mediar, como era su obligación; el barco zarparía, con los presos a bordo, en las primeras horas de la madrugada.

Nos habíamos reunido en el muelle unas docenas de argentinos y uruguayos, pero el acceso al barco no era fácil, pues además de la policía argentina, prohibían los tripulantes y la policía uruguaya la entrada en la nave a todo el que no fuese pasajero. Algo había que intentar, y aprisa.

Uno de los amigos uruguayos, el «negro» Palmieri, dio con una posible solución. Con unos cuantos compañeros simuló alejarse de la nave y, a corta distancia, tomó un bote para acercarse por el borde opuesto, por donde los cargadores introducían diversas mercaderías en la nave. A esos obreros se les explicó brevemente lo que pasaba y consintieron en callar, en no dar la voz de alarma. El grupo de amigos, con el «negro» Palmieri al frente, corrió a los camarotes fuertemente cerrados por fuera con candados y, en un descuido de los guardianes, que no sospecharon esa irrupción por el otro costado de la nave, hicieron saltar los cerrojos con unas barras de hierro que encontraron en la cubierta y salieron de los camarotes catorce de los deportados, y guiados por los libertadores hacia la salida y a la carrera, fue imposible contener el alud y se produjo un intenso tiroteo que causó alarma en la población de la zona portuaria. Pero los deportados estaban ya en tierra uruguaya y su suerte dependía de las autoridades del país.

El juez que no había querido intervenir cuando se lo pidió Simón, tuvo que hacerlo. Allí estaba Julio Grauert en su condición de abogado, como lo estaba para echar una mano en cualquier emergencia. Los liberados fueron conducidos al Departamento de policía para su identificación; estaban a salvo. Después de la agitada noche y de los resultados obtenidos, volvimos Simón y yo a la casa de Ugo Fedeli, que

estaba ya en pie y se disponía a marchar al trabajo cotidiano. Estábamos rendidos, agotados por el cansancio, pero éramos felices.

Menciono al «negro» Palmieri; no era negro, sino un joven de regular talla, fornido, valiente. En su primera juventud había vivido en los bajos fondos de la sociedad sin restricciones en cuanto a la conducta social y a la antisocial.

En contacto casual con algunos militantes anarquistas, como José Tato Lorenzo y otros, experimentó un cambio completo y fue uno de los soportes valerosos, firmes, de toda buena causa; amigo de Simón Radowitzky y mío, nos ayudó en todo lo que estuvo a su alcance y más en aquel exilio, como se entregó más tarde por completo a la ayuda a España desde julio de 1936.

Fue asesinado, no sabemos por qué, en 1949 o 1950. Poco antes había ido a Buenos Aires a verme para reanudar los vínculos amistosos que nos habían unido.

Julio Grauert, abogado, pertenecía al partido batllista, pero iba más allá, más lejos, y se había ligado estrechamente con nosotros. Publicaba un periódico en el que he colaborado alguna vez; estuvo a nuestro lado en todo sentido en aquella etapa de beligerancia, también como abogado, y le debemos muchos buenos servicios. Murió asesinado unos años después por elementos policiales contrarios en el curso de una campaña de propaganda, una pérdida deplorable para su país y para todos los que lo habíamos conocido y tratado de cerca.

La vigilancia del puerto, para que no pasasen por él barcos con deportados, fue durante los primeros meses la tarea más

importante y absorbente que tomamos a nuestro cargo Simón y yo, con la ayuda de los amigos uruguayos y de los nuevos exiliados. Pero en lo sucesivo la cosa fue más fácil y las mayores dificultades habían sido allanadas.

Al día siguiente del ruidoso escándalo de la primera liberación de víctimas de la dictadura argentina, fuimos llamados por las autoridades uruguayas y se nos pidió que no volviésemos a repetir los hechos de que habíamos sido protagonistas. La Prefectura marítima tenía ya orden de concurrir con nosotros a inspeccionar los barcos sospechosos de llevar carne humana contra su voluntad y de bajar a tierra a los deportados por motivos políticos. No teníamos más que recabar la intervención de esas autoridades. En lo sucesivo nos acompañaban oficiales de la Prefectura marítima y llegamos a liberar así unos 300 y más destinados a un incierto destino en sus países de origen.

En algunos casos, los barcos seguían su viaje rumbo a los puertos europeos y en ese caso era imposible abordarlos. Lamentamos no recordar los nombres de los amigos uruguayos que se mostraban dispuestos a recurrir a medios de fuerza arriesgados para detener las naves que no atracaban en el puerto de Montevideo y que querían arriesgar su vida para forzar la detención de las mismas y lograr la entrega de los que llevaban a bordo y no viajaban por su propia voluntad. En uno de esos casos tuvo que ser abandonado a su suerte Enrique García Thomas, con un activo pasado en el movimiento libertario, del que nos separaba entonces su exceso de adhesión a la nueva Rusia de la dictadura del proletariado.

Se acumularon a las dificultades del exilio las angustias de la falta de trabajo para más de 300 deportados que habíamos logrado liberar, a los que no tardaron en sumarse algunos de sus familiares. Un viejo amigo nuestro, de la corriente más o menos individualista de *El Perseguido*, periódico de batalla, en la última década del siglo XIX, se desempeñaba temporalmente como inspector de trabajo y, por su mediación, lográbamos algunos jornales esporádicos para los recién llegados; pero las penurias del hambre y de las privaciones no eran comparables al destino que habrían tenido muchos de ellos en los países de origen si no hubiésemos logrado interrumpir su viaje.

El solidario inspector de trabajo Orsini Bertani había sido el primer gran editor de Montevideo y fue él quien recogió los escritos dispersos de Rafael Barret, el más sobresaliente de nuestros escritores en América del Sur, que murió tuberculoso en Francia en 1910.

Últimamente había editado una revista literaria de alta jerarquía tanto por su contenido como por su presentación, *La Pluma*, bajo la dirección de alguna de las figuras sobresalientes de la poesía y la literatura del país, como Sabat Erscasty, y para la preparación de nuevos números de esa publicación me encargó labores preparatorias, traducciones, comentarios, etcétera, y a cambio de ello me proporcionó algunos pesos durante varios meses.

Habiendo llegado Elisa y mi hijo de Buenos Aires, logré arrendar una casita muy modesta para alojarnos; en la casa había un altillo que daba al patio de la vivienda.

Naturalmente, en el altillo no había muebles ni comodidades de ninguna especie, pero con algún jergón viejo sirvió pronto de refugio para una decena de huéspedes, recién llegados por vía clandestina o liberados de la deportación en el puerto.

Entre los habitantes del altillo de mi modestísima vivienda figuraba Macías, militante activo del gremio de chóferes, uno de los que habían tomado a su cargo la continuidad de la huelga original contra la General Motors Co., a quien sólo muy pocos conocían personalmente y sabían de su historial combativo. Era de origen gallego, reacio a todo exhibicionismo, y se esmeraba en pasar inadvertido, sin hacer alarde de su pasado, que unos pocos conocíamos y no comentábamos con nadie, ni siquiera con los compañeros de más confianza. Me explicó un día, porque creía que yo debía saberlo, que había recibido una carta de Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti para que fuese a París; sospechó que se trataba de algo como lo que había llevado a cabo aquel grupo audaz en Buenos Aires, y rehusó; hechos de ilegalismo como el del Banco de San Martín no le seducían.

Llevaba siempre a punto su pistola, por si era necesario recurrir a ella.

En las primeras semanas de la dictadura argentina, proyectó un gesto de protesta contra el régimen imperante en el país, juntamente con otros tres chóferes, los tres gallegos, Montero, Ares y Gayoso; esos tres pudieron ser atrapados por la policía, juzgados militarmente y condenados a muerte; Macías había logrado escabullirse y salvarse. Pudo entonces buscar refugio en el Uruguay, pero no se movió de Buenos Aires. A los tres

condenados a muerte se les conmutó esa pena por la de prisión perpetua y entonces Macías resolvió salir hacia las playas uruguayas. Si esas sentencias hubiesen sido ejecutadas, Buenos Aires no se habría salvado de una catástrofe, aunque en ella pereciese también el propio vengador de sus compañeros. Respiramos tranquilizados después de una intensa tensión de varios días de angustia y de temor, tanto por la suerte de los condenados, como por lo que iba a acontecer y no habríamos podido evitar, y menos desde lejos.

Una tarde me citó en su despacho Francisco Ghigliani, director de uno de los diarios del batllismo; le acompañaban otras personas del mismo partido y también algunos jóvenes oficiales del ejército. Se trataba de hacerme saber que había en gestación un movimiento político reaccionario, archiconservador, en la línea de la tradición de Aparicio Saravia y Luis Alberto Herrera, y sus propósitos y sus métodos no eran más blandos que los de la dictadura militar argentina. ¿Qué podríamos hacer nosotros en ese caso? Era lo que querían saber.

Respondí que contábamos con elementos adecuados para una acción defensiva y ofensiva, pero que carecíamos de armas, y pregunté si era posible hacerse de ellas, por el camino que fuese, menos el de la compra, pues carecíamos de recursos.

No obtuve una respuesta clara. A lo sumo, según la palabra de los jóvenes oficiales presentes, cuando llegase el momento ellos nos ayudarían a obtener por medio de un golpe de audacia armas de caño largo, pero sin seguridad de encontrar

en el mismo lugar las municiones correspondientes. En resumen, nada. ¿Para eso me habían llamado?

Recuerdo esa reunión porque el mismo Francisco Ghigliani fue luego uno de los miembros del gobierno de Gabriel Terra, una dictadura, antecedente de otras mucho más radicales aún.

El túnel de Punta Carretas

Mientras por mi parte me había consagrado a la liberación de los deportados de la dictadura argentina y a buscarles por todos los medios ocupación a fin de que pudiesen obtener algunos jornales, aunque fuese de tanto en tanto, y a la propaganda, por medio de nuevas publicaciones, sobre la situación al otro lado del río de la Plata, sin dejar de colaborar en todas las formas en las luchas y campañas proyectadas, algo que centraba la preocupación de la gran mayoría de exiliados y de un ambiente inquieto y predispuesto a todas las aventuras, otros de los llegados de la otra banda del río se consagraron a trabajar silenciosamente en favor de la liberación de un grupo de presos de antecedentes sociales alojados en la Penitenciaría de Punta Carretas. Aquel trabajo fue una obra maestra hasta desde el punto de vista técnico, en total alejamiento de la numerosa colonia argentina.

Se realizó ese trabajo desde una inofensiva carbonería para el abastecimiento de carbón de leña al barrio de los alrededores de la prisión, y el negocio llevó el nombre de El

Buen Trato. Eran muy pocos los que conocían ese plan paciente, y esos pocos que lo sabían no lo comentaban con nadie, ni siquiera se acercaban a los que lo llevaban a cabo para no despertar ninguna sospecha; realizaba la tarea paciente un compañero de origen italiano, amable, servicial, que suscitaba de inmediato simpatía en su clientela y llevaba y traía mercaderías en un carrito arrastrado por un caballo. En lo que menos podían pensar los que lo veían entregado a su negocio era que entre lo que parecían bolsas de carbón, iban bolsas cargadas con los materiales de una excavación que arrojaba lejos del lugar.

El resultado del trabajo de algunos meses fue que un día determinado, a una hora determinada, se levantaron, por impulso de una presión mecánica desde abajo, unas losas del patio de la Penitenciaría y por el túnel excavado pacientemente e iluminado con lamparillas eléctricas salieron 14 presos sobre los que recaían acusaciones por delitos diversos de ilegalismo, que en aquellos años fue como un sarampión contagioso. Algunos de los presos habían militado en las organizaciones obreras revolucionarias y no perdíamos la esperanza de dialogar con ellos para desviarlos de una ruta peligrosa y estéril; y por sus antecedentes nos imaginábamos que podríamos volverlos al buen camino del trabajo y de la lucha.

Los fugitivos no fueron hallados; hasta para encontrarles un escondite se habían tomado todas las precauciones imaginables; también desapareció el carbonero de El Buen Trato.

Se movilizó todo el aparato policial del país y se inició el allanamiento de todos los domicilios en que hubiese refugiados de la Argentina, aunque ningún indicio podían facilitar aun queriendo, porque nada sabían. No podía faltar en esa serie de allanamientos mi domicilio, aunque por una excepción inesperada ni siquiera se me interrogó. La sorpresa fue el altillo en que se cobijaba una decena de deportados y de fugitivos de Buenos Aires.

Desde la vivienda hasta la comisaría en la que iban a ser interrogados, cada uno de los capturados así era conducido a pie por las calles entre dos agentes del orden, y como eran tantos los sospechosos, tuvieron que pedir refuerzos. Aquél fue un formalismo y una molestia inútiles. Ninguno sabía nada, y aunque lo hubiese sabido, tampoco lo habría dicho.

A las pocas horas, todos los habitantes del altillo se hallaban en libertad.

El carbonero de El Buen Trato, un notable mecánico, cuya biografía parece más una novela que una trayectoria real, y que todavía estaría en condiciones de relatar sus propias experiencias, había trabado amistad con todos los vecinos del barrio y en ningún momento despertó la menor sospecha. El túnel magistral dejó un recuerdo imborrable en Montevideo, que admiró la perfección de esa tarea paciente de varios meses.

Poco después de ese acontecimiento nos llegó la noticia de la muerte del mayor Rosasco en Avellaneda, que se había hecho famoso por las torturas aplicadas a detenidos gremiales,

incluyendo en ese sadismo el empleo de perros agresivos amaestrados; las víctimas eran obreros portuarios y marítimos, y los que habían logrado sobrevivir en la clandestinidad consideraron que debían interrumpir esos procedimientos, y un pequeño grupo encabezado por Juan Antonio Morán, del que formaban parte Prina, de La Plata, que murió en España en los últimos días de la guerra civil, junto con un hermano menor; otro militante, hijo de un compañero nuestro, murió en el ataque al torturador, y hubo de ser enterrado en la chacra de un amigo después de sortear muchos peligros en su transporte en el baúl de un coche, y un cuarto que todavía vive y que podría describir los pormenores de ese suceso.

En una emigración tan variada como la de Montevideo entonces, no podían faltar las disidencias y los disidentes, las disputas, los disgustos y enfrentamientos retóricos. Entre los deportados que habíamos liberado no se hallaban solamente los que habían simpatizado y se habían adherido a mi campaña sobre la hora de regresión que veía precipitarse; estaban también los que se habían declarado contra el diario y contra mí con el pretexto de que aquello no era más que una disputa por el poder entre los burgueses igualmente enemigos nuestros. En todo lo hecho para interrumpir el viaje forzado de los deportados a sus países de origen, no hacíamos distinciones y ayudamos a la liberación de todos, amigos o no amigos, aunque realmente no todos merecían lo que hacíamos en su favor y nada hubiera perdido el mundo social en que beligerábamos con dejarlos a merced de su destino.

Una noche, en el local de la Federación Obrera Regional Uruguaya, hubo una discusión entre un grupo de liberados que

respondían a la tesis de los que se habían opuesto o se habían declarado pasivamente contra nuestra actitud, y uno de los amigos, Macías. No me preocupó la averiguación de los pormenores de aquella disputa, pero la conclusión fue que varios de los allí reunidos, y contrarios a la conducta de *La Protesta*, rodearon repentinamente a Macías y lo acribillaron a puñaladas. Sobrevivió el malherido unos días y se negó a proporcionar a la policía el nombre de los asesinos.

Macías iba siempre armado y esa noche dejó su pistola en el altillo de nuestra vivienda; eso evitó que, aunque gravemente herido, terminase con los agresores, que seguramente advirtieron que no iba armado como de costumbre y eso les dio aliento para el miserable crimen.

Surgió de inmediato el impulso a la represalia, al castigo de un hecho de tan baja ralea, cometido por gentes sin ningún significado ni calidad, aunque fuesen miembros de una organización obrera que se llamaba revolucionaria. Avelino López, compañero de luchas y amigo de Macías, pidió la pistola que había dejado en el altillo para vengarlo. Logré frenar esa réplica espontánea y esperada. Juzgué que era preferible dejar a los asesinos con la triste gloria de su bajeza; ése era el mejor castigo, el que merecían. Pero hechos de esa catadura eran síntomas de una decadencia irremediable, que habíamos intentado inútilmente prevenir.

En Montevideo nos reuníamos a menudo con Eduardo G. Gilimón, que dirigía un diario español. Director de *La Protesta* hasta los festejos del Centenario de la Independencia en 1910, fue entonces deportado a España, su país de origen; como eran

muchos entonces los deportados y la policía de Barcelona tenía que dedicar dos agentes a la vigilancia de cada uno, se resolvió aligerar esa carga y un día volvió a embarcar para América a unos cuantos de los deportados, entre ellos a Gilimón, que desde entonces permaneció en la capital uruguaya. Por aquellos días pasó por Montevideo rumbo a los Estados Unidos, con su compañera, para despedirse de los amigos allí refugiados, el doctor Rafael Grinfeld, físico atómico que había sido alejado de toda función docente y de investigación en la universidad de La Plata. Se había distinguido por sus investigaciones en el campo de la nueva física y había sido un maestro de dignidad humana desde su primera juventud. Nacido en Besarabia (Rumania), en 1902, había llegado de niño a la colonia de Moisés Ville, en la provincia de Santa Fe, y mientras era estudiante en una escuela industrial, entró en contacto, con los anarquistas santafecinos de la biblioteca Emilio Zola; después cursó los estudios superiores en la universidad de La Plata y dedicó sus mejores energías a la docencia y a la investigación. Trabajó luego en los Estados Unidos con Lawrence, Birge y White y publicó, en colaboración con ellos o solo, trabajos importantes que contribuyeron a lo que había de culminar en la bomba atómica.

No fue ese de 1930 el último exilio de Rafael Grinfeld, el más distinguido de los físicos atómicos en la Argentina de su tiempo, anarquista desde su primera juventud.

Sueños de todo exilio masivo

Vivíamos en Montevideo con la inquietud, con el desasosiego, con la ilusión de hacer algo, de no permanecer con los brazos cruzados ante lo que pasaba en la otra orilla del Plata.

En aquella tesitura espiritual se nos comunicó la existencia de un plan de acción revolucionaria en el Paraguay, en el que intervenían como promotores amigos nuestros, y no podíamos dejar de prestar todo el apoyo posible a ese intento, sin meditar en su aplicabilidad ni en sus objetivos. Uno de los gestores de la iniciativa, después miembro activo del leninismo y del trotskismo, se dirigió a San Pablo (Brasil), donde se había levantado en armas Getulio Vargas, que iba a ser el hombre fuerte del país.

El emisario paraguayo, que ya en otra ocasión me había pedido ayuda para recoger algunas armas en Buenos Aires, se entrevistó con Vargas y le prometió hacer en Asunción del Paraguay algo similar a lo que él hacía en el Brasil, si se facilitaba algún armamento para los primeros encuentros con las fuerzas policiales y militares de aquel país. Prometía una estrecha vinculación futura del Paraguay y el Brasil, y esa política entraba de lleno en una tradicional aspiración expansiva brasileña en todas las direcciones.

Cuando ya estaba decidida la entrega de las armas solicitadas, los comprometidos de Asunción se adelantaron y se hizo público el carácter social revolucionario del plan subversivo, y el mensajero apenas tuvo tiempo para escapar a

la represalia de que hubiera sido objeto por el engaño intentado.

En Montevideo se había alistado un centenar de simpatizantes para colaborar con los amigos de Asunción, un intento descabellado visto de lejos, pero que no lo era en aquel clima fervoroso de la emigración argentina. Pululaban al mismo tiempo los sueños de levantamientos armados en territorio argentino por iniciativa de los radicales yrigoyenistas expatriados, que no se habían movido cuando la hora para hacerlo era propicia. También los radicales querían contar con la cooperación de nuestros compañeros, más fogueados que ellos, y no faltaban los que se mostraban dispuestos a dar su tributo personal a las eventuales empresas liberadoras soñadas.

En aquellas circunstancias nada cómodas, nada confortables, pero que no podían compararse a las que hubiésemos tenido que vivir en Buenos Aires, llegó la noticia de la proclamación de la República en España, el 14 de abril de 1931. Me encontré con Ugo Fedeli y quisimos celebrar la noticia y brindamos por el buen éxito y el acierto del nuevo régimen que se anunciaba en España, después de la larga y dura noche de siete años de dictadura.

Con escasísima ayuda de los amigos, pero ayuda al fin, conseguimos tomar en arriendo un pequeño local en la calle Río Blanco, para instalar en él una librería y probar así un medio de sobrevivir cuando no teníamos ningún otro recurso. Disfrutaba de buen nombre en el gremio del libro y de la vida editorial a causa de mis antecedentes, y se me abrió el crédito

necesario. Así nos pusimos a probar fortuna como libreros, aunque el comercio, ninguna clase de comercio, no fue jamás nuestro fuerte. En una trastienda oscura vivía la familia y no faltaban en aquel lugar apenas aireado comensales que compartían nuestro pan escaso, Manuel Villar y Simón Radowitzky y algunos otros.

El comercio no prosperó, el lugar no era adecuado, estaba fuera de la gran circulación; pero algún libro se vendía, sin embargo, y con eso se iba comiendo, aunque no lo suficiente para engordar.

En esos momentos nada lisonjeros se me comunica que la Confederación Nacional del Trabajo iba a realizar un congreso extraordinario en Madrid y en esa oportunidad celebraría el suyo también la Asociación Internacional de los Trabajadores. Se había juzgado conveniente mi presencia, para lo cual, sin esperar la respuesta y calculando la situación precaria del exilio en Montevideo, se me remitió el importe para el pasaje del barco.

Aunque tenía conciencia de que la presencia en el exilio uruguayo era necesaria para mantener la lucha y la propaganda en favor de los millares de presos de la dictadura argentina y para cualquier propósito que pudiese significar un ablandamiento de la situación extrema, no tuve más remedio que someterme y partir para España.

Simón Radowitzky tomaría a su cargo la atención de la librería, tanto para contribuir con la venta de libros al sostén de la familia, como para ir saldando, aunque fuese parcialmente,

el crédito que se me había abierto y que por primera vez iba a resultar una frustración.

El gerente amigo de una empresa cinematográfica, la de Max Glucksman, en testimonio de buena voluntad y de compañerismo, proporcionaba entradas gratuitas a los cinematógrafos, y en ellos pasaban muchas horas Manuel Villar y mi hijo y otros, olvidándose así de la comida muchos días ausente.

Intermezzo en España

Desde el exilio en Montevideo crucé una vez más el Atlántico y desembarqué en Vigo. Ricardo Mella, a quien había encontrado casi diez años antes, había muerto y no intenté entretenerme en el contacto con los amigos y compañeros de aquella ciudad, aunque sí me encontré con el «Rabioso» (Lagos). A algunos de ellos, como a José Villaverde, seguramente los encontraría en Madrid.

En el tren pasé a media noche por León y no pude ocultar la emoción experimentada. Bajé al andén unos minutos y miré hacia la ciudad en tinieblas. Era un extraño ya, sólo a distancia de 18 años. En ese tiempo había corrido mucha agua bajo los puentes y yo había corrido por diversos lugares del mundo. ¡Con qué placer habría vuelto a recorrer sus calles, a contemplar sus joyas arquitectónicas e históricas, los restos de las murallas romanas, las obras de los artistas de la piedra, del

hierro, de la madera, que dejaron tantas maravillas de su espíritu creador en la catedral, en San Isidro, en tantos otros restos del pasado lejano! ¿Encontraría a algunos de los que fueron mis amigos en la juventud inquieta, soñadora? Seguí viaje. Fue la última vez que pasé por León, la vieja ciudad romana y el primer gran centro de la guerra civil de siete siglos contra los moros, tan españoles como los que los combatían, o quizá más.

Llegué a Madrid el día anterior al de la apertura del Congreso extraordinario de la Confederación Nacional del Trabajo, el 10 de junio de 1931. No recuerdo cómo me encontré con dos refugiados chilenos, uno de ellos César Godoy Urrutia, y fui con ellos a la pensión en que se hospedaban; Godoy Urrutia era un educador y gremialista de renombre y pude conectarlo en Barcelona con Trini Ferrer para la conducción de una escuela racionalista en la línea de las escuelas de su padre en un pueblo catalán.

Al llegar a la sede del Conservatorio, lugar de la reunión, donde se iba a realizar el Congreso, el primero que encontré en la entrada fue a Ángel Pestaña. Después de los primeros saludos me dijo que un agente de policía quería saber dónde me hospedaba y que no había peligro en decírselo, y así lo hice. Luego me condujo a una dependencia del teatro, donde ya esperaban Rudolf Rocker, Valeriano Orobón Fernández y Augustin Souchy, llegados de Alemania. Fue una grata sorpresa, pues habían ocurrido muchas cosas desde la última vez que nos habíamos visto en 1926; luego fueron llegando otros delegados internacionales, de Suecia y Holanda, de Francia, de Italia y de otros países.

No íbamos a intervenir en el Congreso español, no íbamos a participar en las sesiones en que se debatiría un orden del día propio, sino a presenciarlas. Se nos ubicó en el escenario, en el que funcionaba la presidencia, y donde tomaron asiento los secretarios de actas.

Desde 1919, la CNT no había podido volver a reunirse a la luz pública; una nueva generación había entrado en liza, después del trágico período del pistoleroismo en Cataluña, con todas sus secuelas, y después de siete años de dictadura, inaugurada en noviembre de 1923 por el general Miguel Primo de Rivera en Barcelona, cuyas huellas no logró borrar la interinidad del general Berenguer.

La proclamación de la República en abril de 1931 no logró tampoco interpretar las ansias del pueblo tantos años crudamente oprimido, y no faltaron por ello, desde el primer momento, encuentros violentos, conflictos graves entre los que lo querían todo de golpe y los que calculaban con menos radicalismo las posibilidades y la preparación existente para cualquier avance social, político y económico.

Los diez años últimos habían sido de excesos represivos, sembrados de asesinatos, de persecuciones similares a las de los países totalitarios de toda categoría, pero no habían mermado las filas de los combatientes por una España mejor, más justa, más libre, sino que habían engrosado con una juventud decidida a decir su palabra y a mostrar sus puños.

No faltaron tampoco las disidencias internas en torno a principios y tácticas, entre los más experimentados y los menos

conscientes de la situación, entre los viejos militantes y los nuevos, y es posible o es verdad que a ello habíamos contribuido nosotros mismos desde Berlín, y desde Buenos Aires.

Después de la lucha pasional contra la mentira de la dictadura del proletariado, nos habíamos vuelto intolerantes ante cualquier amago de blandura, de ambigüedad. En 1927 se habían agrupado los núcleos libertarios dispersos o poco cohesionados en la Federación Anarquista Ibérica; los años de beligerancia clandestina habían condicionado una mentalidad propia de esas luchas desde las sombras. Y el advenimiento de nuevas generaciones hizo que el encuentro de los jóvenes y los militantes maduros no culminase siempre en una armonía fecunda. Es propio del fervor juvenil cierto menosprecio o desconsideración hacia los que cargan con el peso de una mayor riqueza de experiencias y meditan y miden con más serenidad sus palabras y sus actos.

Concurrieron al Congreso extraordinario representaciones de más de 500 organizaciones sindicales, con un total de más de medio millón de adheridos. A los delegados de los sindicatos se agregaron los de la confederaciones regionales, periodistas, escritores simpatizantes. La platea y los palcos del teatro estaban repletos y el público interesado ocupaba todo espacio desde el que se pudiese presenciar el espectáculo. Predominaban los sindicatos de Cataluña, pero también eran nutridas las delegaciones de Andalucía, de Asturias, Galicia, Levante, Aragón y Madrid mismo. Fue una visión alentadora después de tantos años de ostracismo; había allí fuerza, vitalidad, aunque se haya expresado más de un desborde de

pasión en algunos debates. Un movimiento histórico como el que allí había reunido a algunos de sus representantes, movimiento que se había querido extirpar de la vida española, de la beligerancia politicosocial que mantenía heroicamente desde los primeros decenios del siglo XIX y como expresión orgánica desde 1870, estaba allí como lo que era: una corriente de pensamiento y de acción viva, prometedora, capaz de grandes empresas, entusiasta.

Entre los delegados figuraban los nombres de más prestigio y de más significación histórica en el movimiento obrero libertario de las diversas regiones y otros que, desde entonces, iban a figurar en la vanguardia de la etapa iniciada con la proclamación de la República. De muchos de ellos conservo vivo recuerdo, gratísimo recuerdo, por su calor afectivo, por su calidad oratoria, por su sólida formación intelectual y moral, por su abnegación y su espíritu de sacrificio, de entrega en cuerpo y alma a toda causa justa.

Hubo en los debates manifestaciones pasionales no siempre bajo el control de la reflexión serena, explosiones psicológicamente comprensibles, pero también exposiciones razonadas, convincentes, aunque la tónica dominante fue la de la exaltación. No era aquel encuentro propicio para el diálogo y la comunicación y para el aleccionamiento de los más jóvenes por los conocimientos y las experiencias de los más maduros; eso había que esperarlo, y el clima creado por el encuentro mismo exaltaba el ánimo de la nutrida concurrencia. Y los que más preparados estaban para hacer del congreso una tribuna aleccionadora preferían guardar silencio y doblegarse al espectáculo fervoroso.

Abrió la sesión inaugural Ángel Pestaña a las tres y media de la tarde; era uno de los sobrevivientes de un denso pasado de lucha y de tragedia y llevaba en su cuerpo y en su espíritu las señales de las balas de los pistoleros mercenarios. Recordó someramente la tragedia vivida sobre todo desde 1919 por los trabajadores españoles, a cuyo servicio se había entregado desde su juventud; habló de las persecuciones de que fue objeto la Confederación que recomenzaba la marcha a la luz del día... «El régimen capitalista declina. Es preciso que, aunque aceptemos el punto de vista de que el régimen capitalista declina, convengamos en que si la clase trabajadora no lo empuja, podrá mantenerse por mucho tiempo, y como debemos ser la fuerza que lo arroje definitivamente, es preciso pensar en la estructuración del mundo nuevo que ha de suplantarle, y ese mundo nuevo al que aspiramos ha de ser una concepción que tratemos de realizar de la manera más práctica posible...» Recordó a los camaradas que no se encontraban presentes «porque sucumbieron a las balas asesinas y homicidas» y tuvo también palabras solidarias para los presos por cuestiones sociales.

Rudolf Rocker saludó al Congreso en nombre de la Asociación Internacional de los Trabajadores y aludió a lo que el proletariado español significaba como esperanza para el mundo.

Presidieron las diversas sesiones Francisco Isgleas, Galo Diez, Mendiola, Manuel Rivas, Ángel Pestaña, Rafael Baldo, Manuel Germán y Ramón Artunedo.

Francisco Arin informó de la línea seguida por el Comité

nacional desde junio de 1930, de las conferencias regionales celebradas, de los delegados enviados para la propaganda y la reorganización a Levante, Andalucía, Galicia y Cataluña; dio cuenta de la actitud asumida ante la conferencia de partidos políticos republicanos en San Sebastián, con vistas a un movimiento revolucionario nacional, y el contacto posterior de los representantes de esa reunión con la CNT y de la respuesta del Comité nacional al ofrecimiento de cargos en el gobierno que encabezaría la segunda República.

La discusión del informe del Comité nacional llevó varias sesiones y no faltaron las críticas y censuras más agrias, con razón o sin ella, en relación con las inteligencias con fines revolucionarios con otros partidos y sectores, entre ellos con elementos militares que se habían vinculado con miembros de la CNT y la FAI en las prisiones. Hubo escenas tumultuosas con exacerbaciones verbales de intolerancia extrema, de exaltación pasional que aprovechaba cualquier motivo para manifestarse.

A buena parte o a todos los que presenciábamos esas batallas oratorias agresivas, nos han causado una dolorosa impresión, y de buena gana habríamos intervenido, aunque también habría sido inútil, en aquellas circunstancias. Comprendí bien lo que pasaba en Rudolf Rocker ante aquel espectáculo; la impaciencia por decir algo de Orobón Fernández se traslucía a distancia; pero habría sido inconveniente cualquier intervención, pues nosotros no éramos delegados, sino huéspedes, aunque no huéspedes extraños, fríos, sin íntima compenetración con las cosas de España.

Pestaña propuso que la CNT reivindicase para el Protectorado de Marruecos la plena ciudadanía española y el reconocimiento de aquel territorio como una más de las regiones, con los mismos derechos y las mismas prerrogativas de las demás regiones de la Península. La delegación de Fígols, en cambio, propuso el abandono de Marruecos y la garantía del pueblo español al pueblo marroquí del apoyo de los trabajadores de España contra cualquiera que quisiese poner en peligro su independencia.

Sobre ese tema, durante el Congreso o después del mismo, discutí con Pestaña, pero amistosamente, sin ningún resquemor. Mi visión del problema desde hacía bastantes años era la siguiente: Marruecos había sido el cáncer mayor de la Monarquía y podía serlo de la República si no alteraba radicalmente su política sobre el problema, que ya había costado estérilmente muchos millares de vidas y muchos millones de pesetas.

El problema candente de la tierra, la cuestión agraria, que se venía planteando sin descanso desde hacía siglos, no podía faltar entre los puntos a discutir en el comicio, y los acuerdos adoptados sin mayor discusión reflejaban una vieja aspiración, actualizada y agudizada en vista de las promesas gubernamentales de reforma agraria.

Pero el tema más agudo y el que suscitó la oleada pasional más vigorosa fue el de las federaciones nacionales de industria, tesis apuntada ya por Salvador Seguí, y que entonces encarnaba con amplia argumentación Juan Peiró, como anticipo de la posibilidad de que un día los organismos

sindicales tuviesen que tomar en sus manos la gestión económico-industrial.

En la primera mitad de 1930, Peiró escribió para el periódico *¡Despertad!* de Vigo, que dirigía José Villaverde, una serie de quince artículos que fueron recogidos luego en un folleto con el título *Ideas sobre sindicalismo y anarquismo*, con un prólogo de Salvador Quemades.

Esos artículos constituyen una primera elaboración del reajuste táctico y orgánico de los sindicatos confederales a las nuevas modalidades de lucha ofensiva y defensiva impuestas por el sistema capitalista, con sus trusts y kartells, con su vinculación nacional e internacional. Era aquella una especie de continuación y amplificación de los llamados sindicatos únicos del congreso regional de Sants en 1918. Los sindicatos de industria y las federaciones de industria intentaban plasmar un reajuste tanto con vistas a las contingencias de la realidad cotidiana como ante la eventualidad de un cambio revolucionario que pusiera a los trabajadores en posesión de los instrumentos de trabajo, de las fuentes de materias primas, de los transportes, de la producción y la distribución. Ya se tenía la experiencia de la revolución rusa, de la revolución alemana. Para el sindicalismo español, según las palabras de Villaverde, se presentaba este dilema: o dar paso a nuevas dictaduras o estructurar la organización sindical en forma que ésta sea el árbitro de la situación revolucionaria, es decir, hacer del sindicalismo el crisol donde se vaya fundiendo la sociedad comunitaria y libertaria.

Las ideas de esa serie de artículos fueron llevadas a la

ponencia sobre las federaciones nacionales de industria que se sometía a discusión en el Congreso confederal del Conservatorio.

Peiró juzgó ya en 1930 como «grave error» el cometido por el Congreso de 1919 al abolir las federaciones de industria y razonó y combatió desde entonces porque se retomase, en el campo de las ideas y de la estructura orgánica, la senda abandonada sin ninguna compensación ni ventaja.

Presentaba, por ejemplo, a modo de ilustración, un caso hipotético: «A la burguesía textil de Sabadell, por ejemplo, le importará muy poco que sus obreros se rebelen y declaren en huelga. Unida por una organización y por un pacto solidario, ella recibirá de Barcelona, Alcoy, Béjar, los pagos necesarios para responder a los más apremiantes compromisos y para resistir la huelga hasta reducir por el hambre a los obreros. Se trata en ese caso de una acción nacional de la burguesía contra la acción de los obreros de una ciudad fabril, si se quiere de una cuenca, de una región, y en cualquier caso la posición de inferioridad de los obreros es bien manifiesta.

Para situarse en un plano de relativa igualdad combativa, la solución no hay que buscarla sino en la Federación nacional de la industria».

La discusión que siguió fue larga, agresiva, de alboroto, cuando habría debido ser de reflexión, sosegada, tanto en pro como en contra de la tesis de Peiró. A los que la presenciamos nos dejó un sabor amargo, deprimente. No entendíamos que aquel planteo mereciese tal reacción tormentosa.

No se veía ni la finalidad ni la razón de aquel choque temperamental y generacional, como envenenado por algún interés insano, hasta que sólo el cansancio fue produciendo un efecto sedante. Finalmente pudo hacer uso de la palabra Ángel Pestaña, en tono suplicante, pero sereno, elocuente, convincente. Dijo que si los congresistas lo querían, se pondría de rodillas para pedirles un poco de calma, de sensatez, de comprensión, de ecuanimidad. Fue un momento conmovedor, una nota de cordura que aquietó los ánimos y que hizo comprender que por el camino tomado se había ido demasiado lejos.

Tras la lectura de una nota de oposición a la ponencia de Peiró, que firmaba Roig, de Santander, se computaron los resultados de la votación así: 302 243 en favor y 90 671 en contra.

Pero pese a esa mayoría numérica, los opositores en minoría influyeron luego lo suficiente para obstruir el avance, en el terreno práctico, en la dirección aconsejada por la ponencia, aunque el camino estaba orgánicamente libre.

También se debatió ampliamente la ponencia relativa a las Cortes constituyentes, más por motivos de forma que de fondo. En cambio, apenas se discutió la proposición que recomendaba la jornada de seis horas para hacer frente a la crisis económica que se estaba viviendo.

Se acordó dar vida a un nuevo diario en Madrid con el nombre de *CNT*.

Siete días de sesiones habían agotado las energías y la

capacidad de resistencia de los participantes y de los asistentes.

Entre los congresuales había quienes se consideraban más puros intérpretes de los principios y tácticas del anarquismo, que era el objetivo del movimiento confederal según el Congreso de la Comedia en 1919; había quien veía desviaciones y errores y peligros en cada palabra y en cada gesto con los que no estuviese identificado, y muchos de aquellos desencuentros daban un poco la sensación de disputas teologales. Los años de clandestinidad, de sufrimientos, de peligros, habían nutrido aquella mentalidad poco propensa al pensamiento constructivo, al razonamiento y a la comprensión. Un delegado andaluz, Zimmerman, en una breve intervención, en medio de aquel apasionamiento, en medio de aquella batahola, dijo más o menos lo siguiente:

—Nosotros no entendemos muy bien esas disquisiciones y esos artificios; somos simplemente de Salvochea y eso nos basta como doctrina y como táctica.

¡Somos de Salvochea! Eso equivalía a decir que era esa línea de vida, esa conducta, ese modelo de combatiente y ese apóstol el fundamento de nuestra significación histórica, política y social; lo demás eran lucubraciones y ropaje externo, algo secundario.

Es posible que muchos de los congresistas hayan llegado a la CNT leyendo opúsculos, folletos, periódicos o libros de propaganda, pero la gran mayoría se acercó y reforzó las huestes confederales llevada por el ejemplo de la vida y la

acción de los militantes, que vieron desde cerca, que conocieron en el lugar de trabajo o en el local social cuando era posible abrir sus puertas.

En ese sentido podían identificarse con la exclamación del delegado andaluz: Somos de Salvochea, somos de ese apóstol a quien se calificó como el santo de Andalucía.

Es esa grandeza de alma y esa generosidad, esa dignidad insobornable, esa entrega integral a la buena siembra lo que dio vida al movimiento libertario a través de los tiempos y a las vidas ejemplares de tantos antecesores y amigos; mucho más que los impresos a cuya difusión he contribuido un poco, algo más que la mayoría de los de mi tiempo.

Al terminar sus sesiones el congreso de la CNT, se iniciaron las del congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que se desarrollaron serenamente, sin exaltaciones oratorias, con poco menos que plena identificación, porque casi todos los delegados estábamos vinculados por años de amistad, de identificación solidaria, con entera o parcial coincidencia en interpretaciones, pero formando algo como una gran familia, aunque nos separasen algunas modalidades, especialmente con los delegados franceses, a quienes yo veía demasiado propensos a legislar sobre la estructura social y económica del porvenir, algo que no veía con mucha simpatía, aunque estuviese bien dispuesto a toda sugestión y a toda utopía, pero como sugestión y como utopía, no como norma dogmática inalterable; pues si la transformación, el cambio no lo hacen los pueblos o éstos no están preparados éticamente para ello, el gobierno del hombre

por el hombre, o por el comité o el comisario entran en acción y deciden por los demás.

En aquel momento no me hice esta pregunta: ¿A quién representaba yo en el Congreso de la AIT? Las organizaciones que había logrado llevar al seno de la nueva Internacional habían sido arrasadas por la ola del totalitarismo, o de las dictaduras militares y políticas en los respectivos países. En realidad, no representaba más que al propio pasado personal, lo que había cumplido en la década anterior. Era un vínculo asociado a algo que fue más que algo que era todavía. No tenía entonces como respaldo ninguna organización obrera nacional de las que había representado en los congresos anteriores; en 1931 no representaba a nadie, sólo me representaba a mí mismo, pues había tenido que enfrentar a la FORA y predecirle su declinación tal vez definitiva en ocasión de los sucesos de septiembre de 1930. Si hubiese meditado sobre esa situación en Montevideo, me hubiera negado a concurrir a la cita.

A pesar del grandioso espectáculo del movimiento obrero español, que resurgía con tantos valores auténticos, oradores de toda talla, propagandistas sugestivos, organizadores magistrales, educadores siempre, no podía apartar la atención obsesiva de la situación que había dejado en la Argentina, de la obligación moral de hacer todo lo que fuese posible en favor de los millares de presos de la dictadura. No faltaban todos los elementos para una acción posible, porque en el movimiento conspirativo no estábamos solos; también la emigración radical yrigoyenista se agitaba con la pasión del retorno triunfante y de la acción armada. Disponíamos de buen material humano, y eso era todo. Sabía que Francisco Ascaso había intentado

recuperar un millar de rifles que habían sido adquiridos y pagados al contado en Éibar por el grupo a que pertenecía; para eso se había entrevistado con el gobernador de San Sebastián, que había equipado con esas armas a los migueletes. Las armas adquiridas en Éibar al regreso de la gira de ese núcleo combatiente por América, no habían podido ser retiradas a su tiempo en Barcelona y volvieron a Vizcaya. Ascaso no había conseguido ni siquiera promesas en su reclamación. Con ese armamento habría sido posible una acción decisiva contra el régimen militar argentino o contra la dictadura paraguaya. Los que se habrían sumado con entusiasmo a cualquier empeño de esa naturaleza no podían ser embarcados en ninguna aventura factible con las manos vacías.

Con Ramón Franco: el mundo árabe

En el curso de los últimos años hubo relaciones amistosas de militantes libertarios con soldados, jefes y oficiales de las fuerzas armadas a raíz de coincidencias personales, de períodos de prisión, de aspiraciones relativamente próximas y de un mismo fervor revolucionario, y en esos contactos me encontré con aviadores militares, artilleros, oficiales de estado mayor, marinos, oficiales de infantería. En nuestra prensa clandestina o semiclandestina colaboraba el capitán Alejandro Sancho, de gran calidad en materia financiera y técnica; Fermín Galán planeó movimientos conspirativos con el apoyo y la

simpatía de nuestros amigos, y escribió un libro, *Nueva creación*, del que recibí en Buenos Aires un ejemplar para que comprobase cuánta era la afinidad entre su concepción de la estructura económico-política y la nuestra.

Se hallaba en Madrid Felipe Díaz Sandino, aviador, muy vinculado en la acción conspirativa del período de la dictadura de Primo de Rivera con elementos del movimiento libertario, un hombre de noble integridad que siempre me mereció la más absoluta confianza. Por él supe algo concreto de Manuel Azaña, a quien le había ligado una gran admiración y respeto. Con Azaña discutían algunas veces sus planes audaces unos cuantos jóvenes oficiales de todas las armas. Por ejemplo, en cierta ocasión, explicaron esos militares, disconformes con la situación dominante, al presidente del Ateneo un plan para atentarse contra el ministro de Gobernación, que se había distinguido por su falta de todo escrúpulo en la persecución de los opositores. Azaña se opuso enérgicamente.

—Al fin y al cabo, ese hombre no hace otra cosa que cumplir con su deber —dijo.

Pero después de meditar un momento, propuso una variante: se atentaría contra el chófer y luego se tomaría al ministro como rehén.

Díaz Sandino se atrevió entonces a preguntar:

—Pero ¿es que el chófer no está cumpliendo también con su deber?

Desde aquel momento se les desmoronó la figura colosal y

admirada de Manuel Azaña, aunque todavía siguieron manteniendo relaciones personales con él.

Díaz Sandino me dijo que Ramón Franco tenía mucho interés en verme, y me condujo un día a su despacho en la Dirección general de Aeronáutica, en el Ministerio de la Guerra. Ramón tenía dones especiales de simpatía, era cordial, entusiasta y franco, no sólo por el apellido. Una vez, durante la interinidad de Berenguer, se propuso bombardear la plaza de toros desde un avión, mientras se realizaba allí un mitin monárquico con asistencia de las principales personalidades del régimen en descomposición. Costó grandes esfuerzos y presiones de los amigos hacerle desistir de esa locura, pues hechos de esa naturaleza habrían causado más daño que beneficio a la causa republicana, por la repercusión y la repulsión que iban a causar en España y fuera de España.

Después de ese primer encuentro, quedamos en volver a reunirnos, pero a solas. Ramón estaba obsesionado por la idea de una vinculación con el mundo árabe y participaba con Blas Infante y también con Pedro Vallina en un andalucismo que, al amparo del ascendiente arábigo, como media España forma parte racialmente del mundo árabe, nos permitiría llevar nuestra influencia al norte de África, al Cercano Oriente y hasta Pakistán. Con la instalación de alguna universidad para la juventud más despierta de esos países marginados, en Andalucía, España podría convertirse en el centro intelectual y cultural de ese vasto conglomerado humano.

La idea no me pareció descabellada, como lo habría sido la del bombardeo de la Plaza de toros en ocasión del mitin

monárquico, porque tenía presente lo que fue España en el mundo tantos siglos gracias a la presencia y a la integración de los árabes y de los judíos. Quería Ramón que le acompañase en un viaje de propaganda por Andalucía con miras a ese objetivo y me aseguraba que muchos de mis amigos compartían ese plan con entusiasmo.

Naturalmente, para cumplir esa misión había que poner fin al grave problema de Marruecos, y eso debía hacerlo por su bien y su seguridad la República, y esa perspectiva me atrajo más aún. Era una perspectiva de real trascendencia y atracción.

Pero yo vivía con la obsesión de la situación argentina, base de acción que habíamos perdido con muy poca gloria, y me sentía con la obligación moral de hacer todo lo que pudiese para recuperarla. Pedí a Ramón que me facilitase una bomba de aviación pequeña, para estudiar su mecanismo y ver si era posible fabricarla luego. Fue entonces cuando me explicó que sus aviones habían sido desarmados, desmantelados y que ni siquiera disponía de una ametralladora a bordo de los mismos. Los hombres de la República recordaban su plan de bombardeo de la Plaza de toros y temían que pudiese incurrir en algún otro desvarío similar.

Si no creía en sus palabras, iríamos a la base aérea de Cuatro Vientos para comprobar la verdad de lo dicho. Y fue entonces cuando me dijo que su hermano Francisco estaba en Toledo y que podría adueñarse de Madrid en dos horas, y él no podría recurrir a la aviación para cerrarle el paso.

Yo apenas sabía que Francisco Franco era un general joven,

con una actuación singular en la guerra de Marruecos. Ramón me dijo algo que no pude entonces comprender:

—Vosotros no conocéis a mi hermano. Es el hombre más peligroso de España, y habría que...

Esas palabras me impresionaron y me desconcertaron y calculé que pudo haber habido entre los hermanos alguna desavenencia grave, alguna riña fuera de los cauces normales.

Como no disponía de la bomba de aviación que le había pedido para estudiar su mecanismo, me anunció que haría lo que estuviese a su alcance para sustituirla. Y encargó a un experto asturiano un modelo de granada de mano de tipo rasante, cuyas esquirlas alcanzaban un radio de por lo menos medio centenar de metros. Su manejo, sin hallarse bien protegido el que la lanzaba contra el objetivo eventual, era peligroso.

Las granadas francesas Laffite eran como un juguete de niños en comparación con esa granada, que tuvo una inesperada historia. El inconveniente consistía en que no tenía un buen seguro para su carga y su manejo, pero era algo, y me llevé ese artefacto bélico lleno de ilusiones.

Al mismo tiempo logré que Pestaña, Díaz Sandino, y creo que también Juan Peiró, planteasen al jefe del Gobierno, Casares Quiroga, la devolución del millar de rifles adquiridos por el grupo de Ascaso y Durruti en Éibar y que estaban entonces en poder del gobernador civil de San Sebastián. Casares Quiroga respondió que conocía el asunto, pero que si esas armas fueran devueltas a sus compradores, la República no tendría defensa

ni porvenir y prometió que las dejaría sacar de España. Así me lo hizo saber Pestaña.

Volví a ver a Ramón Franco para comunicarle el resultado de la entrevista de los amigos con el jefe del Gobierno y él mismo me sugirió lo siguiente: como esas armas habría que venderlas en el extranjero, podía asegurar que eran suyas, que las había adquirido en el período de la conspiración antimonárquica con dineros que le habían enviado los españoles de América después del vuelo del «Plus Ultra». Era un recurso plausible y creíble.

Insistió Ramón en que le acompañase en su gira de propaganda por Andalucía y estuve a punto de hacerlo. En la base aérea me mostró el pequeño aparato en el que volaríamos hacia el Sur. La avioneta parecía más bien uno de esos planeadores con que se divierten los muchachos y le dije que carecía de vocación para el suicidio, y menos entonces, cuando tenía en mi poder la granada que había hecho confeccionar y la promesa de dejar salir los rifles de Éibar. Pero no fue tanto el miedo a volar con aquel pequeño aparato, manejado por uno de los más audaces aviadores del mundo, sino el deseo de regresar a América del Sur, donde tenía que hacer algo por el par de millares de presos de la dictadura, retenidos en el presidio de Ushuaia. Marchó Ramón solo y tuvo un accidente, pero no en el aire, sino en tierra, en una tribuna improvisada en una población andaluza, accidente que le causó la fractura de una pierna. Unos días después, fue transportado al Hospital Militar de Madrid, donde pude visitarle y despedirme de él, lamentando lo ocurrido. Era un hombre de musculatura acerada y no tardó en volver a ponerse en pie.

Yo salí en dirección a Barcelona.

En Barcelona, julio de 1931

La Ciudad Condal era un hervidero de entusiasmo, de agitación, de actividad febril, en donde la nota saliente la daban nuestras organizaciones, la CNT y la FAI, y sus militantes.

El encuentro con tantos compañeros antiguos y nuevos fue emocionante. Con muchos de ellos habíamos mantenido estrechas relaciones desde hacía una década, desde Berlín, desde Buenos Aires, desde Montevideo; otros eran representativos de la lucha social y de los padecimientos experimentados durante los siete años de la dictadura de Primo de Rivera.

Con Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y sus compañeros no nos habíamos encontrado nunca; cuando ellos pasaron por Buenos Aires y fueron a visitar *La Protesta*, con todo el aspecto de turistas inofensivos, yo estaba en Alemania; cuando estuve en París en 1925, ellos estaban presos; cuando buscaron refugio en Alemania, después de su liberación de las prisiones y del proceso en Francia, yo estaba en Buenos Aires.

De Durruti tenía una lejana reminiscencia cuando cursaba en León precipitadamente el bachillerato y él trabajaba en unos talleres mecánicos de la calle Mayor; era un muchacho más o menos de mi altura, pero más vigoroso de aspecto, más o

menos de mi edad; pero entonces no tuvimos oportunidad de conocernos de cerca.

Las primeras palabras de Ascaso, después de encerrarnos en una habitación del hotelito Las Delicias del Paseo Nacional, en la Barceloneta, fueron éstas:

—¿Por qué no vino Macías cuando le llamamos desde Francia? Su presencia habría podido acelerar en varios años el cambio de la situación en España.

Tuve que explicarle lo ocurrido. Macías no sabía de qué se trataba, pues de haberlo sabido no habría vacilado en acudir. La falta de ese extraordinario chófer frustró los planes que abrigaban esos amigos en relación con el rey Alfonso XIII. Cuando, por la ineficiencia del conductor francés del coche magnífico que habían adquirido, fueron detenidos, Durruti, Ascaso y Gregorio Jover declararon que sólo se trataba de tomar al rey como rehén para aliviar la situación intolerable de España. Les relaté a propósito el destino trágico que Macías había tenido en Montevideo y a ambos les afectó hondamente.

Expuse a los visitantes que mi propósito por el momento no era quedarme en España, sino regresar a América del Sur. Les mostré la granada que me había facilitado Ramón Franco, y la examinaron detenidamente. Y hablamos de todo lo concerniente a nuestro movimiento.

Durruti había salido de Barcelona, donde estaba seguro de que no tendría ningún problema, mientras se celebraba el Congreso extraordinario en Madrid, para tomar parte en un acto público en Tarragona, y había sido detenido. Fui testigo de

la irritación de Pestaña por esa transgresión, y de sus gestiones ante las autoridades de la República para lograr su libertad, deplorando que se expusiera de ese modo sin necesidad mayor.

No puedo negar la influencia que tuvo en mi depresión, por causa de los acontecimientos vividos y sufridos en América del Sur, el contacto con el movimiento libertario en Barcelona. Fruto de ese impacto fue una primera página de *Tierra y Libertad*, del 8 de julio, con este título: «Ante una revolución inevitable y ante un pueblo que va a romper sus cadenas.» Veía la revolución en marcha y anunciaba que nada ni nadie la detendría, y exhortaba a ponerse a tono con las circunstancias. Denunciaba una vez más la gravedad de la crisis del capitalismo, la bancarrota del régimen económico, la quiebra de su forma monopolista de la propiedad de la tierra y de los instrumentos de trabajo, y definía así nuestra misión:

«Nuestra misión... consiste en encauzar hacia los grandes objetivos de justicia la rebelión popular, siendo en medio de esa rebeldía como el fulminante en la carga explosiva.

»Hay que proporcionar pan a todos los que tienen hambre, techo a los que carecen de él, instrucción a los que vegetan en las tinieblas de la ignorancia, y para ello es preciso romper los privilegios capitalistas y entrar en posesión de la riqueza social. Ningún sacrificio ha de costar tanto para llegar a la tierra de promisión del socialismo libre como cuesta hoy el apuntalamiento del edificio en ruinas del régimen presente... La revolución que viene es una revolución del pueblo, no una revolución de partido,

contra el capitalismo y contra la opresión. Si nuestras organizaciones tradicionales se ponen a la altura del momento histórico, con su experiencia mayor y su capacidad constructiva, la revolución podrá dar frutos más abundantes, pero si no obran así, serán desbordadas y arrolladas por los acontecimientos, se disgregarán y perderán toda influencia, porque los elementos más sanos y enérgicos del proletariado se sumarán al pueblo rebelde y se improvisaría lo que podría tenerse ya casi en funciones...»

Preveía que España no tenía para su próximo porvenir más que estos dos caminos: o la revolución del pueblo, para volver a la posesión de la riqueza social, o la dictadura republicana o fascista. Había que disponerse a abrazar la primera o a sucumbir ante la segunda.

De esos días data una polémica interna, motivada por unos artículos de los camaradas franceses Lucien Huart y Pierre Besnard en *Solidaridad Obrera*, en los que se me atacaba por motivos de interpretación que no quise tolerar. De la respuesta a Huart y a Besnard se pasó a la redacción del diario confederal, por el exceso de apego al nuevo régimen republicano, en el que yo no podía poner, por todo lo visto hasta allí, muchas cartas. Pero las motivaciones que dieron origen a ese desencuentro no las recuerdo ya. Mientras me encontraba en Barcelona ocurrieron los hechos de Sevilla que culminaron en el bombardeo de la casa de Cornelio, bar frecuentado por cenetistas, y otros desaguisados de la represión en nombre del orden republicano.

Pensé que ante aquella represión no cabía otra actitud que una protesta enérgica mediante una huelga general, y me puse con unos cuantos compañeros a prepararla mediante reuniones numerosas en centros obreros de la ciudad. Patricio Navarro fue uno de los colaboradores más entusiastas de ese proyecto, con otros cuyos nombres se me han ido de la memoria. Opinaba, por mi parte, que en lugar de una huelga con agitación callejera, era preferible decretar el paro en los mismos lugares de trabajo, permaneciendo en ellos.

Estábamos absorbidos por esos trabajos cuando llegó Pestaña, secretario del Comité nacional, después de un viaje por varias provincias del sur, y desarticuló el plan de huelga de protesta. Fui a verle, indignado, para que me explicase la razón de su actitud. Me respondió serenamente:

—Veinticuatro horas antes de los sucesos de Sevilla estuve allí en un acto público. Si tú conocieses a los compañeros que dieron origen a los hechos conocidos, habrías obrado lo mismo que yo.

No supe qué responder. Quizá tuviera razón, pero no por eso me había convencido del todo de que no cabía ninguna protesta ante aquellos procedimientos represivos y sangrientos.

Tuve ocasión de presidir algún acto público de propaganda, y no pude menos de asombrarme cuando descubrí que uno de los que se sentaban a mi lado, como si se tratase de un secretario de actas, era un funcionario de orden público. A eso no estaba habituado.

Una noche se me invitó a presenciar la materialización de un acuerdo vinculado al conflicto con la empresa Telefónica, que no tenía visos de solución. Se sucedían las semanas y no se preveía un final, alguna salida aceptable. Entonces se acordó proceder a un fuerte llamado de atención. En el Paseo de Gracia había un centro vital para las conexiones telefónicas con el resto de España. Un oficial de estado mayor, con el que había relaciones, señaló la importancia de ese nexo de comunicaciones. Se decidió paralizar los servicios con una bomba en aquel punto estratégico. Y pude presenciar la maestría con que fue detenido el tráfico de rodados y de peatones por las calles adyacentes al lugar, con la advertencia de que se alejasen de allí, porque iba a estallar una bomba. Los encargados de la prevención de cualquier accidente iban armados con pistolas, pero no hizo falta echar mano a ellas. Se habló con cortesía y amabilidad a los transeúntes y éstos obedecieron las indicaciones de mantenerse a resguardo de la explosión que iba a producirse. Nadie sufrió daño alguno, pero sí lo sufrieron, y por varios meses, las instalaciones de la Compañía Telefónica. Participaron en la operación treinta o cuarenta compañeros, sin nerviosismo alguno. La bomba estalló con estruendo y las comunicaciones con el resto de España quedaron interrumpidas. Cuando se comprobó que no había ya ningún peligro, se dejó libre el tránsito de personas y vehículos, y los participantes en la operación desaparecieron sin precipitación alguna del lugar de la explosión, mezclados con el público retenido mientras corría peligro.

Me causó una grata impresión el acontecimiento y la serenidad con que se había producido y sobre todo el interés en no causar víctimas inocentes o extrañas al conflicto.

Fue en ocasión de la breve permanencia en Barcelona cuando conocí a Pedro Herrera, admirador de Orobón Fernández, también de Valladolid, y a Braulio, leonés, y a otros con los que luego he mantenido relaciones e íntima colaboración hasta el fin, hermanos ejemplares y fieles en todas las circunstancias.

Antes de partir, vino a verme Gigi Damiani, bien conocido por su actuación en nuestra prensa italiana. Me hizo leer una tarjeta postal de Errico Malatesta, cuya caligrafía me era familiar; en ella comunicaba a Damiani que tomaría unas breves vacaciones veraniegas en un lugar determinado de la costa mediterránea. Comprendí, lo mismo que Damiani, lo que esa noticia quería decir, o lo supusimos e interpretamos la noticia como una exhortación a buscar alguna posibilidad de salir del reino de Mussolini para llegar a España.

Hablé con Tomás Herreros, uno de los amigos de mi absoluta confianza, y resolvimos convocar una reunión de presidentes de los sindicatos afines. Patricio Navarro se entusiasmó, como se había entusiasmado con la idea de la huelga general solidaria con las víctimas del Parque María Luisa de Sevilla.

Se realizó la reunión convenida y allí expuse a los presidentes de los sindicatos la idea de sacar de Italia a Malatesta y recibí la impresión de que había la mejor disposición para respaldar financieramente la operación. Patricio Navarro anunció que se podía contar con el yate más veloz del Mediterráneo y con la gente necesaria para la aventura.

La AIT pidió al Comité nacional de la CNT, que me facilitase,

como se había convenido, los medios para el regreso al Uruguay, y creo que lo hizo con sumo agrado para que me alejase de Barcelona. Embarqué para América del Sur, dejando en buenas manos el plan de la liberación de Malatesta, que habría podido ser de gran utilidad en España, con su experiencia, con su prestigio, con la simpatía y admiración de que gozaba en nuestros medios.

A poco de llegar a Montevideo supe que Pestaña había paralizado el proyecto apenas andamiado, con el consiguiente disgusto por esa conducta. Pero ya estábamos lejos el uno del otro. No pude comprender las razones por las que mi paisano interfería en tal forma para trabar cualquier iniciativa de naturaleza revolucionaria activa. Tampoco tuve la oportunidad de preguntárselo.

Quizá fuera necesario apaciguar las tensiones y exaltaciones pasionales de aquella hora. No se podía dejar campo libre a cualquier exaltación subversiva y arriesgada, que podía traer consecuencias desagradables y perjudiciales para todo el movimiento; pero un exceso en el extremo opuesto, el de la reflexión paralizante, podía acarrear también males y conflictos.

La exuberancia de la juventud debía tener alguna salida, y la experiencia iría aleccionando a todos, aunque no podía comprender que esa exuberancia tuviese que ser calmada en objetivos como el de la liberación de Malatesta, con éxito o sin él, sino en los que se centrasen en propósitos menos recomendables.

Si la impremeditación, la exaltación irreflexiva podía acarrear males, también podía acarrearlos la política restrictiva y paralizadora de toda iniciativa que no tuviese una seguridad de éxito al ciento por ciento.

Otra vez en Montevideo

Cuando atracó el barco en el puerto de Montevideo, me esperaban algunos amigos, y Simón Radowitzky subió a bordo y pude darle la granada de Ramón Franco, que ocultó muy bien entre sus ropas. No hubo inconvenientes.

Al llegar a la pequeña librería de la calle Río Blanco, que nos servía también de vivienda, no me costó ningún esfuerzo comprobar a primera vista que apenas quedaban libros en los estantes. Simón había resultado un buen librero; todos los visitantes del negocio, la mayoría estudiantes y amigos, se llevaban libros que no pagaban y que no sé siquiera si prometían pagar o si el librero les reclamaba el pago.

No podía pedir nuevos créditos a los abastecedores. Como negociantes no dejábamos buen recuerdo, aunque tampoco habíamos obtenido ningún provecho personal. Evidentemente, no era ése nuestro camino en aquellas condiciones.

El doctor Lorenzo Carnelli, a quien debíamos muchos favores como amigo y como abogado, era propietario de un rancho en el camino a Carrasco, a un kilómetro aproximadamente de la

carretera, con un poco de tierra para cultivo y cría de aves. Con una siembra o plantación previa de verduras, era posible esperar tiempos mejores. El rancho tenía el techo en malas condiciones, y en parte no enteramente cubierto, y cuando llovía abríamos un paraguas para cobijarnos debajo. El «negro» Palmieri acudió solícito con una camioneta, nos ayudó a desarmar la librería y llevamos las tablas y los escasos enseres a la nueva vivienda.

Los recursos para subsistir eran prácticamente nulos, como en la mayoría de los casos, de los exiliados en aquel oasis pacífico y feliz que era el Uruguay. Era inútil buscar trabajo, cualquier trabajo; de la tierra no obteníamos nada, porque nada se había sembrado oportunamente en ella.

Elisa salvó un poco la situación entrando a prestar servicio en una peluquería de damas, propiedad de un compañero nuestro, que le abonaba el servicio al concluir la jornada, sabiendo que no teníamos otros ingresos para subsistir. Y con esos pocos recursos vivimos algunos meses.

El rancho fue pronto el lugar de cita de los amigos, y algunos contribuyeron a preparar el terreno para cultivos de pronto rendimiento; entre otros acudía Ildefonso González, que estuvo desde muy joven vinculado a las cosas de nuestro diario de Buenos Aires. Pero teníamos un techo, aunque no fuese del todo acogedor cuando llovía; otros tenían menos. De cuando en cuando se me encargaba la traducción de algunos escritos para una revista pedagógica del Consejo de Educación, y algo se me compensaba por el trabajo. Y por entonces comencé la traducción de la *Biología de la guerra*, del profesor Jorge

Friedrich Nicolai, para el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires.

Relaté a Orsini Bertani el asunto de los rifles de Éibar para que entrase en relaciones con el gobierno uruguayo, al que explicaría que Ramón Franco no necesitaba ya esas armas para nuevas conspiraciones una vez proclamada la República. No tardó Bertani en comunicar la noticia a algún miembro del Gobierno y me dijo que había buena disposición para el negocio, porque esas armas iban a resultar a un precio más bajo que si las adquiría directamente en las fábricas.

La operación era posible, pero el pago seguramente se haría a plazos y se prolongaría más de lo que era de desear, y se haría a Ramón directamente, pues figuraba en la operación eventual como dueño legítimo, y eso complicaba las cosas, porque nos habíamos hecho la ilusión de proceder a nuevas adquisiciones con el producto de esa operación. Y por otra parte me entraron dudas de que Casares Quiroga cumpliera la promesa hecha a Pestaña y los otros mediadores.

Se agregaba la lentitud de la burocracia gubernativa, que habría de formar un expediente con todas las de la ley, y a nosotros nos interesaba una solución más veloz. Presentí que el negocio de las armas de Éibar iba a terminar poco más o menos como el de la librería. Además, no podía dejar de tener en cuenta que los propietarios de los rifles eran quienes eran y, si cabía utilizar algo de lo que se obtuviese para los proyectos que germinaban en Montevideo, también hacía falta ese aporte en España. La fantasía que habíamos alimentado se fue desinflando y comprendí que, aun llegando a buen puerto,

habría de pasar un tiempo que no podíamos soportar con los brazos cruzados.

Manuel Villar había logrado embarcar en un mercante con rumbo a la costa del Pacífico y atravesó el estrecho de Magallanes; por eso no lo encontré en Montevideo a mi regreso de España.

Mientras tanto, Simón Radowitzky había mostrado a los exiliados radicales la granada de Ramón; entre ellos había oficiales del ejército. El artefacto les produjo tal impresión, que se pusieron con entusiasmo a fabricarlo. Y a las pocas semanas ya disponían de unos centenares de piezas. Por mi parte no veía aconsejable en aquellos momentos la participación en una aventura improvisada a la sola vista del artefacto explosivo, aunque sabía que si se decidían a alguna iniciativa sería tendrían que recurrir al apoyo de nuestra gente, mejor preparada que ellos para esas emergencias.

Aventuras y riesgos

Si al tomar una decisión hubiese que calcular siempre serenamente el pro y el contra de la misma, sería poco lo que se emprendería. Las matemáticas son muy útiles y prestan excelentes servicios, pero la vida y sus azares no tienen siempre las matemáticas por resorte.

En aquellas circunstancias de penurias y de inseguridad, me

llegó la noticia de la enfermedad de mi hermana Julia en Santa Fe y, como podía ser algo grave, no me fue posible contenerme.

No sé de qué modo ni con ayuda de quién, reuní unos pocos pesos, muy contados pesos, para emprender el viaje, aunque bien sabía los riesgos que habría de correr. Todavía estaba el general Uriburu en el poder, pero se preparaban unas elecciones para entregar el mando a un sucesor constitucional, que iba a ser el general Agustín P. Justo. Un cáncer diagnosticado al dictador aceleró ese proceso de retorno a la constitucionalidad; de otro modo, habría habido que esperar algunos años el cambio de régimen.

Embarqué en una pequeña nave fluvial para remontar el río Uruguay hasta Salto-Concordia. Se podía suponer que no se me aplicaría ya la ley marcial del 6 de septiembre de 1930, pero existía la posibilidad de la detención y del envío a Ushuaia. Sin embargo, había que correr el riesgo. Viajaba como representante de empresas editoriales españolas y llevaba una valija de mano llena de cubiertas de libros y papeles comerciales para los pedidos que no iba a hacer.

Cuando subí a cubierta me encontré con dos empleados de la policía de Buenos Aires, a quienes conocía porque solían hacer guardia en un café de la esquina de nuestro diario, y no se retiraban del puesto hasta que me veían salir a media noche para llegar a una vivienda a cien metros de distancia de los talleres.

Los dos empleados no me quitaron los ojos de encima en

todo el viaje; pero bajaron a tierra en un puerto antes de Concordia, creo que en Fray Bentos.

Llegado a Salto, me dirigí al taller mecánico de unos compañeros que debían ayudarme a cruzar el río Uruguay para entrar en territorio argentino sin tropezar con las autoridades fronterizas del país. Pero apenas llegué al taller amigo, me comunicaron que en la noche anterior habían llegado algunos grupos radicales con el propósito de atacar el cuartel militar de Concordia. Y no tardé en tropezar con un amigo de Buenos Aires, que se había incorporado a la intentona radical y había conducido desde Montevideo un camión con las granadas de reciente fabricación.

El encuentro con Eduardo Vázquez, el chófer aludido, y la presencia de grupos radicales en Salto me hicieron comprender el riesgo del cruce clandestino del río Uruguay. Los empleados de policía de Buenos Aires que habían descendido en Fray Bentos sabían seguramente más que yo acerca de lo que se tramaba y era casi seguro que el río estaría vigilado. Y lo peor era que aquellos funcionarios no habrían dejado de comunicar a Concordia mi presencia.

Había que descartar el plan del cruce del río con ayuda de los amigos de Salto y arriesgarse a tomar la ruta pública de la comunicación entre las dos ciudades vecinas, Salto y Concordia. Y eso hice. Un joven compañero de Salto iría detrás de mí para informar de cualquier novedad imprevista que me ocurriese. Llegué al puesto de vigilancia y control fronterizos, como agente librero; llevaba una cédula de identidad en la que no figuraba el nombre entonces calificado de peligroso. Como

en la lista no figuraba el nombre del titular de la cédula de identidad, que consultaron los funcionarios, pasé sin tropiezo y entré en Concordia libremente. Pero no puedo negar que viví momentos de angustia y de inseguridad y que me veía camino del presidio de Ushuaia o peor si llegaban los radicales antes de alejarme de allí.

Urgía la salida de Concordia en el primer tren, hacia Paraná o hacia Buenos Aires. ¿Qué explicación podía dar de mi presencia allí, justamente cuando los radicales iban a intentar tomar por asalto el cuartel?

Me dirigí a la casa de un sastre judío simpatizante. Le expliqué mis apuros. Tenía que salir sin tardanza hasta donde lo permitiesen mis recursos y luego seguiría a pie. La provincia de Entre Ríos no me era tan familiar como las de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, donde no era difícil encontrar en cada localidad amigos que me ayudarían a proseguir el viaje.

El primer tren salía en dirección a Buenos Aires y no vacilé en tomarlo. Había tiempo para comer algo en la casa del sastre amigo y marché luego a la estación ferroviaria; allí vería hasta dónde me alcanzaban los pocos pesos que llevaba. No fue poca sorpresa cuando, al meter la mano en el bolsillo de la chaqueta, me encontré con un billete de cien pesos; con muchos menos había salido de Montevideo. El sastre había aprovechado un descuido para introducir en mi chaqueta aquella fortuna. No recuerdo el nombre de aquel providencial salvador, pero el gesto solidario tan oportuno no lo he vuelto a olvidar.

Partí para Buenos Aires y, al llegar a la Chacarita, fui directamente a la casa de la familia de Manuel Villar, que era un poco como familia propia, de todos los amigos del hijo. Manolo no hacía mucho que había llegado también, cruzando la cordillera de los Andes por el sur mendocino desde un puerto del Pacífico, aventura que también tuvo sus riesgos.

Los diarios vespertinos anunciaban el ataque frustrado de los radicales al cuartel militar de Concordia. Los oficiales, que supieron a tiempo algo de lo que se preparaba, instalaron ametralladoras que manejaron ellos mismos y no permitieron que los atacantes se aproximaran sin más armas que las granadas de mano. No sé si alguien quedó en poder de los tan fácilmente victoriosos.

Pasé la noche en casa de los Villar y, después de informarme de la situación política general y de la condición de nuestros amigos que no habían caído en las redadas policiales, tomé el primer ómnibus para Rosario, la segunda ciudad del país por su población importante, también por su organización sindical, y su ambiente universitario e intelectual.

De la estación de ómnibus fui directamente a la casa de Jorge F. Forteza, profesor de la facultad de ciencias económicas y vicecónsul uruguayo en Rosario; era autor de un estudio sobre Rafael Barret y un excelente amigo. Antes de llegar a su domicilio, ya sabía que estaba en Rosario, pues le había telefoneado un empleado policial de guardia en la estación de ómnibus que conocía nuestras relaciones. Pero en la provincia de Santa Fe no fui molestado en modo alguno, privilegio de que no disfrutaba en otras.

En Rosario se hallaba mi hermano Lorenzo, que fue secretario de la Federación universitaria local y tuvo que perder un año en su carrera de medicina a consecuencia de una huelga estudiantil. Actuaba, mientras terminaba sus estudios, en el hospital Centenario. Otro miembro de una familia de inmigrantes que había roto con la tradición paterna y que supo abrirse un camino propio y cumplir una vasta acción de beneficio social, desde el campo asistencial y desde la cátedra. Estrechamente ligado con mi amigo Juan Lazarte, que había instalado su consultorio médico en la localidad de San Jenaro, entre los dos y con la cooperación de otros profesionales organizaron la Federación gremial médica de la provincia de Santa Fe, lo mismo que mi hermana Julia había hecho con el magisterio.

Con plena independencia cada uno, por rutas diversas, el bien de la comunidad que integrábamos, la lucha por el progreso social y la justicia, fueron como un imperativo insoslayable, algo como nuestra razón de ser.

Todos teníamos el pleno respaldo de la madre, a la que hemos reconocido, querido y respetado hasta el fin. Con los años, y por motivos profesionales, he tenido abundantes pruebas de una tesis que he confirmado sin cesar: cuando se dan frustraciones de fondo en la vida de individuos y familias enteras, siempre se encuentra como causa básica la ausencia de una madre merecedora de ese nombre y de esa misión.

Amparar, respaldar a los hijos no es someterlos, imponerles caminos y normas, sino alentarlos a seguir cada cual la ruta que elija con dignidad y rectitud moral, y eso no se predica, se vive;

no entra esa influencia por la presión de la autoridad, sino por el ejemplo y la conducta.

Llegué en pocas horas a Santa Fe, donde encontré a mi madre, a Julia, la hermana enferma, a la hermana menor, Sara, activa ya como maestra, y a mi padre, que no vio nunca con satisfacción íntima la ruptura de la tradición en que él había vivido, y a familiares y amigos que formaban como una sola familia con la nuestra.

Fue aquella aventura del regreso al país una decisión que pudo tener un gravísimo desenlace, y hasta para mí mismo fue un motivo de asombro el que hubiese llegado hasta la casa familiar sin contratiempos, sano y salvo. Pero la verdad es que había caído en una trampa y que estaba propiamente prisionero, sin salida segura fuera de la provincia, pues todavía se hallaba en funciones el dictador Uriburu. Quedé en Santa Fe aislado hacia los de dentro y hacia los de fuera.

La pausa forzada no era fácil de soportar y fue entonces cuando me puse a escribir aquel resumen de la historia del movimiento obrero en la Argentina, el primero que se hizo en el país, el libro *La FORA Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, algo como un desafío cuando todos los locales obreros estaban clausurados y la prensa libertaria había sido silenciada totalmente. Poco antes de septiembre de 1930 había publicado otro pequeño trabajo histórico, *El anarquismo en la Argentina, desde sus orígenes hasta 1910* (editorial Argonauta).

También por entonces, en aquella pausa forzada, me puse

con el doctor Lazarte a elaborar un planteo relativamente novedoso para el movimiento obrero, el libro *Reconstrucción social. Bases para una nueva edificación económica argentina*, obra que publicó en Rosario el librero Laudelino Ruiz, gran amigo y paisano, nacido en mis montañas leonesas. También se reunieron en opúsculo algunas informaciones y consideraciones sobre la crisis del capitalismo, que vieron la luz en Buenos Aires y fueron reeditadas en Valencia con un prólogo de Luigi Fabbri.

En esas condiciones era aconsejable interrumpir las relaciones con Montevideo y, naturalmente, también con España, por no haber previsto nombres y direcciones que no fuesen sospechosos; y también di de lado y me olvidé de la venta de los rifles de Éibar al gobierno uruguayo.

Los radicales no renunciaron a sus intentos conspirativos y se pusieron a fabricar en Buenos Aires la granada de Ramón Franco, después del fracaso de Concordia, una actividad que fue descubierta cuando ya tenían un par de millares de esos explosivos listos para la carga; en esa tarea estalló uno de ellos en manos del encargado de la última fase de esos preparativos, el cual quedó casi moribundo, pero que aun así pudo salvarse. El promotor principal de esa nueva conspiración era el coronel Cattameo, que explicó luego esos preparativos y el programa de la acción proyectada. El mismo encargado de la carga de las granadas logró narrar también los pormenores de la tarea que casi le cuesta la vida. Ni uno ni otro sabían nada del origen de aquel peligroso artefacto.

Cuando el proceso electoral se puso en marcha, juzgué, quizá

precipitadamente, que era hora de intentar algo. Mi primer objetivo era la publicación de *La Protesta*, sin cuya presencia activa no se podía esperar la reanimación del movimiento social que representábamos.

Llegué a Buenos Aires y se fueron agrupando los amigos y colaboradores, Manuel Villar y otros. No tardaron en regresar también Elisa y mi hijo, embarcando un cargamento de libros, periódicos y documentos históricos que había recibido de diversos lugares del mundo, junto con lo que había recogido en los archivos de los viejos centros sociales uruguayos. Era un vicio del que no he logrado curarme. En 1917 había tenido que vender a bajo precio una importante riqueza bibliográfica para pagar de ese modo la habitación que conservé durante la bastante larga residencia en la Cárcel Modelo de Madrid. Otra de mis fortunas, nada menospreciable, fue la que dejé en Berlín en poder de Fritz Kater, en cajas como para su traslado cuando hubiese un lugar seguro al cual llevarla, más los recursos financieros para el traslado. Cuando Hitler se hizo cargo del poder supremo, aquel material era peligroso para el que lo tuviese, pero el profesor holandés Posthumus lo trasladó a Ámsterdam por medio de la embajada de su país, para el Instituto de Historia Social que había creado, y allí fueron a parar las colecciones de Max Nettlau también.

La caja del diario estaba totalmente vacía; ni un solo peso había en ella, pero eso no me impedía prepararme para editar nuestro diario desde el día siguiente de la transmisión del mando al general Agustín P. Justo, ganador de la aparente contienda electoral.

El personal de los talleres estuvo dispuesto a iniciar sus tareas, sin sueldo y sin perspectivas y esperanzas de tenerlo. La sola aproximación al local de nuestro diario se consideraba un gesto de audacia en aquellos momentos, y la misma difusión de los primeros ejemplares al reaparecer causaba temores y dudas.

Organizamos un rancho cuartelero para todos, redactores, administradores, linotipistas, impresores, y encargamos del mismo a Joaquín Nin, que regresó como pudo de Montevideo; Nin era albañil, catalán de origen, y se había distinguido como conductor de una gran huelga del gremio en 1930. Tuvo la habilidad de rellenar alguna vez la canasta con que iba al mercado con algunas piezas nutritivas, aprovechando cualquier descuido del vendedor. Que los eventuales damnificados perdonen esos hurtos por el objetivo a que eran destinados. El panadero Constante Cabado nos enviaba diariamente pan y pastas de su panadería no distante.

Alguien me mostró un libro que le habían dado en el Departamento de policía, y advertí en seguida que ese libro era parte de mi tesoro enviado por barco desde Montevideo, y no vacilé en ir a quejarme a las autoridades policiales y a reclamar esa documentación. Otra decisión peligrosa, pero no vacilé en correr el riesgo.

Al subir al ascensor en el Departamento de policía de la calle Moreno, me encontré con el jefe de la sección de Orden Social, Juan Garibotto, que me conocía desde hacía años y que sabía perfectamente de mi modo de ser y de mi conducta. Tenía motivos, y él los conocía entonces mejor que yo, para

detenerme y entregarme a la decisión del gobierno, y se contentó con saludarme y con decirme:

—Le felicito, porque se nos escapó en septiembre (en septiembre de 1930).

Supe más tarde que había presenciado mi salida para Montevideo en el barco de la carrera, en momentos en que la ley marcial me alcanzaba plenamente, y no hizo nada por obstruirme el paso.

El funcionario que después había de ocupar el puesto de don Juan Garibotto, Moirano, me comunicó que mis libros y papeles habían sido guillotizados y entregados al fuego y que no había ya nada que hacer.

Fue un golpe duro, muy sensible para mí. Antes que Adolfo Hitler hubiese dispuesto o tolerado los incendios de libros en las plazas públicas de Alemania, había sufrido en carne propia ese acto de barbarie en Buenos Aires.

Reaparición del diario y su silenciamiento

La reaparición de *La Protesta* al día siguiente de la transmisión del mando presidencial al vencedor de las elecciones realizadas, fue un poco como una provocación, un desafío. Se había vivido desde septiembre de 1930 una larga noche de opresión sin freno y de terror que puso de manifiesto nuestra debilidad y nuestra impotencia para afrontar situaciones críticas y trascendentes, como las que habíamos

anunciado durante todo el mes de octubre, sin hallar comprensión ni eco más que en algunos pocos amigos. Hacer reaparecer el diario así, de golpe, era como gritar: ¡Aquí estamos! ¡Somos los mismos que habéis querido eliminar, dispuestos a proseguir la lucha! Pero habíamos demostrado entonces que no éramos la fuerza coherente que queríamos representar, porque cualquier incidente podía volverla inofensiva. Y ciertamente no éramos la fuerza que nos figurábamos ser para aquella gran revolución palingenésica y jacobina que apenas se había dejado de propagar por hábito adquirido y en el ritmo cotidiano heredado de generación en generación.

Habían sido expulsados del país unos cuatrocientos obreros más o menos conocidos por su militancia gremial; de ellos habíamos logrado rescatar unos trescientos que tocaron aguas uruguayas en su viaje forzado. Los que no tocaron el puerto de Montevideo, como Enrique García Thomas, de larga actuación en el periodismo combativo y en la organización obrera, tuvieron que llegar al destino que se les había fijado.

Los presos sumaban más de dos mil, capturados en las razzias hechas al triunfar tan fácilmente el golpe de Estado del 6 de septiembre contra el presidente Yrigoyen. Los que no habían sido detenidos y enviados a las diversas prisiones, especialmente a Ushuaia, estaban atemorizados y habían interrumpido su revolucionarismo anterior. En la manifiesta declinación combativa lanzamos a la calle el diario y, naturalmente, no tardamos en sufrir las consecuencias de la precipitación.

La respuesta al desafío que significaba la repentina publicación del diario clausurado y temido no se hizo esperar. Pero esa vez no en la forma de la agresión habitual, la invasión de los talleres por las fuerzas del orden, la clausura del local y la detención por lo menos de su personal directivo. Simplemente nos fue retirada la franquicia postal, una manera elegante de suprimir la publicación, un golpe decisivo e insuperable.

Ningún cotidiano de Buenos Aires, ni siquiera *La Vanguardia*, el órgano del Partido Socialista, comentó la medida aplicada para amordazar la prensa indeseada. Esa actitud nos dolió, porque nosotros no habríamos guardado silencio ante un atropello semejante, aunque se tratase de periódicos y diarios hostiles a nuestra posición. Andando los años, una década después o más, vimos cómo fue suprimida la libertad de prensa, también la socialista legalitaria, también la conservadora, por gobiernos demagógicos que no admitían la menor crítica o censura de sus actos, y recordamos entonces, una vez más, nuestro criterio invariable de que la libertad de opinión debe ser defendida hasta para los enemigos, para todos. Ésa era y ésa fue siempre nuestra conducta y nuestro lema: libertad de pensamiento, de opinión para todos, también para nuestros adversarios.

En aquellos momentos nos visitó el doctor Carlos Sánchez Viamonte para ofrecernos ayuda legal. Fue el único testimonio de solidaridad que hemos recibido, y no lo hemos olvidado nunca. Pero sabíamos bien que todo recurso de esa naturaleza habría sido inútil y agradecemos el gesto del ilustre constitucionalista.

Comenzaron entretanto a ser liberados los presos de la dictadura. Entre los primeros llegados de Ushuaia figuraba Mario Anderson Pacheco, gravemente afectado de una enfermedad que no tardaría en poner fin a su vida. No tenía medio alguno de vida. Era tipógrafo y los amigos lo recomendaron para que le diésemos cabida entre el personal que nos ayudaba.

Cuando intentó ponerse a trabajar en la imprenta, a los pocos minutos perdió la estabilidad y le vimos caer al suelo. Resolví que permaneciese en su casa y que desde ella nos hiciera llegar su colaboración, con el compromiso de ayudarle con el equivalente a medio sueldo. De ese modo murió unas semanas más tarde como miembro de la redacción de nuestro diario. Un poco bohemio, irregular, había desarrollado durante casi dos decenios una activa propaganda oral y escrita en diversos lugares del país, con abnegación y sacrificio ejemplares, y supo contar con la amistad y la solidaridad de los que lo conocieron y trataron de cerca.

El diario, sin franquicia postal, era insostenible; nos resignamos a publicarlo semanalmente y a sufragar los gastos del correo con la tarifa ordinaria de impresos y con envíos mediante el ferrocarril y los servicios de ómnibus.

Incorporé a la redacción al ingeniero Jacobo Maguid, santafecino, que desde entonces no ha dejado de desempeñar un papel rectilíneo en el movimiento libertario. Había hecho sus estudios superiores en la Universidad de La Plata, en cuya docencia se habían distinguido otros amigos, como el físico atómico Rafael Grinfeld y algunos más en esa rama de las

ciencias exactas; aunque tampoco faltaban compañeros nuestros en otras ciencias, en Medicina, en Historia, en Filosofía, en Derecho.

Quedaban todavía muchos presos en los lugares de detención y ésa fue mi preocupación principal. El nuevo gobierno parecía dispuesto a abrir las puertas de las cárceles para los presos del movimiento obrero y para los radicales opositores.

Fueron llegando diversos transportes con el cargamento humano del presidio de Ushuaia. Volví a abrazar a los que habían estado a nuestro lado en las jornadas de septiembre; algunos de ellos habían sido atrocemente torturados, como José Berenguer; otros llegaban más muertos que vivos.

Cuando llegó el último de esos transportes, consideré que mi deber solidario quedaba cumplido. No había querido quedarme en España mientras no llegase ese momento; ya me consideraba libre para tomar una decisión, y la decisión fue regresar al país natal, que vivía horas de lucha y de esperanza como nunca hasta allí. El problema de encontrar con qué hacer el viaje era otro, y no fácil de resolver.

Las últimas preocupaciones

Pero no se despidió uno sin pena y sin preocupación de un centro de vida activa que significó tanto en mis afanes.

Aquellos talleres, aquellas máquinas a los que habíamos dedicado tantos esfuerzos, deberían asegurarse de algún modo, para que los que nos sucedieran no corrieran el peligro de perderlas. Eran como elementos integrantes de nuestra personalidad, de los que habíamos luchado tantos años por esos elementos de trabajo. *La Protesta* no estaba constituida como una sociedad comercial registrada, amparada por las leyes vigentes; era simplemente una creación espontánea de los que dedicaron la vida a ese centro de propaganda. Esos talleres no tenían un dueño ni varios dueños, no tenían existencia jurídica.

Cuando llegó José Berenguer de Ushuaia propuse la constitución de una sociedad de responsabilidad limitada o de una sociedad anónima para que figurase como dueña de aquellos talleres. No lo había propuesto antes para que nadie pudiese abrigar la sospecha de que me guiaba algún interés privado en la regularización de la propiedad de ese tesoro, para nosotros del más alto valor. Pero me alejaba del país, y había que buscar y hallar una solución normal y práctica.

Era probable que por un tiempo, por unos años quizá, el nombre de *La Protesta* fuese como un señuelo de la represión y se correría el riesgo de perder los talleres cuando se supiese que no tenían dueños legales, que no existían con personería legal. Apolinario Barrera había comprado máquinas, las había comprado Mariano Torrente (Rey), las había comprado yo. Si por un tiempo no podía consagrarse a publicaciones propias, podría mantenerse la empresa como imprenta comercial en espera de horas más propicias.

Un abogado amigo, el doctor Enrique Corona Martínez, preparó unos estatutos de la sociedad a crear, y para darlos a conocer convoqué a reuniones de gentes de la mayor confianza, pertenecientes a diversos sectores, para integrarla. En mi presencia no se hicieron objeciones, pero tan pronto como salí del país se desechó esa solución. Les pareció a los que quedaban algo como un pecado grave la integración de una entidad comercial dentro de las leyes vigentes, como una parte de la sociedad capitalista; y eso suponía que no se esperaba que la revolución aboliese esos inconvenientes y esos problemas del reajuste a un sistema todavía imperante. Todo aquello, por lo que tanto habíamos trabajado y luchado, se desvaneció poco a poco.

Algo me separaba de los propios amigos, de muchos de los propios amigos, por lo menos desde el punto de vista de la valoración de la realidad existente y de la exigencia pragmática de vivir en ella, incluso para trabajar por su evolución, por su cambio. Exigente como el que más en cuanto a los fundamentos de la doctrina social, moral y política que hacíamos nuestra, en lo que era accesorio, circunstancial, normas de convivencia, no pretendía una estéril o nociva singularización.

Cuando trasladamos los talleres de la calle Umberto I a la de Perú, se nos ofreció la adquisición del inmueble entero de cinco pisos, a pagar en plazos, por una suma nada extraordinaria. Si hubiese dependido de mí, no habría vacilado en aceptar la oferta; por el piso bajo y el sótano, en el que estuvimos instalados hasta 1932, hemos pagado en concepto de alquiler el doble de la cantidad por la cual nos traspasaban

la casa entera. Y a ese costo se creía salvar mejor los principios de la oposición teórica a la propiedad privada.

También di a conocer en diversas ocasiones lo que pagaban nuestros sindicatos, bibliotecas, entidades culturales, como alquiler de locales solamente en la zona céntrica de Buenos Aires; eran cifras muy altas. Con muy escasa perspicacia y con algo de sentido práctico se podía concluir que, con el importe de esos alquileres mensuales, se habría podido disponer del edificio más amplio de la ciudad como una especie de gran Casa del Pueblo. Pero esas consideraciones resultaban inútiles; para algunos eran como confesar que no creíamos en la revolución salvadora al día siguiente, a la semana siguiente; yo creía en cambio que esa revolución debe ser obra de todos los días, en cualquiera que sea la medida posible.

No compartía la actitud mesiánica de la revolución milagrosa y capaz de curar todos los males. Cuando fue cambiando la opinión y la actitud de los militantes activos y conscientes a ese respecto, era ya tarde para encauzar en amplia escala esas aspiraciones, porque los cambios políticos nos habían dejado en condiciones inestables y las propias filas habían mermado.

Al alejarme del país con pocas o ninguna intención de volver, vi en peligro los talleres en que editábamos nuestros impresos, talleres que eran nuestros, pero no legalmente nuestros; aquellas máquinas nos habían costado muchos sacrificios, privaciones, y para mí fue tan penosa la separación de ellas como cuando, al emigrar en 1905, hubo que deshacerse de las vaquitas que habían sido mis compañeras de trabajo en las montañas nativas.

Viajé a Santa Fe para despedirme de la familia. Mi hermano Lorenzo había instalado en la casa familiar su consultorio médico, que fue ampliando en lo sucesivo; mi madre sabía de antemano que nada me haría desistir de la nueva aventura.

Dejaba a los míos luchando por la vida y por una humanidad mejor, cada cual en su esfera de acción, la sanidad y la salubridad, la enseñanza en todos los niveles, todos activos, todos entregados al trabajo como a un culto, todos firmes en el esfuerzo de cada día y cada cual en las rutas elegidas desde que habíamos roto con una tradición y una rutina heredadas, todo lo honorables que se quiera, pero que no llenaban nuestras aspiraciones, aspiraciones que era difícil concretar, definir, delimitar.

Me llevaba del país, grabados en el alma, algunos nombres que para otros no significaban lo que significaban para mí: Kurt G. Wilckens, Emilio López Arango, Joaquín Penina y el de muchos otros que habían caído en la brega común.

En los últimos tiempos, el profesor Jorge Friedrich Nicolai, fisiólogo, investigador eminente, uno de los creadores de la moderna cardiología, se había disgustado con autoridades de la universidad de Córdoba, y había abandonado también la cátedra de sociología en la universidad del Litoral. Cuando supo que yo pensaba marchar a España, quiso que viajásemos juntos. Por su parte pensaba que su amigo Augusto Pi y Suñer no dejaría de aprovechar sus merecimientos y su calidad de investigador y de maestro en la universidad de Barcelona. Cuando tenía ya sus libros y papeles en orden para el embarque, recibió de Santiago de Chile una invitación para

dictar un ciclo de conferencias en aquel país, y no quiso desaprovechar esa oportunidad. Se reuniría conmigo luego en Barcelona. Pero fue retenido por unos años por el quehacer universitario chileno.

Embarqué solo y llegué a destino con una fortuna de seis pesetas en el bolsillo. Elisa y mi hijo se quedarían en Santa Fe y en Rosario hasta que fuese posible su traslado.

Mi obsesión de entonces, como antiguo campesino, era un poco de tierra como base segura de sustentación física. Había sufrido demasiadas decepciones en la Argentina y deseaba reponerme por un tiempo de los desencantos y derrotas recientes y no era fácil olvidarlos de golpe.

VI. 1934-1936

EN LA ESPAÑA REPUBLICANA, HASTA EL COMIENZO DE LA GUERRA CIVIL

Después de la segunda y agitada etapa de beligerancia por el derecho y la justicia en la Argentina, en el Uruguay, en las esferas hasta donde llegaba nuestra influencia en América del Sur, etapa en la que nunca había tenido la sensación, el complejo de ser extranjero, como no lo había tenido en 1905-1913, o en 1918-1922, ni en 1926-1933, me alejaba con el paso agobiante de la derrota, con la frustración deprimente, inolvidable que había sufrido al intentar obstruir, cualquiera que fuese el precio, el negro curso de la historia futura que preveía para aquel país, como profeta aislado que hubiese predicado en el desierto. Después de esa etapa dolorosa, amarga, arraigó en mi espíritu la ambición de dedicar el resto de la vida a trabajar por una España nueva, por una España mejor, de la que me había alejado en la infancia, pero a la que me sentí siempre espiritualmente ligado, cualquiera que fuese el afecto y la compenetración con que me había ligado a las gentes de aquellos países, fusionado con sus gentes, con sus problemas, con sus anhelos.

Aun con el peso agobiante de la reciente y trascendente derrota me sentía reconfortado por el derecho y el deber de consagrar todas las energías de que fuese capaz a la lucha por el propio pueblo.

Jamás conocí una incompatibilidad entre el patriotismo español y la condición de ciudadano de hecho de otros países y de ciudadano del mundo. Y no fue una improvisación arbitraria la consideración de las fronteras nacionales como anacronismos, como antihistoria, pues había llegado espontáneamente a la convicción de que si no éramos capaces de construir un mundo solidario, acabaríamos por no tener ninguno, y no me parecía una profecía fuera de lugar y de perspectivas la aproximación a un caos, a una catástrofe de signo apocalíptico. No se hablaba todavía de lo que habría de ser la segunda guerra mundial ni de la utilización en futuras contiendas de la energía atómica.

Aunque los años de juventud son proclives a toda suerte de fantasías y a las concepciones revolucionarias más ingenuas y más exaltadas, hacía ya bastantes años que no me seducía el jacobinismo insurreccionalista, que iba juzgando algo así como un deporte demasiado caro en vidas preciosas, en tragedias estériles. Pero una cosa era la obsesión jacobina subversiva para conquistar por la fuerza o el golpe de mano audaz el poder a fin de dictar desde su cima la felicidad universal, y otra la hora revolucionaria de España, que había dejado en mí impresiones inolvidables en ocasión de mi viaje relámpago de junio-julio de 1931 a Madrid y a Barcelona.

El cambio de régimen en España no tenía para mí mayor

significación; la proclamación de la República fue más el fruto de una oposición bastante generalizada a la conducta de la monarquía que había amparado la dictadura de siete años, sin contar sus errores anteriores, que el resultado de una nueva conciencia política. Yo había vivido en varios países monárquicos en los que la democracia no era una palabra vacía de contenido, y había vivido en países republicanos en los que pesaba un monarquismo absolutista. Quizá fue esa experiencia la que me hizo reaccionar desde la prensa confederal libertaria contra los síntomas que advertía de exceso de fe en la virtualidad del mero cambio nominal de régimen, que no se había traducido hasta allí más que en una brillante capacidad oratoria desde las Cortes o desde las tribunas de las batallas electorales.

En la prensa obrera uruguaya exponía a comienzos de 1932 los motivos de la euforia experimentada en mi viaje reciente a la Península: «En primer lugar porque, en plena dictadura, con la idea y el hecho fascista por leitmotiv político en gran parte del mundo; perseguidos y acorralados en todas partes, con el dolor de los desastres continuos, el despertar del pueblo español llegaba a nosotros como un bálsamo para el corazón oprimido»... «En esos años turbios de decadencia y de denigración de las ideas de libertad y de dignidad humana, España era para nosotros como el sol que irradiaba su luz a través de las nubes de la tempestad. Por fin íbamos a tener la posibilidad de afirmar ante el mundo algo nuestro. Soluciones superiores a las soluciones políticas y económicas del fascismo de Roma, del bolchevismo de Moscú y del colaboracionismo de Ginebra. Frente a todo eso, desde el primer instante pensamos con orgullo y con una sensación de confianza que Barcelona, la

Barcelona de las luchas proletarias heroicas, aportaría al mundo soluciones mejores de equidad, de libertad y de solidaridad...»

Restaba importancia al cambio de dictadores, porque ninguno sería capaz de hacer frente a los problemas planteados por la quiebra del sistema capitalista. «¿Qué importa que momentáneamente, tras la dictadura de Primo de Rivera y Berenguer, se afirme la de Azaña-Largo Caballero y se insinúe para un porvenir inmediato la de Lerroux?»

Enunciaba los factores principales de la próxima revolución española: «1.º La bancarrota del capitalismo y la crisis del Estado y su impotencia para resolver sus insolubles contradicciones. 2.º La ausencia de fe popular en la nueva forma republicana de gobierno. 3.º El prestigio y la seducción que ejerce el nombre de la CNT» Y terminaba mis impresiones de viaje reciente: «En ningún país del mundo se dan simultáneamente tantas condiciones favorables para una revolución social.»

El fervor revolucionario de nuestro pueblo era auténtico; desde cerca y desde lejos no había dejado de percibir la distancia entre ese fervor revolucionario y la incapacidad de los sectores republicanos de todos los matices para canalizarlo positivamente, con soluciones reclamadas desde tiempos inmemoriales por los trabajadores de los campos y de las fábricas.

Fue una tragedia el divorcio de la inteligencia progresista y las masas populares laboriosas. Ese divorcio no había sido

superado, y para las esferas de la cultura, el pueblo no tenía más misión que la de votar por sus autoproclamados representantes en las crisis propicias para un cambio de los timoneles del Estado. La iniciativa debía corresponder siempre y exclusivamente a las élites superiores, las que se jactaban de su mayor saber libresco. No habíamos olvidado el menosprecio olímpico de un Miguel de Unamuno hacia los intentos de Francisco Ferrer para poner en marcha sus escuelas libres, una revolución pedagógica de alcance mundial; Ferrer no se había graduado en ninguna universidad; era solamente un obrero. ¿Con qué derecho invadía el campo de las personalidades ilustradas? Estaban en mi memoria las recientes confidencias de algunos militares amigos de sus experiencias en las postrimerías de la dictadura de Primo de Rivera con Manuel Azaña, presidente del Ateneo de Madrid.

Bajo la impresión de esas confidencias, en ocasión de una cita con Ramón Franco en el Ministerio de la Guerra, del que era titular Manuel Azaña, no pude menos de preguntarle:

—¿Cómo estás al lado de ese hombre?

Ramón me respondió que, a pesar de todo, era el único miembro del equipo gubernativo que entendía algo y se dejaba informar por un grupo de los antiguos conspiradores contra la dictadura.

Por mi parte había hecho un planteo reflexivo sobre el ideal social a que aspirábamos y sobre la metodología para realizarlo. No era un planteo muy común, pues rompía con muchas interpretaciones rutinarias. Prevenía contra la fantasía

de las revoluciones milagrosas y contra los cambios repentinos por obra de la fuerza del golpe audaz, de inspiración jacobina, blanquista. De haber permanecido en España en 1931, lo más probable es que se hubiesen pasado por alto algunos de los razonamientos serenos que había anticipado y que hubiese reforzado la beligerancia y el entusiasmo de los que pugnaban valerosamente por un cambio económico, político y social sin el previo acuerdo y la formulación de las esferas que lo cifraban todo en la iniciativa y la definición de las esferas parlamentarias. Eso me habría llevado a enfrentamientos con los amigos y compañeros de mayor significación en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo, los cuales, por su experiencia y su mejor conocimiento de la situación, no estaban propensos a dejarse arrastrar por el apasionamiento de las nuevas generaciones, improvisadas en la lucha clandestina, lucha heroica y abnegada contra la dictadura militar y contra el inmovilismo de las clases privilegiadas dominantes y reacias a todo cambio de las estructuras.

A la distancia y al recordar la intransigencia que nos subyugaba en aquel breve período del paso por España en 1931, quizá haya sido culpable en parte de situaciones como el alejamiento de Juan Peiró de la dirección de *Solidaridad Obrera*, a raíz de intemperancias de aquel momento de exaltación, uno de los auténticos valores de nuestro movimiento. Pero la verdad es que, teóricamente, ideológicamente, estaba más cerca de él que de la gran mayoría de los militantes de aquella época. Ya habíamos prevenido contra la propensión y la adhesión al jacobinismo subversivo, antes incluso de la proclamación de la República, y no habríamos coincidido con los planteamientos precipitados

de una masa combatiente, entusiasta, propensa a toda iniciativa para suscitar una imaginada adhesión de las grandes muchedumbres del pueblo. Por otra parte, la única garantía de estabilidad del nuevo régimen político estaba en un cambio a fondo hacia un orden económico y social justiciero, pero hasta entonces no había ido mucho más allá del cambio de escenario y de los actores, éstos últimos muy parecidos a los anteriores.

Si el clima reinante me atraía y me seducía, había tenido bastantes experiencias para ver las cosas con mayor serenidad y mayor equilibrio. Y entre los amigos que reclamaban un poco de cordura y los que querían poner sobre el tapete todas las cartas a una jugada, con el peligro de perder la partida y también la vida, no era fácil el acuerdo, la comprensión y la conciliación, y una función mediadora para el mantenimiento de la cohesión y la concordia probablemente no habría dado resultados positivos, los del buen entendimiento y el ajuste a las salidas razonables.

Por un lado me parecía excesivo el afán moderador y reflexivo para comprender mejor los medios y los fines; pero por otro también juzgaba que era excesivo e inconsulto el impulso a la acción entusiasta y generosa, por justificada que estuviese, y sobre todo no podía alentar el sacrificio de vidas valiosas en aventuras precipitadas y de mera gimnasia revolucionaria. En mi interpretación, la revolución no era sólo una cuestión de fuerza, de audacia, de arrojo, sino el fruto maduro de una participación consciente de la mayoría del pueblo en la solución de sus problemas.

La posibilidad de diálogo amistoso y sereno de los propensos

a la moderación y de los impacientes por hacer, por acelerar las cosas con resultados positivos, habría sido interpretada como algo utópico en aquellos momentos y es probable que hubiese fallado en el intento; pero ese acercamiento y el diálogo con los unos y con los otros habría sido mi mayor esfuerzo, porque todos hacían falta, todos eran útiles, los que querían avanzar más despacio y mejor preparados y los que querían emprender una carrera sin freno; todos eran necesarios, todos eran esenciales en aquella hora.

El nuevo régimen no contribuía tampoco al reencuentro con los españoles de todos los sectores y categorías de inclinación liberal y progresista, y fue desde los primeros pasos antipopular y se distinguió por sus leyes represivas, la ley de defensa de la República, la ley de vagos, y reforzó los viejos métodos de violencia contra toda voz disidente y todo intento de acción al margen de las discusiones inacabables de las Cortes, animadas por nuevos portavoces que estimaban que ellos, y sólo ellos, debían ser el centro motor de todo y no, también, el pueblo mismo, que pugnaba por estar presente en la vida de la nación.

A la grave situación interna se agregaba la situación internacional. España, por vocación o por azar, tuvo Siempre inclinación a la antihistoria, para mantenerse o avanzar en sentido contrario a los otros países. En 1931 estaba sola, en un mundo sacudido por una crisis económica gravísima que se entregaba, como aferrándose a una tabla de salvación en el naufragio, al más salvaje totalitarismo político. Por ese mismo hecho del aislamiento tropezaba con más factores de frustración que de triunfo, incluso en la emergencia de que se

hubiese podido contar con un mayor equilibrio interno, equilibrio que no se entreveía por parte alguna, ni entre los republicanos ni entre los antirrepublicanos. Si entre los adeptos de la monarquía y el pueblo obrero y campesino no era factible un avenimiento reparador y apaciguador, tampoco se veía factible entre los hombres de la República, entre los que figuraban genuinos representantes de la aristocracia del pensamiento y de la oratoria, la minoría que pretendía que le correspondía dictar la ley al pueblo, ignorando que en materia de zapatos son más expertos los zapateros, tanto en comparación con los doctores universitarios más sabios como con los doctores de la Santa Madre Iglesia. Una conciliación, una solidaridad, un mutuo reconocimiento y respeto bajo los imperativos de un interés común, patriótico, nacional, no se soñaba siquiera.

El camino hacia esa meta era desconocido.

En el primer bienio del nuevo régimen mi presencia no habría sido seguramente de gran utilidad y sólo habría acumulado una sucesión de amarguras y decepciones, pues en ningún caso, si por un lado no habría podido romper la armonía con la ponderación de los unos, tampoco lo habría hecho con el radicalismo de los otros; y tampoco habría podido quedar al margen de la solidaridad instintiva y consciente con las ansias de justicia de nuestro pueblo.

En la elaboración de la ley de defensa de la República, cuya responsabilidad histórica asumió Manuel Azaña, intervino Anguera de Sojo, de tan poco grata memoria en su pasado como gobernador de Barcelona. Esa ley lo mismo habría

podido suscribirla Práxedes Mateo Sagasta que Antonio Maura, Eduardo Dato o el conde de Romanones o el propio Primo de Rivera, pues para éstos, como para Manuel Azaña, el móvil de esa medida de excepción era la presencia de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Federación Anarquista Ibérica en el escenario nacional, que rehuían la admisión pasiva de la sabiduría infalible del flamante jefe del gobierno y que no se mostraban sumisas en la espera de las decisiones de las Cortes.

La Constitución republicana, copia, traducción o inspiración de la de Weimar, al amparo de la cual se cobijaron Fritz Ebert y Gustav Noske, fue aprobada por 368 votos de presencia y 17 de diputados ausentes que se declararon de acuerdo con la decisión de la mayoría. Niceto Alcalá Zamora fue designado por gran mayoría primer presidente de la segunda República.

El nuevo régimen, la nueva Constitución, el nuevo gobierno no contaban con la adhesión obsecuente, genuflexa, de la CNT, y sin ese apoyo no podía aspirar a una estabilidad sólida, porque esa central obrera representaba las aspiraciones y necesidades de muy vastas masas laboriosas de la tierra y de la industria. La desocupación, total o parcial, fue creciendo a un ritmo que no tardó en afectar a un millón de trabajadores industriales y de campesinos y jornaleros del campo.

En un clima político-social de inquietud, de disgusto, de privaciones, de protesta, en enero de 1932 se produjo un alzamiento espontáneo, sin previa trabazón hacia fuera, en la alta y media cuenca del Llobregat y en algunos puntos de la cuenca del Cardoner. Miembros de la CNT y de la FAI se apoderaron de los ayuntamientos de Sallent, Cardona, Fígols,

en Cataluña. Fue un gesto de escasa significación, porque no contaba con el apoyo activo y ni siquiera con el conocimiento de las organizaciones catalanas de la CNT y habría sido paralizado sin esfuerzo alguno por la CNT y la FAI mismas como algo prematuro y sin sentido si hubiese sido posible entrar en contacto con los insumisos.

Pero el gobierno no permitió ese contacto y movilizó en el acto todos los recursos militares y policiales para dominar a esos supuestos enemigos de la República, que no querían esperar dócilmente los frutos de la elocuencia en las Cortes. No se habrían concentrado en tan escaso tiempo más elementos de combate para enfrentar una repentina invasión extranjera.

Hubo centenares, millares de detenciones y se recurrió a todos los medios de violencia represiva y de malos tratos contra presuntos culpables o inocentes de la asonada local. Se llenaron las cárceles y lugares de detención, se iniciaron centenares de procesos y la ley de defensa de la República fue aplicada eufóricamente. ¡Había que hacer un escarmiento!

Ciento cincuenta militantes libertarios, entre ellos Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, fueron deportados a Villa Cisneros, en el África Occidental. Los deportados no tuvieron nada que ver con los sucesos del Alto Llobregat, ni tuvieron noticias de los mismos hasta que el gobierno alarmó a la población con el éxito de la victoria lograda, una victoria que no halló resistencia alguna.

Contra esas deportaciones arbitrarias a Villa Cisneros, a Bata, se produjo una huelga general de la CNT y la victoria del

socialazañismo no hizo más que ensanchar el abismo que separaba a los trabajadores y campesinos de la política republicana.

Podría interpretarse el recuerdo de lo ocurrido en Fígols y Sallent como una fuente de inspiración para otros intentos similares en escala mayor a modo de represalia, como en otras ocasiones en el curso de la historia.

¿Cómo habría podido uno quedar en silencio y en calma ante aquel hostigamiento brutal? La prensa obrera fue silenciada, los locales sindicales fueron clausurados. No obstante, es seguro que habría encontrado los medios para denunciar la represión despiadada y provocativa, eso en el caso de no haber acompañado a Villa Cisneros a los compañeros y amigos deportados.

Pero también en 1932 comenzaron a levantar la voz, a agitarse y a reorganizarse los elementos derechistas, monárquicos o no, en Bilbao, en Granada, en otros lugares, con saldos de muertos y heridos. Los campesinos se revuelven impacientes en Andalucía y otras regiones del latifundio señorial en pro de sus reivindicaciones históricas; los conflictos son constantes; las detenciones sumaron millares y millares, como en los tiempos de la Internacional, como en los desbordes autoritarios de 1901, de 1908-09 y en lo sucesivo.

El general Sanjurjo creyó llegada su hora, la hora de un nuevo Martínez Campos, y se levantó en armas en la noche del 10 al 11 de agosto e intentó apoderarse de Sevilla, lo mismo que habían hecho pocos meses antes los mineros de la potasa de la

alta cuenca del Llobregat; pero la gente de la CNT se lanzó a la calle y puso fin a ese sueño de restauración, que tuvo repercusiones malogradas también en Madrid, en Málaga, en Pamplona. Para Azaña el caso de Fígols y Sallent y el de Sanjurjo en Sevilla eran similares, aunque también en esa homologación podrían señalarse diferencias si se trataba de los monárquicos o de la CNT. Solía decir: «¡O nosotros acabamos con ellos, o ellos acaban con nosotros!»

En los primeros 18 meses del régimen republicano hubo en España 400 muertos, más de 3 000 heridos, 9 000 presos, 160 deportados. El último presupuesto monárquico del Ministerio de Gobernación sumaba 299 millones de pesetas; el primer presupuesto de la República para el mismo Ministerio ascendía a 318 millones. Era un índice elocuentemente expresivo.

En enero de 1933, militantes entusiastas y combativos del movimiento libertario, articularon una demostración de fuerza para presionar al gobierno republicano y como alivio de la masa creciente de los sin trabajo y acto de protesta contra la miseria extrema de los campesinos y jornaleros y contra la represión permanente.

Con acierto o sin él hubo opiniones encontradas; lo probable es que yo hubiese objetado la conveniencia de ese desafío, de comienzos de 1933 como igualmente el desafío de diciembre del mismo año, sobre todo en vista de los sacrificios que entrañaban; pero era difícil, era inconcebible permanecer con los brazos cruzados sin ninguna esperanza de decisiones prontas y adecuadas ante aquella situación angustiosa. Se organizaron varias guerrillas de protesta y tuvieron repercusión

el 8 de diciembre en Barbastro, el 9 en Zaragoza, en Hospitalet (Barcelona), en Logroño, Huesca y Teruel; el 10 en Alicante, Almería, Burgos, Cáceres, Castellón, La Coruña, Granada, Guadalajara, Guipúzcoa, León Lugo, Málaga, Pontevedra, Salamanca y Valencia, y ocurrieron hechos aislados de rebelión en Villanueva de la Serena, en Bujalance, el descarrilamiento del expreso de Valencia-Aragón en Puzol, una catástrofe que dejó un saldo de 30 muertos y 60 heridos. Fue en resumen una demostración de mayor amplitud e intensidad que la del 8 de enero.

El Comité revolucionario que encabezó ese movimiento de protesta fue integrado por Durruti, Cipriano Mera, Isaac Puente, los hermanos Alcrudo y otros más. Muchos pueblos de Aragón, como Alcoriza, Mas de las Matas, proclamaron el comunismo libertario; en otros fueron quemados los archivos de los Ayuntamientos y los Registros de la propiedad.

Las fuerzas de la represión pusieron fin al alzamiento, y el Comité revolucionario fue capturado, sometido a torturas y a proceso; se repoblaron abundantemente las cárceles y se ofreció materia prima a los juzgados para andamiar procesos; pero el incoado al Comité revolucionario fue interrumpido por unos jóvenes aragoneses que invadieron las oficinas de la Audiencia, en Zaragoza, paralizaron al personal que hubiese querido obstaculizar la operación, recogieron los expedientes con las pruebas acusatorias y desaparecieron. Al reanudar las actuaciones, faltaban los documentos y los procesados declararon y negaron los hechos imputados y tuvieron que ser puestos en libertad por falta de pruebas sobre los delitos incriminados.

En las elecciones que siguieron a esos hechos, triunfaron las derechas y obtuvieron la mayoría de los puestos en las Cortes; los republicanos, los socialistas, los catalanes, los liberales independientes quedaron en minoría y el poder pasó a otras manos, al lerrouxismo y a la Confederación Española de Derechas (CEDA), acaudillada por Gil Robles. El propio Gil Robles acusó en las Cortes a los sectores políticos derrotados: «¿Es que no son responsables de que la Confederación Nacional del Trabajo se haya salido del ámbito legal, los que durante dos años de poder han consentido, por cobardía, que dicha Confederación no entrara en el ámbito de las leyes?...»

El presidente Alcalá Zamora puso el poder en manos de Alejandro Lerroux, primera etapa para el bienio Lerroux-Gil Robles. Francisco Maciá había muerto el 25 de diciembre de 1933; los sin trabajo se aproximaban al millón y medio y el hambre hizo que la desesperación llevase por todos los medios a buscar soluciones momentáneas en la forzada práctica de la llamada delincuencia común.

Poco antes de las elecciones se había desarrollado una huelga en la construcción en Madrid, por iniciativa de los militantes cenetistas. Se recurrió por parte del Gobierno a todos los recursos para dificultar ese movimiento reivindicativo, en octubre-noviembre, pero todo fue estéril; la construcción madrileña pasó mayoritariamente a las filas de la CNT. Uno de los huelguistas, el albañil Cipriano Mera, sobresalió en esa lucha reivindicativa heroica.

El 9 de octubre de 1933 se fundó en el teatro de la Comedia la Falange Española por José Antonio Primo de Rivera y sus

amigos, una nueva tónica y un nuevo mensaje en el caos político reinante, que no exhibía más enseña que la de la fuerza como razón suprema, sin ningún contenido ideológico y social.

No me ha tocado intervenir ni en la decisión de boicotear las urnas en diciembre de 1933, ni en el acuerdo para levantarse en armas el mismo mes. Y desde lejos no era posible ni aconsejable interferir, aplaudir o censurar. Algunos de los amigos objetaron el proyecto de alzamiento revolucionario acordado en un pleno de regionales de la CNT en Zaragoza, porque calcularon que los beneficios eventuales, inseguros, no serían compensados con los riesgos y las pérdidas en aquellas contingencias. Pero había que haber vivido y sufrido los dos años de esterilidad republicana y de hostilidad provocativa de sus dirigentes para tener derecho a opinar.

Un cambio de táctica no podía ser un proceso repentino, y por su parte, los mismos socialistas nos veían y trataban como a rivales y no como a posibles aliados ante el peligro común, el que daba la pauta en casi toda Europa. La situación no era la más propicia para una labor tesonera de preparación, de educación y de formación de las masas descontentas, irritadas, desesperanzadas.

Y aunque una verdadera revolución no es sólo el fruto de la fuerza triunfante, no es sólo la victoria de la fuerza; para muchos, para la gran mayoría de nuestros amigos, la fuerza parecía ser la única salida posible. Y justamente había sido yo el que más apasionadamente la había propiciado en la Argentina en momentos cruciales, sin ningún eco positivo.

En Barcelona

Después de la última etapa de beligerancia en la Argentina, después de la frustración de tantos empeños, con la depresión experimentada en los esfuerzos hechos para obstruir el nuevo curso de la historia de aquel país, que era como un país propio, resolví dedicar el resto de la vida a España, de la que había emigrado por motivos económicos en 1905, de la que había vuelto a emigrar por motivaciones de conciencia política no del todo esclarecidas aún en 1918.

A fines de enero de 1934 llegué a Barcelona. Si no lo había hecho por lo menos un año antes, fue por carecer de medios para el pago del costo de la travesía oceánica. Llegaba con los bolsillos vacíos. Naturalmente, no había hecho la América, algo que, por lo demás, no había deseado nunca.

Recordé el hotelito Las Delicias, en el Paseo Nacional de la Barceloneta, de un excelente compañero, Paulino, y allá me dirigí desde el muelle. Advertí al propietario que no sabía cómo habría de pagarle el alojamiento, pero no hubo obstáculo alguno por ello.

Mi mayor riqueza, mis libros, mis colecciones, mis documentos de valor histórico, habían quedado en Alemania y felizmente habían podido ser salvados por el fundador del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam; lo acumulado en América del Sur había quedado encajonado en

una casa familiar, en espera de alguna oportunidad para recuperarlo. Era también un material valioso y raro, mi mayor fortuna, aunque con esa riqueza tampoco habría podido salvar la deuda que iba a contraer con Paulino en el hotel de Las Delicias. En lo que la policía de Buenos Aires había destruido al llegar una preciosa carga desde Montevideo, no quería pensar siquiera.

A las pocas horas de la llegada apareció Manuel Villar, que había sido deportado de la Argentina como extranjero peligroso y separado de su familia, toda en Buenos Aires. Sus hermanos eran argentinos, nacidos en la capital de la República, donde él había vivido desde su infancia al emigrar desde Pradoluengo, en Burgos. Había dirigido *Solidaridad Obrera* con su razonado equilibrio y su buen sentido hasta los sucesos de diciembre de 1933, el alzamiento contra la política represiva y antipopular republicana. Villar y algunos otros deportados y fugitivos de la Argentina, Pata, «Gonzalito», activos en la huelga contra la General Motors Co. en Buenos Aires, no habían sido detenidos y se encontraban sin recursos para mantenerse, sin trabajo, con los locales obreros clausurados, con la prensa libertaria enmudecida. Los que entonces se hallaban en libertad sufrían más privaciones, más hambre que los presos, que bien o mal eran alimentados a costa del Estado, y no era raro que algunos de ellos se inclinaban a buscar con qué sobrevivir con el recurso que la ley penaba duramente. ¿Qué podía hacerse contra esa desviación? Manolo Villar se dejaría morir de hambre antes que echar mano a esos procedimientos, pero no todos tenían los mismos escrúpulos.

Tomás Herreros, en su barraca de libros en Atarazanas, me dijo que tenía algunas pesetas correspondientes a los envíos de libros y folletos que le había hecho llegar desde Buenos Aires y que dispusiese de ellas. No tuve vacilación en recibir el importe de esa deuda para que el núcleo de amigos de la Argentina pudiese engañar por una semana o dos el hambre.

En el barrio chino se alquilaban en algunas tabernas de baja categoría ollas, carbón, utensilios para improvisar alguna comida con patatas, verduras y algún trozo de carne. Todo no sumaba más de un par de pesetas. Y así probaba algún bocado la colonia bonaerense que disfrutaba el privilegio de estar libre y en la calle.

Villar quería que hiciéramos el intento de publicar nuevamente *Solidaridad Obrera*, en la misma forma que habíamos publicado *La Protesta* al día siguiente de asumir el poder presidencial el general Justo.

No era ése mi plan al llegar a España, pero tampoco podía negarme al propósito. La aventura de Barcelona en aquellas circunstancias era un poco provocativa, cuando todavía estaba en plena acción la represión por los acontecimientos de diciembre. Tomás Herreros, administrador del diario confederal, estuvo de acuerdo y no podía rehusar mi concurso; se trataba de algo como un alzamiento sin armas de fuego. Entre los redactores estaban Alejandro Gilabert, J. Bonet y algún otro.

El resultado del desafío no se hizo esperar. En un calabozo de la Jefatura de policía nos encontramos en la misma tarde

quince de los grandes culpables del intento de desacato. No había espacio para recostarnos en el suelo al llegar la noche y vencernos el cansancio.

Tomás Herreros era el más cargado en años y en historia, era masón «durmiente» y no tardó en ser puesto en libertad por sus antiguos hermanos. Los demás, o la mayor parte de los demás, no lo recuerdo, fuimos trasladados a la Cárcel Modelo, pero no por mucho tiempo, pues pronto volvimos a ambular por las calles barcelonesas, el tiempo necesario para hacer la prueba de un nuevo diario, *Solidaridad*. Pero las autoridades catalanas marchaban al unísono con las del gobierno de Madrid en su ofensiva contra nosotros. Volvimos a ser huéspedes de la Jefatura de policía y de la Cárcel Modelo.

El tercer intento fue más modesto, hasta por el nombre de la publicación que queríamos dar a luz una vez en libertad. Nos contentábamos con este título, *Soli*, pero tampoco cuajó y se consideró por los que tenían la sartén por el mango que aquello era una burla intolerable. Manolo Villar tenía pasta para resistir en ese empeño, como lo había hecho en la Argentina y lo siguió haciendo hasta su muerte. Pasamos otra breve temporada tras las rejas, sin que *Soli* hubiese visto la luz.

Nuevamente libres, y ya bien caracterizados por los funcionarios policiales, que registraron la escasa carga que había traído desde Buenos Aires en busca de pruebas para una acción más decisiva contra mí, sin encontrar como material peligroso incriminatorio más que una especie de índice de los libros, colecciones y opúsculos que había dejado en Santa Fe con la esperanza de volver algún día a recuperarlos.

La dirección de «Tierra y Libertad»

Ante la inactividad o la actividad tan drásticamente interrumpida, había que pensar en algún trabajo adecuado para sobrevivir, para esperar que aquella hora sombría fuese superada aunque sólo fuese en parte.

Se me ocurrió visitar a aquel señor que había ido unos diez años antes a verme en Berlín y me ofreció una imprenta en pleno funcionamiento y un millón y medio de pesetas para que hiciese con ello lo que quisiese.

Pensé en la imprenta, donde podía ser útil por mi familiaridad con muchos de sus trabajos, y fui a sus oficinas comerciales con la intención de ofrecerme para trabajar en los talleres gráficos de su propiedad, como tipógrafo, compaginador, corrector o lo que fuese. Al entrar en su despacho de la calle Consejo de Ciento, don Jaume Costa apenas me dejó hablar después del primer saludo:

—Ya sé que no hizo la América —dijo el señor Costa—. Por consiguiente aquí tiene a su disposición medio millón de pesetas. Si las quiere ahora, se las doy en el acto o bien en partidas semanales o mensuales. Disponga de ellas como le convenga.

Una actitud como ésta no se concebía ni en sueños. Aquella oferta inesperada me causó un estremecimiento, el rubor se

transparentó en mi rostro, y quedé enmudecido, casi acobardado. No me atreví a decirle a lo que había ido, a pedirle un puesto de trabajo en la imprenta, donde bien sabía que podía cumplir las tareas que se me encomendasen. Al despedirme sin aludir al verdadero objeto de mi visita, me dijo también que podía contar con el crédito que me hiciese falta para cualquier iniciativa que tuviese. Creo que no encontré palabras para agradecer aquel gesto.

No he tenido nunca capacidad para conservar rencor alguno contra los que me hayan causado un mal; a lo sumo los he olvidado por completo; pero no he podido tampoco dejar de tener presente a los que me hicieron bien o quisieron hacérmelo. Y ese caso, esa experiencia en aquellos días difíciles la he conservado en la memoria como se guarda un tesoro.

Había ingresado en el Sindicato de Artes Gráficas y del papel, uno de los sindicatos combativos de la CNT. En él actuaron, entre tantos otros, José Prat, Tomás Herreros, José Negre, Salvador Quemades, Manuel Segura, Bernal, Progreso Alfarache, Margeli, Evelio Boal. Algunos de ellos fueron desde el sindicato a la redacción de *Solidaridad Obrera*; otros al Comité regional y al Comité nacional de la CNT. También había ingresado en la Federación Anarquista Ibérica; para mí era un deber esa afiliación. Nuestro grupo fue bautizado con el nombre de «Nervio», en recuerdo de una revista con ese nombre que habíamos fundado en Buenos Aires cuando el diario no podía aparecer como antes.

Un poco abrumado por el fracaso en mi búsqueda de empleo en la imprenta, que después del recibimiento que se me hizo

no tuvo valor para exponer, la Federación local de grupos de la FAI en Barcelona me pidió que me hiciese cargo de la dirección de *Tierra y Libertad*, que también había sido suspendida a raíz de los sucesos de diciembre, con repercusiones y desencuentros en la marcha interna de la organización específica y en la conducción futura del órgano de prensa de la misma. El viejo vocero libertario no me disgustaba; había colaborado en él y, si no lo hice más a menudo, fue porque mis labores en el diario de Buenos Aires me absorbían por completo. Pero habíamos estado en relaciones amistosas con sus redactores a través de muchos años. *La Protesta* en América del Sur y *Tierra y Libertad* en Europa eran los baluartes tradicionales más acreditados del movimiento libertario en lengua española.

Bien sabía lo que me esperaba, pero estaba dispuesto a correr los mismos riesgos que había corrido al intentar la reaparición de *Solidaridad Obrera*. Pero en este diario quedaba Manuel Villar con su ilimitada capacidad de sacrificio, con su honradez acrisolada desde sus primeros pasos en el movimiento y con menos resistencias que otros aspirantes a ese cargo. En mi opinión hacía falta un mayor esclarecimiento doctrinario, una labor educativa intensa de los nuevos afiliados a nuestras organizaciones, y con esa intención decidí cargar con la tarea desde el semanario de la FAI o al menos intentarlo.

La FAI no disponía de una peseta para facilitar la publicación de su órgano: no de prensa en las circunstancias anormales por las que se atravesaba, circunstancias por otra parte normales en ese aspecto. ¿Cómo comenzar? ¿Con qué? Recurrí al propietario de la imprenta aludida y esta vez me atreví a

pedirle el crédito necesario para los primeros números del semanario. No tuvo la menor vacilación; la imprenta estaba a mi disposición. Me preguntó si sabía que la dirección de *Tierra y Libertad* era como un abono seguro a una celda en la Cárcel Modelo, pero eso ya lo presumía.

Antes de asumir el compromiso definitivo para la publicación del semanario de la FAI llamé a Francisco Ascaso, que no sólo era un valiente cuando hacía falta serlo, sino un militante capaz de razonar; él mismo hubiera podido ser un excelente director del semanario y por mi parte le habría secundado en todo lo que me fuese posible. Durruti estaba todavía en la cárcel de Zaragoza; el grupo a que ambos pertenecían se hallaba entonces fuera de la FAI a raíz de divergencias internas que no me interesaban ni tenía en cuenta. Ascaso conocía mejor que yo la situación que atravesaba el movimiento y sus organizaciones.

¿Acepto o no? Paco me advirtió que no me faltarían disgustos y sinsabores, pero le parecía bien que asumiese la dirección del semanario para intentar de ese modo romper el cerco que habían levantado las autoridades de la República contra nuestra labor. Por su parte haría todo lo que pudiese por ayudarme. Si Paco me hubiese desaconsejado, no habría admitido la oferta de la Federación local de grupos.

Pude haber apelado también a la opinión de muchos otros de mis amigos y compañeros de confianza, pero tenía bastante con la opinión de Ascaso.

El grupo «Nervio» con el cual nos habíamos integrado en la

Federación local de Barcelona, fue formado por Pedro Herrera, vallisoletano, al que había conocido en 1931 y con el cual he tenido la más plena amistad y confianza hasta su muerte. Pedro admiraba a su compatriota Orobón Fernández; era inteligente, buen observador, capaz de razonar con serenidad y agudeza, a veces humorísticamente; en su contextura moral era inflexible. Si se puede hablar de un alter ego, en este caso la compenetración era perfecta. Otro de los miembros del grupo era Ildelfonso González, deportado de la Argentina a su regreso a Buenos Aires desde el exilio de Montevideo, hijo de un militante forista; estuvo vinculado a nuestro diario porteño desde su primera juventud. Fidel Miró era el más joven del grupo, con un pasado activo en las Antillas, catalán de arraigo firme, pero abierto a España y al mundo, el más capaz de todos nosotros para abrirse camino en la vida práctica con su trabajo y su iniciativa. Germinal de Souza, hijo de un viejo amigo portugués, que había intervenido en la fundación de la FAI en Valencia en 1927 y fue por su presencia por lo que se calificó a la organización específica de ibérica, para testimoniar la confraternidad de todos los pueblos de la Península; no podía faltar a nuestro lado. Constituíamos un perfecto grupo de afinidad, todos de absoluta confianza, y capaces de pensar cada uno por cuenta propia.

La Federación local de grupos nombró a Pedro Cusco, metalúrgico, de edad madura, bien conocido por su honestidad y su fidelidad, administrador del semanario.

Y comenzamos a dar los primeros pasos de un nuevo capítulo de beligerancia, en circunstancias poco propicias, porque los actores del nuevo equipo gubernativo nos eran profundamente

hostiles, aunque sus antecesores no eran menos adversos. Las autoridades nacionales y las regionales no querían tolerar siquiera la mera propaganda ideológica, doctrinaria, la que correspondía a mi modo de ser y de ver en aquel período de nuestra historia. Si por nuestro movimiento social constituimos la corriente de pensamiento más antigua de la nueva España, habría sido inocente negar que Sagasta y el sagastismo había dejado herederos fieles en las derechas y en las izquierdas del tinglado político de los últimos cinco o seis decenios.

En el orden interno nuestra situación era poco halagüeña. Ángel Pestaña había sido expulsado del Sindicato metalúrgico, al que pertenecía en su calidad de relojero, y cuando conocí pormenores de aquella maniobra contra uno de nuestros elementos de valía y conocí a los que se jactaban de la victoria lograda, no pude menos de deplorar aquella decisión nada justa. Con Pestaña podía discutir, censurarle en más de un caso, pero no podía desconocer su mayor experiencia y un mejor conocimiento de la realidad española y de la calidad de nuestros militantes, los ya maduros y los todavía jóvenes y llegados en los tiempos recientes de la dictadura.

Uno de los motivos de disgusto, de virulencia interna, fue la publicación de un manifiesto sereno, razonado, en el que treinta militantes conocidos expusieron su opinión sobre ideas y tácticas del sindicalismo. Fríamente no se encontraba nada que objetar en el contenido de aquella declaración; pero la aparición de aquel documento desencadenó una explosión pasional, una exacerbación patológica y personalista, nada rara por lo demás en la historia del movimiento. Uno de los firmantes del *Manifiesto* incriminado era Ángel Pestaña.

Había que fijar una línea de conducta ante lo que se llamó el treintismo, contra el cual se había recurrido a todos los adjetivos condenatorios del diccionario de la lengua. Lejos del país cuando vio la luz el *Manifiesto* incriminado, juzgué que ya no se podía volver atrás, sobre todo porque Pestaña se había dejado llevar a la fundación de un Partido sindicalista, el mayor error de su vida. Si hubiese seguido las huellas de Anselmo Lorenzo en ocasión de la segunda de sus expulsiones de la Federación Regional, no se habría tardado en tener que apelar a su concurso y en reparar las injurias sufridas.

Pero con respecto al *Manifiesto* de los treinta, en el que no descubrí nada objetable ni discrepancias insalvables, la conducta que me propuse fue la de paralizar toda explosión dialéctica en favor o en contra; en *Tierra y Libertad* no volvió a aparecer una línea, ni siquiera una alusión al treintismo. Y recomendé a Manuel Villar que hiciese todo lo que estuviese a su alcance en *Solidaridad Obrera*, cuando el diario volvió a circular, para cortar esas explosiones de intemperancia. La acritud fue mermando, pero no era aconsejable iniciar en seguida una obra de acercamiento de los hermanos enemigos, y por mi parte he preferido que el desencuentro desapareciese olvidándolo, y si no se olvidó del todo fue más por la persistencia de los que habían sido anatematizados, hasta como Judas y traidores que por el comportamiento de nuestra prensa. El abrazo de los combatientes culminó en el congreso de la CNT en Zaragoza en mayo de 1936. Creemos haber contribuido a ese desenlace obligado, al que habíamos privado de todo estímulo para mantener la guerrilla interna.

Delicias del periodismo libertario

Tierra y libertad encontraba amplia difusión en España y su tirada pasaba de los 20 000 ejemplares. No había ningún otro órgano político de prensa que alcanzase tal difusión. Llegaba a los más apartados rincones, y para ello había que tomar algunas precauciones. Una de esas precauciones consistía en asegurar, por medio de la complicidad de funcionarios amigos de correos, al margen de la ley, la circulación postal. Se nos obligaba a llevar unos ejemplares de cada edición al gobierno civil y el resultado automático era la confiscación de la edición y un proceso por «excitación a la rebelión». Dejábamos sobre el mostrador de la administración un paquete de un centenar de copias para la infaltable recogida y con ellas, se marchaban satisfechos los funcionarios policiales. Habían cumplido con su deber, asegurándoles que esos ejemplares eran todos los que habíamos impreso. Naturalmente, no lo creían; pero eso importaba poco.

Sabía que los condenados a treinta años de prisión no aumentaban la condena con un nuevo proceso. Pedí a los presidios los nombres de los compañeros con esa condena para traspasarles inevitables procesos de prensa, declarándose autores de los artículos denunciados. Me llovieron abundantes pedidos para que los tuviese en cuenta. Un nuevo proceso significaba para ellos la salida bajo custodia de la prisión para prestar declaración en torno al delito que se les imputaba y que asumían con mucho gusto, pues de ese modo volvían a ver la luz del sol desde fuera de sus calabozos y de los muros de los

presidios. Con esa voluntariedad quedaba yo libre y en condiciones de continuar la tarea. ¡Hecha la ley, hecha la trampa! Por mucho que fuera el enojo de los secretarios de los juzgados, pues sabían que la coartada era ingeniosa, pero falsa, se me tenía que dejar en libertad hasta la segura denuncia de la próxima semana. Así fui sorteando aquellas trabas de la ley.

En esa situación insegura llegaron de la Argentina mi compañera Elisa y mi hijo Diego. Todavía me hospedaba en el hotel Las Delicias, pero entonces había que buscar una vivienda y la encontramos al final del mismo Paseo Nacional de la Barceloneta. No teníamos muebles ni con qué adquirirlos y dormíamos sobre un colchón que habían traído los viajeros. De sillas nos servían pilas de libros. Lo que más nos preocupaba era la llegada en cualquier hora de la noche de los funcionarios policiales con cualquier pretexto o con la orden de acompañarles. Un matrimonio alemán amigo nos cedió luego una cama. Ya era algo, y con ella la vivienda destartada fue cobrando un poco de carácter.

Se agregaban a los problemas propios del periodismo libertario los resultantes de la obligación moral de ayudar a algunos amigos que luchaban por evadirse de la Italia de Mussolini y que reclamaban cualquier apoyo para sus ansias de liberación. Para esa misión imperiosa encontré la activa colaboración de los tripulantes de los barcos de pasajeros y de carga que tocaban puertos italianos y a su regreso atracaban en nuestros puertos mediterráneos. Logré con esa magnífica cooperación la salida más o menos segura de algunos fugitivos.

A su llegada nos relataban las contingencias de su salvación;

algunos habrían de morir en España un par de años más tarde, luchando en las filas de las milicias populares.

Ya entonces me pareció una frase vacía de sentido aquella que asegura que todos los gobiernos son iguales. Nosotros sufríamos bastante por efecto de las persecuciones y la hostilidad permanente en España, primero con la monarquía, luego con la República, pero todavía no se igualaba la situación con la de los países sometidos al totalitarismo, el de derechas y el de izquierdas, y los que salvábamos del reino de Mussolini se sentían en España felices, como después de una negra pesadilla.

Entre los liberados de Italia menciono a dos, a Antonio Destro, expulsado del Uruguay por el gobierno de Gabriel Terra, separado así de su esposa e hijos, todos uruguayos. Destro era mecánico de profesión y demostró su pericia en ocasión de los intentos subversivos de los radicales yrigoyenistas exiliados, como fabricante de la granada de mano que me había proporcionado Ramón Franco; el otro era Fausto Falaschi, colaborador de *La Protesta*, obrero ladrillero, parco en palabras, pero un talento filosófico, modelo de combatiente de las luchas sociales. Algunos de sus escritos hallaron amplia difusión en nuestros medios. Había realizado ya tres intentos de fuga, los tres malogrados, hasta que pude dar con él y facilitar su embarco para España en Génova.

No eran sólo los amigos que se esforzaban por salir de la Italia fascista los únicos que nos preocupaban; no eran ellos la sola inquietud y la única ansiedad de todos los días. La cohesión del movimiento anarquista ibérico y las permanentes

luchas sociales en todos los niveles nos absorbían también muchas horas del día y la noche, sin contar los compromisos contraídos para mantener el semanario y la propaganda escrita. Desde lejos, desde la distancia de los años, cuesta comprender cómo he podido hacer frente a aquel hervidero pasional, combativo, esperanzado. Las horas para el sueño reparador eran siempre pocas, y la comida para mantenerse en actividad no era abundante. Y además había que compartir la escasez con los que llegaban en condiciones todavía peores.

Mientras tanto, el administrador, Cusco, muy buen compañero, muy honrado, no funcionaba en su tarea, como no habría funcionado yo en su oficio de cerrajero experto. Las deudas de la imprenta iban creciendo y ése era otro de los motivos de mi preocupación. Cusco acabó por renunciar al cargo, un cargo que por lo demás no era precisamente rentable. En su lugar fue designado Manuel Escorza, por la organización específica: un compañero inválido, igualmente honrado, muy bien dispuesto, vivaz, pero que tampoco lograba que la empresa saliese adelante y saldase sus deudas.

Transcurrían las semanas, los meses, y no salíamos a flote a pesar de la difusión de nuestra prensa y de la favorable acogida de nuestras publicaciones. Había agregado al semanario una especie de suplemento para trabajos de mayor jerarquía, la revista *Tiempos Nuevos*, y simultáneamente inicié la publicación de libros y opúsculos.

Se agregaban cada día nuevos motivos de inquietud y nuevas obligaciones, como en ocasión de una huelga en Zaragoza en abril-mayo de 1934. Iniciado ese movimiento en un conflicto de

escasa amplitud, la oposición hallada en los ambientes oficiales y en los industriales obligó a una solidaridad activa de todo el proletariado organizado de la capital aragonesa. Cuando el movimiento llevaba ya un mes y medio, surgió en el mundo confederal de Barcelona la idea de hacerse cargo de los hijos de los huelguistas mientras durase el conflicto. La respuesta de la población fue inmediata, emotiva. Aquello fue una manifestación espontánea muy amplia y generosa. La gente interesada en ese gesto de solidaridad humana comenzó a llegar a los talleres de *Solidaridad Obrera* con su óbolo y su petición de uno o dos niños de los huelguistas. Y no eran solamente proletarios los que se manifestaban así: había personas de todos los sectores sociales; yo mismo atendí a la puerta del local del diario confederal al cónsul argentino en Barcelona, que disponía de comodidades para dos o más huéspedes.

Un convoy de unos sesenta autobuses partió para Zaragoza en busca de los niños; al anochecer del mismo día podrían estar de vuelta con la carga infantil.

Delante de *Solidaridad Obrera* se fue reuniendo una muchedumbre ansiosa, que anhelaba llevar a su domicilio a uno o más de los niños aragoneses; se sentía uno dominado por aquel ambiente que esperaba ansioso la llegada de los jóvenes viajeros para abrazarlos y llevarlos a los respectivos domicilios. Abundaban por igual hombres y mujeres en admirable familiaridad.

Los autobuses fueron retenidos en el trayecto de Zaragoza a Barcelona por muchedumbres de los pueblos que atravesaban

y que querían agasajar a aquella masa infantil, y no llegaron a destino hasta pasada la medianoche, con toda clase de obstáculos por parte de las autoridades catalanas, que veían aquella expresión solidaria tan hermosa y sana con no disimulado rencor.

Serían las nueve de la noche y una muchedumbre esperaba frente al local del diario confederal la llegada del convoy. Repentinamente una descarga de fusilería interrumpió aquella concentración; a mi lado, junto a la puerta de entrada en los talleres, cayó un joven herido de muerte y hubo también algunos otros heridos, no sé en qué grado de gravedad. No tengo motivo concreto para sospechar que haya sido un objetivo concreto para esa provocación por la dirección de los disparos; pero la verdad es que las víctimas estaban en la proximidad del lugar en que yo me encontraba.

La multitud se dispersó, y la indignación hizo que estallara de algún modo, volcando e incendiando algunos vehículos de transporte. La proeza de la policía catalana había sido presenciada, si no ordenada, por Miguel Badía, jefe de aquellos héroes; Badía se había convertido en uno de nuestros más rabiosos enemigos. Pero ese nombre quedó grabado en la memoria de los que presenciaron aquel atentado criminal, contra la más pacífica y emotiva concentración familiar.

Se hizo saber luego que el convoy trataría de llegar a media noche a un Centro aragonés muy conocido y amplio en la ciudad, y hacia esa dirección se fue acercando la gente que aspiraba a cobijar en su domicilio a uno o dos de los hijos de los huelguistas. En aquella fervorosa espera se me encargó del

reparto de los niños y para ese efecto llevaba la lista de los que reclamaban a los jóvenes viajeros. Se juzgaba que yo no era sospechoso de parcialismo en el reparto. Las listas que llevaba encima me fueron arrebatadas por los agentes de Miguel Badía.

Aquel espectáculo de solidaridad era conmovedor y no se podía entender la hostilidad de las autoridades catalanas contra aquel gesto tan atractivo que honraba a un pueblo y que calificaba tan altamente la generosidad y la moral solidaria de tantos de los aglomerados para testimoniar esas cualidades. Los que presenciaron y vivieron aquellas horas, no han podido olvidarlas.

No obstante acontecimientos como el de los niños de Zaragoza, el centro de mis anhelos estaba en la difusión de la literatura educativa, formativa; no me bastaba el semanario, la revista *Tiempos Nuevos*, y algunos opúsculos; habría que comenzar también la publicación de libros, aunque para ello no nos alcanzasen los recursos. Disponíamos de una red de paqueteros, militantes activos, en todo el país; en cambio, no teníamos el aparato de distribución a través de las librerías para los libros que deseábamos editar. Llegué a un acuerdo con la editorial Maucci, a la que propuse que tomase a su cargo la difusión de los libros a través de las librerías, y nosotros lo haríamos por mediación de los paqueteros. La proposición fue admitida sin vacilación. Eso permitía hacer una tirada mucho mayor y resultaba un precio mucho más bajo por unidad. El primero de esos libros fue un resumen de la historia de las ideas anarquistas, obra del doctor Max Nettlau: *La anarquía a través de los tiempos*.

Sin tener motivos de queja contra los administradores de las publicaciones, algo fallaba, algo no iba bien. El propio dueño de la imprenta me proponía que se le dejase la administración del semanario y de la revista y prometía que la empresa proporcionaría más ingresos de los que podíamos soñar, pues sabía de la difusión de nuestras publicaciones. Finalmente llamé al Comité Local y al Comité Regional de la FAI y les dije:

—Si me volvéis a poner un administrador honrado, renuncio a la dirección. Prefiero un administrador que nos robe algunas pesetas, pero que deje algo para sufragar los costos de la imprenta, a la que debíamos más de lo tolerable, y de esa deuda era moralmente responsable yo.

Se me respondió que buscarse yo mismo a la persona o a las personas que considerase más aptas para esa función. Y fue cuando casi obligué a Juan Manuel Molina, Juanel, a tomar a su cargo la administración del semanario, de la revista y de la editorial.

A las pocas semanas de asumir Juanel esas funciones, con su dinamismo ilimitado, con la ayuda de su compañera, Lola Iturbe, que trabajaban sin descanso, la situación financiera comenzó a cambiar radicalmente y a prosperar. Reforzamos así la actividad editorial, y si no hicimos más no fue por culpa nuestra, ni por falta de medios y de mercado seguro, sino por las continuas interrupciones policiales y judiciales que me dejaban tan a menudo fuera de combate.

Uno de nuestros sueños más arraigados y más firmes, la difusión de nuestras obras, clásicas y modernas, para la

formación y el más sólido conocimiento de los objetivos, de las vías posibles de progreso y de justicia, se realizaba más o menos activamente. Y en cuanto al semanario *Tierra y Libertad* y a la revista *Tiempos Nuevos*, no podía quejarme, pues su difusión iba en aumento y estábamos persuadidos de que su obra era valorada y estimada más y más. Con unos años de trabajo en esa dirección, con un esfuerzo continuado con el mismo tesón, lograría ver realizada una vieja ambición: la de una gran empresa de propaganda y de elaboración permanente del pensamiento libertario, ahondando en el conocimiento y la conciencia de nuestros lectores para ver y comprender mejor los problemas que entrañaba la transformación de la estructura social injusta anacrónica, sin perspectivas.

Eran años en que el cansancio, el agotamiento no rezaban para nosotros, aunque desde el primer momento de mi llegada a España, a la que quería dedicar todas las fuerzas y todas las esperanzas, era candidato constante a una celda en la Cárcel Modelo y a un proceso de prensa casi todas las semanas. Todavía unos días antes del 19 de julio de 1936 me llegó una citación judicial para responder por una nota de protesta contra la muerte violenta de unos campesinos de Yeste, en Extremadura.

Había orden del gobierno republicano de hacerme la vida imposible, y eso lo comprobé una noche en que había sido conducido a la Jefatura de Policía, donde era recibido ya como un cliente habitual. Cuando me quejé de esas detenciones y hostigamientos, el jefe de la Brigada social a cargo de los procedimientos, me hizo leer un telegrama del Ministerio de

Gobernación de Madrid, en el que se ordenaba que se me inmovilizase por cualquier medio, un proceso de prensa o una detención gubernativa. El propio jefe de la Brigada social me aseguró que me conocía a fondo y que sabía lo que hacía y no hacía; pero ellos tenían que obedecer a sus superiores. ¿Merecía yo ese empecinamiento persecutorio? Si no ocupase yo el puesto que ocupaba en la prensa libertaria, lo habría ocupado otro, como había ocurrido tantos años antes y ocurriría después de mí.

Algunos recuerdos al azar

Una noche, no recuerdo por qué, fuimos llevados a la Cárcel Modelo un grupo de detenidos desde los calabozos de la Jefatura de Policía; entre ellos iba también Juan García Oliver. Observé cómo los guardianes se hacían cargo de los recién llegados y los vi cuchichear vivamente entre ellos. ¡Vino García! ¡Vino García! Pero no lo hacían con aire hostil, sino con simpatía y respeto. Tantas veces había sido ese amigo huésped de la Cárcel Modelo, que los guardianes lo recibían como a un familiar y elegían para él el mejor jergón y estaban dispuestos a cualquier ayuda que les pidiese: llevar un recado a la calle, pasar una carta a escondidas. Aquel privilegio había sido conquistado con no pocos sacrificios. Y cuando yo mismo llegué a tener una distinción similar, a disfrutar en general de un trato amable por parte de los encargados de la vigilancia, me pareció algo natural. Los que han vivido ese calvario saben

el costo de ese relativo privilegio y de ese tono de consideración respetuosa.

Quizá fuera en esa ocasión o en otra: una noche se me anunció que sería puesto en libertad; un lustro antes esas liberaciones en la noche entrañaban riesgos mortales; por entonces no se habían dado peligros equivalentes. García Oliver quedaba todavía dentro y en una de sus explosiones temperamentales causó un estruendo en su celda arrojando los platos y demás utensilios contra la puerta de la celda. Acudieron los guardianes a calmarlo, más que como guardianes, como amigos. Lo trajeron a mi celda, donde me preparaba para salir, y procuré también tranquilizarlo.

—¿Me van a dejar aquí?

Me impresionó aquella explosión y le aseguré que no lo olvidaríamos los que salíamos libres aquella noche. Volvió a su celda algo más tranquilo.

A eso de la medianoche quedé libre y, en lugar de dirigirme a mi vivienda, pasé por la redacción de *Solidaridad Obrera* y escribí una nota de protesta contra la retención del amigo, con tan mala suerte que la nota provocó al día siguiente la recogida del diario, con la consiguiente indignación de Liberto Calleja contra mi exabrupto.

La prensa obrera y libertaria tuvo que convertirse, en respuesta a las constantes persecuciones y a los métodos represivos en vigor, en algo como una trinchera de lucha, más que en una escuela educadora, y lo peor no era lo que tenían que sufrir los redactores de la misma, sino que acababan por

promover una mentalidad de trinchera en los lectores habituales.

Todas las trincheras son cavadas para la defensa y para el ataque, y en las trincheras he tenido que vivir muchos años en ambos mundos, aunque siempre con la esperanza de que algún día dejaran de serlo, para que hablasen libremente la razón, la reflexión, la serenidad en el planteo de problemas, y para apuntar hacia soluciones y sugerencias que imaginábamos más acertadas. El semanario de que me había hecho cargo había sido creado para la propaganda, pero tuvo que ser por fuerza mayor órgano de lucha, de beligerancia, una trinchera. Cuando quería elevar el tono, reflexionar, acudía a la revista, al libro, al opúsculo. ¿Contradicción? No era yo, no éramos nosotros los que creábamos esa manera de ser y de proceder, sino los adversarios miopes e irreflexivos o rutinarios de arriba, de abajo o del medio, los que no nos dejaban otra opción.

No había un día de calma, y sólo se podía resistir aquella tensión cuando se respaldaba en una fe insobornable y en una acumulación no excesiva de años. Pero la resistencia también tenía sus límites, y no nos extrañaba que algunos de los que iniciaron ese camino en sus años mozos, hubieran acabado por ceder, por apartarse, por inclinarse a rutas de mayor sosiego. Es el caso de muchos que probaron la marcha por el camino espinoso y después de sus primeras experiencias tomaron otro rumbo. Algunos de ellos, bien dotados, conquistaron un nombre en las letras, en las artes, en la vida del trabajo creador; otros desaparecieron completamente.

Tantas veces había pasado de la Jefatura de policía a la Cárcel

que no se me encerraba siquiera en los calabozos del subsuelo, sino que se me dejaba en las oficinas, y al marcharse los empleados se me indicaba que descansase, mientras venían a buscarme, en algún sillón o sofá. Así lo hacía, y no era raro que, aburrido de la espera, saliese hasta un cafetín que había delante de la Jefatura, hasta que llegaba el vehículo de transporte hasta la Cárcel, y esperaba a los encargados de esa misión tranquilo y sereno. ¿Fugarme? No era difícil, pero con eso me habría inutilizado para la acción futura, y no lo haría.

De las numerosas incidencias en la Cárcel Modelo, alguna de las autoridades debió de dar orden de que no se me permitiese, en la hora de recreo, la conversación con los demás presos, compañeros o comunes, pero se pasaba por alto esa discriminación; un día uno de los guardianes, hipocondríaco, enfermo, me amonestó con irritación al verme hablar con algunos de los presos en el patio y cuando quise objetar que esa conducta era incomprensible y que no estaba en mí rehuir ese contacto con los compañeros de encierro, dispuso que pagase el grave delito con 48 horas sin ese desahogo de apenas una hora diaria.

En el arbitrario aislamiento oí gritos como de alguien a quien estuviesen torturando, y esos mismos gritos debieron de ser escuchados también por otros. La noticia salió de algún modo a la calle, y en la calle había compañeros con singular sensibilidad para esos hechos. ¿Se supuso que el de los gritos podía ser yo? Dos días más tarde, a eso de la medianoche, se me puso en libertad y volví contento al seno de la familia.

A la mañana siguiente, como si no hubiese pasado nada, me

puse en camino para llegar a la redacción del semanario en la calle de la Unión, pero no llegué a destino, porque un empleado policial bien conocido me invitó a acompañarle a la Jefatura de policía. Se me condujo de inmediato al despacho del jefe de la Brigada social, Eduardo Quintela.

—Acabo de salir de la cárcel y según parece he cometido ya algún delito grave del que no me he dado cuenta. ¿Cuál es ese delito, si puede saberse? —pregunté.

Quintela sabía todos mis pasos y había estado muchas veces en mi casa con orden de hacer un registro. Se dirigió al empleado que me había llevado hasta allí:

—He dicho que a todos, menos a él. Márchese —me dijo.

No sabía lo que había ocurrido durante las últimas horas, no había leído los diarios de la mañana. Lo supe después. Se había producido una descarga de balas contra funcionarios de la cárcel en ocasión de un relevo de la vigilancia, y habían resultado algunos muertos y heridos.

Pensé que ese atentado podía tener que ver con los gritos que había escuchado días atrás como de alguien a quien torturasen, y hasta imaginé por dónde pudo llegar la represalia. Pero había tanto que hacer que todo aquello lo olvidé a las pocas horas.

Una de las detenciones a que estaba habituado y con las que estaba familiarizado, no he podido explicármela ni en sus motivos ni en sus propósitos. Una noche llegó a nuestra vivienda del Paseo Nacional un conocido funcionario de la

policía catalana, «el Gafas», con otros a quienes no había visto nunca. Debía acompañarlos y lo hice sin la menor objeción. ¿Para qué?

Pero esa vez no fui conducido a la Jefatura de policía, sino a un lugar que no pude identificar, donde jamás había estado. Una vez allí, se me encerró en un calabozo subterráneo de aquella construcción relativamente antigua y allí se me dejó sin interrogatorio alguno. Reinaba un completo silencio; hasta aquel calabozo no llegaba ningún rumor ni se acercaba nadie.

Pasé la noche y pasó el día siguiente y allí estaba, sin comer, sin beber, sin ver a nadie; pero sin gastar energía alguna en gestos de desasosiego y de inquietud, resignado a lo que viniese. No vi a nadie; la puerta de hierro del calabozo de piedra y los cerrojos eran firmes y habría sido estéril cualquier reacción. Esperé resignado, y en la inmovilidad ni siquiera el hambre o la sed me torturaban.

Al segundo día vi aparecer en aquel subterráneo la sombra de un guardia civil.

—¿Qué haces aquí?

—Como ves, nada.

Se trataba de un pariente y paisano mío que se había enterado de mi desaparición y había recorrido todos los lugares habituales de detención de la policía catalana sin hallar rastros. Se le aseguró que no figuraba entre los detenidos por iniciativa de ninguna dependencia policial de la Generalidad. Ya cansado de la búsqueda (por algo era guardia civil), pensó en

una delegación del Ministerio de Gobernación de Madrid y allá fue y, con la autoridad que le daba el uniforme, penetró en el recinto aquel, sin que nadie le objetase por la búsqueda en que andaba. Y así encontró el calabozo en que yo estaba encerrado.

Después del descubrimiento, todo fue allanado. Habló con los funcionarios superiores y se me puso en libertad sin decirme por qué y para qué se me había llevado allí; probablemente no lo sabían tampoco los funcionarios mismos de aquella dependencia y esperaban de sus superiores en la capital las indicaciones pertinentes. Vi al salir de aquel antro, que daba al Paseo de Colón, un edificio que no llamaba mayormente la atención de los transeúntes.

No tuve tiempo para reflexionar sobre aquel percance; había demasiado que hacer como para tratar de explicarme lo ocurrido, pero alguna vez he recordado aquella detención inusual. ¿Qué planes abrigaba el Ministerio de la Gobernación de Madrid?

Como las publicaciones a mi cargo pertenecían a una organización forzosamente clandestina, que era el chivo emisario de todas las calumnias y leyendas, no las podía dejar en manos de cualquier sustituto, amigo o simplemente simpatizante. Tenía que ser alguien de confianza y que perteneciese a la organización.

Un día encontré en la administración de *Tierra y Libertad* a un joven de baja estatura, delgado, de oficio ladrillero. Había leído algunos trabajos suyos y advertí que manejaba la pluma con soltura; además, pertenecía a la Federación local de grupos

de la FAI Se hallaba sin trabajo y por su aspecto era probable que no comiese todos los días. Sabía de su responsabilidad y le propuse que se incorporase a la redacción del periódico, aunque fuese con medio sueldo. Así tendría alguien de la propia organización en condiciones y con cualidades para sustituirme en las frecuentes ausencias forzosas.

Me respondió secamente aquel joven que no, pues no estaba de acuerdo con mi criterio sobre temas en debate. El joven al que había hecho aquella proposición, era José Peirats.

Siguió muchos años su camino, el suyo, no siempre coincidente y a veces bastante divergente del que yo seguía. Pero aquella actitud de independencia adusta me inspiró desde entonces mucho respeto y no poca admiración, pues una integridad de esa naturaleza no es un patrimonio demasiado común.

La vida y la experiencia hacen rectificar caminos, rumbos, interpretaciones, y cuando esas rectificaciones son fruto de una honda motivación moral, testimonian tanto honradez interior como sabiduría. Vivir es aprender permanentemente. Y para mí no es un timbre honroso la fijación dogmática y sectaria inalterable en un recoveco cualquiera de nuestro quehacer y de nuestra trayectoria, pues ese quehacer y esa trayectoria deben responder siempre a las exigencias y realidades de la hora y de las variables circunstancias.

Se hallaba entonces en Barcelona un periodista de origen zamorano, Jacinto Torhyo. Podía reemplazarme, pero no pertenecía a la FAI y era necesario que se incorporase a ella.

Constituyó un grupo con otros jóvenes meritorios, con antecedentes de independencia, y la admisión tropezó con más de una objeción y fue preciso intervenir para allanar su ingreso en la Federación local.

El ingreso en la FAI, por razones de precaución, exigía una investigación previa de la vida pública y privada de cada aspirante, hasta sobre el comportamiento en el seno de la familia, si tenía inclinación a las bebidas alcohólicas y otros pormenores de su conducta. Sólo con esas precauciones pudo subsistir una organización social clandestina tan en vista como la FAI, objeto de las leyendas más absurdas y tenebrosas sobre sus planes diabólicos.

Mis vacaciones en la cárcel a veces eran de pocos días, otras de semanas, otras de meses, pero, con la ayuda de Jacinto Torhyo, las publicaciones podían continuar durante mi ausencia. Desde la celda contribuía con algo cuando los guardianes se mostraban propicios a sacar ilegalmente de la prisión los escritos preparados.

En una de las permanencias algo prolongadas en la cárcel, la revista apareció con mi nombre como director y el de Torhyo como secretario de redacción. Se trataba de pequeñas ambiciones de vanidad a las que yo no estaba acostumbrado ni era propenso, y tal encabezamiento no duró más que hasta verme de nuevo en la calle.

La organización específica

La FAI era un caso único de continuidad y de cohesión. En los años de su actuación y de su beligerancia raramente se podría encontrar un ejemplo parecido en otro país. El nombre surgió después de una reunión de delegados de grupos dispersos, en Valencia, en 1927; ya funcionaba en Francia un Comité de relaciones de los grupos formados por los exiliados de la dictadura de Primo de Rivera; había que prepararse para actuar en España misma. Como a la reunión de Valencia asistió, en representación de Portugal mi amigo Manuel Joaquín de Souza, surgió lo de Federación Ibérica como nombre de la nueva entidad, de la nueva reagrupación.

Pero propiamente, con continuidad orgánica y períodos de disgregación, algo similar a lo resuelto en Valencia existió en Madrid y en Barcelona y en muchos otros lugares desde 1869, cuando se agruparon los militantes afines y de confianza en la llamada Alianza de la Democracia socialista, siguiendo la inspiración de Miguel Bakunin y de su emisario Giuseppe Fanelli.

Con el nombre de 1927 o sin él, o con otros nombres, como el de Comité de relaciones de los grupos anarquistas, existió siempre en España, a veces semipúblicamente, pero más comúnmente en la clandestinidad más estricta, la vinculación de los núcleos activos de confianza dispersos por el país.

Desde esos grupos clandestinos, cuando las condiciones eran relativamente favorables, se alentaba el movimiento social de los trabajadores, se organizaban sindicatos, se formaban

federaciones locales y regionales con la aspiración a una vida pública, aunque también en esa forma la vida pública era dificultada por una represión irracional. Para cometer delitos como ése, la educación de los trabajadores a fin de llevarlos a la asociación sindical y a la comprensión de su destino y su misión, hubo que recurrir a las catacumbas, a la clandestinidad, cuando no había nada, ni se pensaba en nada que no se hubiera podido proclamar a plena luz del día.

Por la parte que me haya tocado en un período crucial de la FAI, incluso a cara descubierta en un momento extremadamente peligroso para el destino de nuestro pueblo, es necesario decir algo de esa organización, que no fue lo que se divulgó sobre ella con malevolencia persistente por todos los extremos del andamiaje político y social. Si la vida de catacumbas tenía sus ventajas defensivas ante la reacción, tenía, como toda clandestinidad prolongada, sus inconvenientes, sus desventajas.

Se integraba la FAI por núcleos de compañeros y amigos que se conocían a fondo y coincidían en tareas comunes de propaganda ideológica y de lucha para sobrevivir, núcleos fogueados en el peligro, pero también capaces de reflexionar, de razonar, predispuestos a toda abnegación y a todo sacrificio, a la entrega total en favor de una causa noble. Hasta podría decirse que no tenían límites en su patriotismo, pese al internacionalismo ideológico y al universalismo. El individuo era autónomo en el grupo, el grupo lo era en la federación local de grupos, la federación local en la confederación regional, y lo mismo las regionales en la federación nacional.

No era un monolito doctrinario, pues había en su seno incontables matices, temperamentales y ambientales. No fue culpa de los integrantes de la FAI si ante peligros extremos formaron a veces un bloque defensivo y ofensivo que tuvo repercusión, directa e indirecta, y significó una barrera para los excesos autoritarios hostiles, por lo menos contra los más accesibles.

Pero fuera de emergencias en las que ni siquiera los más estrictamente tolstoianos pueden rehuir los deberes de la lucha enérgica o su colaboración para esa lucha, la pasión de los núcleos de la FAI se centraba sobre todo en la propaganda de su mensaje humanista, de confraternidad humana por encima de todas las fronteras.

Ningún otro sector ha publicado en la España moderna tantos periódicos y revistas, libros y opúsculos; ningún otro sector de la beligerancia político-social ha llevado a cabo un esfuerzo tan sostenido y tan difícil en el campo de la propaganda de sus ideas básicas, en el apostolado de ideales de acercamiento y de concordia por encima de las fronteras nacionales, de la diversidad de razas, de creencias religiosas, y ello sin la más remota ambición personal. En su inmensa mayoría los integrantes de la FAI eran hombres de trabajo y de oficio, y los valores de orden intelectual eran minoritarios; pero hombres de trabajo con pasión por el estudio. Eran raros los que no disponían de una biblioteca propia, los que no predicaban y escuchaban las prédicas de los Ateneos, en los que se propagaban nobles y sanas ideas.

Es natural y es comprensible que no todos fuesen

coincidentes en apreciaciones e interpretaciones; pero había siempre un denominador común: el derecho a la libertad de cada individuo y de cada grupo a mantener su independencia de criterio, ideológico o táctico, y existían vínculos de confianza, de solidaridad y de compañerismo que superaban en la práctica las divergencias, y una línea moral, una ética que hacía del todo un conglomerado armónico y solidario.

Ningún otro sector de la vida política y social rindió tantos tributos a las prisiones, a las deportaciones a las colonias lejanas, a las torturas bestiales. Todo por reclamar pan para todos, justicia para todos, libertad para todos. Naturalmente, cuando la respuesta a esas reivindicaciones humanistas extremaba sus métodos de violencia para amordazarlas y reprimirlas, no faltaban los que, espontáneamente, se decidían por la represalia, por el ojo por ojo, el diente por diente, como en algunos períodos trágicos de nuestra historia. Se trató siempre de reacciones individuales, no de los denunciados conciliábulos y sorteos para el sacrificio personal.

Pero en su esencia íntima, lo que irradió en el mundo como movimiento y pensamiento anarquistas fue sobre todo un alto mensaje moral. Y en ningún otro núcleo de opinión y de apostolado, político o religioso, hubo tantos ejemplos y símbolos de abnegación y sacrificio y entrega a la liberación del hombre contra los mitos del poder egoísta y de los privilegios antisociales y antihumanos.

Dado que casi todos los miembros de los grupos de la FAI y de los comités de relaciones y los núcleos antecedentes eran miembros del sindicato de oficio o profesión al que

correspondían, y esos sindicatos integraban la Confederación Nacional del Trabajo, el quinto nombre del movimiento obrero moderno que se inició en España orgánicamente a partir de 1870, hacia afuera pudo haber confusiones y en algunas oportunidades se dio la impresión de una FAI movilizadora en torno a determinadas divergencias internas en las filas confederadas, y se daba así la impresión de que esa entidad era dueña y rectora de la CNT; pero no fue así. Lo que ocurría era que cuando la central sindical, obra de muchas generaciones militantes, corría algún peligro por infiltraciones extrañas o por desviaciones reales o aparentes, externas o internas, los miembros de la FAI acudían a su defensa en el sindicato a que pertenecían y en el cual no eran más que otros tantos agremiados, y hablaban y obraban en consecuencia.

Pudo haber algún malentendido, alguna alarma infundada, pero la FAI no pretendió interferir como tal en el funcionamiento normal de la central obrera, inadmisibles desde dentro y desde fuera de la organización específica.

Cuando se planteaba algún problema de trascendencia, los miembros de la FAI acudían a su sindicato, a las asambleas de su sindicato, como podían hacerlo todos los agremiados; intervenían en ellas y no era raro que los faístas coincidieran en él, no fuera de él, y que sus apreciaciones e interpretaciones resultasen vencedoras, por tratarse de compañeros más formados, más preparados que el grueso de los integrantes de la CNT, para cuyo ingreso en la misma no se exigía más que su condición de obreros, de asalariados.

Naturalmente, también en la organización obrera había

autodidactas magníficos, identificados con la orientación del movimiento gremial al que pertenecían y que se identificaban con la posición de los militantes faístas, una posición resultante de la influencia personal y de la prédica doctrinaria común. Muchos de esos militantes gremiales inspiraban tanta confianza como los que integraban los grupos faístas, y la colaboración e identificación ante problemas eventuales era perfecta, solidaria, de la más estrecha intimidad.

Surgían iniciativas y proyectos movidos por las más altruistas intenciones, pero alocados o ingenuos, y obligaban a intervenir para llamar a la razón y al buen sentido de los que se dejaban llevar por ellos, como en el caso del plan de una agrupación de Badalona, que ardía en el afán de acelerar acontecimientos que calculaban trascendentes en sus consecuencias. Ocurría antes de la proclamación de la República. Esa agrupación había entrado en estrechas relaciones con Fermín Galán, mientras se hallaban en el castillo de Montjuich. Juntos, Fermín Galán y los badaloneses habían proyectado un movimiento sobre la base de una huelga general que proclamarían los sindicatos confederales, mientras Fermín se apoderaría de los cañones del castillo, entre cuyos servidores creía contar con adhesión, y con esos cañones apoyaría la huelga, que se extendería por toda la región catalana y por España entera, pues los seducidos por ese plan imaginaban que bastaba aquel comienzo para que el incendio de la rebelión se extendiera espontáneamente. ¡Infantilismo, fervor apasionado, disposición para cualquier sacrificio!

Como para organizar la soñada huelga general en Barcelona había que contar con la adhesión de los gremios organizados,

el plan llegó a oídos de los militantes más realistas, maduros y serenos, y les costó no pocos esfuerzos y disgustos hacer comprender a los comprometidos que aquella iniciativa no tenía pies ni cabeza, que era una locura, y que además Barcelona no era Cataluña, y Cataluña no era España.

En ese caso de Badalona se trataba de un plan casi individual, y fue abandonado ante argumentos razonables. Pero en otros casos, con mayor influencia social en los gestores, no fue difícil arrastrar por sueños de cambios a fondo, a muchos más, alentados por años de opresión despiadada y permanente. Para desmontar el sueño badalonense y el de Fermín Galán se movilizaron con el Comité Regional de la CNT compañeros de prestigio como Tomás Herreros y Antonio García Birlan, entre otros, a los que no se les podía acusar de falta de simpatía hacia cualquier intento revolucionario de reales proyecciones. Pero hay que haber vivido en las condiciones en que vivieron nuestros amigos entonces para comprender hasta los más ingenuos extravíos.

En más de una ocasión he tenido que intervenir personalmente, tanto por el interés en salvar vidas que se hubiesen sacrificado estérilmente como para evitar males mayores para todos. A veces he logrado esos propósitos y otras no, o llegué tarde. Pero esa disposición para el sacrificio en pro de una causa considerada justa, no se daba en ninguna otra corriente social de nuestro tiempo.

Aparte de la actividad absorbente de la propaganda escrita, no podía menos de asistir a reuniones de la Federación local de grupos, a plenos regionales, a conferencias nacionales,

esfuerzo que no creo que haya sido estéril para limar asperezas, superar desencuentros entre los hermanos de la misma causa. En Las Planas, en el Tibidabo y en otros lugares apropiados, se reunían delegaciones como en un paseo intrascendente, y esas reuniones exigían tiempo y dedicación. Luego fuimos delegando en miembros del propio grupo la vinculación en el orden local, en el regional y también en las Juventudes libertarias. Pero eran años en que la resistencia física parecía inagotable.

A poco de llegar a Cataluña se realizó un pleno regional de grupos activos en una montaña creo que cerca de Tarrasa; la reunión duró dos días consecutivos y concurrieron a ella unos cincuenta delegados. La clandestinidad exigía una admirable maestría. ¿Cómo llegar al punto de cita? No era prudente moverse en grupos, incluso una pareja de compañeros podía llamar la atención y despertar sospechas en los funcionarios policiales que nos vigilaban permanentemente.

La única indicación que me dieron es que debía concurrir a tomar el tren en la plaza de Cataluña. No sabía más. Al llegar a ese lugar, alguien que parecía absorto en la lectura de un diario, y a quien no conocía, pero que debía conocerme, sin llamar la atención de nadie me dijo al pasar que tomase el tren hasta una estación determinada. Así lo hice. Llegado a ese punto, bajé solo del tren y de entre un grupo de dos o tres personas que estaban allí disimuladamente, me llegó otra indicación:

—Continúa por la carretera tantos y cuantos metros, y toma un sendero a la izquierda.

Y tras otros indicadores por el estilo me encontré en una explanada en lo alto de una montaña. Ya estaban allí unos cincuenta concurrentes, algunos de ellos de los grupos de Barcelona, a los que conocía; los demás no sabía quiénes eran.

Aparte de los encuentros personales que había tenido para llegar hasta allí, se me explicó que la montaña estaba rodeada por algunos grupos armados y que era imposible una sorpresa. Además, por allí había unas cuantas pistolas y cajas de municiones para cualquier emergencia.

La reunión había sido preparada por quienes no era la primera vez que lo hacían, y me impresionó la perfección en todo. Cuando felicitaba a los organizadores, me recordaron que en plena represión del período dictatorial de Primo de Rivera se habían reunido en el mismo lugar o en otros hasta seiscientos delegados de los sindicatos y grupos de Cataluña, para estudiar la situación y tomar acuerdos oportunos.

Las reuniones de los grupos faístas y de los sindicatos confederados en Las Planas, simulando excursiones festivas, eran las más regulares y nunca fueron descubiertas por los guardianes del orden, y no porque no supiesen de ellas, pero no carecía de riesgos el aventurarse a interrumpirlas.

Conservo el recuerdo de algunos de los encuentros clandestinos, de la Federación local de grupos en el Tibidabo, recuerdos entre humorísticos y emotivos. A una de esas reuniones llevé a mi hijo Diego, de ocho años, para simular mejor el objetivo de la salida dominguera. Mientras discutíamos los puntos de la orden del día, y entre ellos uno

creo que se refería a la fijación de una cuota regular para hacer frente a gastos administrativos y otros ineludibles, como en toda organización, mi hijo subió a un árbol como vigía para prevenir sorpresas indeseables.

La discusión se prolongaba y el muchacho acabó por aburrirse en la función que cumplía, inmóvil en el árbol. Repentinamente dio la voz de alarma: se acercaba una pareja, y como no había propósitos de obstruirle el paso, la discusión sobre la cuota fija quedó suspendida y los asistentes se disgregaron como por arte de encantamiento.

Se acercaba la pareja, era verdad, pero no se trataba de una pareja de guardias civiles, sino de una pareja de novios.

En otra oportunidad se produjo también la disolución repentina de otra reunión de delegados de los grupos locales, igualmente en el Tibidabo, pero esa vez no por la aparición de parejas hostiles o inofensivas, sino por motivos más emotivos e inesperados. A poco de iniciar el tratamiento de los temas de la orden del día, apareció sudoroso y entusiasta un compañero de la barriada de Horta, miembro de uno de los grupos del lugar y que sabía dónde nos encontrábamos. Llevó la noticia de que el verdugo de Barcelona había sido identificado hacía pocos momentos y no volvería ya a practicar su oficio; integrantes de su grupo habían dado cuenta de él.

Hacía semanas que había vivido Barcelona como en estado de fiebre para descubrir al verdugo, después del ajusticiamiento de un joven simpatizante que, acosado por el hambre, simuló un asalto a un comercio de comestibles,

empuñando una pistola sin carga. Detenido por ese hecho, fue condenado a muerte para que sirviera de escarmiento a otros que podían seguir el mismo ejemplo, pero con la pistola cargada.

Por su juventud, su falta de antecedentes en delitos de esa naturaleza, la ejecución provocó una indignación justificada y se emprendió con empeñamiento la búsqueda del verdugo, personaje del que sólo sabía el presidente de la Audiencia.

Se sucedieron varias semanas de agitación y de fiebre en la captura del fantasma. Un viejo castañero sospechoso, al ser interrogado por los apasionados en la busca del verdugo, confesó que en su juventud había solicitado el cargo incriminado, pero que su solicitud había sido rechazada. Bueno, el tan febrilmente buscado, fue hallado en una taberna, en las proximidades de Horta, y castigado en el acto. La reunión del Tibidabo quedó interrumpida por esa noticia que levantó los ánimos.

Por la responsabilidad, la solvencia de nuestro grupo Nervio, se le encargó de la secretaría del Comité peninsular de la FAI, cargo que mantuvo hasta la terminación de la guerra civil de 1936-1939. Y miembros de la agrupación integraban el comité de la Federación local de grupos, el de la Confederación regional, y también estaban presentes en el de las Juventudes libertarias, que habían alcanzado una difusión numérica mayor que la de la misma FAI.

Una vez admitido un grupo nuevo en una Federación local, el secretario del comité de la misma no reconocía ni tenía

relación directa más que con el delegado del grupo, y el secretario de la Confederación regional no mantenía relaciones más que con los delegados de las Federaciones locales. Y el secretariado del Comité peninsular no conocía más nombres que los de los secretarios de las Confederaciones regionales.

Naturalmente, cuando se trataba de compañeros bien conocidos, los límites reglamentarios eran traspasados sin inconvenientes, y eso ocurría en el caso mío. Tenía en mi poder las direcciones de los secretarios de las Confederaciones regionales y ninguna otra. En caso de una desgracia no podían caer en manos del adversario, siempre en acecho, más que los secretarios de las Confederaciones regionales de los grupos, y a través de ellos los secretarios de las Federaciones locales, y más allá era difícil llegar. La custodia de esas direcciones era obsesiva para mí. No las podía dejar en las oficinas del periódico, expuestas a cualquier irrupción o registro; las tenía en mi casa, pero también en la casa había peligro. Fue Pedro Herrera el que ideó el modo de ocultarlas en una pequeña repisa que servía para sostener una maceta de flores. Daba la impresión de una tabla cualquiera y era difícil que se le ocurriese a alguien ponerse a examinar la pequeña tabla y comprobar que estaba hueca; las direcciones peligrosas estaban dentro.

Ahora podemos decirlo, porque aquellos años azarosos han pasado. Pero no puede uno dejar de deplorar que haya habido que vivir como en las catacumbas, marginados, cuando no teníamos nada que ocultar, nada que significase algo espúreo, dañino para nuestro pueblo y deshonoroso para nosotros mismos.

Si no habíamos sido respetados en nuestra significación histórica, social y moral bajo la monarquía tradicional, no lo pasamos mejor, no fuimos mejor tratados bajo el régimen republicano. ¿Es culpa de nuestros amigos que no todos pudieran avenirse a aquellas persecuciones absurdas? Éramos el único sector de la vida española que no aspiraba a nada para nosotros mismos, como saldo de una cuenta de lo hecho por nuestro movimiento y sus hombres para llegar al cambio aparente de régimen. Nuestra máxima aspiración era la libertad para todos. La libertad para nuestro pueblo, una libertad para la que estaban preparadas y condicionadas grandes masas, y a ello habíamos contribuido con un apostolado muy a menudo vinculado al martirio.

De las numerosas reuniones de la FAI no he vuelto a olvidarme de una para examinar y debatir sobre algunos temas internos; se celebraba en Barcelona, pero debió ser de carácter regional y la presidía yo. No sé ya por qué motivo, uno o varios de los asistentes hicieron alardes oratorios en torno al igualitarismo y a otras teorizaciones abstractas. Pidió la palabra uno de los delegados, Buenaventura Durruti, y se expresó en el tono impulsivo y temperamental que le era propio en circunstancias extraordinarias. Se opuso al palabrerío sobre la igualdad cacareada innecesariamente, pues el que no fuésemos iguales no afectaba en nada a la solidaridad de todos. No éramos iguales, éramos distintos; entre nosotros había jerarquías, y esas jerarquías no dañaban a los objetivos comunes. El zapatero en su oficio era jerárquicamente superior a los que no eran zapateros. En todo había categorías, graduaciones, diferencias, jerarquías. Y agregó Durruti en tono de irritación: Cuando hay que enfrentar un peligro de

trascendencia, en las ofensivas y en las defensivas a que nos veíamos forzados, no todos corrían a ocupar un puesto en primera fila y no todos ponían por igual la vida en peligro. ¡También entre nosotros hay jerarquías! —exclamó con tono airado—, y las hay en todos los terrenos, y eso no es un mal, es una realidad con la que hay que contar.

Paco Ascaso permaneció silencioso, y hasta un poco abrumado por las palabras y las herejías de su compañero de tantas aventuras. Por mi parte pude suavizar y aclarar lo dicho por Durruti, pero no lo creí conveniente; el impacto había sido grande. De haber estado solos, le habría preguntado si se había dado cuenta de que había dicho cosas de más alcance que lo que él mismo calculaba; pero no podía felicitarle en público por su exabrupto y terminamos la reunión en buen estado de ánimo, no sin que algunos se sintieran afectados y heridos en su fuero íntimo por las explosiones de Durruti.

Había jerarquías, efectivamente, y yo mismo las reconocía cuando comparaba mi actuación y mis limitaciones y me comparaba con otros a quienes consideraba mis maestros, cuya superioridad no implicaba ninguna distancia en los esfuerzos de cada día, ni disminuía por ello mi vinculación amistosa con ellos.

Aunque no vivíamos ajenos a la marcha de las organizaciones sindicales confederadas a que pertenecíamos, por mi parte centré los mayores afanes y la más intensa preocupación en las agrupaciones de la FAI. Desde ellas procuré, con éxito o sin él, mantener un clima familiar, acortar distanciamientos personalistas, doctrinarios o tácticos. Algunos grupos habían

quedado desligados de la organización a raíz del movimiento insurreccional de diciembre de 1933 e hice todo lo que estuvo a mi alcance para que se reincorporaran, y algún resultado logré en ese empeño para el reajuste de líneas de conducta, de respeto mutuo, de solidaridad.

Corté radicalmente en nuestra prensa la expresión de la desavenencia interna surgida con el llamado *Manifiesto* de los Treinta, por haberlo firmado treinta militantes conocidos; en nuestro semanario, no di cabida a nada que pudiese avivar discordias internas por aquel manifiesto. No intenté acelerar el reencuentro de los que se habían venido combatiendo ásperamente, como enemigos irreconciliables, persuadido de que el tiempo produciría por sí solo el natural acercamiento, en especial ante las exigencias de un porvenir que estábamos viendo ineludible. La FAI y sus órganos de prensa no serían vehículos para ahondar distancias pasionales que no tenían razón de ser, sino para ahondar la tolerancia y la convivencia dentro y fuera de ella.

Aparte de los núcleos incorporados a la organización específica, eran muchos los compañeros y amigos con quienes podíamos contar y contábamos para cualquier iniciativa de trascendencia, aunque no se hubiesen integrado en la FAI, pero en los que confiábamos tanto como en los miembros de la organización.

La FAI era la corriente ideológica de más antiguo arraigo, hasta racial, en España; su significación humanista puede perseguirse hasta los tiempos de la alta Edad Media, en filósofos, en teólogos, en poetas y en el refranero; era la

corriente con más derecho a la amplia vida pública, porque sus ideas no podían sino ser benéficas para la formación de un orden de justicia y de convivencia en paz; sin embargo había tenido que ajustarse a la más rigurosa clandestinidad, sin la esperanza de una vida pública y abierta, en las catacumbas, como los primeros cristianos en la Roma de los Césares. Pocas organizaciones secretas habían adquirido en el mundo hasta allí la pericia que había logrado la FAI para sobrevivir en esas condiciones.

Se sabía que las publicaciones que difundíamos eran de la FAI, pero no había ningún vestigio para comprobar esa propiedad, y de ese modo quedaba la esperanza de que no fuesen amordazadas definitivamente.

Si desde fuera se podía sospechar que un militante activo era miembro de la FAI, no había medios para probarlo en casos de emergencia. Y en las condiciones en que había que actuar, tanto en la organización sindical, cuando era tolerada, relativamente tolerada, como en la propaganda ideológica, durante la monarquía alfonsina y durante los años de la Segunda República, era mejor así, era relativamente más seguro así. Por lo demás, no resaltaba entre nosotros la apetencia de figuración personal, no se aspiraba al voto en los comicios para ser concejales y diputados. Habría llenado nuestra máxima aspiración si sólo se nos dejase, si sólo se nos consintiese la prédica de una doctrina de alto contenido moral, de solidaridad, de justicia, ese tremendo delito que se puede resumir en aquello de «obra con respecto a los demás como quisieras que los demás obrasen con respecto a ti mismo». No suspirábamos por oficiar a la luz pública para obtener

galardones o para satisfacer vanidades. Los pocos que, en las condiciones en que vivíamos, llegaron a adquirir un nombre, una notoriedad como recompensa a sus sacrificios, lo debían a su calidad oratoria, a su pluma, a la influencia personal de su laboriosidad, de su conducta, no como miembros de la organización clandestina. Pero la verdad es que en su seno se sentía uno como en familia, con el respaldo de la familia en las buenas y en las malas. Y ese respaldo y ese aliento de familia fortalecía el ánimo en los trances amargos, que no eran pocos.

¿Que en algunas circunstancias hubo que recurrir al supremo sacrificio para afrontar excesos intolerables y más de uno de nuestros amigos ofrendó su vida en actos de protesta y de justa represalia?

Se habla de Cristo como de un apóstol del amor, de la paz, de la confraternidad entre todos los seres humanos; pero también se le recuerda cuando empuñó el látigo para arrojar a los mercaderes del templo que profanaban.

La actuación desde las catacumbas tenía sus desventajas, porque daba pábulo a las leyendas y a las versiones más antojadizas en torno a la organización que pervivía en ellas, y no había tergiversación, por absurda y denigrante que fuese, que no se divulgara contra nosotros por la malevolencia enemiga. Se podría formar una antología negra, siniestra, con todo lo que se ha dicho o se ha supuesto que partía de la FAI, de sus conciliábulos diabólicos. Para algunos se trataba de una organización criminal que no tenía otros objetivos que los del terror y la subversión y la destrucción, y en sus reuniones espeluznantes se sorteaban los encargados de colocar bombas

a diestro y siniestro o de llevar a cabo atentados contra reyes, ministros, patronos despóticos.

Era justamente lo contrario lo que cimentaba sus afanes: la difusión de ideas de superación y de regeneración, el apostolado de la justicia, de la confraternización humana.

Cuesta trabajo comprender el ensañamiento de que hemos sido objeto persistente. En ningún otro país de Europa hubo la resistencia que hubo en España al reconocimiento del derecho de asociación de los trabajadores. Antes de la fundación de la Internacional española, hubo por lo menos tres largos decenios de lucha, en algunos casos lucha airada, como en 1855 en Barcelona. Y tras un breve paréntesis después de la «Gloriosa» y la primera República, la organización obrera vivió casi permanentemente en la clandestinidad, salvo brevísimos períodos. Casi toda la línea política de los partidos que se turnaron desde entonces en el poder, desde la Restauración canovista, se mantuvo firmemente en esa posición y no constituyó tampoco una excepción la segunda República.

Se divulgaba que la FAI era un conglomerado de fieras salvajes, que no retrocedían ante nada ni ante nadie. En los ejercicios paramilitares de las fuerzas de orden público se simulaba la intervención de la FAI como un peligro que afrontar y destruir, y en la imaginación popular la FAI lo podía todo y era capaz de todo. Todavía nos parece oír a un comandante de la Guardia Civil en la plaza de la Universidad de Barcelona, en las jornadas de octubre de 1934, cuando el paqueo tan difícilmente localizable le había llevado al paroxismo: «¡Cobardes! ¡Si fueseis de la FAI daríais la cara!» Ésa era la

visión generalizada que corría sobre nosotros, aunque no podemos negar que había en muchos, en la mayoría de nuestros amigos, cierta disposición a exponerse plenamente, a poner en el tapete la vida cuando se trataba de causas supremas de justicia, y era imperativa la defensa contra la barbarie entronizada.

Aunque algunos teníamos preferencia por la propaganda y la acción eventual desde las filas de la organización específica, existía además una organización de masas y no se podía perder el contacto con ella, por estar incorporados también a ella. De ahí la intervención en las luchas reivindicativas y en las grandes demostraciones y concentraciones, como oradores o como personalidades de arrastre popular casi legendario.

Desde fuera se comentaba, se murmuraba que la FAI aspiraba a dominar, a controlar la Confederación Nacional del Trabajo, obra de la abnegación y del sacrificio de nuestros antecesores, de varias generaciones, pero no es verdad. Jamás se planteó y jamás podía plantearse semejante ambición, ni desde cerca ni desde lejos.

Las actividades de las dos organizaciones podían ser convergentes, complementarias, solidarias, y era natural que así fuese, pero la autonomía de cada una de ellas era completa, y si en ocasiones excepcionales se llegó a una estrecha colaboración, jamás hubo interferencias de una en la vida interna de la otra. Pero dado el caso que todos, o casi todos los miembros de la FAI eran miembros de la organización sindical y participaban en sus asambleas, congresos y luchas, era natural que una mejor visión, o que se suponía tal, fuese apoyada y

aprobada por mayoría en todos los gremios, no porque la defendiesen o expusiesen miembros de la organización específica, sino porque eran miembros del sindicato respectivo. Y hasta se procuraba que los miembros más representativos o conocidos de la organización específica no asumiesen cargos directivos en la organización sindical, lo cual en algunas ocasiones era inevitable en razón de la significación personal o por exigencias insoslayables.

La defensa contra la opresión

Han transcurrido muchos años, muchos lustros, muchos decenios; en todo ese tiempo raramente hemos conocido más que breves períodos de paz, de sosiego, aunque siempre marginados o apenas tolerados, en las agresiones de los sectores públicos oficiales y de múltiples sectores privados, partidos políticos, corrientes de opinión que chocaban con nuestra resistencia a todo dogmatismo, a todo centralismo, a todo autoritarismo.

En general se nos combatía sin pausa, por rutina, hubiese o no motivos, hechos susceptibles de justificar la agresión. Apenas hemos conocido algunas etapas fugaces de respeto individual, y entre las calificaciones más suaves que se nos hacían figuraban la de utopistas, la de soñadores, algo que no nos deshonra. Y no se puede extrañar uno de que esa hostilidad persistente, irracional, haya contribuido a crear en algunos de los así maltratados una actitud defensiva y hasta

ofensiva, algo como una doctrina y una táctica superpuestas a las que nos eran propias, pues el contenido ideológico y moral es el de una doctrina, una ruta de concordia, de convivencia, de justicia, de confraternización, sin la menor sombra de inclinación a imponer esos postulados por otras vías que las de la persuasión, la razón, la conducta.

En los períodos de hostilidad demencial, hubo que recurrir por fuerza a la beligerancia activa, y no podían faltar los que llegasen a identificar la razón de nuestra existencia con la lucha sin cuartel contra la amenaza enemiga. Esa desviación no era fruto del comportamiento inhumano de que éramos objeto. Y más de uno echó mano al recurso extremo de la represalia para la autodefensa contra los ataques reiterados, injustos, irritantes, en todos los niveles. Los que reciben la bofetada en una mejilla, no siempre son capaces de responder ofreciendo la otra al agresor, como en el relato bíblico.

De esos gestos espontáneos en respuesta a las ofensivas absurdas y brutales, contra nosotros o contra el pueblo y sus intentos reivindicativos, podría mencionar centenares, millares, en todos los tiempos y en todos aquellos países en que he vivido.

No he predicado nunca la violencia, no he excitado a la violencia, aunque no haya callado y soportado sumisamente la violencia del enemigo y haya hecho conocer la justa protesta; no se ha predicado el sacrificio individual heroico, aunque no se haya escatimado la solidaridad y la comprensión de los que se sacrificaban por el bien común, por el respeto a la dignidad del hombre, pues sabía de los móviles generosos de muchos de

esos gestos justicieros. Y no son pocos, sino muchos, los que ofrecieron su vida, como en cumplimiento de un deber moral, en defensa del pueblo oprimido y maltratado o en defensa de la vida propia o de la de sus compañeros.

Desde fuera, desde lejos, se podía imaginar que no estábamos lejos que no éramos ajenos a esos actos de sacrificio o de rebelión, cuyos móviles podían estar ligados al contenido de una doctrina que resistía la injusticia y la opresión del hombre sobre el hombre o contra el aparato montado con ese objetivo por los sectores atrincherados en los privilegios económicos, políticos y sociales. Pero en todo lo que puedo abarcar en la esfera de la propia experiencia y vivencia, los que más se han distinguido y los que han sucumbido en las respuestas por medio de hechos de fuerza contra la violencia despiadada y antisocial, fueron justamente los más apegados en sus sentimientos y en su conducta a la antiviolenencia.

Naturalmente, ser adversario de la violencia no supone que hay que ser adictos o cultores de la resignación y la mansedumbre, de la tolerancia pasiva ante la intolerancia agresiva. En toda nuestra actuación pública o privada no hemos dejado de esgrimir las armas de la palabra hablada o escrita y de la razón, y no hemos escatimado los esfuerzos para contener desbordes psicológicamente explicables, pero que no llevan a ningún buen puerto. El cambio económico y social que hemos propagado y propagamos como salvador para el mundo, no puede producirse por el camino del desastre, en pequeño o en grande, ni puede ser fruto de la fuerza, de la violencia, de la sangre, en una palabra, de la dictadura y la tiranía, cualquiera que sea la cobertura de las mismas.

El pistolero mercenario

Se conocieron en España períodos de extrema violencia represiva, como el de 1919 a 1923, y antes y después, en Barcelona, en Cataluña, en Levante, en otras regiones, cuando un pistolero apoyado y subvencionado por las autoridades políticas y por las organizaciones patronales, se había fijado como objetivo el exterminio físico de los miembros conocidos o no conocidos de nuestra organización sindical y del movimiento libertario. Varios centenares de militantes o de simples afiliados fueron asesinados en una campaña criminal que la historia ha registrado y juzgado y que no hace falta calificar aquí.

No cabía otro dilema que el de cruzarse de brazos y soportar pasivamente la ofensiva asesina y caer en cualquier momento ante las balas de los mercenarios o responder con cualesquiera que fuesen los procedimientos a ese peligro.

Una juventud valerosa, templada, decidida, entró en acción, empuñó la pistola también y enfrentó a las bandas agresivas con una audacia y un espíritu de sacrificio que hicieron historia. La razón, el diálogo, la persuasión habían perdido toda vigencia y sólo tenían voz las armas y la buena puntería, como en la guerra, y aquello era una guerra.

La batalla contra el pistolero oficializado o semioficializado fue ganada por el antipistolero, en el mismo terreno en que había sido planteada.

Para terminar la obra de limpieza iniciada y que había causado ya muchas bajas en los pistoleros a sueldo, y para que se renunciase a los pistoleros por los mecenas de esa actividad antisocial y antihumana, hacían falta elementos de lucha más adecuados y más eficientes. Napoleón había dicho que para la guerra hacía falta dinero, dinero, dinero, y algunos jóvenes que se habían distinguido y habían encabezado la contraofensiva, poniendo su vida en peligro cada día y cada minuto, resolvieron buscar dinero donde lo hubiese y con cualesquiera que fuesen los medios, y convinieron en una operación de ilegalismo en escala mayor. Eran hombres de trabajo, hombres de las fábricas y tuvieron hasta el último momento de su vida el orgullo de haber vivido siempre de su trabajo cuando no se les interrumpía por los períodos de prisión, dentro o fuera de España.

La insurrección de Asturias en octubre de 1934

Alejandro Lerroux formó gobierno por cuarta vez el 3 de octubre de 1934, un gobierno francamente hostil al republicanismo de aquellos años y al socialismo, en coincidencia con la composición del Parlamento, al que habían llegado fuerzas importantes de oposición a los que fueron mayoritarios en ese recinto hasta diciembre de 1933.

La Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista, en armonía interna o en disidencia, se habían venido preparando para esa emergencia, habían adquirido armas en el extranjero, y uno de los cargamentos, el que transportaba el Turquesa, fue

capturado antes de llegar su carga a manos de los destinatarios. La huelga general que se produjo contra el cuarto gobierno de Lerroux fue iniciativa de Largo Caballero, pero Indalecio Prieto prestó su ayuda, por lo menos para la adquisición de armas al otro lado de las fronteras.

Fue aquella demostración como una copia de las que se habían hecho en el año anterior, en enero y en diciembre, por elementos del movimiento libertario en protesta contra la política del socialazañismo. Para ese movimiento circunscrito a la región asturiana, no se hizo ningún contacto con la Confederación Nacional del Trabajo y con la FAI; pero en cambio hubo contactos con el gobierno autónomo de Cataluña, porque éste también se movilizó en la misma fecha, y Luis Companys, presidente de la Generalidad, proclamó el Estado catalán dentro de la República Federal.

En Asturias existía una alianza previa de las dos centrales sindicales y eso hizo posible la acción simultánea en la cuenca asturiana y leonesa. En el resto de España, no habíamos logrado todavía ese acercamiento, y del movimiento caballerista de Asturias no supimos nada hasta que se produjo.

Cuando nos sorprendió el movimiento, en Barcelona, sin ninguna preparación, con los locales obreros clausurados, el intento de reabrir uno de ellos, el del Sindicato Único de la Madera, dio motivo a una agresión a tiros por parte de las fuerzas del orden.

Los funcionarios de la Generalidad, singularmente José Dencás consejero de Gobernación, y Miguel Badía, jefe de

policía de Barcelona, se habían venido distinguiendo por su hostilidad contra nosotros, y se distribuyeron volantes con este texto: «La FAI es un producto de España. ¡Fuego a la FAI!»

En nombre de una Alianza obrera, sin fuerza real en Cataluña, se declaró la huelga general en solidaridad con el gobierno autónomo. La CNT, con la que no se quiso contar, se sumó pasivamente al paro, se vio imposibilitada para toda acción.

Los gestores del movimiento juzgaron que les sobraba con las unidades de escamots, de los nacionalistas y somatenes republicanos, sin experiencia, sin combatividad. Para lo único que sirvieron fue para obstruir toda intervención confederal y faísta. Se calculó que había en poder de esas formaciones paramilitares improvisadas unas 30 000 armas largas, que luego desaparecieron, y los vencedores imaginaron que muchas de ellas habían pasado a manos de nuestros compañeros, pero la verdad que sólo pasaron en cantidad mínima.

Se declaró el estado de guerra en todo el país, y en Barcelona las tropas del general Domingo Batet, jefe de la Cuarta Región militar, entraron en acción y hubo algunos encuentros, entre ellos el de la resistencia que se ofreció desde el Centro Autonomista de Dependientes de Comercio, donde se situó uno de los somatenes. En ese local murieron Jaime Compte y González Alba. La defensa del palacio de la Generalidad por los mozos de escuadra, a las órdenes de Enrique Pérez Farrás, fue estéril, y el 7 de octubre, a las seis de la mañana, Luis Companys anunció al general Batet la rendición incondicional y le pidió el cese del fuego.

Lo que siguió era lo que había que suponer; Companys y sus colaboradores más fieles fueron detenidos y alojados en el barco Uruguay, anclado en el puerto; pero Dencás, Artemio Ayguadé y Miguel Badía lograron eludir la detención y salir hacia el extranjero, unos a Italia, otros a Francia. Todos los lugares tradicionales o improvisados para concentrar los presos se llenaron ampliamente, la Plaza de Toros Monumental, los pabellones de la Exposición en las faldas de Montjuich, la Cárcel Modelo: todo quedó repleto en pocas horas. En la plaza de toros fue alojado Durruti. Otros fuimos a los Pabellones de la Exposición y luego a uno de los barcos, el Infanta Isabel, anclado en el puerto y fuera de servicio.

El movimiento de octubre se había proyectado y realizado en Cataluña tomando todas las precauciones para que la fuerza social de más arraigo y gravitación, como era la CNT, no pudiese intervenir.

Nos llamó la atención y no comprendimos entonces cómo se había dejado llevar Luis Companys por hombres de la escasa jerarquía de Dencás y de Badía y cómo había tolerado él, que conocía nuestra fuerza real, que se intentase desplazarnos de toda actuación posible en el plan elaborado. ¿Buscó directamente la derrota?

Desde la mañana del 7 de octubre, el dominio de la ciudad por el ejército era completo, y es posible que ese dominio nos salvara de una San Bartolomé alentada y dirigida por los que resultaron vencidos.

De los sucesos de Asturias no habíamos tenido en Cataluña

ninguna noticia concreta, y aunque la hubiésemos tenido era poco lo que habríamos podido hacer o improvisar en su favor.

Lo mismo que otros compañeros, a eso de las nueve de la mañana salí de casa con mi hijo para ver el aspecto de la ciudad condal después de la noche en vela. Nos encontramos pronto con Francisco Ascaso, con Manuel Villar, con muchos otros amigos animados por la misma curiosidad. Pero no tardaron en hacerse presentes los paqueos de los vencidos y no pude regresar a mi domicilio de la Barceloneta hasta la noche, después de haber afrontado inútiles riesgos en aquella jornada.

El propio Manuel Azaña fue detenido en Barcelona, adonde había ido por motivos privados. Así lo expuso en el proceso que se le siguió, para comprobar su falta de vinculación con la Generalidad en rebeldía.

El 9 de octubre, ya con rumores alarmantes del alzamiento asturiano, fui conducido a los pabellones de la Exposición, ya repletos de apresados al azar en la ciudad y en las provincias catalanas. Entre aquellos millares de detenidos, pregunté dónde se agrupaban los pertenecientes a la CNT y me incorporé a ellos. Muchos habían sido traídos de fuera. No conocía personalmente a ninguno, pero algunos me reconocieron y en seguida me ofrecieron una manta para descansar en la noche. Alguien del núcleo cenetista se me acercó y me dijo al oído que tuviese cuidado con un joven del que sospechaban que era confidente y que estaba entre nosotros. No era el momento de confirmar la sospecha, pero unas semanas después, liberado, apareció en la cuneta de una carretera. ¿Hubo o no razones válidas para ese castigo?

Los jueces militares sabían bien que nosotros no habíamos intervenido en las jornadas de octubre. Ni siquiera se había clausurado el diario confederal, y recuerdo haber pedido a Manuel Villar que suspendiera su aparición en aquellas circunstancias, y así lo hizo. Lo único que interesaba a los jueces militares era el paradero de las armas de los escamots y de las demás formaciones paramilitares catalanas.

Después de las primeras declaraciones, fuimos conducidos a uno de los barcos amarrados en el puerto y fuera de servicio. Cuando llegué a uno de ellos, ya estaban allí Francisco Ascaso, Braulio y otros amigos y compañeros. Ocupamos los camarotes de los antiguos pasajeros de tercera: el barco estaba bien custodiado por soldados de la marina. Se estaba allí mejor que en la cárcel, por entonces más que repleta, con tres, cuatro, cinco huéspedes en cada celda.

Tan pronto como puse los pies en el barco, se le ocurrió a Braulio organizar una especie de escuela para aprovechar mi presencia, y no pude rehuir el compromiso de dictar algunas clases por la tarde, aun con la conciencia de que no sería mucho lo que podría explicar en las semanas o meses que nos retuviesen en aquella situación. Lo admirable era la atención y el ansia de saber de los improvisados alumnos.

La pasión de saber, de adquirir nuevos conocimientos, era proverbial en nuestros medios; obreros que no habían ido a la escuela en su niñez, porque no había escuelas o porque las exigencias del trabajo no se lo permitían, llegaban a través de nuestras escuelas, de nuestros ateneos, de nuestras publicaciones, a un grado de cultura admirable. Era común que

todo militante tuviese en su vivienda, aunque constase de una mísera habitación, una pequeña biblioteca, y todo contribuía a avivar su sed de conocimientos.

Entre los alojados en el barco Infanta Isabel apareció también Palmiro Togliatti, «Ercoli», con dos de sus seguidores, que regenteaban una empresa editorial comunista. A uno de esos seguidores, sastre, lo había conocido en Madrid antes de la revolución bolchevista, antes de que hiciese su aparición el comunismo. Togliatti viajaba desde hacía años como agente de la Internacional comunista, del Comintern. Había sido detenido con sus dos siervos, no por su intervención, o su acción, o su complicidad en la insurrección de la Generalidad, sino como complicados en una falsificación de sellos de correo, de los que encontraron cantidades importantes en las oficinas de su editorial. Debo absolverlos de la acusación de falsificadores en esa ocasión, pero no de su ingenuidad. También a mí se me propuso adquirir a mitad de precio cantidades de la falsificación aparentemente perfecta. Naturalmente rehusé, no para no perjudicar al gobierno, sino en previsión de que el dolo pudiese ser descubierto de algún modo y se nos complicase en él. Ya tenía bastante con los procesos por delitos de prensa.

Togliatti pidió una conversación a solas con Ascaso y conmigo. No podíamos negarnos. Nos explicó que su misión en España era un fracaso, que los comunistas españoles no estaban preparados ni formados y además carecían de toda significación y de la calidad revolucionaria de la gente nuestra. Si llegásemos a un entendimiento con vistas a una futura acción común, todo cambiaría. Nos ofreció el oro y el moro si queríamos llegar a un acuerdo.

Ni Paco ni yo éramos recién nacidos, pero lo mismo habría ocurrido con cualquier otro de los allí detenidos. No hubo palabras ni gestos descompuestos de irritación, sino una sonrisa por parte de Ascaso, sonrisa que fue una respuesta más elocuente que ninguna posible disquisición. Pertenecíamos al polo opuesto del emisario staliniano. Mis únicas palabras fueron para expresar al delegado del Comintern que, una vez libres, sí me interesaría una conversación con él acerca de algunos aspectos de su actuación años atrás en América del Sur, pero ese encuentro no tuvo lugar. De lo que yo quería hablar con Togliatti era de sus relaciones con Severino di Giovanni, que solía visitarlo en Montevideo. Puede ser una fantasía, pero en mi fuero interno abrigué sospechas y seguía abrigándolas sobre ese posible origen del asesinato de Emilio López Arango, aunque no tenía pruebas concretas para sustentarlas.

Un juez militar, coronel de Intendencia, tomó a su cargo el proceso contra mí, y advirtió a los pocos interrogatorios que no había fundamentos para llevarme a juicio. Además, se dio la casualidad de que ese coronel estaba casado con una paisana mía, de Vegamián, y también por eso se mostró dispuesto a un gesto amistoso. Las fiestas de fin de año pude pasarlas en el seno de la familia.

Entretanto se habían difundido en el mundo contra nosotros acusaciones de que no habíamos hecho nada por ayudar a los asturianos y leoneses, y se condenaba nuestra inacción. Era una acusación malévola, injusta, con su origen en los que siempre se han mostrado maestros en esas artes.

Mi primera tarea consistió en resumir los hechos de octubre en Cataluña y el comportamiento de las autoridades catalanas, que nos había imposibilitado toda intervención. Ese informe, como carta a un militante obrero de Santiago de Chile, se publicó en un número clandestino de la revista *Tiempos Nuevos* y fue reproducido por el Comité Regional de la CNT al reanudar su aparición el diario *Solidaridad Obrera*. Concluíamos el informe así:

«No habrá revolución sin la CNT. No estamos de modo alguno en el campo del sectarismo. Conservamos el suficiente dominio para llamar a las cosas por su nombre y para reflexionar sobre la tragedia de nuestra época. Y si, aun a costa de perder nuestra organización de ver destruido nuestro movimiento, se lograra contener el avance de la reacción fascista mundial, no vacilaríamos un segundo en la actitud a tomar. ¡Que se salve el progreso humano, que no se cierren por un periodo histórico las puertas del porvenir, que flamee la bandera de la libertad, aun a costa de nuestra existencia como movimiento! Pero, quiérase o no, somos una fuerza insustituible. No puede haber una revolución de carácter social sin nosotros, y menos contra nosotros. El movimiento de octubre de 1934 iba contra nosotros tanto o más que contra las derechas políticas; se quiso realizar prescindiendo de nosotros. Por eso tenía que fracasar.

»Lo decimos sin acritud para los enemigos de ayer y de hoy; lo decimos con el corazón en la mano, como una suprema exhortación al buen sentido, como un emplazamiento a quienes el odio ciega. O la revolución se

hace en España con la CNT, o no habrá revolución; y si no hay revolución habrá fascismo. ¿Es posible que los hombres de las izquierdas políticas y sociales no lo comprendiesen?

»Hay que resolver fríamente a favor de una u otra solución. Ir contra las fuerzas libertarias en España, con cualquier bandera que sea, es condenarse a la impotencia desde el punto de vista progresivo y allanar el camino a la reacción...»

La primera iniciativa que tomamos, todavía en plena acción los excesos represivos, fue intentar el contacto con Asturias. Se resolvió que fuese Manuel Villar, no muy conocido entonces fuera de Barcelona, en busca de información directa. Era una aventura peligrosa, más de lo que podíamos suponer, pero Villar amplió su misión de modo ejemplar y el resumen de la información recogida fue publicado en seguida; le puse como autor el seudónimo Ignotus y como título *El narquismo en la insurrección de octubre*. Con ese mismo seudónimo recogí luego materiales sobre la represión de 1934, documentos espeluznantes, una compilación que conoció varias ediciones sucesivas. Ese material documental lleva el título *La represión de octubre. La barbarie de nuestra civilización*.

El balance de la intentona subversiva en Cataluña, según los datos oficiales, fue de 16 muertos del ejército y de las fuerzas oficiales subordinadas al ejército. Entre los elementos civiles, los muertos sumaron 46 y los heridos 117.

Cuando la rebelión de la Generalidad y de sus adictos hubo

terminado, la CNT no tuvo más remedio que recomendar la vuelta al trabajo, pues se había sumado a la huelga general decretada por la Alianza Obrera y ésta no daba señales de vida. La radio había sido tomada por el ejército y la orden de vuelta al trabajo tuvo que hacerse bajo ese control, y no faltaron por ello virulencias que dieron motivo a la renuncia del Comité regional.

Lo ocurrido en Asturias fue distinto. Según las cifras oficiales, los muertos y heridos sumaron 4 283 entre civiles y militares; los presos alcanzaron a unos 20 000. Fue un costo elevado, demasiado elevado, y representó un debilitamiento sensible de los elementos populares que querían resistir al fascismo, de moda entonces en Europa, y con eco creciente en España. La población de las cárceles y presidios llegó en 1935 a unos 30.000 por motivos políticos y sociales. En aquellas condiciones, un peso excesivo al que nuestras fuerzas solas no podían ofrecer alivio. De ahí la desesperación de los que andábamos, aunque sólo fuese periódicamente, por la calle.

Una tarde aparecieron en nuestras oficinas de la calle Unión unos marineros del crucero Libertad, que había bombardeado con su artillería las posiciones de los núcleos revolucionarios de Gijón.

Fue una sorpresa, pues entre los que fueron a visitarme había integrantes de dos grupos a bordo de la nave de guerra. ¿Era posible? Cada uno de esos grupos intentaba sabotear o impedir de algún modo el bombardeo, y desconfiaron el uno del otro y no lograron sus propósitos.

Se descubrió delante de mí que habían estado animados por los mismos propósitos, y temieron los unos ser descubiertos y denunciados por los otros. Pero cuando se reconocieron, era ya tarde. Los integrantes de los dos grupos eran simpatizantes de la CNT y la FAI; aprovechando una pausa en la nave en que cumplían su servicio obligatorio, y que había llegado al puerto de Barcelona, habían ido independientemente a verme y entonces se encontraron y reconocieron.

Derivaciones ideológicas y tácticas ante la nueva situación

Los sucesos de Asturias en octubre de 1934 habían significado un aldabonazo demasiado fuerte y sonoro para ignorarlo en sus proyecciones. Casi todo nuestro esfuerzo de esclarecimiento y de orientación desde entonces tuvieron esos acontecimientos como piedra angular.

El advenimiento del fascismo, la caída en el totalitarismo eran una amenaza bien visible y palpable.

Afrontamos muchas peripecias en 1934 y en 1935, con la prensa prohibida, con los locales gremiales y culturales clausurados, con persecuciones y detenciones sin tregua, con penurias extremas. Pero aprovechamos cada hora todo lo posible para enriquecer el acervo cultural de nuestros lectores, con vistas a una mejor preparación en todos los terrenos para eventualidades que no dejarían de presentarse.

Los hombres de gobierno de la República, la del primer bienio socialazañista y los del equipo Lerroux-Gil Robles,

perdían la cabeza, tanto los que se imaginaban a la izquierda como los que se situaban a la derecha. Manoteaban al azar, lo cifraban todo en la acción represiva y no lograban más que acumular motivos de queja, de descontento, de protesta.

Si desde el poder se consideraba que el peligro estaba en las reivindicaciones históricas de los obreros industriales y de los campesinos, era natural y comprensible que se buscara la articulación de todas las fuerzas posibles de la llamada derecha, el ejército, el clero militante, el latifundismo, y eso hacían en lo posible los titulares de la conducción gubernativa desde 1934; y si se juzgaba que el peligro para las instituciones que habían sido consignadas en el papel impreso, en la Constitución republicana, se hallaban en los sectores de la derecha, se debía buscar todas las adhesiones posibles de la izquierda, el respaldo de los obreros y los campesinos, para el enfrentamiento y la anulación del adversario de la derecha.

Lo que no entendíamos, lo que no tenía sentido era abrir simultáneamente varios frentes, contra las izquierdas sociales el más ceñido y absorbente; contra las derechas, algo menos intenso, pero no menos irritante. En la más elemental estrategia militar, y también en la estrategia política, no se recomienda el combate en varios frentes simultáneamente, como hicieron los representantes del primer bienio republicano. Primero había que vencer en uno, para concentrar luego las mejores fuerzas contra el otro. El resultado fue que el poder legal, el que cabalgaba en el slogan de la mitad más uno de los votos del Parlamento, se estrelló en la impotencia, en el fracaso, en la tragedia. En lugar de hacer historia, la historia que era posible, se cayó en la antihistoria, por el empeño

similar de unos y de otros. Pues la verdad es que izquierdas y derechas navegaban en el mismo rumbo y con la misma bandera al tope: todo por el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado. Según los unos y según los otros, los pueblos no tienen más que una misión protagónica: la de obedecer y resignarse, la de abstenerse de pensar y de obrar por sí mismos, la de conducirse como eternos menores de edad y bajo tutela. Y si había entonces un pueblo en Europa y en el mundo que estaba en condiciones y con preparación moral para ser dueño de sí mismo y para abrir un nuevo cauce a la historia, era nuestro pueblo, el pueblo español. Los que conocíamos otros conglomerados nacionales de Europa y de América podíamos comparar objetivamente y llegar a esa convicción.

El panorama que se nos presentaba era angustioso. Problemas y perspectivas que no habíamos encarado antes de forma decidida, se nos presentaban entonces y había que avanzar por múltiples caminos a la vez.

Lo que había sido una aspiración para algunos de nuestros amigos que vieron, después de terminar la primera guerra mundial, lo que iba a ocurrir, la imperiosa necesidad de que el movimiento obrero español estrechase filas por encima de todos los motivos de divergencias tácticas y doctrinarias, para la defensa común y solidaria de sus derechos, se volvió imperativa, frente al auge de la corriente política totalitaria de moda. Había que ser ciego o sordo, o vivir fuera de la realidad, si no se percibía ya el rumbo creciente de la catástrofe que nos amenazaba.

Rompió el fuego esta vez en favor de la alianza de las grandes centrales sindicales Valeriano Orobón Fernández, una inteligencia de excepción, con el que nos habíamos encontrado en Berlín unos años atrás. Por mi parte hice todo cuanto pude para suscitar ese acercamiento, en la conversación privada con los militantes de confianza y en la preparación del ambiente a través de la propaganda escrita.

Especialmente después de los sucesos de octubre de 1934, había que quemar etapas y enfocar los problemas de frente. Por mi parte veía así la situación en mayo de 1935: «La situación es grave. El enemigo se ha encerrado en sus ciudadelas y amenaza desde ellas con el exterminio general de todos los movimientos progresivos. Seremos los primeros en caer, pero no seremos los últimos, como en Italia, como en Alemania, como en todas partes. Se habla en consecuencia de alianzas defensivas, de frentes únicos. No podemos rehuir ninguna confluencia de esfuerzos, ni queremos tampoco rehuirla. Y estamos cansados de propagar un mutuo apoyo de todas las tendencias que miran al porvenir para evitar el retroceso inminente en la dirección del fascismo.

»Hemos invitado inútilmente a las izquierdas políticas y sociales a meditar, a sacar la cabeza de los pequeños círculos de intereses y de visión para contemplar el panorama español y el mundial. Decíamos a la Esquerra de Cataluña que todo cuanto emprendía con el propósito de debilitar nuestras posiciones lo emprendía directamente contra las posiciones propias; decíamos a los socialistas y republicanos del bienio que todo cuanto se esforzaban por minar la potencia de la CNT lo hacían en su propio daño.

Todo fue en balde. Pero no queremos darnos por vencidos, e insistiremos en cuanta ocasión se presente en la misma actitud...»

Contra todo esfuerzo en esa dirección teníamos no menos de sesenta años de escisión, de guerra intestina, de difamación y de deslealtad; teníamos la abierta oposición de los que, como Manuel Cordero, socialista y ugetista, advertía a sus partidarios que era un error juzgar que los trabajadores que respondían a nuestra organización eran hermanos: no, eran polos irreconciliables. Y otros de sus correligionarios que no se atrevían a decir tanto, obraban en coincidencia con esa postura. Por mi parte, y entre mis amigos, pasando por alto semejante cerrazón mental, semejante monstruosidad, no cejé en el empeño, aunque ponía en guardia contra alianzas, frentes únicos y compromisos que no nacían del seno del proletariado auténtico, el de los centros de producción, y que se concertaban casi exclusivamente en torno al reparto del futuro botín de los cargos públicos o que no tenían más miras que las de poner obstáculos a determinadas formas de fascismo, a una determinada marca de tiranía.

Por entonces comenzaron a hacerse oír de nuevo los partidos desplazados en las elecciones de fines de 1933 por las derechas; para ellos todo se centraba en volver al poder, en la mitad más uno de los escaños parlamentarios.

Nada más que eso, una actitud que, naturalmente, no podíamos hacer nuestra.

Por aquellos meses fui conducido un día a la Jefatura de

Policía, sin saber para qué ni por qué causa. Una vez allí se me llevó, después de comprobar que no iba armado, a un despacho en el que me esperaba don Martín Báguena, uno de los más fieles servidores de la dictadura de Primo de Rivera, junto con el comandante Doval y E. Fenoll. Se me advirtió que no podía hablar, sino escuchar lo que se me iba a decir y acatar las órdenes que se me impartirían.

Martín Báguena tenía su pistola encima de la mesa. ¿Qué idea tenía ese hombre de mí? Me dijo que por decisión del Gobierno, tenía que alejarme de Barcelona por lo menos a 200 kilómetros de distancia. Entonces se me permitió abrir la boca para pedir un plazo de quince días a fin de dejar en orden los asuntos a mi cargo.

Martín Báguena, que había ido comisionado por el Ministerio de Gobernación de Madrid, quiso distinguirse con un gesto de generosidad y accedió al plazo solicitado. Para eso la entrevista, para eso la pistola encima de la mesa.

Cuando se cumplió el plazo que se me había dado para salir de Barcelona, acudí a la Jefatura de Policía para pedir una prórroga. Había pensado trasladar a Valencia el semanario y la revista. El alto funcionario del Ministerio de Gobernación había vuelto a Madrid. Un inspector de policía catalán escuchó mi petición y me respondió que no hiciese caso de aquella orden y que continuase mis tareas como si no hubiese pasado nada. No esperaba ese comportamiento y salí feliz a la calle. Ignoro el nombre de aquel funcionario, pero conservo mi gratitud por aquel gesto reparador.

Planes, sueños febriles, experiencias

Vivíamos en una situación extremadamente compleja y difícil, y todos los horizontes de labor constructiva, educativa, tropezaban con obstáculos muchas veces insuperables. En esas situaciones extremas es cuando caben y surgen soluciones extremas, y a ellas nos aferramos poco a poco como a una tabla de salvación, por insegura e inestable que fuese.

No contábamos con medios para una defensa colectiva eficaz frente a la potencia creciente del totalitarismo; tal vez la resistencia y la acción individual podría oponer algún obstáculo a su marcha triunfal. A la distancia, serenamente, se comprende que aquello no habría servido de mucho, o de nada, pero ¿qué podíamos hacer si no nos resignábamos a dejar que los acontecimientos nos barriesen sin pena ni gloria? Treinta mil presos por delitos políticos y sociales, una vasta desocupación obrera, un rigor gubernativo sofocante eran como una invitación directa a cualquier recurso extremo, y a la preparación de ese recurso extremo dedicamos un pequeño grupo de hombres de reconocido valor moral todos los afanes, y fue entonces cuando recordamos el proyecto de granada de mano que nos había hecho preparar Ramón Franco, de no difícil ni excesivamente costosa fabricación. Ése fue en lo sucesivo el centro de la actividad y la pasión de mi paisano Braulio, militante de la construcción. En un viaje especial a Madrid hice saber a Cipriano Mera los planes en gestación, y fue fácil la coincidencia.

Mera era parco en palabras, pero de palabra decisiva; podíamos contar con él y con los amigos que hiciesen falta.

Mencioné a Braulio y es obligado decir algo más acerca de él. En Barcelona había, entre otros, dos militantes de mi absoluta confianza en todos los terrenos; uno era Francisco Ascaso y el otro era Braulio. Este último, Braulio, así conocido por todos, era Victoriano Prieto Robles, y había nacido en Trobajo de Abajo, cerca de León, el 12 de enero de 1905. Tenía una larga trayectoria combativa en la provincia natal, en Bilbao y en la emigración en Francia en el período de la dictadura primorriverista; continuó incansable su lucha contra toda tiranía y toda opresión. Desde el país vecino penetró varias veces en España en misiones peligrosas y tuvo una especial facilidad, por su aspecto, por sus maneras, para eludir el apresamiento y sabía mantener la máxima serenidad para sortear escollos y vencer obstáculos. Rehuía toda publicidad y así pudo desenvolverse más cómodamente. No sabían de él, de su capacidad y calidad más que los pocos con quienes trataba o colaboraba, y esos pocos sabían calibrar sus méritos, su entrega total, integral, a toda buena causa.

Había habido en 1932 una gran huelga de la construcción en Barcelona; duró cuatro meses y resultó victoriosa gracias a los esfuerzos y a los sacrificios hechos por Braulio, Francisco Valero, Magín Cabruja y otros pocos más. Entonces no había piquetes encargados de alejar de los lugares de trabajo a los que se prestaban, por ignorancia o por necesidad, a trabajar mientras los demás reivindicaban derechos o mejoras para todos; los piquetes eran los militantes mismos y corrían no pocos peligros en esa intervención. El conflicto al fin terminó

con una ruidosa victoria, y entre los que siguieron de cerca aquella lucha, se conocía muy bien la presencia y los méritos de Braulio.

L. Figuerola, que había sido subsecretario del Ministerio de Trabajo a cargo de Eduardo Aunós, fue a Barcelona para mediar entre los huelguistas triunfantes y las empresas derrotadas. Figuerola convocó al Comité de huelga, y llegado éste a su despacho les dijo que habían triunfado en su empeño y ahora se trataba de decidir acerca del destino de los rompehuelgas, obreros sin trabajo, inmigrantes en Cataluña en los últimos tiempos, que no advirtieron que al cubrir el puesto de los huelguistas traicionaban a sus hermanos.

El Comité de huelga consideraba que los rompehuelgas debían ser sancionados con la expulsión del lugar de trabajo como castigo por la conducta insolidaria que habían mantenido, con conciencia del mal que causaban a sus compañeros o sin ella. Figuerola respondió que se haría lo que ellos quisiesen, porque habían ganado la partida, pero se permitió preguntar a los integrantes del Comité si habían leído algo de Ricardo Mella, de Pedro Kropotkin, de Anselmo Lorenzo, de Errico Malatesta, y si creían posible que esos autores aprobasen el criterio del comité o si más bien aconsejarían que los rompehuelgas fuesen incorporados al Sindicato de la Construcción para educarlos en la práctica de la solidaridad y en la moral que había sostenido la lucha reciente. El Comité comprendió la razón y la lógica de ese modo de ver. Los que habían traicionado el movimiento, en su gran mayoría inconscientemente, entraron en la CNT y fueron en lo sucesivo excelentes compañeros. Magín Cabruja me decía después que

nunca se había sentido tan avergonzado como en aquella ocasión, por la lección sobre la esencia del comportamiento anarquista que les había dado el funcionario del Ministerio de Trabajo.

Braulio había sido secretario de la Federación local barcelonesa de la CNT, pero comprendió pronto que la situación del país exigía una preparación más adecuada para afrontarla, y esa preparación no podía hacerse a la luz pública desde los cargos directivos sindicales, y optó por trabajar en la sombra, sin llamar excesivamente la atención en las emergencias que se presentaban. Y fueron sus cualidades nada comunes las que cimentaron una estrecha colaboración desde los primeros tiempos de mi llegada a Barcelona. Su prestigio en los ambientes confederales hizo fácil que, al carecer de recursos para las empresas que interesaba alentar y estimular, nos dirigiésemos a los presidentes de los sindicatos a fin de que cooperasen financieramente en la medida que pudiesen, y no necesitábamos explicar nuestros planes concretos, pues ambos merecíamos en ese aspecto confianza plena.

Ya entrado el año 1935 nos llegaron diversas incitaciones a un encuentro con José Antonio Primo de Rivera para dialogar en torno a un posible entendimiento o acercamiento. El fundador de la Falange Española se había dirigido a Ángel Pestaña, pero éste no se hallaba en condiciones de hacer llegar a la CNT sugerencias en ese sentido. Sospecho que pudo ser Pestaña el que señalara a José Antonio mi nombre. Sus adeptos de Barcelona me hacían llegar cartas, declaraciones, material impreso para que me formase una idea de la doctrina del movimiento iniciado. Algunos de nuestros compañeros de

Madrid, como Nicasio Álvarez Sotomayor, habían juzgado que ese entendimiento era posible; también algunos militantes de Andalucía.

Pero ya se había tenido una deplorable experiencia con motivo de una reunión de falangistas en Barcelona, a la que asistió Zalabardo, con la anuencia de compañeros bien conocidos, para ver de qué se trataba. La reunión fue descubierta por la policía catalana y entre los detenidos figuraba Zalabardo, lo que dio motivo a las iras de los que vieron en él a un traidor. Tenía ese compañero un quiosco de periódicos y revistas en la plaza de la Universidad y fue incendiado en represalia por la asistencia a la reunión de la Falange y a él mismo se le buscaba para aplicarle el castigo por la supuesta traición. Y no se podía echar mano al recurso de una declaración pública de los que aconsejaron que fuese a la reunión a que se le había invitado para tener así una información más directa. Naturalmente, en el caso del encuentro al que se me exhortaba por medio de cartas y manifiestos y declaraciones, no lo habría hecho sin el previo asentimiento de los comités superiores de nuestras organizaciones. Pero opté por rechazar ese diálogo, que por muchas razones no habría ido tal vez muy lejos, y porque era ya tarde para influir de algún modo por ese medio en los acontecimientos que veíamos aproximarse. Pero la verdad es que hasta allí no había habido de parte de los gestores de ese movimiento ninguna expresión de hostilidad contra nosotros, ni de nuestras filas había surgido ninguna manifestación que impidiese un diálogo.

En comparación con la mayoría de los propios amigos, tenía

la triste ventaja de dos experiencias que había palpado de cerca: la preparación del clima del nazismo en Alemania, a vista y paciencia del gobierno socialdemócrata de Fritz Ebert y su partido, y el golpe de Estado del general Uriburu en la Argentina, que las organizaciones obreras consintieron como si no les afectase para nada esa regresión política. ¿Era que en España iba a ocurrir lo mismo? Fueron esas experiencias previas las que explican mi disposición para cualquier esfuerzo o iniciativa que pudiesen obstaculizar ese destino.

Los que no estábamos en la cárcel con condena firme, éramos clientes habituales de sus celdas. Y desde dentro o desde fuera atravesábamos momentos de angustia por la amenaza totalitaria, cada día más evidente, y por la impotencia o la pobreza para preparar la resistencia posible a ese derrumbe de alcances incalculables. Vivían, los que trabajaban, una vida de penurias, y todavía era mayor la de los desocupados, la de los parados. En algunos ambientes se alentaba la acción directa, el golpe de mano audaz para arbitrar fondos. Y en intentos de esa naturaleza han dejado sus vidas jóvenes de gran abnegación y capacidad; otros perdieron su libertad cuando tanta falta hacían para los sucesos que preveíamos en fecha no lejana.

En más de un caso he podido evitar esa inmolación, al menos temporalmente, cuando he sabido a tiempo o he adivinado lo que querían ocultarme. Pero el hambre sin esperanzas de superarla es mala consejera, y toda prevención y precaución resultaban inútiles. Tuvimos así pérdidas muy valiosas, de indudable trascendencia para la hora que iba a sonar.

Una noche me esperaba el jefe de la brigada social, Eduardo Quintela, con sus ayudantes, a la salida de las oficinas de *Tierra y Libertad*. Llevaba encima la correspondencia que no había tenido tiempo de leer. Una vez en la Jefatura, se me invitó a abrir la correspondencia y respondí que la abriesen ellos, pues no tenía secretos que ocultar. Una de las cartas era de Ángel Santamaría, un vasco que estaba en las mejores relaciones conmigo desde hacía años. Había sido escrita al decidirse a participar en un asalto a un Banco en Palencia y me explicaba por qué se había decidido a participar en un hecho que no respondía ni a su modo de ser ni a su sentido moral, y detallaba prematuramente el reparto del botín que esperaba, todo para ayudar financieramente al movimiento en que participábamos. Escribió la carta al salir para Palencia, y sabía que por mi parte habría hecho lo imposible para disuadirle de esa decisión. Su vida y su presencia eran más importantes que los resultados del botín esperado de un hecho que en su fuero interior condenaba.

En Palencia pudo salvarse, pero habría tenido que recurrir a unas granadas de mano que llevaba encima y dejar un tendal de víctimas. Ya que no recurrió a ese medio extremo de defensa, fue detenido. Como la carta había sido leída en voz alta, pedí a Quintela que conservase ese documento. Se trataba de una confesión que pinta al firmante y expresa bien claramente las motivaciones sociales y morales que le guiaban.

—Conozco bien a ese hombre y puedo asegurar que tiene pasta de santo.

—¿Un santo atracador?

—Júzguelo como quiera, pero le pido que no destruya esa carta.

Santamaría murió luego en el castillo de San Cristóbal, en Pamplona, al iniciarse la guerra civil. Tuve la intuición, mientras Quintela leía la carta, de que algún día ese documento podría ser aprovechado para que le alcanzase una amnistía por delitos políticos y sociales, les confesaba por anticipado los móviles de su ilegalismo circunstancial. Quintela sabía bien cuál era mi posición, a través de sus informadores, y sala que había intentado paralizar alguno de esos actos, algunas veces con éxito y otras sin él, porque mi posible influencia personal llegó tarde.

A propósito de esos hechos, que se sucedían en aquellos tiempos de gran penuria, recuerdo que una noche que decía esperar en la Jefatura de Policía el vehículo celular que iba a llevarme a la Cárcel Modelo en la mañana siguiente, dije de paso a Quintela:

—Sé que buscáis a Fulano por tal o cual hecho de delito común. Dejadlo tranquilo. No tuvo nada que ver.

Sabían aquellos encargados del orden que yo no habría podido decir lo que dije si no estuviese seguro, pues de otro modo habría guardado silencio. Y se dejó al presunto implicado tranquilo.

Un viaje por ocho países europeos

Vivíamos angustiados, nerviosos, conscientes de lo que nos esperaba y de nuestros recursos demasiados escasos para la tarea prevista. Si la frase «vender el alma al diablo» hubiese sido algo real, creo que lo habiéramos hecho a cambio de cualquier clase de armas y municiones. ¿Pero cuál era el diablo con el que habríamos podido tener tratos con vistas a esa operación?

El Comité Nacional de la CNT, entonces en Zaragoza, a cargo de Horacio M. Prieto, Miguel Yoldi y otros excelentes compañeros, me pidió una entrevista y acudí a la cita. Se trataba de aprovechar mis conocimientos del movimiento afín de Europa para ir en busca de ayuda en aquellas circunstancias en que las propias fuerzas eran escasas, muy mermadas, y los recursos más escasos todavía, casi nulos, y en que las necesidades de todo orden eran tantas y de satisfacción tan urgente. No podía negarme y acepté la misión. El Comité Nacional pudo reunir mil pesetas, una fortuna, y con ese capital me puse en marcha pocos días después. Había calculado el Comité Nacional que yo mismo encontraría en Barcelona algunas pesetas más para aquella aventura, pero no quise que nadie supiese nada acerca de ese viaje y me contenté con la suma reunida por el Comité Confederal.

Llevaba credenciales del Comité Nacional de la CNT y personalmente haría valer, si hiciese falta, la representación de la FAI. Crucé la frontera con el asesoramiento práctico de un ferroviario de servicio en la última estación fronteriza, antes de la entrada en el túnel que comunicaba con Francia, sin más

documento que una cédula falsificada. A la salida del túnel ferroviario de la frontera di con una casilla de la policía francesa. Llovía y los guardias se habían concentrado en la casilla; saludé con un bon jour! corriente, y se me confundió con un campesino de la zona que entraba en Francia como tantos otros y regresaban por el mismo camino. Me dirigí a la estación ferroviaria francesa como en busca de diarios y partí en el primer tren que salió para Perpignan.

Había que obtener un pasaporte y los amigos de aquella ciudad me aconsejaron que fuese al Consulado español con la cédula de que disponía, asegurándome que el personal del consulado era accesible y servicial. No tuve ningún inconveniente en obtener el pasaporte en regla; entonces no había tantas trabas y exigencias para una tramitación de esa especie.

Naturalmente, en todo el recorrido que iba a hacer no entré en un hotel para dormir ni en un restaurante para comer. Y reservaba las pocas pesetas para los viajes en tren. Había en todas partes compañeros y amigos que no iban a eludir toda la ayuda posible. No llevaba valija alguna en la mano.

En Perpignan encontré a Germinal de Souza y a otros amigos allí refugiados; en París vi núcleos de cenetistas que se habían salvado después de los sucesos de octubre de 1934, en las condiciones habituales, llenas, de las privaciones de todo exilio precipitado. Nuestra central sindical francesa no era objetivo del recorrido proyectado y además advertí un desencuentro con el secretariado de la AIT, el cual, concedor del intento de la embajada directa hacia los restos de nuestro movimiento en

Europa por una comunicación del Comité nacional de la CNT, opinó que esa misión le correspondía a él como centro de nuestras relaciones internacionales, y previno en contra de mis contactos. De esa intromisión han quedado documentos escritos que un día pueden llamar la atención de eventuales investigadores. No era aquélla la primera vez que había tenido yo discusiones agridulces con Alexander Schapiro en torno a apreciaciones e interpretaciones, y el distanciamiento personal aumentó más aún.

Conocía bien la situación interna de Bélgica, donde nuestros amigos eran pocos y donde no se había previsto ningún contacto de carácter orgánico, pero aproveché el paso por Bruselas para verme con Hem Day y con Ernestan, viejos conocidos, a quienes expliqué someramente mis planes de viaje, pero sin decirles con qué objeto. Lo que no podía ocultarles era la situación que estábamos pasando en España y los peligros que nos acechaban y que ellos, como estudiosos y conocedores de las cosas de España, no ignoraban en sus líneas generales.

Pasé una noche en la casa de Ernestan y al día siguiente proseguí el viaje hasta Ámsterdam. En Holanda teníamos una organización sindical, la Nederland Syndikalist Vakverbond (la NSV), muy reducida numéricamente, aunque nunca había sido muy importante. Albert de Jong preparó una reunión con los dirigentes de esa organización, al frente de la cual figuraba B. Lansink, hijo de un viejo militante libertario de la época de Dómela Nieuwenhuis. En total, una docena de compañeros conocidos, Rousseau entre otros, cuyos nombres no puedo recordar. Aunque no hacía falta, presenté la credencial que

llevaba, porque no era el compañero y el amigo el que llegaba, sino un representante y delegado del Comité Nacional de la CNT el que tenían delante:

Dije a los holandeses todo lo que había que decir acerca de la situación española, con 30 000 presos por cuestiones políticas y sociales, la gran mayoría de los cuales eran miembros de nuestras organizaciones, y la situación económica extremadamente crítica en que vivía el país, con peligro de una instauración del totalitarismo fascista y nuestro casi total desarme después de las aventuras insurreccionales de enero y diciembre de 1933 y de los trágicos acontecimientos de Asturias en octubre de 1934. En tal situación nos habíamos decidido a pedir a las organizaciones hermanas que aún subsistían que nos ayudasen como pudiesen.

No advertí en los asistentes el calor amistoso que nos había reunido en ocasiones anteriores. Apenas tomaron la palabra algunos de los presentes en la reunión para manifestar su escasez en materia de recursos financieros; la organización había decrecido bastante desde mi visita a Holanda en 1924. Eso era verdad, y yo lo sabía, pero aun así siempre sería posible que nos ayudasen de alguna manera. Supe después que el secretariado de la AIT había prevenido a la central holandesa sobre los objetivos de mi viaje, que a su juicio usurpaba funciones que le competían. Los holandeses no aludieron a esa circunstancia, pero se mostraron demasiado fríos ante mi demanda, y la acogida no fue alentadora.

Insistí en que tenían la obligación de realizar cualquier esfuerzo posible, pues ése era un deber insoslayable para

todos los que abrigábamos las mismas aspiraciones. Finalmente les hice esta sugerencia:

—Si no podéis cooperar financieramente, quizá podáis hacernos llegar algunas pistolas y municiones, porque en el panorama que se nos presenta han de sernos necesarias.

Los amigos de Holanda se animaron entonces, como horrorizados.

—¿Para qué queréis las pistolas?

¡Ésas no son nuestras armas!

Aquella salida me sacó de mis casillas. Estaba la credencial que había presentado encima de la mesa, la tomé airado y la hice pedazos, con los gestos y la iracundia correspondientes, y arrojé a la cara de los asistentes algunas injurias verbales de las que no hicieron ningún caso. Pero aquello de ¿para qué queréis las pistolas?, me pareció un insulto y una estupidez. ¿En qué mundo vivían?

Se terminó la reunión. No quise decir más, ni dialogar más, tampoco en privado. Albert de Jong me llevó a dormir en casa de una familia amiga y al día siguiente crucé la frontera alemana hacia Berlín.

Alemania vivía las delicias del hitlerismo y no llegaba a ella con la pretensión de presentar a los pocos sobrevivientes la situación por la que atravesábamos en España. Fui directamente a casa de mi suegro, Fritz Kater, que en razón de su edad y de su calidad de germano racialmente puro, no había

sido molestado y sólo tuvo que acatar la orden de dar por disuelta nuestra organización sindical, la FAUD, y la empresa editora de la Warschauerstrasse. Todo había terminado. Tuve algunas referencias de los desaparecidos; por aquellos días había sido apresado Berthold Cahn; otros se hallaban en prisiones y campos de concentración, entre ellos el poeta Erich Mühsam.



Abad de Santillán y Elisa Kater durante la República

Si dijese que no había sentido algo como escalofríos al

transitar por la Alemania de Adolfo Hitler, mentiría. Cualquier insignificante incidente podía resultar demasiado caro. Partí para Dinamarca y en Copenhague me encontré con unos pocos conocidos, entre ellos con el profesor Ipsen, y con ayuda de unos pescadores simpatizantes llegué a las costas suecas, a cierta distancia de Estocolmo. Desde allí me dirigí a la capital en autobús.

En Suecia teníamos la SAC, Sveriges Arbetaren Centralorganisation, y a Albert Jensen, director del diario Arbetaren, con el que teníamos plena confianza. Con él podía hablar a fondo de nuestra situación y de nuestra misión; aunque no faltaron a su lado excelentes colaboradores, fue el alma del movimiento sindicalista sueco desde su creación orgánica en 1910. Era uno de nuestros «grandes», según lo calificó Rudolf Rocker en una carta en que me comunicaba su muerte, muchos años después.

Mientras me encontraba con Jensen en el diario, fue llamado para hablar con un señor que le esperaba en una sala contigua. Al regresar a su despacho me dijo que se trataba de un empleado de la policía que le pidió que llenase el formulario de entrada en el país; que en Suecia no había ningún motivo de hostilidad contra mí y que no debía entrar en el país en la forma ilegal que lo había hecho. Llené el formulario correspondiente y me sentí avergonzado ante un trato al que no estaba habituado. No sé cómo me localizaron, y precisamente en el diario sindicalista libertario. Era Suecia un país monárquico, pero con un régimen democrático como había pocos en el mundo.

A Jensen le expuse los motivos de mi viaje, en el tono en que se habla de compañero a compañero. Necesitábamos ayuda de la SAC, la que fuese, financiera o en armas. España podía convertirse en otro de los centros fascistas de Europa, como Italia y como Alemania. Nosotros estábamos dispuestos a cuanto fuese posible para impedirlo, pero a causa de la gran cantidad de presos y de la crisis económica, el paro y las persecuciones constantes, no era mucho lo que podríamos reunir en recursos para ofrecer la máxima oposición al peligro totalitario.

Jensen escuchó sereno, comprendió perfectamente lo que pasaba y cuál era nuestra situación. Me aseguró que harían todo lo que pudiesen y que en ese punto me quedase tranquilo. Era lo que esperaba.

Tuvo lugar más tarde una reunión formal con la Comisión administrativa de la SAC, a la mayor parte de cuyos integrantes conocía desde el Congreso constituyente de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Reiteré allí el motivo de mi visita. El rostro y los modales de los miembros de la Comisión administrativa reflejaban simpatía y comprensión. Era la SAC la última organización sindicalista que nos quedaba en Europa, pues todas las demás habían sido arrasadas por la reacción, y la CNT en el extremo sur del continente europeo corría peligro de tener el mismo destino de tantas otras.

Por las vías orgánicas establecidas, los amigos suecos respondieron eficazmente, aunque no tuviésemos mucha suerte con su inmediata ayuda solidaria, pues un taller montado en Aragón con esa ayuda fue descubierto en sus

comienzos y todo quedó en la nada, en cuanto a los objetivos del taller.

Regresé a Berlín por ferrocarril al día siguiente con la seguridad de que los suecos no escatimarían su ayuda. En una pausa del ferryboat en Swinemunde, los viajeros se reunieron en el comedor del mismo; yo no me atreví a hacer lo mismo para no disminuir la fortuna que llevaba encima y tuve que resignarme a ver desde fuera el festín de los compañeros de viaje.

Volví a Berlín, a la casa de Fritz Kater. Desde allí tomé el tren para Varsovia. Alemania no era Suecia, ni Dinamarca, ni Noruega, y no me faltaron algunos sobresaltos disimulados cuando aparecían en el tren agentes de la policía, de la S.A. como viajeros.

Llegado a Varsovia, me dirigí a la única dirección que llevaba, en una casa de comercio de cierta magnitud en el ghetto judío. Pregunté allí por una persona que no se encontraba en la casa en aquellos momentos. Debí de despertar sospechas. El mariscal Pilsudski había instalado en Polonia un régimen político muy parecido al de Hitler en Alemania.

En la casa de comercio parece que se me observó con atención mientras esperaba a la persona requerida, que llegó un cuarto de hora más tarde. Era un joven de aspecto atractivo, vivaz, y al iniciar la conversación desapareció toda duda, y se inició pronto un diálogo entre compañeros, con la alegría del encuentro.

Pregunté por unos profesores de la Universidad de Varsovia

simpatizantes nuestros y allá fuimos en seguida. Se trataba de dos investigadores científicos en el ramo de la microbiología y ejercían la docencia en la Universidad. Uno de los dos era una mujer joven, muy inteligente y estudiosa, activa militante en los grupos libertarios clandestinos. Me llevó a su casa, y por la noche se celebró en ella una reunión de amigos anarquistas que constituían una especie de federación de grupos en Varsovia. Para no llamar la atención, los congregados no eran más de una decena, todos jóvenes.

A Varsovia no había ido a pedir ninguna ayuda material. Les hablé de la situación de España y de nuestra desesperación por la escasez de recursos para afrontar la catástrofe que veíamos en puertas.

Todos aquellos jóvenes, los que llegaron vivos hasta la rebelión del ghetto contra la ocupación y la barbarie nazi al finalizar la segunda guerra mundial, murieron en la lucha; la propia Aniella, profesora de la Universidad, investigadora de grandes méritos, había muerto antes.

El viaje a Varsovia tenía especialmente por motivo el contacto con Aniella y su equipo. Entre sus investigaciones figuraba también la posibilidad de una guerra biológica en todos los niveles, de efectos transitorios o devastadores. En las horas que pasamos solos después de la reunión nocturna con los representantes de los grupos polacos activos, y al día siguiente, aprendí acerca de la posible guerra biológica, en algunos aspectos, más que si hubiese leído una biblioteca entera sobre el tema.

Era realmente fantástico lo que podía hacerse con portadores de pestes previamente inmunizados, para inutilizar temporalmente a conglomerados humanos, cuarteles, centros de población enemigos. Aquello parecía como un relato de una novela de ciencia-ficción. Es enorme el bien que la ciencia y la tecnología pueden hacer a la humanidad, pero también son inmensos los daños que pueden originar. La instalación de un centro de investigaciones de esa naturaleza en España, no habría sido fácil de mantener oculta y sobre todo con la presencia de extranjeros, en el caso que los especialistas polacos se dispusiesen a ayudarnos; pero el costo de esas investigaciones y ensayos estaba por encima de las posibilidades, aun en los tiempos más tolerables.

Regresé a Berlín y, después de una noche en la casa familiar, partí para Ginebra. Encontré a Barthelemy de Ligt trabajando en una de sus últimas obras sobre la guerra, sobre el destino humano. Manteníamos relaciones amistosas y de interés para la difusión de la conciencia del peligro al que corría la humanidad con los ojos vendados. No era De Ligt la persona adecuada para hablar de pistolas, de granadas de mano, de la guerra biológica. Mi objetivo en Ginebra era Luigi Bertoni, con el cual era necesario tener algún cambio de ideas y de impresiones.

Bertoni y Malatesta nos habían inspirado siempre la mayor simpatía por su calidad humana y su comprensión de nuestros problemas.

Quería informar brevemente a Bertoni acerca de la situación en España, que en sus líneas generales no ignoraba, para que si

veía algún medio para ayudarnos nos lo hiciese saber. Era España el último país que nos quedaba en Europa con capacidad para hacer algo positivo y corría el riesgo inminente de naufragar también en la oleada totalitaria que había surgido en el mundo. Pero todo lo que yo podía decirle, Bertoni lo sabía y lo comprendía desde su rincón de trabajo, redactando *La Réveil, Il Risveglio*, que él mismo componía en su modesta vivienda. Me conectó con otros compañeros activos, Frigerio entre ellos. De Suiza no esperaba ningún refuerzo de tipo material, porque nuestro movimiento allí no era fuerte; pero el cambio de impresiones con Luigi Bertoni era provechoso; si Rudolf Rocker hubiese estado en algún país europeo, no habría dejado tampoco de acudir a él en busca de consejo y ayuda moral.

De regreso en Francia, tuvimos una reunión con el secretariado de la AIT a petición de Pierre Besnard, sin consecuencias, porque por mi parte no estaba con ánimo para hablar ni para escuchar. Y propiamente, se me han ido de la memoria los objetivos de esa reunión y habría que recurrir a sus archivos para conocerlos.

El viaje no había sido fructífero, porque la situación de Europa no permitía mucho más, pero tenía entonces una visión directa, que desde lejos habría podido sospechar, pero no tan concreta como la que había recibido de cerca.

Llegué a Barcelona con diez céntimos, los suficientes para tomar el tranvía desde la estación ferroviaria al barrio donde vivía. El equipaje no me causaba molestias, porque no llevaba más que lo puesto.

El resumen del recorrido nada turístico por ocho países era que, fuera de la cooperación de los suecos, nada podíamos esperar de los demás compañeros del continente. Estábamos solos y solos tendríamos que jugar las cartas que tuviésemos en la mano.

Cuando me preguntaron desde el Comité Nacional por los gastos hechos, no querían creer que todavía hubiera regresado a España con los últimos diez céntimos. ¡Si con mil pesetas Fulano o Zutano no llegan ni a París!, me respondieron.

Nuevamente en la brecha. Doctrina y acción

No hubo pausa en las tareas. Volví a centrar el esfuerzo en la publicación del semanario *Tierra y Libertad* y de la revista *Tiempos Nuevos*, en la edición de libros y opúsculos, en las reuniones periódicas locales, regionales y nacionales. Los militantes sindicales hacían lo mismo en su esfera propia; y Braulio seguía adelante con sus empeños, que eran los propios también, y me tenía al corriente de cada paso dado.

La situación económica era desastrosa. No podíamos dejar de prestar toda la atención posible a la masa de presos políticos y sociales y a la ayuda solidaria a sus familias. La desocupación causaba estragos y no todos se resignaban a desfallecer de hambre y a ver a los suyos en la última miseria. Era imposible contener la propensión al atraquismo en gentes que moralmente no se habrían inclinado, en situaciones

equilibradas, a procedimientos extremos para comer y sobrevivir.

En esas condiciones, otros recurrieron a argucias como la de los accidentes de trabajo.

Valiéndose de todas las influencias, conseguían que se les admitiese en un taller o en una fábrica un par de días, y aprovechaban la coyuntura para autolesionarse en una mano o en un brazo (lo mismo daba), con lo cual pasaban para su curación a la compañía de seguros a que estaba adscrita la fábrica o el taller del autolesionado. Adquirieron esos amigos tal maestría para mantener en acción la lesión recibida, el accidente de trabajo, que los aseguradores les ofrecían una compensación financiera para que se curasen por sí mismos, lo cual no era difícil.

Esa conducta no habría sido admitida en tiempos más o menos normales, porque en el movimiento obrero había un sentido moral insobornable; pero entonces, en vista de la situación, había que pasarla por alto. Alguno de los amigos que se habían especializado en el arte de mantener vivas las lesiones, a pesar de los médicos, nos han explicado los pormenores de la técnica empleada para impedir la curación a pesar de las recetas médicas de los aseguradores.

Para mí abundaban los interrogantes y los problemas que no afectaban a otros en tal grado. Después de octubre de 1934, habíamos entrado en una pendiente decisiva, con todas o casi todas las de perder.

He reiterado hasta el cansancio que casi toda Europa, salvo

los países escandinavos, estaba en manos del fascismo, que ha tenido buen cuidado de exterminar a sangre y fuego los movimientos sociales hostiles; entre nosotros se habían adelantado en ese esfuerzo liberticida los propios republicanos.

No se podía contar ya con Italia, con Portugal, con Francia misma, supuestamente democrática, con Alemania, con los países balcánicos, con el continente americano, con la región del norte africano. Incluso los esfuerzos hechos por nuestros compañeros del Japón y de China se vieron frustrados por la reacción draconiana moderna, siendo asesinados o suprimidos de otro modo muchos de los mejores y más capaces combatientes. Como fuerza popular y revolucionaria sólo quedaba España y sobre ella recaía una gran misión en el período histórico en que vivíamos.

Las miradas de los oprimidos y los explotados de todos los países se dirigían hacia España, la España legendaria, la de la gran esperanza.

Exhorté cuanto pude a la unidad de miras y de medios defensivos, a la preparación urgente, a adquirir conciencia clara de la hora crítica en que vivíamos. Éramos todavía una fuerza, tanto por el número como por la tradición de combatividad. Sabíamos de antemano que si caíamos nosotros, los españoles, ante las fuerzas que pugnaban por una nueva Edad Media política y espiritual, era poco lo que se salvaría en el mundo como foco de libertad, de equidad, de justicia. No se trataba ya de caer dignamente; había que aferrarse a todas las posibilidades de supervivencia, por nuestro mañana y por el mañana del mundo.

Exhorté a comprender la época en que estábamos viviendo. Era necesario comprender la hora actual para comenzar a adueñarnos de ella; había que despertar todas las fuerzas sanas y todas las posibilidades prometedoras de la humanidad y disponerlas para la gran batalla por la salvación del porvenir y la humanización del presente. Había que percatarse de la gravedad de la hora en que nos había tocado vivir para dirigir mejor nuestras energías y no malgastar esfuerzo alguno fuera de la línea recta general obligada.

Cuando ardía la vivienda del vecino, la línea recta consistía en contribuir a apagar el fuego para que no se extendiese a las casas próximas; cuando un mundo se descompone, cuando una civilización naufraga o corre el peligro de naufragar; cuando la humanidad peligra, hay que acudir en socorro de los que perecen o van a perecer, salvar lo que se pueda salvar, dominar el riesgo mayor dejando de lado toda otra consideración.

El régimen capitalista, y muchos son los que lo van comprendiendo, estaba en quiebra, y no era tarea vulgar la de los que pretendían apuntalarlo con el auge de nuevas y más feroces tiranías. Los síntomas de esa quiebra eran múltiples, en lo económico, en lo político, en lo moral. El fascismo, incluso en sus formas programáticas socializantes, no era más que la aspiración del viejo privilegio a persistir adaptado a exigencias nuevas; ni instaura la justicia en la economía, esta vez de una trascendencia vital, ni alivia a los pueblos de las cargas estatales aplastantes. Por nuestra parte teníamos en mucho los factores morales; no considerábamos prejuicios pequeño-burgueses ni la libertad ni la justicia. Sin libertad y sin justicia no habrá salvación, estabilidad, comunidad humana.

Sintetizaba el contenido y el mensaje de nuestra concepción revolucionaria: nuestra revolución quiere edificar la morada con la participación del mayor número de habitantes o de todos los que han de alojarse en ella; cómoda, confortable para los más, de modo que cada individuo sea el constructor de su propio ambiente. No queremos ser redentores de nadie y nuestro anhelo se cifra en romper las ligaduras que impiden al hombre ser dueño de su destino, de su pensamiento y de su voluntad. No queremos gobernar a otros, porque no nos complace que otros nos gobiernen; pero en cambio queremos vivir y trabajar en comunidad y resolver en común los problemas que se presenten, sin atribuir a ninguna institución extraña y a ninguna persona sacralizada virtudes sobrenaturales que no tienen. Queremos ser dueños de nuestra vida y del producto de nuestro trabajo.

He señalado algunas confesiones de prominentes socialdemócratas, como el austríaco Otto Bauer, sobre la dudosa eficacia del parlamentarismo, y expresaba reiteradamente que el camino de una nueva tiranía no es el camino acertado, sino el de la conquista de la economía por los productores y la distribución de los bienes sobre bases sociales directas, con exclusión de toda injerencia extraña a los productores mismos.

El día en que aquellos que hoy reconocen que a la violencia de la reacción no podrá oponerse con eficacia más que la fuerza superior del progreso y el reajuste social y se comprenda que el cambio de las condiciones sociales no debe hacerse con una nueva forma de esclavitud por norte, sino con miras a la libertad y a la nivelación ante el derecho a la vida de

todos los seres humanos, y el día que se comprenda que en lugar de una revolución por decretos de Estado es preciso asegurar a los trabajadores de la industria, de los transportes, de la distribución, y a los campesinos, la libre determinación en sus lugares de trabajo, para proceder a la nueva estructuración de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, y no de arriba abajo, ese día se habrán superado los más grandes obstáculos para el triunfo de la justicia.

Se multiplicaban los movimientos reivindicativos, las huelgas, las demandas salariales. No era posible oponerse a esas protestas, pero no quería atribuirles importancia decisiva para curar los males arraigados, pues no tardarían en sucederles los aumentos en el coste de la vida, en la desocupación y la depreciación de la moneda, y el derecho a la vida se restringía por la incapacidad del sistema capitalista vigente para superar sus invencibles contradicciones. Por otro lado, no se podía pedir y aconsejar que los trabajadores se resignasen a apretarse el cinturón, a morir de hambre, a ver morir a los suyos por falta de pan, de albergue y de higiene.

Era evidente que el gobierno de Lerroux, lo mismo que antes el de los creadores de la legalidad republicana —socialistas y republicanos de izquierda— no podrían detener la marcha del sol como Josué, e impedir los gestos de descontento de los trabajadores: no lo habían conseguido sus antecesores, no lo conseguiría tampoco ningún gobierno. Por eso el imperativo de una auténtica revolución es el fruto lógico de la impotencia del sistema capitalista y de su aparato estatal defensivo y ofensivo; no es consecuencia de los «agitadores» más o menos conocidos o anónimos; es el resultado de la situación real de

España, y sólo con un cambio a fondo de esa situación podrá ser superado el desajuste para bien de todos.

Llamaba la atención sobre la decisión del fascismo de oponerse en España a toda ruptura efectiva con un sistema anacrónico, impotente, apoyado en modernísimas técnicas y armas de combate. En los últimos tiempos sus provocaciones y su agresividad sobrepasaban la línea de lo tolerable. Contaba, es verdad, con fuertes recursos financieros, con promesas de ayuda exterior e interior. Como el náufrago se aferra a un clavo al rojo, el capitalismo recurría al fascismo, que una vez en el poder hará del Estado no un servidor, sino un amo de la economía, una autocracia absolutista, dueña de vidas y haciendas.

No sería extraño que las fuerzas de la reacción, con el apoyo de todos aquellos privilegiados, políticos y económicos, que advierten que la situación es insostenible con el ropaje desprestigiado y estéril de la mera democracia política, se presente el día menos pensado como la salvación de un mundo agonizante.

¿Qué hacer entonces? Los trabajadores españoles no consentirán pasivamente el advenimiento del fascismo; para triunfar tendrá éste que avanzar a través de una guerra civil tenaz, que dará a la revolución la ocasión para traducirse en hechos de fuerza y en manifestaciones económicas y sociales superiores.

Al primer amago de golpe de Estado fascista se ocuparán las tierras y las fábricas, los medios de transporte y las

comunicaciones, convirtiendo cada lugar de trabajo en un baluarte de defensa y de ofensa.

¿Era una profecía la que hacía ya en marzo de 1934?

En abril del mismo año 1934 esbozaba lo que podría ser el organismo económico de la revolución, un tema que habría de ampliar más adelante. Presentaba estas consideraciones:

Tal vez por ironía, en las Cortes constituyentes de la Segunda República española se propuso declarar a España «República de trabajadores». Más de uno respondió débilmente a esa definición que España era también una República de guardias, o bien de trabajadores en la cárcel. La República de trabajadores no se decreta en un Parlamento; hay que hacerla con los trabajadores desde sus lugares de trabajo y no fuera de éstos. No pretendíamos erigir unas nuevas tablas de la ley; pero, sin duda alguna, una República de trabajadores debe tener por fundamento el trabajo, la organización del trabajo para suprimir el capitalismo, el propietario, el intermediario improductivo. Es decir, una República de trabajadores tiene que entrar en posesión de la riqueza social y administrarla por los productores mismos... Es importante la literatura constructiva que hemos visto aparecer en nuestro ambiente en el curso de los últimos decenios; pero más importante aún era la fe popular en la posibilidad de un cambio de las condiciones económicas y políticas actuales, de manera que quede asegurado a todos los seres humanos un mínimo de existencia accesible por el trabajo de cada uno.

Sabíamos que el camino de la reconstrucción del mundo no estaba libre de obstáculos, de contratiempos, de errores, de desviaciones. No concedíamos a ninguna criatura humana el don de la infalibilidad, como tampoco la concedíamos a nuestra intuición, por revolucionaria y proletaria que sea. Lo que importaba era concertar, para los primeros pasos, el organismo que habría de resolver problemas cotidianos, e inmediatos de la revolución, y ese organismo, para nosotros, no podía ser otro que el del trabajo organizado sin interferencias de Estado y sin intermediarios del sistema económico de la propiedad privada monopolista, antisocial.

Se puede dar al asunto las vueltas que se quiera: si no queremos o no pensamos viable el retorno a un primitivismo económico, hemos de aspirar a un régimen de gestión directa de la producción y la distribución por los productores y los consumidores mismos, llegando así a la máxima coordinación de todos los factores productivos, lo cual nos dará una enorme superioridad sobre la economía capitalista privada, que no ha sabido evitar los terribles derroches y desgastes tantas veces denunciados como suicidas.

Hay algo que está definitivamente superado como principio dominante: el localismo económico. La economía actual no cabe en los límites nacionales y mucho menos en los locales. Por consiguiente, en economía no puede haber particularismos; el productor raramente conoce al consumidor. Lo que hace falta, pues, es la coordinación. Miguel Bakunin ha empleado palabras más duras; nos habló de centralización.

Naturalmente, es preciso conservar la libertad del individuo

en el grupo de trabajo, la de ese grupo en el sindicato, la del sindicato en el consejo del ramo, la de éste en el consejo local, y así sucesivamente: pero sí habrán de reconocerse y resolverse múltiples casos de excepción, ha de crearse también un organismo aglutinante de la economía, y es ese órgano el que tratamos de delimitar, no porque corresponda a una utopía íntima, muy distinta, sino porque es el que puede contar con más posibilidades inmediatas de triunfo y con más adhesiones.

No es nuestro sueño de futuro lo que intentamos definir, sino lo que es factible en este momento, con los materiales humanos de que disponemos, en las condiciones actuales del mundo en que vivimos. Lo que importa es superar el capitalismo privado sin entrar en la órbita del capitalismo de Estado, y dar a los trabajadores los instrumentos para convertirse en los verdaderos gestores de la producción y la distribución. Si el organismo que proyectamos no llena las exigencias de los más exigentes, y nosotros mismos podemos contarnos entre ellos, es siempre algo viviente y no cierra las puertas a la esperanza y a la posibilidad de futuros perfeccionamientos.

El trabajo debe ser un derecho, pero también un deber. Algunas minorías inteligentes, comprensivas, no necesitarán coacción de ninguna especie para trabajar todo lo necesario y más de lo necesario. Pero ¿ocurrirá con todos lo mismo?

La vida económica no puede ser interrumpida; al contrario, la revolución debe estimularla poderosamente, y es preciso que sepamos sobre qué bases hemos de edificar desde ahora

mismo para continuar produciendo, distribuyendo, consumiendo durante y después del proceso del cambio, sin el permiso del capitalista, sin la venia del Estado, no sólo los partidarios de la revolución, sino también los contrarios a ella, los reaccios, los descontentos.

Se teme que en una sociedad libre los haraganes, los no dispuestos a la labor productiva, eludirán fácilmente toda carga; sin embargo, en un régimen de trabajo organizado, es muy difícil vivir al margen de la producción; más hay que temer excesos de coacción y de rigor que un aflojamiento de los lazos de cohesión. Tememos mucho más los abusos autoritarios para obligar a los disidentes a encuadrarse en la línea resuelta en las asambleas y congresos, que lo contrario, una descomposición por el choque de los particularismos.

Si la conducción y el control del capitalista, del propietario, son desconocidos por el hecho de la revolución, en su lugar hay que poner algo propio, porque hará falta una buena administración, relaciones con los demás organismos de producción y de distribución, locales y regionales. En lugar del propietario, ente que no es útil en la economía, como propietario, tendremos un consejo de empresa, de fábrica, de granja, de toda especialización de trabajo, consejo constituido por los obreros, los empleados y los técnicos, que representa al personal de la empresa, de la nave, la mina, etc., y es nombrado por él, revocable en todo momento, modificable en todo instante que así se juzgue conveniente.

Nadie mejor que los compañeros de trabajo conocen la capacidad de cada uno de los que actúan en un

establecimiento determinado. Donde todos se conocen, donde se sabe la medida de cada uno, la práctica de la democracia es posible y eficiente. El consejo de fábrica, o como se llame, en representación del personal ligado al lugar de trabajo profesionalmente, cohesiona la labor en su esfera de acción y la vincula con las actividades similares de otros establecimientos o grupos productivos. El consejo de fábrica reemplaza al empresario capitalista, porque cumple sus funciones; si el empresario es experto, desde el consejo de fábrica, junto a otros que también lo son, pero quizá con más capacidad de iniciativa, con más visión de los problemas y de las posibles soluciones, podría ser un factor mucho más eficiente que antes.

En la disposición y regularización de esa labor no intervienen ni dictaminan autoridades y funcionarios extraños a los que trabajan. Hay autonomía completa, sin que esa autonomía se entienda como capricho en la producción, pues debe ajustarse y debe responder a las necesidades y a las posibilidades, y ha de ser cumplida con un conocimiento exacto de las condiciones de cada establecimiento y de la necesidad o demanda de los artículos que allí se elaboran.

Los consejos de fábrica o lugar de trabajo se relacionan entre sí por afinidades funcionales y forman los sindicatos de productores de artículos afines, sindicatos de oficios o de industria. Esas construcciones orgánicas que se integran desde los consejos o comités de fábrica, no tienen ninguna injerencia dominante en la estructuración interna de los lugares de trabajo. Pero dado el más amplio panorama que abarcan, pueden sugerir y decidir la modernización del instrumental

empleado, para que su rendimiento sea mayor, o propiciar la fusión o coordinación de fábricas, la supresión de establecimientos improductivos o poco productivos, etc.

Los sindicatos son los organismos representativos de la producción local, articulados desde los consejos de fábrica; no sólo pueden y deben entender en la producción actual, sino esmerarse en el condicionamiento de la futura, creando para ello escuelas de aprendizaje de nuevas técnicas, institutos de investigaciones y de perfeccionamiento, laboratorios de ensayos, según sus fuerzas y la iniciativa de sus miembros.

Los sindicatos se coligan en la esfera local, pero también de acuerdo con las funciones básicas de la economía, que resumía en estas siete ramas fundamentales: Consejo del ramo de la alimentación, Consejo del ramo de la vivienda, Consejo del ramo del vestido, esto en relación con las necesidades elementales del individuo y de la colectividad; Consejo del ramo de la producción agropecuaria, Consejo del ramo de la producción forestal, Consejo del ramo de la minería, Consejo del ramo de la pesca. Seguían los consejos del ramo del transporte, de las comunicaciones, de la prensa, del libro; también los del crédito y del intercambio. Y las industrias de elaboración, la metalurgia, la química, el vidrio y la cerámica, de la electricidad, la fuerza motriz, el agua, sin olvidar la sanidad, la cultura en todos los niveles.

Pero no basta la función económica de cada gremio o ramo de industria; es precisa la vinculación de todas las funciones productivas o de utilidad para integrar el vasto proceso de producción y de distribución que caracteriza nuestra época. Se

formará, con los diversos consejos de ramo, un consejo local de la economía; esos consejos, relacionados, instituirán consejos regionales, y en el país entero en que la nueva vida se construye, se articulará un consejo federal de la economía, sin perjuicio de una vinculación funcional de los consejos de ramo o de industria en el territorio revolucionario.

Todas las funciones económicas necesarias y básicas regulan los diversos ramos de su actividad, donde cooperarán estrechamente vinculados los obreros manuales, los técnicos de todas las categorías y especialidades, los expertos administrativos. Aquellas funciones que no contribuyen al bienestar social y que le son contrarias, serán absorbidas en las múltiples actividades manuales, intelectuales, administrativas para las que sus miembros cuenten con más aptitudes. Probablemente en la pequeña o mediana industria, donde los empresarios o los capitalistas son al mismo tiempo hábiles obreros o técnicos, se convertirían en factores de gran utilidad en los consejos de fábrica o en los consejos de industria y en los consejos locales o regionales de la economía, sin los dolores de cabeza propios de su calidad de amos, agobiados por los vencimientos de letras, por la inseguridad, por las hipotecas, por el fantasma de la quiebra. Lo mismo ocurrirá en la tierra, donde el pequeño campesino, lejos de perder al ceder la propiedad de sus minifundios, ganará en liberación de una carga que no tiene para él ninguna compensación y en cambio podrá desarrollar iniciativas de interés y de beneficio colectivo.

La alta burguesía perderá probablemente en lujo y en capacidad de derroche; no tendrá a su disposición regimientos de servidores, no tendrá el insulto del boato en medio de un

nivel de vida mucho más restringido y mísero de los que la rodean; no tendrá ricos palacios en medio de chozas miserables. Pero en cambio, si se inclina a contribuir como igual entre iguales al trabajo útil, a la producción general, ganará en estima social, en seguridad, y vivirá como todos los que dan su esfuerzo a la tarea común.

Intenté esbozar lo que podría ser una sociedad sindicalmente cimentada, una sociedad articulada sobre el trabajo, sobre el derecho al trabajo, sobre el deber del trabajo. Fue una prédica constante, un impulso a la razón, una construcción en la que no dejábamos espacio a ninguna violencia, a ningún rencor vengativo. Lo que quería era una sociedad armoniosa, de interés supremo para los más, pero en la que los menos tampoco saldrían perdiendo más que sus privilegios injustos, antisociales e inmorales.

No era el rencor, el odio, la revancha lo que me ha guiado en todos los llamados que hacía a la concordia, a la solidaridad, al buen sentido. Ni el capitalismo ni el Estado tradicional o el llamado Estado socialista, como en el caso ruso, podían alcanzar el grado de cohesión y de unión que veía posible desde el lugar de trabajo hasta la federación nacional de industria, desde el consejo local de economía hasta el gran consejo económico nacional.

Concebía la autonomía plena del individuo en el grupo de trabajo que integraba, del grupo de trabajo en el sindicato del oficio, del sindicato en el consejo de ramo de industria, etc. Se establecía así un mecanismo federativo que podía ser la mejor garantía de libertad y de comunidad para todos, lo que no

ocurre en ningún organismo de inspiración autoritaria, instituido de arriba abajo, cuya medida de adaptación o reconocimiento de la libertad se colma en seguida. Y la historia nos daba ejemplos abundantes de esa degradación.

No se hace hoy lo que es necesario hacer y lo que se puede hacer, sino lo que es beneficioso para unos cuantos especuladores.

Se ha llegado a hacer rentable hasta lo que no es necesario, y ése es el secreto de la sociedad de consumo; para ello se cuenta con el aparato dominante de la propaganda, de la publicidad.

Entre iguales y libres no hace falta ese impulso de la especulación codiciosa. Con el sistema capitalista no se aprovechan las fuerzas y las posibilidades humanas existentes, ni las investigaciones de los sabios y los experimentos de los técnicos más que si son financieramente rentables; no se aprovecha la inmensa capacidad de iniciativa de los obreros y los campesinos.

Lo que proponía, lo que propagaba, lo que quería llevar al conocimiento de todos era la visión de una sociedad articulada sindicalmente, solidaria, y gobernada por la autogestión; es decir, queríamos que en materia de calzado tuviesen voz y voto los zapateros.

Antes de octubre de 1934 los planteamientos que hacía eran más de inspiración teórica que imperativos de orden práctico. Iba a llegar el momento en que se volvería apremiante afrontar las exigencias del momento, no desde el mundo de las fáciles

teorizaciones, sino desde el de la realidad en que vivíamos y en la que queríamos vivir.

Esfuerzos para superar rutinarismos

No me dejó descansar un simple hecho de la insurrección de Asturias en octubre. Sama y La Felguera son o eran conglomerados contiguos, unidos por un puente. En Sama el predominio de los socialistas era reconocido; en La Felguera eran mayoritarios, dominantes, los libertarios. ¿Qué había que hacer? ¿Una guerra civil para que los vencedores impusiesen su manera de ver? ¿Someter por la fuerza desde La Felguera libertaria a los socialistas autoritarios de Sama o lo contrario? ¿No sería preferible proceder de acuerdo con la libre experimentación en plena tolerancia y respeto, y hasta apoyo, entre los dos sectores, entre las dos corrientes de pensamiento social tradicionales?

¿Habría sido bastante la dedicación de todas las energías al esclarecimiento de los problemas y exigencias que nos planteaba aquella hora decisiva? Por mi parte no estaba satisfecho del modo rutinario como se planteaban nuestros deberes, como se encaraban las condiciones y los problemas de solución urgente en política y en economía. Había que romper, o al menos debilitar, las barreras que separaban históricamente los movimientos de orientación social, cada uno de los cuales se encerraba en su concha como el caracol, suponiendo que así se mantenía mejor la pureza

incontaminada de su táctica y de sus principios supuestos intocables. La situación que se avecinaba no permitía vaguedades, dogmatismos anacrónicos. El tiempo apremiaba, y, según todas las perspectivas, no nos quedaban muchos años para un mejor esclarecimiento, para una mejor comprensión realista de lo posible.

Hice todo lo que pude, y a veces más de lo posible. Con Juanel y Lola Iturbe en la administración del semanario, de la revista, de la empresa editorial, me eximía de un permanente dolor de cabeza en esa esfera de dificultades y de problemas. Con todo, el reloj avanzaba y no nos quedaba mucho tiempo para una obra de educación y de esclarecimiento con vistas a una nueva conciencia en las propias filas y en las de los vecinos y rivales y en las de los falsamente adversarios.

A todo ello se agregaba la necesidad de fomentar por todos los medios la preparación material para que los enfrentamientos en vista no nos sorprendieran del todo inermes, en la total impotencia para afrontarlos. En esa labor centraba Braulio, activamente, abnegadamente, su misión. Había que jugar en las horas que venían todas las cartas, y vidas ejemplares tenían que ser sacrificadas. No veíamos entonces otro camino.

Recuerdo que las Juventudes libertarias realizaban un pleno, no sé si local o regional, en Barcelona, y me invitaron a decirles algo. Había allí jóvenes dispuestos a todo sacrificio, enamorados de nuestras aspiraciones de redención humana, algunos muy ligados personalmente conmigo. Les dejé una impresión desmoralizadora, porque en lugar de cantar loas a

nuestro ideario, les propuse que se constituyesen en núcleos de combate, en algo así como milicias, y que se fueran adiestrando para la función de milicianos. Estábamos en 1935 y aquella juventud no presentía que lo que les proponía iban a tener que admitirlo muy pronto por exigencias imperativas de los acontecimientos.

En mi intención estaba apartarlos un poco de las abstracciones doctrinarias y les profeticé que podrían llegar situaciones en que un día tuviesen que obrar como jueces, como carceleros y hasta como verdugos. No era aquélla una profecía para arrancar aplausos. Pero lo que presentía no me permitía cerrar los ojos y ponerme a exaltar las bellezas de un mundo feliz, en confraternidad idílica. Ni en esa ocasión ni en la propaganda escrita podía pasar por alto lo que se avecinaba, y no tuve vacilaciones en exponer panoramas de tragedia y en sostener actitudes que iban también contra lo que yo mismo había propagado calurosamente muchos años.

Pero una cosa era tener ante sí un panorama de años y años para la preparación y la difusión de las ideas más generosas y humanas, y otra estar ante acontecimientos que podrían producirse en semanas o en pocos meses.

Por inclinación natural, espontánea, era hostil a toda decisión de la fuerza, de la violencia, y eso incluso en las luchas reivindicativas cotidianas. Pero lo que nos amenazaba obligaba a situarnos en el otro extremo, en el extremo opuesto. Ese drama íntimo fue angustioso, pero no había escapatoria: o declararse vencidos, derrotados, liquidados, o hacer lo que pudiéramos, lo que fuésemos capaces de hacer para torcer el

rumbo de la historia, por escasas que fuesen las perspectivas de éxito. De ahí la labor interna, en las propias filas, y el afán de un acercamiento tolerante de los que podrían y deberían marchar juntos, solidarios. Eso no impedía cualquier acto de desesperación, como los que proyectábamos, si todo lo demás fracasaba, junto con Braulio y los demás comprometidos en lo que sería algo como un suicidio.

La República se había malogrado por aquella cerrazón mental de los que no veían otro objetivo que el de los puestos de mando y de gobierno. No podíamos olvidar el pasado reciente, pero lo que nos esperaba era mucho peor, y peor para todos, peor para todo nuestro pueblo. La hora no era propicia para centrarlo todo en la salvación de los dogmas de cada sector y la figura histórica de sus representantes; era la hora de salvar a un país, a nuestro país, de una catástrofe sin precedentes en los últimos siglos.

La hostilidad al dogmatismo fue siempre mi posición invariable, un modo de ser, aunque no haya sido blando en la hostilidad al autoritarismo larvado o franco. No he vacilado en pregonar una táctica distinta ante las nuevas realidades.

Decía, por ejemplo:

«Somos irreverentes con todo dogmatismo táctico y quisiéramos persuadir a los compañeros de que, así como no se debe perder nunca de vista el norte hacia el cual hemos de dirigir nuestros pasos, la elección de los medios y de los caminos debe hacerse con la máxima amplitud en vista de la oportunidad y de la conveniencia. Para los que

no han comprendido bien nuestras cosas, el método es más importante que la misma idea realizable, pues ignoran que son muchos y múltiples los caminos que llevan a Roma.

«Ciertamente, hay procedimientos que nos distanciarían en lugar de aproximarnos al objetivo y sería poco cuerdo el que, para llegar al Polo Norte, tomase el camino del Polo Sur; pero hay condiciones y circunstancias en que por los zigzags y las líneas curvas se llega más pronto y más seguramente al fin del camino que por la línea recta abstracta de los absolutismos doctrinarios. Haciendo rodeos y sorteando escollos se puede llegar primero que atropellándolo todo en el afán de no ceder una pulgada en la ruta prevista.

«Cambia la táctica de acuerdo con la época, con la cultura, con el temperamento, con las condiciones políticas y sociales. Lo que importa es que los hombres estén inspirados y se compenetren de la gran idea de la liberación humana; luego es cosa suya, de sus aptitudes y de las circunstancias, la elección de los medios o los caminos a seguir para transformarla en hechos vitales. Pero no es por la táctica por la que hemos de definir una doctrina y el contenido de una causa. Un buen puño puede pertenecer a un robusto guardia de asalto o a un cargador del muelle que defiende su trozo de pan contra el esquirolaje; una bomba de dinamita puede servir para matar abisinios desde un avión italiano de bombardeo o para librar a un pueblo de un dictador; una pluma se puede emplear en la glorificación de un régimen de esclavitud o para aniquilarlo en la conciencia de los que lo sufren; una

revolución puede tener por objeto el cambio de una casta dominadora por otra o la supresión de toda dominación del hombre por el hombre.

«No es por los procedimientos por los que se nos ha de distinguir, sino por los objetivos perseguidos y por la voluntad de alcanzarlos.

«Desearíamos cordialmente que en este aspecto la elección fuese más libre y que los compañeros de cada localidad y de cada ambiente se valiesen de los métodos y tácticas que considerasen mejores para afianzar un poco más las propias posiciones.

«Entre los camaradas más comprensivos se adivina la amargura ante el peso castrador de los dogmatismos tácticos. Todo dogma es repulsivo, pero en materia táctica, además de repulsivo puede también ser suicida. A ellos les decimos que, fieles a los postulados fundamentales de nuestra posición intelectual y moral, deben seguir libremente sus impulsos y obrar de acuerdo con la propia conciencia y experiencia, y que, quienes ponen caprichosamente cortapisas, frenos, prohibiciones en el orden táctico, que es siempre contingente, determinado por mil factores complejos circunstanciales, no sólo son malos guías, sino que tampoco han comprendido la diferencia entre el ideal y la táctica empleada para estimularlo y realizarlo. Todos los medios son buenos con tal que acerquen al fin apetecido: el puño de hierro o la palabra generosa y persuasiva; la modesta y oscura acción cotidiana o la resolución heroica de los grandes luchadores.

El frente de avance del progreso y de la libertad —y no hay progreso donde no hay liberación— es infinito y puede atacarse por todos los sectores y con todas las armas y sus condiciones.

»La salvación no está en nosotros como militantes de un determinado movimiento social, sino en la acción multiforme y variable de un conjunto de fuerzas colectivas e individuales que trabajan en la dirección del progreso y de la justicia, muchas veces en nombre de ideologías, partidos e intereses aparentemente encontrados.

»Una de las tareas más importantes del anarquista debería consistir en descubrir, a través de las distancias, en ocasiones artificiales, la identidad y la solidaridad de los propósitos perseguidos por los hombres nobles, generosos, humanitarios, justicieros de todos los sectores, inspirando todos estos esfuerzos dispersos, disgregados, sin cohesión, con el soplo superior de la obra conscientemente liberadora.

»Son muchos los anarquistas, los verdaderos revolucionarios que se ignoran, y despertar esos espíritus a una más clara comprensión es una misión siempre meritoria. Naturalmente, es una tarea de proselitismo que exige libertad plena en la elección de los medios, en el empleo de la táctica más adecuada.

»Pero, en general, como la obra del progreso es compleja ha de serlo también la beligerancia progresiva. El campo de acción de la propaganda y de la preparación libertarias no

tiene límites; hay trabajo y espacio para todos, para los que sienten la libertad más intensamente y para los que la sienten menos, para los que quieren emplear el brazo y para los que desean esgrimir con preferencia las armas de la inteligencia, para los que prefieren la labor mancomunada, organizada, y para los doctores Stockman, que afirman que el hombre más fuerte es el hombre solo.

»¡Libertad plena, pues, en cuanto a la elección de medios, de caminos, de procedimientos! Lo que vale es la intención y lo que vale son los resultados prácticos. Que cada cual responda de sus aciertos o desaciertos. Pero se interpretará mal esa libertad y se haría muy mal uso de ella si, en lugar de emplearla en buscar el campo de acción más adecuado para cada uno, se llevase a la esfera del sectarismo y se expresase en la persecución y la lucha contra los que han elegido otros procedimientos, otra táctica para llegar al mismo objetivo. Esa libertad que reclamamos implica solidaridad, comprensión, compenetración de los que luchan; reconocimiento táctico y expreso de cada uno a actuar según las propias condiciones y aptitudes y con los medios más adecuados, respeto para todos los buenos y nobles propósitos y solidaridad permanente y fraternización a pesar de la multiformidad de la acción...»

Machaconamente no he cesado de apelar a la apertura moral de los que se encerraban en formulismos tradicionales, en frases consagradas, en dogmatismos teóricos y tácticos.

Pero había que dirigirse también a todos los sectores que

podrían ser forzosos compañeros de lucha y no creemos que se haya insistido en la prensa social española tanto como lo hice yo mismo, sobre todo después de los sucesos de octubre de 1934, en la prédica de la libre experimentación en socialismo, un tema que no era común, pero que me parecía fundamental, básico, innegable. Esgrimí todos los argumentos imaginables contra cualquier forma monopolista en la materialización del socialismo.

Decía en diciembre de 1935:

«Se ha señalado diversamente la multitud de puntos de contacto entre el marxismo y el fascismo, y el hecho de que la novísima doctrina de la reacción haya sido elaborada y llevada a la práctica por un militante socialista destacado, como Benito Mussolini, y el hecho de que hayan sido socialistas marxistas en algunos países los portavoces e inspiradores del fascismo, pudiera justificar esa comprobación. También ha llamado la atención de los observadores la relativa similitud del estatismo bolchevista y del mussoliniano. Tanto en Rusia como en Italia se ha perdido todo respeto y toda consideración a las ficciones democráticas; en uno y otro país, un partido se atribuye la verdad exclusiva y monopoliza la dirección del Estado, y tanto en Moscú como en Roma, sobre la base de la dominación monopolista del Estado por un partido que no admite oposición ni crítica, se sostiene la teoría del Estado totalitario. Al ciudadano de esos países no le queda otro recurso, ante el Estado, que el de la obediencia ciega, el de la sumisión absoluta. En vano recorreremos toda Rusia, de un extremo al otro; no encontraremos un solo periódico de

oposición. Lo mismo ocurrirá en Italia; y si este estado de cosas no lograse matar en los hombres que recuerdan tiempos pasados, su resistencia espiritual íntima a la autoanulación, para la juventud que nace sin esos recuerdos ni la posibilidad de entrever otro panorama, la sumisión total al estatismo tiene que equivaler a una castración mental como la que significó la dominación teocrática en la Europa medieval.

»No sería para nosotros motivo de extrañeza que las fuerzas de la regresión, del oscurantismo, de la cruz y la espada fomentasen ese ideal destructor de toda personalidad y de toda dignidad humanas; no harían con ello más que realizar su plan de dominio; pero que esas mismas aspiraciones sean sostenidas y alentadas en nombre del socialismo, eso no lo podemos comprender sino como desviación y degeneración del socialismo.

»Un socialismo que no es una fuerza de liberación, germen de justicia, energía creadora de una nueva cultura no es tal socialismo. ¿Y qué esperamos que nazca de una corriente de ideas y de hechos que propaga el monopolio económico, político y espiritual por el Estado, que pone el Estado en lugar de las antiguas divinidades absolutas y que abriga la aspiración, tácita o expresa, de ser un día única realidad política dominadora?

»Los anarquistas, que somos y nos consideramos representantes genuinos del espíritu socialista, chocamos contra toda manifestación evidente de la regresión. Y si hace medio siglo, cuando los antiautoritarios de la Primera

Internacional denunciaban a Marx como representante de una forma de reacción tan peligrosa para la emancipación del proletariado como la de Bismarck, podía parecer aquella actitud fruto de la agria polémica interna, hoy, después de haber visto el ejemplo de Rusia, de Alemania, de Austria, de Italia, de España misma, se comprende el fondo de verdad y de exactitud que había en los viejos reproches al marxismo. El marxismo es absolutista, y lo mismo que Jehová no consiente otra divinidad junto a él, el socialismo inspirado por Marx no tolera otra manifestación socialista que la propia, y de ahí que, incluso en el campo marxista, dos tendencias como la del bolchevismo y el menchevismo se hayan combatido con más acritud entre sí de la que opusieron al zarismo. Y si en la policía bolchevique y en el Ejército rojo se encuentran antiguos generales y polizontes del zar, no encontraréis absolutamente ningún representante del menor matiz socialista divergente del oficial. Y la lucha espectacular de Stalin y Trotsky, lejos de haberse liquidado aún, comprueba igualmente esa intolerancia sectaria, ese absolutismo de tipo dictatorial y cesarista.

»En lugar de ser Rusia una confluencia fecunda de fuerzas socialistas cooperando cada cual con sus iniciativas, sus fuerzas, sus capacidades a la edificación del socialismo, en fraterno apoyo mutuo, en solidaridad y armonía, se ha convertido en un faraonismo infalible que hubo de olvidarse poco a poco de su origen revolucionario para marchar en el mejor acuerdo con las potencias de la burguesía internacional.

»El marxismo, como el fascismo, es totalitario. Y si aún se ve al primero trazar, colaborar, tener contactos y comunidad de intereses con los partidos políticos burgueses, no le advertiréis con la menor tolerancia frente a otros sectores del socialismo. Cambiará algo aparentemente en lo sucesivo, fuera de Rusia, en lo relativo a comunismo y socialdemocracia, desde que Stalin concertó el acuerdo con el imperialismo francés para una acción conjunta eventual de los dos Estados, pero si el monopolio estaba ayer de pie en cada una de esas fracciones en pugna, seguirá de pie el mismo espíritu en el marxismo unificado orgánicamente o sólo puesto de acuerdo para finalidades transitorias.

»El marxismo español es casi tan antiguo como el anarquismo; sus fundadores convivieron incluso con nuestros camaradas en las primeras secciones de la Internacional, y hasta en la Alianza bakuniniana. Pero desde las famosas actuaciones de Mesa, Lafargue, Mora, etc. hasta nuestros días, entre el marxismo y el anarquismo español hubo la misma distancia que en todas partes y una hostilidad permanente que, si durante muchos años fue literaria y verbal, desde el triunfo de la Segunda República, se convirtió en un manifiesto propósito de exterminio material de nuestras fuerzas por el marxismo ministerial y ministeriable. Y en el panorama de festejos del triunfo de octubre de 1934, como se ha manifestado por algunos prominentes jefes marxistas, estaba la anulación definitiva de la CNT y FAI. Sin embargo, los anarquistas, lo repetimos, somos representantes legítimos del socialismo, porque no hemos olvidado ninguna de sus reivindicaciones

fundamentales y hemos quedado fieles al espíritu socialista, que es liberación de los oprimidos y de los explotados, socialización de la riqueza, supresión del parasitismo económico, político y social.»

Comentaba así lo de «socialismo científico»:

«Y el marxismo se llama pomposamente a sí mismo "socialismo científico". Pero la ciencia y el espíritu de la ciencia no le han enseñado nada o le enseñaron muy poco. En ciencia se investiga la verdad y se exponen los resultados obtenidos para su libre aceptación y comprobación, y contra la mentira no hay otro argumento ni otra coacción que las comprobaciones y demostraciones experimentales.

»Cuando la ciencia estaba en pañales o sometida a los imperativos del totalitarismo teocrático; cuando había una ciencia oficial, de Estado, de Iglesia, la verdad era la que obtenía la aprobación de las altas esferas. Contra esa desnaturalización del espíritu científico, y el espíritu científico es esencialmente libertario y liberador; contra las cortapisas a la libre investigación, se levantó arrollador el Renacimiento, y desde entonces la ciencia se ha encaminado hacia su desarrollo natural. Es la ciencia moderna la que nos trajo la gran conquista del espíritu humano que es el concepto de la libre experimentación, y parece extraño que un socialismo que se llama "científico" se olvide de eso, que es trascendental.

»Ahora bien, el marxismo no admite, rechaza con furor,

como rechazaría un beato ferviente las tentaciones del diablo, todo lo que tenga olor a experimentación libre, a lesión del concepto totalitario, a ruptura de su monopolio. Y en esas condiciones, todo lo que hay en el proletariado y en general en la sociedad sinceramente socialista, tiene que rehuir el marxismo, anticientífico porque no admite el concepto científico de la libre experimentación.

«Nosotros no creemos que el socialismo sea científico; puede encontrar en la ciencia argumentos sin fin en apoyo de sus aspiraciones; pero es un esfuerzo de la voluntad humana y un anhelo que no se deja medir, ni pensar, ni calcular. ¿Es científica la justicia? ¿Es científica la libertad? ¿Es científica la socialización de la riqueza? Son cosas independientes, que dependen del grado de desarrollo cultural, de la concepción del mundo y de la vida que tengan el individuo y las colectividades; pero aunque viven separadamente, marchan por su propio camino y, si no van contra la ciencia, no esperan de ella la razón de ser.

»Si el socialismo fuese científico, precisamente por eso estaría más obligado a propiciar la libre experimentación, porque es la única manera de demostrar su viabilidad, su verdad, su exactitud. ¿Qué hombre de ciencia se atreve, antes de experimentar, de comprobar una y mil veces un hecho, un resultado, a sostener que ésta o aquélla es la verdad verdadera?

«Nosotros estimamos que el socialismo, toda concepción de la sociedad futura, es una hipótesis; que puede haber tantas concepciones socialistas como se quiera, pero que

son hipótesis a ensayar; que no puede atribuirse a ninguna de ellas la verdad absoluta hasta que haya experimentado prácticamente sus postulados en la piedra de toque de los hechos, de la vida real.

»Tenemos una visión particular de la reorganización social y nos creemos en el más perfecto derecho a defenderla y a proponerla. Pero como hemos rechazado el absolutismo de Jehová, rechazamos el absolutismo de Marx, y entrevemos la posibilidad de que otras interpretaciones socialistas, tan intensa y tan sinceramente sentidas como la nuestra, puedan manifestarse y ensayarse. Nosotros creemos que el ejemplo práctico persuadirá a los que no participan de nuestros puntos de vista, de la bondad de nuestras aspiraciones; pero ¿y si en cambio la experiencia nos las hace rectificar y abandonar? Todo puede ocurrir, y en ese caso, en lugar de ensayar de nuevo en el vacío y el azar, si tuviésemos a mano ya otros ejemplos prácticos, otras manifestaciones socialistas más viables, más propias ¿no habría que estarles agradecidos?

»Si todos los matices socialistas conviniesen desde ahora en el reconocimiento de la libre experimentación, renunciando a un totalitarismo suicida, a un monopolismo absoluto de la revolución y a la idea nefasta de la dictadura de partido, de tendencia o de facción sobre toda la sociedad, sin duda el panorama social cambiaría rápidamente y la confianza en el porvenir sería una potencia en el corazón de las grandes masas. Pero hoy luchamos con esta perspectiva: si mañana triunfa el marxismo que se dice socialista, los anarquistas sufrirán la

misma suerte que si triunfase el fascismo. Y esa perspectiva hace que, hasta en algunos anarquistas, se sienta en el fondo una aspiración totalitaria parecida: el triunfo del anarquismo y de la CNT habrá de significar la sumisión instantánea y completa del marxismo, o su exterminio. Con esa disyuntiva, no debe extrañarnos que los trabajadores se sientan un tanto cohibidos y amedrentados por la consecuencia de una guerra civil inminente en el caso del triunfo de la revolución.»

Ante ese panorama, que no era ninguna previsión caprichosa, apelábamos a la tolerancia y a las relaciones de buena vecindad por lo menos.

«¿No se podría conseguir en socialismo lo que se ha conseguido en religión? El fanatismo es propio de todo credo religioso. Siete siglos de lucha contra los árabes en nombre de la religión de Cristo han dejado huellas indelebles en el pueblo español; las Cruzadas son ejemplos típicos de lo que puede la conciencia religiosa. Siglos atrás, y no muchos, no se podía imaginar siquiera la convivencia pacífica de las religiones y de los cultos religiosos. No sólo no se permitían en una ciudad templos consagrados a diversos cultos, sino que en el país entero no podía existir más que una sola religión. Millones de seres humanos han muerto en guerras absurdas por el predominio de un Dios sobre los otros. El que hace tan sólo doscientos años hubiese dicho que se podía establecer una base de tolerancia mutua en ese aspecto, habría ido infaliblemente a la hoguera como hereje, ateo o cualquier otra cosa.

»Sin embargo, corrieron los tiempos, se esclarecieron en la conciencia de los hombres muchas cosas y hoy los religiosos de todos los credos y cultos conviven pacíficamente en la vida ordinaria sin ninguna repugnancia y sin ningún encono. Y en una misma ciudad se erigen templos para todas las religiones, y en la misma casa, incluso en la misma familia, se mantiene la paz a pesar de que unos se inclinen a este dios y otros al de más allá. En una palabra: la tolerancia y el respeto mutuo hacen posible hoy en religión una convivencia pacífica. Se puede ir a misa todos los días y comulgar con ruedas de molino, como se puede ser ateo, rendir culto a Cristo o a Alá, a Buda o a Júpiter; y no obstante, ser todos obreros de una misma fábrica, vecinos de la misma casa e incluso amigos personales.

»Más difícil era obtener esa convivencia y se ha conseguido por obra del simple desarrollo cultural de la humanidad; ¿es que no se podría conseguir algo equivalente en socialismo? Creemos que vale la pena seguir reflexionando en torno a ese magno problema de nuestra época.»

Ya no se trataba sólo de las dos organizaciones obreras tradicionales, en más de medio siglo de escisión y de relaciones nada cordiales; se trataba de todo el socialismo, de todas las tendencias políticas a las que iba a afectar tan hondamente la tempestad que se anunciaba, ante la cual todo concurso para contener sus estragos sería poco.

Casi era para mí un motivo deprimente el tener que insistir

sobre temas que no habría habido que plantear siquiera, pero si se quería hacer frente a los problemas vitales que iban a presentarse en España en cualquier instante, era inevitable que sobre todo las dos ramas tradicionales del socialismo español llegasen a convivir y a mancomunar sus fuerzas.

A esas fuerzas se habrían coligado otras, por su propio interés en salvarse.

Insistí reiteradamente en ese pensamiento y esas exhortaciones, tanto con vistas a los propios amigos como a los que no lo eran, por la formación que habían tenido, o no lo eran tanto. Había que prever que en la revolución social habría de todos modos mayorías y minorías, en el orden local, en el regional, en el nacional. Lo que venía no era un mero cambio de gobierno como tantos que habíamos conocido; era un retroceso contra el cual la ofrenda de todo sacrificio, la entrega de la vida misma, se imponía por encima de todo. Y esa decisión conducía fatalmente a un proceso revolucionario, el único capaz de torcer el rumbo de la historia. Y trataba de definir lo que ese cambio significaba y sus modalidades:

«No es nuestra revolución de tipo político o jacobino, sino de cooperación social, de creación de nuevas formas de convivencia, de ensayo y de experimentación, creadora de una nueva cultura en la libertad y para la libertad. Muchas veces la confusión entre la esencia de una revolución jacobina y la de una revolución social nos ha enzarzado en discusiones bizantinas y en malentendidos deplorables.

»Nuestra revolución no se hace para dominar, para imponer, para aplastar a nadie, sino para liberar, para proponer, para ensayar, para convivir en el respeto mutuo y en el libre acuerdo de los intereses y de los ensueños particulares. No pretendemos una revolución totalitaria, aun cuando no nos disgustaría que la inmensa mayoría de la población compartiese nuestros puntos de vista y conviniese de antemano en seguir nuestra orientación y nuestra ruta.

»Sólo que no creemos en esa unanimidad; creemos más bien que habrá mayorías y minorías revolucionarias, graduaciones diversas, una conciencia distinta y un nivel variado de adhesión a las nuevas perspectivas. Y al revés del jacobinismo, a quien esa variedad lastima y se le hace intolerable, nosotros pensamos que minorías y mayorías pueden convivir, respetarse, incluso ayudarse mutuamente, y que no se debe limitar la libertad para llegar a la libertad.

»Nos hemos opuesto irreductiblemente a los pregoneros del llamado “frente único”, no sólo porque ha sido una simple maniobra de partido para disponer de una plataforma sugestiva de proselitismo, sino porque todo frente único supone cesiones y concesiones en principios y en tácticas, y nosotros no estamos dispuestos a ceder un solo milímetro. Pedir que renunciemos a una parte de nuestras ideas para marchar de común acuerdo con otros sectores de los cuales no compartimos ni los objetivos ni los métodos, es pedir una amputación moral imposible. Además, no concebimos que esas amputaciones puedan

ser útiles al triunfo de una revolución social. Pueden valer para las revoluciones de esencia política dominadora, opresora, pero no para la revolución que ha de inaugurar una nueva marcha y dar un nuevo rumbo a la historia. Aún diremos más: las ideas que sostenemos no constituyen para nosotros un ropaje de día de fiesta, sino que forman nuestra personalidad, y la personalidad, cuando existe, sufre por las cercenaduras físicas como por las amputaciones mentales, y no podemos creer que hayamos de ser más útiles a la sociedad como personalidades físicas y morales incompletas que como entes enteros.

»Pero sin ser adeptos de los «frentes únicos», con los que se han producido tantas escisiones revolucionarias en los últimos quince años —hablábamos en febrero de 1935—, podemos comprender y sentir la necesidad de acciones comunes de fuerzas sociales no siempre concordantes, sobre la base de un mutuo respeto, de un reconocimiento pleno del derecho de cada uno a manifestarse, a vivir conforme a las propias interpretaciones.»

Todo argumento en favor de la convivencia fue esgrimido insistentemente. Hay esferas de acción y de interés que nos son comunes a todos, blancos y rubios, creyentes o ateos, republicanos o monárquicos, socialistas a lo Pablo Iglesias y anarquistas de todos los matices; pero hay esferas en que el derecho de secesión, en el orden local, regional, religioso, debe reivindicarse como algo básico. En el mantenimiento de servicios fundamentales como los de los transportes y comunicaciones, iluminación y fuerza motriz, escuelas y hospitales, etc., puede lograrse fácilmente la convivencia de los

disidentes en otros campos del pensamiento y de la acción del hombre.

Si se descartara la ambición de un individuo, de un grupo de individuos, de un partido político o de un privilegio o monopolio de dictar la ley para todos, sería mucho más lo que nos une que lo que nos separa y distancia. Frente a toda unicidad, a toda uniformación impuesta de arriba abajo, reclamaremos el derecho de secesión, y lo reclamaremos para unir, no para disgregar, para desmenuzar, para no lesionar la verdadera unidad, que es la resultante de la variedad máxima de modos de vida, de trabajo, de producción, de distribución.

«No sentimos ninguna repugnancia —decíamos— a tratar sobre conciliación de la producción y del intercambio con otros sectores de la vida política y social; pero nos sentiríamos a disgusto si mañana, minoría en la revolución, tuviésemos que sometemos a la dictadura de la mayoría; y también daríamos muerte a la revolución si, siendo mayoría, no reconociésemos a las minorías el derecho a la vida fuera de nuestros acuerdos y normas.

»Hay que quebrar esa línea uniforme y única de desarrollo, porque sólo así será posible la confluencia de todas las fuerzas sociales en la obra revolucionaria. Y sólo mediante esa confluencia será fecunda la revolución.

«Creernos que es posible, desde ahora, convenir en la necesidad de la convivencia pacífica de mayorías y minorías en la revolución, sin que ni unas ni otras hayan de perder nada de sus postulados básicos; al contrario, habría de ser

posible incluso el apoyo mutuo dentro de esa variedad y eventual divergencia. No sólo no hace falta obstruirse en la labor constructiva de cada sector, sino que habría que mostrarse de antemano bien dispuesto a la experiencia ajena, para rectificar o perfeccionar el propio camino.»

Lo que tenía para mí más importancia era la postura totalitaria en cualquiera que fuese su fuente inspiradora, de derecha o de izquierda, y el rechazo de la libre experimentación económica y social. Todo lo demás tenía fácil arreglo.

La prédica y el lenguaje que utilizábamos para ella habrían tenido que ser una obra continuada de educación y formación durante varias generaciones, y algo se había hecho hasta allí. Pero la situación apremiaba y no se trataba ya de una aspiración y de una conducta futura, sino de exigencias de la hora, de mañana mismo.

Decíamos: «No tenemos miedo a la variedad, a la multiplicación de formas de vida independiente; lo que tememos es la nivelación, el cartabón único, la ley absoluta, indiscutible, intangible. Ni siquiera la burguesía ha logrado la nivelación, aun cuando, con el fascismo, parece acercarse mucho a ella en la esfera nacional. No pretendamos que la revolución haga más daño a la humanidad de lo que ha hecho el capitalismo. El desarrollo económico, social, cultural debe nacer de abajo, de la base, de la vida local, y florecer en asociaciones, en federaciones cada vez más vastas.»

Los que aspiran a un orden de cosas en que todo será

determinado, decidido, desde tal o cual sede central, no hacen más que continuar la trayectoria de las monarquías absolutas, el faraonismo, el mandarinazgo, los regímenes dictatoriales, y en esa ruta, por consiguiente, van contra la esencia de la revolución aunque obren y hablen en su nombre.

¡Libre expresión de cada foco de vida económica y social, siempre que esa expresión no sea agresiva, sofocadora de la misma libertad de los otros focos! Tal habría de ser nuestra consigna permanente.

Terminaba un ensayo sobre esas inquietudes proponiendo un pacto de no agresión en socialismo:

«En la diplomacia de los Estados se establecen pactos de no agresión, pequeñas barreras temporales y convenios de ayuda mutua que no impiden la guerra, claro está, pero a veces la postergan. Y eso es algo. Es el término, es la dicción, lo que nos interesa. En socialismo, en revolución, habría de establecerse, para el bien de todos, entre minorías y mayorías, un pacto de no agresión y de respeto mutuo. Por parte del anarquismo no creemos que hubiese inconveniente en ello. Pero ¿es que las otras corrientes sociales piensan del mismo modo? Mucho tememos que no y que, llevados de su afán de dominio, de su voluntad de poder, de su pretensión totalitaria, perpetúen el capitalismo en su nuevo carácter de capitalismo de Estado, porque el proletariado no puede entusiasmarse ante una guerra civil sin cuartel después de la revolución. Pues si los anarquistas —y hablamos de España, un país donde representamos una fuerza considerable— no habríamos de

poner obstáculos a un pacto de no agresión en socialismo, también es seguro que, si resultásemos minoría, defenderíamos con apasionamiento el derecho a la existencia y a la libre experimentación, recurriendo a todas las armas. Ahora bien, lo que, como minoría eventual, hemos de conquistar contra otros sectores socialistas mediante la fuerza armada, ¿no sería preferible reconocerlo ya como un triunfo de la contrarrevolución?

«Podríamos también ser mayoría, y es probable que, en un movimiento revolucionario verdadero, lo seamos. ¿En nombre de qué principio negaríamos a los otros socialistas el derecho a su forma de vida, de trabajo, de arreglos económicos y sociales? ¿Por qué no establecer desde ya el buen acuerdo, la buena vecindad, como se ha hecho en materia religiosa? ¿Es que no se considera llegada la hora de la experiencia de la libertad? ¿Es que aún hemos de hacer, incluso en nombre del socialismo, después del ejemplo de Rusia, el trayecto de una dictadura, de un totalitarismo? ¿Es que no enseñan nada los acontecimientos históricos?

«España contaba con fuerzas suficientes para dar el empuje final al sistema capitalista y a la dominación del estatismo sofocante. Pero hasta allí esas fuerzas, en lugar de sumarse, se han restado, porque quisieron ser totalitarias, porque quisieron monopolizar y confiscar previamente los frutos de la revolución. ¿No alumbrará el sol de un mejor entendimiento? ¡La hora es decisiva! —gritaba en todos los tonos. La solución está en nuestras manos. ¿Queremos que la revolución sea del pueblo, de

todos, o que sea de una organización, de un partido? Si queremos esto último es que no ha sonado la hora de la comprensión y que nos reserva el porvenir amargas y duras experiencias. ¿Por qué no razonar y sentir con más elevación, traba jadores todos?»

Había prisa, y la ofensiva fascista no se detenía y todo el fervor que poníamos de relieve en nuestro empeño por esclarecer la situación, por llevar a la conciencia de las gentes que deberían estar unidas y en cambio marchaban en permanente hostilidad o que avanzaban unidas por vínculos de mera ambición de conquista del poder con quienes no podían llegar a metas firmes, no era tarea de improvisación. Comprobábamos algunas repercusiones positivas en el propio ambiente; pero lo que sosteníamos no era una posición emparentada con las viejas frases hechas y su comprensión y adopción no trascendía lo que habría sido necesario.

Simultáneamente los mejores y más activos militantes estaban absorbidos por la preparación material para el enfrentamiento contra el fascismo que conservaba las mejores posiciones y que además era socorrido financieramente y con armamentos por las potencias totalitarias europeas.

Aunque el deber imponía el supremo sacrificio para intentar todo lo que fuese posible y hasta imposible, no faltaban momentos en que nos confesábamos, a nosotros mismos que ocupábamos una finchera sin defensa eficiente, y que nos empeñábamos en una batalla que vamos a perder. Naturalmente, esas ráfagas interiores no nos paralizaban; había que continuar en el puesto que ocupábamos, sin ceder,

sin retroceder, no tanto por impulso del heroísmo, sino por imperativo del deber.

Estábamos bien informados de la insuficiencia de nuestros recursos, de nuestros medios de defensa para la no lejana tensiva del enemigo. En lo que no éranos pobres era en la disposición de los migos, de nuestro pueblo, para todos js sacrificios, incluyendo el sacrificio upremo de la vida. Y ese clima moral ios sostuvo contra todas las vacilaciones, desfallecimientos y desalientos. Cuando tres o cuatro años después de a tragedia que sobrevino y que habíanos previsto y anunciado a los cuatro fientos, las circunstancias me llevaron a un acercamiento amistoso con Francisco Largo Caballero, escuché de sus labios esta confesión:

—Si nos hubiéramos conocido antes, como nos conocemos ahora, la historia ie España habría marchado por otros derroteros.

Pero cuando se hizo ese reconocimiento, era demasiado tarde. La hora propina había pasado, nuestros presentimientos y profecías se habían cumplido y quedaba como único saldo la amargura de la derrota.

El gobierno en la vorágine

El 6 de mayo de 1935, Alejandro Lerroux presentó la dimisión de su sexto gobierno al presidente Niceto Alcalá Zamora, y le

fue aceptada en septiembre. En ese gobierno figuraba Manuel Portela Valladares, ministro de Gobernación; José María Gil Robles, en Guerra; Antonio Royo Villanova, en Marina. La CEDA desempeñaba cinco Ministerios. Joaquín Chapaprieta tuvo a su cargo el Ministerio de Hacienda, y Francisco Franco fue designado jefe del Estado Mayor central del Ejército.

El desplazado Manuel Azaña entró en acción con el mitin de Mestalla, en Valencia, el 25 de mayo de 1935; Gil Robles se hizo oír en Medina del Campo y en Valencia poco después. En junio se habló de un posible golpe de Estado de la CEDA, que contaba con fuerzas efectivas y con posiciones claves.

La tesis política de Portela Valladares, al que había conocido en su período de gobernador civil de Barcelona, era ésta: ni extremismos de izquierda ni extremismos de derecha. ¡La ley! ¡La libertad dentro de la ley! Pero ese lema no calmaba ni a las izquierdas ni a las derechas en aquellas contingencias.

Surgió entonces el escándalo del estraperto, que bien aprovechado por la publicidad de los adversarios del lerrouxismo, puso fin a la vida política activa del entonces jefe del Gobierno.

Joaquín Chapaprieta, experto en finanzas, formó gobierno, con tres ministros radicales lerrouxistas, tres de la CEDA de Gil Robles, uno del Partido Agrario y otro de la Lliga Catalana. Tres jefes de partidos de gran peso integraban el gabinete gubernativo. Pero ese Gobierno no duró mucho, y en diciembre presentó la dimisión.

Alcalá Zamora entregó el Gobierno el 14 de diciembre a

Portela Valladares, que presentó su gabinete el 17 del mismo mes, pero no duró más de quince días.

Volvió Portela Valladares a ser encargado de la formación de un nuevo Gobierno. Quedaron fuera del elenco ministerial los miembros de la CEDA y se repartieron las carteras entre los amigos del presidente de la República.

Las Cortes fueron disueltas el 7 de enero de 1936 y se convocó a elecciones generales para el 16 de febrero de aquel año.

Había que estar fuera de la realidad para no ver meridianamente lo que iba a ocurrir.

Ya antes de asumir el poder Portela Valladares habíamos sufrido una pérdida irreparable. Por no recuerdo qué pretexto me encontraba en la Cárcel Modelo; creo que fue entonces cuando el jefe de la Brigada Social, Eduardo Quintela, me mostró un telegrama del Ministerio de Gobernación de Madrid en el que se disponía que se me detuviese por cualquier motivo o que se me retuviese en prisión como preso gubernativo. Duró aquello cinco o seis semanas. Sufrí aquella invalidación como pocas otras veces, en razón de la forzada inactividad cuando vivíamos momentos en que era imprescindible la acción, la coordinación de esfuerzos especiales, mas para ello hacía falta la calle, la prensa, el contacto con los amigos, en los mil detalles de la preparación para la batalla inminente.

Al salir nuevamente a la calle, Manuel Villar fue encargado por los amigos que cooperaban con Braulio en los proyectos desesperados que habíamos esbozado, de darme a conocer

una noticia trágica, que no quisieron que conociese mientras estaba tras las rejas. El núcleo de confianza había ido a probar en el bosque de Las Planas la granada de mano en preparación, y una de ellas hizo explosión en manos de Braulio, que la manipulaba, y causó su muerte inmediata; por suerte, no hubo otros heridos. Como no era posible llamar la atención sobre esa tragedia, el querido amigo fue enterrado en Las Planas y pocos supieron, durante mucho tiempo, lo que había ocurrido y la razón de la ausencia del extraordinario combatiente. Apenas había cumplido los treinta años.

La noticia que me hizo saber Villar me sacudió hondamente hasta las lágrimas. Braulio, por la amistad y la compenetración en todo, en el pensamiento y en la lucha, era como una parte de mí mismo. Un castillo de ilusiones y de esperanzas se vino abajo, se derrumbó sin más estrépito que el de la explosión del peligroso artefacto que me había hecho confeccionar Ramón Franco. No era fácil sustituir al caído tan inoportunamente, pues lo que él llevaba entre manos no era tarea para todos.

Otros muchos trabajaban febrilmente con propósitos similares; pero aquello fue para mí un derrumbe catastrófico, no sólo por la falta del amigo íntimo, leal y abnegado, sino porque otros que habrían llenado en parte el vacío que dejaba, habían caído también estérilmente en aventuras intrascendentes. Un par de años más tarde, un viejo militante de la construcción, de Barcelona, César Flores, aseguraba en nuestro diario confederal que, de haber sobrevivido Braulio, muchas cosas que acontecieron no habrían tenido lugar. ¡Claro que no!

Pasadas las horas, pasados los días de angustia y de depresión, no quedaba más remedio que hacer frente, sin el amigo y paisano, a la grave situación planteada o por plantearse, y nos pusimos a trabajar sin descanso para olvidar y para cumplir la misión que nos habíamos impuesto. Algo había cambiado la situación entretanto. El gobierno de Portela Valladares cerró las Cortes y convocó a elecciones. Esa decisión nos ponía ante un dilema irrenunciable. El 7 de enero de 1936 fijaba en *Tierra y Libertad*, la posición ante el anuncio de esa inesperada convocatoria a los electores. Y lo hacía así:

«Se presiente la convocatoria a elecciones, para dar un corte a la situación insostenible por el contraste demasiado evidente entre la posesión del poder por parte de las derechas y un sentimiento hostil muy generalizado en las grandes masas populares contra el Gobierno.

El triunfo de Gil Robles fue demasiado temprano y tenía que tropezar con las dificultades con que ha tropezado. España, en su gran mayoría, mira aún al porvenir y tiene fe en la justicia social, en el progreso. Lo lamentable es que, por rutina, por educación, por hábito adquirido, identifique aún el progreso y el avance hacia la justicia social, con un triunfo político de las llamadas izquierdas.

»Se irá a elecciones, se votará por Ticio o por Cayo; es posible que las izquierdas, desplazadas desde noviembre de 1933, vuelvan al poder, si es que, por s artes del viejo caciquismo, no se produce un equilibrio de fuerzas. ¿Y luego?

»Luego, el pueblo advertirá, una vez más que el cambio de los personajes del establo gubernativo no aumenta la ración escasa, que la miseria no disminuye, que la opresión no decrece, que las cargas de explotación y de la dominación del hombre por el hombre permanecen idénticas o son cada vez más pesadas. Y comprenderá que no valía la pena haber derrochado energías, ilusiones y tiempo en avorecer la reconquista del poder por quienes no han hecho otra cosa desde las alturas políticas que reprimir a sangre y fuego, como sus sucesores y sus antecesores, el derecho a la vida y a la libertad que los españoles habían creído obtener con el triunfo de la República.

»Pasa de un millón la cifra de los desocupados en España. ¿Se supone que el gobierno en manos de Azaña o de Martínez Barrio tendrá en sus manos alguna varita mágica para dar ocupación a esa enorme cantidad de hombres sin empleo? ¿No hay que presumir más bien que la cifra de los desocupados aumentará por la resistencia que las izquierdas encontrarán forzosamente en las esferas financieras y de la alta industria que, no obstante los ropajes democráticos, son las que detentan el verdadero poder? Las derechas disfrutaban de la confianza y del apoyo de los financieros, de los grandes industriales, en una palabra, de los hombres que tienen el monopolio del oro o de sus sucedáneos. Sin embargo, han fracasado. Y el paro forzoso va convirtiendo a buena parte del pueblo español en una caravana que se encamina lentamente a su propio entierro.

»¿Qué pueden hacer las izquierdas en esta emergencia? No seamos ilusos, no nos engañemos a nosotros mismos. Estamos lejos de suponer que todos los partidos y todos los individuos que cifran en las próximas elecciones tantas esperanzas, son meros especuladores. Al contrario, queremos suponer que se trata de hombres honestos, que quieren sinceramente mejorar la situación angustiosa del pueblo español.

Pero ¿qué han de conseguir ellos, que no han demostrado jamás la menor comprensión de las cuestiones económicas, que no disponen de los recursos y de las posibilidades de un Roosevelt, de un Hitler, para afrontar el problema del paro? Lo que no han conseguido las recetas de los economistas, las iniciativas del propio capitalismo en todos los países ¿han de conseguirlo los gobernantes izquierdistas eventuales de España?

»Ni siquiera nos han dicho, hasta aquí, y no nos lo dirán en lo sucesivo tampoco, en qué se diferenciará su política futura de la política de las derechas respecto del paro obrero. ¿O es que se imaginan que, una vez en el poder, los hombres tienen más inteligencia, mejor visión, más capacidad, más voluntad que desde el llano?

»Los desocupados, con las derechas o con las izquierdas en el poder, seguirán desocupados, extenuándose en la miseria persistente, hasta que un día ni siquiera les quedará energía para extender la mano y pedir limosna. Y esta no es una profecía caprichosa. Pronto veremos su realidad, si es que la contienda electoral da el poder a las

izquierdas. Mal, muy mal están hoy los trabajadores y los campesinos sin empleo. Pero ¿es que se confía en que mañana estarán mejor por el hecho que el timón gubernativo esté en otras manos?»

El problema del paro nos obsesionaba; la situación económica del país era desastrosa y si no podíamos dejar de prestar toda la atención posible a los presos políticos y sociales, era poco lo que podíamos hacer en su favor y en ayuda a sus familiares más necesitados. La desocupación causaba estragos y no todos se resignaban a desfallecer y a ver desfallecer a los suyos.

Continuaba así la nota del 7 de enero:

«La raíz de la actual anormalidad de la situación no está en la política derechista, ni en la izquierdista, practicada desde el gobierno. Ante todo y sobre todo se trata de males para los que el sistema económico del capitalismo no tiene fácil salida. El sistema económico capitalista produce para los mercados, y no puede hacerlo más allá de la rentabilidad, de la ganancia. Atraviesa un período de quiebra. No encuentra la forma de movilizar la mano de obra abundante, los técnicos y especialistas, ni los recursos materiales disponibles. No hemos advertido hasta aquí que las llamadas izquierdas políticas hayan insinuado siquiera un primer paso para avanzar con alguna seguridad hacia soluciones racionales.

»Todas las declaraciones insisten en mantener el statu quo político y económico. La plataforma de unión política

de las izquierdas es la conservación de la República y de sus instituciones económicas: la propiedad privada del capitalismo. Con esa plataforma tendremos, sin duda, ministros de Gobernación que se liarán la manta a la cabeza para imponer el orden público a fuerza de guardias; pero la crisis económica quedará en pie, los desocupados disminuirán por la muerte prematura, los descontentos tendrán campos de concentración, cárceles...

»Si nosotros nos declaramos revolucionarios, enemigos del régimen actual, con las derechas o las izquierdas en el poder, es porque hemos llegado a la convicción de que no hay otra salida que la implantación de un nuevo sistema, de un nuevo orden económico y de una nueva moral social. Pero si un gobierno, en España o en Afganistán, nos demostrase que a fuerza de decretos y de guardias se puede llegar al ideal de justicia y de bienestar que está en el deseo de todos, cambiaríamos de opinión, y de adversarios del aparato político del Estado, nos convertiríamos en sus más apasionados defensores.

»Pero esa experiencia no se ha hecho ni se hará y mantendremos nuestra posición ideológica y práctica: la salvación no está en el Estado, sino en su abolición; la salida no está en poner en manos de algunas personas los más altos intereses de un pueblo, sino en encontrar la forma en que cada miembro de ese pueblo tome en sus manos los propios destinos. La salvación no está en Azaña ni en Gil Robles; está en cada uno de nosotros. Y eso es lo que diremos a los que creen que todo consiste en meter en la urna un pedazo de papel.»

Uno de los temas de la denuncia permanente que mantenía era el de las cargas tributarias, en aumento incontenible. Se había publicado un trabajo titulado *Las cargas tributarias. Ensayos sobre las finanzas estatales contemporáneas* (Publicaciones Mundial, Barcelona, 1934). Y reiterábamos en el semanario: «Atribuimos muy escasa importancia, no sólo al cambio de unos ministros por otros, de unos partidos por otros en la jefatura del poder del Estado, sino incluso a las modificaciones del régimen político. ¿República? ¿Monarquía? Son palabras, intereses de casta, de partido, tal vez encontrados, pero formas siempre opresivas y represivas de la acción y de la iniciativa del pueblo. Todo gobierno es incompatible con la libertad. Y si una diferencia hay, si puede hablarse de gobiernos malos y de gobiernos peores, no es en razón de la ideología política de los gobernantes, sino en razón de las cargas tributarias que su sostenimiento implica.

»Tenía España, al entrar en el siglo actual, un presupuesto nacional de gastos de unos mil millones de pesetas; la dictadura de Primo de Rivera dejó los presupuestos en cerca de cuatro mil millones; la República los aproximó a los cinco mil millones. Y la tendencia es a crecer, a imponer tributos y contribuciones. No se advierte inclinación en este aspecto a decrecer, sino a aumentar, lo mismo si están en el poder las derechas que si vuelven las izquierdas. Ahora bien, entre el Estado y los municipios se llevaban más del 50 por ciento de la renta nacional, es decir, de los sueldos y salarios. En una crónica de Inglaterra hemos leído recientemente que el fisco se apropiaba del 80 por ciento de las ganancias del hombre en vida, y, allí, del 50 por ciento de la fortuna después de muerto...»

Y en cuanto a las elecciones probables:

«No nos abstenemos en las luchas electorales, no nos negamos a enviar representantes al Parlamento creyendo que por esa abstención damos solución a los problemas económicos y sociales existentes. El no votar simplemente es tan inútil como acudir a las urnas. Ni de una manera ni de otra nos aproximamos a un mundo mejor. Pero nuestra abstención es puramente negativa, puesto que, si por un lado testimoniamos nuestra hostilidad a la perpetuación de un engaño, por otro sostenemos nuestro programa acción, nuestra solución, nuestra ruta. No nos interesa el que vota ni nos interesa el que no vota, cuando por ese gesto creen haber cumplido con su deber. Eso no es de ningún modo importante; lo importante es la concentración de fuerzas, de voluntades en la verdadera solución, la que haga de cada individuo un factor determinante de su propio destino.»

Lo que había que hacer era repoblar sus bosques, abrir canales de riego para sus tierras sedientas, construir centrales eléctricas, fabricar máquinas, montar industrias, abonar la tierra, ensanchar el horizonte cultural del pueblo, crear establecimientos de instrucción primaria, secundaria y superior. Todo eso es condición ineludible de su prosperidad material y de su bienestar moral, pero eso no lo puede hacer el régimen capitalista, no lo puede hacer el Estado, siquiera en la forma novísima del capitalismo estatal, porque sólo en gastos improductivos de su sostenimiento consume la mitad del producto del trabajo humano. Eso puede hacerlo el pueblo mismo, por medio de sus organizaciones laboriosas del campo

y de la industria, y no en un futuro lejano, sino desde ahora mismo.

»Sólo en un régimen de propiedad socializada habrá en España trabajo y pan para todos, sin excepción, obreros del músculo o de la inteligencia, trabajadores industriales y campesinos, hombres y mujeres. ¿Y en lugar de concentrar todas las energías en esa dirección se quiere que nos entretengamos en facilitar la conquista del poder por Cayo en lugar de Ticio? No, es en el seno del mundo del trabajo, y sólo por el trabajo, donde surgirá la nueva vida que todos deseamos para España y para todos los pueblos de la Tierra. Y los que, al acudir a las urnas, lo hacen en la creencia de cumplir una labor provechosa y útil, harían bien en meditar sobre nuestra posición, pues no es por indiferencia política por lo que no vamos a las urnas ni al Parlamento, sino porque la historia y la lógica nos han enseñado que ese camino sólo puede llevar de una dictadura a otra, pero no a la emancipación de los trabajadores y al bienestar de todos.»

Ante el fervor suscitado en algunos sectores por las próximas elecciones volvía a reiterar:

«Lo mismo que la sucesión de gobiernos y gobernantes no ha modificado una línea en la vida cotidiana de los trabajadores y los campesinos, si no es en un sentido de empeoramiento, durante estos tres últimos años, tampoco se ha visto diferencia esencial entre los métodos de gobierno del primer bienio republicano-socialista y los del segundo, radical-cedista, si no es porque las leyes

represivas que antes se empleaban contra nosotros, últimamente fueron aplicadas también a nuestros perseguidores y torturadores, los fabricantes de esas mismas leyes. La diferencia, pues, es sólo de grado, pero no de esencia. Si nosotros, desde octubre (de 1934) hubiésemos cantado loas a Gil Robles y a Lerroux, como en el primer bienio un sector importante del proletariado, o en nombre del proletariado, las cantaba a los gobernantes entonces a cargo del timón, sometiéndonos supinamente a todos sus caprichos y a sus desafueros, tampoco habríamos sufrido en primera línea las tropelías gubernamentales. ¡Triste concepción proletaria y revolucionaria la que entiende que los trabajadores sólo tienen por misión adaptarse a la política de Estado de tales o cuales partidos...!

»El proletariado de las ciudades y de los campos ha sido uncido al yugo de la explotación estatal en virtud de falsas concepciones de la vida social y de una antiquísima servidumbre voluntaria cuando no por la simple violencia bruta. Lo primero que corresponde hacer es cortar esas ligaduras, reivindicar la mayoría de edad, romper un tutelaje funesto y ruinoso y entrar en posesión de la riqueza social que pertenece a los que la han producido. Los trabajadores son mayores de edad y quieren regirse a sí mismos.

Y con el cambio de los personajes de la feria política y parlamentaria no se emancipan del yugo de oprobio, puesto que subsiste, con todos sus anillos, la cadena de la esclavitud económica, política y social...»

Denunciaba el peligro del triunfo de las izquierdas lo mismo o muy similar al de las derechas:

«Si triunfan las derechas, no hace falta prever los resultados inmediatos. Lo proclaman a los cuatro vientos sus portavoces. Aunque izquierdas y derechas son hoy un verdadero frente antirrevolucionario, un dique de contención contra las reivindicaciones legítimas de los que trabajan y se ven despojados del fruto de su esfuerzo, las derechas se confiesan abiertamente antirrevolucionarias; se han quitado la máscara que aún llevaban los viejos partidos liberales e incluso conservadores. Las izquierdas, enemigas acérrimas, tanto como las derechas, de la revolución del pueblo —la única verdadera—, aseguran en los mítines electorales que harán la revolución desde arriba, por decreto, como la quería hacer Antonio Maura, el famoso político conservador.

Las derechas no quieren mentir, y hacen bien; quieren el poder para hacer obra contrarrevolucionaria, para librar a España de lo que tiene de más noble y digno: el ansia de un mundo nuevo de justicia, de bienestar y de libertad. ¿Es que los trabajadores lo han olvidado todo y no advierten que su destino será el mismo si las condiciones sociales y económicas no cambian, y que la salvación ha de buscarse por otros caminos?»

Las exhortaciones que hacía eran profundamente sentidas:

«¡Que los trabajadores se entiendan en sus lugares de trabajo, que tomen la producción en sus manos y no

consientan que en nombre de Dios o en nombre del diablo, en nombre de la democracia o en nombre del fascismo, en nombre de la monarquía o en nombre de la República, se les arrebate lo que les pertenece! Todo lo demás es cuestión de arreglo, de tolerancia, de seguir cada cual sus predilecciones. Lo que importa es que los productores tengan derecho al producto íntegro de su trabajo, y se verá cómo se arregla el resto.

»¡Hermanos explotados! Es en vosotros mismos donde está la solución. Reflexionad un momento y poneos de acuerdo, como productores, sobre lo que os conviene. No sacrificuéis jamás vuestra personalidad y no dejéis en manos ajenas lo que sólo en las vuestras está seguro.

Todo lo habéis creado con vuestros músculos o con vuestra inteligencia. ¿No es hora ya de que reclaméis el patrimonio que os corresponde como legítimos dueños de él que sois?»

Se veía meridianamente que se avecinaban acontecimientos trascendentales. Había que estar preparados para ellos y no para volver a caer en los engaños y simulaciones de siempre.

En una palabra, no veía ningún motivo para alterar la posición tradicional del desenmascaramiento de lo que juzgábamos un engaño, una comedia.

¿Un cambio de táctica?

El Frente Popular y las elecciones

Francisco Largo Caballero, el «Lenin español», como se le solía calificar, había anunciado en Linares, y luego en el Cinema Europa de Madrid, que el objetivo irrenunciable de su partido era la conquista del poder político, para instalar desde él el socialismo, el socialismo marxista. ¿Cómo en la Rusia de Lenin y Trotsky y Stalin? Esa no era para nosotros una panacea compartible.

«Nosotros lo cifrábamos todo en la conquista del poder económico, para lo cual contábamos con la organización del trabajo en todas las esferas. Frente a la perspectiva socialista caballerista, lo mismo que ante la de los partidos republicanos, el abstencionismo electoral habría sido inconmovible. Pero los llamados partidos de izquierda habían reunido sus fuerzas en el programa del novísimo Frente Popular, el 15 de enero de 1936. En el primer punto de ese programa se leía: «La decisión de una amnistía amplia de los delitos político-sociales cometidos posteriormente a noviembre de 1933, aunque no hubiesen sido considerados como tales por los tribunales; la amnistía alcanzará también a los del mismo carácter comprendidos en la ley del 14 de abril de 1934. Se revisarán con arreglo a la ley las sentencias pronunciadas en aplicación indebida de la ley le vagos, por motivos de carácter político; hasta tanto que habiliten las bisecciones que en dicha ley se prescriben, se restringirá la aplicación de la misma y se impedirá que en lo sucesivo se utilice para perseguir ideas y actuaciones políticas».

Si la habilidad política de las derechas hubiese anunciado una perspectiva de ese carácter, nuestra posición no se habría alterado. La abstención no habría encontrado motivos para ningún cambio; y menos aún si las derechas en el poder se hubiesen anticipado decretando la amnistía por delitos políticos y sociales antes de las elecciones.

El panorama estaba claro, muy claro. La clave del resultado electoral estaba en nuestras manos. Con la abstención habría estado asegurado el triunfo de las derechas fascistas o fascizantes; con nuestra posible participación dábamos el poder a las izquierdas, con las que ni habíamos tenido contacto alguno ni ellas habían intentado nada para un diálogo con nosotros. No había razones válidas para obrar de otro modo a como lo habíamos hecho siempre.

Fueron aquellos días y noches de desasosiego, de inquietud, de vacilación, un drama interior, un caso de conciencia abrumador. Los amigos esperaban que se iniciase desde nuestra prensa la campaña en gran escala contra las urnas; y hasta se comenzaba a murmurar sobre el silencio mantenido al respecto.

En vista de la responsabilidad que me incumbía en aquellas horas angustiosas, comprendí que no era posible repetir lo hecho en las elecciones de fines de 1933. Por lo menos, yo no lo haría. Si triunfaban las derechas que anunciaban un régimen totalitario, España se situaría como un peón importante en el tablero europeo al lado de Mussolini y de Hitler, y tendría que participar y que desangrarse y que quedar en ruinas en la próxima guerra que todos los que teníamos alguna noción de la

realidad histórica de aquellos tiempos veíamos venir, aunque los problemas internos no nos dejaran apenas espacio para destacar ese peligro. Si triunfaban las izquierdas, el porvenir era trágico también, porque no se podría ni se sabría evitar el estallido de una guerra civil.

Nuestro pueblo, y nosotros con ese pueblo, estábamos atrapados. Pero en aquellas circunstancias dramáticas decidí que no asumiría la responsabilidad de una campaña abstencionista, que en otras circunstancias no habría vacilado en sostener y alentar.

Para hacer saber mi decisión personal, convoqué a una reunión de los compañeros de absoluta confianza, entre los que podía decir lo que no siempre era posible decir en una gran asamblea, en un mitin. Fue una reunión muy restringida, para un primer cambio de impresiones, para pulsar el pensamiento y el sentir de los más íntimos. Llegaron los invitados, Tomás Herreros, Francisco Ascaso, Pedro Herrera, Buenaventura Durruti, Manuel Villar. No recuerdo a ningún otro. Eran suficientes para esa primera apertura, para desnudar el alma en la mayor intimidad. Los asistentes, todos, sabían bien que los móviles que guiaban mi vida y mi conducta no estaban sujetos a examen, hubiese o no hubiese acuerdo en cualquiera que fuese la cuestión en litigio. Y la amistad y el compañerismo no habrían sufrido en la eventualidad de un disentimiento. Además, una cosa era el criterio individual, y otro el del movimiento y las organizaciones cuyo sentir representábamos.

Expuse a los congregados mi modo de ver el momento en

que vivíamos. Por la significación del movimiento al que le habíamos dado y dábamos todo lo que éramos y representábamos, éramos la clave de la derrota o el triunfo de las izquierdas en la consulta electoral que iba a realizarse. Con las izquierdas, que habíamos desplazado del poder con fuertes razones para esa actitud en 1933, teníamos la promesa, el compromiso público de una amplia amnistía, y nos hacían falta, mucha falta, junto a nosotros, los 15 000 presos de la CNT y de la FAI.

La abstención de nuestros compañeros era el triunfo de las derechas, que proclamaban la instauración de un régimen fascista y que se habrían adueñado del poder democráticamente, por la vía del sufragio popular. En esa disyuntiva me era imposible recomendar desde nuestra prensa la abstención, y si a pesar de mi criterio personal, no improvisado, se resolvía recomendarla, estaba resuelto a apartarme, a quedar al margen y a renunciar a toda función orgánica.

Los pocos compañeros convocados para hacer conocer mi criterio estuvieron en absoluto acuerdo conmigo, Durruti el primero, que captó el significado del momento que estábamos atravesando con el fervor, el calor y el empuje que ponía en todo. La compenetración fue absoluta. No se hizo la menor objeción, la coincidencia fue completa.

Ese primer contacto íntimo era para mí muy importante, para comprobar de cerca si la propia decisión iba a tener o no acogida en el movimiento social al que pertenecíamos. Por lo pronto, ni en las publicaciones de la FAI ni en el diario

confederal de Cataluña, que tenían su peso en la opinión de los militantes de todas las regiones españolas, se haría bandera de la abstención; ni en una ni en la otra de esas publicaciones se adoptaría la fórmula rutinaria de tantos años.

Después de ese primer encuentro, hubo reuniones más amplias, y todas absolutamente coincidentes, y en todas las regiones de España parece que no hubo al respecto disidencia alguna, por lo menos de repercusión pública. Es posible que, aun sin mis recelos y mi decisión, la concurrencia a las urnas de nuestros compañeros habría sido muy importante; la liberación de los presos era una exigencia demasiado fuerte para no hacer algo por ella, aunque fuera poco, aprovechando la papeleta del sufragio.

Dado el buen acuerdo en la actitud a mantener, la tarea nos fue más fácil. No hizo falta exhortar a concurrir a las urnas; nos bastó con no propagar lo contrario, la no concurrencia. La única voz que, en un mitin público, recomendó abiertamente la participación, fue la de Buenaventura Durruti, y se le llamó al orden por ello. Ni en las publicaciones de la FAI ni en los diarios y periódicos de la CNT se encontrará una recomendación abierta en favor del voto, pero tampoco se encontrarán recomendaciones para no votar.

Algunos intentos de apelar a una condena de nuestra actitud por militantes del exterior a los que se apeló por carta para que juzgasen el cambio táctico que habíamos promovido, no tuvieron repercusión.

Las elecciones se realizaron en la primera vuelta el 16 de

febrero de 1936; las izquierdas obtuvieron 4 838 149 votos; las derechas 4 446 251. Los partidos de centro, 449 320. La diferencia era de 392 198 votos. Sin el aporte de un millón o millón y medio de votos del movimiento libertario, las izquierdas habrían resultado vencidas, arrolladas. ¿Hicimos bien o hicimos mal?

Habíamos impedido el triunfo electoral del fascismo y con ello la futura entrada de España en la guerra mundial que se preparaba; pero habíamos acelerado el proceso de la guerra civil, que no podría impedirse, porque los que abrieron con su falta de sentido político y social el cauce del bienio Lerroux-Gil Robles, no habían dado muestras de haber comprendido mejor su misión. Si nada nos ligaba a las derechas, no teníamos motivos para sentirnos ligados a las izquierdas, de las que sólo esperábamos la amnistía para los presos políticos y sociales.

El 19 de febrero de 1936 entró en funciones el nuevo gobierno, presidido por Manuel Azaña; el 7 de abril fue destituido de la presidencia de la segunda República don Niceto Alcalá Zamora, y Azaña fue designado para sustituirle.

En Cataluña se volvió a las instituciones y condiciones políticas que rigieron hasta la ley del 2 de enero de 1935. Luis Companys y demás presos por el alzamiento frustrado de octubre de 1934 volvieron a sus puestos, pero sin el doctor Dencás, a quien el propio Companys aniquiló políticamente en el Parlamento catalán. *Solidaridad Obrera* volvió a ver la luz sin restricciones y dificultades mayores.

No recuerdo por qué motivo tuve que hacerme cargo

interinamente de la dirección del diario confederal, en la calle Consejo de Ciento, sin abandonar las publicaciones de la FAI a mi cargo en la calle Unión.

Uno de esos días, iba en un tranvía de un lugar a otro y escuché la conversación irritada de dos pasajeros, un sacerdote y un paisano; el sacerdote gritaba irritado que la culpa del fracaso de las derechas la tenían ellas mismas, pues si hubiesen decretado o anunciado la amnistía para los presos políticos y sociales, habrían ganado con toda seguridad.

En *Solidaridad Obrera* se anunciaba eufóricamente, y era comprensible aquel estado de ánimo, aunque la euforia no era del todo compartida por mí: «Ya están abiertos los sindicatos, la CNT tiene en Barcelona las manos libres. La vieja ciudad confederal —capital del anarcosindicalismo español— puede llegar nuevamente a ser el orgullo del entero movimiento libertario. Las posibilidades existen.

Los obreros afluyen hacia los sindicatos ansiando que no se repita la caída de la España que piensa y que trabaja en manos de sus seculares enemigos. En la voluntad de obrar de la masa militante; en la inteligencia con que se aprovechen estos momentos y se encaren los problemas de la revolución, reside la posibilidad de que la CNT sea la organización de las multitudes y la fuerza transformadora por excelencia. Cada momento tiene sus necesidades propias. La consigna de hoy es reconstruir la organización, para que sea capaz de cumplir con su misión histórica»...

Al conocerse los resultados de las elecciones, en las que

habíamos determinado el triunfo de las izquierdas, hacía estos comentarios en *Tierra y libertad*:

«Se han celebrado las elecciones. El pueblo soberano ha acudido a las urnas, menos los que no acudieron por no querer hacerse cómplices de la propia esclavitud o por pereza. Pero el pueblo soberano ha dado su voto. ¿Y ahora qué?

»No nos interesa el triunfo de uno de los grandes sectores contrincantes ni el triunfo del otro; derechas, izquierdas, centro, tienen el mismo programa, las mismas posibilidades, los mismos métodos.

Han de gobernar con el aparato estatal, en buenas relaciones con los magnates de las finanzas, siempre contra las justas reivindicaciones de los expoliados, de los desheredados, de los oprimidos.

Un gobierno que no lo hiciera así, dejaría en pocas horas de ser gobierno; para existir como tal necesita cobrar impuestos, contribuciones, gabelas, y para obligar a pagar todo eso, necesita guardias, guardias y guardias, sin contar el aparato mismo encargado de esas percepciones, que llena millares y millares de covachuelas ministeriales y municipales; necesita sostener cuerpos de ejército para defender la patria contra el enemigo, como en octubre en Asturias...

»Más del 80 por ciento de los ingresos del Estado se destinarán siempre a fines improductivos, a instituciones parasitarias.

»La gran mayoría de las leyes represivas que esgrimieron las derechas en el Poder fueron obra de las izquierdas.

»Las izquierdas políticas no quieren la revolución social, única solución positiva a los males de España. No quieren la disolución del ejército y la entrega de las armas al pueblo, para que defienda su territorio, como lo defendió desde 1809 a 1814 contra Napoleón I y contra el propio gobierno a los pies de los invasores. No quieren ni pueden consentir que los productores organicen la producción y la distribución de la riqueza social; no pueden ni quieren suprimir los cuerpos antipopulares de los «cien negros» españoles; no pueden ni quieren licenciar cientos de miles de burócratas inútiles; no quieren ni pueden suicidarse como gobierno. Y si las izquierdas no quieren ni pueden nada de eso, con menos razón hay que esperar el suicidio de parte de las derechas. Por consiguiente, se han verificado las elecciones. ¿Y ahora qué?

»Ahora, los esclavos del salario volverán a sus lugares de trabajo bajo la presión del capitalismo, a sudar para que engorden los que no trabajan. Los desocupados continuarán en su miseria, en su inacción, pudriéndose de asco hasta desfallecer. Salgan o no salgan los presos e octubre, y los de enero y diciembre e 1933, las cárceles no quedarán vacías mucho tiempo. Se agregarán nuevas leyes represivas a las ya existentes, aumentarán los funcionarios del Estado, se votarán nuevas partidas para la guardia civil, para la de asalto, etc., etc. Se harán gastos ingentes para renovar la escuadra, útil ya solamente para bombardear poblaciones obreras de las costas; se encontrará dinero

para comprar armamentos para el Ejército. Y media España seguirá sin saber lo que es comer todos los días.

»¿Para ese resultado se quería nuestro apoyo? Pronto veréis, trabajadores industriales y obreros del campo, técnicos sin empleo, profesionales, hombres y mujeres; pronto veréis cómo no os hemos dicho más que la verdad. Vuestra situación será la misma hoy que ayer, y si experimentáis alguna variación, será en el sentido del empeoramiento. No puede ser de otro modo. Los problemas de España son problemas de trabajo, de sudor, de esfuerzo fecundo, pero también de libertad y de justicia. Y ni izquierdas, ni derechas, ni centro pueden resolverlos, porque han de mantener obligadamente su parasitismo y la desocupación, la iniquidad y la esclavitud.

»El cambio lo hemos señalado: está en el acuerdo de los productores para liquidar un régimen monstruoso que no permite el libre acceso al trabajo y hace posible una desocupación obrera, campesina y tecnológica sin precedentes, cuando abunda la tierra, abundan los recursos posibles y media España sucumbe lentamente de hambre y de privaciones.

»La salvación está en el trabajo. Y vendrá el día en que los trabajadores la deseen de veras. Por ese día luchamos los anarquistas, la única corriente social de ideas que no pretende vivir a costa del esfuerzo de los demás; por eso no va al Parlamento; por eso no quiere engañar a nadie...»

Resumía también en un editorial del semanario la propia

acritud y el pensamiento que nos guiaba. En llamados razonables anunciábamos lo que venía a pasos agigantados; transcribimos íntegramente lo que decíamos el 13 de marzo de 1936:

«Estamos otra vez como después del 14 de abril de 1931; sólo que esta vez las grandes masas populares no mantienen, como entonces, la borrachera republicana y la confianza alborozada en el nuevo régimen político; y por otra parte, si hace cinco años los elementos conservadores y reaccionarios se encontraban atemorizados y desorganizados, hoy mantienen una envidiable cohesión, dan cara al peligro y se disponen a volver por cualquier camino a recuperar el timón del Estado y el absolutismo en la vida económica. Si el nuevo Gobierno, por las artes demagógicas que están siempre al alcance de los gobiernos, lograse interpretar el sentimiento popular antifascista, antirreaccionario, como supo hacerlo desde la oposición con la bandera de la amnistía, aun le cabría la posibilidad de vestirse con ajeno plumaje o de aparecer con la aureola del progreso y del liberalismo. Pero las necesidades de la política práctica harán pronto que la indiferencia popular de hoy en los primeros momentos de su actuación, se trueque en un mañana muy próximo en hostilidad invencible. Y entonces se tocarán los extremos Gil Robles y Azaña, porque ambos extremos están igualmente interesados en poner vallás al avance hacia metas superiores de libertad y de justicia.

»Nosotros estamos satisfechos del triunfo de las izquierdas, pero nuestra satisfacción es muy distinta a la

que proclaman entusiasmados comunistas y socialistas. Estamos satisfechos por esto: desde la oposición, esas gentes habrían conseguido polarizar ilusiones múltiples, echando toda la culpa de la situación a las derechas. El pueblo es siempre lo suficiente ingenuo para prestarse a esos espejismos y a esas engañosas. No esperábamos ningún otro gesto subversivo de las izquierdas políticas por virtud del fracaso electoral eventual; al contrario, ese fracaso hubiera sido su mejor caudal político. En cambio, el triunfo en las elecciones les dio el poder de modo inmediato, con la insuperable misión de solucionar el malestar creciente del pueblo español. Su triunfo ha acelerado su derrota final. Lo único que deploramos es que los socialistas y los comunistas no tuviesen también participación ministerial en el Gobierno, aunque ya tengan bastante responsabilidad con su intervención en el Parlamento. ¿Se quiere una demostración más de la ineficacia de la conquista del poder político para decretar desde allí la felicidad universal? Después del 14 de abril de 1931, tenemos el 16 de febrero de 1936. El pueblo no espera de las derechas más que lo que han dado siempre por mediación de los guardias civiles y los guardias de asalto; no es que hoy las esperanzas en la acción de las izquierdas sea como hace cinco años; pero si esas izquierdas quedaban derrotadas, el camino de la revolución habría sido mucho más obstruido.

«Ahora quedamos libres de la atracción del izquierdismo demagógico en la oposición. En la oposición y al acecho de su hora tenemos el fascismo, de manera que las masas productoras, que son enemigas del fascismo, se

encontrarán también frente al gobierno de las izquierdas, porque no podrán disminuir los impuestos y contribuciones, porque habrán de confiar su permanencia en el poder a la acción de los cuerpos policiales represivos, porque habrán de defender los intereses del capitalismo contra las reclamaciones de los desheredados. En estas circunstancias, si las derechas no se deciden a dar su golpe de Estado y prefieren ir al poder «democráticamente», apoyando mientras tanto en los trances difíciles al Gobierno, el pueblo español que trabaja y que piensa tiene que comprender su dilema insuperable: o se resigna a la miseria in crescendo, a la opresión estatal y a la explotación económica, a la desocupación, la muerte prematura por el hambre, o se decide a conquistar por la propia acción directa el derecho a vivir, a trabajar, a crear riqueza sin más límite que la saturación de las necesidades existentes y las posibles.

»Para cuando llegue ese estado de ánimo, que no puede tardar; y dado que el proceso de radicalización del movimiento obrero es indudable en toda España, los anarquistas habríamos de estar en condiciones de eficiencia combativa.

Cada minuto que hoy derrochemos nos parece un crimen contra la revolución y contra la humanidad. Somos un número suficiente para que sobre nosotros caiga la responsabilidad histórica del porvenir. Es preciso prepararnos, serenamente, reflexivamente, inteligentemente. Si es verdad que a una revolución no se va como a un golpe de Estado; si es verdad que requiere

circunstancias psicológicas y sociales favorables, esas circunstancias no faltarán, y en cambio, si no aprovechamos el tiempo puede faltar nuestra preparación para cumplir el papel de minoría de vanguardia, capaz de orientar a las muchedumbres y de llevarlas al triunfo por nuestro adiestramiento previo, material, intelectual y moral.

»La revolución no es un juego de niños; es mucho más. Puede ser rebelde cualquiera, pero revolucionario no es más que el que sobre esa rebeldía ha edificado un mundo de conocimientos, tanto de carácter económico y social como de carácter estratégico, de lucha, de ataque.

¿No veis al mundo capitalista concentrar lo mejor de su técnica, de su inteligencia, de sus recursos, en la ciencia de la guerra, que se dirige tanto al exterior como al «enemigo interior»? Frente a ello no podemos contentarnos con oponer el dique de la rebeldía y del heroísmo individual, que cuentan poco en las luchas armadas modernas.

»¿Qué palabras encontraríamos para hacer penetrar en la cabeza de cada compañero, de cada militante, que las horas que vivimos son graves y que es preciso aprovechar todo minuto en una preparación inteligente y adecuada para las eventualidades que no tardarán en presentarse?...»

Incidencias en el camino

Era bien sabido por los ambientes de los lectores de nuestra prensa que por mi parte no era nada adicto al jacobinismo revolucionario y que lo enfrentaba como un error y como un peligro. Por eso no estimulaba las pequeñas acciones de represalia que para otros eran como un deber de justicia. He soportado muchas injusticias, pero no por ello he sentido como un acicate permanente la venganza, contra los causantes de ellas.

Un día el director de la Cárcel Modelo le Barcelona, Rojas, que se había distinguido por su rigor, por su sadismo en hacer sufrir a los presos bajo su gestión en el bienio que se cerraba, fue objeto ie un atentado; quedó mal herido, pero las heridas no fueron mortales.

No creía que esos hechos de venganza mereciesen aplausos, pero tampoco era aconsejable su desautorización. Hechos ie esa naturaleza, psicológicamente justificados, no los comentaba siquiera para no suscitar desgastes posibles de fuerzas que preferíamos movidas por objetivos de mayor alcance y significación.

Se me hizo saber que se había decidido impedir que Miguel Badía, ex jefe de Policía de Barcelona, que había ordenado a sus agentes disparar sobre la muchedumbre pacífica y emotiva que esperaba la llegada de los niños de los huelguistas de Zaragoza delante de los talleres de *Solidaridad Obrera*; el mismo que era responsable de otros desaguisados; el mismo

que había planeado en octubre de 1934 una ofensiva de tipo nazi contra nosotros con su «¡Fuego a la FAI! La FAI es producto de España». Se había decidido que no pajease tranquilamente por las calles de Barcelona, de regreso de un exilio feliz al triunfar las izquierdas en las elecciones y al ser reinstalado el gobierno de la Generalidad.

En ese caso no podía oponerme, aun considerando las molestias que un hecho de esa naturaleza podía ocasionarnos en aquellos tiempos en que todo minuto perdido nos parecía peligroso.

Naturalmente, tomé todas las medidas del caso para que la reacción gubernativa que sucediera a ese hecho en puertas, no causara trastornos excesivos. Hice retirar los libros con las direcciones de los paqueteros y suscriptores y todo documento que pudiera comprometernos a nosotros o a los amigos. Tomadas esas precauciones, permanecí sereno en espera de las medidas represivas habituales al producirse un acto de esa naturaleza, a pesar de que ni directa ni indirectamente tenía intervención alguna en él. Pero por mucho menos había tenido que aceptar el hospedaje en la Cárcel Modelo muchas veces.

Una mañana apareció en la redacción del semanario un compañero al que conocía bien, incluso desde la Argentina. Mostraba un aire satisfecho, como de triunfo, y fumaba con fruición un cigarrillo.

—Ya está, todo salió bien.

No me hacían falta más explicaciones: ¡a esperar la contraofensiva! Miguel Badía había sido ultimado a tiros, y

como un hermano que le acompañaba intentó reaccionar, fue muerto también.

Pasó el día sin novedades, con extrañeza por mi parte. Supimos que Luis Companys, al recibir la noticia de lo ocurrido, exclamó:

—Se lo han buscado.

Era la primera vez que un hecho de esa naturaleza no producía la consabida represión.

Los problemas que nos agobiaban eran otros. La muerte de Miguel Badía no resolvía nada, a pesar de lo difícil que era para algunos olvidar su pasado, e igualmente ignorar lo que haría en el porvenir contra nosotros, contra nuestro movimiento, hacia el cual sentía un rencor patológico, cuyas causas y motivaciones ignorábamos.

Aunque era habitual la apología de esos hechos en la prensa libertaria, una apología que hizo más mal que bien, ni siquiera quise señalar el hecho cumplido ni la razón del mismo.

Tenía la atención fija en lo que iba a venir, de mucha mayor trascendencia que la anulación de un enemigo. Por aquellos días me invitó Francisco Ascaso a que le acompañase en una visita a un oficial de Estado Mayor del Ejército, retirado por la ley Azaña, con el que se mantenían buenas relaciones y había plena confianza. Ya nos había prestado antes algunos servicios oportunos. No recuerdo su nombre.

Le planteamos la urgencia de disponer de algún armamento

para lo que todos veíamos venir. Había en el cuartel de Atarazanas un depósito importante de fusiles y municiones. ¿Cómo hacerse de una parte al menos de esa riqueza? Por mi parte recordaba el túnel de Punta Carretas en Montevideo. El oficial de Estado Mayor nos explicó que no había más recurso que el del asalto al cuartel.

—¿Y la defensa desde el interior del mismo?

—Tiene sus límites. Suponed que se hace fuego con una ametralladora desde un emplazamiento estratégico. Para silenciarla hay que avanzar; avanzar con nuevas oleadas de atacantes, pasando sobre los cadáveres y los heridos, hasta tener a mano a los servidores del arma.

Conversamos largo rato sobre la situación y hubo muchas coincidencias. En lo que yo no podía coincidir era en las conclusiones de la ciencia militar para acercarse a una ametralladora en acción, al costo de centenares de muertos y de moribundos. El costo era excesivo, y así se lo dije a Ascaso al salir a la calle. Había que buscar otras soluciones, pero ¿cuáles? El tiempo apremiaba demasiado. Las armas con que contaban nuestros amigos eran irrisorias en cuanto al número, y también irrisorias en cuanto a su calidad, salvo algunas piezas salvadas de la hecatombe de Asturias. No sabía si las granadas de Ramón Franco, después de la muerte de Braulio, se habían seguido preparando o no, aunque algunas estaban listas, pero ante lo que venían era muy poco. El objetivo para el cual se preparaban había sido descartado en vista del nuevo panorama político.

La otra cara de la beligerancia: hacia una nueva organización de la economía

Si era obsesiva la preparación material para los acontecimientos inevitables, inevitables porque el Gobierno seguía cometiendo todos los errores que había cometido en el primer bienio socialista-azañista, esta vez no sólo éramos nosotros los chivos emisarios de su ceguera, sino también las derechas, la Falange y otros elementos conspirativos; si era obsesiva esa preparación material, para mí no lo era menos la preparación para un cambio económico y social que había que tratar de encauzar. En los medios confederales y libertarios en general, se quería vivir lejos de las exigencias reales, y se mantenía la meta del comunismo anarquista al día siguiente de la revolución, según la fórmula kropotkiniana, que se impuso frente al colectivismo bakuniano de la Primera Internacional y frente al mutualismo de Proudhon, una batalla interna que duró largas decenas de años, con disputas, escisiones, enemistades deplorables. El esclarecimiento de lo que es posible y lo que es un ideal sugestivo, habría de haberse emprendido muchos años antes y en los pocos meses que nos quedaban no era fácil llegar a la conciencia del gran número. En esa batalla estuve prácticamente solo, aunque contaba con la adhesión y la comprensión de muchos militantes de gravitación.

Resumía, como punto de partida, de este modo las

aspiraciones básicas del movimiento confederal para el logro de la emancipación proletaria y de la solidaridad humana:

Socialización de la riqueza social —tierra, materias primas, herramientas y máquinas, medios de transporte, instituciones de enseñanza y de sanidad— para que nadie pueda vivir del trabajo ajeno ni disfrutar a costa de la comunidad de privilegios particulares.

Supresión de todo poder político que haga la ley para todos y la imponga por medios coercitivos.

Reorganización de la vida económica y social sobre la base del trabajo en su vasto significado de trabajo manual, administrativo y técnico.

Aseguramiento de los medios de vida a los que —niños, ancianos y enfermos— no pueden contribuir ya, o todavía no, al proceso de la producción.

Supresión de toda institución eclesiástica cuando es instrumento de opresión espiritual, aun respetando las creencias religiosas, filosóficas, sociales y políticas de cada individuo.

Abolición de las fronteras nacionales y desenmascaramiento de la mentira del nacionalismo, propiciando la entente, la solidaridad y el apoyo mutuo de todos los pueblos y de todas las razas.

Reconstrucción de la familia por el amor libre al margen de toda coacción ligiosa, política o económica.

Todas las formas sociales conocidas, de origen religioso o base política, asientan el reconocimiento de clases y de privilegios e imponen a una parte de la población, obligada a vender su fuerza de abajo como una mercancía, la tarea de sostener el ocio y el disfrute a la otra parte.

Nuestro movimiento obrero sindical quiere reorganizar la convivencia social sobre el trabajo para todos y el reparto equitativo de la producción entre todos los miembros de la sociedad. Solamente el trabajo, socialmente necesario y socialmente reconocido, puede garantizar el insumo de los frutos del esfuerzo humano.

Si en los regímenes económicos conocidos la producción ha sido escindida del consumo, de la satisfacción de las necesidades humanas a causa de la primacía que en ellas han tenido los privilegios y monopolios particulares, en la nueva convivencia el trabajo tiene una sola misión y una sola razón de ser: la satisfacción de las necesidades, tanto materiales como de orden cultural del hombre.

Para la estructuración de esas formas de vida en las que el trabajo sea fundamento común y base ineludible de disfrute para todos, hay que tomar como punto de partida la célula productora, el lugar de trabajo, independientemente de la fe religiosa, de la creencia política, de la orientación espiritual y de la residencia de sus miembros.

Si en una organización de tipo político cabe la ordenación de la población en base al lugar de residencia, al culto religioso, a la predilección política, en una sociedad de productores y

consumidores libres, el lugar de trabajo y sus vinculaciones por afinidades funcionales debe sustituir a los órganos resultantes de la institución y de la ordenación social: parlamentos, municipios, etc.

Sin desconocer la posibilidad de corrientes sociales múltiples basadas en afinidades personales, en intereses comunes, en la vecindad, en gustos especiales, su regulación social es innecesaria, pero en cambio es necesaria la regulación económica, que afecta a todos por igual y obedece a una necesidad ineludible. Por eso importa en primer lugar la regulación racional de la vida económica del nuevo régimen.

Para llegar a ese estado de cosas, aspiración suprema de los desheredados de la riqueza social, hace falta proceder en dos direcciones paralelas y solidarias: a) la preparación insurreccional, es decir, la organización de la lucha violenta contra los privilegios y monopolios mediante la huelga general, la ocupación de las fábricas, las tierras y los medios de transporte y comunicaciones, la negativa a producir para el capitalismo y la defensa con todos los medios de las posiciones conquistadas, y la ayuda a las regiones donde las fuerzas del trabajo no hayan conseguido el triunfo, b) La preparación económica para la suplantación de la dirección financiera de la vida productiva, en interés de minorías privilegiadas, por la dirección de los productores y distribuidores mismos en interés de toda la colectividad laboriosa.

Reiteráremos sin cesar: la primera célula productiva, la primera expresión de la economía socializada, está en el lugar de trabajo: fábrica, granja, mina, nave, escuela, etc. El personal

todo, manual, administrativo y técnico de cada lugar de trabajo constituye, por delegación de sus secciones, un comité de fábrica, de granja, de mina, etc. Esos comités organizan el trabajo en el lugar de su incumbencia; luego se relacionan entre sí por afinidades funcionales en el orden local y crean secciones y sindicatos de una industria determinada y forman una federación o consejo de ramo o industria. Los consejos o sindicatos de una localidad forman un Consejo de economía, y así sucesivamente en lo regional y en lo nacional. Era todo un andamiaje realista, fácilmente captable por todos.

Sobre esa materia recogí en un libro la visión de una nueva organización de la economía, *El organismo económico de la revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir en España*, que publiqué a través de la Editorial *Tierra y Libertad*.

Vio la luz un par de meses antes del Congreso de Zaragoza de la CNT. Que ese esfuerzo casi improvisado a tenor de las circunstancias, no fue del todo estéril, lo demuestran las diversas ediciones que ha conocido, sin contar su traducción en diversos idiomas, en inglés, en francés, holandés, sueco, alemán.

No era una utopía; era un plan concreto, realista, al que probablemente se hubiera llegado sin ese aporte. Juan Peiró había venido insistiendo desde hacía varios años en las federaciones de industria, y la distancia entre sus sugerencias y las propias no era grande, sino coincidente.

Machacaba contra la política de avestruces ante el fascismo:

«No están muy lejanos los tiempos en que, aun en

nuestros medios, se quería dudar de la existencia del fascismo en España como fuerza digna de tenerse en cuenta —decíamos el 15 de mayo de 1936 en nuestro semanario. Se solía salir del paso diciendo que España es así o asao, y que semejante mentalidad no cuajaba, ni podía cuajar, en ella (y aludíamos así a una reciente exposición de Juan García Oliver). Se argumentaba que se miraban las cosas a través de cristales de aumento, que el peligro era un simple fruto de la imaginación. El que más y el que menos escondía la cabeza bajo las alas y rehusaba ver la realidad y afrontarla debidamente. Nos cabe la triste satisfacción de no haber compartido esos criterios y de haber afirmado siempre que el fascismo era posible en España, como en la Cochinchina, que no era una cuestión de raza ni de clima, que se trataba de una última tentativa desesperada del capitalismo para afianzar sus posiciones insostenibles; que la política del avestruz ante el peligro podía ser nefasta y que era conveniente abrir los ojos y obrar serena y reflexivamente para que esas formas de reacción no se adueñasen de golpe de la vida política y de los instrumentos del mando.

»Desde que nosotros hablábamos así, exhortando a seguir con atención el desarrollo de los gérmenes entonces apenas ofensivos del fascismo, han pasado más de dos años y ya no es un secreto para nadie que el fascismo existe, que ha comenzado su ofensiva, que tiene arraigo en todo el señoritismo ocioso de ciudades y aldeas, en los cuerpos policíacos, en el ejército y hasta en algunos trabajadores extraviados.

Es necesario presentar las cosas como son y no velarlas ni con optimismo ingenuo ni con colores de tragedia irremediable.

»Para vencer un mal, lo primero que hace falta es conocerlo. Y el fascismo, que es uno de los peores males que pueden caer sobre una colectividad, está ahí, en lucha abierta, afrontando las persecuciones del momento, dando la cara, llenando las cárceles, preparándose en todos los terrenos.»

Estas reflexiones responden al clima en que vivíamos:

«Tiene el fascismo en España de su parte factores que no han tenido, ni podían tener nunca, las fuerzas sociales revolucionarias de los trabajadores: grandes recursos financieros, el apoyo y la dirección de técnicos políticos y militares, el respaldo del clero todavía poderoso y agresivo en España, una influencia innegable en todas las esferas de la administración del Estado, en la alta industria. Compárese el material bélico con que hemos querido afrontar en enero y diciembre de 1933 la lucha contra el poder del Estado, con el que tienen a su disposición los fascistas o con el que pueden tener. Los que conocen algo este aspecto de la preparación insurreccional saben los milagros que se pueden hacer con el dinero, y además la eficacia de una buena dirección técnica de los elementos de lucha. Para el clero, las altas finanzas, los latifundistas, los grandes empresarios, nada significa la dedicación de unos cuantos millones de pesetas a armar las huestes que han de fortalecer sus privilegios y defender sus posiciones

contra el avance de la revolución. Se hacen la cuenta de que es preferible desprenderse de algo ahora para no tener que perderlo todo mañana.

»Tanto en el Gobierno central como en el de Cataluña hay hombres que han conspirado en tiempos de la monarquía o que han estado cerca de la conspiración, y no ignoran muchas cosas. No ignoran que la cuestión de disponer en España, como en cualquier otro país, de un buen armamento, tan bueno como pueda ser el del propio Estado, sólo depende del dinero. Y el fascismo tiene dinero, todo lo necesario. Y las cartas que hay en juego son demasiado importantes como para restar trascendencia a lo que puede significar para los privilegios económicos, políticos, religiosos, sociales el triunfo del proletariado...»

Reflejaba de este modo el antifascismo gubernativo republicano:

«Momentáneamente hay en el Poder un Gobierno formado por partidos a quienes por razones de competencia política, no interesa el advenimiento del fascismo. Y se pone en marcha la máquina policíaca y judicial para oponer trabas a las organizaciones fascistas, persiguiendo y deteniendo a sus hombres. Pero los gobiernos pasan, y lo que ha de quedar, queda. ¿Cuántos gobiernos hemos visto pasar nosotros, a pesar de que habían jurado aniquilarnos? A cada paso se nos ha declarado fuera de la ley, caza libre para los lebreles del estatismo; hemos llenado todas las cárceles y presidios. ¿Y qué? Los gobiernos pasan, y lo que ha de quedar queda.

Pasarán los gobiernos de izquierda y quedará el fascismo si frente a él no se levanta en defensa activa otra fuerza que la gubernativa.

»¿En qué país han impedido los gobiernos, cualquiera que fuese su color, el triunfo fascista, cuando el fascismo adquirió en ellos formas realmente agresivas? Los gobiernos, *nolens volens*, han sido todos incubadores del fascismo, porque una cosa son los ministros eventuales y otra el aparato burocrático, policial y militar. El ministro puede dar las órdenes que quiera; el Parlamento legislar lo que le dé la gana; la burocracia y la policía se resisten, con la invencible resistencia pasiva que les es propia; las órdenes quedan incumplidas y las leyes quedan en la *Gaceta*.

»Ahora bien, a pesar del aparente cambio del 14 de abril de 1931, la policía, la oficialidad militar, la burocracia, etc. seguían siendo profundamente monárquicas y afines a cualquier corriente fascista o fascistizante. El Gobierno de Azaña ha destituido y castigado a unos cuantos jefes militares, ha ordenado la disponibilidad forzosa de algunos altos mandos de la Guardia Civil, etc. ¿Quién espera que con eso ha de poner siquiera una débil piedrecita al paso del carro triunfal de la reacción que tiene sus tentáculos en todos los órganos gubernativos?»

Y no cesaba en mostrar un camino, el único camino viable y esperanzador:

«Si los trabajadores mismos, todos, sin distinción de

orientación política, de organización sindical, no se defienden y no atacan, tendremos fascismo en España. Pero las experiencias internacionales han debido de hacer ya mella en sectores que, sin ellas, no habrían movido un dedo. El socialismo español era la negación del insurreccionalismo, de la lucha armada, de las audacias revolucionarias. Algo ha cambiado, al parecer. ¡Por la cuenta que le tiene! El fascismo no sólo es enemigo nuestro, es enemigo también del socialismo político, es enemigo de las izquierdas liberales. Para triunfar habrá de arrasarlo todo. Y lo arrasará si no se organiza de antemano seriamente, sin precipitación, pero con método y a conciencia, la ofensiva proletaria y revolucionaria.

»La socialdemocracia alemana y el partido comunista alemán confiaron a las urnas la acción suprema contra el hitlerismo; los socialistas austríacos recurrieron a las armas cuando era demasiado tarde. En España es posible que no se hayan perdido de vista del todo los ejemplos de Italia, de Alemania y de Austria. Pero la participación más o menos influyente de un sector tan importante como la UGT en la vida del Gobierno republicano, a través de sus dirigentes, nos hace temer que se ponga en el Estado una fe suicida y que se pida a la guardia civil y a la policía que defiendan a España contra el fascismo, hasta que sea demasiado tarde y luego la ofensiva directa sea estéril...»

Por encima de todas las discrepancias, no he dejado de señalar la urgencia del buen acuerdo de las organizaciones sindicales y por parte del propio sector hubo cada vez más unanimidad en esa conducta.

El peligro que se cernía sobre nosotros, se cernía sobre todos, y especialmente sobre los que, con una metodología u otra, aspiraban al socialismo, a un cambio político y social salvador.

«No es hora —decíamos— de dudar sobre lo que cabe hacer. Se puede hacer todo menos cruzarse de brazos. Entendemos que para una acción eficaz contra el fascismo ha de propiciarse la acción conjunta de todo el proletariado. Pero sin perjuicio de lo que se logre en ese terreno, como anarquistas tenemos sobrada tarea para no echamos a dormir en espera de que la policía gubernativa salve a España del peligro fascista. Confiamos en que no hemos de estar solos en la lucha, pero no obstante debemos obrar desde ahora como si lo estuviésemos, como si todo dependiese de nuestra acción, de nuestra ofensiva. ¿Es que se ha estudiado ya la forma de defensa y de ofensa? Pensemos que estamos solos, y que solos hemos de afrontar la contienda, y no perdamos un minuto estérilmente. Hay posibilidades enormes de actuación eficaz. Lo que importa es que cada cual sepa lo que puede hacer y dónde, y que ningún puesto vital quede vacante mientras haya con quien llenarlo. Somos lo suficientemente numerosos para confiar también en la propia fuerza. Urge trazar las líneas de la acción antifascista y movilizar todas nuestras posibilidades. La FAI ha de estar en primera línea desde ahora mismo; su ejemplo servirá a las grandes masas de la Confederación Nacional del Trabajo para fijar a su vez la posición de lucha que corresponde, y a ejemplo de la CNT obrarán, estamos convencidos de ello, todos los trabajadores españoles, cualquiera que sea la

organización o tendencia a que pertenezcan. Nosotros anhelamos ese buen acuerdo proletario y revolucionario, pero la fe mayor la tenemos en la propia fuerza. Es ella la que tiene el deber y la responsabilidad de señalar el camino y de dar los primeros pasos.»

Felizmente, lo que por mi parte clamaba en público, se había convertido en la obsesión de nuestros amigos y compañeros, que no se contentaban con esperar milagros y se organizaban, con todo el primitivismo que se quiera, porque no disponíamos de elementos adecuados para un enfrentamiento que de todos modos tendría lugar. Si hubo una vez armonía perfecta, fue en los meses que precedieron a los trágicos acontecimientos que anunciábamos. Si se pudiese describir la pasión con que se ha trabajado entonces, día y noche, para ofrecer la vida en el desigual encuentro, podrían sacarse a la luz ejemplos superiores de abnegación, de espíritu de sacrificio, de decisión. Naturalmente, en esa tarea pusieron todas las cartas Durruti, Ascaso y sus compañeros de confianza. Y ellos podían llegar hasta donde no llegaba yo con mis clamores públicos, a través de nuestra prensa. Y eso no solamente en Barcelona, sino en toda Cataluña, en Asturias, en Levante, y en buena parte de España.

El Congreso de la CNT en Zaragoza

A comienzos de mayo de 1936 se pudo reunir públicamente un Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo en

Zaragoza. Se había realizado un Congreso extraordinario en Madrid en 1919, y otro, a poco de la proclamación de la República, en 1931; desde entonces no se logró más que algunas reuniones locales, regionales y de confederaciones regionales clandestinas. A Zaragoza asistieron delegados en nombre de 988 sindicatos constituidos, y adhesiones de muchas entidades que no habían podido asistir por diversas razones.

Por mi parte había hecho todo lo que estuvo a mi alcance para que la organización obrera superase muchos escollos internos, como el del treintismo, que había dado nacimiento a numerosos sindicatos de oposición en Cataluña y en Levante, y había difundido sugerencias, ideas, esclarecimientos por todos los medios disponibles.

Poco antes del Congreso de Zaragoza se me había designado para concurrir al de la AIT en Francia en compañía de Miguel Yoldi, miembro éste del Comité Nacional, pero el hospedaje en la Cárcel Modelo de Barcelona me impidió cumplir con ese compromiso y fue Yoldi solo.

A través de un dictamen del Sindicato de artes gráficas, en compañía de Alfredo Martínez, B. Castillo y Germinal García, pude sintetizar la visión constructiva de la España nueva en los hechos, aunque sja en las aspiraciones.

Que hablasen los delegados y que resolvieran. Me contenté con expresar la esperanza en el encuentro y en su comprensión del momento en que vivíamos. En el editorial del semanario a mi cargo, decía lo que sigue:

«Nosotros ponemos en ese congreso la áxima esperanza. No sólo ha de salir de él una fortificación interna de los cuadros de la Confederación por la superación de las divergencias entre hermanos que nos habían dañado más o menos sensiblemente, sino por la claridad de su posición revolucionaria y constructiva. »España entera ha de ver en la CNT, o el espantajo de las clases privilegiadas, sino una garantía de solvencia, de responsabilidad, de capacidad en la reconstrucción del mundo, de la nueva morada humana en que todos serán llamaos y todos elegidos. El capitalismo ha echo bancarrota y su último refugio y fusión en el Estado mantiene todas las alias de la economía privada, agregándole todos los defectos de una mayor tiranía, de una mayor anulación de la personalidad humana, que es el primero de los valores que han de ser afianzados.

»Se discutirá lo que ha de ponerse en lugar del capitalismo y del Estado, es decir la concepción económica y social de la CNT, no en sus lineamientos ideales para un lejano futuro, sino como realidad inmediata, a poner en práctica desde ahora mismo. Y del acierto con que esa cuestión esencial se resuelva defenderán la simpatía popular y la confianza del país entero, que se pueden conquistar o perder según la actitud que prevalezca.

»Se discutirá en torno a la cooperación en la obra revolucionaria constructiva de otros sectores obreros revolucionarios, y la CNT, por el espíritu que la informa, no puede sostener la tesis totalitaria, el rechazo de las fuerzas obreras y sociales que no se encuadren previamente en la propia organización. La revolución debe ser el fruto de una

gran confluencia de esfuerzos, de aspiraciones, de procedimientos. Por eso será social, a diferencia de la revolución rusa que ha sido monopolizada y dominada por una sola corriente, la que se adueñó del Estado, fundiendo en una alianza monstruosa los intereses del Estado y los de la sociedad, los intereses del gobierno y los de los productores.

»España es eminentemente agraria aún, y el problema campesino no puede quedar sin soluciones adecuadas. Tanto los jornaleros del campo, como los yunteros, medieros, rabassaires, pequeños propietarios y propietarios medianos deben ver en la CNT una solución y no un peligro, una mano amiga que redime y no una nueva confiscación del fruto de su trabajo. La ayuda desde ya a los campesinos en la resistencia al pago de los impuestos y tributos del Estado, el intercambio directo de productos entre sindicatos obreros y comunidades campesinas, podrían ser instrumentos de solidaridad, de mutuo acuerdo y de mutuo apoyo entre la ciudad y el campo.

»Urge igualmente la movilización contra la guerra, contra la que se prepara febrilmente, contra los créditos militares, contra las levas de soldados, como contra la que está ya en marcha: la invasión de Abisinia por Italia, la acción del Japón en China, etc.

El boicot cerrado a los países beligerantes es factible, y sería una contribución valiosa y eficaz por nuestra parte a la obra de paz. Italia no debe contar con España, ni como mercado para sus producciones, ni como país proveedor de

materias primas mientras dure la guerra. En este orden de ideas, la desmilitarización de Marruecos debe ser una medida que la CNT ha de propiciar con todo el calor y urgencia posibles.

»Sobre todo es preciso que la CNT, considerándose como factor primordial de la revolución inminente e inaplazable, disponga todas sus fuerzas en el orden requerido para la batalla contra el viejo mundo y adapte sus esfuerzos a su función de alentadora, en general, de todo progreso y en particular, de preparación consciente y serena de la transformación económica y social.

»En muchos aspectos esperamos del Congreso una labor propicia. Que todos y cada uno de los congresistas obren con la conciencia de la gran misión que están llamados a cumplir y sepan de antemano que millones y millones de seres de todos los países esperan con impaciencia y con fe el resultado de sus deliberaciones.»

Terminado el Congreso y realizado un magno comicio el 10 de enero en Zaragoza, como coronación del mismo, informaba así a los lectores del semanario:

«...Un millar de sindicatos representados por cerca de 700 delegados, representando unos 600 000 adherentes. La distancia, la crisis económica y otras causas diversas han impedido que la representación fuera más numerosa. Pero las listas de los sindicatos no representados, pero adheridos, dicen bien elocuentemente que la Confederación Nacional del Trabajo, a la que han querido

suprimir por todos los medios de la violencia, del terror, de las persecuciones, blancos y negros, izquierdistas y derechistas, goza de muy excelente salud. Nosotros lo sabíamos, pero hacía falta una demostración pública que patentizara ese hecho ante el gran mundo, y esa demostración la hemos tenido en el Congreso y en el mitin del 10 de mayo en Zaragoza.

»Quisiéramos que amigos y adversarios se dieran cuenta de todo el valor y el significado de la CNT y adquirieran una mejor conciencia de la gran responsabilidad que nos incumbe y advirtieran otros la esterilidad de la política de represión para sofocar un movimiento de justicia como el nuestro.

»Mencionaremos los acuerdos más importantes y de mayor trascendencia: en primer lugar, la liquidación de un pleito interno que no debía haberse producido y que había abierto deplorables abismos entre las fuerzas organizadas de la CNT.

En lo sucesivo no habrá sindicatos de oposición, sino una sola CNT, integrada por todos los que aman la revolución proletaria y comprenden que ésta no puede ser obra de los partidos políticos, sino de los trabajadores como tales. Del sentimiento que primaba respecto de este problema da una idea la unanimidad casi absoluta y el clamor de entusiasmo con que fue saludado el acuerdo del reingreso de los sindicatos escindidos en la Confederación. Por nuestra parte solamente cabe expresar la íntima satisfacción con que hemos recibido esa decisión. No es

tanto el refuerzo de esos 50 000 o 60 000 agremiados en los sindicatos de oposición lo que nos alegra, como la significación moral de la superación de ese pleito interno.

»Los acontecimientos de Asturias no han pasado en vano, como no lo fueron las experiencias de Italia, de Alemania, de Austria. Se ha planteado con una claridad cada día más deslumbradora que la democracia política ha fracasado en todas partes, sin excluir a España; que sin un profundo cambio económico y social, media humanidad está destinada a la muerte prematura en las filas interminables de la desocupación o en guerras insensatas y criminales; que la democracia política no sólo es impotente para garantizar a los pueblos condiciones viables de existencia, sino que es además incapaz de sostener las posiciones conquistadas y debe arriar banderas en favor de los llamados gobiernos fuertes, de las dictaduras fascistas.

»Ven hasta los ciegos que España no tiene otras perspectivas que éstas: o avanza hacia una nueva ordenación económica y social en el sentido de la justicia o ha de dejar plaza al advenimiento del fascismo o de corrientes fascistizantes.

»Frente a ese dilema, por parte de los trabajadores no cabe elección. Y por encima de las diferencias que los separen, sobre las concepciones que los inspiren, han visto que es posible una defensa común frente al peligro común, y si intereses extraños a los auténticamente obreros, no intervienen, el acuerdo se hará. ¿Que el acuerdo revolucionario de los trabajadores implica la lesión de

arraigados sentimientos de poder de partidos que cifran todas sus esperanzas en hacer servir a sus fines particulares la fuerza de las organizaciones del trabajo? Los tiempos que corren no son para nadar entre dos aguas ni para contentarse con medias tintas. ¿No se hablaba por ahí tanto de “frente único”, ponderando las experiencias del buen acuerdo de los explotados, de las víctimas del capitalismo? Pues ahora la CNT, olvidando muchas cosas, haciendo tabla rasa de un isado poco favorable a la fraternización, propone la forma más viable de frente y de acción conjunta de todos los trabajadores. Si los intereses privados de los dirigentes de los partidos políticos que tienen ascendiente en una arte de los organismos obreros malogran la realización de ese acuerdo de los roductores, allá con su responsabilidad de la historia y ante su conciencia. Pero por parte nuestra es preciso no abandonar la plataforma de lucha revolucionaria aprobada por el Congreso reciente; tarde o temprano, y ojalá que aún sea temprano, las masas laboriosas enconarán el camino del acuerdo, pasando sobre sus jefes y rompiendo con sus prejuicios y con los odios artificialmente mamantados.

»Si la CNT y la UGT llegasen a constar el pacto de acción revolucionaria conjunta, ¿qué podría ya el fascismo en España, y qué podría resistir ya el cadáver de la democracia? El acuerdo es la revolución social; el desacuerdo es el triunfo del fascismo. ¿Ha de sacrificarse la revolución al fascismo por el interés particular de unos cuantos diputados o por la ambición funesta de unos cuantos aspirantes a ministros de la burguesía?

»Pronto sabremos a qué atenernos.»

El punto en el que no hemos coincidido, fue en el de la interpretación del comunismo libertario. Sobre ese ideal de vida paradisíaca hemos escrito mucho y fue para mí un imperativo salir a la luz pública. Circulaba ya ampliamente el libro *El organismo económico de la revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir en España*. La posición que había expuesto allí no era una novedad. No hacía muchos meses había editado un hermoso trabajo de Isaac Puente sobre el comunismo libertario, y no veía con disgusto cualquier visión utópica de un mañana mejor; pero tampoco estaba satisfecho de la insistencia sobre ese anhelo, aunque no era nuevo que yo pertenecía a aquella corriente del anarquismo sin adjetivos que había inaugurado en tiempos ya lejanos el ingeniero Fernando Tarrida del Mármol. Decía en las consideraciones y comentarios sobre el Congreso de Zaragoza:

«Hemos de advertir una cosa importante: el punto a debatir (sobre el comunismo libertario) estaba mal enunciado. No es una definición del comunismo libertario lo que debía dar el congreso de la CNT, porque esa definición se ha dado por lo menos desde el año 1876, es decir hace sesenta años, con una claridad insuperable... Lo que importaba era una aplicación al momento actual de España para demostrar su viabilidad.

»No hemos de ocultar que, a pesar de la extensión del dictamen de la ponencia nombrada, es la parte que menos nos ha satisfecho del magno congreso. Hay mucha oscuridad, no pocas contradicciones, afirmaciones que

denotan más que nada prisa excesiva, comprensión insuficiente de los problemas de la nueva estructuración. La intención ha sido magnífica, y nosotros estamos seguros de que lo que no se supo realizar literariamente se sabrá hacer si llega la hora propicia. Estamos seguros de que nuestro movimiento será siempre más capaz de operar en el terreno de los hechos que en el sentido de la exposición y definición de ideas. El comunismo libertario es sentido profundamente como una suprema esperanza y ya con ese sentimiento se puede edificar en firme.

«Tendremos ocasión de detallar nuestras objeciones a ese acuerdo, que felizmente parece que no es firme, pues ha de ser nuevamente redactado por una ponencia especial. El congreso dio el primer paso práctico; ahora corresponde a los compañeros todos meditar un poco más serenamente y aportar los argumentos necesarios para que esos lineamientos generales puedan ser de eficacia propagandista y reflejen una verdadera comprensión de los problemas revolucionarios.

«Pero esto no resta al Congreso confederal de Zaragoza su alto valor y su gran significación. Ha sido oportuno y ha servido para medir la propia fuerza y recoger las experiencias de los últimos años y despertar a nueva vida muchas esperanzas de las grandes masas explotadas y oprimidas.

»Lo hemos dicho en octubre (1934) y volvemos a repetirlo: sin la CNT es absurda la revolución en España. Y contra la CNT, una locura.»

Advertía también, en relación con el comunalismo libertario:

«Las Arcadias pastorales son del dominio de la poesía. Aquella felicidad de las comunas no ha existido más que en la fantasía de los que no conocieron sus miserias y privaciones. El bienestar y la holgura han de buscarse por el camino del aumento de la productividad y de su distribución equitativa en la estrecha coordinación de todos los recursos humanos y técnicos que rindan el máximo de utilidad.

»Nos oponemos al capitalismo, que es la organización de la economía en beneficio de capas privilegiadas, monopolistas, propietarias.

»Nos oponemos al estatismo, que es una resultante, primero, de la defensa de los privilegios de los propietarios, y, luego un privilegio en sí, a cuyo sostén se sacrifica la mayor parte del producto del trabajo humano.

«Queremos una sociedad donde el trabajo, socialmente necesario, sea un derecho y un deber, y en la que el derecho no exista sin el deber. No excluimos de ese deber más que a los enfermos, a los inválidos, a los ancianos y los niños; pero las categorías sociales, políticas y económicas improductivas no están en el mismo caso, y se les puede negar el derecho al consumo, al uso de la riqueza social si no cumplen el deber de contribuir a su elaboración.

»En lugar del ciudadano, tomamos al productor como base de la nueva sociedad. Un productor que es consumidor simultáneamente. Entre el productor y el

consumidor hay, en el régimen capitalista, una larga distancia de intermediarios improductivos, y del producto del trabajo no llega al productor, por causa de ese largo trayecto más que algún escaso resto de la mesa de los privilegiados...

«Pretendemos la organización del esfuerzo socialmente necesario, la organización funcional que puede reflejar fielmente los acuerdos de los núcleos productivos. En lugar del Estado, del municipio, que es su equivalente, no necesitamos poner nada más que la libertad completa de asociación y de relaciones.

«Sobre esa conquista de los lugares de trabajo podrían ponerse de acuerdo todas las fracciones del socialismo y restablecer la unidad rota por la funesta desviación hacia la política de Estado. En política podemos tener opiniones distintas, como en religión, como en filosofía; pero en economía todo el socialismo conviene en la necesidad de la expropiación de los expropiadores, en la conquista de la riqueza social para la administración y consumo y usufructo de los que la producen. Tomemos lo que nos une y comencemos la obra; ya veremos lo que nos separa.»

A distancia, las cosas pueden juzgarse de otro modo, pero a medida que avanzaba el año 1936, la revolución no era asunto de señores; era un mandato ineludible. Y lo que reflejamos de aquellos días decisivos, tiene su arraigo en la situación imperante.

«El Gobierno tiene en jaque todos los recursos policiales

y judiciales —decíamos el 5 de junio— para reprimir las huelgas que estallan por todas partes. Pide que se le tenga compasión, que se ponga freno a esos movimientos, que no se le creen más dificultades de las que ya tiene. Sin embargo, esas huelgas no son lo más interesante y esencial de la revolución en marcha. Casi nos atreveríamos a decir que más bien estorban a la revolución, aunque aparentemente mantienen la agitación social, la efervescencia en la calle. La revolución avanza en calma, invade los espíritus, domina los corazones, se presenta a todos los que sufren como el reino de la justicia, de la paz, del trabajo y del pan seguros. No necesita gritos, ni demostraciones, ni exhibiciones, ni algaradas. Éstas se pueden reprimir, obstaculizar, dificultar por medidas de gobierno, por intervenciones de las fuerzas policiales. Pero a la idea que penetra silenciosamente en los hombres, conmueve sus viejas creencias, derrumba en ellos su fe y su rutina y les hace mirar cara a cara el porvenir, a esa idea no se le echa mano, aunque corran tras ella todos los tercios de la Guardia Civil.

»En los períodos de propaganda, de proselitismo, para la cohesión, la vigorización, la difusión del movimiento revolucionario hacía falta ruido, frondosidad, mucho papel impreso en tonos de energía arrebatadora, mucha oratoria de fuego. Ahora todo eso parece anacrónico. Ante la revolución que va tomando cuerpo en España de una manera tangible, nuestros recursos parecen insignificantes. No hace falta que incitemos a la revuelta; más bien hace falta ahora que nos compenentremos de la gravedad de la hora, adquiriendo plena conciencia de la responsabilidad

que nos incumbe, dejando a un lado todo lo que es pequeño, todo lo que es fútil, todo lo que es susceptible de distraernos del gran objetivo, aprestándonos a contribuir a la causa de todos, a la revolución social, que por serlo no es asunto privativo de ningún partido, de ninguna organización, sino del pueblo, de los trabajadores, de los amantes de la justicia...»

Y terminaba así:

«La rebelión no la contiene ya nadie, a no ser la traición y el engaño de los mismos que se dicen revolucionarios. Lo que hace falta es velar porque la revolución social, de todos, no se convierta en revolución de algunos y para algunos. Es preciso que lo que es del pueblo quede en manos del pueblo y que sea él mismo quien obre, quien determine, quien resuelva; que sus aciertos o desaciertos sean suyos, que sus rectificaciones o ratificaciones sean suyas, que la revolución sea suya...

»Somos optimistas, a pesar de ser los primeros en valorar lo que la corriente fascista significa en España. Y somos optimistas porque esta vez la revolución no es cosa de partido, de organización, de clase (en el sentido de categoría social restringida), sino cosa del pueblo, de las grandes masas. Por causas que no hemos de detallar aquí, la revolución en España había sido cosa nuestra, de los anarquistas. Ahora es de todos, es la causa de la España del progreso contra la España del oscurantismo, de la mentira, de la miseria...»

La revolución se presenta en España cuando casi todo el mundo europeo ha caído en la noche del totalitarismo, una manifestación antihistórica; pero era la única salida posible de aquella difícil situación, y un gobierno con un poco de luz la habría apoyado en lugar de tratar de sofocarla, sin advertir que de esa manera se suicidaba sin gloria y sin perdón.

Nuevamente tras las rejas. Mensaje de Calvo Sotelo

Aunque estaba ya familiarizado con la residencia forzosa en la Cárcel Modelo, la última estadía, en mayo-junio de 1936, fue singularmente molesta. La causa la ignoraba, la misma policía catalana arguyo que se trataba de una orden de Madrid; y el jefe de la brigada social me dijo que conocían muy bien mi vida pública y mi vida privada, y que, si dependiese de él, no tendría inconveniente en ofrecerme su casa como refugio, pero no había más remedio que cumplir los mandatos superiores. A la fuerza ahorcan.

Hube de resignarme, y precisamente en aquellos momentos en que tanto había que hacer. No ignoraba que todos los militantes activos estaban absorbidos por la preparación para los acontecimientos que se veían venir; no eran ya mis campañas de alarma, era un estado de ánimo generalizado; pero no ignoraba la escasez de recursos, la pobreza en armas y municiones, porque lo que iba a ocurrir no era una batalla dialéctica, de razones, de buenas palabras. Era un desafío sin retorno; era la vida la que se había puesto en la balanza, no por

unos pocos abnegados, sino por todos. Y en esas condiciones tenía que permanecer ocioso en la cárcel, como en un mundo aparte, aislado.

Creo que fue esa última etapa de prisionero la que me produjo más desazón, más disgusto, más irritación.

El Comité pro presos nombró un abogado al que no conocía para que atendiese mi caso. Se trataba de un capitán de artillería que había quedado en retiro por la ley Azaña y que había hecho la carrera de leyes y se había licenciado en derecho. Ofreció sus servicios a nuestra organización y le fueron aceptados. Era un hombre de alta talla, nada locuaz, pero a simple vista inspiraba confianza. Ignoro su destino; unos meses después del 19 de julio lo encontré de paso en la Consejería de Economía, en la que fueron aceptados sus servicios; le pregunté por qué no se incorporaba a los tribunales, donde podría ser un contrapeso eficiente; me respondió que no, que no era partidario de las penas de muerte, y prefería seguir donde estaba. No he vuelto a verle y al recordarlo ahora no sé si vive o no. ¡Cómo me agradecería que estuviese vivo, para explicar lo que no tuvo para mí explicación!

No sé lo que intentó legalmente en mi favor; creo que no pudo hacer nada. Pero como en las visitas familiares se advirtió mi nerviosidad, mi desasosiego, el artillero abogado solía visitarme una o dos veces por semana, para hablar de cualquier cosa y distraerme una media hora. Un día me trajo un mensaje de José Calvo Sotelo; me dijo que había estado en Madrid y se había visto con el famoso político, al que le ligaba una vieja

amistad, y cuya posición no era ignorada por nadie, pues demostraba la suficiente valentía para proclamarla a los cuatro vientos. Estaba en el extremo opuesto al nuestro, pero no dejábamos de admirar su valentía. En la segunda semana de julio de 1936, Calvo Sotelo y J. M. Gil Robles habían tenido en las Cortes una intervención violenta. El jefe del Gobierno, Casares Quiroga, incapaz de afrontar las críticas que se le hacían, lanzó contra los oradores de la bancada adversa algunas amenazas más o menos veladas y dijo que tenía las espaldas anchas y podía soportar muy bien la embestida. Calvo Sotelo replicó serenamente a las amenazas del jefe del Gobierno: «Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano: Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis. Y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio»...

¿Qué podía significar un encuentro de Calvo Sotelo conmigo, mejor dicho, con nosotros? El abogado artillero agregó que el mismo Calvo Sotelo habría hecho el viaje a Barcelona para encontrarme, pero que la policía seguía sus pasos y no le era fácil moverse y pedía que fuese yo a Madrid con la máxima urgencia.

Naturalmente, un encuentro de esa naturaleza no podía ser asunto meramente personal; antes habría de hablar con los amigos y compañeros y para ello habría de hacerles saber el origen de esa invitación. Era un asunto que no veía claro yo mismo.

El abogado volvió a verme la semana siguiente y repitió que la entrevista con José Calvo Sotelo era urgente y de mucha trascendencia, que debía realizarla tan pronto como me fuese

posible. No dije nada a nadie, ni siquiera a los compañeros del Comité Peninsular de la FAI. A las cinco o seis semanas se abrieron para mí las puertas de la cárcel y volví a tener contacto con nuestra gente, toda absorbida por la preparación para la lucha que iba a entablarse. El abogado reiteró en la calle la invitación de Calvo Sotelo, que no había olvidado, pero no creí conveniente hacer nada al respecto, aunque era molesto guardar ese secreto.

Estábamos agotados por el cansancio aquel verano. Decidimos tomar unos días de descanso en los Pirineos; irían Francisco Ascaso, Manuel Villar y algún otro. Necesitábamos todos unos días de reposo, y ésa era la ocasión para hablar en confianza de lo que me obsesionaba. Salieron Villar y Ascaso; yo iría después, una vez en orden la continuidad del semanario y de un número de *Tiempos Nuevos*. En esas jornadas febriles, llegó la noticia del asesinato de Calvo Sotelo por unos guardias de asalto. Era tarde para acudir a la cita, si después de un primer cambio de impresiones en los Pirineos se acordaba la concurrencia, de lo que no estaba seguro. En lugar de las breves vacaciones, hubo que llamar con urgencia a los que hacía pocos días que las disfrutaban y las necesitaban.

Pero si nosotros no habíamos discutido internamente el viaje a Madrid, el coronel Díaz Sandino, jefe de la base aérea del Prat, sí voló a la capital, pero no para verse con Calvo Sotelo, sino para verse con Casares Quiroga y Azaña. Había detenido en el Prat a un oficial en viaje a Mallorca y le encontró pruebas de la inminencia de la sublevación contra la República; confirmó el hallazgo en Logroño y otros lugares. ¿Qué debía hacer? Naturalmente, llevar las pruebas al gobierno de la

República. En Madrid fue tratado como un visionario; todas las pruebas que llevó de la conspiración, no conmovieron a Casares Quiroga ni a Azaña, y estuvo a punto de quedar en prisiones militares por ese delito:

«¡Sois los locos de siempre!», le dijeron los prohombres de la República.

Le dejaron volver a su base y nos comunicó sus experiencias y sus temores; en la base estaba prácticamente solo, pues los oficiales de su mando no eran de fiar. Pidió ayuda, y fue reforzado con voluntarios de las localidades próximas, a los cuales facilitó armamento. Con esos voluntarios, de grupos de la FAI, se sintió seguro para dominar la situación cuando llegase el momento.

Hemos dado muchas vueltas a la invitación de Calvo Sotelo y hemos llegado a esta conclusión, una hipótesis, porque no tenemos pruebas documentales. Calvo Sotelo, como miembro prominente del gobierno de Primo de Rivera, recordaba la experiencia hecha con los socialistas, a los que unció al carro del dictador, y que supieron aprovechar la coyuntura para reforzar sus cuadros sindicales y partidistas, mientras nuestro movimiento se desarrollaba fuera de la ley, en una penosa clandestinidad, que forzó el exilio de muchos millares de compañeros en Francia.

Si los hombres de la República no podían consentir en que se respetase nuestra presencia activa, Calvo Sotelo, como muchos otros de sus adeptos, tenían plena conciencia de que representábamos una fuerza decisiva. Imagino que iba a

proponernos que nos cruzáramos de brazos, que lo que se tramaba no iba contra nosotros, que seríamos respetados. Sabía que si nosotros quedábamos al margen, la conspiración en Cataluña habría sido un simple paseo militar para ocupar los asientos oficiales del Gobierno. Y en eso habríamos coincidido. Si nuestra gente no sale a la calle a vencer o a morir, no habría habido obstáculos para las tropas en rebelión. Y el cambio de Gobierno habría sido asunto de pocas horas. Ésa era también nuestra opinión.

La guerra civil habría podido evitarse de ese modo, pero no habría sido empresa fácil convencer a los que llevaban tantas semanas de fiebre, preparando los ánimos para los acontecimientos que veíamos venir. Yo mismo no podía hacerme a la idea de la oportunidad de esa actitud, que habría sido una traición a nuestro pueblo, aunque nada debíamos al trato de la República. Pero era mi deber que la invitación del jefe civil de la conspiración fuese conocida. Su asesinato me libró de los escrúpulos y del peso de aquel secreto, aunque puedo presumir el juicio de aquellos a quienes iba a someterlo.

Luis Companys invita a la CNT y a la FAI

En la tarde del 17 de julio fue convocada una reunión urgente de militantes de nuestras organizaciones en el Sindicato de la construcción. Se comunicó en ella que el presidente de la Generalidad había invitado a la CNT y a la FAI a una reunión. Sospechábamos de qué se trataba. Uno solo de los asistentes,

Xena, de Hospitalet, intentó oponerse a la concurrencia; todos los demás coincidieron plenamente en que era conveniente acudir a esa cita. La delegación fue integrada por José Asens, secretario de la Federación obrera local, por Buenaventura Durruti y Juan García Oliver, por el Comité Regional, y yo por el Comité Peninsular de la FAI Algunos más nos acompañaban, no recuerdo los nombres.

Companys nos esperaba con todo su estado mayor político, cordial. Comenzó exponiendo la gravedad de la situación; ya obraba en su poder el bando militar del pronunciamiento. Quería saber cuál sería nuestra actitud y exhortó a la máxima colaboración ante los acontecimientos en puerta.

Respondió García Oliver y aclaró que estábamos bien informados y que desde hacía semanas no teníamos otro motivo de inquietud que ésa y que cumpliríamos con nuestro deber. Si la Generalidad nos facilitase algún armamento, disponíamos de gentes que multiplicarían sus posibilidades; nuestra falla era la penuria en armas y municiones. Lo poco que habíamos ido reuniendo fue descubierto y capturado por las llamadas fuerzas del orden.

Companys respondió que la Generalidad no disponía de armamentos para ayudarnos, pero insistió en que mantuviésemos estrecho contacto desde ese momento, para que no nos estorbásemos unos a otros en aquella contingencia extrema. Por su parte cumpliría con su deber hasta el fin.

Con las manos vacías entramos en el salón de la reunión y con las manos vacías salíamos. Me llamó la atención que

mientras se cambiaban impresiones entre los miembros del Gobierno y nuestra delegación, Companys se acercó a mí y me entregó una tarjeta con varios números telefónicos, diciéndome que en cualquier momento, de día o de noche, lo encontraría, y que no vacilase en llamarle si ocurría algo en que su intervención pudiera ser de utilidad. Por mis andanzas en diversos países, no había tenido jamás contacto personal con Companys, pero él sabía muy bien quién era cada uno de los concurrentes. En los dos años que yo llevaba en Barcelona tampoco se presentó la oportunidad de conocernos, ni siquiera en el curso de los sucesos de octubre, cuando él fue alojado en uno de los barcos amarrados en el puerto y yo llevado a otro.

Salimos de la Generalidad, pero no eufóricos, sino más bien desanimados, porque no se nos había dado ninguna ayuda, la ayuda que era tan decisiva para nosotros. Y como la noche anterior no habíamos dormido, quise aprovechar algunas horas para reponer las fuerzas; marché a mi casa, en el Guinardó.

Pero no todos fueron a descansar un poco, pues Durruti tuvo que intervenir pocas horas después con otros compañeros en un incidente que pudo degenerar en un enfrentamiento con las fuerzas de orden público de la Generalidad y malograr las aspiraciones poco antes expresadas por Companys de una abierta colaboración. Los hechos ocurridos són éstos:

Uno de nuestros amigos, Juan Yagüe, marino, muy conocido en la zona portuaria, en la que se había impuesto por misión la distribución de *Tierra y Libertad*, *Tiempos Nuevos* y los opúsculos que editábamos, y que conocía bien el drama que vivíamos, tuvo la ocurrencia de recoger, con la ayuda de un

grupo de compañeros, las armas largas y las municiones que llevan los barcos de ultramar para casos de emergencia, y en pocas horas logró sin casi ninguna resistencia un botín de algo más de un centenar de fusiles y algunas municiones, y las llevó al Sindicato del Transporte.

Los hechos fueron conocidos por el capitán Escofet, a cargo de la Jefatura de Policía de Barcelona. Y no se le ocurrió otra cosa que reunir sus fuerzas de asalto y exigir la devolución de aquellas armas. Nos es imposible sospechar que el presidente Companys supiese algo de esa decisión.

Naturalmente, los eufóricos poseedores de aquel armamento se negaron a entregarlo. Al mando de esos destacamentos de orden público había un oficial que se veía forzado a cumplir la orden de su superior, pero que comprendió el absurdo error de Escofet. Si llegaba a sonar el primer disparo contra los núcleos ya armados del Sindicato del transporte, el panorama para la acción frente a la sublevación militar habría cambiado. El primer encuentro sangriento habría tenido lugar entre los llamados a una batalla común contra lo que se calificaba como enemigo común. Avisado Durruti de lo que acontecía, acudió al Sindicato del Transporte y logró que se llegase a un acuerdo con las fuerzas de orden público que cercaban el edificio. Fueron entregadas algunas armas inservibles de las encontradas en los barcos surtos en el puerto, y con esa victoria se retiraron los sitiadores, y las cosas no trascendieron. A no ser por la presencia y el ascendiente de Durruti, no quiero imaginar las derivaciones de aquel episodio incomprensible en aquellos momentos.

Todo el día 18 de julio fue consagrado a mantener el contacto con nuestra gente, para que, llegado el momento, todos hiciesen lo que pudiesen y supiesen, con armas o sin ellas, más bien sin ellas. Para conocer directamente todos los pormenores de la situación, habíamos combinado encontrarnos en la Consejería de Gobernación pasada la medianoche. No recuerdo de dónde venía en el taxi de un compañero con García Oliver; al pasar, en la Vía Layetana, por delante de la Jefatura de Policía, hizo detener el coche y fuimos, por iniciativa suya, que a mí no se me habría ocurrido, a ver al capitán Escofet. Sabíamos ya que habían sido removidos altos oficiales de la guardia de asalto y de otras unidades de orden público, por sospecha o por pruebas de su disposición para sumarse a la rebelión.

García Oliver preguntó a Escofet con qué fuerzas contaba para la lucha a iniciarse de un instante a otro. Le respondió que disponía de mil hombres, bien pertrechados y con excelente moral. Naturalmente, aquellos mil hombres no servirían de mucho en el caso de un enfrentamiento con las tropas de la guarnición. Se le hizo esta proposición:

—Nos entregas la mitad de las armas y municiones de tus guardias y te prometemos que los conspiradores no saldrán de los cuarteles.

Escofet respondió que tenía plena confianza en sus hombres y que respondía del éxito de sus planes defensivos y ofensivos. Sí, tenía a sus órdenes a Vicente Guarner, pero todo el aparato montado no ofrecía muchas garantías. Se le pidió entonces que nos dejase algunas armas sobrantes y ni siquiera tuvo el gesto

de ofrecernos aunque fuese una mala pistola. Como despedida:

—Quédate con tus mil hombres; ya veremos los resultados.

Continuamos el viaje hasta el palacio de Gobernación. Al entrar en el salón en que se movía el consejero España, ya nos esperaban Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti; serían las dos o las tres de la madrugada. También encontramos allí al general Aranguren y a los comandantes de los dos tercios de la Guardia Civil, Escobar y Brotons. La actitud que asumiese la Guardia Civil era más importante que la de los mil guardias del capitán Escofet.

Se nos dijo que se mantenía un servicio informativo en las proximidades de todos los cuarteles y que cualquier novedad se sabría allí al minuto. Esperamos, nerviosos, pero esperamos. En aquel ambiente, el que nos pareció con más dominio de sus nervios era el general Aranguren, un hombre de edad, un anciano.

Durruti, impertérrito, estaba allí con una calma completa, al menos aparente. El que no podía contenerse era Paco Ascaso; la espera le era insoportable. Iban a dar las cuatro de la madrugada y no pudo contenerse:

—Esos cobardes tienen miedo y parece que no se atreven.

Lo miré con aire de reproche y él lo advirtió; pero no eran momentos aquellos para decir lo que yo pensaba, que lo mejor que podría ocurrir para España es que hubiese cobardes, entre ellos o entre nosotros. La desgracia estaba en que no los

hubiese; pero eso no lo podía explicar delante de los dos coroneles de los tercios de la Guardia Civil, del general Aranguren y de los funcionarios de la Generalidad.

Minutos después sonó el teléfono; se hacía saber que las tropas de Pedralbes comenzaban a salir de su cuartel. Durruti, Ascaso, García Oliver desaparecieron como una visión fantasmagórica y quedé solo en Gobernación. La suerte estaba echada. Comenzaba para España lo peor, una guerra civil en la que de un lado estaban fuertes formaciones militares bien pertrechadas y de otro un pueblo inerme.



ACERCA DEL AUTOR

DIEGO ABAD DE SANTILLÁN nació en 1897 en un pueblecito de las estribaciones de los Picos de Europa, en la provincia de León. Trabajó desde la primera infancia y a los ocho años emigró con su familia por motivos económicos; en 1913 regresó a España, cursó el bachillerato en León y en 1915 ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, pero debido a su participación en la huelga general de 1917 fue retenido en la Cárcel Modelo hasta la amnistía del año siguiente. En 1919 se trasladó a Argentina, donde inició su actividad en el movimiento obrero y en el periodismo libertario, pasó posteriormente a Alemania como corresponsal del diario *La Protesta* y en 1922 fue uno de los fundadores de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Durante siete años más, hasta el golpe de estado del general Uriburu en 1930, residió en la Argentina, y en 1931 se trasladó a España para asistir al congreso extraordinario de la CNT en Madrid y al cuarto congreso de la AIT. Más tarde regresó a América del Sur

para seguir luchando por la liberación de los presos de la dictadura, y una vez libres éstos, se radicó en Barcelona (1934), donde dirigió el semanario *Tierra y Libertad* y fundó la revista *Tiempos Nuevos*. Líder muy destacado de la CNT y de la FAI, durante la guerra civil formó parte del gobierno de la Generalidad como consejero de economía. Después de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, se apartó de toda actividad oficial, aunque ejerció con la revista-libro *Timón* y la empresa editorial ETYL una permanente crítica de la dirección política y militar de la guerra (en su libro de 1940 *Por qué perdimos la guerra* resumió este amargo período de su beligerancia). En 1939 pasó a Francia y poco después embarcó para la Argentina, donde ha residido hasta 1976, año de su retorno a España.